This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Span 5728.100

Harvard College Library

FROM THE

SALES FUND

Established under the will of FRANCIS SALES, Instructor in Harvard College, 1816–1854. The income is to be expended for books "in the Spanish language or for books illustrative of Spanish history and literature."

FELIPE GONZÁLEZ ROJAS, EDITOR.—MADRID

MEN RODRÍGUEZ

DE SANABRIA

MEMORIAS DEL TIEMPO DEL REY DON PEDRO EL CRUEL

NOVELA HISTÓRICA, ORIGINAL

DE

DON MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

TOMO SEGUNDO

MADRID
ADMINISTRACIÓN: CALLE DE SAN RAFAEL, NÚMERO 9
(Barrio de Pozas)
Teléfono número 3118
1889

Span 57:6.100

HARVARD COLLEGE
June 26, 1930
LIBRARY

N

ales Fund

Esta obra es propiedad de su editor, y nadie, sin su consentimiento, podrá reimprimirla ni traducirla.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

IMPRENTA Y CASA EDITORIAL DE FELIPE GONZÁLEZ, SAN RAFAEL, 9

LIBRO DÉCIMOTERCIO

CAPÍTULO I

De cómo fué testigo de lo que no quisiera maese Blas Cerchuelo.

Quien en el momento en que don Pedro salía de Sevilla, con sus caballeros y sus lanzas hacia Vizcaya, negando su atención al regio cortejo, que según costumbre del rey era ostentoso, hubiera vuelto sus miradas hacia la ciudad y las hubiera levantado á la altísima torre de Santa María, hubiera podido ver en el dintel del arco de la campana mayor y debajo de ella, un bulto negro, pequeño, semejante á un águila que cansada de su vuelo se hubiera detenido para restaurar sus fuerzas en la gigantesca torre.

Aquel bulto que visto desde una gran distancia hubiera aparecido como un punto negro imperceptible casi, era un hombre.

Es verdad que aquel hombre era pequeñuelo cercenado y patizambo, con un hombro más alto que otro,

viejo y feo, pero de fisonomía inteligente animada y bondadosa: aquel hombre era maese Blas Cerchuelo, campanero de la iglesia mayor y padre de Andrés; uno de nuestros antiguos conocidos, en fin.

Maese Blas, merced á su encumbrada posición había visto durante más tiempo que otros al rey don Pedro y á su comitiva durante su marcha; al sonar los primeros toques de las trompas de guerra del rey, había trepado á la torre, había visto cuanto había acontecido, y luego uno tras otro los escuadrones formados delante del alcázar esperando al rey.

No tardó en aparecer don Pedro, entre el infante don Juan y Men Rodríguez seguidos de sus rico-hombres y sus guardas mayores; fuese que la vista de maese Blas se hubiese adaptado á las condiciones de distancia á que la había sujetado durante una larga vida el campanero, fuese que gozase este de un privilegio orgánico, conoció perfectamente y como si los hubiese tenido á pocos pasos á pesar de la inmensa altura de la torre, al rey á Men Rodríguez y Juan Fernández de Hinestrosa y al infante don Juan.

—Hé allí tres miserables,—exclamó en su voz natural sin temor de ser oido porque en su encumbrada posición solo podían escucharle las lechuzas y los gavilanes que anidaban en los mechilanes, hé allí tres bribones cada uno de los cuales merece una horca. ¡Ah! ¡ah! por cierto que yo nunca hubiera pensado que al fin de mi vida aborrecería á tres tan altos y poderosos

señores; hé allí un rey ladrón que roba las mujeres del pueblo y las seduce, y las guarda para sus vicios de una manera tenebrosa y el señor Men Rodríguez de Sanabria, que parecía tan leal, tan caritativo, tan bueno; es verdad que mi hijo y yo comemos aún de los dos florines que nos dió la noche del motín, y que con ellos pudiera haber comprado presas mejores que las que se llevó, y diez espadas como la de las siete cruces de Andrés; es verdad que sin esos dos florines nos hubiéramos muerto de hambre, porque el señor Juan Fernández de Hinestrosa es otro bribón...

—No hay que culpar al señor Juan Fernández, padre,—dijo una voz juvenil detrás del jorobado.

—¿Que no hay que culparle?—dijo maese Blas volviéndose y mirando con ternura á Andrés Corchuelo que estaba tras él apoyado en las *greñas* del esquilón mayor,—¿y por qué no te ha recibido en su servicio? Tú eres demasiado agradecido. Andrés; no sabes quejarte de una persona cuyo pan has comido.

—El señor Juan Fernández de Hinestrosa, bien lo sabeis padre, envió á buscarme; vos no sabíais donde yo paraba cuando estaba en Jerez; el señor Juan Fernández necesitaba ocupar mi plaza y la ocupé, cuando fuí á verle me contestó que tenía su servidumbre completa y no podía aumentarla, cada cual gobierna su casa á su modo; no es culpa suya que yo sea desgraciado.

—Sí, sí, es verdad,—exclamé con acritud el joroba-

do,—el señor Juan Fernández puede muy bien aumentar sus robos y sus cohechos, y sus picardías, puede engordar cada día más á la sombra de la Padilla, pero no puede aumentar su servidumbre con un escudero valiente y buen mozo como tú, que eras la honra de su servidumbre, y sobre todo que le has servido bien.

—En verdad, padre, que si yo hubiera dicho al señor Juan Fernández de Hinestrosa que no tenía con que sustentarme, me hubiera admitido á su servicio; pero yo no le busqué más que para hacerme presente, porque puede ser que alguna vez le necesite.

—¿Con qué es decir, Andrés, que no ha consistido en el señor Juan Fernández?—dijo con severidad el viejo.

—No padre, no; me importa estar libre, no quiero salir de Sevilla.

—¿Y qué harás desdichado? sin pan, sin esperanza... yo, importo poco... soy viejo... estoy cansado de vivir... ¡pero tú... tú, Andrés!

—Ni vos, ni yo, padre,—dijo el joven.—Sin salir de Sevilla encontraré medios para procurarnos la subsistencia.

—Pero esos medios, Andrés...

—Serán honrosos, padre; por ahora aún tenemos para mucho tiempo.

—¡Para mucho tiempo! de los dos florines consabidos solo nos quedan algunos maravedises.

—Pero á mí me quedan treinta maravedises de oro,

del dinero que me dió doña Sol de Vargas en Jerez para comprar armas y caballo. Además, cuando se acabe este dinero me pondré á dar leccienes de espada en el Humilladero.

—¡Doña Sol de Vargas!—exclamó el viejo á quien Andrés había contado las aventuras de su viaje;—¡doña Sol de Vargas...! ¡una gran señora que te ama, que es hermosa, honrada y posee lo bastante para que puedas ser feliz...!

—No hablemos de eso, padre,—exclamó Andrés interrumpiendo á maese Blas, que como todos los padres, prescindía del amor y solo pensaba en las ventajas positivas tratándose de su hijo,—no hablemos de ello... amo á Beatriz y si me he doblegado hasta cierto punto á la afición de doña Sol, si me he fingido enamorado de ella, ha sido pensando en lo que me pueda servir para librar á Beatriz del rey.

—Sin embargo, Beatriz, está oculta, no se sabe donde para.

—Puedo saberlo de un momento á otro,—dijo Andrés sacando como confirmación de su escarcela la cruz de plata que le había dado algunos días antes la vieja Berta.

—¡Beatriz! ¡Beatriz!-dijo maese Blas moviendo tristemente la cabeza,-Beatriz será tu perdición hijo mío.

—¿Mi perdición Beatriz...? no, no; Beatriz me ama, no tengo duda de ello... creo en su amor, como creo en la misericordia de Dios.

—Ese amor te matará.

—Pero ese amor, padre, es mi vida... entre ella y yo existe algo que yo no puedo expresaros bien; que nos une, que nos arrastra al uno en pos del otro; cuando yo pienso en Beatriz, estoy seguro de que ella piensa en mí, y esto sucede siempre, porque su recuerdo cada vez más vivo, cada vez más adorado no se separa de mí, hay una voz hablando continuamente á mi alma, que me dice: espera... y yo espero... y desde que tengo esa esperanza, me asusta el peligro, me asusta la ausencia, todo lo que puede imposibilitarme de llegar á ella; yo espero un día en que pueda sorprender á los que la guardan, llevarla conmigo, huir con ella, ocultarla con más cuidado que á ella me la ocultan; vivir para ella y solo para ella... y para vos padre mío.

—¡Yo! ¿qué importo yo... viejo, inútil y cansado, estorbo viviente, carga enojosa? á mí me basta con mi torre, con mis campanas... sepa yo que eres feliz y lo soy también... además, yo solo desafío á la miseria... mientras haya murciélagos y lechuzas en las bóvedas de Santa María, no me faltará alimento... ¡pero tú, tú...! te lo repito Andrés: ese amor te será fatal... Beatriz está rodeada de misterios; de un lado del rey, del otro esa vieja que la llama su nieta, que habla de ilustres antepasados, que os recibe en una antigua casa de solar... y luego esa casa que se quema hasta los cimientos... un hilo que se quiebra... una existencia que desaparece ¿quién sabe quien es Beatriz? ¿quien sabe

los inconvenientes que te alejan de ella sin contar con el amor del rey, y la torcida y sospechosa conducta de Men Rodríguez de Sanabria?

—¡Men Rodríguez de Sanabria!—exclamó palideciendo el jóven.

—Recuerda bien, como se nos presentó ese mancebo; yo le encontré al pie de la torre, allí (y el campanero señalaba un lugar al pié de la torre) entre la multitud que hervía; al principio desconfié de él, pero luego tuvo bastante arte para engañarme, y le trage conmigo; acuérdate Andrés; el señor Sanabria estuvo con nosotros demasiado llano, demasiado franco, la primera vez que nos conocía, tú le tuviste por un amigo; á mí me hizo llorar y arrepentirme de haber desconfiado de él.

—¿Quién sabe padre, quién sabe?

—¿Que quién sabe? y dime: ¿no le ví yo al día siguiente cubierto de galas y brocados, altivo y grave como un rico hombre, con estoque dorado y espuelas y cadena de oro, acompañado de ese cuervo vil, de esa ave de mal agüero, el escribano Alvar Yañez? ¿No fué él quien dió al rey la llave de la torre, de la cual se sirvió para sacar del apesento del asilo á doña Aldonza Coronel? Durante el entierro del miserable don Jofre Díaz de Asterga, todo el mundo le vió al lado del rey; es cierto que entonces no llevaba más galas, que tu vestido azul, pero esto no impidió que él fuese el primero que desnudó su espada por don Pedro, hiriendo

al arcediano en el momento que este quiso asesinar al rey; después... después, yo he buscado, he indagado, he preguntado, me he metido por todas partes; he sabido que el tal noble es el ojo derecho del rey... que durante la permanencia de doña Aldonza Cerenel en la torre del oro se la guardó; que durante el motín promovido por doña Aldonza no se separó de la cámara de la Padilla; que durante todo este tiempo ha vivido en casa del infante don Juan de Aragón, sin separarse un momento de él, galanteando á su esposa doña Isabel Nuñez de Lara, siendo el espía, el alma, la sombra vigilante del rey; esta mañana, él fué quien salió al encuentro del desgraciado maestre de Santiago; él fué quien volvió á rienda suelta; después yo le he visto desde aquí en el patio del alcázar, ayudando al infante don Juan, á ese infame lobo, á echar fuera del alcázar á la servidumbre del maestre; yo le he visto también desde aquí y alternativamente en la cámara del rey y en la de doña María de Padilla á través de las ventanas abiertas; luego desde aquí también he visto una cosa horrible.

Mira hijo mío, mira (y señalaba al alcázar á una galería situada á un extremo del gran patio), ¿alcanzan tus ojos á ver lo que hay allí, en la puerta de la sala de Azulejos? ¿No ves un bulto tendido boca abajo, sobre una balsa de sangre manchado el blanco manto? ¿no lo ves? pues yo lo veo perfectamente como si lo tuviera ahí, debajo de mí, en esa saliente de

la torre, á poca distancia, mira Andrés mira, y si consigues ver, extremécete.

Andrés se puso la mano derecha ahuecada á manera de anteojo delante del ojo derecho, cerró el izquierdo, y mediante aquella concentración, su vista alcanzó á ver los detalles que le indicaba su padre.

—Sí, si señor,—dijo extremecido,—veo un cadáver, sobre ese cadáver un manto y en el manto la noble cruz de la caballería del señor Santiago. Más allá, un birrete blanco con pluma roja y dentro de la sala de los Azulejos, á pocos pasos de la puerta y de ese cadáver, una mesa servida en la que ha comido alguien ó va á comer.

—Allí ha comido el rey hace una hora... pero antes, antes... ¡oh Dios mío! escucha... yo he visto al maestre allí, acorralado; cercado, huyendo de acá para allá de los ballesteros, caer á golpe de maza, he visto entretanto al rey, en aquella ventana, excitando á sus verdugos, con el cuerpo lanzado fuera, extendiendo sus brazos que temblaban, y ha llegado hasta mí el ronco sonido de su voz, á pesar de la distancia, terrible, vago, perdido, como esos truenos lejanos que nos anuncian la tormenta; he oido los gritos desesperados del maestre, los alaridos de los ballesteros, y el profundo silencio que rodeaba todo esto, porque como si Dios hubiera querido que ninguna voz humana se uniese á la voz de los asesinos, Sevilla, tan ruidosa, tan alegre siempre, callaba... callaba y su silencio se

oía como se oye el silencio de los cementerios... cuando el maestre cayó, mi mano temblaba asida al badajo de la campana mayor; ¡tuve tentaciones de doblar á muerte! ¡de hacer hablar á todas las campanas en el momento del crimen, como si la voz de Dios hubiese lanzado su maldición sobre la cabeza del asesino por medio de las lenguas de hierro de su santuario...! pero tuve miedo... el rey me hubiera hecho matar... y yo necesito vivir... vivir para tí, Andrés; solté el badajo de mi buena, de mi senora María, y las campanas no hablaron, porque quien las había de dar voz tuve miedo.

—¡Padre! ¡padre! cuando el rey ha muerto á ese hombre,—dijo gravemente Andrés,—habrá tenido razones para ello.

—¡Razones! ¡razones para matar á su hermano!—exclamé con horror el campanero,—el mundo podrá encontrar razones que disculpen ese asesinato, pero un hombre que tenga corazón no puede encontrar ninguna.

—Padre: el maestre era hijo de doña Leonor de Guzman y hermano del conde de Trastamara. Padre, Sevilla entera sabe ya la muerte del maestre por boca de los reyes de armas del rey, pero sabe también que el maestre sin licencia de su señoría ha roto la tregua con Aragon, asaltando y tomando á escala franca el castillo de Jumilla, que se había entregado al aragonés, entretanto se departe el mejor derecho, el rey ha declarado traidor delante de sus reinos al maestre

de Santiago, y su córte ha callado, ha doblado la cabeza delante de esa muerte y ha murmurado en voz baja: «don Pedro ha sido cruel, se ha cebado en su propia sangre, pero ha hecho justicia.»

—¡Justicia! ¡justicia! ¿no le bastaba con encerrarlo en una torre? por ejemplo, allá en el castillo fuerte de Alcalá (y el campanero señalaba el magnífico castillo que á dos leguas de distancia alzaba en el horizonte sus muros terreados y cuyas ruinas, se reflejan hoy aun en las aguas del Guadaira) allí, bajo aquellos fuertes muros; en el encierro más lóbrego, pudo sepultarle en vida, escusándose el arrojar sobre su conciencia y á la faz de sus reinos una sangre inútil.

—Padre—dijo, con alguna impaciencia Andrés, que participaba del carácter ferez de la época, y como soldado valiente rechazaba los términos medios;—el rey sabe muy bien que á un hombre vivo se le saca por traición, ó por engaño del más fuerte encierro, y que en ciertos casos el mejor calabozo es la tumba: el rey sabe muy bien que á los poderosos solo debe herírseles en la cabeza.

—Dejemos este asunto, Andrés,—dijo el jerobado: nunca nos entenderemos: tú ves las cosas de otro modo que yo: eres soldado, andas siempre entre gente brava, y nada tiene esto de extraño: yo desde la muerte de tu madre estoy solo... enteramente solo... la soledad, la desgracia, la miseria, han formado mi corazón: porque la soledad es un desierto infinito; por-

que la desgracia purifica el corazón, matando las pasiones; porque la pobreza, condenándonos á las necesidades, nos hace pensar mucho... para un desgraciado no hay otro consuelo que Dios, y nunca se escucha la voz de Dios mejor que en la desgracia, en la miseria. No hablemos más de eso, pues como te he dicho, pensamos de distinto modo. Yo miro más alto que tú, tengo más experiencia que tú; por lo tanto quiero salvarte de tí mismo, quiero alumbrarte el camino y señalarte el peligro.

—Ningún peligro me apartará de Beatríz.

—Te apartan ya los hombres y las cosas.

—Lucharé.

—Caerás.

—Pero al caer sabré que he hecho cuanto ha estado en mi mano; no me quedará el descensuelo y la vergüenza de decir: la he perdido por cobarde.

—¡Andrés! tus amores con Beatriz han atraido sobre tí las miradas de los poderosos; acuérdate de Men Rodríguez.

—¡Otra vez ese hombre!—exclamé con enojo Andrés.

—Ese hombre se introdujo en nuestro pobre apesento con el alma llena de traición; ese hombre era un espía del rey, que amando á Beatriz...

—Sois muy mal pensador padre... la desgracia y la miseria os han hecho desconfiado.

—Me han enseñado á conocer á los hombres.

—Sin embargo, vos mismo creísteis en la generosidad, en la buena fé de Men Rodríguez.

—Me engañé,—exclamé decididamente maese Blas, —Men Rodríguez es tan miserable como todos los favoritos del rey.

—¿Y por qué pensar así? Puede muy bien suceder que el rey le haya conocido después que nosotros, que le haya apreciado, que haya visto en él un alma noble, generosa, leal y le haya alzado de repente; nada se puede decir tratándose del rey; del mismo modo que á primera vista se enamora perdidamente de una mujer; del mismo modo que mata por justicia propia y con la rapidez del rayo, por una sospecha, por un indicio, por recelo, ha podido hacer un rico-hombre de un simple hidalgo, si le ha creido digno de sus mercedes ó á propósito para servirle.

—¡Oh! ¡a propósito para servirle! ¡esto sí! todos los tiranos necesitan instrumentos ciegos, interesados... ¡si tú hubieras visto lo que yo he visto...!

—¿Y qué habeis visto padre...?

—He visto á Men Rodríguez preparando á sangre fría el asesinato del maestre, ayudando al infante don Juan: después le he visto pasar junto á ese cadáver, indiferente, como si se hubiera tratado de un perro, y entrar en la cámara de los Azulejos donde comía el rey... y ahora... ahora... mira... (y le señalaba la puerta de Adehar por donde á la sazón salía la comitiva) mira, va al lado derecho del rey como su mejor vasallo

—¿Es decir que el señor Men Rodríguez no se queda en Sevilla?

—El rey no sabe separarse de él; mira su vesta roja... se distingue á pesar de la distancia; juraría que no me engaño: Men Rodríguez al venir á vernos venía con deliberada intención... ¡y yo imbécil que le creí, que confié en él y le conté la historia de tus amores con Beatríz!

—Hicisteis mal, puesto que era un desconocido, pero por lo demás, aunque no hayamos vuelto á ver á ese caballero, yo no pienso de él como vos; á su edad, padre, no se sabe dar á la mentira el acento de la verdad.

—¿Y por qué, si no mentía, no has logrado verle en casa del infante don Juan?

—La servidumbre del infante, padre, es insolente, y no ha permitido dar noticia al señor Men Rodríguez de mi deseo.

—¿Pero por qué no ha venido él mismo, si es cual tú le crees? ¿no encontró aquí lo que había menester ¿no te llamé su amigo? ¿no tenía obligación de devolverte tu espada, tus galas...?

—¡Padre! ¡padre! yo tengo también en ese caso la obligación de devolverle los dos florines conque aún estamos viviendo.

—¿Pero y mi llave..? ¿la llave de la torre... la llave merced á la cual nos fué sin duda robada doña Aldonza?

Esta réplica de maese Blas no tenía respuesta: todo parecía acusar á Men Rodríguez y Andrés en realidad desconfiaba de él: estaba resuelto á pedirle una explicación de las singularidades que le rodeaban y que tenían un contacto íntimo con Beatriz, pero era demasiado honrado, para fijarse en un punto cualquiera en que apoyarse, no teniendo por pruebas más que conjeturas; todo consistía, no en que Men Rodríguez hubiese olvidado al pobre escudero, sino en que la casualidad había impedido que se encontrasen. Andrés no había logrado atravesar la barrera de criados del infante don Juan; Men Rodríguez había ido algunas veces á la habitación del campanero y nunca le había encontrado en ella. Distraidos ambos con sus asuntos, jóvenes los dos, enamorados, los dos descuidados no habían apurado los medios de verse y no se habían visto.

Maese Blas receloso de suyo no dudaba en calificar á Men Rodríguez, poniéndole á nivel de los servidores más envilecidos del rey; Andrés no descendía á tanto, pero atribuía gran parte de sus desgracias al conocimiento que Men Rodríguez tenía de sus amores con Beatriz, y un odio naciente empezaba á germinar en su alma.

—¿Y qué piensas hacer Andrés?—dijo después de un momento de silencio el campanero.—¿Estás decidido á hacerte maestro de espada?

—Allá veremos. Como os he dicho, aún tengo algún dinero... después veremos.

—Entonces vamos á comer... ya es hora... ¡ya lo creo...! ya el sol se ha puesto; hoy he atrasado mi comida lo menos seis horas... ¡ya se vé! estoy aquí desde la muerte del maestre... no he acertado á separarme de mi acechadero... y tengo hambre... sí por cierto, mucha hambre; vamos á comer.

—He comido ya, padre.

—¡Que has comido!

—Sí, me ha convidado á comer un amigo en el barrio de San Bernardo, y le espero en la torre.

—¡Ah! ¡ah! tienes cita... ¿y qué amigo es ese que vive en el barrio de San Bernardo, donde solo se encuentran gente aviesa, matones, rufianes y mujeres de vida libre...?

—Es el señor Pedro el-Negro; un valiente mozo con quien he trabado conocimiento estos días por causa de Beatriz.

—¡Andrés, Andrés, tú te perderás!—dijo tristemente el viejo.

—¿Y quién os ha dicho maese, que se perderá vuestro hijo,—exclamó á la sazón una voz detrás de ellos.

—Volviéronse Andrés y su padre y vieron ante sí á Pedro-el-Negro no con su buriel de peregrino, sino galán y bizarro, á la usanza de la gente brava de aquellos tiempos.

Miróle atentamente maese Blas, y después de un momento de silenciosa observación, le dijo:

—¿Y sois vos quién me asegurais que mi hijo no se

perderá?—exclamó,—paréceme, compadre, que no podreis decir otro tanto de vos mismo.

—¡Vah, señor campanero!—dijo Pedro-el-Negro;—vos, como estais acostumbrado á mirar desde tan alto, no veis bien las cosas.

—Por lo mismo que miro desde muy alto, veo muchas cosas á un tiempo; veo, por ejemplo, un rey que adelanta furioso como un lobo hambriento, en busca de nueva sangre, dejando allá una víctima en su alcázar.

Y al mismo tiempo el campanero señalaba una nube de polvo que se levantaba á lo lejos sobre el camino de Alcalá, causado por la cabalgata del rey, y á la puerta de la sala de los Azulejos del alcázar.

Entonces se vió otro nuevo incidente: algunos hombres, alumbrados con linternas, porque en aquella parte ya empezaba la noche, levantaron al maestre, le pusieron en una caja, la cerraron y cargaron con ella; uno de aquellos hombres, teniendo junto á sí una linterna y auxiliado por otro que le suministraba agua de la fuente, lavaba la sangre.

Aquel hombre era el agonizante Sancho.

—¡Sí, lava, lava, verdugo!—exclamó roncamente maese Blas deslizándose por las greñas del esquilón al suelo,—pero por mucho que laves, y aunque consigas borrar esa sangre de la tierra, no la borrarás del libro de la justicia de Dios.

—¿Y no os parece que esa sangre pide venganza,

maese?—dijo Pedro el-Negro, siguiendo asido del brazo de Andrés, al viejo que se encaminaba lentamente á la primera rampa.

Maese Blas comprendió perfectamente la intención del bandido, y contestó:

—Mi hijo hará lo que quiera, como vos, compadre; pero paréceme que la venganza contra el rey don Pedro, debe dejarse á Dios; Dios es más fuerte que él... entretanto, ved donde poneis los piés, porque el terreno está resbaladizo y cubierto de lodo de sangre. Entretanto, yo estoy en mi aposento. ¿Quereis entrar, compadre? los amigos de mi hijo le son míos.

—Os le agradezco, señor Blas; pero Andrés y yo tenemos quehaceres urgentes, nos esperan, no temais por vuestro hijo, está en buenas manos.

—¿Vendrás esta noche, Andrés?—dijo con el cuidado de un padre el campanero.

—No lo sé,—contestó el jóven.

—Que se haga la voluntad de Dios,—repuso tristemente maese Blas, y luego no pudiendo contenerse, como si le torturara el alma un presentimiento funesto, se colgó al cuello de su hijo, que se inclinó, le besó en la frente, y le dijo conmovido:

—Adiós, hijo mío, adiós.

Y desasiéndose de Andrés, se entró precipitadamente en su mechinal.

Andrés vaciló un momento y adelantó un paso hacia la puerta de la habitación de su padre; pero Pedro-

el-Negro, que le tenía asido, tiró de él, y le dijo:

—No tenemos tiempo que perder; el señor Alvar Yañez nos esperará impaciente.

—¡Pobre viejo!—exclamó Andrés, enjugándose una lágrima: y siguiendo á Pedro-el-Negro, bajaron á buen paso las ya oscuras rampas de la torre.

Apenas habían descendido un tanto; cuando apareció en la puerta de su aposento maese Blas, calada sobre los cabellos canos una grasienta caperuza.

—¡Oh! ¡oh!—exclamó:¿—y quién piensa en comer? es necesario que yo sepa á dónde va mi hijo y lo sabré: por el hilo se llega al ovillo... sí, pardiez... y si se trata de alguna intriga, veremos si yo sé también intrigar.

Y echando tras esto la llave á la puerta, se puso en seguimiento de su hijo.

Cuando llegó al pie de la torre, le vió á lo lejos junto á una esquina de la casa del arzobispo, acompañado de Pedro-el-Negro y hablando con un hombrecillo vestido de negro: la perspicaz vista del campanero conoció á aquel hombre á pesar de la distancia.

—¡Ah! ¡ah! es el señor Alvar Yañez; el bribón que lanzó á mi hijo á las aventuras en que se encuentra metido, y le obligó á ir á Jeréz en deservicio del rey... ¡y el cuervo infame está apoderado aun de mi hijo!... ¡oh! es necesario desenredar esto y lo desenredaré.

Después de algunos momentos de conversación, al

parecer animada, Andrés, Alvar Yañez y Pedro-el-Negro, se pusieron en marcha, tomando su camino por la calle de la Berceguinería; maese Blas se puso en su seguimiento, y así, el uno tras los otros, pasaron la calle indicada, la del Mesón del Moro, la de los Encises, la de Santa María la Blanca, y saliendo á las murallas, tercieron á la izquierda dejando al frente la puerta de Adehar; siguieron adelante, y dejando la puerta de Carmona á la derecha, se detuvieron delante de una casita blanca, rodeada de jardines en el muro de los Navarros.

Alvar Yañez se adelantó y llamó: poco después se abrió la puerta y entraron, uno tras otro, el escribano, Andrés y Pedro-el-Negro.

Era ya de noche: maese Blas se ocultó en un ángulo de la calle en el hueco de una puerta, con la mirada fija en uno de los dobles ajimeces de la casa, donde había entrado su hijo, en el que brillaba una luz, y tras cuyos vidrios de colores se veía destacarse de tiempo en tiempo la sombra de una mujer.

CAPITULO II

De cómo Leila había sabido constituirse] en señora de vasallos, sin haber necesitado para ello cédulas ni donaciones reales

En la época de nuestra acción, se conservaban aun en Sevilla muchas casas árabes, y á este género de arquitectura pertenecía la que don Simuel Leví, obligado por las circunstancias, había procurado á Leila, porque Leila era dueña de la casa del muro de los Navarres que, con tanto interés, atalayaba maese Blas Cerchuelo.

Aquella casa había pertenecido sucesivamente á ricos judíos que, como originarios de una raza oriental, amoldados por una larga dominación á las costumbres árabes, que les habían trasmitido de una manera tradicional sus antepasados, hasta el punto de no diferenciarse de sus antiguos señores más que en la religión, la lengua y el traje; seducidos por la belleza de las construcciones árabes, habían conservado

aquella preciosa casa, en un estado flamante, por decirlo así, á pesar de haber trascurrido ciento diez años casi, desde el 25 de noviembre de 1248, en que fué conquistada á los moros Sevilla, por el rey Fernando III *(el Santo)*, cuarto abuelo del rey don Pedro.

La situación aislada de esta casa á un extremo de la ciudad; el jardín que la rodeaba con sus árboles frutales, sus arriates de flores, sus fuentes, sus cuadros de verdura; sus bellos apartamientos y su soledad, la hacían un retiro delicioso, tan á propósito para ser habitado por quien, cansado de luchas y desengaños huyese del mundo, como para quien, sensual y sibarita, quisiese apurar los placeres y los goces de la vida, sin que ningún ruido ni impresión exterior viniesen á turbar los misterios de su voluptuosidad.

La entrada principal de esta casa, era un ancho portalón árabe, abierto y elevado en los tapiales del huerto, y que correspondía á la calle de San Estéban: un verde muro de cipreses, unidos y compactos, impedía por su altura que la casa fuese vista desde la calle, y aún desde las habitaciones ó terrados más altos de las casas fronteras: asimismo á los dos costados del jardín, un obstáculo semejante impedía que fuese visto desde las casas laterales: la única parte del edificio que podía verse desde la calle era un pabellón octógono situado sobre el callejón del muro de los Navarros.

En este pabellón había un postigo en el lado central del octógono, con un doble ajimez encima, que era

en el que brillaba la luz que observaba el campanero, y un ajimez semejante en cada uno de los lados que podían verse desde afuera.

En cuanto al interior, ya refiriéndonos al jardín, ya al edificio, todo era bello, simétrico, ejecutado con un gusto esquisito. Flores y árboles aromáticos de Oriente en el primero; en el segundo galerías caladas, labradas, pintadas, doradas, con aleros de cedro ó alerce, ataugías, follajes y demás primores del gusto árabe, sobre delgadas columnas de alabastro: en el interior, cámaras, retretes, camarines, ornamentados con una profusión maravillosa, cúpulas artesonadas, pavimentos de mármol y mosáicos, fuentes corrientes, alfombras, tapices, divanes; veles de seda y oro: todo pequeño, todo lindo, todo voluptuoso; verdadero templo de un ídolo que necesitaba ser muy hermoso para estar en armonía con la hermosura del edificio.

Parece extraño que una tal joya, por pequeña que fuese la ofreciera de motu propio la codicia de don Simuel á Leila, cuando esta le exigió entre otras cosas, una casa apartada y solitaria en pago de un secreto; pero cuando digamos que á pesar de su valor y de su belleza, aquella era la peor casa que poseía en Sevilla el opulentísimo tesorero del rey, cesará la estrañeza de nuestros lectores.

Podrá objetársenos que don Simuel pudo haber adquirido en el término prefijado por Leila, y por una cantidad incomparablemente menor, que el precio de

aquella preciosa casa, una vivienda cualquiera; pero entonces en Sevilla no había término medio, así como considerada socialmente no existían en ella más que poderosos señores ó humildes y abyectos vasallos; en cuanto á casas, no podía contarse sino con un palacio ó una barraca.

Además de esto, la revelación de Leila de tener en su poder cartas del judío al infante moro Abóul Sayd, cartas que conocidas por el rey, podrían dar con don Simuel en una horrible sima de desgracias, en cuyo fondo encontraría indudablemente una muerte horrorosa, le decidieron á contemporizar con Leila, á adoblegarse á sus caprichos, sirviéndola para esperar un día en que por un descuido de aquella singular mujer pudiese emanciparse de la esclavitud que la fatalidad le había impuesto, dándola un golpe de gracia.

Leila conocía perfectamente sus ventajas sobre el judío y las explotaba, haciéndose de él en la parte numerariá un tesorero, y en la política, por decirlo así, un instrumento ciego.

Cuando Leila se presentó en la casa por primera vez solo tuvo que desear alguna riqueza más en el mueblaje, que le había escatimado la miseria de don Simuel; pero bastó una sola indicación enérgica de la joven para que el judío hiciese desaparecer aquel movilario, deslustrado ya, y le sustituyese con otro aceptable por todos conceptos.

Halló, asimismo, Leila en un camarin situado den-

tro de su dormitorio, un arca de hierro de tres candados y dentro del arca en moneda limpia, brillante y corriente la enorme suma de mil castellanos de oro.

Leila trasladó inmediatamente á su nueva casa á Isabel-la-Liebre y la instaló en el pabellón que daba al muro de los Navarros: Isabel en aquella especie de fortaleza femenina, recibió la investidura y las funciones de alcaide: Leila puso bajo sus órdenes cuatro esclavos mudos que don Simuel Leví buscó á todo trance entre sus correligionarios, que acostumbraban por su natural recelo á servirse de esta especie de autómatas: encargóse á uno de ellos la portería principal y al otro la del postigo; los otros dos debían servir para las faenas interiores de la casa y para velar de noche en el jardín: á más de esto proveyóse de un cocinero, de dos marmitones y cuatro doncellas.

Hecho esto, una noche entraron dos literas por el postigo: en ellas venían la vieja Berta y Beatríz, que fueron instaladas en un lindo departamento situado en un ángulo á la parte interior del edificio sobre el jardín. Poco despues llegó otra litera, entró y de ella salió una mujer cubierta con un manto, que fué conducida por Isabel-la-Liebre á otro departamento enteramente opuesto, apartado, incomunicado, del que ocupaban Beatríz y Berta.

La puerta posterior del edificio, esto es: el pabellón que correspondía al muro de los Navarros y algunas habitaciones adyacentes, estaban incomunicados con el

reste de la casa y le habitaban únicamente Leila é Isabel-la Liebre.

Del mismo modo, por el postigo solo entraban y salían Leila é Isabel, y las personas á quienes llamaba Leila: estas personas se reducían á cuatro y sobre cada una de ellas formaba un ángulo de su plan, Leila.

Eran el señor Pero Lope de Padilla, ballestero mayor del rey antiguo amador como saben nuestros lectores de la joven: don Simuel Leví, que á su oficio de tesorero del rey se había visto obligado á añadir, por más que le fuese violentísimo y odioso en un grado indecible, el de tesorero de Leila; Alvar Yañez y Pedro-el-Negro eran instrumentos ciegos que rara vez veían á la joven, que recibían sus órdenes por medio de don Simuel Leví ó de Isabel, y las obedecían porque se les pagaban espléndidamente sus servicios.

Merced al talento satánico de Leila, Pero Lope de Padilla estaba enteramente á su merced, loco de amores por ella: don Simuel Leví, aterrado, obedecía temblando sus órdenes; Alvar Yañez halagado por la recompensa, ponía á su disposición sus dobles relaciones en Aragón y en Castilla, su experiencia de pícaro, sus malas artes, y su travesura de escribano. Pedro-el-Negro, incitado por Isabel y más que esto por el oro que caía como un raudal contínuo en sus manos, mantenía á su sueldo los trescientos feroces hermanos de Nuestra Señora de Recamador.

Leila, pues, tenía un palacio, una córte y un ejór-

cito. Pero reducido todo, todo misterioso, todo oculto, y bastante, sin embargo, para desarrollar y dar cima en un caso dado á sus proyectos.

Don Simuel se aterraba á la vista de este estado, de estos gastos, de esta marcha ruinosa. Aunque los mil castellanos, las joyas que había traído á Castilla Leila y las robadas por ella en la cámara del rey constituyesen una suma, respetable lo bastante para afrontar por largo tiempo estos gastos, don Simuel que, á pesar de su astucia *rabina*, y de su larga experiencia en intrigas, no había llegado á vislumbrar el punto de parada á donde se encaminaba Leila, se extremeció, pensando en el momento en que aquel tesoro diese cabo, y se apelase á sus arcas: nunca mejor que entonces don Simuel hubiera abandonado á Castilla, y á España, y aún á Europa; pero sus posesiones en los reinos de don Pedro, eran inmensas, inmenso el débito que con él tenía contraido el rey, y más que inmenso, cruel, pánico, el miedo que le inspiraba Leila, por aquello de las traidoras cartas, escritas en hora malhadada por él al infante Abu 'l Sayd.

Leila conocía perfectamente sus ventajas y trataba á don Simuel de una manera lastimosa.

La probabilidad de que don Simuel fuese su esclavo aventurada por Leila, cuando se encontró con el hecho en el alcázar y empezó á exigirle á este título sus preciosos servicios, se había convertido en una realidad.

El tesorero del rey era esclavo de hecho de Leila;

esclavo sin voluntad, dominado por el terror, atado de piés y manos y constituyéndose cada día más esclavo, porque cada día le obligaba Leila á hacer una nueva traición al rey, cuya prueba tenía una exquisita habilidad de procurarse.

Las minas del alcázar, las puertas secretas, la compra de la casa de vecindad, donde estaba la antigua habitación de Juan Diente, de la cual había obligado á ser el poseedor á don Simuel, y cuya escritura de propiedad solo había sido adjudicada á Alvar Yañez como á un testaferro, la ocupación de aquella casa por los aventureros-bandidos disfrazados con el nombre de peregrinos, la revelación de importantes secretos del rey, una infinidad de pruebas, en fin, eran otros tantos lazos que ataban á don Simuel á la voluntad de Leila.

Leila conocía demasiado al judío; sabía que don Simuel no se detendría en exterminarla en el momento en que tuviese seguridad de emanciparse con su muerte; por lo tanto Leila, había tenido bastante astucia para hacer creer al viejo y experimentado rabino, que no era una persona aislada, sino el eslabón de una cadena de enemigos poderosos, unidos estrechamente contra el rey.

Don Simuel, pues, temió verse envuelto en un torbellino, si rompía aquel eslabón y temblo, calló y obedeció.

Todo consistía en que Leila había sabido apoderarse

de la situación y tenía firmeza y talente para sostenerse en ella.

Al fin, venida por su astucia á Castilla, emancipada por el amor de Pero Lope del poder de Al-Mondhir, libre de una persecución por la muerte de éste y del judío Abraham, disfrazada, convertida en un ser misterioso, paje en casa de doña Isabel Nuñez de Lara, espía invisible en el alcázar, apoderada de hombres que en su respectiva posición valían mucho, poseedora de importantes secretos, segura por estos mismos secretos de que los que la servían le hiciesen traición, perdida ó por mejor decir escondida en Sevilla, siendo alternativamente en público, paje de doña Isabel Nuñez de Lara, en secreto, tras los muros de su casa una mujer hechicera y tentadora, Leila ocupaba una posición fuerte por decirlo así, desde donde asestaba con seguridad sus tiros sobre las personas que habían tenido la desgracia de causar su odio ó de ponerse en su camino.

Por lo demás, los vecinos ignoraban quién vivía en aquella casa tan cerrada siempre, siempre tan silenciosa, á excepción de algunas noches en que se escuchaba en altas horas la sonora y dulcísima voz de una mujer que cantaba acompañándose con un laud romances de amores.

Solo se veían salir y entrar de día por la puerta principal dos esclavos mudos ocupados en el servicio, que como no podían hablar guardaban de una manera

desesperante un silencio obligado sobre los misterios de aquella casa.

La vecindad de Leila, como todas las vecindades, sintió una viva curiosidad por saber las interioridades de aquella casa tan silenciosa: acercáronse á observar y á espiar, y al fin lograron ver salir un día por él postigo á don Simuel Leví.

Esto fué un clarísimo rayo de luz para los vecinos que al fin tuvieron á qué tenerse: según ellos lo que en en aquella casa se guardaba era una querida del riquísimo judío: y parecía confirmar esta opinión el dialecto extranjero y á todas luces oriental de los cantares de la dama misteriosa.

Una vez obtenida una solución, la curiosidad vecinal cesó: aquella era cosa demostrada: los esclavos mudos no eran más que los guardas de una mujer, ni aquella linda casa otra cosa que un nido de amor.

CAPITULO III

Dos en una.

En la tarde del mismo día en que aconteció la muerte del maestre de Santiago, Leila, como hemos dicho otro lugar, se trasladó del alcázar á su casa de la calle de San Esteban, y entró en ella por el postigo.

Isabel-la-Liebre, vestida con un gracejo maravilloso, con un vestido de seda verde, bordado, excesivamente corto, un pañuelito sobre los hombros, un avantalillo blanco á la cintura, unas medias encarnadas y un pequeño zapato negro con lazos dorados en que se encerraba su encervado pie; desnudo el brazo hasta el hombro; desnudo el cuello hasta el seno y tendidas á la espalda las anchas y largas trenzas de oro de sus cabellos, saludó sonriendo á Leila, la abrazó y la besó en una hechicera coquetería en la boca.

—¡Sabeis, señor Gastón, la dijo con acento picaresco estais hermosísimo, y que me voy sintiendo un tanto cuidadosa por vuestras largas ausencias? ¿en qué os habeis ocupado todo el día, caballero? Sabed que tengo celos... ¿pero qué es éste?... ¿por qué ese disgusto?... ¿ha enloquecido al fin de todo punto doña Isabel Núñez de Lara por el señor Men Rodríguez?

Isabel que había empezado á hablar ligeramente acabó por dar á su acento una entonación de severidad cuidadosa.

—¡Doña Isabel! ¡doña Isabel! exclamó Leila con un acento profundamente reconcentrado, mientras subía lentamente unas estrechas escaleras; ¡maldígala Dios, amen!... le ama... si, le ama! yo lo sabía bien... pero no se lo había dicho hasta ahora... y esta mañana... y él... él... ¡miserable!... él la ama también, la adora... la adorará siempre... ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! ¡maldita sea la hora en que le ví..! no sé por qué me he enamorado de ese hombre... yo que he despreciado á príncipes y á reyes...

Al decir estas palabras se detuvo delante de un gigantesco espejo de acero en el fondo de un precioso retrete donde había entrado.

—¡Oh! estoy sufriendo un infierno,—dijo contemplándose en la límpida superficie,—me parece que mi rostro se aja, que tengo canas en mis cabellos, que mis labios se descoloran, que me voy poniendo fea con una rapidez horrible... y esa doña Isabel... ¡tan

hermosa..! ¡cada día más hermosa..! conozco que no puedo luchar con ella... me vencería.

—Indudablemente... si siempre tuviéses el rostro como hoy, Ana mía; estás desencajada, pálida, ojerosa.

—Es que he visto cosas horribles... horribles de todo punto... yo creía tener más valor... ¡pero esa sangre..! ¡esa sangre..! ¡sangre al fin de Alonso el Onceno..! ¡Oh, oh! y una sangre inútil... pero eso... no... el maestre me hubiera estorbado... podría haberme estorbado... y luego ¿no he jurado yo á la sombra de mi madre la muerte de los hijos de doña Leonor de Guzman y de la reina doña María..? sí... sí... pero... no hablemos más de esto Isabel... escucha... necesito cambiar de traje... necesito estar hermosa... vísteme.

Isabel abrió un armario riquísimo y sacó de él ropas de mujer: desnudó de sus vestidos de paje á Leila, y empezó á vestirla.

—Pónme en los cabellos perlas y diamantes; necesito algo que brille al lado de esta palidez..... que la alumbre: saca el cofre de mis joyas, mi justillo de brocado escarlata y mi falda azul bordada de aljófar.

—¿Tienes cita con Men Rodríguez, Ana? ¿te has decidido al fin....?

—Men Rodríguez cabalga ahora mismo al lado del / hacia Vizcaya, y estará á algunas leguas de aquí... no es eso..... pero espero á otra persona.....

—A otra persona.....

—Sí, al señor Juan Tenorio.

—¡Al señor Juan Tenorio, Ana! ¿sabes quién es ese hombre....? ¿te atreverás á recibirle sola....?

—Te juro que el señor Juan Tenorio no tendrá junto á mí más poder que un niño.

—Es audad, valiente.....

—¿Olvidais que yo soy al mismo tiempo hombre y mujer....?

—Es verdad, pero.....

—Si no alcanzo á hacerme respetar como mujer, que es indudable, me haré respetar como hombre. ¡Oh! tú no me conoces, Isabel..... tú no conoces mi vida..... desde mi infancia me han acostumbrado á la fatiga... me han hecho fuerte y valiente, he visto correr delante de mí la sangre de las batallas, y más de una vez he sentido la dura punta de una lanza: yo no tengo de mujer más que la naturaleza; mi alma es de hombre y de hombre bravo... no, no; si el señor Juan Tenorio se atreve á tratarme como ha tratado hasta ahora á las mujeres, peor para él; porque probará un escarmiento, y peor para mí... porque sabré que mi hermosura, mi voz, mis miradas no alcanzan ya á inspirar un amor respetuoso.

—¿Y cuándo vendrá el señor Juan Tenorio?

—A la queda.

—¡A la queda! ¡es decir que esta noche no vas tampoco á casa de doña Isabel!

—¡A casa de doña Isabel! ¿y para qué quiere yo ir á casa de doña Isabel? bastante me he convencido en ella de que Men Rodríguez está locamente enamorado: bastante le he contenido, haciéndole creerse favorecido de una manera misteriosa y pura en medio de las tinieblas y del silencio de la noche: ya sé cuánto tengo que saber: ya sé que se aman... ¿y qué tengo yo que guardar allí? Men Rodríguez no está en Sevilla, y cuando vuelva, no encontrará en su casa á doña Isabel, y no seré yo quien la guarde, la guardará otro. He dejado de ser el paje Gastón de Ulloa: ahora soy doña Ana; el día que me convenga seré doña Ana Téllez Girón, señora de vasallos y rica-hembra de Castilla, puesto que he comprado á peso de oro un reconocimiento de esa vieja doña Berta, hecha por ante el escribano Alvar Yáñez. A propósito de Alvar Yáñez; le espero esta noche.

—¿Y viene solo?—dijo con intención Isabel.

—No: vendrán con él Andrés Corchuelo y Pedro el Negro.

Pintóse una expresión de alegría en el semblante de Isabel.

—¿Aun amas á ese hombre?—dijo Leila notando el contento de la joven.

—Sí, le amo y le amaré.

—En verdad que no encuentro la razón de ese amor.

—El amor no tiene razones: dime, ¿por qué amas tú Men Rodríguez?

—Men Rodríguez es un caballero.

—¿Y dejarías de amarle si de caballero bajase hasta bandido?

—¡Oh! ¡no!

—Pues bien, Ana; yo amo á Pedro, porque le amo; esto es todo lo que puedo decirte.

—¡Estaba escrito!—exclamó misteriosamente Leila.

—Escucha, Ana,—dijo Isabel;—estoy ofendida contigo.

—¿Ofendida conmigo? ¿y porqué? ¿no te amo yo?

—No, no me amas cuando desconfías de mí y me recatas secretos: eres para mí un misterio.

—No hace mucho lo era para mí misma.

—¿Qué eres, pues? Dios lo sabe. Hombre y mujer á un tiempo: mora y cristiana: hechicera, sabia, música, poeta... Te llamas Gastón, Leila, Ana. Eres hombre cuando vistes de hombre, y sería difícil dificilísimo, que nadie entonces adivinase en tí una mujer.

—Sin embargo, ha habido alguna que le ha adivinado.

—¡Doña Aldonza Coronel! ¡A doña Aldonza la ayudaron los celos!

—Pero doña Aldonza no revelará á nadie este secreto.

—Ese no es secreto. Lo saben el señor Pero Lopo, don Simuel Leví, Alvar Yáñez y Pedro-el-Negro.

—Los cuatro callarán porque los cuatro son esclavos míos.

—¡Oh! confieso que no te comprendo y que algunas veces me causas miedo; paréceme que solo un espíritu del otro mundo puede disponer del poder que tú tienes. ¡Oh! sí, es fácil conocer en tí la mujer cuando eres paje, ¿quién conocerá al hombre cuando eres mujer? Escucha, Ana: tú tienes celos de doña Isabel de Lara, y miedo á su hermosura..... pues bien, esos celos son cobardes, ese miedo infundado: tu hermosura es tal que deslumbra, la mirada de tus ojos quema, tu boca cuando suspira, inflama... yo soy mujer... y no fea... y me enamoras... de seguro si tú te dejaras ver de Men Rodríguez en uno de esos momentos de languidez con que asesinas al pobre ballestero mayor, Men Rodríguez caería enamorado á tus pies, se olvidaría de doña Isabel... de todas las Isabeles del mundo, ¡si eres un portento, Ana! es necesario tener lástima del pobre Pero López. Cada día se pone más flaco y más feroz.

—Pero Lope de Padilla, es un hombre todo materia, todo lodo... Pero Lope no mira en mi alma, sino el cuerpo; el amor de ese hombre no es amor sino deseo... si por desgracia mía yo le hubiese amado con el olvido de mí misma con que amo á Men Rodríguez, después de satisfechos sus brutales instintos, me hubiera tratado como á una esclava... peor aun: como trato á su caballo y á sus lebreles. Si yo aliento los amores de ese hombre es porque para mí es un instrumento precioso...

—¡Siempre misterios!

—Acaso llegue un día en que yo rasgue para tí ese velo tenebroso y te diga, mira: entonces me conocerás y te extremecerás, Isabel. Tráeme mi perfumero.

Isabel trajo á Leila un precioso cofrecito de sándalo incrustado de oro con esmaltes y arabescos, y la joven sacó de él algunos frasquitos y los vertió en sus cabellos, en su seno, en sus ropas; después de esto se levantó y se miró de nuevo al espejo.

—Merced á mi atavío,—dijo,—aun parezco hermosa... sí, sí; aun puedo pasar; pero es horroroso. ¡Dios mío! ¡Dios mío! vieja á los veinte años.

—Leila era en extremo descontentadiza; nunca su belleza había sido más resplandeciente, más intensa, por decirlo así, la palidez nerviosa y mate de sus mejillas la aumentaba: sus ojos tenían un brillo, y una profundidad tal su límpida mirada, tal expresión de amor, de vida, de poder, de fijeza, que hubieran hecho extremecerse á un cadáver. En fin, el amor, el sufrimiento, la lucha, habían dulcificado la dureza habitual de su semblante, reemplazándole con la aspiración de la esperanza y la languidez del cansancio.

Su traje, sus joyas, la esbeltez y la valentía de su talle y de sus formas; la elegancia de su apostura, la distinción de sus maneras hacían de ella una dama delicada, magnífica, enteramente en contraposición del paje, de formas robustas, mirada clara, y sonrisa cruel y sarcástica.

Para representar al paje, bastábale á Leila excitar sus odios: la venganza y las malas pasiones la endurecian; para representar á la dama bastábale con pensar en su amor contrariado, en sus delicias ansiadas, en su aislamiento, en su origen, en su desesperación. Entonces era la mujer que sufría, suspiraba y lloraba. Para representar estos dos extremos Leila tenía que hacerse una violencia, su verdadero carácter estaba en medio de ellos; siempre era una mujer con pasiones enérgicas y aspiraciones voluptuosas... una amalgama extraña de virilidad, de debilidad, de vicio de pureza. Un fenómeno humano puesto en lucha, por resultado de una educación anómala, con las leyes naturales.

Don Simuel Leví, que al parecer estaba iniciado en los misterios del origen de Leila, decía con razón que el infante Abou l'Sayd había criado en ella una pantera.

Leila dió á su prendido ese último toque maestro que ninguna mano da mejor que la de una mujer elegante tratándose de sí misma. Se miró por última vez con disgusto al espejo y dijo á Isabel:

—Cuando venga el señor Pero Lope de Padilla, entretenle en tu aposento...

—Es decir, que me haces cargar con el fastidio de escucharle.

—Despídele con cualquier pretexto.

—Eso será mejor; pero puede quedarse esperando fr nte del postigo, ¿y si ve entrar al señor Juan Te- n rio?...

—El señor Juan Tenorio entrará por la calle de San Esteban. Avisa á Melchor, abre la puerta interior y cuida de que ni pueda ver ni ser visto.

—Bien, ni verá, ni le verán. Pero recuerdo que me has dicho que esperabas.

—Sí, á don Simuel...

—Y además...

—Sí, luego á Alvar Yáñez, á Pedro-el-Negro y á Andrés.

—¿Y cuándo vendrán?

—Don Simuel, de un momento á otro... en cuanto venga hazle entrar. Después, Pedro-el-Negro; los otros dos que esperen en las habitaciones bajas.

Tras estas palabras Leila abrió una puertecilla y entró en otra cámara; siguióla Isabel, encendió las lámparas, porque ya oscurecía, y dejó sola á Leila.

CAPITULO IV

—

En que se ve que Leila, para conseguir sus fines, no se paraba en barras.

Apenas estuvo sola Leila, cerró cuidadosamente todas las puertas de la cámara donde se encontraba, corrió delante de ellas sus dobles tapices y cuando estuvo segura de que no podía ser vista, abrió con tres llaves un arca de hierro y sacó de ella un rollo de pergaminos, fué á una mesa, se sentó junto á ella y extendió aquellos pergaminos. Eran las cédulas firmadas en blanco por el rey, refrendadas por un secretario y selladas por la cancillería, que había robado Leila á Juan Diente.

La joven escribió en uno de aquellos pergaminos con una letra menuda, pero hermosa, redonda y clara.

—Alhaguemos la avaricia de don Simuel, murmuraba mientras escribía; siempre es bueno interesar á los

que nos sirven, y además es necesario no apretar tanto á la avaricia que estalle. Don Simuel se dará por muy contento con este albalá, y aprontará de buena gana el dinero que necesito para no tocar á mi oro... además... además, don Simuel: este pergamino en tus manos... es un lazo más con que te sujeto: ¡una firma del rey, en blanco, robada! ¡vamos es necesario confesar que Dios ó el diablo me ayudan.

Leila apartó á un lado aquel pergamino ya escrito y tomó otro.

Según me ha dicho Pedro el-Negro de vuelta de su viaje á Bilbao, los diputados, Anton de Landu y Pero de Ochandiano, llevan la voz en el concejo... son confiados, cándidos, hidalgos, y firmes y reservados como buenos vizcainos; muy celosos de sus fueros y resueltos á no cejar un palmo de terreno cuando se trate de ellos... pero si yo hago que el rey les escriba directamente por mi mano... con un poco de astucia; veamos:

Leila tomó un papel y escribió un borrador; rayó, añadió, volvió á escribir y borrar, y al fin leyó con satisfacción el resultado.

—Es un golpe seguro, seguro de todo punto; el rey lleva malas intenciones á Vizcaya, pero es necesario que vuelva con peores. Es necesario que recele y que en su recelo mate... sí, es preciso que mate... que siga matando... lo quiere yo, le necesito... y matará... matará... esta es su sentencia de muerte.

Y Leila con mano firme y rápida copió en una de las reales cédulas en blanco lo que había escrito en el borrador.

Apartólo con el otro, enrolló los sobrantes, los guardó de nuevo en el arca, cerró y luego puso las tres llaves en el cajón de la mesa, que cerró también cuidadosamente, guardándose su pequeña llave en una bolsita que pendía de una cadena de oro sobre su seno.

Después empezó á pasear agitada á lo largo en la cámara, como quien espera impaciente; de tiempo en tiempo se acercaba á los vidrios de colores de la ventana, y miraba al fondo del callejón; su sombra era la que veía maese Blas Cerchuelo desde su acechadero.

Al fin llamaron quedito á una de las puertas de la cámara. Leila abrió. Era Isabel-la-Liebre.

—Ya ha venido don Simuel,—dijo.

—¿Y los otros?

—Los otros vinieron antes; pero como no debía entrar Pedro hasta que hablasen con don Simuel, he aprovechado el tiempo, recordando con él nuestros asuntos.

—Que entre don Simuel, y está atenta para cuando te llame.

Isabel se alejó saltando y poco después se oyeron los tardos pasos del tesorero del rey, que entró en la cámara adelantando con el paso receloso de un zorro, que penetra en una madriguera extraña.

—Hazme la merced de cerrar esa puerta, amigo mío,—le dijo Leila,—y de correr el tapiz.

El hebreo obedeció y se acercó á la joven, cubriendo con una astuta sonrisa el disgusto con que siempre obedecía á Leila.

—¡Un angel de hermosura!—exclamó juntando las manos y mirándola con una admirable expresión de beatitud.

—No ha mucho, Simuel, no pensabas del mismo modo,—dijo la joven.

—¿Qué quieres, Leila, hija mía?—repuso el rabino sentándose familiarmente;—te confieso que tus primeras peticiones me asustaron; pero la experiencia me ha hecho conocer, que te se puede servir sin trabajo, no exiges demasiado, y sobre todo sé, que ayudándote no aventuro nada, y que llegará un día en que me pagues con usura lo que te anticipe: tú no eres una mujer vulgar... no, por el Dios de Jacob y de Abraham... tú eres una mujer fuerte, tan fuerte como la más fuerte de la Escritura: Jezabel y Judit no se hubiera atrevido á hacer tanto como tú.

—Te admiro, Simuel,—dijo Leila.

—¿Y por qué es esa admiración?—dijo con un tanto de cuidado el hebreo.

—Admiro en tí la hipocresía con que sabes encubrirte... otra en mi lugar confiaría en tus palabras, confiándose, se perdería... te daría ocasión para que pudieses darla un golpe de gracia... yo, Simuel, te co-

nezco, me valgo de ti, pero con prudencia, te uso pero no abuso... por ejemplo, hoy necesito dinero...

—¡Que necesitas dinero y tienes un tesoro!—dijo con un acento indescribible el judío,—¡y luego dices que no abusas! ¡Poderoso señor de Israel! aún no hace un mes que estás en esta casa, y ya me he visto obligado á empeñarme con mis amigos y con mis parientes para satisfacer tus pedidos, no basta que fuese tesorero del rey; era necesario que también lo fuese tuyo... y esto no puede continuar así; no, de ninguna manera; me exprimiréis tanto, que al fin no sacareis de mí más que sangre.

—Cuando te pido dinero, te procuro los medios de que lo tengas.

—¡Que me procuras los medios!—exclamó con asombro el judío.

—Sí, por cierto, ¿qué te parece de este albalá, don Simuel?

Y la joven presentó al tesorero uno de los pergaminos que había escrito.

El semblante del judío dejó ver una expresión de avaricia satisfecha, en la cual, sin embargo, había alguna mezcla de cuidado.

—¡Un albalá á mi favor de cien mil maravedises de oro!... ¡esto es una riqueza, una verdadera riqueza!... ¡ah! ¡oh! y no hay que dudar: esta es la firma del rey, esta la de su secretario Cañizares, este el sello de la cancillería, el sello real; un albalá en forma: bien mi-

rado aunque yo haga uso de él, no haré más que lo que debo: el rey me tiene perjudicado... altamente perjudicado... en cualquier mercadería ó contratación en que hubiera empleado mi dinero hubiera ganado más que prestándole al rey... ¡Cien mil maravedís de oro!... pequeña indemnización sin embargo... y además, ¿cuánto me va á costar este albalá, Leila, hija mía!

—Poca cosa: siempre te quedarán dos terceras partes de su valor.

—¡Dos terceras partes!—exclamó disgustado el judío: ¿y qué nuevo empeño tienes en que te sea necesario invertir treinta mil y más maravedís!

—Tengo muchos y grandes empeños,—dijo Leila indolentemente.

—Sepamos.

—El rey va á Vizcaya; pero, según creo, ahora se dirige á Aguilar, donde dicen que está su hermano don Telle.

—Y bien, ¿qué tiene que ver eso?...

—Mucho: el rey va deprisa, pero por muy deprisa que vaya, puede llegar á Vizcaya antes que él un hombre á la ligera, solo, á quien no entorpecerán, ni sus hombres de armas, ni sus acémilas, ni su servidumbre. Pero para que este hombre llegue con alguna delantera será necesario que encuentre caballos preparados en cada jornada: yo quiero que ese hombre llegue en cuatro días á Bilbao.

—¡En cuatro días! ¡poderoso Dios de Sabaot! para eso se necesitan gastar un tesoro de caballos.

—Con cuarenta buenos corredores que se revienten hay bastante... esto monta á una razonable cantidad... pero es preciso; además es necesario que ese hombre lleve dinero... mucho dinero.

—¡Leila! ¡Leila! cuidado con lo que haces, hija mía: paréceme que quieres ponerte de una manera decidida delante del rey.

—¿Y qué te importa?

—Importarme... nada... nada en verdad... pero esto es ya demasiado... si te aproximas mucho podrá suceder que te descubras, y si te descubres...

—Cuando yo me descubra, ¡ay del rey de Castilla!

—Eres una loca, Leila.

—Dí más bien que tú eres un cobarde.

—¡Y te atreves á llamar cobardía á la prudencia! ¡Poder de Dios! pues si yo no hubiera sido tan prudente, ¿dónde estaría ahora!

—Puesto que á fuerza de prudencia te has enriquecido, sigue siendo prudente, Simuel.

—¡Y mi prudencia consistirá en servirte á ciegas!—exclamó con acento de cólera mal contenida el judío.

—Y tanto,—repuso la implacable jóven,—como que, si un día sospecho que me haces traición, eres hombre muerto.

—¡Hija de Satanás!—murmuró contrariado el judío.

—Eres el lobo más veraz y más descontentadizo que conozco; lo quieres todo para tí,—dijo Leila comprendiendo las últimas palabras del judío por el movimien-

te de sus lábios,—tú quisieras que todos fuesen ciegos para que no viesen tus picardías... servirte de todos, medrar con todos; estás ya tan viciado que todo servicio te parece peneso aunque te se pague á peso de oro: pues mira, don Simuel, hasta ahora el rey no te ha exigido más que dinero, y te ha dejado engordar; por cada moneda que le das, guardas ciento, pero guárdate de que un día el rey se arroje sobre tí, y te oprima el vientre hasta hacerte reventar, porque vomitarás lo que le has robado; y ese día llegará pronto ó tarde ó nunca, según yo quiera, según me sirvas.

—Pero Leila, hija mía,—dijo temblando el judío que comprendía perfectamente su situación,—¿te he negado algo hasta ahora?

—No basta que no me niegues; el miedo hace milagros; quiero, no que se me sirva, sino que se me ayude franca y lealmente; quiero un amigo, no un esclavo, ¿lo entiendes? En la situación en que nos encontramos necesitamos el uno del otro; tú necesitas más de mí que yo de tí; sin embargo, podemos hacer mucho, yo tengo el pensamiento, los medios; tú el dinero, que es el poder.

—¡Siempre el dinero!—pensó don Simuel, que no podía resignarse á gastar de una manera tan rápida, ni aún con los mejores auspicios de ganancia tesoros, que tanto tiempo y tantos sustos le había costado reunir.

—Mientras tenga poder el rey don Pedro,—conti-

nuó Leila, que parecía adivinar hasta los más recónditos pensamientos del judío, lo que no era difícil, porque su semblante, cuando se trataba de dinero, era lo más elocuente del mundo, dejando enteramente, descubierta su alma; mientras el rey no caiga, ni tú estás seguro del tormento y de la horca, ni yo de la muerte por más que esté prevista de armas de buena ley: por lo tanto, Simuel, nada debemos economizar para dar en tierra con el rey: después no faltará quien nos pague cumplidamente nuestros servicios.

—¿Y en qué piensas para llegar á ese caso?—dijo el tesorero, que confiaba en el odio que Leila profesaba al rey.

—Podemos echar sobre don Pedro tres enemigos temibles.

—¡Tres enemigos!

—Sí, podemos apresurar la guerra de Aragón y hacerla formidable, dando medios de hacerla, á don Enrique de Trastamara en nombre de Pedro IV: podemos ofender á Francia de una manera mortal, y hacer que Francia ayude al rey de Aragón ó á don Enrique como mejor le convenga: Francia necesita de todo punto una guerra esterior para echar de sí las hordas de aventureros que la inundan con motivo de su guerra con los ingleses y de sus bandos civiles, y aceptará con placer cualquier motivo.

—¿Y qué medios tienes tú, para arrojar á Francia contra don Pedro?—dijo el judío mirando con asombro

á Leila que á cada momento se agigantaba más á sus ojos.

—El día que sea necesario,—continuó la joven,—no faltará motivo: además en Francia preparo otro enemigo á don Pedro.

—¿Y qué enemigo es ese?

—El infante Abou-'l-Sayd.

—¿Y que puede hacer Abou-'l-Sayd, dominado, desterrado, temeroso del rey Mojanmet V?

—Abou-'l-Sayd, será muy pronto rey de Granada.

Movió el judío la cabeza en ademan de duda.

—¿Ignoras acaso el estado en que se halla el vecino reino moro?

—La sultana viuda,—contestó don Simuel, la soberbia Kinsu 'l Llemal, (1) descontenta de vivir en el palacio de Djene-al-arife (2) considerada como la noble viuda del magnífico rey Jucef Abou-'l-Hhedjadj, encuentra odioso el no disponer de los asuntos del reino contenida por la severidad de su hijo mayor, el rey Mojanmet V, y cree que tendrá más influencia en los negocios del reino ocupando el trono su hijo Ismaíl. Pero la sultana sueña; á pesar del carácter pacífico de Mojanmet, y de su afición al estudio, que le aparta de la guerra, sus vasallos le aman: tienen en un estado próspero al reino y sería difícil arrojarle de la Alhambra. Eso es lo que hemos de ver.

(1) Tesoro de hermosura.

(2) Generalife, jardín agradable.

—¡Leila! ¡Leila! tú estás ofendiendo á Dios con tu soberbia.

—Escucha Simuel, ¿cuánto dinero crees que puedes sacar de los recaudadores con tal que te dé algunas de las cédulas reales que tengo en blanco?

Brillaron de codicia los ojos de don Simuel, pero se contuvo.

—Puede sacarse algo, pero no mucho, los recaudadores están acostumbrados á hacer malas cuentas, y cuando se les trata con rigor, todo se reduce á que huyan cuando se les pidan, llevándose los caudales: esto es más cómodo; así hacen cuenta redonda. Poco muy poco se podía sacar por ese medio.

—¿Crees tú que Abou-'l-Sayd no nos pagaría con usura un préstamo que le hiciésemos?

—De seguro si llegaba á ser rey: pero esto es muy difícil.

—No lo creais así hace un mes, y la prueba de ello son las cartas que entregastes, para el infante al embajador Al-Mondhir, de que yo tuve medio de apoderarme.

—Sí en verdad; entonces podía haber sido; Abou-'l-Said creía obtener por mi medio una alianza con don Pedro, que declarando la guerra, hubiera distraido á Mojanmet y le hubiera debilitado; pero por más que le signifiqué al rey que el mejor medio de hacer posible la conquista de Granada, era quebrantar al reino con la guerra exterior y desunirle con la guerra civil;

se estiné en conservar la fé de sus tratados de alianza con Mejanmet. De seguro, si el rey de Granada fuese atacado, don Pedro volaría en su socorro.

—Pues es necesario que la guerra civil arda en Granada.

—¿Y cómo?

—Tenemos como elementos la ambición de la sultana viuda, la de su hijo Ismaíl y la de Abou-'l-Sayd; urdamos una trama y en ella vendrán á caer los que queramos que caigan, como las moscas en una tela de araña.

—Esa trama no puede tejerse más que con oro.

—Pues téjela, Simuel, y te doy una, dos, tres cédulas reales.

Inclinó por un momento la cabeza don Simuel, meditabundo, y pareció como que ajustaba cuentas consigo mismo.

—Esta conspiración nos va á costar mucho.

—Pues bien; saca lo que hayas menester de las rentas del rey, poniéndote de acuerdo con los receptores.

—Necesito seis cédulas.

Leila se levantó, fué al arca donde las guardaba y entregó seis cédulas al judío.

—Necesito además un hombre de confianza.

—Lo tendrás.

—¿Cuándo?

—Mañana le enviaré á tu casa; sin duda necesitas á ese hombre para que vaya á Granada.

—Sí.

—Pues bien, cuento con quien nos servirá á las mil maravillas.

—No estaría demás que avisásemos á don Enrique, y para ello necesitamos otro hombre.

—Le tenemos también.

—¿Y cómo se llaman esos dos hombres?

—Pedro-el-Negro y Alvar Yañez.

—¡Hum!—exclamó con desconfianza el judío.

—Nada tenemos que temer de ellos,—repuso Leila,—les tengo tan sujetos como á tí. Creo que hemos concluido. Recordemos ahora bien; es necesario ante todo que un hombre parta al momento á Vizcaya... eso corre de mi cuenta... pero es necesario pagar el valor de los cuarenta caballos... yo te enviaré á Pedro-el-Negro con letras mías mañana mismo. Además darás las instrucciones necesarias á ese hombre y harás que marche á Granada... yo me entenderé con Alvar Yañez en cuanto á lo de Aragón y tú le pondrás en estado de obrar. Quedemos, pues, convenidos.

—Creo que no te quejarás de mí.

—No por cierto, Simuel, tú eres muy complaciente y muy generoso cuando puedes ganar ciento por diez, y serías capaz de hacer traición por ello á tu padre... pero guárdate de hacérmela á mí, porque el día que me hagas traición, mueres.

—¡Oh! ¡oh! Leila, hija mía, eres desconfiada como una raposa... cuando debías amarme y mirar

mis hechos sin tanta prevención... todo consiste en el dinero... ¡maldito sea el dinero...! ¡cuántos apuros, cuantos sobresaltos, cuántos peligros para lograr ver reunido al fin un pequeño monton de oro! Pero adiós, la noche avanza y si hemos de adelantar algo es necesario que empiece á dedicarme al negocio.

—Adiós, Simuel; sírveme bien y te hago doblemente rico de lo que eres.

Don Simuel salió tras estas palabras y mientras bajaba las escaleras que conducían al postigo murmuraba:

—Decididamente, no conozco á esta mujer; hace dos años, cuando estuve en Granada y fuí á las Alpujarras, á procurar el cobro de algo de lo que me debe Abou-'l-Said, recuerdo que me llamó la atención por la singularidad de su mirada, por su valentía y por la pureza con que hablaba el castellano; recuerdo que el infante la apreciaba en mucho; y que, además, me la presentó como la mejor joya de su tesoro; antes cuando era niña, se llamaba Amina (1) hermoso nombre; pero después el infante tuvo razones para llamarla Leila (2) nombre tenebroso... No, y la maldita es oscura como un abismo. Me tiene sujeto como á un ratón, y tiemblo... esa mujer me será fatal... es necesario servirla ciegamente, servirla de todo punto... sirvámosla,

(1) Fiel.

(2) Ya hemos dicho en una nota anterior, que Leila significa noche.

pues, pero al primer descuido... ella ha hecho traición á Abou-'l-Sayd... ¿pero porque quiere ponerle en el trono...? ¡oh! ¡oh! andemos despacio, no puede pasarse mucho tiempo con esa mujer sin verse rodeado de misterios.

Y como acabase de bajar la escalera y viese á la puerta de una habitación baja á Isabel que tenía en las manos una lamparilla, exclamó:

—¡Vive Dios, que estás cada día más hermosa, muchacha! y te sientan mejor, mucho mejor la saya y el avantal que las calzas de paje; es verdad que aquello tenía sus ventajas... ¿No es esto cierto, señor Pedro...? ¿qué diablos haceis ahí, buen mozo, escondido tras de Isabel? ¿teneis miedo de que os la roben? Vamos, tranquilizaos. Creo que arriba os esperan; tú; buena alhaja, abreme, y que Dios os de muy buenas noches.

Apenas había salido de la casa don Simuel, cuando Leila hizo llamar á Pedro-el-Negro.

CAPITULO V

—

De cómo, mal escarmentado Andrés Carchuelo, y siempre por amor á Beatriz, recibió á cierra ojos un nuevo encargo de Alvar Yañez.

El bandido no era tan asustadizo como el tesorero del rey, y este consistía en que nada tenía que perder más que la vida, y hacía mucho tiempo que la había puesto á la suerte en un juego á todo trance con la justicia y con todo lo que podía llamarse buenamente justo.

Así es, que entró con cierto desembarazo marcial en el aposento en que estaba la joven y se despojó lentamente de la gorra, quedando de pie, pero en una actitud que nada tenía de humillante ni de servil.

Leila le miró fijamente durante un momento.

—¿Estás satisfecho en mi servicio?—le dijo.

—Y tanto como lo estoy, señora: sois el mejor capitán que he tenido hasta el día; pagais bien y cor-

riente, y se huelga: los muchachos están ya quejosos de no conocer á quien tan bien les paga, y sobre todo, de estar ociosos.

—En cuanto á conocerme, guárdate de indicarles siquiera que es una mujer la que les tiene á su servicio... una imprudencia, podría producirte una desgracia: tiempo tendrán sobrado para demostrar si tienen tantos bríos para ganar el dinero, como para gastarlo. Ahora bien, ¿qué has visto en Vizcaya?

—He visto que hay entusiasmo por el rey.

—¡Entusiasmo por el rey!—dijo meditabunda Leila: —sin embargo, no ha pasado mucho tiempo desde que rechazaron con las armas en la mano el pendón real.

—¡Oh! entonces segun me han dicho, había en Vizcaya un hombre valiente, noble, poderoso, que sabía sustentar la honra del pendón señorial de los vizcainos: ese hombre se llamaba Pedro de Avendaño. Los vizcainos le amaban y le respetaban, porque su espada era la espada de sus fueros. Ahora es distinto: ese mismo Avendaño á quien los naturales llamaban el padre de la patria, ha sido traidoramente asesinado por don Telle, que sintió envidia por el amor que le demostraban los vizcainos. Os juro señora que el rey va en la mejor ocasión posible al señoríe; le aclamarán señor á grito herido, repicarán las campanas, y don Pedro para unir á su corona ese rico y valiente pedazo de tierra española, no tendrá necesidad de más que jurar las libertades y franquicias de Vizcaya.

—¿Y han sido los diputados Antón de Landu y Pero de Ochandiano los que os han dado tales noticias?

—Si señora.

—De modo que si esos diputados recibiesen instrucciones reservadas del rey...

—Las cumplirán eficazmente.

—Bien: ¿has hecho la prevención de caballos que te dije?

—Aquí teneis la lista, señora, de las jornadas al fin de cada cual hay un caballo de refresco.

—Cuarenta y cinco cabalgaduras; bien: ¿has tenido bastante dinero con el que te dí?

—Si señora, y aún me ha sobrado, después de los gastos del viaje.

—Bien: es necesario que vayas á casa de don Simuel Leví; llévale la cuenta de esos caballos, cóbrala, y tráeme la cantidad que te entregue.

—Muy bien, señora.

—Además de eso, pónte á las órdenes del tesorero del rey.

—Me pondré.

—Te mandará que vayas al reino de Granada, y te dará dinero é instrucciones; antes de partir es necesario que yo sepa cuanto te haya dicho don Simuel.

—Lo sabreis.

—Pues bien, vete: dí al señor Alvar Yañez que suba.

Pero después el escribano estaba profundamente inclinado delante de la joven.

—Sentaos, señor escribano, sentaos; un hombre como vos, no debe permanecer de pie delante de mí como un escudero. Necesito pediros consejo.

—Creo, señora,—dijo Alvar Yañez, levantando los ojos con cierta expresión ambigua hasta el semblante de Leila, que Dios os ha dado más prudencia que hermosura, aunque esa hermosura sea la mayor que yo haya visto hasta ahora. Mandadme, pues, y no me pidais consejos.

—No, no ciertamente, señor Alvar Yañez; vos sois prudente, sagaz y experimentado. Necesito un hombre de confianza que lleve á Vizcaya un mensaje de gran importancia. ¿Creeis vos que este mensaje podrá confiarse al señor Andrés Corchuelo?

—Si sabe obligársele, señora, aceptará; si acepta, cumplirá fielmente su encargo, porque es honrado y leal.

—¿Y creeis vos poder obligarle?

—Acaso, acaso... de seguro,—dijo después de meditar un momento el cartulario.

—Es decir, que á vuestro modo de ver, es cosa hecha.

—Hecha de todo punto.

—Pues bien, tomad,—dijo Leila, dando enrollado á Alvar Yañez el segundo pergamino que había escrito.

—¿Y qué es esto?

—Una cédula real, que el señor Andrés Corchuelo debe entregar al diputado del consejo de Vizcaya, Anton de Landu.

—¿Y debe saber Andrés lo que conduce.

—De ningun modo.

—Alvar Yañez guardó el pergamino.

—¿Y con qué palabras ha de entregar el señor Andrés esta cédula?

—Simplemente con estas: Antón de Landu, le dirá se me ha dado con gran secreto para vos por una alta persona este escrito en Sevilla. Despues de retirarse y volverse inmediatamente.

—¿Y cuando debe partir el señor Andrés?

—Mañana al amanecer: al pie de la torre de la iglesia Mayor encontrará un caballo; cuando llegue á cada uno de los puntos marcados en una lista que le entregará la persona que tenga el caballo, encontrará otro caballo de refresco: es necesario que haga el camino en cuatro días. Estamos á 29 de mayo... el 2 de Junio ha de llegar á Bilbao.

—Muy bien, señora, y lo mismo que encontrará caballos, ¿encontrará pagados los gastos de camino?

—No, tomad y entregadle ese dinero.

Leila dió á Alvar Yañez, una bolsa llena de monedas de plata.

Alvar Yañez se levantó creyendo terminada la entrevista.

—No, no, esperad,—dijo Leila;—aún quedaba lo más importante: ¿cómo estais de relaciones, de inteligencias con Aragón?

El escribano palideció.

—Nada temais: lo sé todo, sé que sosteneis inteligencias con el rey de Aragón por medio de su hermano el marqués de Tortosa: no tan solo lo sé, sino que tengo pruebas. Contestadme, pues, francamente, y meditad que yo soy enemiga del rey de Castilla para que podais fiares de mí.

—El rey de Aragón...—dijo lentamente Alvar Yañez, dando vueltas á su gorra;—el rey de Aragón... quisiera... desea la paz... pero de una manera decorosa... el rey de Castilla exige de un modo que no da lugar á cubrir las apariencias: pide el extrañamiento del conde de Trastamara y de otros principales caballeros de Castilla, de Aragón, y de todos sus estados: pide además que se le entregue el cuerpo del Almirante Francisco Perelles...

—En fin, don Pedro, pide mucho porque desea la guerra, rechaza la mediación de Guido de Boleña, nuncio del papa, que decididamente protege á don Pedro IV, y este hace todo lo posible porque se estremezca al solo pensamiento de una guerra en que sabe que su enemigo llevaría desde el principio la ventaja.

—El rey de Aragón teme la guerra porque no tiene flota para defender sus islas, ni soldados para guardar sus fronteras, ni un solo florin en sus arcas: á no ser por esto el rey don Pedro no andaría tan jactancioso con Aragón. Si tuviese dinero...: soldados tendría: ahí están Beltran Duquesclin, y sus famosas compañías Blancas, y en cuanto á naves, los genoveses no de

sean otra cosa, sino que haya quien les teme á sueldo una flota para ponerla á su servicio: aventureros por mar y aventureros por tierra.

—Sí, consiste en dinero, vos mismo ireis á ofrecérselo.

—¡Yo!—esclamé Alvar Yañez, ¿y á nombre de quién?

—Sea real y efectiva la entrega del dinero, y nada importa saber quién le procura: podeis decirle, que son nobles enemigos de don Pedro y que solo ocultan su nombre porque temerosos del buen suceso, temen arriesgar su vida.

—Mirad, señora, que este es asunto de muchos millares de florines.

—Pues bien, no importa, id, id: informaos del número á que monta la suma necesaria y volved. Hé aquí, añadió después de haberse levantado y de haber abierto el arca, entregando un puñado de florines de oro al escribano: hé aquí para que hagais dignamente vuestro viaje como un enviado de la nobleza enemiga del rey. Partid mañana; trabajad, informaos, estipulad; pero no envieis mensaje ninguno, volved vos mismo y entendeos conmigo. Este era cuanto tenía que deciros.

—Guardeos, pues, Dios, señora.

—No olvideis el envio del señor Andrés Cerchuelo á Bilbao. Id con Dios: no quiero volveros á ver sino para entregaros el dinero que necesite el rey de Aragón.

—Quedad con Dios, señora.

Alvar Yañez salió asombrado, aturdido.

—¿Quién es esta mujer,—decía,—que así manda, así paga y así emprende tan árduos y comprometidos asuntos?... su edad... cierto aire de familia que hace tiempo me ha parecido descubrir en ella... pero ¡vah! ni una prueba, ni una sola prueba... ¡y bien!... paga en moneda limpia y corriente.... pues sirvámosla... sí, sirvámosla: de todos modos no podemos estar más vendidos al diablo que lo que estamos.

Y dando vueltas á estos pensamientos llegó al piso bajo.

Andrés se paseaba contrariado y taciturno y no reparó en Alvar Yañez hasta que el escribano le tocó en el hombro.

—Alegráos, mancebo,—le dijo; la fortuna os abre los brazos y os trata como á un hijo querido.

—¿Pues qué sucede?—dijo anhelante Andrés

—Estais en la mejor ocasión del mundo para alcanzar á doña Beatríz.

—¿La habeis visto?

—No seais impaciente, el cielo no se gana sino á fuerza de sacrificios, venid, amigo mío, venid conmigo.

Alvar Yañez y Andrés salieron de la casa. Apesar de esto, maese Blas, que se había encaramado en un punto de que daremos razón más adelante á nuestros lectores, no siguió á su hijo.

Inútil es decir que Alvar Yañez redujo á cuanto quiso á Andrés Corchuelo en nombre de su amor á pesar de que debía estar escarmentado de la mala pasada del escribano cuando el asunto de Jeréz.

CAPÍTULO IV

—

Dios los cría y ellos se juntan.

Apenas había quedado sola Leila, cuando se levantó el tapiz, y apareció Isabel-la-Liebre.

—¿Ha venido?—preguntó la joven.

—Sí.

—¿El señor Juan Tenorio?

—Sí; pero le he hecho esperar... bueno será que empiece encontrando dificultades... y es mancebo que no debe estar acostumbrado á ellas... no pardiez... se ha impacientado y ha puesto un gesto que á poco más me hace reir; ya te lo hé dicho... el señor Juan Tenorio es como un niño voluntarioso y mal criado que todo la desea, y todo lo rompe y de todo se cansa y que se impacienta cuando le niegan un juguete.

—Pues tiempo tendrá de impacientarse, te lo juro.

—Impaciéntese en buen hora, es necesario que ese buen mozo conozca, que no todos los caminos son fáciles y andaderos.

Y la Isabel se sentó reposadamente al lado de Leila.

—¡Ah! se me olvidaba,—exclamó alegremente, la ex-cortesana del arcediano:—tienes suerte, Ana mía. ¿De quién dirás que es esta carta?

—¡De Men Rodríguez!—esclamó palideciendo Leila.

—Siempre Men Rodríguez... estás loca, loca de remate... Men Rodríguez no te conoce.

—Es verdad. No conoce más que al paje Gastón á quien aborrece.

—¿Y quién tiene la culpa de que el señor paje se haya hecho aborrecer de él?

—Pero esa carta...

—Esta carta es del señor Pero Lope de Padilla: se le conoce en la letra gorda y bárbara del sobrescrito. «A la muy noble virtuosa y magnífica señora doña Ana.» El señor ballestero mayor está loco. Además el escudero que la ha traido me ha dado de parte del señor Pero Lope este diamante.

Leila tomó la carta, rompió el sello y la leyó.

«Noble y hermosa señora, decia: desde hace algún »tiempo la fortuna me persigue y me tiene dado al »diablo: hoy he pasado un día de perros. Paréceme »que os he entrevisto en el alcázar con vuestro disfraz »de paje, y no he tenido tiempo de deciros nada. ¡Dios

»de Dios! ya sabreis lo acontecido: hemos despachado »á don Fadrique. Yo creí que aquí pararía todo... »pero no: estaba escrito, como vos decís, que me fasti- »diase, y me fastidie más de lo que podeis creer. Hace »mucho tiempo que no puedo vivir sin veros, es decir »que no puedo vivir buenamente. Cuando no os veo. »me convierto en un oso, en un lobo, en un animal »salvaje: me pongo feroz... pues bien, será necesario »que durante quince días á lo menos esté convertido »en fiera. El rey, Dios le maldiga, me lleva consigo á »Vizcaya como si yo le fuese enteramente necesario »para matar á don Tello; como si no le bastase con »mi tío Hinestrosa y con su Men Rodríguez. Os estoy »escribiendo á escondidas en la recámara de su seño- »ría mientras come... Me llaman. Quedad con Dios luz »de mis ojos. Ojalá que nuestra caminata no pase de »Vizcaya, y que no se le ponga al rey embestir desde »allí con Aragón; podrá ser... ¡Ah! ¡ah! se me olvida- »ba: será muy posible que vuestra amiga doña Isabel! »Nuñez de Lara se quede viuda... No sé donde estoy. »Me llaman otra vez. Adiós.»

—Cuando digo yo que el señor Pero Lopz está lo- co...—dijo la-Liebre.¡—Arrojar dos secretos de estado á una mujer!

—¡Don Tello y don Juan, muertos!...¡oh! ¡oh!—ex- clamó Leila profundamente... ¡doña Isabel viuda!... ¡li- bre!... ¡ah! haz entrar al señor Juan Tenorio, Isabel.

—¿Te parece que ha esperado bastante?

—Sí, sí, hazle entrar.

—Haré que Baltasar esté al alcance de tu voz.

—No, no es necesario... el señor Juan Tenorio no es una fiera, y si lo es, peor para él; ve.

Isabel salió, y Leila tomó un largo puñal de uno de los cajones de su mesa y le ocultó debajo de los almohadones del divan, al alcance de su mano.

No tardó en llegar Juan Tenorio.

—¿Me permitís, señora?—dijo levantando el tapiz de la puerta.

—Pasad, caballero, pasad,—dijo Leila con acento lánguido.

Tenorio pasó; á primera vista comprendió la joven, que el repostero mayor del rey había dado importancia á aquella visita, que no la había considerado como una aventura vulgar; aunque su atavío era sencillo, no dejaba de ser rico y elegante, sobre un justillo de terciopelo blanco, del que solo se veían las mangas, se ceñía una sobrevesta lisa de mangas perdidas, pero de púrpura de Kufa, obtenida sin duda á gran precio de los mercaderes granadinos que sostenían un rico comercio con Oriente. Una doble y magnífica cadena de caballero, de la que pendía el sello de sus armas, brillaba sobre su pecho, llevaba daga y espada doradas, calzas de riquísima seda á dos colores, negro y verde, borceguíes de marroquí bordados de plata, gorra con joyel y guantes moriscos de gamuza perfumada. Traía los cabellos rizados, aliñado el bigote, blanquísima y

minuciosamente plegada la camisa. Es verdad que el señor Juan Tenorio vestía usualmente con esmero, pero á primera vista comprendió Leila que se tenían pretensiones de agradar por todos los medios posibles.

En cuanto al semblante, era el siempre noble y simpático semblante del repostero mayor, semblante que servía, por decirlo así, de disfraz á su alma.

En vano quiso comprender Leila un movimiento de sorpresa, de interés, de conmoción, de admiración ó de desdén en Tenorio. Su semblante estaba impenetrable. Saludó de la manera más natural á la joven, y con una noble soltura fué á tomar un sillón.

—No, no,—dijo Leila,—sentaos aquí, caballero... hay sitio para los dos y de una manera anchurosa.

—Perdonad, señora, yo ignoraba que me tuviéseis en tanta estimación,—dijo audazmente Tenorio.

—Sí, os estimo,—dijo sonriendo dulcemente Leila, —mi hermano Gastón me ha hablado tanto de vos, que he tenido deseos de conoceros. ¡Ya se ve! se cuentan de vos maravillas.

Tenorio miró profundamente á Leila, y la encontró tan indiferente con él, como él se mostraba con ella.

—Esa mujer es mi espejo,—se dijo,—veamos si me reproduce en todas mis situaciones.

—¡Ah, señora!—exclamó el seductor veterano, por decirlo así, dando algún sentimiento á su voz y á su semblante,—ciertamente que es una gran felicidad para mí...

—¿Y qué es para vos una felicidad, caballero?—dijo Leila sin alterar su expresión anterior.

Tenorio no esperaba aquella extraña interrupción, y se desconcertó, pero sin dar señales exteriores de ello.

—Pues es una felicidad el que una mujer tan bella...

—Expliquémonos francamente, porque odio las situaciones falsas, caballero... ¿ha cometido mi hermano alguna torpeza que os autorice á pensar?...

—Vuestro hermano, señora, me ha dicho...

—Que yo no tenía inconveniente en permitiros que me visitáseis bajo ciertas condiciones, y que puesto que vos deseabais conocerme, y que yo soy una dama independiente, por la muerte de mis padres y por mis riquezas, podía muy bien recibiros, admitiros á mi amistad y aún servirme de la vuestra.

—Creed, señora, que yo ignoraba todo esto.

—¿Se habrá permitido acaso Gastón?

—Vuestro hermano, señora, es un mancebo que me encanta, y que no sé por qué me arrastra tras sí; me parece más franco que vos, más decidido que vos.

—Entre mi hermano y yo existe la diferencia que debe siempre existir entre el hombre y la mujer; pero en el fondo, en la realidad, somos tan semejantes que parecemos dos en uno.

—En efecto, vos sois el retrato de vuestro hermano,

—¿Tan semejantes os parecemos?

—Os diré, señora; existe entre vosotros dos la diferencia que existe siempre entre el hombre y la mujer.

El es también más joven que vos, y su hermosura tiene mucho de duro y sombrío, mientras que la vuestra...

—¡Os parezco hermosa!... ¡vah! venís muy galante ó muy engañado, caballero.

—Permitidme, señora,—exclamó Tenorio que ya empezaba á impacientarse,—quien os llama hermosa, no es mi corazón, sino mi razón... dejadme, pues, que siga... decía que la hermosura de vuestro hermano, es punzante, hace daño, se ve detrás de ella un alma profunda como un abismo, á pesar de sus pocos años; á mí me agradan los valientes y los audaces, y vuestro hermano lo es; vos, por el contrario, señora, teneis una mirada dulce, una hermosura tranquila, una virtud asustadiza... sois el extremo opuesto de vuestro hermano. En cuanto á lo que vuestro hermano me ha dicho...

Leila se reclinó en uno de los almohadones y miró intensamente á Tenorio; parecíale que una ligera conmoción pasaba como un relámpago por el semblante del hermoso y audaz repostero mayor al choque de su mirada.

—¿Y qué os ha dicho mi hermano, señor Tenorio?

—Me ha hablado de una hermana suya, á quien ciertos asuntos de familia obligaban á recatarse; me ha hablado de su hermosura hasta tal punto que he tenido deseos de conoceros.

—Pues, mirad, me habían dicho que hacía mucho tiempo no deseabais nada.

—Tengo una fama lastimosa, señora,—dijo indolentemente Tenorio,—debida á fáciles aventuras pasadas ha mucho tiempo, y que sin embargo se citan aún por los necios y los desocupados... pero en realidad, señora, mi indiferencia consiste en que no he encontrado aún una mujer digna de ser amada.

—¡Ah! ¡pobres mujeres!

—Soy franco, señora; generalmente nos arrastra hacia una mujer un sentimiento misterioso que parece que nos une á ella, que nos confunde con ella, al choque de una mirada por las formas del semblante, por la actitud, por el andar, por impresiones puramente exteriores... ¡oh! ¡eh! soñais pureza y dignidad en una mirada, magestad de una frente, valentía de una actitud: animais una estátua con las dotes que necesitaríais para amar... y amais... mientras no comparais... pero cuando al tocar esa estátua ennoblecida por nuestro pensamiento se descompone bajo vuestra mano; cuando nada encontrais de cuanto habeis creido, cuando no os queda más que la forma, una forma que se vulgariza al sentir, al hablar, al obrar, ¿cómo amar, señora, cómo amar, si de la grandeza que habías soñado solo os queda un esqueleto más ó menos hermoso, y nada más?.

—¿Y creeis que todas las mujeres sean así? ¿creeis que no podrá existir una mujer que, bajo formas vulgares, bajo una mirada tranquila, bajo un exterior modesto, guarde un tesoro de sublimes sensaciones,

una alma infinitamente superior á la que vos habeis soñado; una mujer que ame y lo arrostre todo por su amor, que sea ofendida y lo arrostre todo por su venganza, que devore en silencio una pasión terrible, sin confesarla, esperando, porque tema entregar su amor, como temería entregar una flor que fuese su vida para que la deshojasen? ¿No comprendeis que puede haber mujeres tales, que bastasen, no digo para enamoraros sino para enloqueceros?...

La mirada de Leila mientras pronunciaba estas palabras, resplandecía, radiante, intensa, fija en la mirada de Tenorio; lentamente y sin que el jóven pudiese evitarlo, su mirada fué poniéndose en relación con la de Leila, se inflamó, se dilató y al fin partió de ella una chispa de amor.

—¡Oh! pensó con alegría Leila, ¡eres mío! ¡mío, señor Juan Tenorio, verdugo de mujeres! Te usaré y te gastaré. Y luego,—añadió alto.—¿No es verdad, amigo mío, que es injusto pensar de una manera tan desfavorable de todas las mujeres?

—En verdad, señora,—dijo Tenorio sosteniéndose aún,—que una mujer tal como la que me acabais de pintar, haría la felicidad de mi vida... ¡sería capaz de casarme con ella! ¿Pero dónde está esa mujer?

—Buscadla, pero no la busqueis en la corte porque no la encontrareis; vos y hombres como vos, habeis degradado á esas magníficas hermosuras que tienen semblante de oro y alma de hierro. No busqueis la mu-

jer que habeis menester entre las ricas-hembras... no, no la hallareis... libre al menos... una sola conozco, ó por mejor decir de una sola he oido hablar á mi hermano que vale más, mucho más que cuanto yo pudieradeciros.

—¿Y está en la corte esa mujer?—exclamó con sarcasmo Tenorio.

—Si tal; y por cierto que es la más hermosa, según las noticias que de ella tengo.

—¡Doña María de Padilla!...—exclamó Tenorio.

Una inspiración súbita hizo brillar la mirada de Leila.

—¡Oh! ¡teneis razón! Doña María de Padilla es un tesoro... Entonces son dos.

—¿Y cuál es la otra?

—La otra es doña Isabel Nuñez de Lara.

Tenorio se permitió un gesto de desden y de hastío.

—¿Qué?—dijo Leila, respondiendo á aquel gesto, ¿tan mala opinión teneis de doña Isabel?

—Doña Isabel es una virtud que pertenece á la historia: una de tantas damas que están doblemente provistas á las que no basta un marido.

—Hé aquí la córte... en estos lugares de bendición, donde todos blasonan de perspicaces, hay hombres tales que no pasan más allá de las apariencias; hombres á quienes basta que una lengua interesada propale una calumnia, constituirse en su instrumento, extenderla, fijarla, darla una apariencia de verdad. Y sin embargo, ¿creeis que mi hermano con su juventud, con

su hermosura, con su audacia, no sea bastante para interesar á una mujer?

—Vuestro hermano hará lo que quiera de las mujeres, aún ahora que es un mancebo de quince años.

—Sí, cuando esas mujeres no sean como doña Isabel Nuñez de Lara.

—¡Oh! el señor Gastón enloquecería á doña Isabel: es más bello, más joven, más valiente, más entendido que Men Rodríguez, y sin embargo Men Rodríguez es amado con frenesí por la doña Isabel.

—¿Qué doña Isabel ama á Men Rodríguez?

—Eso murmura la córte, y de tal modo que ha logrado cegar á su marido y hacerle que dé hospedaje en su casa al afortunado mancebo.

—¿Y sois vos quien decís eso, señor Tenorio?

—Sí; ¿por qué me lo preguntais?

—Porque eso es lo que se llama tener mala lengua, —dijo Leila dulcificando lo duro de sus palabras con una sonrisa.

—No, no; yo no tengo mala lengua,—dijo contestando con otra sonrisa Tenorio, todo consiste en que vos pensais mal de mí.

—Afirmo que sois cruel para las mujeres, que las infamais y que gozáis deshonrándolas. Hé ahí por qué es he hecho entrar en mi casa en una litera cerrada y con los ojos vendados: así podréis decir: anoche estuve en una aventura amorosa: una hermana de ese Gastón, de ese niño que sirve de paje en casa de doña

Isabel Nuñez de Lara, se enamoró de mí, me citó...

—Señora, seis demasiado injusta conmigo...

—Direis eso y más... lo sé: ¡pero qué me importa! Terminados los negocios que tenía en la córte, mi hermano se ha vuelto á nuestro país... en cuanto á mí nadie me conoce en Sevilla, y gracias á las precauciones que he tomado para con vos no sabeis donde os hallais: en todo caso contareis un cuento, sin confirmación y nadie podrá echarme á la cara vuestras suposiciones.

—Pensais de mí peor de lo que realmente soy.

—Vos teneis la culpa: ¿cómo quereis que no piense mal de vos cuando manchais la reputación de una mujer á quien conoceis demasiado?... ¿de una mujer que sabeis tiene por marido un hombre infame, y que no ha sido ella, sino él, quien ha llevado á su casa á Men-Rodríguez.

—Paréceme, señora, que desde vuestro retiro sabeis más que muchas que andan por todas partes y á todas horas.

—Lo que sé, lo sé por mi hermano.

—¿Y quién es vuestro hermano, señora? una persona tan misteriosa como vos: no comprendo que sirva como paje, el hermano de una dama, cuya nobleza se adivina en su porte, que vive en palacio y que tiene sobre sí telas y joyas dignas de una reina, y de una reina poderosa.

—Mi hermano, por resultado de una extraña aven-

tura, conoció al infante don Juan; le importaba recatarse de él y el mejor medio que halló fué presentársele como paje... seamos francos... mi hermano había visto á doña Isabel, se había enamorado de ella, y encontró medios de entrar á su servicio... sin embargo, os puedo jurar que toda la hermosura, toda la sagacidad de mi hermano han sido inútiles para enamorar á doña Isabel.

—Porque doña Isabel está enamorada de Men Rodríguez.

—Os engañais: mi hermano destinado al servicio de doña Isabel, ha sido su sombra... y nada ha visto en ella... nada tampoco habeis visto vos.

—Men Rodríguez tenía las trazas de un amante favorecido.

—Yo conozco toda esa historia por mi hermano, y os diré en que consistía el que á pesar de lo severo del semblante de doña Isabel, Men Rodríguez se creyese amado en secreto por ella.

—Paréceme un tanto presuntuoso ese montañés.

—No, no: Men Rodríguez tiene razones para creerse amado. Todo consiste en una equivocación.

—No creo tan torpe á Men Rodríguez que se equivoque en materias de amor.

—Escuchad: en casa del infante don Juan vivía una mujer que estaba enamorada con toda su alma de Men Rodríguez. Este no podía reparar en ello porque aquella mujer se lo encubría. Pero llegó un momento en

que los celos de aquélla mujer contra doña Isabel, llegaron á ser mortales y quiso deshonrarla á los ojos del mismo hombre que la amaba.

Aquella mujer se procuró las llaves del aposento de Men Rodríguez y penetró en él entre tinieblas durante algunas noches. Men Rodríguez se engañó, Men Rodríguez creyó que quien de aquella manera tan misteriosa le visitaba, que quien le hablaba con la voz conmovida y trémula, no podía ser otra que doña Isabel; hé aquí por qué Men Rodríguez se permitía para doña Isabel miradas de amante... pero os lo afirmo, ni Men Rodríguez ha obtenido un solo favor de esa dama, ni lo obtendrá nunca.

—Tal vez tengais razón: Men Rodríguez hace el amor á la manera que se hace en sus montañas; Men Rodríguez se rinde antes de tiempo y acaso en esto consista... pero lo que no puedo comprender es que vuestro hermano... acaso la altivez de doña Isabel se haya resentido al verse enamorar por un paje.

—Doña Isabel, os lo repito, es una de las virtudes severas, rígidas, virtudes que constituyen á una mujer en una roca contra la que se estrellan del mismo modo rendimientos y desdenes y que resisten con más fuerza cuanto más duro es el ataque.

Tenorio se sonrió de una manera compasiva.

—Vuestro hermano, señora,—dijo,—os ha hecho formar un concepto exagerado de la virtud de doña Isabel.

—¿Qué quereis? yo tengo confianza en el juicio de mi hermano.

—¿Y qué diríais si esa ponderada virtud se viniese á tierra?

—¡Vah! me pareceis un tanto presuntuoso señor Tenorio.

—¡Decís que presumo! pues bien temo por mi cuenta demostraros que se ha engañado vuestro hermano.

—¿Y creeis que me importa mucho el que doña Isabel sea honrada ó liviana? esa es cuenta suya y de su marido. Sin saber cómo hemos entrado en esta disputa... ¡ah! ya recuerdo; vos decíais que no había mujeres dignas de ser amadas en la corte y yo os he citado dos: doña Isabel y doña María...

—¡Oh! ¡doña María! Doña María está enamorada del rey, y su amor la defiende, sino obraría como las demás.

—¿Y qué diríais si doña María estuviese también enamorada de otro hombre?

—¡Enamorada doña María!

—¡Sí, perdidamente enamorada! en la corte, no juzgais, os lo repito, más que por las apariencias; las apariencias están en contra de doña Isabel, y la tomais por una cortesana; doña María tiene la suficiente fuerza de alma para resistir á sus pasiones para encubrirlas, y se la cree exclusivamente enamorada del rey.

—Y... ¿á quién ama la Padilla?—dijo indolentemente Tenorio.

—¡Oh! eso es un secreto,—dijo Leila sonriendo y tocándose á la boca con su abanico de plumas.

—¡Un secreto y lo sabeis vos que casi vivis en una clausura!

—Es un secreto sorprendido por mi hermano.

—¡Pero vuestro hermano está en todas partes!

—Desde hoy no estará en ninguna.

—¡Cómo! ¿se ha cansado ya de la corte?

—Asuntos de mayor interés le llaman á nuestro país del que no volverá tan pronto.

—Pero vuestro hermano puede haberse engañado... ¡amar la Padilla!... ¿y á quién?... ¡ah! ¡acaso á Men Rodríguez!

—Ved que yo no he pronunciado su nombre.

—Sí, sí, ¡eso es!—exclamó con la alegría de un hombre de mala índole que descubre un importante secreto, Tenorio.—¡Admirable! vuestro hermano vale un tesoro y es lástima que se nos haya robado con su ausencia. Ahora recuerdo. Sí, vamos, es necesario haber estado ciego... ¡escándalos y siempre escándalos! ¡El rey! ¡Oh! ¡también el rey! vamos, es cosa que vale mucho dinero.

—Ved lo que pensais y lo que decís,—exclamó Leila.—Yo nada os he dicho... vuestra, pues, y sola vuestra es la responsabilidad.

—La acepto... nada temais... vos no me conoceis...

—Ya lo creo; solo hace un momento que os veo.

—¿Y nada os ha dicho de mí vuestro hermano?

—Me han dicho que sois un hombre peligroso.

—¡Un hombre peligroso!

—Sí, un hombre á quien todas las mujeres aman y que no ama á ninguna.

—¿Y esta noticia os ha hecho desear conocerme?...

—Sí, por cierto; yo no he amado nunca, y quería ponerme á prueba.

—¡A prueba conmigo! —exclamó admirado Tenorio.

—Sí, yo también, como vos necesitais una mujer, necesito un hombre... tanto me ha hablado mi hermano de vos...

Tenorio, acostumbrado á tratar á las mujeres de cierto modo, engañado por la expresión y el acento de Leila, adoptó para ella cierta expresión de superioridad.

—Y bien,—dijo con esa fatuidad de todos los conquistadores de oficio,—¿qué habeis sacado en claro de vuestra prueba?

—He sacado en claro que el mundo es torpe para juzgar de las personas, cuando os llama peligroso... en cuanto á mí, señor Juan Tenorio, sois menos peligroso que un niño...

—¿Es este un reto, señora?—dijo poniéndose pálido Tenorio.

—No, esto ha sido un capricho.

—¿Y no temeis que ese capricho os sea funesto?

—No.

—¿Y si yo os dijera que me enamorais... que os amo?

—Tanto peor para vos, seríais un mártir más añadido á mi lista.

Tenorio irritado por aquella provocación, iba á pronunciar alguna palabra inconveniente, pero se contuvo.

—Os juro que os amo,—dijo,—y os amo sin saber por qué...

—Pues yo si lo sé... me amais, porque, por la primera vez en vuestra vida, habeis encontrado resistencia.

—¡Resistencia!... la palabra es aventurada.

—La palabra es exacta.

—De modo que, según vos, mis amores, caso de que los tenga...

—Son amores inútiles.

—Lo veremos.

—Yo lo veo ya.

—Dadme tiempo, ocasión, medios.

—Cuando querais: acepto el reto: combatidme por cuantos medios pueda combatirse una mujer... sujetaos solamente á venir siempre de noche y como habeis venido.

—Bien, consiento: una sola palabra: ¿consiste la seguridad que teneis de no amarme, en que habeis descubierto en mí una de esas antipatías profundas que nos repelen de una manera inevitable de una persona?

—Por el contrario, señor Tenorio; vuestra hermosura me encanta, vuestra alma me admira, vuestro valor me entusiasma...

—Y sin embargo...

—No os amo ni os amaré: he querido veros, y me alegro de haberos visto: decís que me amais... y francamente no acepto vuestro amor, pero sí vuestra amistad: no puedo ser vuestra amante... pero sí vuestra hermana. Si un día me inspirais una completa confianza, os referiré mi vida, mis secretos, y me valdré de vos. Os digo que hemos nacido el uno para el otro, para todo, menos para el amor.

Tenorio miró profundamente á Leila, y no pudo sostener la terrible é incitante mirada que partía de sus ojos al través de sus largas pestañas entreabiertas. Leila se sonreía y estaba hermosa como un serafin.

—¿Me permitireis que os deje, señora?—dijo Tenorio que empezaba á sentirse atacado por un vértigo.

—¡Qué! ¿os vais ya?

—Necesito respirar otro aire: soy franco con vos: me habeis causado una impresión que nunca he sentido... creo que amo... si vos no me amais, esto será una desgracia para vos y para mí.

—¿Cómo quereis que os amen si amenazais?

—Adios, señora, adios... hasta mañana.

—Hasta mañana.

Tenorio salió derrotado: algunas palabras, algunas miradas de Leila habían bastado para dominarle: la

joven le comprendía demasiado, y apenas salió el hasta entonces terrible burlador, se dejó caer sobre el divan murmurando.

—¡Oh! ¡me faltaba ese hombre y le tengo! El será para doña Isabel una fatalidad... para la Padilla una desdicha... y me ama, sí... mi hermosura, mis miradas le han fascinado... ¡oh! es que le trato como él ha tratado á las mujeres de quienes se ha burlado hasta ahora... el señor Tenorio no es mas que una mujer caprichosa, acostumbrada á desesperar adoradores... bien... es mío... y le amaré también... pero Men Rodríguez ¡Dios mío! creo que le amo por la misma razón que me ama Tenorio... pues bien, es preciso que sucumba: si no me ama, esto será una desgracia para él y para mí, como acaba de decirme ese hombre. ¡Isabel! ¡Isabel!

La Liebre entró poco después en el aposento.

—¿Se ha ido ya?—preguntó Leila.

—Sí, y va enamorado, loco: como que me ha dicho antes de salir:—Si logras que tu señora esté á mi disposición por tu medio, te hago rica.

—¡Conquistador vulgar!

—Me dió un bolsillo que rechacé, le hice vendarse los ojos y entrar en la litera, y allá va.

—Ese hombre es mío, Isabel.

—¿Y qué piensas hacer de ese hombre?

—¡Oh! ese hombre me servirá mas de lo que piensas. ¿Has llevado la cena á Beatriz?

—Sí.

—¿Y cómo está la pobre niña?

—Llorosa y pálida. Esta noche ha vuelto á preguntarme por Andrés.

—¡Desventurados amores!... y al fin, al fin... pero mientras el rey viva... nada me hace sufrir tanto como ella: evité verla, porque su vista y sus lágrimas me atormentan... ¡oh! ¡si no fuera por el rey...

—El rey la ha hecho rica, noble...

—No hablemos mas de esto, Isabel... necesito que me acompañes. Ven á vestirme.

—¿Pero á dónde vamos á estas horas?

—Ven.

Leila é Isabel salieron de la cámara, que quedó silenciosa y oscura.

Entonces se oyó un ligero ruido de las vidrieras del ajimez del centro, como si alguien anduviera en los vidrios.

Si queremos saber qué era lo que producía aquel ruido, solo necesitaremos volver á la parte afuera del ajimez y mirar lo que en él sucedía.

Un bulto informe está subido en el alfeizar del ajimez y asido á la columna: no se concebía que hubiese podido subir hasta allí, aunque no era grande la altura, sino por medio de los salientes, y de los adornos del ladrillo agramilado del postigo, y aun así con grande exposición.

Aquel hombre era maese Blas Cerchuelo, y se ocu-

paba en desemplomar, ó por mejor decir, en abrir el engaste de plomo de un vidrio: cuando lo hubo logrado, sacó cuidadosamente el vidrio, introdujo la mano por el claro, asió la falleba y abrió.

Inmediatamente saltó dentro de la cámara, y volviendo á colocar el vidrio, armó el engaste. Luego adelantó á tientas y se encontró tras un tapiz.

No tardó en verse luz tras una puerta, y Leila ó Isabel entraron en la cámara y pasaron por ella: iban vestidas de hombre y envueltas en largas capas.

La cámara quedó de nuevo á oscuras.

Poco después maese Blas oyó abrirse y cerrarse el postigo y los pasos de las dos mujeres que se perdieron á lo largo del callejón de los Navarros.

CAPÍTULO VII

De lo que hizo y vió maese Blas en casa de Leila.

—Heme aquí metido en un verdadero atolladero, decía el corcobado adelantando á tientas por la cámara; aquí está Beatriz: bien es necesario que yo la vea: pero ¡dónde está! yo no conozco esta casa y si hay perros (maese Blas se estremeció), si hay perros ¡vah! lo peor que puede sucederme es morir, y todo se arrostra por un hijo... todo, hasta la cólera de Dios.

El jorobado adelantó algunos pasos más palpando las paredes, y dió con una puerta; al entrar, un fuerte olor de riquísimos perfumes le hizo aspirar con delicia el ambiente.

—¡Oh! ¡Dios mío ¡Dios mío!—exclamó,—de cuantas delicias se rodean los ricos; con lo que esa mujer gasta en perfumes habría para alimentar una familia; pero ¿quién es esa mujer?... es muy hermosa... y ella

hablaba del rey... de Beatriz, será acaso alguna antigua manceba del rey que sirve sus amores... pero no... no... esa mujer indudablemente es enemiga del rey... ¡oh! ¡oh! es necesario tener una cabeza de hierro para no olvidar todo cuanto he oido á esa mujer... pero también he oido que á veces esa mujer es hombre... y de hombre iba vestida cuando salió de aquí... ¡oh! esto es un torbellino... y si yo me atreviese á decir al rey que su tesorero le hace traición, que Alvar Yáñez le hace traición, que Pedro el-Negro es un bandido... pero entonces se sabría también que mi hijo está metido en estas traiciones, no, no; es necesario callar, callar de todo punto, callar por mi hijo, ¡oh, Señor, Señor! haz que yo salga con bien del peligro en que estoy metido y mi hijo no partirá á Vizcaya; no, porque yo lo impediré.

Mientras Blas Cerchuelo pensaba de este modo, seguía andando y palpando á oscuras; por fortuna suya aquella parte de la casa estaba como hemos dicho incomunicada del resto, el esclavo que guardaba el postigo estaba sin duda dormido, y los pasos del campanero eran demasiado recatados para que se sintiesen.

En vano maese Blas buscó una escalera por donde descender al piso bajo, ni una puerta por donde ponerse en comunicación con el resto de la casa; había tropezado con algunas, pero estaban cerradas; maese Blas llevaba consigo utensillos de encender, pero no se atrevió á hacer luz, temiendo que la luz le denun-

ciase. Temía, además, permanecer demasiado tiempo en aquella habitación, y dar lugar á que volviese aquella Ana, aquella dama que había llegado á inspirarle miedo.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—exclamó,—¡estar aquí en la misma casa que Beatriz y no poder verla; esto es desesperado, horrible! pero yo la veré, sí, la veré aunque me viese obligado á romper con las uñas y los dientes una de estas puertas... aunque me fuese preciso permanecer aquí oculto detras de un tapiz, debajo de un lecho. ¡Ah!

El campanero palpando la pared había tropezado con una ventana, se alzó, miró y vió que era un ajimez semejante á aquel por donde había entrado, y le entreabrió silenciosamente.

Entonces vió con alegría que aquel ajimez no daba á la calle, sino sobre un jardín, merced á la luz de una linterna con que se alumbraban tres hombres.

Maravillóle al mismo tiempo la presencia de dos de aquellos hombres en el jardín; era el uno Pedro-el-Negro, el otro el agonizante Sancho.

Pedro-el-Negro llevaba el mismo traje de aventurero con que le hemos presentado anteriormente, y Sancho, despojado de sus hábitos cenicientos, parecía más pequeño y más grueso; vestía un jubón pardo ajustado, unas calzas de lana azules, unos gruesos zapatos de ante y una caperuza encarnada; no llevaba más armas que un puñal, pero largo hasta el punto de que

atendiendo á su estatura podía servirle de espada, y arrollada debajo del brazo, una cosa como escala.

El tercer hombre era un negro robusto, de expresión estúpida, cuya mirada representaba como su pasión dominante, una avaricia sórdida; aquel hombre llevaba en la mano una enorme linterna y al cinto un puñal del que pendían algunas llaves.

Aquel hombre era mudo, puesto que hablaba con él por señas el agonizante Sancho; por aquellas señas, maese Blas comprendió que se trataba de un robo.

—¡Ah! ¡ah!—exclamó:—hé aquí las gentes con quienes se reune mi hijo y que acabarán por perderle... pero Andrés debe ignorar.. sí, sí, de todo punto... es demasiado honrado para hacerse camarada de un ladrón... no, no, él sin duda no conoce á este hombre, pues bien, yo se le daré á conocer... observemos... ¿á dónde va esa gente?

El bandido, el agonizante y el negro, se acercaron recatadamente al muro de la casa, se deslizaron junto á él y se perdieron doblando un ángulo: maese Blas pretendió en vano oir; nada se escuchaba; el último reflejo de la linterna y el último y leve rumor de los pasos de aquellos hombres, se habían perdido enteramente. Maese Blas quedó entregado á la mayor ansiedad; sabía que en aquella casa estaba Beatriz; sabía, por las señas que les había sorprendido, que se trataba de un robo; acaso los ladrones tropezarían con Beatriz y «quién sabe, se decía el campanero, lo que

pedrá suceder; lances se han visto en que los ladrones, para evitar una alarma, han muerto á las personas que han encontrado al hacer un robo, para evitar que griten.» Maese Blas, pues, escuchó con toda la atención posible, temiendo oir un grito, un estruendo cualquiera, que le indicase que se había cometido un crímen.

Pasó sin embargo algún tiempo y nada se oyó.

Entre tanto aquellos tres hombres habían llegado á la puerta principal de la casa, abierta sobre el jardín, y el esclavo había abierto aquella puerta.

Al entrar Pedro-el Negro se detuvo.

—¿Estás seguro,—dijo el esclavo,—que tus compañeros no pueden sorprendernos?

El negro se puso la mano extendida apoyando el pulgar en la boca como quien indica que ha bebido, y luego dobló la cabeza, la apoyó en la mano y cerró los ojos.

—¡Ah! han bebido el vino que te dí y duermen.

El negro hizo con la cabeza una señal afirmativa.

—¿Y estás seguro de que han salido las dos?

El negro afirmó de nuevo.

—¿Dónde están las dos damas?

El esclavo hizo indicación á Pedro el-Negro y á Sancho, de que se descalzasen, cosa que él no tuvo que hacer porque estaba descalzo.

El bandido y el verdugo se quitaron los zapatos, y los sujetaron en sus cinturones. Después el negro se

puso en marcha. Imposible hubiera sido al oido más perspicaz percibir el ruido de los pasos de aquellos tres hombres: atravesaron un bellísimo vestíbulo, sustentado en columnas, la galería izquierda de un pequeño y precioso patio, en cuyo centro se oía el monótono murmurar de una fuente, y al medio de ella pararon delante de una puerta, que el esclavo abrió sin ruido. Inmediatamente encontraron una escalera, la subieron y se encontraron en la parte alta de la galería, y delante de otra puerta.

—¡Es aquí!—dijo Pedro-el-Negro al esclavo, que afirmó.

El bandido miró por el vano de la cerradura.

Al fondo, después de una antecámara oscura, á través de los tapices de una puerta, se veían dos mujeres sentadas junto á una mesa y ocupadas en una conversación que se oía perfectamente desde el acechadero de Pedro-el-Negro.

Aquellas dos mujeres eran Beatriz la hermosa, y la vieja Berta.

Beatriz estaba pálida, triste, tristeza que realzaba su luto, su hermosura cándida y doliente á la par, había llegado á ser casi fantástica con el sufrimiento; Beatriz se había transfigurado; su semblante, de una blancura diáfana, hacía resaltar la fuerza de sus brillantes ojos negros, en los cuales se adivinaba una de esas pasiones, que se convierten en un pensamiento fijo, que acaba por imprimir un carácter al semblante,

una entonación á la voz, una manera á nuestros movimientos, á nuestra acción; en Beatriz se adivinaba á primera vista un sufrimiento intenso, y un sufrimiento por amor; sufrimiento que la hacía parecer lánguida, preocupada, olvidada de sí misma.

La vieja Berta parecía una imágen vivienta de la fatalidad; severa, fría, indiferente, escuchaba las declamaciones de Beatriz y solo las contestaba con un monosílabo, con una palabra vaga aunque con acento dulce. La conversación se reducía á preguntas, á quejas, á protestas. Como por ejemplo.

—Hace doce días que me desespero, que me parecen un siglo, ¿qué quieren de nosotras?

—¿Quién sabe?—contestó la vieja.

—¡Pero Andrés! ¿qué ha sido de Andrés?—exclamaba Beatriz.

—¡Andrés! el señor Andrés á la corta ó á la larga se olvidará de tí.

—¡Olvidarse de mí! ¡imposible! ¡imposible de todo punto!... no, no puede ser. Sobre todo yo necesito salir de aquí, estar libre. Hay algún derecho para tenernos encerradas de este modo?

—¿Quién sabe?—volvía á murmurar Berta.

—¡Oh! me desesperais,—exclamaba Beatriz.

—Valor y esperanza,—reponía la vieja.

—¡Oh! me falta ya el valor.

—¿Quién sabe, quién sabe lo que es esa doña Ana? —dijo Berta.

—¡Doña Ana!—murmuró el bandido,—¿que quién sabe quien es doña Ana? en verdad que es difícil, pero difícil era también penetrar en su casa, y hénos aquí. Difícil era llegar hasta tí, bellísima doncella robada al rey, y te tengo en mis manos, difícil era tocar el tesoro de doña Ana y será mío... ¡Oh! ¡oh! nada es difícil para quien tiene perseverancia y valor.

—Vamos, hija mía,—dijo Berta,—ya es tarde, rezemos nuestras oraciones y recojámonos.

Y la vieja se descolgó de la cintura un largo rosario.

—Por esta noche,—murmuró Pedro-el-Negro,—dejareis vuestras oraciones para más tarde,—y volviéndose al esclavo añadió,—veamos si tu llave maestra puede abrir esta puerta.

El negro introdujo un hierro en la cerradura y abrió. Por recatadamente que quiso hacerlo, la puerta rechinó. Las dos mujeres al oir aquel ruido volvieron asustadas el rostro.

—Apagad la luz y permaneced aquí,—exclamó rápidamente el bandido.

La luz se apagó, y Pedro-el-Negro, penetró lentamente.

—¡Ah! ¡un hombre!—exclamó aterrada Beatriz al verle aparecer entre los tapices de la puerta de la cámara.

—Sí, pero un hombre que viene á salvarte hermosa Beatriz, y del cual no debeis recelar,—dijo Pedro.—

La señora Berta me conoce desde hace mucho tiempo, y os puede responder de mí.

—Sí,—ciertamente que te conozco Pedro... sé que eres un bribón á propósito para cualquier fechoría, del que en vano he querido apartar á mi Isabel. ¿Es ella la que te ha abierto nuestra puerta, hijo?

—Isabel está entregada en cuerpo y en alma á doña Ana, á esa mujer que ha salido, no sabemos de dónde, y que saca el oro y los diamantes de las entrañas de la tierra. Con Isabel no hay que contar... si yo no la he arrebatado ya de esta casa, es porque me convenía servir á doña Ana. Pero en cuanto á vosotras señoras, es distinto. Yo sé que estais en poder de doña Ana contra vuestra voluntad.

—¿Y quién te lo ha dicho?—exclamó severamente la vieja.

—Hay cosas que se dicen ellas mismas: al día siguiente de la noche en que os arrebatamos al señor Garci Diaz de Albarracin, encontré quemada vuestra casa... como quien dice, quemado el rastro... pero Isabel sin saberlo me ha puesto otra vez sobre él, poniéndome al servicio de esa doña Ana Yo sospeché al momento que estabais aquí. Además yo había conocido al esclavo que guarda la puerta principal, en casa de don Simuel Leví; sabía que era un bribón de quien se podía disponer... he gastado algún oro y algunas palabras, y héme aquí.

—¿Y qué interés teneis en buscarme?—dijo Beatríz.

—Soy amigo del señor Andrés Cerchuelo.

—¡De Andrés!—esclamó Beatríz pálida de emocion de sorpresa... ¿os envía Andrés?

—Sí, señora, él me envía... además, aunque no me enviase, sabe la abuela Berta que yo siempre la he querido bien... y luego esa doña Ana nos tiene sujetos á todos: somos sus esclavos, por lo que he llegado á comprender; la señora Berta no es lo que parecía, posee grandes secretos, secretos que sin duda, ayudándola yo, pueden servirla de mucho.

—Es decir,—exclamó Berta,—que en estos momentos estás apoderado de esta casa.

—Sí.

—¿Y qué es de doña Ana?

—Doña Ana está fuera y no volverá en toda la noche.

—¿Y qué hace doña Ana toda la noche fuera de su casa?

—¿Quién sabe? esa mujer es un pozo sin fondo.

—¿Pero á dónde va?

—A una casa de vecindad en la calle de Maese Rodrigo, adonde suele ir algunas noches, y de la que no sale hasta el amanecer.

—¿Y quién vive en esa casa?

—Nadie.

—¡Nadie!

—Es decir, en esa casa viven unos valientes cofrades de Nuestra Señora de Recamador, cuando no lle-

van la maceta encima: pero doña Ana no va á ver á ninguno de ellos; por el contrario se encierra con Isabel en una habitación deshabitada que hay en el piso bajo en el fondo del patio.

—¿Y no has observado?

—Y tanto como he observado, pero nada he oído. Mientras está doña Ana dentro, la habitación está oscura y silenciosa.

—¡Misterios y siempre misterios!...

—Por consecuencia, querreis salir del poder de esa mujer.

—¿Y á dónde iremos?—dijo Beatríz.

—¡Oh! por eso no quede: os asegure que no volverán á dar con vos.

Beatríz miró con ansiedad á Berta.

—¿Y podremos fiarnos de tí?—dijo la vieja.

—Ya sabeis que yo siempre os he queride y luego... si hago esto es por el bueno de Andrés, que desfallece y que no sabe vivir sin su Beatríz.

—¿Y porqué no ha venido Andrés?

—No se ha atrevido... no es para estas cosas... espera fuera.

—¡Oh! me espera,—exclamó Beatríz dando un paso hacia la puerta.

—Nuestras seguridades, Pedro,—dijo Berta.

—¡Oh! yo no tengo seguridades que dares... si no quereis venir, quedaos... se os ofrece la libertad, y sin embargo la rehusais; en buen hora: yo he cumplido

con lo que debo á la amistad de Andrés... en mi no consiste, adiós.

Y el bandido con gran naturalidad y aplomo se volvió para salir.

—¡Oh! ¡no! ¡no! esperad,—dijo Beatriz reteniéndole...—doña Berta meditará que en ninguna parte podemos estar más cautivas que aquí... y esa mujer, esa mujer me causa miedo, señora.

—Sin embargo, esa mujer te ama; no podemos dudar de ello; te protege... nada te falta...

—Sin embargo... ¿por qué me separó de él?

—Quién sabe.

—Guardaos de que esa mujer no os entregue al fin al rey,—dijo el bandido.

Esta observación causó una profunda sensación en Berta, porque coincidía con sus temores; ella no había podido comprender la razón por qué Leila se había apoderado de Beatriz; no podía explicarse por qué sostenía aquel doble carácter de hombre y de mujer, ni de dónde sacaba el oro que arrojaba á manos llenas; el cariño profundo que demostraba á Beatriz, su tierna solicitud por ella, la confundían en un laberinto de dudas; muchas veces creía que aquellas caricias no eran otra cosa que un lazo que se tendía á la joven, para confiarla, para disponer de ella, sin violencias ni hechos repugnantes; muchas veces creyó que aquella mujer no era otra cosa que un instrumento del rey, y la observación de Pedro-el Negro la confirmó en ello.

—¿Y dices que el señor Andrés nos espera?

—Sí; por el momento es necesario salir de aquí, y mientras yo termino algunos otros quehaceres que tengo en esta casa, esperareis en la habitación del esclavo que me ha introducido.

Berta inclinó la cabeza pensativa, y al fin dijo:

—En tus manos nos entregamos, Pedro, pero ten presente que si nos haces una traición, no me faltarán medios para vengarme. Cebíjate hija mía, y vamos.

Beatriz no pudo contener su alegría; desalada buscó su manto, y el de Berta, se lo puso á la vieja, se cubrió, y asiéndose de ella la arrastró fuera de la cámara.

Berta temblaba; no se la escondía que el paso que daba era altamente aventurado; Pedro-el-Negro marchaba delante de ellas.

Cuando salieron á la galería, Beatriz retrocedió al ver á maese Sancho y al esclavo.

—¿Qué hombres son esos?—dijo.

—Son el esclavo que nos ha introducido y un amigo que me acompaña,—dijo Pedro el-Negro.

Beatriz se tranquilizó y siguió adelante, atravesaron la galería, bajaron las escaleras, y al cabo salieron al jardín; le atravesaron, y el negro abrió un pabellón, á manera de portería, situado junto á la entrada principal de la casa que correspondía á la calle de San Estéban. Entraron y el esclavo encendió una bujía.

—Aquí nos esperareis algún tiempo,—dijo Pedro el-Negro.—No os mováis de aquí, aunque oigais ruido en

la casa. Eso supondrá que hemos sido sorprendidos; y por si eso sucede os traemos aquí, donde es más fácil la huida. Entre tanto nada temais.

—¿Tardareis mucho?—dijo anhelante Beatriz.

—No; tardaremos lo menos posible, y, como es forzoso concluir cuanto antes, os dejamos. Y sin decir más el bandido y los otros dos salieron; Pedro-el-Negro cerró con llave la puerta.

—¡Oh!—exclamó Berta al verse encerrada;—creo que hemos hecho muy mal en venir aquí...

—¡Mal! ¿y por qué hemos hecho mal?—exclamó Beatriz.

—Espera, espera, aquí hay una celosía que da al jardín... mira, mira por donde van; no se dirigen á la casa sino al costado de la izquierda.

En efecto, aquel era el camino que habían tomado Pedro-el-Negro y Sancho, guiados por el esclavo que se detuvo al pie del ajimez en qúe estaba aún observando el campanero.

—¡Oh!—dijo maese Blas, han dejado dos mujeres allá en aquella habitación: aún hay luz tras aquella celosía; ¿si será ella una de aquellas dos mujeres? ¿pero qué quieren esos hombres? arrojan una escala á este ajimez... ¡ah! ¡ah! quieren subir... ¡si me encontrasen! ¿y dónde esconderme? ¡Dios mío!

En efecto, Pedro-el-Negro procuraba asegurar los garfios de una escala á la columna del ajimez: un terror pánico se apoderó de maese Blas, que huyó á tien-

tas hasta el fin de la galería en que se encontraba, y no hallando salida se plegó, se encogió y procuró achicarse, desfigurando cuanto pudo su forma humana, con las piernas y los brazos plegados y la cabeza escondida en un ángulo.

Poco despues oyó rechinar la vidriera, y luego el doble, aunque ténue ruido de dos personas que saltaban dentro de la galería. El reflejo de una luz llegó hasta el campanero, que se extremeció todo y creyó morir.

En efecto, Pedro-el-Negro y Sancho habían penetrado por el ajimez de la galería; sin duda conocían perfectamente el plano de la casa, puesto que no vacilaron, entrándose por la primera puerta, que encontraron á la izquierda sin reparar, absortos en su empresa, la figura de maese Blas, que hecho un ovillo, estaba acurrucado en el fondo de la galería que quedó de nuevo oscura.

—¡Oh! ¡oh!—dijo el campanero, ¡si yo me atreviese!... han dejado puesta la escala; sin duda esta buena gente, estos dos bribones, uno de los cuales he visto esta misma noche hablando con esa dama, aprovechan su ausencia y vienen acaso á robar... están solos y se entretendrán algun tiempo... sí, sí... puedo atreverme...

Y decidiéndose, se levantó, atravesó cautelosamente la galería y se asomó al ajimez.

Por el momento nada vió, porque la noche era os-

cura, y se aprestaba ya á bajar por la escala, cuando notó que la escala se atirantaba como bajo el peso de una persona, haciéndole sentir un dolor agudo; al atirantarse la escala, en el momento en que examinaba si estaba bien sujeta á la columna de ajimez, le había cogido la mano izquierda que en vano se esforzaba por libertar; había quedado retenido preso y la persona que causaba aquella tensión subía.

Era el esclavo á quien Pedro-el Negro había dejado de guarda; por algún tiempo el esclavo se resignó á su destino, pero luego su avaricia le hizo pensar en que iba á cometerse un robo, y en que podría sacar indudablemente más parte presentándose, que esperando donde le habían dejado; y como la avaricia es una de las pasiones que con más fuerza obran sobre nosotros, el esclavo, sin reposar más en su pensamiento, se acercó al muro, asió la escala y trepó.

Maese Blas, sujetó de repente de una manera imprevista por una mano, como un lobo en una trampa, meditó con terror que si aquel hombre trepezaba con él, no le dejaría probablemente bien parado, y aunque nunca había vertido otra sangre que la suya, y aún así por las narices ó por algún dedo, al repicar las campanas, se decidió á matar antes que á morir; desnudó el puñal y sacando fuerzas de flaqueza, armado con ese terrible valor que en situaciones dadas suele apoderarse de los cobardes, esperó en silencio, sin exhalar un solo gemido, á pesar de que la presión en

que se encontraba su mano izquierda le hacía sufrir un dolor agudísimo que á medida que se elevaba el que subía por la escala, iba en aumento.

Al fin el negro tendió una robusta mano á la baaustrada del ajimez y subió otro travesaño de la escala.

Maese Blas le sintió junto á sí, se erizaron sus bellos, se cubrió de sudor frío; cerró los ojos é hirió desatalentado; tres veces descargó el brazo y le alzó; las tres veces sintió que el puñal se clavaba en un objeto resistente, que, sin embargo, cedía; oyóse á la primera puñalada un grito horrible, y sintiéronse esfuerzos poderosos por sostenerse; al fin el negro se desasió de la escala y cayó desplomado al pie del muro.

El brazo izquierdo de maese Blas dejó de estar oprimido: entonces se puso apresuradamente sobre la balaustrada, se descolgó por la escala, y cuando estuvo abajo para asegurar más su huida, procuró desasir los garfios del ajimez, lo que logró después de algunos esfuerzos.

Dejó la escala en lugar en que había caido, y por un impulso involuntario, irresistible, fué á reconocer el hombre á quien había muerto.

Acercóse á él y le examinó.

—¡Oh! ¡era el negro!—dijo;—recuerdo que este hombre llevaba un haz de llaves á la cintura... ¡Oh! ¡sí! ¡sí! aquí están.

Tomó las llaves y se encaminó en paso rápido á el pabellón situado junto á la puerta, y tras cuyas celosías aún se veían las sombras de las dos mujeres que miraban al jardín.

CAPÍTULO VIII

De lo que hacía Leila mientras pasaban estas extrañas cosas en su casa.

Sin detenerse en ninguna parte y por el camino más corto, Leila se encaminó desde el muro de los Navarres á la calle de Maese Rodrigo, y entró con Isabel-la-Liebre en la casa de vecindad que ya conocemos, y que, aunque tenía abierto el zaguan, estaba oscura como boca de lobo.

Las dos mujeres entraron sin ser reparadas de nadie en el patio, y se encaminaron á la antigua habitación de Juan Diente. Entró Leila, entró Isabel y la puerta se cerró.

Poco después un hombre se acercó recatadamente á la ventana y miró al interior, pero en vano. Las tinieblas eran densas dentro del aposento, y ni el más leve ruido se percibía.

—¡Lo de siempre!—murmuró aquel hombre.—En

vano es que Pedro-el-Negro me encargue que averigüe lo que aquí sucede; á lo que vienen aquí estos dos mancebos... ¡Vah! si no se convence de lo que yo le digo, que observe él por sí mismo. Esto sería mejor, mucho mejor para mí.

Y aquel hombre se retiró de la puerta y fué á tenderse al pie de una higuera sin perder de vista la habitación que espiaba.

—¿Se ha ido ya?—dijo entonces en voz baja Leila.

—Sí, es el *Cuervo*, le he conocido en el andar,—contestó Isabel-la-Liebre.

—Me va incomodando ya demasiado;—repuso Leila, —el que ese hombre se tome tanto interés en conocer mis asuntos. Esto acabará mal.

—¿Desconfiais de Pedro, Ana?

—Desconfío, sí, pero le tengo sujeto y no le temo.

—Y no hay por qué temerle; yo mando en él, y bien sabes si yo te amo.

—Silencio; me parece que ese hombre se acerca otra vez.

—No; es el viento que zumba entre los árboles.

—Entonces vamos.

Leila avanzó entre las tinieblas, pero sin vacilar, como quien conocía perfectamente el terreno; Isabel la seguia asida á su capa: llegó la primera á la pared y se oyó un leve rechinamiento, que se repitió instantáneamente: las dos jóvenes habían pasado la puerta secreta de la mina que comunicaba con el alcázar,

y en él con la habitación de doña María de Padilla.

—Cada vez te comprendo menos, Ana,—decía Isabel á su compañera;—ya hemos venido tres veces por este pasadizo y todo para dejar una carta sobre la mesa de un dormitorio. Si fueras hombre, comprendería estas venidas á la alcoba de una mujer hermosa: ¡pero tú! ¡tú, mujer!

—Espera, Isabel, espera, aún no ha llegado la hora de que me comprendas. Te lo repito, cuando me conozcas te asombrarás.

—Bastante asombrada estoy, Ana: la manera como nos conocimos fué extraña: te encuentro de repente entre los pajes del arcediano... comprendo que eres una mujer, y tu entre tantas mujeres, disfrazadas, como nosotras, solo hablas conmigo, conmigo te unes, conmigo escapas despues de la muerte del arcediano: te llevo al hospital de los peregrinos, y del mismo modo que supiste aprovecharte de mi, te aprovechas de Pedro el-Negro. Entras al servicio del infante don Juan, te llevo á casa de mi abuela, y mi abuela al verte, al escucharte, se trasforma y me deja ver cosas que yo ni aún había sospechado: te apoderas sin saber cómo de Beatríz, y de la noche á la mañana te encuentras rica, poseedora de una hermosa casa, servida por gentes peligrosas que á pesar de estar acostumbradas á la traición se muestran leales: arrancas de en medio de un motín á doña Aldonza Coronel y la haces tu cautiva... todo en tí es grande todo maravilloso, todo mis-

teriese... me tratas con amor, me concedes á medias tu confianza me dejas entrever pero nunca ver... y escucha, Ana: me va ya faltando la paciencia: la curiosidad me mata... yo no te comprendo...no comprendo que te dejes enamorar á un tiempo por Pedro Lope de Padilla y por el señor Juan Tenorio mientras suspiras por el amor de Men Rodríguez.

—Ellos me llevarán á él... por lo demás, Isabel, no te impacientes... creo próximo el día en que se aclaren todos esos misterios y me presente á tu vista tal cual soy... entre tanto seme fiel como hasta ahora.

—¡Oh! Sí lo seré siempre: no sé por qué te amo de una manera extraña: me asombras, me admiras... un secreto poder me arrastra hácia tí... te he oido muchas veces sin querer cosas horribles, proyectos de sangre y muerte... y sin embargo, yo sé que eres dulce y buena... que tu corazón es inmenso... que obras el mal por necesidad, por fatalidad...

—Yo soy un ángel y un demonio,—dijo con voz opaca Leila.—Pero callemos, ya llegamos, y en estos pasadizos la voz se extiende de una manera prodigiosa... Espera, Isabel, espera; séme leal como siempre, que yo te asegure que el misterio no tardará en desvanecerse.

Subían entonces la espiral que conducía á la puerta oculta del dormitorio de la Padilla: las dos mujeres recataron sus pasos como temerosas de ser oidas, y al fin llegaron en silencio detrás de la puerta.

Leila miró: nadie había en el dormitorio: una lámpara colocada en el reclinatorio delante de la imágen de una vírgen le alumbraba opacamente. Escuchó, y solo oyó el rumor confuso de algunas voces que hablaban en las habitaciones interiores.

Leila empujó el resorte, se abrió la puerta, entró en el dormitorio y la jóven volvió á cerrar, dejando tras de la puerta á Isabel.

Seguidamente atravesó el dormitorio y apagó la lámpara, luego salió á una cámara oscura, la atravesó, llegó á otra, oscura tambien, y se detuvo tras los tapices de la puerta de otra cámara en que se veía luz y en la que había dos mujeres.

Aquellas dos mujeres eran doña María de Padilla y doña Isabel Núñez de Lara.

Por la puerta frontera á aquella, tras cuyos tapices estaba escondida Leila, se veían en el centro de otra habitación algunas damas haciendo labor alrededor de una mesa.

En el semblante de doña María, pálido, apesarado, ligeramente contraido, se notaban aún las huellas que habían dejado en su alma las terribles impresiones de aquel día; conocíase que había llorado, y una orla amoratada rodeaba sus hermosos ojos: parecía cansada, desatalentada, poseida de un dolor agudo que nada bastaba á calmar. Leila comprendió que estaba herida en el corazón.

—¡Ah! ¡ah!—exclamó: ¡empieza á horrorizarte tu

espeso!... por mucho que tu amor se esfuerze, la sangre del maestre de Santiago y la de Sancho Ruiz de Villegas, muerto delante de tí, te presentarán siempre rojo al rey don Pedro... ¡ah! ¡mi venganza adelanta de una manera segura!.,. ¡mi venganza!... ¡la venganza de mi madre!

Leila había comprendido bien la situación; doña María de Padilla sufría más que por la muerte del maestre y por el horror que le había causado el asesinato de Ruiz de Villegas, por el terrible aspecto con que se le presentaba desde aquellas dos muertes el rey don Pedro.

Y este que dulce, compasiva, humana, cuanto era de violento, duro y cruel don Pedro, sufría tormentos horribles, casi remordimientos con el recuerdo del maestre. Le daba horror el alcázar, la espantaba su cámara, parecíala que por do quiera, tras cada puerta, tras cada tapicería, en lo más alto de las cúpulas, tras las columnas, se levantaban sangrientos espectros que la acusaban, que le echaban en cara su unión con aquel terrible rey.

Hasta entonces don Pedro había tenido disculpa en el alma de la Padilla, por la continua y ferez rebeldía de sus vasallos; la había repugnado siempre la sangre, pero la había creido necesaria y puesto en el caso de optar entre la vida y la seguridad de su espeso y aquellos horrores, los había aceptado.

Pero la hemos visto correr á la Torre del Oro en el

momento que supo la prisión de Enrique de Trastamara, salvarle, arrostrando por todo, desafiando el furor del rey; la hemos visto esforzarse por salvar á don Fadrique, y no habiendo podido salvarle, la vemos llorosa, aterrada con el recuerdo de aquel fratricidio, horrorizada del rey don Pedro.

La muerte del maestre había inclinado la balanza en el gran corazón de la Padilla.

Y, sin embargo, no había olvidado lo fatal del semblante, lo conveniente de las palabras de don Fadrique, cuando fué á despedirse de ella para marchar á Jumilla. No podía olvidar que la había dejado traidoramente abandonada, y que solo la Providencia y un puñado de vasallos leales habían salvado su vida, la de sus hijos y el trono legítimo. Doña María sabía, como sabe todo el que ha leido á sangre fría la historia de don Pedro, que matando á su hermano, no había hecho otra cosa que hacer justicia; pero aquella justicia la horrorizaba, como nos horroriza á nosotros; porque unida á ella, inseparable, acusador terrible, está un fratricidio aceptado, cometido á la faz del mundo, en presencia del rey por ballesteros que obedecían su voz; esto era resultado de uno de los grandes defectos ó del mayor, acaso, del rey don Pedro; la violencia de su carácter.

En tiempos más cercanos el príncipe don Carlos de Austria cometió el terrible delito de alta traición contra su padre; y sin embargo, Felipe II, el más sem-

brío de los déspotas, no sentenció por fuero propio á su hijo, sino que le abrió un proceso que sometió á su consejo de Estado, y del cual dió parte á todas las cortes de Europa.

El horror de las justicias del rey don Pedro no estaba en ellas mismas, sino en la manera de hacerlas.

Bajo este concepto es el mayor déspota de nuestra historia.

Pero si se examinan una á una sus justicias, aun las que se hicieron en su nombre, en las que ninguna parte tuvo, se comprende que un tribunal hubiera lanzado la muerte sobre la cabeza de los acusados; aquellas justicias legales hechas á la luz del sol, con la sanción de la ley, hubieran impuesto respeto á la nobleza, temor al pueblo, y se hubiera reducido en gran manera la necesidad de matar que siempre aquejó al rey don Pedro.

Por más que doña María conociese estas razones, no podía librarse de la influencia horrible que de una manera necesaria ejercía sobre su alma, sobre su corazón, sobre su conciencia, el asesinato del maestre: hasta entonces al recordar al rey no había cerrado los ojos con horror: hasta entonces tampoco le había visto convertido en fiera, como en la ocasión de matar por su misma mano á Sancho Ruiz de Villegas.

El rey don Pedro hubiera tenido una digna esposa en una mujer semejante á Catalina de Médicis; pero

la Padilla era, por decirlo así el polo opuesto de su carácter.

Hé ahí, sin embargo, la razón por qué el amor del rey se había fijado en ella hasta el punto de no poder vivir bien sino á su lado: el durísimo carácter del rey se embotaba, reposaba, se ameldaba en aquella dulzura innata, en aquel sufrimiento infinito, siempre dispuesto, siempre pronto á sufrir más; en aquel amor de abnegación tan santo, tan puro, tan noble que no parecía sino en consecuencia de la dulce, y simpática hermosura de la Padilla.

Ella se había resignado á representar delante de sus reinos y del mundo entero, un papel de manceba que garantía la paz y la tranquilidad de su esposo: ella había devorado sus celos, ella había sido indulgente con sus locuras de mancebo mal educado, y la bastaba decirse como para consuelo: es antojadizo, enamorado violento sanguinario: pero su amor es mío, mío, enteramente mío.

Y esto es verdad: el amor de don Pedro hacia sus innumerables queridas solo había sido un deseo, una nube pasajera que se había interpuesto á él y á doña María: una vez satisfecho el deseo, pasada la nube, el amor de la Padilla volvía á alumbrarle, á inundar su alma como un sol resplandeciente.

Y lo que no habían hecho todas las infidelidades, todas las estravagancias del rey, lo hizo la muerte de don Fadrique: aquel amor tan firme, tan entusiasta;

tan intenso, tan abnegado, se empañó con una niebla densa, con un velo fúnebre que ahogaba el corazón de la Padilla, le comprimía le deshacía en lágrimas.

Doña Isabel Nuñez de Lara estaba también triste, llorosa, contrariada: lo que en doña María era un hecho consumado, en doña Isabel era temor esperanza, horror, deseo, todo junto, todo revuelto, todo en lucha. Su amor por Men Rodríguez de Sanabria se había desbordado; el contenerle, el no espresarle á cada momento, el no satisfacerle, la atormentaba, y este deseo, esta lucha la avergonzaba. A veces su corazón, sobreponiéndose á su deber, la hacía pensar con un placer instintivo, involuntario, en que una de las terribles justicias del rey don Pedro la librara del odioso lazo que la unía al infante don Juan. Pero en el momento su razón se rehacía, su educación y sus benévolos instintos triunfaban, se avergonzaba de haber alentado un deseo de muerte para su esposo, por más que fuese indigno y su desesperación volvía, porque volvía á serle imposible Men Rodriguez.

Del mismo modo que Leila había comprendido á la sola vista del semblante de doña María lo que pasaba en su alma, había comprendido el estado de la de doña Isabel; había previsto la reunión de las dos aquella noche, y el sorprenderlas sin testigos era uno de los objetos que la habían llevado al alcázar.

Y estuvo escondido por espacio de más de dos horas, escuchando los temores, los dolores, las confiden-

de las dos damas que se creían solas, y que se refirieron una y mil veces lo mismo que hemos dicho al hacernos cargo del estado de su espíritu.

Al fin doña Isabel se levantó y se despidió.

Doña María fué á acompañar á su amiga á la puerta de su cámara, y Leila se retiró precipitadamente de su escondite, entró en el dormitorio, dejó en él una carta cerrada sobre el reclinatorio, y abriendo la puerta secreta entró y cerró.

—¿Sabes que ya empezaba á impacientarme Ana?—dijo Isabel,—creí que no volvías.

—¡Oh! calla, calla me parece que suenan pasos.

—Sí, y pasos de mujer; una falda de seda que cruje.

—Es ella.

—¿Y quién es ella? Nunca me has dejado mirar, y la curiosidad me mata.

—¿Y qué te importa?

—Importarme ¡vah! ciertamente nada... pero...

—¡Silencio! ya está ahí.

En efecto, doña María de Padilla acababa de entrar sola en el dormitorio.

—¡Oh! ¡ha venido!—exclamó con terror al verle á oscuras.

Y dirigiéndose al reclinatorio palpó encima y encontró la carta que había dejado Leila.

—Otra carta,—exclamó,—¿y quién la ha puesto quí? ¿quién ha puesto las otras? ¡oh! estoy cercada de

traidores. ¡Alguna de mis damas! pero eso no puede ser, no he sentido ruido; nadie ha pasado por mi cámara. La puerta que da á la galería de mis baños está cerrada, y yo tengo la llave; pero pueden poner otra... ¡oh! ¿y cómo averiguar esto? ¿cómo exponerse á que mis damas adivinen?.. ¡no! ¡no! yo esperaré, yo observaré... y si es un duende como el de casa de doña Isabel... yo seré menos tímida que ella y conoceré al duende.

Luego guardó la carta en su limesnera, fué á la puerta y llamó á su servidumbre, de la cual acudieron dos damas.

—Sois unas descuidadas,—dijo, procurando en vano parecer serena,—habeis dejado apagar la lámpara de la Virgen.

—Ya ha sucedido eso tres veces, señora, y sin embargo, se ha cuidado.

—Es necesario, pues, cuidar más. Traed luz.

Las damas salieron y volvieron con un velón de plata que pusieron sobre una rica mesa.

—¿Desnudamos á vuestra señoría?—dijo una de las damas.

—¡No, no, Juana! no pienso dormir esta noche.

—¿Velaremos á vuestra señoría?

—Sí... sí, puede ocurrírseme algo; pero velad en mi recámara.

—Muy bien, señora.

Las dos damas salieron; doña María cerró, no solo la puerta del dormitorio, sino también las de la habi-

tación anterior; luego fué á la mesa y se sentó junto á ella.

Leila la veía perfectamente, la tenía cerca; la luz del velón reflejando de lleno en su semblante, le iluminaba por entero y alteraba su palidez con un matiz un tanto rojizo; otra mujer hubiera tenido lástima de doña María y hubiera pasado dejándola á salvo sobre su camino; Leila era implacable; quería acibarar el corazón del rey por cuantos medios estaban á su alcance, y en vez de conmoverse con la intensa expresión de sufrimiento que nublaba el semblante de doña María, gozó con ella.

La Padillla estuvo por un momento inmóvil, abismada en estos pensamientos; al fin pareció como que despertaba de un sueño; sacó la carta, que había dejado sobre el reclinatorio Leila; que estaba perfumada y escrita en el mejor papel que se conocia en aquellos tiempos, y que, como invento reciente y solo usado por los árabes, era un objeto de gran lujo por lo caro de su precio.

La Padilla leyó el sobre, que escrito con tinta azul y letra gótica, clara y sumamente igual, decía:

«A la muy hermosa señora doña María de Padilla.»

—Es de la misma mano de las anteriores;—murmuró la Padilla,—y sin duda su contenido es semejante; debería quemarla, como he quemado las otras; pero sin verla.

La Padilla levantó la carta hasta la altura del velón.

—¡Oh! ¡no la quemarás!—murmuró desde su escondite Leila.

En efecto, doña María había retirado la mano, y la carta abandonada por ella había caido sobre la mesa.

—¡La leerás!—murmuró otra vez Leila.

Y en verdad la Padilla después de haber luchado consigo misma, de haber mirado furtivamente en derreder suyo, como si hubiera temido ser observada, tomó la carta, la revolvió irresoluta, y al fin rompió el hilo de seda que la cerraba.

Luego, indecisa aún con la carta abierta sobre la mesa, apoyó la frente entre sus manos y quedó profundamente pensativa...

—¡Luchas! ¡luchas!—esclamó Leila: ¡oh! la lucha es demasiado fuerte para tí... tú necesitas amar, y el amor de don Pedro empieza á horrorizarte. Amas ya sin saberlo á Men Rodríguez, haces esfuerzos por no amar... ¡ah! ¡ah! es demasiada lucha para tí y caerás.

La Padilla permaneció algún tiempo inmóvil; al fin se decidió y arrojó su mirada sobre las primeras líneas de la carta; la mano con que la tenía asida temblaba.

«¿Aún no me conoceis señora?—decía la carta,—»¿aún no comprendeis quién pueda ser quien eleva sus »pensamientos hasta vos y os los hace conocer en »medio del más profundo misterio? Mis ojos nada os »han dicho, es verdad; mi lengua ha callado, el res»peto me ha impuesto silencio. Delante de vos seré »siempre el vasallo leal, pero en medio de la noche,

»rodeado de la inmensidad del silencio, nadie puede »impedirme que piense en vos como se piensa en el »cielo, con un deseo puro, pero ardiente, sin fin. De»lante del mundo me vereis fingiendo amores á otra »mujer, porque temo á veces cuando estoy delante »de vos, que mis miradas y mis suspiros sean impru»dentes y den á conocer la persona que les anima, el »amor que los exhala: nadie puede impedirme, puesto »que tengo medios de llegar hasta vos, que es dé á »conocer un alma que por vos alienta, que solo en vos »vive, que de todo cuanto le rodea, solo á vos vé. ¿Sa»beis por qué soy leal al rey? porque vos le amais: si »vos le aborreciérais, el rey caería. Le amais, y caeré »ante él defendiéndole, solo porque vos no tengais que »arrojar de vuestros hermosos ojos lágrimas por su »muerte.»

—¡Ah! ¡Dios mio! ¡Dios mio!—exclamó suspendiendo por un momento su lectura la Padilla, y pronunciando sus palabras en voz alta arrastrada por la situación:—¿se puede amar así?

—Sí, sí; se puede amar así... se puede fingir que se ama así,—exclamó roncamente Leila.—Tú amas así, María, y sin embargo no lo sabes, porque uno de los misterios de nuestro corazón es no sabernos dar cuenta muchas veces de lo que hacemos: tú amas así: serías c apaz de respetar la vida de una rival amada con tal d e no causar un dolor á tu amado: pero yo amo de c ro modo: mi amor es un volcán que devora á quien

le toca... y tú, tú, distingues, aprecias, amas, aunque sin saberlo, á él, al hombre de mi amor, y todo lo que el rey pierda en tu corazón lo ganará: ¡oh! y llegaría un día en que él notaría tu amor, y deslumbrado por tu hermosura, por el puesto que ocupas, por la luz con que brillas, se acercaría á tí... y te enloquecería... ¡oh! ¡no! yo quiero enloquecerte en su nombre; quiero ver hasta dónde llegas, para que él no pueda llegar á tí... yo amo como las africanas... y me basta una sombra de celos para exterminar... ¡oh! ¡oh! ¡dulce y hermosa María! la serpiente ha entrado en tu nido, y la serpiente te morderá después de haberte fascinado.

Mientras Leila pensaba esto, doña María había seguido su lectura.

«Mi alma habla á vuestra alma, señora: ¿será la »vuestra muda? ¿os espantarán unos amores que nada »piden, que nada desean más que un recíproco cambio »de pensamientos, dignos, puros como vos, como vos »dulces y embriagadores? ¡Ah! ¡no! ¡no! vos no me »dejareis morir: vos consentireis, vos querreis ser mi »hermana; hermana del corazón. ¡Cuántas sublimes »confidencias pueden hacerse á un hermano! ¡cuántos »consuelos se pueden dar, cuántos se pueden recibir! »¡Y qué placer mayor que el choque de dos almas que »se comprenden, que se aman, que conocen sus de»beres y los cumplen, y que solo roban al mundo ese »puro é innato sentimiento que une entre sí á los que »han nacido para amarse con el desinterés de herma-

»nos y la pureza de ángeles! ¡Ah! ¡señora! yo creo que »hemos nacido para comprendernos: creo haber leido »alguna vez en vuestros ojos al mirarme, esa mágica »y santa palabra: hermano.»

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio!—exclamó aterrada la Padilla:—¿habré yo dado imprudentemente motivo?... ¡Pero aquel paje Gastón, aquel mancebo que parecía tan sabio, no me dijo: amaréis á otro hombre que el rey, y le amaréis con toda vuestra alma... moriréis desesperada, sedienta del amor de ese hombre... moriréis con su nombre en los labios?... no, no; aquel mancebo me engañó... me engañé al creer en su ciencia, es aún demasiado joven... yo fuí muy crédula... pero no... no... me pronosticó tambien la muerte del maestre de Santiago, y esa muerte se ha cumplido.

Doña María detuvo aterrada su pensamiento, porque se le había presentado de repente de una manera que le espantaba, el recuerdo de Men Rodríguez.

—¡Oh! ¡no! ¡no! ¡imposible!—continuó,—yo amo al rey... le amaré siempre, aunque le vea teñido en sangre de mis hijos... ¡oh! ¡qué horror!... pero el amor del rey siempre ha sido para mí un tormento inexplicable unido á una felicidad infinita... ¡oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡yo estoy loca! ¡y estas cartas!...

Doña María arrugó impaciente entre sus manos la carta que á tal extremo la conducía, y luego, como impulsada como un poder invencible, la desarrugó y siguió en la lectura.

»Ha habido momentos en que he creido que vos me »amais, como os amo yo; de una manera oculta, mis»teriosa, recatándoos de vos misma, dudando de ese »amor... dándole otro nombre. ¡Y luego, luego he »descendido de ese cielo á donde me habían llevado »mis sueños, porque... vuestro amor por recatado, »por misterioso que hubiese sido, aunque mi alma »hubiese tenido que adivinarle, hubiera sido una su»prema felicidad!—¿Por qué no me contestais una »sola palabra?... ¿por qué no me decís? ¡amadme! »¿temeis que esa palabra me haga más exigente?... »¡oh! ¡no señora!... yo puedo llegar hasta vos, y sin »embargo os he respetado; aún no habeis oído mi voz »entre el silencio de la noche, cuando estais sola: ¿no »os basta esto para probaros lo noble del amor que me »inspirais? Y sin embargo habeis castigado con muer»te de fuego mis cartas...»

—¡Ah! ¿con qué lo veis? ¿con qué lo oís todo? ¿con qué lo sabeis todo?...—exclamó en alta voz doña María, como si hubiera estado segura de que era escuchada: —pues bien, caballero, pasad, dejaos ver, sepamos si Dios ó el infierno os dan poder sobrenatural, ó bien si os ayuda la traición de mi servidumbre.

—¿Qué mujer es esa que habla?—dijo al oido de Leila,—Isabel-La-Liebre, ¿está loca?

—¡Silencio! ¡silencio, Isabel!—exclamó Leila.

Doña María esperó en vano á que la contestasen; su palidez había crecido en alto grado, se agitaba pe-

deresamente; sus labios trémulos y áridos, mostraban una sonrisa insensata.

—¡Oh! ¿no me respondeis?...—exclamó doña María,—pues bien... ¿quereis que os conteste?... os contestaré...

Y tomando un pergamino escribió rápidamente estas palabras fatales:

«Os acepto como hermano, y puesto que podeis »entrar cuando querais en mi aposento os aguardo, »caballero; venid.»

Luego doña María enrolló el pergamino, le ató con el mismo cordón que había cerrado la carta, le dejó sobre la mesa, é inesperada de un súbito presentimiento tomó el velón y le puso tras la puerta del dormitorio que quedó á oscuras.

—¡Oh!—dijo doña María volviendo, si entra le sentiré, le asiré, me dejaré arrastrar con él... es necesario concluir... que sepamos de una vez...

Doña María calló: unos pasos recatados sonaban sobre la alfombra: Leila había abierto sin ruido la puerta secreta y adelantaba hacia la mesa. Al tomar el pergamino escrito por doña María, sintió que le asía una mano con fuerza desesperada.

—¡Oh! ¡quién sois?—exclamó temblando la Padilla: ¿por dónde habeis entrado? ¿qué quereis aquí?

Leila que era vigorosa, se desasió bruscamente y huyó. Doña María le buscó en vano á tientas por el dormitorio, y no hallando á nadie introdujo de nuevo la luz.

El dormitorio estaba desierto; la puerta cerrada, las vidrieras de las ventanas cerradas también: doña María se aterró, parecióle que lo que le acontecía no era otra cosa que un castigo del cielo por haberse unido al rey don Pedro, al rey fratricida... aquel terror tomó en su imaginación extrañas formas, parecióle que avanzaban hacia ella cien espectros ensangrentados; lanzó un grito horrible y se desmayó.

Poco después su servidumbre alarmada por aquel grito llamaba á su puerta; al no recibir contestación las damas se aterraron, y salieron por el alcázar buscando socorro.

—¿Qué es sucede señoras que vais tan despaveridas?—dijo un hombre que se cruzó con las dos jóvenes en una galería.

—¡Ah, señor Juan Tenorio! ¡cuántos nos alegramos de haberos encontrado!...

—¡Ah! pues es una casualidad, una rara casualidad... no se por qué se me ocurrió venir á ponerme á las órdenes de doña María.

—¡Ay! señor Juan Tenorio, algo debe haber sucedido horrible á su señoría, porque hemos oido un grito de terror, y luego cuando hemos llamado á su dormitorio no nos ha contestado.

—¡Oh! pues vamos, señoras, vamos; en estos casos cuando menos gente mejor; no sabemos lo que puede ser eso. Puede ser...

—¿Y qué puede ser?...

—¡Algún ratón!—dijo con malicia Juan Tenorio.

Las dos damas hicieron un remilgo cada cual á su modo, al escuchar el nombre del tímido animal, que, sin saberlo, ha llegado á ser para la generalidad de las mujeres más terrible que una fiera.

Las dos damas y Tenorio entraron poco después en la cámara de doña María, y llegaron á la antepuerta de su dormitorio: estaban solos: la demás servidumbre se había retirado y solo habían quedado las dos damas de servicio.

Tenorio tuvo medio de abrir sin maltratarla con su daga la antepuerta. Conocíase que estaba ducho en esta clase de operaciones. La puerta interior estaba abierta y penetraron en el dormitorio.

Doña María estaba tendida sin sentido sobre la alfombra: á su lado brillaba un objeto; era la piocha de plata de un capacete de brocado. Tenorio le alzó.

—¿Qué es eso?—dijo una de las damas, cuidando antes de satisfacer su curiosidad que de socorrer á su señora.

—Ya lo veis, doña Juana: un capacete.

—¡El capacete de un paje!—dijo la otra.

—Sí, ciertamente, doña Violante: el capacete de un paje que alguna hermosura compasiva tenía escondido en el dormitorio de doña María.

—¡Sois mal pensador caballero!...

—¡Decís cosas horribles!—exclamaron á un tiempo las dos jóvenes.

—¡Vah! nada tiene esto de extraño: cuando yo era paje de la reina doña María, que santa gloria haya, la aconteció conmigo un lance semejante: una dama me había escondido... y ¡pardiez! en este mismo dormitorio: sí, sí por cierto, lo recuerdo bien. La reina se retiró temprano como se ha retirado esta noche doña María; yo creí que era mi objeto adorado y la salí al encuentro... Doña María no se desmayó porque no era mujer, de desmayarse por estas cosas... ni yo me dejé el birrete, porque no soy hombre que deje nunca prendas... me escapé.

—¿Qué os escapásteis?... ¿y por dónde?

—Por la puerta que da á la galería de los baños...—añadió.

Doña Violante fué á una pequeña puerta situada en el ante dormitorio.

—Pero esta puerta está cerrada,—dijo.

—Y bien, eso no quiere decir nada... yo la abrí para salir y la cerré para desorientar... lo que quiere decir que tenía una llave.

—¡Oh! ¡qué horror!

—Por lo tanto os aconsejo, señoras, que por vuestro propio amor guardeis el más profundo secreto acerca de lo que habeis visto. Yo me llevo el capacete... por él conoceré al que se ha atrevido á tanto y le castigaré, si es que vosotras no lo tomais á mal.

—Nosotras. ¿Y qué tenemos que ver con ese?... castigadle, ó por mejor decir, encerradle y presentadle

al rey... su señoría sabrá lo que debe hacer con un hombre que...

—Sí, sí,—dijo la otra,—que el rey lo sepa.

—Si el rey lo sabe os hace pedazos, hermosas señoras... callad pues mucho y dejadme hacer; esto corre de mi cuenta... lo que importa ahora es socorrer á doña María.

Tenorio salió, pero antes de salir recogió la carta que había dejado abandonada la Padilla sobre la mesa.

—¡Diablo! ¡diablo!—exclamó, arrojando sobre la carta una mirada al pasar por la cámara...—un billete de amores... paréceme que el alcázar va volviendo á los buenos tiempos de la reina doña María; mañana sabe toda la servidumbre doncellil, y por ella la barbada, que se ha encontrado el birrete de un paje en la cámara de doña María... Aquella doña Ana del diablo tiene razón... todas son iguales: ¡al fin mujeres! Paréceme que me puedo atrever... ¡oh! ¡sí! y me atreveré.

Y Tenorio ébrio de alegría porque la mujer, hasta entonces sin tacha de Sevilla, había dado un escándalo, salió del alcázar, y en poco espacio llegó á la cercana calle del Moro Muerto, donde vivía.

CAPITULO IX.

—

De cómo Leila empezó á tener miedo.

Con no menor contento llegó Leila á el postigo de su casa del muro de los Navarros. Abrió y subió seguida de Isabel-la-Liebre. El negro que habían encontrado en el piso bajo enteramente incomunicado con el resto de la casa, estaba profundamente dormido. Las dos jóvenes pasaron junto á él sin hacer reparo en esta circunstancia. Era ya tarde, y Sevilla entregada al sueño, no lanzaba de sí el más leve rumor. Era aquel un silencio solemne.

Cuando entró en la cámara, cuyos ajimeces correspondían al callejon del muro de los Navarros, Leila se dejó caer sobre el divan: á pesar de su fuerza y de su energía estaba cansada, más por las emociones que había esperimentado que por fatiga material.

Isabel-la-Liebre tomó la capa de Leila y la arrojó con la suya y con su gorra sobre un sillón.

Leila á falta del birrete que se había dejado por acaso ó de intención en el dormitorio de doña María de Padilla, había rodeado un pañuelo blanco á manera de toca árabe á su cabeza, y aun permanecía con él distraida, leyendo y releyendo con avidez la carta que había escrito la Padilla...

Isabel la arrancó aquel adorno supletorio.

—Afortunadamente,—dijo,—las noches son ya calurosas, hasta el punto de haberme hecho sudar la capa: á no ser así, de seguro coges un pasmo, Ana: ¿quién pierde así una prenda tan necesaria?... tú, sola tú.

—A veces se pierden las cosas con intención de que otros las hallen, Isabel,—dijo profundamente Leila.

—¿Pero quién es aquella dama? nunca me has dejado verla.

—¿Y qué te importa?... aun no ha llegado el día de que la conozcas, Isabel, y demasiada confianza hago de tí... día vendrá y acaso no tarde, en que la conozcas... entre tanto no me preguntes: es ya tarde y estoy cansada: necesito estar sola: déjame.

Isabel hizo un gracioso mohín, se acercó por detrás á Leila y la besó: luego huyó, riendo como una niña.

Leila quedó sola.

—¡Oh! ¡oh!—exclamó:—necesito la soledad para entregarme á mi alegría: la suerte me ayuda: ¡oh! esta carta en que la Padilla llama á un hombre... ¡oh! esta carta vale un tesoro... y el escándalo que se ha dado,

y con el cual yo no contaba... hé aquí al señor Juan Tenorio armado con bastantes pruebas para que pueda atreverse á doña María, y se atreverá... sí... sí... le conozco demasiado... es audaz, perverso... doña María se estremece solo al oir su nombre, y tiene razón en estremecerse... el señor Tenorio es un hombre lúgubre; estoy viendo ya cercano un día terrible... mi fuerza crece... y cuando sea necesario... ¡oh! y ya lo es... yo no puedo vivir así: me devoran á un tiempo el amor, la venganza, los celos... y es necesario esperar... esperar aun... el rey... de seguro... matará al infante don Juan... pero si doña Isabel queda viuda, no quedará libre... no por cierto, yo lo aseguro... luego doña Blanca... doña María... don Pedro se encontrará herido á un tiempo y de una manera mortal en el corazón y en la cabeza; combatido por la nobleza dentro; en las fronteras, por Aragón y Francia coligados; y por el moro de Granada... y sucumbirá, sí, sucumbirá á menos que el diablo no le ayude... ¡oh! ¡cuánto tarda ese día!

No sabemos á dónde hubiera ido á parar Leila con su soliloquio, si no se la hubiese presentado de repente Isabel-la-Liebre pálida y consternada.

—¿Tú no has guardado, Ana,—la dijo,—las joyas que dejaste sobre la mesa de tu retrete?...

—¿Qué si he aguardado yo?...—dijo Leila,—no te comprendo.

—Sobre la mesa quedaron el collar de diamantes,

las perlas de tu tocado, los brazaletes, las arracadas, el cofre de tus joyas, con muchas de las más ricas... sobre un sillón, tu velo de plata, tu justillo de brocado y tu falda bordada de aljofar: tu ceñidor que valía un tesoro, todas las ropas que te quitaste para vestirte de hombre...

—Bien, ¿y qué?—dijo Leila,—notando la mortal palidez que cubría el semblante de Isabel.

—Acabemos de una vez,—dijo Isabel alentando apenas. ¿Has guardado todo eso?

—¡No!—respondió con extrañeza Leila.

—¡Ah! ya lo sospechaba; tú no hubieras guardado los pomos de oro de tus perfumes.

—¡Y bien!

—Ven conmigo... ven... y juzga por tí misma.

Leila se levantó y siguió á paso lento á Isabel, que había entrado precipitadamente en la habitación que servía de pieza de tocador, como diríamos hoy, á Leila.

A la primera mirada todo lo comprendió: la riquísima mesa de ébano estaba enteramente limpia: por un exceso de mala intención, de perversidad, aquella mesa había sido rayada y maltratada profundamente como por un puñal: el gigantesco espejo de plata bruñida que se asentaba sobre ella, estaba maltratado y abollado enteramente: Leila comprendió que la habían robado.

Sin alterarse, sin gritar, sin palidecer, fué á un án-

gulo del aposento donde había un arca de hierro: en una de sus cerraduras quedaban vestigios, esto es, arañazos relucientes que probaban que se la había querido forzar.

—¡Oh! ¡por fortuna es demasiado fuerte!—exclamó sombriamente Leila: —los ladrones no han tenido tiempo... ¿pero quienes son esos ladrones?... aquí debe haber una traición.

—¡Oh! ¡Ana! ¡Ana mía!—exclamó Isabel llorando... —yo te juro...

—¿Y quién te acusa?... ¿quién sospecha de ti?...— exclamó con acento vibrante Leila...—y sin embargo puede ser que una imprudencia tuya...

—Yo no he dicho á nadie... yo no he hablado con nadie...

—Pero tu amante... ese Pedro-el-Negro.

—¡Ana!—exclamó picada en su orgullo Isabel...— Pedro el-Negro podrá ser todo lo que quiera... pero no es ni asesino, ni ladron.

—Bien; bien: quiero creerlo... sin embargo... si ha sido él, que se aguarde... lo que me han robado vale un tesoro... vale muchos miles de doblas; pero por el dios de Moisés, de Abraham y de Jacob, te juro que tarde ó temprano el ladron caerá en mi poder.

—¿Pero por dónde han entrado?—exclamó aterrada Isabel:—¿quién sabe si estarán ocultos en la casa?

—No, no; un ladron en cuanto da el golpe huye.

—¿Quién sabe? ¿quién sabe si no habiendo podido

abrir el arca, se habrán ocultado para sorprendernos!

—¡Ojalá que no hubiesen desaparecido!—exclamó con una expresión ferez Leila:—¡oh! ¡oh! entonces sabría si era un robo aislado, ó es esta una traición de la cual fuese necesario temer las consecuencias: es necesario ver por donde esa gente ha entrado: alúmbrame Isabel y ve delante.

Isabel tomó temblando la lámpara: Leila serena, pero terriblemente sombría, levantó uno por uno los tapices y nada halló: salió de aquella habitación, cerró la puerta con llave, guardó en su escarcela aquella llave y registró la cámara, donde más comunmente acostumbraba estar: nada halló; pero al mirar por acaso la vidriera del ajimez del centro, reparó en una circunstancia extraña.

Los vidrios eran pintados, unidos por engastes de plomo, y representaban asuntos mitológicos; el vidrio que había desengastado el campanero contenía el pie de una Diana, y al volverlo á engastar á oscuras maese Blas, había puesto lo de adentro afuera y el pie había quedado puesto al revés. Leila se acercó y notó entonces las señales en las ondulaciones del filete de plomo que estaba maltratado, mientras los otros conservaban la rigidez de la construcción.

—Hé aquí por donde han entrado—dijo:—pero por aquí no pueden haber salido: está cerrado por dentro y con la vidriera cerrada les hubiera sido imposible volver á colocar el vidrio. Sigamos, pues, nuestro registro.

Una por una registraron todas las habitaciones de su departamento y nada hallaron: la puerta secreta que comunicaba con el resto de la casa, destinada á doña Aldonza Coronel, á Beatriz y á Berta, estaba cerrada también; pero al fin de la galería, Leila encontró abierta la vidriera del ajimez que daba sobre el jardín y al acercarse á ella, su pie resbaló en un líquido denso y escurridizo.

—¡Alumbra! ¡alumbra! Isabel,—dijo Leila;—alumbra aquí.

Isabel inclinó la lámpara sobre el pavimento: entonces se vió un reguero rojo, que había tocado á la balaustrada del ajimez, á su columna y que había penetrado dentro como un surtidor que hubiese partido de afuera.

—¡Sangre!—exclamó—profundamente Leila.

—¡Sangre!—repitió estremecida Isabel.

—¡Alumbra! ¡alumbra fuera!—exclamó Leila.

—Isabel sacó la lámpara por el ajimez y Leila arrojó una profunda mirada al jardín.

—Allí, al pie del muro; hay un bulto inmóvil,—dijo la Liebre.

—Sí, ¡un cadáver!—observó Leila;—¡el cadáver de uno de los esclavos... luego ha habido resistencia!... vamos, vamos... es necesario concluir.

Y yendo al centro de la pared de la galería, levantó una pieza de la faja del alicatado árabe, que á la altura de vara y media la adornaba y quedó descubierta en

el fondo una pequeña cerradura que Leila abrió con una llavecita, y empujó; quedó descubierta una estrecha puerta por la que las dos jóvenes pasaron, y descendieron por una escalera, al fin de la cual había una puerta cerrada: Leila abrió aquella puerta y se encontraron en el mismo pequeño y lindísimo patio que hemos citado antes; la fuente seguía corriendo con su monótono murmullo, y ningún otro ruido venía á mezclarse á él: atravesaron el patio y el vestíbulo y encontraron abierta la puerta que daba sobre el jardín.

—¡Por aquí han salido! —exclamó Leila: ¡pero cómo? la puerta de comunicación no parecía violentada, la del patio estaba cerrada: ¡oh! ¡qué es esto Dios mío?

Leila corrió á la puerta exterior: aquella puerta tenía violentada su cerradura, pero estaba encajada, aunque con los cerrojos descorridos.

Leila cerró sus dos fuertes cerrojos, se aseguró de que ofrecía bastante resistencia y se fué rápidamente al lugar en que había visto al negro.

Isabel la seguía con repugnancia. Cuando llegaron encontraron al esclavo de boca contra el suelo é inmóvil; la tierra á su alrededor estaba empapada en sangre.

Leila le volvió: sobre el pecho del esclavo había tres profundas puñaladas y era un cadáver.

—¡Oh! pues no han sido ellos, —exclamó Leila: y se volvió al pabellón del esclavo muerto, que comunicaba

con las habitaciones de los otros dos esclavos, guardas del jardín.

Leila vió la celosía rota, franqueada, y entró por ella: aquel reducido espacio estaba desierto y sus dos puertas cerradas.

Leila no tenía la llave de aquellas puertas; pero asió un azadón que estaba en un ángulo entre algunas herramientas de jardinería, y descargó con él dos terribles golpes en la puerta que comunicaba con el interior.

La puerta se abrió y se exhaló por ella un ambiente cálido y de olor punzante. Cada cual en un lecho, había dos esclavos dormidos: pero dormidos de una manera profunda. Leila los examinó como los hubiera examinado un médico y exclamó juzgando por su aspecto:

—¡Oh! ¡oh! ¡les han dado beleño! este era un golpe preparado... pero el otro... el otro asesinado... yo no comprendo esto; no le puedo comprender; ¡oh! no... sin duda el otro miserable aletargó á sus compañeros, y los que se han servido de él le han matado para que calle... pero me olvidaba... ¡si era mudo! ¡oh! ¿qué es esto, qué es esto, señor? y la puerta del patio abierta. ¡Ah!

—Una inspiración súbita hirió el pensamiento de Leila.

—¡Oh! ¡Beatriz! ¡doña Aldonza!—exclamó.

Y partió como una exhalación seguida de Isabel;

atravesó el jardín, el vestíbulo, el patio: subió las escaleras, atravesó la galería alta y lanzó un rugido de rabia al ver abierta la puerta de la habitación de Beatriz.

Calenturienta, loca, terrible, penetró dentro: nadie había.

—¡Oh! ¡me la han robado también!—exclamó con un acento para reproducir el cual no habría actriz posible:—me la han robado! ¡Beatriz! Beatriz, hermana mía! gritó revolviéndose furiosa por la cámara.

—¡Tu hermana! —exclamó asombrada Isabel..

—¡Sí, mi hermana! ¡mi pobre hermana!—exclamó Leila llorando, acaso por la primera vez... ¿qué importa que lo sepas?... mi hermana... el único ser para quien mi corazón ha sido dulce y bueno... ¡y me la han robado!... ¡el rey! ¡sí, sin duda el rey! ¡miserable, infame! ¡oh! ¡oh! es necesario buscar, indagar... incendiar si es necesario á Sevilla... es necesario que Beatriz parezca... es necesario que yo la tenga á mi vista, que la pueda proteger... ¡oh! ¡Dios mío, Dios mío! ¿no eres tú el Dios de las justicias y de las venganzas? ¿por qué no me dejas ser tu brazo sobre la tierra?

El pensamiento de Leila, se rehizo y en él brilló por un momento contestando á su pregunta la luz de su conciencia: vió á don Fadrique muerto y ensangrentado: á doña María de Padilla desmayada en su dormitorio; presentóla un porvenir de crímenes, un

largo camino ensangrentado, y Leila tembló: tuvo miedo... pero el miedo la irritó y sin poderle arrojar de sí exclamó con un acento, solo comparable al de la blasfemia del primer réprobo:

—¡Bien! ¿qué importa? ¡sangre, sangre! hasta que me vea obligada á nadar en un lago rojo; me la piden mi madre, mi hermana, mi amor, mis celos... no puedo herir al padre... pues bien, heriré á los hijos: los heriré, sí, aunque haya de caer á la par herida por la mano de Dios.

Luego su vigorosa organización dominó su terror, su cólera, sus pasiones, y las sepultó en el fondo de su alma: su semblante se mostró de nuevo tranquilo aunque pálido y su temblor cesó. En cambio Isabel estaba estremecida de espanto.

—Es necesario pensar á sangre fría; —exclamó Leila: —la cólera es una mala consejera, contengámonos pues, vamos á ver lo último que nos queda que ver: veamos si nos han robado también á doña Aldonza.

Y saliendo de la habitación que había pertenecido á Beatriz, dió la vuelta á la galería y luego á otra puerta que estaba cerrada simplemente por fuera con un cerrojo. Abrió, tomó la lámpara de manos de Isabel, y entró de puntillas. Doña Aldonza dormía profundamente en el fondo de la cámara, y su magnífica hermosura estaba embellecida con una hechicera sonrisa que respondía sin duda á sus sueños.

—¡Oh! sin duda sueña en él, —exclamó Leila, cuyo

semblante tomó una expresión cruel...—¡oh! sí... es una sonrisa de amor y ella no ama á nadie... á nadie más que á él... ¡oh! le ama como yo... necesito deshacerme de esta mujer, pero me desharé de ella aprovechándola.

Luego, salió, cerró, bajó con Isabel al jardín, entró en el pabellón de los esclavos, tomó un azadón y volvió al jardín.

—¿Qué vamos hacer, —dijo Isabel, extremeciéndose?

—¿Quieres que dejemos sin sepultar ese cadáver, ó que avisemos á los sepultureros de la parroquia?

—¡Ah! es verdad,—exclamó Isabel que tenía fiebre.

—Ayúdame, pues: es necesario concluir antes que amanezca y ya queda poco tiempo.

Por fortuna, para ellas, las dos jóvenes eran vigorosas y la tierra del jardín húmeda y blanda. En el mismo tiempo que hubiera invertido un hombre y relevándose, abrieron una profunda hoya, y sepultaron en ella al negro. Cuando estuvo enteramente cubierta, Leila arrojó cesped sobre la sepultura y la igualó de modo, que hubiera sido imposible reconocer que allí se ocultaba un cadáver.

Cuando concluyeron amanecía, y se retiraron.

Ya entrada la mañana, Pedro el Negro vino á entregar á Leila el dinero que le había dado don Simuel y á recibir instrucciones.

Nada encontró Leila en el semblante ni en el acento

del bandido que le hiciera sospechar que era autor del robo: nada vió Pedro-el Negro en Leila que le revelase ni la más ligera impresión por aquel hecho.

Cuando salió dispuesto y despachado para partir definitivamente á Granada, pensaba para sus adentros:

—Nada me ha dicho: luego desconfía de mí: no he pedido ver á Isabel, y esto es una nueva prueba de que se me tiene en cuenta: y luego ¡no saber quién ha matado al negro!... ¡quién se ha llevado á Beatriz y á la bruja Berta!... ¿habrá sido ella?... ¡oh! ¡oh! maese Sancho no hablará: yo le fio: no le conviene hablar: pero si ellas están en poder de esa mujer... ¡oh! ¡oh! pero ahora voy á Granada... llevo conmigo un tesoro... y fácil me será informarme antes de volver si debo desconfiar ó no.

Pedro el-Negro entró en la casa de vecindad de la calle de Maese Rodríguez; metió, encerrado á solas en su aposento, en una maleta las joyas que había robado á Leila, cargó con ella, la puso por sí mismo á la grupa de su caballo, y tomando consigo doce de sus aventureros, más por resguardar su tesoro que por sí mismo, les mandó armarse y montar á caballo, y salió aquel mismo día hácia Granada.

A la misma hora, y después de haberse concertado con Leila, Alvar Yáñez partió para Aragón, después de haber dado parte á la joven de que Andrés Cerchuelo había partido al amanecer para Vizcaya.

LIBRO DÉCIMOTERCERO

CAPÍTULO PRIMERO

En que se demuestra la buena fé que tenian en aquél tiempo los vizcainos

Era el 2 de Junio del mismo año, y ya bastante entrada la noche.

En una gran cámara de una casa situada en el inestricable laberinto de callejuelas de Bilbao-la-Vieja, y delanta de una mesa cargada de papeles, alumbrada por un enorme veléa de hierro, que por sus ancladuras y adornos se apreciaría hoy come una joya, había un hombre ceme de cincuenta años.

Estaba envuelte en un repón á dos celores azul y negro, y sus cabellos grises estaban encubiertos por el birrete rojo, distintive de los magistrados de la época: su semblante representaba á primera vista una probidad indudable, una candidez suma, un valor entusiasta, una energía á toda prueba, y todo este ca-

racterizado y envuelto por una marcada expresión de benevolencia y de franqueza.

Aquel hombre se llamaba Antón de Landu, y era, á más que esposo de una respetadísima dueña y de padre de seis fornidos y terribles hijo-dalgos y de cuatro hermosísimas doncellas, diputado del noble y libre consejo de Vizcaya, que sólo tenía un señor en la forma, puesto que sus verdaderos señores eran sus libertades y sus fueros.

Ningún señor, ni aun los señores de los lugares de behetría, estaba más contenido, más reducido á la nulidad como persona particular, que el señor de Vizcaya: es cierto que era un poderoso señor feudal, y que como los otros señores, sus iguales, tenía la investidura de horca y cuchillo, de pendón y de caldera; pero no podía degollar, ahorcar, atormentar, azotar, enredar, ni empicotar, ni levantar bandera, ni levar ejército, ni declarar la guerra, ni ajustar la paz sino con arreglo al fuero del señorío, admirable fuero, no guardado en pergaminos, sino trasmitido tradicionalmente de generación en generación, grabado indeleblemente en el corazón de los vizcainos y sostenido siempre con una valor heróico.

Si el rey de Castilla tenía vasallos en Vizcaya era uno solo: el señor feudal: señorío trasmitido por herencia, con el concurso de la diputación guardadora de los fueros, diputación omnipotente que no reconocía señor que influyese en sus deliberaciones cuando

ejecutaba el fuero al aire libre, con la sencilla majestad de los tiempos patriarcales, bajo la sombra del venerado arbol de Guernica.

Antón de Landu era, pues, uno de los padres de la patria.

El buen magistrado, en la situación en que le presentamos á nuestros lectores, estaba indudablemente apurado, y sudaba, como suele decirse, la gota tan gorda, no por el calor, que en aquella estación aun no se dejaba sentir en Vizcaya, sino por el contesto de unos pergaminos que volvía y revolvía, y dejaba y trocaba y volvía á tomar y trastocar, y que le tenían confuso, irresoluto, atolondrado en una palabra.

Y como estaba atolondrado, no pensaba de una manera tal que podamos trasmitir sus pensamientos á nuestros lectores, porque eran una verdadera madeja enmarañada, si hablaba no era otra cosa que monosílabos y frases incoherentes y aun así en vascuence, lengua tremenda que se jacta de ser primitiva, y una de las que menos analogías tienen con las demás.

Traducidos aquellos monosílabos y frases, se reducía á: «Esto es grave... sí... ciertamente... ¡oh!... pues no... no puede ser... los fueros... pues, sí... es preciso... ante todo... sí... ante todo... el fuero... el fuero... las libertades... ¡oh! ¡oh!»

Y volvía y revolvía y tornaba á revolver los pergaminos, y cada vez se embrollaba más.

—Francia... Navarra... Castilla... ¡oh! ¡no! nadie,

nadie... en un caso... ¿pero á quién?... ¿cómo?... escluído don Tello...

Antón de Landu se envolvió al fin del todo, arrojó con cólera los pergaminos, se levantó, echando violentamente hacia atrás su sillón de roble que rechinó contra el pavimento de piedra de una manera desapacible, y se puso á andar á grandes pasos por la cámara, que era extensa y amueblada con una sencillez verdaderamente vizcaina.

Y aunque había dejado los papeles, no por eso había dejado de sudar y de pensar, ó por mejor decir, de procurar poner su pensamiento en un punto de vista conveniente, para salir del atolladero en que se encontraba.

—Y bien,—dijo al fin cansado ya de luchar inútilmente:—don Tello está prófugo; el señorío, sin señor; el fuero le acusa... se trata de elegir otro señor... pues bien: la diputación á Guernica y allí... uno no ve lo que ciento: esto es... no sé á qué se ha venido á mí con estas cosas.

Antón de Landu suspendió su monólogo, porque habían resonado graves pasos en la antecámara, y al volverse encontró en la puerta á otro hombre casi de su misma edad, aspecto y traje, salvo que el ropon del recien venido era enteramente azul, y de que asomaba bajo él la contera de una ancha espada.

—Dios te dé muy buenas noches, Antón,—dijo el visitante.

—Bien venido seas, Pedro,—repuso el visitado.

—¿No sabes lo que sucede, Antón?—dijo sentándose sin ceremonia.

—Y tanto como lo sé: don Tello ha huído.

—Sí. Don Tello huye de nuestras leyes, y hace bien en huir: que no se presente entre nosotros, porque sería cosa de pedirle cuenta de Pero de Avendaño. Pero no es eso lo más importante; se teme que venga á apoderarse del señorío el rey de Castilla: hace algún tiempo que gentes de don Pedro recorren el señorío que se introducen en las casas, que prometen...

—¿Y qué prometen?...

—El sostenimiento de los fueros y de las libertades, con tal de que ayude al rey de Castilla en sus guerras.

—Mira,—dijo Antón acercándose á la mesa y mostrándole los pergaminos que tanto le habían hecho sudar, eso mismo promete Francia; eso mismo promete Aragón. Por otra parte, los concejos de Bermeo, Lequeitio, Portugalete, Durango, Balmaseda, todos, todos claman porque se prenda el cuerpo de don Tello y se le juzgue con arreglo al fuero por la muerte de Pedro de Avendaño.

Pedro de Ochandiano miró profundamente y uno por uno aquellos pergaminos.

—Tienen razón, y reclaman segun fuero...—exclamó al fin.

—¿Según fuero? no... han debido reclamar á la dictación y no á mí.

—Eso quiere decir que te han elegido acaso porque te creen el más decidido por los extremos, porque creen que tú harás más que otro y en menos tiempo.

—¡Yo!... pues á la verdad... no sé... nada se me ocurre que hacer.

—Pensemos, pues, con calma,—dijo Ochandiano tomando un pesado sillón y sentándose al par que Antón de Landu ocupaba el suyo;—la fuga de don Tello, y sobre todo, el crímen que ha cometido matando contra fuero á Pedro de Avendaño, requería una determinación pronta y decisiva: es preciso elegir un señor...

—¿Y á quién?...—dijo Landu.—No hay que pensar en un rey: un rey querría tratarnos como á sus otros vasallos y nos haría estar siempre con las armas en las manos, para defender nuestras libertades.

—¿Y á quién hemos de elegir? ¿en dónde encontraremos el derecho?

—En la casa de Lara.

—¡En la casa de Lara! la traición de don Tello la hace imposible.

—Pero á más de doña Juana Núñez de Lara, aun nos queda su hermana doña Isabel.

—¡Su hermana doña Isabel! ¡es decir, que haremos nuestro señor, á ese caballero sin fe, á ese miserable infante don Juan de Aragón!

—Si don Juan de Aragón, no respeta nuestros fueros,—dijo con energía Antón de Landu,—ya sabemos lo que pesan una cerbillera y un hacha de armas.

—Nunca ha sido prudente que los pueblos, confiados en su fuerza, entreguen sus libertades á un hombre ambicioso y tirano... es más conveniente elegir al que más seguridades ofrece de rectitud y de justicia... un pueblo puede ser sorprendido, dominado... y ¡ay! si llega un día en que vea pisados sus derechos y pierda la seguridad de su fuerza... un poder despótico siempre tiende á menoscabar las leyes, á interpretarlas en su provecho, y llega un día en que al fin se sobrepone á ellas: para lograrlo apela á la corrupción... evitemos que la corrupción nos toque... en todo caso, aunque seamos bastante fuertes para no temer á la tiranía, siempre debe evitarse la sangre. ¿Crees tú que la madre que perdiese un hijo en defensa de la patria, no nos acusaría de haber dado motivo con nuestra imprevisión á que la sangre de su hijo se vertiese?... No, de ningún modo: ¡el infante don Juan!... un hombre que ha hecho traición á su hermano, que ha renegado de su madre, que ha puesto á precio á su esposa, no es el hombre á quien pueden aclamar por señor los vizcainos... no, no... de ningún modo.

—Pretendes evitar la guerra, y sino elegimos al infante don Juan, la guerra será necesaria, precisa.

—¡Necesaria! ¡precisa!... ¿y por qué?

—No podemos elegir señor, porque excluida la familia de Lara, nuestro señor es el rey de Castilla.

—¿Y bien, qué mejor señor quieres, Antón.

—¡Nuestro señor don Pedro!

—Sí.

—¡Don Pedro el cruel y el ajusticiador!

—¡Don Pedro el valiente y el justiciero!—exclamó levantándose con energía Ochandiano.

—¡Un hombre, que según nos han dicho los que han venido huyendo de sus iras á ampararse á la sombra de nuestras libertades, acaba de matar á su hermano don Fadrique, y teñido aún con su sangre viene en busca de su otro hermano don Telle!

—¿Y quiénes han sido los que tal nos han dicho?—exclamó Ochandiano sentándose lentamente,—no hay más que verlos; todos tienen el rostro de traidor; ¿y qué era don Fadrique? un miserable como don Telle; ¿qué haríamos nosotros con este si le hubiéramos á las manos? le haríamos morir con arreglo al fuero; si le mata el rey don Pedro no hará otra cosa que satisfacer nuestra justicia.

—El rey don Pedro es violento.

—Cuando se le hostiga.

—El rey don Pedro es sanguinario.

—Con los traidores.

—El rey don Pedro es avaro.

—Necesita dinero para combatir la rebeldía.

—¿Sabes que para vizcaino defiendes con demasiado calor al rey castellano?

—¡Creo, Antón, que no pensarás que cuando le defiendo no pienso en medrar!

—Yo no he dicho eso... ni lo he pensado... pero creo que te equivocas.

—El rey don Pedro ante todo es justiciero... si el rey don Pedro ha dado ejemplo de violencia y de crueldad, le han provocado; entre nosotros no tendrá motivos... además de que el rey don Pedro no pasará de ser nuestro señor, y al fin es mas noble tener un señor que de nadie es vasallo, que otro que al fin es dependiente que tiene que pagar tributo y rendir pleito homenaje, y está sujeto á una influencia superior... ganamos, con un rey, solo tenemos un señor; con un noble solo tenemos dos señores, él y su señor feudal.

—El rey don Pedro, empeñado como está siempre en guerras, nos pedirá servicios.

—El señor de Vizcaya, como su feudatario, está obligado á dárselos.

—El señorío resistirá.

—El señorío le aclamará por sí mismo.

—El señorío ha rechazado ya sus lanzas...

—Entonces era distinto: don Pedro no tenía razón, venía contra fuero.

—Quien contra fuero venía, cuando le abramos las puertas de nuestra casa, contra fuero obrará.

—No obrará porque ya está escarmentado.

—Esto debe meditarse mucho.

—No hay nada que meditar, Antón, porque ésta es la voluntad de Vizcaya.

—Vizcaya se engaña.

—Engáñase en buen hora: pero no tengamos nosotros la pretensión de saber más que un pueblo entero.

—Las locuras de un hombre solo, por perjudiciales que sean, no lo son tanto como las locuras de un pueblo.

—Pero un hombre solo nada puede si un pueblo no le ayuda, y por el contrario, cuando todo un pueblo quiere, arrolla y despedaza á quien se le opone.

—¿Con que es decir que tendremos por señor á un rey?

—Tendremos por señor á un hombre que en sus reinos podrá ser árbitro de la vida y de la muerte de sus vasallos, pero que entre nosotros no será otra cosa que lo que han sido hasta aquí los señores de Vizcaya.

—Hágase la voluntad de Dios.

—Y en todo caso, si el rey quisiese matar nuestras libertades, nuestro suelo nos ayudaría con sus montañas y nuestros hijos con sus brazos, Antón; Vizcaya puede decir sin temor á un rey: sé nuestro señor: porque aunque ese rey sea tan poderoso como Carlo Magno, meditará mucho antes de obligarnos á golpear nuestro viejo escudo y hacer sonar de nuevo la bocina de Roncesvalles.

Apenas había acabado de pronunciar Pedro de Ochandiano estas palabras, cuando resonaron en la calle las pisadas de una cabalgadura, y poco después tres retumbantes golpes producidos por el enorme llamador de la puerta de la casa.

—¿Quién puede ser á estas horas?—dijo Antón de Landu levantándose.

—Alguno de tus hijos que vuelve.

—No, todos mis hijos están en casa; hemos rezado juntos las oraciones de costumbre, y como todas las noches, les he dado mi bendición para separarme de ellos.

—Un hidalgo castellano dice que quiere verte, señor,—dijo un escudero asomando la cabeza á la puerta

—¿Y no le has abierto al momento? ¿desde cuando acá se hace esperar á nuestras puertas á un extranjero?

—Es que como se dice por las plazas que...

—Abre, abre al momento, José, si no quieres que yo te abra los cascos.

El escudero partió como un rehilete.

—El pobre está, como todos, receloso é impaciente, —dijo Ochandiano.

—Eso prueba que los castellanos no son muy bien recibidos por todos.

—Por el contrario, se teme que los castellanos traidores vengan á revolver nuestra casa; pero suenan pasos y espuelas: hé ahí á nuestro hombre.

En efecto, un hombre con traje de camino, empolvado hasta por cima de la gorra, acababa de aparecer en la puerta, y descubriéndose dijo desde ella:

—¿Dan licencia vuestras señorías?

—Aquí no hay más señoría que la señoría de Vizcaya, mancebo,—dijo afablemente Antón de Landu:—

y es tal nuestra señoría, que á todos nos hace iguales; entra, pues; cúbrete, siéntate y dinos francamente á qué vienes.

El invitado adelantó y se cubrió, pero no se sentó.

Era Andrés Corchuelo, en cuyo estado jadeante se notaba que no había dejado de correr sino con muy pocos descansos, desde su salida de Sevilla, y estaba rendido y molido.

—¿Quién de vosotros es,—dijo,—el diputado Antón de Landu?

—Yo soy,—contestó el nombrado.

—Pues bien, Antón de Landu: una alta persona castellana me ha dado para vos estas letras.

—¿Y qué persona es esa?

—No puedo decíroslo... es más, no lo sé... cumplo lo que se me ha mandado, y como debo partir después de haber cumplido mi mensaje, os deseo mucha salud y me vuelvo; guárdeos Dios.

—No, ¡voto á!...—exclamó Landu,—estais cubierto de sudor y de polvo... ¡vah! es necesario descansar... de otro modo el trabajo sería la muerte... ¡Hola! ¡oh! Juan, Cristóbal, aquí.

Se presentaron dos escuderos.

—Es inútil, debo salir al momento de Bilbao, y necesito apresurarme si no he de encontrar cerradas las puertas. Adiós, pues, nobles señores: vosotros que sois tan libres no querais atentar á la libertad de otro hombre. Quedad con Dios.

—Vé, pues, en paz, mancebo; pero ten cuidado de decir, que si no has encontrado hospitalidad en mi casa, es porque no has querido.

—Gracias, gracias, nobles señores... indudablemente valeis más... mucho más que los rico-hombres castellanos... me he detenido más de lo que debía... Adiós.

—El te ayude,—contestó Landu.

Andrés salió acompañado de los dos escuderos; Antón de Landu y Pedro de Ochandiano, quedaron por un momento mirándose con sorpresa.

—Adivinas tú lo que es esto?—dijo el primero dando vueltas al pergamino enrollado que tenía en la mano, y del cual pendía un sello de plomo.

—No, en verdad... pero pronto puedes salir de dudas.

—Ese mancebo que acaba de salir (en efecto se veían en aquel momento las pisadas del caballo de Andrés que se alejaba) tiene el semblante noble y franco: es uno de esos hombres á quienes se ama á primera vista... pero su precipitación:.. lo misterioso de su mensaje... las muestras que traía de haber venido á mata-recin...

—En tu mano tienes salir de dudas, y para que puedas hacerlo con libertad, te dejo.

—¡Cómo dejarme! ¡medrados estamos! cada nuevo pergamino que recibo me causa miedo; á más este tiene pendiente el sello real de Castilla... veamos.

Antón rompió la cera colorada que cerraba el pergamino, y la primera palabra que vió escrita en letras gordas, fué.

«El rey...

—Nos trata ya como sus vasallos,—exclamó roncamente el receloso Landu.

—Sigue, sigue, Antón,—dijo Pedro de Ochandiano: por una palabra no se juzga de un escrito.

Antón de Landu prosiguió:

«El rey don Pedro de Castilla, á sus buenos amigos los diputados de Vizcaya Antón de Landu y Pedro de Ochandiano, su salud y prosperidad.

—¡Oh! ¡oh! también para tí,—exclamó Antón de Landu, á cuyo rostro había subido cierta llamarada de orgullo al verse llamar amigo por aquel terrible rey don Pedro, en el cual no quería tener un señor.

—Ya ves,—dijo gravemente Ochandiano;—el rey don Pedro no puede andar más vizcaino con nosotros nos llama amigos... pero ya que para entrambos es esa carta, sigue leyendo, Antón.

»Bien sabreis, y si no lo sabeis hoy la sabreis mañana, que yo me encamino con algunas lanzas á Vizcaya...

—¡Ira de Dios!—exclamó Landu,—¡oyes! dice que viene con lanzas...

—Sigue, Antón, sigue...

Antón siguió.

»Pero esas lanzas no se enristrarán contra las libe

»tades de Vizcaya: la rebeldía de mis nobles, me »obliga á no salir de mi corte sino rodeado de un ejér- »cito: y aunque bien sé que la lealtad de los viz- »cainos...

—¡La lealtad!—exclamó interrumpiéndose de nuevo el lector.

De nuevo Ochandiano pronunció su flemático: si gue, Antón, y Antón siguió:

»... y aunque bien sé que la lealtad de los vizcainos »es tal que podría andar entre ellos libre y sin armas, »las circunstancias en que se encuentra el señorío, »muerto Pero de Avendaño, licenciadas sus milicias, »fugitivo y acusado su señor, amparados en él una »multitud de rebeldes á mi persona y avecados á la »frontera los aventureros con que don Tello pensaba »esclavizarlos, creo prudente adelantar con mis bue- »nos capitanes y hombres de armas, no como un rey »conquistador, ni aun como vuestro señor, siendo así »que para esto último me asiste un derecho, sino »como un amigo que viene en ayuda de los fueros y »franquicias de sus buenos amigos de Vizcaya.

—¡Bien, bien!—dijo conmovido el noble y sencillo Antón de Landu.

—¿Lo ves, Antón, lo ves?—dijo Ochandiano, cuyo semblante mostraba cada vez una expresión más reservada y cuidadosa.

Landu siguió.

»Creo, pues, que debo entrar al frente de mi ejér-

»cito, pero esto no será si vosotros no queréis; en el »momento en que un solo vizcaino se ponga delante de »mis soldados, mis soldados retrocederán y volverán »á pasar vuestras fronteras.»

—Los vizcainos no rechazarán hoy al rey don Pedro,—murmuró en acento ininteligible Ochandiano,—y esto es un mal... es una infracción de los fueros hecha por la fuerza.

—¿Qué dices, Pedro?

—Nada, digo, Antón; sigue.

»Creo que los vizcainos antes de entregarse de »nuevo á la casa de Lara, casa que tan fatal les ha si»do, preferirán tenerme por señor...

—¡Oh! esto es mucho decir,—exclamó interrumpiendo su lectura Landu.

—Sigue, sigue, Anton,—exclamó ya impaciente Ochandiano,—y acaba de una vez.

»...preferirán tenerme por señor; pero esto se»ría un abuso; un acto ilegítimo; porque el esposo de »doña Juana Nuñez de Lara haya sido un miserable, »indigno de la valiente lealtad de los vizcainos, no »prueba que lo sea del mismo modo, por más que se »puedan tener grandes y fundados recelos, el infante »don Juan de Aragón, esposo de doña Isabel Nuñez »de Lara, á quien por exclusión de don Tello, como »hermana menor de doña Juana, corresponde de de»recho el señorío. Así, pues, atendiendo á que un »pueblo debe ser justo, si quiere ser gobernado en

»justicia; atendiendo á la inviolabilidad de vuestros »fueros y á las razones que militan en pro de doña »Isabel Nuñez de Lara, espero que apurareis toda »vuestra influencia para que don Juan de Aragón sea »aclamado señor de Vizcaya por el derecho de su es»posa. No os den cuidado los vicios, las infamias y los »crímenes del infante; esos crímenes le han puesto »bajo nuestra justicia; por ser vuestro señor no déja »de ser vuestro vasallo, y la justicia se cumplirá, y »muy pronto. Entonces os quedará por señora doña »Isabel, y caso de que vuestros fueros, de que no es»toy muy enterado, se opongan á que seais regidos por »una mujer, yo daré á doña Isabel marido tal, que no »tengais por qué quejaros; antes bien os deis por con»tentos y satisfechos. Esto espero que hagais por mi »meditación; de no hacerlo, tened en cuenta que apo»yaré con todas mis fuerzas los derechos de doña Isa»bel Nuñez de Lara, mi noble prima y os trataré como »tratarse debe á un pueblo rebelde. Otrosí; guardad »un profundo silencio acerca de lo que os escribo, y »ni aun á mí mismo, entendedlo bien, hagais relación »de este escrito, porque lo tomaría á desservicio y ten»dría el sentimiento de retiraros mi amistad; pero »obrad como os digo que obreis: haced gritar al pue»blo debajo de mis balcones por doña Isabel Nuñez de »Lara, y tened en cuenta que, cuando tal os ruego »que hagais, os pensando solo en vuestra prosperidad »y en vuestras libertades. Guardeos Dios. De mis

»reales alcázares de Sevilla á veinte y nueve días del »mes de mayo, año del nacimiento de Nuestro Señor »Jesucristo de mil trescientos y cincuenta y ocho »años.—Yo el rey.—Yo Mateos Ferrández, escriba»no de cámara del rey mi señor, la refrendé por su »mandado.»

—Dame, dame, Antón,—dijo Ochandiano.

Landu le entregó la cédula.

—No está escrita de mano del rey,—dijo Pedro de Ochandiano; y sin embargo, esta es su firma, este su sello; esta la firma de Mateos Ferrández, y éste, sin disputa el sello de la cancillería... he visto esto muchas veces en cartas y cédulas del rey dirigidas á la señoría de Vizcaya... y ¿cómo el rey ha podido hacer refrendar y signar una carta particular, secreta?

—¡Oh! eso es muy sencillo: el rey tendrá pergaminos en blanco autorizados para casos urgentes ó secretos.

—Y si esto es tan secreto, ¿cómo no está escrita toda la carta de puño del rey?...

—¡Oh! quién sabe: tales secretarios de confianza puede tener...

—Sí, es cierto... pero...

—Y luego el rey nos ha aconsejado lo mismo que yo te decía... ante todo la legitimidad, lo justo... después, si el rey certa ó magulla la cabeza al infante don Juan, y casa con otro á la doña Isabel... sí, sí... el rey y yo pensamos del mismo modo.

—Pues bien, pensemos así todos... al cabo todo se reducirá á que se vierta alguna sangre.

—Mis hijos saldrán mañana con cartas mías para Durango, Balmaseda, Lequeitio, Bermeo y Marquina: tú encárgate de Bilbao.

—Sí, sí; ello en fin nada se arriesga más que lo que se arriesgaría de otro modo, y en fin, el rey sabe sin duda lo que hace. Quedamos pues...

—Por supuesto: doña Isabel será aclamada y en su nombre el infante don Juan.

—Adios, Antón.

—Adios, Pedro.

Ochandiano salió, y poco después se oyó la puerta de la casa que se cerraba.

Antón de Landu recogió, en tanto, cuidadosamente los pergaminos, los guardó en un macizo y robusto armario, y se encaminó á su alcoba.

—¡Vive Dios!—dijo bostezando y empezando á desnudarse que me han quitado un horrible peso de encima... sí, sí... yo pensaba bien... y una prueba de ello es que el rey de Castilla piensa como yo.

Y después de esto se metió en la cama, rezó algunas oraciones, y antes de concluirlas se durmió.

CAPITULO II

De cómo los vizcainos eligieron por su señor al rey de Castilla

Siete días bastaron á don Pedro para llegar desde Sevilla á Aguilar de Campo, en el reino de Leon, donde sabía que estaba don Telle, á la vista de Vizcaya, esperando á que calmase la irritación de los ánimos exasperados por la muerte de Avendaño, y volver de nuevo á su señorío armado de razones ó de influencias para disculpar aquel asesinato, que tan irritados contra su señor tenía á los vizcainos.

Una rapidez tal como la que había demostrado en su marcha el rey, era maravillosa para aquellos tiempos: esto representaba marchas apresuradas y continuas, sin dilación ni repose; porque no puede suponerse que hubiese caballos de refresco para el rey, su servidumbre y sus lanzas como los hubo para Andrés Cerchuelo.

Don Pedro contaba con esta celeridad para sorprender á su hermano don Tello, de que hacía mucho tiempo ansiaba deshacerse. Don Pedro no se creía seguro sino cuando no existiese ningún hijo de doña Leonor de Guzmán, ningún infante, nieto del rey don Alonso de Portugal, nadie que pudiera buenamente en un caso dado alegar un derecho á la corona de Castilla. La muerte del maestre Santiago no había sido, pues más que el principio de un plan meditado largo tiempo antes, en el que encontraban por igual el recelo y la venganza. El único pensamiento de don Pedro desde que pudo ver su situación y la de sus vasallos desde su verdadero punto de vista, fué el de cimentar el poder del despotismo real, sobre el polvo del poder feudal. De aquí lo terrible de sus ejecuciones, de aquí sus actos restrictivos, de aquí la velocidad con que corría en busca de don Tello.

Don Pedro tenía por seguro haber á las manos á don Tello; pero no había contado con un poder que se levanta de una manera fatal delante del plan mejor combinado y le destruye: esto es con una eventualidad, con un acaso.

Un acaso hizo que al entrar en la villa de Aguilar don Pedro, le conociese un escudero de don Tello: el leal servidor corrió á prevenir á su amo que sin detenerse un momento, saltó en un caballo, salió de la villa por un extremo á tiempo que el rey entraba por otro, y huyó, hundiendo las espuelas en los flancos de

su caballo, suelta la rienda, aquejado por un terror pánico.

Receloso de Bilbao don Tello, se encaminó á Bermeo, compró á un pescador, se metió en una barca y solo pensó en poner el mar entre su hermano y él. Don Pedro llegó poco después á Bermeo, entró en un buque y dió caza á don Tello hasta la altura de Lequeitio, donde los vientos contrarios le obligaron á abandonar, rugiendo de cólera, el alcance de su enemigo, que no se creyó seguro hasta que pisó las playas de Bayona.

Ni siquiera había intentado sublevar en nombre de los fueros aquel señorío que dos años antes había rechazado victoriosamente el estandarte real, y que ahora sin desnudar una espada dejaba entrar al rey don Pedro á la cabeza de un ejército.

Aquellos audaces montañeses, indispuestos con don Tello por la muerte de Avendaño, el hombre más popular de su tiempo vieron con placer á un rey que se presentaba como vengador de aquel delito.

El rey cuidó de no alarmar el susceptible espíritu de independencia de los vizcainos; hablóles con el más profundo respeto de sus fueros; decíales que solo había ido á libertarles de un señor odioso, y que dejaba en entera libertad á la diputación del señorío de elegir uno nuevo.

Político consumado ya por la experiencia don Pedro, necesitó pocos esfuerzos para apoderarse del áni-

no de los vizcainos y entusiasmarlos en su favor. Su juventud; su carácter, tan simpático unas veces, como sus odioso y terrible otras; su energía, su valor, ganaron la confianza de los vizcainos, y ya no se pensaba por nadie en otro señor que en el rey de Castilla.

Esto, que no pasaba desapercibido á los ojos del infante don Juan, le tenía constituído en un disgusto y en una zozobra contínuas; engañado por las promesas del rey, empezando á desconfiar de ellas, instaba al rey contínuamente, para que le pusiese en posesión del señorío haciendo valer sus derechos ante los vizcainos.

Seguro el rey del éxito, para dar una muestra de su protección, convocó perentoriamente á la diputación de Vizcaya que pocos días después se reunió, según costumbre, al aire libre bajo el árbol de Guernica, para elegir señor.

El mismo rey acompañado del infante don Juan, de Hinestrosa, de Pero Lope de Padilla y de Men Rodrígues de Sanabria, asistió á la asamblea; diez mil personas estaban agrupadas alrededor del sagrado árbol á cuya sombra, investidos con la soberanía nacional, deliberaban los diputados.

El rey tomó la palabra, y en un largo discurso, cuidadosamente estudiado, les recordó, reconociendo primero la absoluta independencia de la asamblea, la dominación de la casa de Lara, desde Lope de Zuria, nobilísimo caballero, descendiente de los reyes de Es-

cecia, que habiendo defendido heróicamente la independencia de los vizcainos en el siglo IX, venciendo en Arrigorriaga el ejército del rey de León, don Alonso Tercero el grande, mandado por su hijo el infante don Ordoño, fué elegido señor por voto libre de Vizcaya en 862, continuando su raza en la posesión del señorío, hasta doña Juana de Lara, que acababa de ser destituída; representólos que doña Isabel, su hermana, tenía un derecho incontestable, como descendiente en igual línea del dicho Lope de Zuria, y acabó proponiéndoles por señor al infante don Juan de Aragón, esposo de doña Isabel Núñez de Lara.

Mientras el rey habló, dominó el más profundo silencio, hasta que, esforzando su voz don Pedro para ser oido de todos, dijo:

—¡Vizcainos! ¿Quereis por vuestro señor á don Juan, infante de Aragón, por el derecho de su esposa doña Isabel Nuñez de Lara?

Entonces se levantó un verdadero alarido, imponente y amenazador lanzado por diez mil bocas:

—¡No! ¡no!—exclamaron en un grito unánime;—¡no más Laras! ¡Ni ahora, ni después, ni nunca queremos otro señor que el rey de Castilla! ¡viva don Pedro! nuestro señor! ¡viva!

—¡Vizcaya te aclama su señor, rey de Castilla! exclama la diputación á una voz.

—¡Viva nuestro señor, don Pedro de Castilla! —repitió de nuevo y con más fuerza la multitud, el se-

fierle entero, agrupado alrededor del árbol de Guernica.

Esta aclamación expontánea no era otra que la expresión del buen sentido y del orgullo de los vizcainos: ya que les era preciso tener un señor, querían que no fuese vasallo de nadie.

Don Pedro, sin aceptar ni rehusar, agradeció á los vizcainos el homenaje que le rendían y que, según su expresión, estaba muy lejos de esperar. Y como al retirarse el infante hiciese al rey cargos por ello, don Pedro le dijo:

—Primo: ya habeis visto que he estado hablando una hora en favor de vuestros derechos, lo que no acostumbro, porque aborrezco los discursos largos: habeis visto también que yo no he aceptado ni soltado palabra ni prenda, por la cual estos montañeses puedan tenerme por su señor: además, la diputación ha sido reunida muy perentoriamente, por daros gusto y han faltado algunos concejos, entre ellos el de Bilbao: vamos ahora allá y me prometo hacerme entender mejor de los balbainos.

Don Juan, aunque perdida la esperanza, hubo de aceptar la disculpa del rey y aquel mismo día partieron para Bilbao.

Don Pedro, por la voluntad nacional, era ya legítimo señor de Vizcaya, y solo le faltaba para recibir su investidura, jurar los fueros y libertades del país.

CAPÍTULO III

De como acabaron los amores del infante don Juan.

Solo quince días habían pasado desde la muerte de don Fadrique y seis desde la fuga de don Tello, y ya don Pedro, sin haber desnudado la espada, era señor de Vizcaya.

Corría el 13 de Junio de 1358; era por la mañana y el rey se entretenía, jugando á las tablas, con Men Rodríguez de Sanabria, en una cámara del palacio señorial, en que le habían aposentado en Bilbao.

Aquella cámara, magnífica y extensa, con paredes ricamente entapizadas y techo dorado de ensambladura del gusto bizantino, solo tenía dos puertas y un gran balcón con balaustrada de mármol, que daba sobre la plaza de San Anton. Al frente de este balcón se veía el puente de San Anton; que ponía en comunicación, salvando la ría, al nuevo Bilbao con Bilbao-la-

vieja; en el costado de la derecha se alzaba la casa del concejo, y en el de la izquierda la iglesia de San Anton.

Desde muy temprano, par el puente, por las boca-calles, por todas las avenidas de la plaza, había fluído y refluído una multitud ruidosa é inquieta; don Pedro había mirado con prevención aquel movimiento, había mandado á Gutier Ferrández de Toledo que tuviese apercibidas sus lanzas, y á Hinestrosa que no perdiese un momento de vista al infante don Juan.

Y no era esto sin fundamento, los espías de que siempre iba prevenido, personas oscuras, que en todas partes entraban, que todo lo escuchaban, hasta lo más indiferente, le avisaron de que Bilbao entero estaba de parte del heredero de doña Isabel Nuñez de Lara; que se hablaba desembozadamente de ello en las tabernas, en las casas y hasta en las calles, y que se protestaba de la elección de la junta de Guernica.

Esto no significaba otra cosa sino que Anton de Landu y Pedro de Ochandiano, creyendo cumplir las instrucciones del rey, habían influido de una manera poderosa en las masas.

Don Pedro que, como saben nuestros lectores, no tenía noticia de tales instrucciones, atribuyó el estado de las cosas á amaños del infante don Juan: y pensando prudentemente no podía ser de otro modo; los acontecimientos habían venido á confirmar el dicho de sus escuchas del rey, y aquellas masas, que como una verdadera marea, en continuo flujo y reflujo venían á

agitarse delante del alcázar, dejaban oir un sordo murmullo en que no era difícil de percibir el nombre de doña Isabel y de don Juan.

Esto tenía al rey inquieto, taciturno y abstraido de tal modo, que cometía torpezas imperdonables en el juego, hasta el punto de verse apurado Men Rodriguez para no ganar al rey.

—Decididamente, Sanabria,—dijo al fin don Pedro: no estoy para jugar: conozco los esfuerzos que haces para no ganarme: te me pones delante de una manera desembozada: dejémoslo por ahora.

—Como quiera vuestra señoría.

—Sí, sí, más tarde continuaremos: ve á buscar á Hinestrosa.

Men Rodriguez salió, y el rey se acercó al balcón miró á la plaza por entre los tapices: la plaza hervía de gente: era un mar de cabezas sobre el que se oía un murmullo sordo como el del oleaje antes de la tormenta.

—¡Ah! ¡ah! ¿con que esas tenemos señores vizcainos? ¿con que es decir que vosotros que teneis fama de tan firmes y tan graves, sois como todos los pueblos: esto es, veletas que se vuelven en la dirección del aire que corre? ¡hola! ¡hola! pues bien; si ahora sopla la influencia de don Juan, veremos como esa influencia se sostiene... al cabo, al cabo mis escuadrones y mis ballesteros son un viento tan bueno como cualquier otro... cuidad no me canse y rompiendo por todo

ponga la maza sangrienta de mi bravo Juan Diente sobre vuestros fueros hechos trizas: los fueros de las ciudades y de las villas, son ni más ni menos que los de la nobleza, otros tantos girones arrancados á la púrpura real: ¡oh! ¡oh! ¡y si nosotros no recomendamos enteramente nuestra púrpura, es porque aun nos contenemos ante el pueblo... pero que el pueblo no siga las huellas de los ricos-hombres... porque entonces llenaremos de fruto las hercas y las picotas señoriales.

Don Pedro calló y lanzó una larga y profunda mirada sobre la multitud que se estrechaba cada vez más contra el palacio.

—¡Oh! no tienen armas,—dijo;—pero no importa: esta es una verdadera sedición: una rebeldía, porque al fin el señorío, representado por su diputación, me ha elegido señor.

En aquel momento, fuese que hubiese crecido el concurso, fuese que empezase á impacientarse, empezaron á oirse distintamente voces de:

—¡Que nos den nuestro señor!

—¡Viva el infante don Juan!

—¡Viva doña Isabel Nuñez de Lara!...

Y crecían las voces y con ellas la cólera del rey.

—¿Sabes que significa esto? —dijo dirigiéndose á Hinestrosa que acababa de entrar en la cámara con Men Rodríguez.

—Esto significa, señor,—dijo Juan Fernández de Hinestrosa, que Anton de Landu y Pedro de Ochan-

diano, los dos ciudadanos más ricos de Vizcaya, han tomado por su cuenta, según me han dicho, hacer que el infante don Juan sea señor de Vizcaya.

—¡Oh! ¡oh! pues no han pensado mal: oye Hinestrosa, manda á avisar á esos dos poderosos señores, que yo deseo verlos al momento y que los espero. Oye: además vete á la posada del infante don Juan y tráetelo contigo: ¡hola! ¡eh! ¡Gutier Ferrández!

Al llamamiento del rey entró el guarda mayor de los escuderos hidalgos.

—¿Qué esperas Hinestrosa?—exclamó don Pedro con cólera...—vé y haz lo que te he mandado; necesito salir pronto de este asunto (Hinestrosa salió): tú Gutierre,—añadió el rey,—ármate, ponte al frente de mis escuadrones en el patio, y espera por si es necesario dar una arremetida á esos buenos voceadores montañeses. Vé. (Gutierre salió). Y tú, Sanabria, haz venir á mis ballesteros y á mi corte; hazles esperar en la antecámara y vuelve.

El rey quedó de nuevo solo, y volvió á ponerse en observación tras los tapices; la multitud seguía rugiendo y agrupándose contra el palacio; de repente, allá al fondo de la plaza, notóse una ondulacion inmensa, y sobre las cabezas de la multitud, apareció un ginete á quien seguían otros cuatro. La expresión de una alegría singular, *sui generi*, alegria terrible que hubiera causado espanto al hombre más feroz, apareció en el semblante del rey.

—Es Juan Diente,—murmuró con voz opaca.

En efecto era Juan Diente, que, cubierto con la cota de armas del rey, y seguido de cuatro ginetes, adelantaba lentamente entre las masas, diciendo de tiempo en tiempo.

—Paso, hidalgos, pase: su señoría el rey me espera.

Aquel «*su señoría el rey,*» á que no estaban acostumbrados los vizcainos, les sonaba tan mal, que el bravo ballestero se veía obligado á oir irreverentes murmullos, que le hacían á su vez murmurar:

—¡Ah! ¡mal rebaño de cabras monteses! ¡vuestra soltura vendrá á parar algun día en estrechura! ¡ira de Dios! ¡no quereis rey! ¡cuidad qué huyéndole, no os dé el diablo con un rey en las narices!

Por de contado que Juan Diente pronunciaba entre los suyos sus murmuraciones realistas, que á ser oidas, le hubieran producido una réplica tal que no hubiera quedado en situación de hacer más justicias.

Esto lo conocía perfectamente el ballestero, y como la valentía no esculye á la prudencia, callaba, peró no sin murmurar por ello y sin mostrar el semblante más ferez y contrariado del mundo.

Y así, adelantando lentamente y escitando de buena manera á los bilbaines á que le hiciesen paso, llegó al fin á la puerta del palacio, de la cual á pesar de estar abierta y sin guarda armada, no había pasado un solo hombre. La plaza era suya y la ocupaban; pero

respetaban el terreno de propiedad particular, con ese admirable respeto á la ley que siempre ha distinguido á los vascongados.

Juan Diente echó pie á tierra, entregó las bridas á uno de los jinetes que también habían desmontado, y tomando de la grupa de su caballo una caja negra que estaba sujeta por unas correas, adelantó con ella por el ancho zaguan, subió las escaleras, y poco después estaba con la misteriosa caja delante del rey.

—¿Has cumplido mis órdenes?—le dijo don Pedro.

—Si señor,—contestó el ballestero.

—Pronto, muy pronto has concluido.

—Nueve días para llegar, señor, dos para ejecutar y cuatro para venir.

—¿Todos?

—¡Todos! he aquí la lista, señor, certificada por los señores alcaldes de la Casa y Córte de Salamanca.

—¿Y qué traes en esa caja?

El ballestero la puso sobre la mesa, la abrió y con la tapa levantada la presentó al rey.

Contenía dos cabezas humanas ameratadas, lívidas, alcanforadas, según la manera de los árabes, colocadas, como un estuche, y con los semblantes para arriba.

Don Pedro arrojó una mirada fría impasible sobre las cabezas; y exclamó con acento natural, como sino se tratara de un asunto tan terrible.

—¡Bien, muy bien! hace mucho tiempo que debíais

estar así Alfonso Tenorio, Lope de Bendaña; hubiéramos escusado, vosotros muchas traiciones y yo mucha impaciencia, mucha cólera. Gracias, mi buen Juan, muchas gracias.

El ballestero cerró la caja.

—¿Me manda vuestra señoría alguna cosa?

—Sí; sí por cierto, que te mande; por muy cansado que estés, con más gusto descansarás si más te cansas; (el rey escribía entretanto) toma, y obedece lo que ahí está escrito.

Juan Diente deletreó el pergamino, y dijo:

—Muy bien señor.

—Vete.

Juan Diente salió, y al salir se cruzó con Men Rodríguez, que entraba, y le saludó con en afectuoso respeto; el joven devolvió, sin violencia, su saludo al ballestero.

—¿Están ahí todos, Sanabria?—dijo el rey que había vuelto á mirar á la plaba desde los tapices.

—Sí señor,—contestó Men Rodríguez.

—Pues hé allí que por el puente de San Anton vienen á caballo los dos graves diputados Landu y Ochandiano... ¡ah! ¡ah! y por la parte de la iglesia el infante don Juan con su servidumbre, acompañado de Hinestrosa... ¡Diablo, y cómo gritan esos desalmados!

Y en verdad los bilbainos al ver al infante gritaban á grito herido:

—¡Viva nuestro señor don Juan de Aragón!

Y el infante rebosándole el gozo por el semblante, adelantaba lentamente como en una marcha triunfal, y saludaba á la multitud, agitando á derecha é izquierda su rica gorra.

Él, Hinestrosa y los cuatro escuderos que le acompañaban, invirtieron un cuarto de hora largo en atravesar la plaza, en cuyo tiempo, el pensamiento del rey tuvo espacio bastante para ponerse negro en fuerza de sombrío; cuando llegaron á la puerta del palacio, don Pedro se volvió á Men Rodríguez.

—Haz entrar á mi servidumbre.

Sanabria fué á la puerta, y dijo:

—Señores, su señoría el rey recibe.

Inmediatamente entró la escasa servidumbre que había traido el rey, compuesta de los de más confianza de su cámara; apenas llegaban á diez que se agruparon en silencio en un ángulo:

—Juan de Ontiveros,—dijo el rey,—llega.

Uno de los caballeros se acercó á don Pedro, que le habló rápidamente al oído, despues de lo cual Ontiveros volvió con los otros, y les habló también.

—Sanabria,—dijo el rey,—sigamos nuestra partida.

Generalmente el rey, cuando estaba próximo algún grave acontecimiento, apelaba á las tablas, su juego favorito, para disimular su impaciencia.

Sentóse el rey, y quedando Men Rodríguez de pie al otro lado de la mesa, empezaron el juego; los caballeros cuchichéaban desde su puesto.

Poco después, un camarero anunció á los diputados de Vizcaya Antón de Landu y Pedro de Ochandiano.

—¿Nos has mandado llamar, rey de Castilla?—dijo con su ruda franqueza Antón de Landu.

—Sí, mis buenos amigos,—contestó el rey sin levantar la vista del tablero y haciendo al mismo tiempo pe una jugada,—os he mandado llamar para que dais certificar como testigos de lo que aquí va á suceder.

Y sin hacer más cuenta de los dos diputados siguió en el juego.

Transcurrió un corto espacio y el mismo camarero anunció al infante don Juan, que dejando fuera sus escuderos por etiqueta, entró acompañado de Juan Fernández de Hinestrosa.

—Guarde Dios á vuestra señoría,—dijo con acento alegre el infante.

—Dios os guarde, primo,—contestó el rey,—permitidme un momento; este buen Sanabria se ha hecho tan jugador que me pone en estrecho... pues no... no sé por dónde voy á salir... esto es cosa perdida.

Estaba tan acostumbrado el infante á estas estravagancias del rey, que, sin reparar en ello, y como su alegría le hacía comunicativo, se acercó á los caballeros de la servidumbre que palidecieron al acercárseles don Juan.

El infante iba cubierto de brocados, y, como para dar una muestra de confianza á los vizcainos, había

atravesado entre ellos sin más armas que una pequeña, pero preciosa daga de corte.

Después de haber cambiado algunas palabras con la alta servidumbre, Ontiveros se acercó á él y tomándole como en confianza la daga le dijo:

—¡Por mi vida que nunca he visto una tan rica alhaja!

—¡Os agrada!—exclamó don Juan que estaba de gracias:—quedaos pues con ella...

—¡Cómo señor!

—Quedaos... solamente es de sentir el poco valor de la prenda...

—Siendo vuestra, señor...

—Guardadla, pues, y no hablemos más de ello.

Don Pedro que no había perdido una acción ni una palabra, aunque parecía enteramente absorto con el juego, fuese por acaso ó por intención, al ver desarmado á don Juan, exclamó con acento colérico:

—Lo dije... era preciso un milagro para no perder... no puedo descuidarme contigo, Sanabria.

El infante y todos se volvieron hacia el rey escitados por aquel incidente.

—Empecemos otra partida, y veamos si soy tan desgraciado en ella como en la anterior. Entretanto, primo don Juan, salid al balcón y calmad la impaciencia de los buenos vizcainos que os aclaman. Decidles que pronto, muy pronto, les daremos señor...

El infante comprendió de una manera favorable

las palabras del rey, se encaminó al balcón, abrió los tapices y se avanzó á la balaustrada.

El rey detuvo su juego y miró de una manera sombría que hizo extremecerse á todos los que estaban en la cámara, al infante don Juan que no podía verle porque estaba vuelto de espaldas, y harto distraido con las aclamaciones de que era objeto.

El infante hizo ademán de hablar, y todos callaron. Al ruido interior sucedió un silencio tan profundo como si no hubiera nadie en la plaza.

—¡Gracias! ¡gracias en nombre de mi esposa, cuyos legítimos derechos defendeis; buenos y nobles vizcainos! —dijo el infante don Juan,—yo os demostraré gobernándoos en justicia, que sé apreciar el valor con que defendeis vuestra independencia y vuestros fueros.

—¡Qué hablais de lealtad, ni de fueros, ni de independencia, infante don Juan de Aragón! —exclamó el rey, con ambas manos puestas sobre la mesa avanzando el cuerpo y la cabeza lívida y colérica, vuelta hácia don Juan.

El infante se volvió y palideció al ver el fatal aspecto del semblante del rey.

—Entrad, entrad, ¡vive Dios! infante, —exclamó dominando la cólera el rey, —y no digais más sandeces.

—¡Como señor! ¿pues no me habeis mandado...?

—Os he mandado que digais á mi señorío de Vizcaya que pronto le presentaríamos su señor.

—¡Vuestro señorío! —exclamó aterrado el infante.

fante, fué á ampararse de Juan Fernández de Hinestrosa que le puso al pecho la punta de su espada; los ballesteros entonces, se arrojaron sobre él y le acabaron de matar.

—¿Qué ferocidad es esta?—exclamó adelantando hácia el rey en medio del terror general Antón de Landu, con una valentía que podía llamarse temeridad.

—Esto es hacer justicia,—respondió el rey:—¡ah! ¡ah! ¡vosotros no conoceis la manera de hacer justicia del rey don Pedro! pues bien: atended, porque aún no he concluido: ¡hola, ballesteros! asid del infante, y una vez que los buenos ciudadanos de Bilbao tienen tantos deseos de verle, arrojadle en medio, á fin de que se satisfagan.

Juan Diente y Gonzalo Recio asieron del cadáver, fueron al balcón, al que ya les había precedido el rey, y arrojaron el cadáver á la plaza en tanto que el rey gritaba en medio del silencio general:

—¡Vizcainos! ¡ahí teneis al que pretendía ser vuestro señor!

El cadáver cayó pesadamente en medio de la multitud, en la que algunos se vieron obligados á abrir rápidamente un estrecho espacio para evitar el golpe, espacio que vino á ser para el infante una especie de sepultura abierta por su malhadada popularidad.

Inmediatamente el rey después de haber abarcado con una sombría mirada á la multitud, se apartó del balcón: entró en la cámara y dijo á sus cortesanos:

—Salid.

Todos salieron, y como Landu y Ochandiano les siguiesen, el rey les dijo:

—No, vosotros no, mis buenos amigos: quedaos necesito hablar algún tiempo con vosotros.

—A pesar de que en el acento de don Pedro vibraba el furor mal contenido, los dos diputados se volvieron sin muestras de turbación ni de miedo.

El rey cerró la puerta de la cámara y les dijo:

—Tomad asientos.

Los dos diputados, en silencio, tomaron dos escabeles, los colocaron á uno y á otro lado del sillón, que ya ocupaba el rey, y se sentaron.

—Creo,—dijo don Pedro,—dominando lo convulsivo de su voz, que nunca he tenido delante dos más valientes y leales vasallos.

Antón de Landu hizo un movimiento.

—No os extrañe el que os llame vasallos, amigos mios; puesto que si bien solo soy vuestro señor por vuestra libre voluntad, no por eso es ménos cierto que tengo sobre vosotros señoría: en cuanto á lo de que sois valientes y leales, me lo demuestra la tranquilidad con que estais delante de mí, después de haber visto lo que acabo de hacer con don Juan de Aragón, y la manera descubierta con que habéis influido en que el pueblo de Bilbao grite en favor del infante: de seguro, vosotros habréis querido servirme: estoy seguro de ello: los traidores que á todas partes me siguen, son

demasiado astutos y experimentados para no haber abusado de vuestra noble credulidad. Estoy viendo en tu semblante, Anton de Landu, muestras indudables de que no me engaño; estás reventando por hablar... pues bien, habla.

—Es que no puedo hablar,—dijo gravemente Landu.

—¡Que no puedes hablar...! ¿has prometido acaso?...

—Nada he prometido, pero se ha contado con mi honor, y mi honor jamás faltará á las esperanzas de quien en él confie.

—Pero no puede invocarse al honor, cuando se trata de amaños... amaños que no podían ser tolerables, sino cuando yo os hubiera dicho: haced esto...

—Recuerda, rey don Pedro,—exclamó profundamente Ochandiano,—recuerda tus hechos, y si nos has tomado por instrumentos de una venganza, has obrado mal... muy mal... yo te lo digo...

El rey se alzó, irritado y receloso...

—¿Qué quereis decir de que yo os he tomado por instrumentos de una venganza?... ¿pretendereis acaso el que yo os haya mandado que levanteis á Bilbao en favor del infante don Juan? ¿acaso alguno de los de mi servidumbre os ha sorprendido...? ¡hablad, vive Dios, hablad, porque yo veo aquí un misterio tenebroso que necesito esclarecer...! ¡hablad, yo os lo mando... yo os lo ruego!

—Ninguno de tus servidores ha hablado con nosotros,—dijo Landu.

—¿Y no recuerdas, rey don Pedro,—dijo Ochandiano, mirando profundamente al rey,—haberte puesto en comunicación con nosotros?

—No,—contestó el rey,—yo he venido á Vizcaya, porque Vizcaya estaba sin señor; yo he aceptado el señorío, porque Vizcaya entera me ha aclamado; y cuando he visto á los habitantes de Bilbao aclamando á grito herido á don Juan de Aragón por el derecho de doña Isabel Nuñez de Lara, he pensado que solo una traición podía haber hecho tanto.

—¿Y estás seguro, don Pedro, de que nos hayan sorprendido traidores?—dijo Landu.

—Sí, sí; á no ser que vosotros hayais sido traidores al fuero, oponiéndoos á lo determinado por la diputación.

—¡Traidores nosotros!—exclamó Pedro de Ochandiano,—no; los traidores están en tu corte, en tu cancillería, en Castilla... entre nosotros, no.

—¿Qué hablais de cancillería?—preguntó don Pedro en cuya cabeza brotó una sospecha.

—Dame esa cédula, Antón, dámela;—dijo Pedro de Ochandiano,—si él la ha escrito y nos la ha enviado, si es que quiere disimular con nosotros; y cegarnos, sabrá que le hemos ayudado noblemente... si este escrito es falso, podrá buscar á los traidores que así usan de su poder real.

—Dadme, dadme;—exclamó el rey, arrebatando á

Antón de Landa, la cédula que algunos días antes le había entregado Andrés Cerchuelo y que acababa de sacar de su escarcela.

Al ver un pergamino enrollado, y pendiente de él el sello real, las sospechas del rey se confirmaron, se dominó, desenrolló lentamente el pergamino y le leyó. Ni una contracción, ni un movimiento, pudieron revelar á los dos diputados la terrible cólera que la lectura de aquella cédula causaba al rey; por el contrario cuando hubo acabado de leerla la enrolló, la puso en su cinturón, y dijo sonriendo á los dos diputados:

—Bien sabía yo que podía confiar en vosotros... y os doy gracias por vuestra solicitud en servirme... era necesario deshacerse de cualquier modo del infante, y ayudándome á ello, me habeis ayudado á hacer justicia; gracias, amigos míos, gracias... nunca olvidaré el afecto que me habeis mostrado y os recompensaré.

Anton de Landa miró asombrado á Pedro de Ochandiano que guardaba una prudente reserva.

—Ahora bien,—dijo el rey,—es necesario que completeis vuestra obra, haciendo comprender á los bilbainos, que matando á un hombre que se atrevía á llamarse su señor y promovía sediciones, hemos obrado con el fuero en la mano... id... id, amigos míos, y antes de que parta de Vizcaya, que será muy en breve, volvedme á ver.

El rey fué á la puerta de la cámara y la abrió; los dos diputados salieron.

—¡Oh! ¡oh!—exclamó Landu... no me gusta la doblez de ese rey... no ha cesado hasta que nos ha arrancado esa cédula... y esto me ha ofendido... ¿acaso no estaba segura en mis manos?

—¿Quién sabe lo que es esto, Antón?—murmuró Ochandiano:—el rey disimula, y creo...

—¡Que es falsa la cédula!

—Creo que el rey hará muy bien en seguir matando, hasta que no quede en sus reinos un solo noble con bandera.

Después de estas palabras, los diputados callaron y salieron del palacio señorial.

Apenas quedó solo el rey, desenrolló de nuevo el pergamino, le leyó y le volvió á leer, y libre de miradas extrañas, exhaló toda su cólera, toda su ferocidad.

—¡Hola!—dijo al fin llamando:—haced venir á Men Rodríguez de Sanabria y Juan Fernández de Hinestrosa.

Poco después estaban allí los dos favoritos: el rey había guardado el pergamino en su escarcela y se paseaba agitado.

—Escucha, Hinestrosa,—dijo:—monta al momento á caballo; llévate contigo algunas lanzas y á Rea.

—¿Y qué he de hacer en Rea?

—En Rea habita la reina viuda doña Leonor de Aragón, madre del infante don Juan: es necesario impedir por el momento que llegue á su noticia la muerte de su hijo... vé: métela en una litera, y sin permi-

tir que nadie la hable, llévala á Castrojeriz; yo te enviaré allá uno de mis ballesteros, para avisarte lo que has de hacer... pero al momento, al momento.

—Al momento, señor, pero...

—Pero qué...

—El señor Men Rodríguez podría...

—El señor Men Rodríguez le necesito para otro asunto. Vé.

—Guárdeos Dios, señor.

Hinestrosa salió.

—Y tú, Sanabria,—continuó el rey,—también á caballo y á Sevilla.

—¿Y qué he de hacer en Sevilla, señor?

—Prender á doña Isabel Nuñez de Lara, y llevarla al alcázar de Jérez á que haga compañía á doña Blanca de Borbón.

—La prenderé, señor,—dijo Men Rodríguez, ahogando un gemido y poniéndose pálido como un difunto.

—Bien, sí; es preciso: yo te recompensaré esta prisión, Sanabria, mas que te he recompensado hasta ahora.

—¡Ah, señor!

—Doña Isabel es nieta, hija, hermana y esposa de traidores... y sus hijos serían traidores también... traidor su esposo si volviera á casarse.

—¡Señor! ¡señor!

—Vé, mi buen Sanabría, vé y préndela.

—La prenderé...

—En cuanto á lo demás, mi bueno, mi leal Sanabria, yo te tengo preparada tal esposa que nada perderás en el cambio.

—Pero señor... si fuera posible...

—Préndela, Sanabría, préndela: lo quiero y lo mando.

Men Rodríguez salió, y antes de pasar de la puerta de la cámara, se vió obligado á cubrirse los ojos con las manos para ocultar sus lágrimas.

Iba herido de muerte, herido en el corazón. Aquel mandato era una nueva crueldad del rey don Pedro, que se quedó murmurando:

—Si la prendes y me la entregas, ya sé que puedo confiarte sin temor mi corona y mi cabeza... si huyes con ella... ¡oh! si huyes, habré perdido mi último sueño... sabré que no hay en torno mío ni un solo vasallo leal... y entonces, entonces combatiré solo... concluyamos... ¡Juan Diente! ¡Hola! ¡Juan Diente!

Algunos minutos después entró el ballestero, que tembló de pies á cabeza al notar la sombría y profunda mirada que dejaba caer á plomo sobre sus ojos el rey.

—¿En que he ofendido á vuestra alteza señor?—dijo no pudiendo dominar por más tiempo su ansiedad.

—Tentaciones tengo, Juan, de arrojarte por aquel balcón,—dijo lentamente el rey.

—Decidme por qué, señor, y si me convenceis de traidor, me hundiré el puñal en el pecho.

—Decide tú. ¿Qué has hecho de las veinte cédulas que te dí en Sevilla?

—Ya dije á vuestra alteza que me las habían robado.

—Pues mira: el ladrón ha sabido aprovecharse del hurto: esta es una de las cédulas que te entregué..... lee... lee y ve con cuánta perversa intención está escrito su contenido... ¡y pensar que un hombre á quien yo he tratado, no como á un vasallo despreciable, no como á un esclavo vil, no como á un verdugo, sino como á un confidente, sino como un amigo: pensar que un hombre á quien he dejado leer día por día en mi conciencia, me ha vendido, me ha burlado!...

—¡Señor!—exclamó con cólera Juan Diente.

—Sí, sí, eso es; tras la traición la rebeldía: yo debía esperar este: sí, debía esperarlo porque Dios ó el diablo se han propuesto ponerme á prueba. ¿Con que es decir que de nadie puedo fiar? ¿Con que es decir que me veré obligado á dormir con un ojo abierto, puesta la mano en la espada, atento á todo, haciéndolo todo por mí mismo? ¿Con que es decir que toda la sangre que he vertido es inútil, puesto que el mismo que sabe cuán poco retrocedo ante el castigo, se burla de él y me desafía? ¡y aun se atreve á permanecer junto á mí! ¡y no huye! ¡y no tiembla! esto es, sí, esto es: se me cree imbécil se cree que solo mato por ferocidad; ¡se cree que con facilidad se me engaña! Dios de Dios! que digan lo que quieran pero es preciso, ellos ó yo: acabemos de una vez: ó no me queda un

solo traidor con cabeza, ó pierdo la mia á manos de los traidores... ¡contesta, habla, confiesa, miserable! ¿crees que yo sea tan débil que te tenga miedo?

Juan Diente temblaba.

—Pues mira; por muy valiente que seas, por mucha confianza que te inspire la lisura con que te trato, ten en cuenta, Juan, que sin ser rey, me bastaría ser lo que soy como hombre para tomar desagravio de tí, á pesar de tu ferocidad de toro.

—¡Lo sé, señor, lo sé, y me estais haciendo temblar! ¡no lo veis, señor!

—Pero tiemblas de cólera. Tú no sabes, como yo, mostrar semblante sereno cuando dentro de mi pecho ruje la tempestad... leo en tu semblante como en un libro abierto.

—Leeis mal, señor, cuando no veis que esta cólera es contra los que robándome... ¡no se como me han puesto en el caso de oirme llamar traidor!.. ¡oh! ¡si yo los descubriera!...

—Pues descubre al ladrón, descúbrele, Juan, porque sino le descubres, si no me le presentas... oye, no te mataré... no... porque tú no temes la muerte... pero te ataré del cuello como á un perro á una columna de palacio, y te escribiré con la punta de mi puñal en la frente la palabra traidor... ¡á caballo! ¡al momento! ¡ve á Sevilla! ¡observa! tú sabes demasiado quienes son las gentes que tienen interés en vencerme; ¡oh! si me presentas á quien te ha robado...

—Os le presentaré.

Y apenas dichas estas palabras, salió fuera de sí de la cámara, haciendo palidecer á los que le encontraban al paso, con su semblante feroz en que iba retratada la muerte.

—¡Oh!—dijo el rey; cuando encuentre al ladró será tarde... yo podría sustituir el sello de la cancillería en el momento... pero esto ofrece sérias dificultades... es peor... mucho peor... no, no, de ningun modo... en todo caso daremos el último golpe: sentenciaremos en masa la nobleza, la arrancaremos sus maestrazgos, sus encomiendas, sus fortalezas, sus banderas, sus teseros... la arrancaremos las garras y los dientes; la sangraremos y la pondremos atada á los pies del pueblo... siempre hay ese recurso; veremos si podemos ó no.

Y el rey se sentó en la mesa, apoyó la cabeza entre sus manos y quedó profundamente pensativo, con la vista fija en la sangre del infante don Juan, que formaba un charco en el pavimento.

LIBRO DÉCIMOQUINTO

CAPÍTULO PRIMERO

—

De cómo Andrés Corchuelo encontró en Sevilla dos cosas que no esperaba.

Inmediatamente que concluyó su comisión en Vizcaya, Andrés Corchuelo se volvió á Sevilla, invirtiendo en la vuelta triple tiempo que el que había empleado en la ida: así es que entró en Sevilla el día 14 de Junio, uno después de la muerte del infante don Juan.

Encaminóse en derechura á la casa del escribano Alvar Yañez, pero la vieja que le servía le dijo que su amo estaba ausente.

Fué á la casa de vecindad de la calle de Maese Rodrigo, y como encontrase cerrada su vivienda y preguntase por él, le dijeron que se hallaba fuera de Sevilla.

Entonces dejó el caballo en que había venido en una posada, y se encaminó á la torre de la iglesia Mayor:

cuando hubo llegado á la puerta del apesento de su padre, vió al pobre anciano inclinado sobre un fogón, soplando el fuego en que hervía una tartera.

Por algun tiempo Andrés pudo contemplar, sin ser visto el semblante de su padre, que enrojecia la llama, y se estremeció: en los diez y seis días que había durado su ausencia, el pobre maese Blas había envejecido diez años y parecía un octogenario. Andrés hizo algún ruido para no sorprender de una manera demasiado imprevista á su padre, y el viejo alzó los ojos y le vió. Un momento despues estaba colgado de su cuello.

—¡Oh! ¡gracias, gracias, Dios mío, que me le devuelves!—exclamó:—yo te creía preso, muerto, qué se yo... pero no te ha sucedido nada, ¿no es verdad?

—¿Y qué podía sucederme?

—Es que yo lo sabía todo... todo... sabía que ibas á Vizcaya á llevar unas letras al diputado Antón de Landu... no, no lo he olvidado... que esas letras tenían por objeto una traición al rey.

—¿Y quién os ha dicho eso,—preguntó asombrado Andrés?

—Es que cuando se tiene un hijo á quien se ama, y se le ve reunido con mala gente, se le sigue, se le espía, y cuando se le sigue y se le espía bien, se averigua mucho... mucho... Por un hijo se llega hasta verter sangre.

—¡Padre!—exclamó Andrés.

—Sí, sí,—dijo maese Blas; se vierte sangre... y cuando un hombre como yo, hombre de paz, casi de iglesia, porque hace cuarenta años que vive entre clérigos, vierte sangre... ¡oh! ¡oh! se sueña todas las noches con un cadáver, se despierta con terror, se oyen gemidos, y los cabellos se ponen más blancos, y la piel se arruga más.

—¡Pero padre!... vos... ¿cómo habeis pedido?

—Comamos, comamos ante todo Andrés: mi potaje ha dado ya su último hervor y tú vienes cansado, según todas las apariencias; comamos, y luego mira: luego irás á una taberna y comprarás vino... le traerás... y bebiendo te contaré... sí... te contaré...

—Pero padre, vos nunca habeis bebido vino.

—Sí, sí, es verdad, hijo mío; nunca le he bebido... pero yo sé que el vino embriaga... yo sé, porque le he visto, que un ébrio no siente nada, nada mas que la embriaguez... y aunque me repugnaba al principio, me he embriagado para no sentir.

—¡Pero qué misterios son esos?... me estais dando tormento, padre...

—Pues mira; nada te diré hasta que haya bebido; el vino me da valor.

—¡Oh! pues si no es más que por eso... allá abajo... al pie de la torre está la taberna de maese Diego...

—¿Tienes dinero, Andrés?

—Sí, dinero y sobrado.

—¡Mira!... —dijo con triste satisfacción el viejo, y mostró á Andrés un puñado de oro.

Andrés se estremeció creyendo que su amor de padre había llevado á maese Blas hasta el crímen; pero le paresió horrible pedir cuentas á su padre, y descendió rápidamente.

—¡Oh! ¡oh! yo no tendría valor para decirle á sangre fría, ¡la has perdido! —quedó murmurando maese Blas;—no, no... es necesario beber valor... y le beberé... aquí no se ve bien... encenderé mi lamparilla... ¡oh! ¡qué placer! al fin tengo aquí á mi hijo... y luego yo sé que si pierde el amor de Beatriz tiene el de una doble dama... luego, sí, lo último... la carta á lo último... preparemos la mesa... afortunadamente mi potaje es abundante... y luego no es un potaje de pobre... tiene muchos trozos de jabalí... ¡oh! ¡oh! es un verdadero banquete... preparémoslo todo para que mi Andrés no tenga que esperar.

Y el viejo se entregó con un placer febril en que había mucho de temor, á los preparativos de aquella pobre comida que para él era un banquete.

Andrés no se hizo esperar: venía pálido y cuidadoso y traía en las manos una pequeña bota llena de vino, que puso sobre la mesa.

—Sentémonos y comamos,—dijo maese Blas, sentándose y empezando su comida por una larga libación.

Andrés bebió también, aunque más mesuradamen-

ta, y empezó la comida: maese Blas repitió sus libaciones, y al fin, excitado por la curiosidad y el cuidado de Andrés, le refirió cuanto saben nuestros lectores que pasó la noche del 29 de Mayo en casa de Leila.

Para nosotros, respecto á doña Berta, á Beatriz-la-Hermosa y á maese Blas, aquellos acontecimientos llegan hasta el momento en que el campanero, después de haber muerto al esclavo, y arrancándole las llaves, se encaminó al pabellón donde habían quedado encerradas doña Berta y Beatriz.

Maese Blas, ya casi ébrio, continuó:

—Parecíame que el muerto iba tras de mí, que gritaba... ¡al asesino! ¡al asesino! tenía mucho miedo, mucho, un miedo que me mataba. Pero sin embargo, mi miedo no era bastante para hacerme olvidar aquellas dos mujeres que estaban allí encerradas en aquella habitación... yo veía sus sombras detrás de la celosía... cuando llegué, aquellas dos mujeres huyeron al fondo de la habitación... yo me acerqué y miré adentro... ¡Oh! entonces hubo un momento en que perdí el miedo porque... porque...

El campanero se detuvo y se embocó de nuevo la bota.

—¿Por qué?—dijo impaciente Andrés.

—Porque una de aquellas dos mujeres era Beatriz.

—¡Beatriz!

—Sí; entonces rompí con mi puñal la celosía que era muy endeble y penetré en la habitación. Al verme

las dos mujeres arrojaron un grito de placer y la vieja Berta me dijo:

—Sin duda os envía Dios.

—No, no, le envía su hijo,—exclamó Beatriz.

—Dios ó el diablo, les contesté; pero este no es tiempo de andar en réplicas; de un momento á otro puede venir ese infame Pedro-el-Negro.

—Pero Pedro-el-Negro ha venido á salvarnos enviado por vuestro hijo,—exclamó Beatriz.

—Pedro el Negro ha venido á venderos, repuse, y sin esperar á más repuestas las hice salir al jardín, busqué las llaves de la puerta de la casa que da á la calle de San Estéban, salimos y una vez fuera de la casa nos dimos á correr, pero nuestra carrera fué corta... antes de llegar á la primera esquina, sonó un silbido: cuatro hombres se apoderaron de las dos mujeres, y luego de mí me vendaron los ojos y la boca, y cargaron conmigo.

—¿Y qué fué de ellas? ¿qué fué de vos?—preguntó anhelante Andrés.

—De ellas no se... en cuanto á mí, me llevaron en vilo... anduvieron conmigo algunas calles y me metieron en una casa, donde me dejaron encerrado y á oscuras. Luego... luego amaneció; la luz del día entró por un ventanillo situado junto al techo, y oí ruido de voces y de grilletes... estaba en la carcel... los malvados, fingiéndose vecinos honrados, me entregaron al alcaide de la carcel, como si se hubiera tratado de un vagabundo.

—No, no; debió haber más que esto... el alcaide si no sé hubiera tratado de una alta persona, os hubiera interrogado... el alcaide os engañaba os mentía... sin duda se le había mandado que ocultase la verdad.

—Sea como quiera, el alcaide me dió por libre, pero tarde... cuando no podía impedir que fueses á Vizcaya... tú ya habías partido y te había visto salir por la puerta de Adohar.

—¡Pero Beatriz, Beatriz! ¿no habeis vuelto á saber de ella?—exclamó desesperado Andrés.

—Hijo mío,—dijo el campanero...—Dios no quiere que sea tuya Beatriz.

—¡Que Dios no quiere!—exclamó colérico Andrés.

—¡No te irrites, hijo mío! bebe, bebe como yo; el vino hace olvidar todo, hasta el amor... vamos... escúchame... recuerda bien... lo primero que se opuso á tus amores, fué el infame deseo que concibió por Beatriz el arcediano de San Gil; quisiste vengarte de él y el arcediano te dió una estocada... en el lecho aun sobrevino el señor Men Rodríguez de Sanabria...

—¡Oh!—exclamó Andrés en acento amenazador.

—Encargas al señor Men Rodríguez que busque á Beatriz, y Men Rodríguez la entrega al rey...

—¡Oh! ¡oh!—repitió Andrés.

—Luego por un acaso salvas del rey á Beatriz, y te la arrebatan no se cómo, pero el caso es que la pierdes de nuevo... y en fin, en fin... tu pobre padre

te sigue cuidadoso; sorprende por tu causa terribles secretos; se introduce, por tí también, en una casa extraña y después de matar á un hombre, encuentra á Beatriz, cree salvarla y de nuevo te la arrebatan arrebatándomela... esto está claro... Dios no quiere que Beatriz sea tuya... y luego... luego Andrés... ¡esa doña Sol de Vargas que te ama tanto!...

—No me hableis de ese padre, os lo suplico...

—Pero tengo necesidad de hablarte... escucha... hace dos días vino un escudero y me dijo: ¿sois el padre del señor András Cerchuelo? Como yo sabía que tú andabas en rebeldías contra el rey, aquel hombre al preguntarme por tí me asustó, y debí demostrar mucho mi susto, cuando me dijo: nada temais... ningún peligro le amenaza por esta parte... esta carta... tenedlo presente y decídselo, viene de Jeréz.

—¡De Jeréz!—exclamó el joven.

—Sí, señor, de Jeréz de la Frontera, y aunque nada más me dijo el escudero yo supuse y estoy cierto de que esta carta es de doña Sol de Vargas, la camarera mayor de la reina, que en ella te da sin duda grandes pruebas de amor...

Y maese Blas se levantó y se encaminó tambaleando, porque el vino le había puesto pesada la cabeza, á uno de los armarios que había en la habitación; le abrió y sacó de él una carta en pergamino cuidadosamente rellada, perfumada, envuelta en un paño de seda, y atada con un cordón de oro.

Audrés se apoderó de la carta, la desenvolvió del paño de seda, la desenrolló y vió que decía:

«Mas hace de un mes que os separásteis de mí, y en todo ese tiempo, que para mí ha sido una eternidad, no he tenido noticias de vos. ¿Será que me habeis engañado? No quiero creerlo, no puedo creerlo.

»La duda es cruel, pero en la duda hay esperanza, y la esperanza es la vida. ¡Oh! no sabeis cuanto os amo: ¿si vos me amais como me lo habeis expresado, como me lo habeis hecho sentir, ¿por qué callais? ¿por qué os rebais á mi amor? Aunque no seais noble por vuestro nacimiento, ni caballero por vuestra suerte, yo he descubierto ó creido descubrir en vos una alma que vale más que la de muchos caballeros y las de muchos reyes.

»Vos me habeis obligado á amaros y me debeis amor: pagádmelo, pagádmelo ó decidme: nada teneis que esperar de mí, no os amo, no os amaré; hacedme conocer de una manera indudable mi suerte; que sepa yo lo que debo hacer. Yo espero que sereis hidalgo con una mujer que os ama, que solo para vos vive, que sin vos nada quiere. ¡Oh! sí, y vos me amais también... yo me acuerdo, extremeciéndome de placer, que aquellos momentos en que vuestra mirada, tan dulce para mí, se fijaba en mi mirada.

»¡Oh! aquella mirada me decía amor. No, no me habeis engañado. Mas bien creo, que algún grave acontecimiento os aparta de mí, os impide darme noti-

cias vuestras. Si no contestais á esta carta, creeré ó que habeis muerto ó que ya no me amais, y cualquiera de estas dos desgracias sería la muerte para mí. Además, necesito saber si habeis entrado al servicio del señor Juan Fernández de Hinestrosa, si habeis descubierto algo que pueda servir de consuelo á mi pobre señora. ¡Si viérais cuánto sufre! sufre como yo: ama y duda: no confieis á una carta lo que tengais que contestarme, una carta puede ser sorprendida... venid, venid... por si os encontrais sin dinero os envío un libramiento contra el indio Daniel-el-Kerysi, que vive en la Sedería, cobradle y venid, pero no tardeis por Dios: me parece que cada momento que pasa confirma mi desdicha, y no quiero pensar en ello; no, no, eso es imposible. Adios: me veo obligada á hacer un esfuerzo para concluir esta carta: según mi deseo no concluiría nunca ¡tengo tantas cosas que deciros! Venid pronto para que os las diga.

»Vuestra, siempre vuestra.—De Jérez de la Frontera, á los diez días del mes de Junio de mil y trescientos y cincuenta y ocho años.—Doña Sol de Vargas.»

Por más que Andrés estuviese profundamente enamorado, esta carta le halagó y aun le conmovió; nada tiene esto de extraño; doña Sol era hermosa y apasio- 1 da, él jóven y entusiasta, y podía decirse que el pu- 1 timo amor, el amor de costumbre que le inspiraba l patriz, no había podido evitar que se apoderase de él

ese violento amor sediento de goces, ese amor que radica en el deseo y que pasa cuando el deseo es satisfecho, que le había hecho sentir, á su pesar, la magnífica y voluptuosa hermosura de doña Sol.

Es achaque vulgar de novelistas la aplicación á sus personajes de ese amor único, solo, exclusivo, impermeable, por decirlo así, que nada encuentra bello ni deseable sino en la mujer ó el hombre amado: pero este amor es, consultada la experiencia, una excepción, una monomanía, pero nunca una regla general, sobre todo, tratándose del hombre: además, mientras no se clasifiquen rígidamente la multitud de afectos que hoy se comprenden con el nombre genérico de amor, resultará que si se diseña un carácter calcado sobre la naturaleza, nos encontraremos con que un hombre ama á dos, tres, ó más mujeres á un tiempo, cuando en realidad no puede sentir por cada una de ellas mas que un afecto distinto, más ó menos asimilable á lo que nosotros comprendemos por amor: por mejor decir, más ó menos distante en su gradación de ese afecto sublime que hace identificarse al hombre con la mujer, formando un solo ser: gradación cuyo primer estado se halla en esa fruición dulce, tranquila, pura, que nos hace sentir con otro ser, como si formáramos parte del mismo, y concluye en ese deseo puramente animal, que materializa el amor, que muere con el hastío y que ningún noble recuerdo nos deje de la persona que nos le ha hecho experimentar.

Esta clasificación fisiológica del amor y de sus derivados, serviría de mucho para que se mirasen con más indulgencia los que hoy se llaman excesos, y que no son otra cosa que el resultado necesario de las modificaciones orgánicas del individuo.

Para esplanar nuestra teoría, para fundamentarla con la comprobación de hechos, necesitaríamos escribir un grueso volúmen con el auxilio de ciencias, de las cuales solo tenemos la iniciación; pero ni esto entra en nuestro propósito, ni creemos que nuestros lectores nos agradecerían que en vez de una historia novela les diésemos un difuso tratado fisiológico sobre la multitud de tendencias que de esta manera ó de la otra pueden unir con más ó menos fuerza y duración, de una manera más ó menos social al hombre y á la mujer.

Nos basta decir, para que no se nos acuse de que falseamos un carácter, que Andrés se sentía arrastrado hacia Beatriz, por la costumbre, por la simpatía, por la ternura, por el aprecio, por el respeto de la virtud y de la pureza, y si se quiere por la caridad: que Beatriz era para él esa Blanca figura que pone en acción el sentimiento más noble y más puro en una alma, la aspiración á un ser superior asimilable á los que nos representamos en el cielo, ese arcángel de luz, que vemos alguna vez en nuestra vida representado por una mujer, aunque ese arcángel no sea otra cosa que un ser ideal en el que creemos ver, lo que deseamos encontrar; al par que hacia doña Sol de Vargas le impulsa-

ban los sentidos, la vanidad, el deseo en fin, con una fuerza puesta en lucha con la influencia de Beatriz; en resúmen: su primer amor era su ángel, su segundo amor, su mujer.

Si le hubiesen dado á escoger necesariamente entre una de las dos, obligándole á separarse de una, le hubiera sido imposible como es imposible elegir entre el alma y el cuerpo.

Andrés las necesitaba á las dos, porque cada una de ellas representaba para él una necesidad imprescindible.

A ser menos puro su amor hacia Beatriz, ó menos material el que sentía por doña Sol, un penoso sacrificio lo hubiera arreglado todo; pero en lo que es absolutamente necesario, no puede haber sacrificio, sino privación, y como las grandes privaciones, esto es, las privaciones que afectan á nuestra conservación, jamás nos las imponemos, porque nos es imposible imponérneslas, Andrés había leido con alegría la carta de doña Sol, sin perder la tristeza que le inspiraba la pérdida de Beatriz.

Aconteció que, mientras leyó la carta Andrés, su padre, enteramente embriagado, dobló la cabeza, cayó sobre la mesa y se durmió.

Era poco más del medio día, y Andrés después de haber puesto cuidadosamente á su padre en su lecho, cerró la puerta, metió la llave por debajo de ella para que su padre pudiese abrir cuando despertase, bajó las

rampas, salió de la torre y se encaminó á la casa de Leila en el callejón de los Navarros.

Púsose á observarla detenidamente, y solo encontró silencio.

Los ajimeces estaban cerrados y todo revelaba un abandono.

Llamó al postigo inútilmente.

Los golpes retumbaron sonoros, como en una casa deshabitada, dió la vuelta á la calle de San Estéban, y halló cerrada también la puerta principal.

Llamó y tampoco obtuvo resultado.

Preguntó á los vecinos, y estos solo supieron decirle que hacía ocho días que don Simuel Leví había estado en la casa, que había salido solo como había entrado, y había cerrado por fuera las puertas; que nadie había vuelto á abrir, ó que por lo menos á ninguna hora se había visto entrar ni salir nadie.

Esto demostró á Andres ó que la dama que había visto su padre, había abandonado la casa, ó que se recataba en ella de tal modo, que era imposible saber si la habitaba ó no.

Pero Andrés recordó que su padre le había dicho que aquella doña Ana se parecía como una gota de agua á otra gota de agua, al paje de doña Isabel Nuñez de Lara, y se dirigió á casa de la noble dama y preguntó á la servidumbre, díjosele que el paje había desaparecido hacía más de quince días, sin que se hubiese vuelto á saber de él.

Andrés invirtió en pesquisas inútiles otros tres días, y al fin con gran contento de su padre, después de haber cobrado del judío Daniel-el-Kerysi el libramiento de doña Sol, montó á caballo una mañana y salió de Sevilla por la puerta de Jerez.

CAPITULO II

El infante moro Aben'l-Sayd.

Conviene á nuestro propósito que dejando por algun tiempo á la reina de Andalucía, á la famosa y nunca bien como se debe ponderada Sevilla, nos traslademos siguiendo á Pedro el Negro, al castillo de Cádia, situado en el riñón de las montañosas Alpujarras.

Dentro de su recinto de guerra, había como en todas las fortalezas árabes, un alcázar, uno de esos encantados recintos, donde los feroces guerreros moros se entregaban durante la paz á la molicie y á los placeres, entre paredes aflagranadas, y matizadas bajo cúpulas maravillosas y al lado de claras fuentes, mientras el aire se saturaba con las suaves emanaciones de los perfumeros.

El alcázar de Cádia, aunque pequeño era una de esas joyas arquitectónicas del gusto árabe que parecen inspiradas por el genio de las delicias. Retirado en él, esperando una ocasión para arrojarse sobre Granada y ocupar la maravilla de las maravillas, la Alhambra, con sus torres Bermejas, su Generalife y sus Alijares, en daño del actual rey Méjanmet V vivía un hombre ambicioso, cuyo nombre hemos citado más de una vez durante nuestra relación.

Este hombre era el infante moro Abou'l-Sayd, tan rebelde al rey de Granada como lo eran al de Castilla sus hermanos bastardos y lo fué el infante don Juan al rey de Aragón. La rebelión impulsada por los brutales instintos de ambición y de independencia, característicos de la edad media, en que todos los poderes sociales luchaban con igual encarnizamiento por emanciparse, dominando á los demás, la rebeldía repetimos estaba como suele decirse, á la orden del día, en todos los paises de Oriente y de Occidente: cada reino de Europa estaba devorado por la guerra civil, y de la misma manera los pequeños reinos de Africa, y el gran imperio de Damasco eran continuo teatro de sangrientas usurpaciones.

El día 8 de Junio de 1358 en uno de los retretes del alcázar de Cádia tendido sobre un divan, teniendo á sus pies una hermosa esclava, mascando opio, y escuchando gravemente dos venerables xeques, había un hombre como de treinta y dos años, vestido

con la sencilla severidad de los primeros caudillos del pueblo árabe, hermoso con esa hermosura pálida, lánguida y poderosa de las razas orientales, y en el que se notaba á primera vista, por su continente y sus miradas, al déspota sombrío y al feroz, guerrero, aparte de lo cual se adivinaba en su espresión, en su actitud, á primera vista el sello de esa gigantesca civilización á que llegaron en su decadencia los musulmanes de España.

La reunión de Abou 'l-Sayd y de los dos xeques tenía todas las muestras de un importante consejo; en una mesa situada junto al divan había algunos papeles que á vueltas de su conversación con los xeques leia á trozos el infante.

—¡Con que es decir, preguntó al fin Abou 'l Sayd, que la sultana Kinsu 'l-Llemal ha obrado de modo, que ha puesto de parte de su hijo Ismail á todos los descontentos!

—Sí, noble y poderoso señor, dijo uno de los xeques, pero desgraciadamente no podemos aprovechar esta ocasión y todos los esfuerzos y las intrigas de la sultana serán inútiles.

—¡Inútiles! ¿y por qué Jacub? acaso no contamos con la Alhambra estando de parte de la sultana, como está, el emir de la guarda africana Mussu 'l-Alí-Athar.

—El emir solo ha consentido en hacer traición al rey, mediante las espléndidas promesas de la sultana,

dije Jacub: si esas promesas se cumplieran, todo era asunto de una insurrección, de desnudar únicamente las espadas. Mojanmet huiría asustado á refugiarse en la alcazaba de Albaicin, de donde, una vez apoderados de la Alhambra seria fácil arrojarle... pero la sultana, ha gastado ya en hacer parciales á su hijo hasta el valor de su última joya y nada le queda, nada... cuenta con nosotros, pero reunido tu tesoro al nuestro, excelso señor, apenas podríamos reunir la décima parte de la suma ofrecida á Mussu 'l-Ali-Athar.

—¿Y no encuentras ningun medio?

—Ninguno, señor.

—Ni tu Jucef, añadió el infante dirigiéndose al otro xeque.

—Ya hemos apurado todos nuestros recursos, señor: primero las armas, despues el oro, por último las ofertas: nos vemos reducidos á este castillo; en nuestro alrededor solo hay enemigos; nuestros soldados se reducen á un centenar de lanzas, que mañana no nos servirán porque no tenemos ni dinero con que pagarlas, ni víveres con que alimentarlas. Nos vemos en el caso de pasar al Africa y ponernos á sueldo del rey de Fez ó del de Túnez.

—¡Pasar al Africa! exclamó incorporándose, primero y levantándose despues con energía Abou 'l Say ¡huir! ¡declararnos cobardes! ¡acaso os habreis reducido á la condición de débiles mujeres cuando asi temeis morir dentro de un arnés empuñando la espada enroje-

cida en sangre enemiga! ¡y habremos lidiado como buenos en Algeciras y en Tarifa para aterrarnos después y volver cobardes el rostro á la muerte! ¡No! ¡no! ¡sobre el derecho de la sangre que nos falta tenemos el derecho que nos da el libro de Dios, para levantarnos contra los que indolentes y débiles dejan desplomarse los últimos restos del imperio musulman en España! combatimos por Dios, por el acrecentamiento de su ley y nuestro derecho es sagrado ¿y hemos de retroceder porque nos falta dinero? nuestros soldados son fuertes y valientes; desnudemos de una vez la espada y salgamos hambrientos de Cádia como sale el águila de su roca, para caer sobre la vega de Granada; allí hallaremos manjares en hartura y oro bastante para levantar ejércitos en las alquerías y en los palacios de esos descreídos renegados de Dios, que dejando adelantar á los cristianos se han enervado con los deleites y se han enriquecido con la usura; lancémonos puesta la esperanza en Dios y triunfaremos: ¿En qué fundar las hazañas si no nos atrevemos á afrontar la lid sino llevando á nuestras espaldas un ejército poderoso, y en nuestros reales, acémilas abrumadas por el peso del oro? Y si caemos en la lucha ¿no es más noble morir como valientes, que vivir de un modo miserable agoviados por la vergüenza de la fuga?

—Es que no lidiamos solo contra Mojanmet,—dijo Jacub,—sino contra un rey poderoso, contra don Pedro, el cruel tirano de Castilla que sostendrá al rey que

tan torpemente ha comprado su amistad y su alianza. Los adelantos del rey de Castilla ocupan nuestros castillo fronterizos, y apenas pongamos el pie en el alto del Padul, apenas hayamos visto la vega, las atalayas de Mojanmet, habrán llamado cuatro mil lanzas castellanas que nos arrollarán por nuestra escasa fuerza, como el segador corta la mies. Marchemos sin embargo, señor, despleguemos nuestra bandera, muramos sobre el campo de pelea, si así lo quieres, pero considera que la temeridad no es de valientes, que la fortuna es mudable, y que lo que te niega hoy, acaso vendrá á ofrecértelo mañana.

Abou 'l-Sayd se sentó lentamente, y luego dijo con voz lenta y gatural.

—Demasiado sabia yo desde el principio de la lucha que no era á Mojanmet V, á quien combatia, sino á Pedro el Cruel: por lo mismo he querido atraerme su amistad, y desesperado de ello, he apelado al último recurso, he hablado á su ambicion y á su orgullo, y solo me ha respondido con insultos, porque su orgullo y su ambición están satisfechos con el vergonzoso vasallaje que le rinde Mojanmet y los ricos dones que le envia: por último he tentado su lujuria, sus vicios, enviándole una mujer capaz de enloquecer á un morabitha olvidado del mundo... y esa mujer que es mi amor, la única que ha logrado dominar mi corazón; esa mujer que es un tesoro de hermosura, de ciencia, de valor, de pureza, esa mujer, Leila, me ha burlado: mi emba-

jador Al-Mondhir, ha muerto ahorcado, y Leila ha desaparecido.

Parecía que este era el punto vulnerable del corazón de Abou 'l-Sayd, puesto que el recuerdo de Leila le entristeció y casi le desalentó.

—Con ella no temía nada, murmuró despues de un momento de silencio; con ella me burlaba del peligro; era á un tiempo mi corazon y mi cabeza; por ella vencí en Tarifa; por ella me he sostenido: siempre en las situaciones mas apuradas encontraba un medio de salvación, cuando no de triunfo: era más prudente que el más anciano de mis wacires, y más valiente y más terrible que el más fuerte de mis walíes; yo contaba con que ella, si no me amaba, me seria leal... yo contaba con su ambición: yo la hubiera hecho sultana, sin haberme jamás acercado á su lecho; hubiera respetado sus caprichos, la violencia de su carácter... pero haberla perdido... sí, sí, me ha hecho traición... acaso se ha enamorado de ese maldito rey don Pedro... y ni una noticia suya... por el Dios Altísimo y único... la pérdida de Leila ha dado conmigo en tierra... conozco que me falta sin ella fuerza en el corazon, actividad en el brazo... y luego, luego... estoy desesperado: por encontrarla, aunque tuviese que ir á los linderos del desierto, daria mi alma á Satanás.

Los dos xeques callaron, aterrados por aquella impiedad que hubiera hecho persignarse á un cristiano.

—Y la encontraré... si la encontraré, dijo Abou 'l-

Sayd levantándose y paseando lentamente por la cámara, pronunciando sus palabras como si hablase consigo mismo: un astrólogo me ha dicho que la encontraré, pero que el encontrarla me será fatal: y bien; ¿qué me importa? apoderéme yo de ella, y despues... despues suceda lo que quiera.

Abou 'l-Sayd siguió paseándose: la esclava abandonada junto al divan, jugaba lánguidamente con una bandolina, arrancando de sus cuerdas metálicas débiles armenías, y los dos xeques callaban.

De improviso rompió el silencio el sonido de una corneta tañida por tres veces á las puertas del castillo; sin embargo de lo cual, Abou 'l-Sayd acostumbrado á estos ruidos, no suspendió su meditación ni su paso: pero por resultado sin duda de este llamamiento, se abrió recatadamente una de las puertas de la cámara, y un africano dijo desde ella:

—¡Señor! ¡poderoso y noble señor!

Abou 'l-Sayd miró de una manera interrogadora al africano.

Aquella mirada equivalía á una pregunta terminante, y el esclavo se apresuró á contestar.

—Un cristiano, que dice venir de la corte del rey de Castilla, solicita hablarte, magnífico señor.

—¡Un cristiano, que viene de la corte de don Pedro! —exclamó el infante:—hacedle entrar... al momento... véte tú, Wadhiah,—exclamó dirigiéndose á la esclava que se levantó indolentemente y salió en paso

lanto; véte tú también Jucef; pero quédate tú Jacub, que entiendes el habla de los castellanos.

Jucef salió y quedaron solos el infante y Jacub.

Abou 'l-Sayd se sentó en el divan en la posición en que se hubiera colocado un rey en su trono: Jacub permaneció de pie á alguna distancia de él en una actitud respetuosa, y poco después se abrió la puerta y entró un hombre cubierto de los piés á la cabeza con una armadura castellana, sin armas y vendados los ojos.

Cuando el xeque por orden del infante le quitó la venda, quedó á descubierto el ambiguo semblante de Pedro-el-Negro.

El bandido lanzó en torno suyo una mirada recelosa.

—Poderoso señor,—dijo:—un amigo de vuestra señoría me envía desde Castilla á entregarte estas letras.

—¿Qué dice ese hombre?—preguntó en árabe el infante á Jacub.

—Dice,—contestó en árabe el xeque,—que le envía á tí desde Castilla un amigo tuyo con estas letras.

Y dió al infante un rollo que le había dado Pedro-el-Negro.

Abou 'l Sayd rompió los triples sellos de cera encarnada debajo de los cuales habia dos pergaminos.

El uno decia asi, en escritura árabe:

«Al elegido de Dios para acrecentar su ley y santo nombre, al valiente, al grande, al venceder infante

»Abou 'l-Sayd á quien Dios prospere.—Sabrás como »por estas tierras, cansados de sufrir la tiranía y las »violencias y las muertes del rey don Pedro; desespe»rados de vencerle por nosotros mismos hemos pen»sado en tí, cuyo claro nombre vuela fuera del reino »de Granada: sabemos que para vencer al rey Mejan»met solo te falta ayuda, y te enviamos la que pode»mos enviarte: oro, Con estas letras va un libramiento »contra Muzay-ebn-Kaleb, mercader en el Zacatin de »Granada, de sesenta mil doblas jucefinas...

Al leer esto, el infante desenrolló el otro pergamino, le leyó, y á pesar de su gravedad, lanzó un grito de alegría y se levantó del divan.

—Mira, Jacub mira, exclamó, Dios me ayuda, Dios recompensa mi constancia: ya tenemos oro bastante para comprar á ese maldito walí de la guardia berberisca de Menjanmet: toma, toma y lee.

—¡Ah! ¡ah! mucho se alegrán,—dijo para sí el bandido: acaso sin saberlo les he traido un tesoro; ¡pero vah! ¿qué me importa? vivamos todos... aquí sin miedo de que me descubran por una casualidad, podré vender el tesoro de doña Ana... ¡ah! ¡ah! no hay cosa como las guerras y las enemistades y los amaños para medrar. Estos moros son ricos... pues bien, si yo me atreviese... esperemos á que concluyan.

El infante y el xeque se habian retirado á un ajimez y seguían allí su plática en voz baja, temerosos de que Pedro-el-Negro entendiese el árabe.

—En verdad,—dijo el xeque, tenemos un tesoro: la libranza es buena, es de nuestro fiel amigo don Simuel Leví; pero no podemos asegurar que sea él quien nos la envía; este dinero puede haber sido puesto en un poder... no, él no lo envía... el libramiento viene para que yo le cobre, y don Simuel no me conoce... y esta letra... esta letra tan bella... ¡ah! ¡ah! buscabas á Leila... y este pergamino nos la entrega: este pergamino está escrito por ella.

—¡Por ella! ¡por ella!—exclamó el infante arrebatando y Jacub el pergamino...—no, no; ella habla y escribe bien la lengua de los creyentes, y aquí hay grandes defectos... estos pergaminos están sin duda escritos por un mozárabe.

—Se ha querido desfigurar la letra sin conseguirlo enteramente... pero hay un medio: prendamos á ese hombre.

—Es un embajador...

—No importa: una prisión secreta... veamos si encontramos sobre él alguna prueba...

—Te engañas Jacub, de seguro te engañas; ¿á qué había de recatarse ella de mí? y si es mi enemiga, ¿á qué enviarme socorros?

—¡Es verdad!—exclamó convencido el xeque; no sé por qué he creido... y aun dudo... pero... al fin de esta carta te se exigen, señor, duras condiciones.

—¡Condiciones! naturalmente el que hace un servicio le hace por algún interés... que me obligue á rem-

por por las fronteras de Castilla,—añadió leyendo,—en el momento en que sea rey de Granada. ¡Oh! ¡oh! esto le haría yo aunque no me lo impusiesen por condición; en el momento en que el rey Mejanmet sea lanzado del trono, don Pedro revolverá sobre Granada... pues bien; antes de que nos embista, será preciso embestir... Jacub, pregunta á ese cristiano quién le envía.

Jacub trasmitió la pregunta.

—Ignoro quién me envía, señor,—contestó el bandido,—como ignoro el contenido de las letras que he puesto en vuestras manos.

El diálogo siguió en la misma forma.

—Y ¿cómo puede ser que no conozcas á la persona que te ha enviado?

—Aunque lo sepa, puesto que no le he dicho, es porque no le debo decir,—contestó con cierta dignidad el bandido.

Aben 'l Sayd que como buen príncipe musulman era excesivamente déspota, frunció el entrecejo,—y dijo con acento displicente algunas palabras que Jacub trasmitió al bandido.

—El infante mi señor—le dijo,—te da las gracias por la fidelidad con que ha desempeñado tu encargo, y respeta los motivos que te obligan á callar el nombre de quien te envía. Puedes descansar en el castillo el tiempo que quieras; véte.

—Un momento, noble señor, un momento; concluí-

da mi comisión quiero deciros algo que me atañe particularmente.

—Habla.

—El año pasado cuando el rey entró por las tierras de Aragón, iba yo en su ejército como soldado en la toma de Hariza; durante el saqueo encontré un cofrecillo lleno de ricas joyas... una buena presa... solo he vendido algunas alhajas de poco valor, con las que he vivido hasta ahora; pero no he podido vender las de valor; Castilla está muy pobre para que pueda hallarse comprador á tales prendas...

—El rey don Pedro tiene inmensos tesoros,—dijo el xeque.

—Pero el rey don Pedro es codicioso de lo ajeno, y temí que me despojase.

—¿Y qué quierda?

—Los príncipes moros son muy ricos y muy espléndidos: ¿querría vuestro señor comprarme esas joyas que he traido conmigo?

Jacub habló en árabe con el infante.

—¿Son diamantes tus joyas?—dijo Jacub á Pedro-el-Negro.

—Diamantes, perlas, balajes, esmeraldas.

—¿Y dices que las traes contigo?

—Sí.

—Algún robo hecho en Castilla que no se ha atrevido á vender allí,—pensó Jacub adivinando la verdad, y luego añadió en voz alta.

—Mi señor desea ver ese tesoro, cristiano.

—Acompañadme, pues; porque como he venido hasta aquí con los ojos vendados, no sabré llegar hasta mi gente.

Jacub le vendó de nuevo los ojos, y salió con el bandido.

Abou 'l-Sayd quedó solo releyendo los pergaminos.

CAPITULO III.

—

De cómo encontró Pedro-el-Negro en el pecado la penitencia.

No tardaron en volver el xeque y el bandido: este traía bajo el brazo un cofrecillo de sándalo, en el cual antes de que quitase Jacub la venta á Pedro-el-Negro, fijó una mirada indescribible el infante Abou'l-Sayd.

En aquel lindo cofrecillo había reconocido un objeto que le era muy familiar, y ahogando un grito de alegría,—dijo en árabe al xeque:

—Hemos encontrado á Leila; pero prudencia, mucha prudencia, Jacub; porque el castellano parece astuto.

Cuando Jacub dejó libres los ojos á Pedro-el-Negro, nada vió en el semblante de los dos moros que pudiera alarmarle.

—Veamos tus joyas, cristiano,—dijo Jacub.

Pedro-el-Negro abrió el cofrecillo con una pequeña llave de oro que sacó de su escarcela, y le mostró al infante Abenb 'l-Sayd.

La primera alhaja que este tomó fué un magnífico collar de perlas, cuyo broche era un rosetón de brillantes con un escudo esmaltado en el centro: aquel escudo era el blasón real de los reyes de Granada; este es: un escudo campo rojo con banda diagonal de izquierda á derecha saliendo de la boca dos dragantes, con el mote *le galid ile Allah* (solo Dios es vencedor) esmaltado con caracteres africanos de oro.

—Es el alhaite de la sultana Halewa, que encontramos en los reales enemigos en Algeciras, y que yo regalé á Leila,—dijo en árabe el infante, sin que un solo músculo de su semblante se contrajese.

—¿Agrada esa alhaja á vuestro señor?—dijo Pedro-el-Negro, que no había entendido ni podía entender el dialecto extranjero del infante.

—Sí, por Dios,—dijo Jacub, y tanto le agrada, que sobre darte su precio, te recompensará por haberle procurado la posesión de alhajas de tanta estima. Veamos las otras.

El bandido que ya contaba en su imaginación los miles de brillantes doblas de oro, que debían producirle las alhajas robadas á Leila, las mostró una tras otra al infante que, en cada una de ellas, vió la confirmación de que aquel hombre conocía á la mujer á quien tanto amaba y de que podía darle noticias de su para-

dero. Todas aquellas joyas habían sido regaladas por él á su esclava favorita, y si algo turbaba su placer, era el temor de que Leila hubiese sido asesinada.

—Pero no:—se dijo:—ella es demasiado esperta para dejarse sorprender y muy valiente para que este miserable la haya podido asesinar: ella, de seguro, habrá tenido que vender estas joyas en Castilla, y este hombre, su confidente sin duda, habrá sido enviado para que las venda á Granada: ella acaso no creería que este hombre podría tropezar conmigo... pero, ¿cómo ella, tan recelosa, ha podido fiarse de un hombre que tiene todas las trazas de bandido? ¡Veamos si este es un robo! ella guardaba un pomo de tósigo en un secreto de este cofrecillo: si el tósigo está ahí...

El infante se apoderó del cofre y en la parte interior de la tapa, oprimió un adorno, crugió un resorte, saltó una pequeña cubierta y dejó ver un hueco: en aquel hueco había un pomo de oro, y algunos pergaminos cuidadosamente doblados. Al leer el infante aquellos pergaminos, vió que eran las cartas que le había escrito don Simuel Leví, en que estaba manifiesta una traición al rey de Castilla, y con el anuncio de la posesión de las cuales, había aterrado Leila al tesorero del rey y le había hecho su esclavo.

El encuentro de estos objetos, hicieron palidecer al infante; aquel pomo y aquellos pergaminos eran para él un doble indicio de que Leila le había hecho traición, robando á su embajador Al-Mondhir aquella

correspondencia, que le había confiado para que usase de ella en un caso dado como de un recurso diplomático, entregando después á la horca al mismo embajador, y de que Leila había sido á su vez robada y acaso muerta, cuando así había dejado oculto en el secreto del cofre, su tósigo, su recurso supremo, y aquellos pergaminos, que, después de haberle hecho traición, podrían servirla de tanto.

A pesar de estos indicios, el infante disimuló, y por medio de Jacub, entabló con el bandido el siguiente diálogo.

—¿Dónde dices que has encontrado esas joyas?

—Ya he dicho que en Hariza, hace un año,—contestó el bandido que estaba receloso desde el momento en que había visto abrir al infante un secreto en el cofrecillo.

—Pues fuiste afortunado, porque estas joyas valen más de lo que crees.

—¿Y conviene á vuestra señoría comprármelas?

—Sí, sí, por cierto, me quedo con ellas.

Y el infante después de haber trasmitido estas palabras á Jacub, cerró el cofrecillo y le puso sobre el diván.

—¿Y cuánto me dará por esas joyas vuestra señoría?

—Te daré lo que mereces,—dijo Jacub interpretando la contestación del infante que inmediatamente se levantó, y yendo reposadamente á una puerta, la abrió y pronunció algunas palabras en árabe.

Inmediatamente entraron en la cámara diez ó doce esclavos armados, se arrojaron sobre el bandido, de improviso, le sujetaron, le desarmaron dejándole en el traje interior que llevaba bajo la armadura, y atándole fuertemente de piés y manos, y vendándole la boca, para que no gritase, le llevaron á pesar de sus desesperados esfuerzos de lobo rabioso, siguiendo al xeque Jacub, á quien había hablado algunas enérgicas palabras el infante.

Poco después, los doce bandidos que había llevado consigo para resguardo Pedro-el-Negro, fueron desarmados y presos.

Entre tanto, descendiendo por estrechas escaleras y atravesando húmedos pasadizos, Pedro-el-Negro fué conducido á una lóbrega mazmorra: allí le desataron, le quitaron las vendas de los ojos y de la boca, y el bandido se encontró en una lóbrega y sucia estancia, entre dos esclavos africanos delante de una mesa, tras de la cual estaba sentado Jacub, teniendo delante una lámpara encendida, un pergamino y un tintero.

Al lado de Pedro-el-Negro había una horrible rueda de tormento, y sus ojos espantados hubieran podido ver en el escuro fondo del calabozo, la cabeza pálida, y la mirada anhelante é inquieta de Abul'l-Sayd.

—¿Por qué me habeis tratado así?—dijo sin esperar á que se le interrogase.

—Te tratamos como debe tratarse en todos los pueblos á los ladrones y á los asesinos,—contestó con severidad Jacub.

—¡Y qué razones teneis,—dijo afectando indignación, á lo que le ayudaba la rabia de que se hallaba poseido, para llamarme asesino y ladrón?

—Si no le eres, justifícate, porque las joyas que nos has presentado te acusan. ¿Conoces á la persona que poseía esas joyas?

Pedro temía comprometerse si confesaba la verdad, y negó redendamente, afirmándose en su cuento del saqueo de Hariza.

—Medita que estamos resueltos á todo... á todo por saber lo que nos quieres callar.

La expresión conque pronunció el xeque estas palabras inquietó seriamente á Pedro el Negro. Comprendió con la viveza de su imaginación, que por una casualidad funesta aquellas joyas le habían denunciado; recordó la extraña manera de su conocimiento con Leila; el extraño ascendiente que desde el momento había ejercido sobre él, el que ejercía sobre Isabel La-Liebre y sobre el infante don Juan: el oro que salía á raudales de sus manos; todos sus actos que se encaminaban á hacerse poderosa y fuerte: todo cuanto había observado desde su conocimiento con ella; últimamente, que de su casa había salido la comisión que había llevado á las Alpujarras: meditó en que aquella mujer acaso estaba á sueldo del infante Abou'l-Sayd, como un agente en la corte de Castilla, y conoció que debía negar de todo punto hasta el último extremo que la conocía, puesto que cuanto con tanto interés se le

preguntaba por el poseedor de las joyas, no tenían noticias de ella, y acaso podían acusarle de su muerte.

Dar lugar á esta sospecha era someterse á un peligro inminente, dado caso de que aquella mujer tan hermosa, tan tentadora, fuese amante de aquel maldito infante moro que le tenía desarmado en su poder.

Pedro-el-Negro que al fin, aunque no fuese más que por costumbre, era cristiano, sintió sobre sí la mano de Dios, se le oprimió el corazón como si aquellos lóbregos muros le comprimiesen, se arrepintió en el fondo de su alma de todos sus crímenes, prometió á Dios meterse ermitaño si le sacaba de aquel peligro y siguiendo el proverbio aquel que dice, ayúdate si quieres que Dios te ayude, se decidió á callar cuanto sabía acerca de Leila que para él no era conocida, más que como Gastón, cuando la joven representaba á un paje ó como doña Ana, cuando se dejaba ver como mujer.

Pero el hombre propone y Dios dispone. El xeque Jacub apuró con él con esa gravedad y esa paciencia peculiar de los moros, cuantos recursos le sugerió su talento para arrancarle una contradicción por medio de un interrogatorio capcioso. Pedro-el Negro sostuvo impasible que había encontrado aquellas joyas un año antes en Hariza.

Irritado el xeque por la tenacidad de Pedro-el-Negro, mandó á los esclavos que le pusiesen en la rueda.

Ya hemos visto al principio de nuestro libro este

tormento mandado aplicar por el rey don Pedro á Juan de Herrera: la rueda entre los moros era un instrumento ni más ni menos tan terrible como entre los cristianos. Pedro-el-Negro protestó en vano, resistió en vano, y al fin fué suspendido y la rueda empezó á girar uniendo su rechinamiento á los alaridos del atormentado.

Pedro el Negro era valiente, pero como no cerraba sus labios el honor, sino el terror, cedió como cedemos siempre á las exigencias naturales, cuando no hay una razón poderosa que hable en nosotros más alto que el temor de la muerte; este era el que obligaba á callar á Pedro-el Negro, y eran tan atroces los tormentos que sentía, que se creyó morir.

—Yo le diré, yo le diré todo,—exclamó con acento angustioso,—pero tarde para salvar la vida: los esclavos africanos, más feroces que los verdugos del rey don Pedro, habían hecho girar con más velocidad la rueda, y cuando Jacub mandó suspender el tormento, á más de haberse dislocado las articulaciones, había sufrido lesiones mortales en la espina dorsal.

Pedro-el-Negro fué puesto en una camilla, y empezó de nuevo el interrogatorio.

—¿Conoces á la dueña de las alhajas que nos ha presentado?

—Sí,—dijo Pedro-el-Negro, haciendo un penoso esfuerzo.

—¿Es mora ó cristiana?

—No lo sé.

—¿Cómo no lo sabeis si la conoces?

—No sé si es cristiana ó mora, como no sé si es hombre ó mujer.

—¿Cómo se llama?

—Gastón y doña Ana.

—¡Doña Ana!—murmuró Jacub;—es ella, ella sin duda. ¿Cuánto tiempo hace que la conoces?

—Esta noche hace un mes justo.

—¿Qué edad tiene?

—Cuando es hombre, parece tener quince años; cuando es mujer veinte.

—¡Ella es!—murmuró de nuevo Jacub.—¿Y no recuerdas algún acontecimiento notable acaecido por el tiempo en que la conociste?

—Sí por cierto: sucedieron muchas cosas... amaneció incendiada la ferrería de Santa Clara y apareció don Fernan Gomez ahorcado en los matacanes de la puerta de Triana entre un moro y un judío.

—¿Sabes cómo se llama el moro?

—Solo oí decir que era embajador de un infante moro rebelde.

—¿Fué en Sevilla dónde conociste á esa mujer?

—En Sevilla fué.

—¿Y cómo fué tu conocimiento?

—¡Ay! dejadme descansar, señor: me habeis destrozado... siento aquí terribles dolores, en los riñones y en los hombros; ¡oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío! yo voy á morir...

Y lanzando un grito agudo se desmayó.

Dejó su asiento el xeque y se lanzó á la camilla; al mismo tiempo se abrió la puerta y entró en el calabozo Abou'l-Sayd.

—Este hombre—dijo gravemente Jacub,—que como todos los moros de su tiempo entendía algo del arte de curar, no volverá de su desmayo sino para morir.

—¿Y no ha revelado?...

—Sí, sí, señor, pero á medias... conoce á Leila y según su revelación anda entre los cristianos á veces como hombre, á veces como mujer.

—¿Y se sabe dónde está?

—En Sevilla...

—¡En Sevilla! ¡en Sevilla! ¡pero dónde! ¿crees tú que sea fácil encontrar en Sevilla una persona?

—La haremos buscar.

—¿Y por quién? ¿por quién?—exclamó con desaliento el infante.

—¡Por quién!—exclamó Jacub como iluminado por una inspiración:—por el tesorero del rey que sin duda la conoce, puesto que don Simuel es quien nos envía las sesenta mil doblas.

—¡Oh! ¡dices bien! poco importa que muera ese hombre ó viva... con tal de que al rebarla no la haya asesinado... pero no... no... Dios que me hace tener noticias suyas no me las había enviado después de habérmela arrebatado: ¡oh! no sabes cuánto la amo, Jacub; por una mirada de amor de sus ojos cambiaría el

reine de Granada: y ella me ama, sí, ella me ama... es mi arcángel.

Jacub movió la cabeza en ademan de duda.

—¿Y por qué si no me ama, me envía esas sesenta mil doblas? ¿acaso ese tesoro que ese hombre ha traido no puede ser, que me haya sido enviado de ese modo como para tentar su codicia haciéndole pensar que yo pagaría más por esas joyas, para evitar acaso que se las apropiase, haciéndole concebir una mejor ganancia con su venta? ¿acaso no venían en el cofrecillo esas cartas mías y de don Simuel cuya pérdida me tenía tan inquieto no sabiendo si habían ido á parar á manos del rey don Pedro? ¿y ese tósigo tan activo no quiere decir claramente: lucha y muere antes que deshonrarte?

Como sucede muchas veces en la vida, Abou'l-Said interpretaba como hechos deliberados en su favor lo que solo eran casualidades.

—¿Pero cómo no te escribe, si es como piensas, señor,—dijo receloso Jacub.

—Acaso no encuentre persona que la inspire confianza; acaso su presencia en Castilla me es más útil, que un ejército; y es necesario contribuir por nuestra parte á tan sublimes esfuerzos. Escucha; mañana partirás á Granada: tú tienes mil medios sin comprometerte de ponerte en comunicación con la sultana Kinsu'l-Llemal: dale ese libramiento y que compre, que pague al walí de los berberiscos, que se apodere de la

Alhambra, y que haga aclamar á su hijo Ismail. Escucha; llévate contigo esos doce cristianos y véndeles; son jóvenes y robustos y bien podremos sacar por ellos algunos cientos de doblas. Yo entretanto procuraré reunir un ejército con el valor de las joyas de Leila y cuando sea rey Ismail le arrojaré á mi vez del trono y me sentaré en él. Vamos, es necesario obrar pronto... la actividad es acaso la fortuna.

—¡Y ese hombre!—dijo Jacub señalando á Pedro-el-Negro.

—Le enviaré mi sabio médico. Si vive sabremos cuanto el sepa, y si muere... antes de morir nos ha dicho bastante.

Dicho esto, salieron el infante y el xeque y el bandido quedó en el calabozo, desmayado aun y guardado por los dos esclavos.

Al día siguiente al amanecer, aquellos dos esclavos salieron por un postigo del castillo llevando con gran trabajo un bulto metido en un saco; se perdieron entre las quebraduras, llegaron á una rambla, abrieron un hoyo, y arrojaron en él y enterraron un cadáver que sacaron del saco.

Aquel cadáver era el de Pedro-el-Negro que había espiado con una muerte horrorosa los numerosos crímenes conque había manchado su vida.

CAPÍTULO IV

En que aparece de nuevo Leila, incansable en su obra de venganza.

A la misma hora en que de una manera tan miserable era enterrado Pedro-el-Negro en tierras de infieles, harto ajena del desastroso fin de su amante, entraba Isabel- la-Liebre á caballo, disfrazada también, como sabía hacerlo, de paje, en el Coso de Zaragoza.

Pero Isabel no iba sola: antes por el contrario, magníficamente acompañada ó por mejor decir, formando parte del respetable acompañamiento de una litera que conducida por dos mulas iba rodeada de un centenar de lanzas.

Estas lanzas, á poco que se observasen los semblantes de los hombres de armas que las constituían, eran, ni más ni menos, hermanos de Nuestra Señora de Roncesvalles.

Al frente de este peregrinos de tan doble caráter, iba un jeven capitán armado de todas armas, oprimiendo los lomos de un cercel de batalla y cubierto de ricas galas sobre el arnés; los buenos y bravos arageneses que acudían al Cese en busca de trabajo se admiraban de que brillase tanta valentía y tanta bravura en la mirada de aquel capitán tan rapaz que apenas parecía contar quince años y que era tan hermoso como una dama.

Nuestros lecteres habrán comprendido que aquel jeven caballero no era otro que Leila.

Por más que en aquelles tiempos de guerras y revueltas estuviesen acostumbrados los buenos ciudadanos de Zaragoza, á ver lucidos escuadrones de hombres de armas, eran tan completos los arneses de hombres y caballos de los aventureros del sin ventura Pedro-el-Negro, tan luciente el hierro de aquelles arneses, tan iguales entre sí, que no podían menos de maravillarse y de preguntar de que parte venía tan buenos soldados.

Esto mismo que pensaban los pobres villanos jornaleros, pensó sin duda un caballero que desembocaba á pie por una esquina, y que se detuvo admirado al ver el escuadrón.

—¡Por San Dionisio!—exclamó en mal castellano con un marcado acento breton, encarándose con Leila; ¿me podreis decir, caballero, de dónde habeis sacado tan buenos hombres, tan buenos arneses, y tan excelentes corceles?

—Los he sacado de mi bolsa, caballero,—contestó Leila, posando en el incógnito una penetrante mirada.

—Pues por Barrabás, doncel, que vuestra bolsa debe de ser honda y ancha cuando ha podido salir de ella todo eso.

Y el caballero, que iba por cierto bien pobre y desaseadamente vestido, no queriendo sin duda ser importuno, saludó con la mano á Leila é iba á alejarse, cuando la joven le detuvo con un ademan.

—Permitidme, ya que me habeis hecho dos preguntas, que yo os haga otras dos. ¿Quién sois?

—Justo es que os responda. Yo soy el Dogo de Bretaña.

—¡El gran Condestable de Francia!—exclamó Leila con alegría.

—Esto es, Beltran Duglesclin, si os place para serviros, caballero, y permitidme ya que me habeis preguntado mi nombre: ¿cual es el vuestro?

—¡El mío! ¡vah! el mío es un nombre oscuro. Me llamo don Gastón Tellez.

—¡Don Gastón! ¿sois caballero?

—Caballero soy.

—¿Y quién os ha calzado la espuela, mancebo?

—El rey don Pedro el cruel,—contestó con intención Leila.

—Pues dicen que el rey don Pedro no hace á todos caballeros.

—Es verdad; el rey don Pedro necesita conocer alguna hazaña en aquel á quien ha de conferir la orden de caballería.

—Hazañas, ¡eh! pues por muchas que hayais hecho á vuestra edad, bien podrá caber su relato en un pergamino mucho más reducido que vuestra bolsa.

—Teneis razón, caballero, teneis razón; para servires, y á Dios; voy de prisa.

Y haciendo saltar con una admirable maestría á su caballo junto á Duglesclin, que hubo de dar otro admirable salto atrás, para no ser pisado, Leila al llegar á cierta distancia blandió su lanza en el aire como para saludarle, y al blandirla la rompió en tres pedazos que partieron silbando.

Después de aquel alarde de fuerza maravilloso en sus años, arrojó el trozo de lanza que la quedó en la mano y pasó, lanzando á Duglesclin una insolente carcajada.

El célebre breton, el gran capitán de Francia, quedó inmóvil como una estátua en el lugar en que se encontraba con los ojos desmesuradamente abiertos como quien ha visto una cosa maravillosa.

Luego recogió uno de los trozos de la lanza y la examinó.

—Pues no, no,—dijo; por todos los santos del cielo, que no es de pino, sino de buen roble cortado en sazón y curado; una verdadera lanza de guerra con la que, á no haber sido rota, me atrevería á descabalgar á diez

Lit. J. Palacios. Arenal 27. Madrid.

TENÉIS RAZÓN, CABALLERO, PARA SERVIROS, Y Á DIOS; QUE VOY DE PRISA.

gendarmes (1). ¿De dónde ha salido ese prodigio? Buen ginete, buena lanza, buen capitán; sí, por el papa: el bravo Sir Hugo de Caberley no lleva mejor aderezada su gente, ni llevan ventaja á la de ese rapaz mis formidables compañías blancas. Y es una mujer, sí, por San Dionisio; solo una mujer mira y se rie de una manera tan audaz, tan senora y tan insolente. Y bien, siendo una mujer, lo comprendo; siempre tienen ellas el diablo en el cuerpo, y como buen huésped siempre está dispuesto el diablo á ayudarlas; es una mujer y una mujer hermosísima... ¡hum!

Y el bravo Duglesclin, se pasó la mano por los ojos se aliñó el bigote, siguió su camino y entró en una casa cercana.

Como hemos visto, el experimentado bretón había sido más perspicaz que todos los que hasta entonces desde su llegada á Castilla había tratado Leila; bien es verdad que esta, desde que habia pasado las fronteras de Aragón se había cuidado muy poco de disfrazar lo que había de mujeril en sus maneras.

Leila se alejó con la litera y con las lanzas por una calle de atraviesa, y llegó á una plazuela irregular en cuyo fondo había un caseron enorme con gran escudo sobre la puerta, y enorme balcón sobre el escudo.

Isabel-la-Liebre, adelantó, llamó, apareció un hombre por un ventanillo de la puerta, y después de algunas

(1) Denominación francesa de los hombres de armas que aun se conserva en Francia por costumbre.

preguntas y respuestas, la puerta se abrió y apareció un antiguo conocido nuestro: el escribano Alvar Yañez.

—¡Ah! por fin habeis venido,—dijo el escribano: y no habeis tardado mucho á fe: apenas he tenido tiempo desde que m e escribísteis para buscares casa.

—¿Y es capaz y bastante para toda mi gente?

—Entrad y juzgareis.

Abrió el escribano de par en par las dos hojas del portalón, y entró la litera y entraron los hombres de armas en un inmenso patio.

—¡Hola! Pero Alvarez,—dijo Leila desmontando: pie á tierra: los caballos á las cuadras y la gente á descansar; que no se desmande ninguno: acercad la litera á las escaleras.

Leila abrió la litera y de ella salió una mujer que tambien nos es muy conocida: doña Aldonza Coronel, pálida, y triste en traje de viaje.

—¿Hemos llegado ya?—dijo, no pudiendo disimular su terror.

—Sí, si por cierto, señora, apoyaos en mi brazo: venid con nosotros, señor Alvar Yañez.

Leila, doña Aldonza, Isabel-la Liebre y Alvar Yañez subieron unas anchas escaleras, atravesaron un corredor y después de una enorme antecámara, entraron en una cámara, amueblada dignamente, con lujo, verdadera cámara de palacio, que recibia sus luces de un gran balcón que daba á la plazuela sobre la puerta principal.

Cuando llegaron allí, Leila llevó á doña Aldonza á un estrado y se sentó al otro extremo como quien descansa de una larga jornada.

Isabel la Liebre se entregó á la inspección de las habitaciones adyacentes y Alvar Yáñez permaneció de pié delante del estrado.

—Creo que habréis comprendido,—dijo Leila al escribano,—que quiero vivir el tiempo que esté en Zaragoza noblemente.

—Tanto lo he comprendido, que ya veis señor...

—Llamadme señora,—dijo Leila:—doña Aldonza me conoce, y no hay por qué guardar misterios con ella.

—Pues bien, señora, á pesar del poco tiempo que habeis tardado en llegar, ya veis; os tengo preparado un palacio en que no hace mucho tiempo vivían las justicias de Aragón.

—¿Y servidumbre?

—Dos maestres-salas, un cocinero, seis escuderos, seis pajes y seis palafraneros.

- Bien, muy bien: creo que estamos en estado de poder recibir con decoro: os doy las gracias por ello.

—Será tambien necesario que me deis dinero, con arreglo á esta cuenta,—dijo Alvar Yáñez sacando un largo pergamino de su escarcela.

Leila tomó el pergamino, y sin leer ninguna de las partidas se fué á la suma total.

—Quinientos escudos,—dijo:—bien... estoy segura de que me robais las dos terceras partes de este dinero.

—¡Señora!...

—No importa: el que ha de ser servido ha de ser rebado; solo es de desear que aún así se nos sirva bien: bajad, haced descargar las acémilas y que suban mis cofres: volved después.

—Alvar Yáñez salió y Leila y doña Aldonza quedaron solas: esta última visiblemente contrariada, tenía constantemente fija su mirada en la alfombra, como se temiera arrostrar la mirada que Leila tenía fija en ella.

—¡Cuántas cosas han pasado en un mes!—dijo al fin la jóven:—por cierto que cuando vos vivíais en el convento de Santa Clara del Campo, no pensábais que habíais de volver tan pronto al lado de vuestro esposo. Estoy segura de que esto será una grata sorpresa para el señor Alvar Pérez de Guzmán, que, según dicen, os ama con toda su alma.

—¿Qué os he hecho yo?—dijo tímidamente doña Aldonza para que así os vengueis de mí.

—¡Que me vengo de vos! hé aquí un buen modo de agradecer los beneficios.

—¡Vuestros beneficios son horribles,—exclamó doña Aldonza.

—Y decidme; ¿qué hubiera sido de vos sin mí? recordad bien: hace muy poco tiempo que pasaron los sucesos que os voy á indicar para que no los tengais fijos en la memoria: hubo un día, en que ausente el rey de Sevilla, vigilante y armada la traición, estuvísteis á punto de vencer, de apoderaros del trono, de la

manceba del rey, de la corte: pero sin saber como la traición fué vencida, y vos que os encaminábais triunfante al alcázar, acometida, cercada, amenazada por una multitud furiosa: ¿Quién os salvó de las picas y de los palos de aquella canalla? yo con mis gentes: ¿quién os tuvo después oculta, recatada de modo que el rey no pudiese dar con vos? yo tambien: ¿quién os ha sacado en seguridad de Castilla y os devuelve á vuestro esposo? yo: siempre yo... ¿y á esto llamais beneficios horribles? vamos doña Aldonza, debeis confesar que sois muy desagradecida.

—Entre mujeres como nosotras, todo se comprende, —dijo doña Aldonza:—vos me aborreceis como yo os aborrezco desde el momento que os ví: habeis engañado á todo el mundo con vuestros disfraces y vuestra astucia; pero á mí no pudísteis engañarme: yo ví desde el primer momento en vos una mujer, y una mujer enamorada de Men Rodríguez, como vos vísteis en mi una mujer amante y amada por el hombre que no había sabido descubrir bajo vuestro disfraz una mujer que le amaba con ese amor desesperado que nos inspira el odio de aquel que amamos: desde entonces vos teneis sed de mi sangre como yo la tengo de la vuestra: á vos os ayuda el infierno, disponeis de un poder misterioso, pudísteis contrarestar mis designios y los de mis arciales, y apoderaros de mi: ¡qué me habeis salva- ¡sí, es verdad: para vos era pequeña venganza mi uerte: la queríais mayor queríais humillarme y ha-

beis hecho cuanto ha estado en vuestra mano para ello: queríais condenarme á una muerte terrible y me habeis traido para entregarme á mi esposo, que lo sabe todo... y esto es muy cruel... sí... cruel hasta el último punto posible: yo no hubiera obrado así con vos: mis celos os hubieran matado, pero nunca se me hubiera ocurrido entregaros á un martirio lento...

—¡Porque vos no sabeis amar!—exclamó Leila con la voz opaca y convulsiva por el odio: —porque no sabeis cuánto aborrecimiento, cuánta rabia, cuánta sed de venganza inspira en una mujer como yo, saber que otra mujer ha poseido al hombre amado, ha sonreido ébria de felicidad en sus ojos, le ha tenido suyo, enteramente suyo: ¡oh! ¡oh! no teneis vos la culpa... pero... de una manera inevitable necesito que pagueis con un tormento sin fin esa felicidad que habeis gozado, por lo que yo sufro y me estremezco de furor, y me he manchado en sangre y me mancharé...

—Pues bien, matadme,—dijo con desesperación doña Aldonza,—pero no me entregueis á mi esposo: matadme con una muerte lenta, cruel: tengo valor para sufrirla... ¡Pero por Dios! señora, por la vida de ese adorado Men Rodríguez, no me entregueis á la vergüenza y al llanto toda mi vida.

—¡Mataos vos! ¡robaos á mi venganza!

—¡Oh! es que me falta valor, señora...

—No; es que teneis esperanza...

—¡Esperanza!

—Sí, esperanza de que un acaso, os vuelva á vuestro Men Rodríguez: esperanza de ser de nuevo suya y acaso su esposa... vos no os atreveis á mataros... pero no dudaríais en envenenar á vuestro esposo para quedaros viuda...

—¡Ah!—exclamó doña Aldonza lanzando un gemido ahogado.

—Vos decís que me comprendeis: yo no lo he dicho; pero ya veis cuán bien os comprendo: habeis dicho bien: soy la más fuerte: estoy en una posición de vengarme y me vengo... pero mirad... por gozar yo de los tres días que vos habéis gozado con él... lo aceptaría todo... todo: la cólera de un esposo, el desprecio del mundo, la ira de Dios.

—Dios os castigará.

—Castígueme en buen hora: creedme doña Aldonza: más fácil os sería libraros de una pantera hambrienta que os tuviese entre sus garras, que de mi venganza; porque amais á Men Rodríguez... y escuchad: Men Rodríguez no os ama: le parecísteis hermosa, os encontró en su camino teníais sobrados encantos para hacer gratos á un hombre algunos momentos pasados á vuestro lado, hasta el encanto de la pureza: ¡oh! debeis haber gozado de un modo inmenso... pero para vuestro mal. Men Rodríguez no os abandonó porque no tuvo tiempo para ello... pero os hubiera abandonado, porque nunca os ha amado más que con un poco galanteo de mancebo... á quien ama Men Ro-

drígnez, antes que todo, no es á vos ni á mí, sino á una mujer que vale para él más que vos y que yo... vos no conoceis esa mujer.

—¡Doña Isabel Nuñez de Lara!

—Vuestros celos os lo dicen... pero descuidad... yo me vengaré tambien de esa mujer... yo he de hacerla sufrir mi odio como á todas las que le amen... porque mi amor es un amor de Satanás, un amor que exterminará á todo lo que le cause celos.

Doña Aldonza se cubrió el rostro con las manos y rompió á llorar, Leila la contemplaba de una manera sombría: en aquel momento apareció Isabel-la-Liebre.

—Y bien,—la dijo Leila:—¿es habitable este caserón?...

—Puede pasar, se conoce que el señor Alvar Yáñez ha hecho cuanto ha estado de su parte.

—¿Y la habitación de doña Aldonza?

—Hay un retrete, en el que esta señora se encontrará sin duda bien; tiene ventanas á un hermoso jardín.

—¡Ventanas,—exclamó con recelo Leila.

—Ventanas con rejas,—repuso Isabel.

—¡Una prisión!—exclamó doña Aldonza.

—Pero prisión de que vendrá á sacaros vuestro esposo. Creedme: id, descansad, serenaos: preparaos á un combate de astucia: Alvar Pérez de Guzmán os ama, está ansioso de poseeros... hacedle vuestro señor, y... os perdonará.

—¡Pertenecer yo á ese hombre por terror! ¡no, no, antes la muerte!

—Hareis lo que mejor os plazca... pero tomad mi consejo, id y descansad.

Doña Aldonza se levantó y siguió á Isabel; Leila quedó sola en la cámara: poco después entró Alvar Yáñez.

—Vuestros cofres, señora,—dijo,—están ya en la habitación que he destinado para ellos.

—Veamos, pues, si habeis tenido acierto.

El escribano y Leila se trasladaron á una habitación, en la que se entraba por el dormitorio destinado á la joven y que no tenía otra salida: una fuerte ventana con rejas daba sobre un jardín, y la puerta de entrada era fuerte.

En el centro de la habitación había como una docena de grandes cofres: Leila fué á uno, le abrió y sacó de él un pesado saco de cuero.

—Aquí hay dos mil escudos en oro,—dijo:—satisfaced de ellos lo que debais; además, dijo la jóven, sacando del mismo cofre un pergamino en que estaba pintado un blasón;—id á la mejor bordadora de la ciudad y que borde este blasón en un estandarte.

—¡Cómo! ¿vais á levantar bandera?

—Nada os importa lo que yo quiero hacer, pagad cuanto quieran por concluir pronto: quiero bordado ese estandarte dentro de tres días.

—Y bien, el oro hace milagros; el estandarte estará.

—Ahora bien,—dijo Leila, empezando á deshebi-

llarse su magnífico arnés de guerra, cuyas piezas caían una á una sobre el pavimento, ¿qué habeis hecho desde vuestra llegada?

—He comido tres veces con el marqués de Tortosa.

—El resultado,—dijo Leila tomando de un cofre un magnífico ropón y poniéndosele sobre el traje interior.

—El rey de Aragón acepta.

—¿Y qué seguridades dan del dinero que ha de entregárseles?

—Los castillos de Murviedro y Tarazona, con sus villas y jurisdicción.

—Bien; pues concluid cuanto antes.

—Ya que están aquí, lo que yo ciertamente no esperaba, ¿por qué no tomais á vuestro cargo?...

—No quiero dar la cara á estos asuntos: ¿y que noticias tenemos?

—La muerte del maestre de Santiago, ha causado aquí una impresión terrible, y solo espera el conde de Trastamara, que el delfin de Francia, á nombre de su padre el rey Juan, le envie las famosas *compañías blancas*.

—Y decidme, ¿qué hace aquí el famoso condestable de Francia Beltran Duguesclin?

—Viene como capitán de las compañías á tratar del sueldo; hace algunos días que ha llegado, y estaba próximo á marchar de nuevo, cuando le detuvo la proposición que por vuestro encargo hice al rey de Aragón.

—Bien, muy bien; ¿es decir que dentro de poco romperemos por la frontera?

—Me parece temprano,—dijo moviendo la cabeza con desconfianza el escribano; don Pedro está ahora más fuerte que nunca, cuenta con sus propias fuerzas; que formidables, y, en caso de necesidad con la alianza de los reyes de Navarra y de Granada.

Leila meditó un momento.

—Dentro de poco,—dijo al fin,—hemos de ver, si es tanta como se cree la fuerza del rey don Pedro. ¿Dónde vive el conde de Trastamara?

—Con el rey de Aragón, en el castillo de la Aljafería.

—Es menester que vayais á anunciarle, que un caballero castellano irá á verle esta tarde: antes quiero que vayais á casa del señor Alvar Pérez de Guzman, y le digais que venga al momento, si quiere recibir noticias de su esposa de un caballero que acaba de llegar de Castilla. De paso, decid á Pero Alvarez, que suba.

El escribano salió, y poco después Pero Alvarez, desarmado ya, estaba delante de la joven.

—Pondrás,—dijo Leila al aventurero,—un guarda de cuatro hombres á la puerta de casa, que quiero que esté abierta á las miradas de todos: que esos hombres se conduzcan como deben conducirse soldados de un capitán noble y valiente: esta guarda se relevará todos los días; la demás gente puede salir desde mediodía

hasta la queda: pero que tengan en cuenta, que castigaré con excesivo rigor cualquier exceso. Vete.

Pero Alvarez salió. Leila fué á la habitación donde tenía sus cofres; abrió uno, sacó de él un rollo de pergaminos y le guardó en su escarcela.

CAPITULO V

De la manera cruel que tuvo Leila de deshacerse de doña Aldonza.

No había transcurrido una hora después de la salida en comisión de Alvar Yañez, cuando un hidalgo, ricamente vestido, acompañado de dos pajes llegó á la casa de Leila; se hizo anunciar con el nombre de Alvar Pérez de Guzman, y fué introducido en una de las cámaras de la casa.

En ella Leila, servida por Isabel-la-Liebre, almorzaba.

Alvar Pérez de Guzman que era un caballero como de cuarenta años, feo, de aspecto severo, fisonomía ruda y altiva, y mirada dura é insolente, se mostró un tanto contrariado al verse recibido con tanta llaneza. Leila, ni aun se había levantado á su llegada, y le miraba de hito en hito de una manera particular.

—Perdonad, caballero, si os recibo de este modo, —le dijo: hemos caminado toda la noche, acabamos de llegar y estoy cansado... muy cansado... además, creo que el asunto para que os llamo, me dispensa de la premura con que os he avisado y de la manera como os recibo; sentaos, y si gustais almorzad conmigo.

Alvar Pérez se sentó en un sillón que le había presentado Isabel, y contestó sin quitar de sobre Leila una mirada profundamente observadora.

—¿Sois por ventura, don Gastón Tellez?—la dijo.

—Don Gastón Tellez soy.

—Es singular: yo conocí mucho á vuestro padre, si es que sois hijo de don Alfon Tellez.

—¡Ah! ¿habeis sido amigo de mi padre?

—Mucho: por cierto, que cuando huyó de Castilla...

—Es verdad, y veo que no os equivocais.

—Me paraceis, sin embargo, demasiado jóven: Alfon Tellez huyó hace diez y ocho años, por no sé qué venganzas que quiso tomar de...

—Sí: en efecto; mi padre fué á Granada.

—De donde no volvió...

—¿Y quién os ha dicho que no volvió?—dijo con disgusto Leila.

—Perdonad caballero; pero sois un vivo retrato de la esposa de mi amigo Tellez, la desgraciada doña Teresa de Ulloa.

—¿Y qué tiene de extraño que me parezca á ella si soy su hijo.

—No sabía que hubiese tenido más que una hija el matrimonio... pero...

—Perdonad, señor Alvar Pérez; en otra ocasión os referiré cómo puede ser que yo sea hijo varón de don Alfon Tellez y de doña Teresa de Ulloa; son secretos de familia, para aclarar los cuales sería necesario contaros una historia; paréceme más urgente que hablemos de vuestra mujer, de la que debeis haber recibido algunas noticias por medio del señor Pedro Carrillo, que segun creo es mayordomo de don Enrique, y á cuyo cargo pusísteis á doña Aldonza...

Alvar Pérez de Guzman se sonrojó y miró con inquietud á Isabel.

—Alzad los manteles, señor Florisman,— dijo Leila, y traedme una cajita de ébano que encontrareis sobre la mesa de mi cámara.

Poco después quedaron solos Alvar Pérez de Guzman y Leila, que puso delante de sí sobre la mesa, una pequeña caja que la había traido Isabel.

—Como os decía,—prosiguió Leila,—el señor Pero Carrillo os habrá dicho...

—El señor Pero Carrillo solo me ha contado, que fue denunciado al rey, que se salvó milagrosamente arrojándose por una ventana al Guadalquivir, y que logró ponerse á cubierto en la frontera de Aragón mediante á un seguro real que le procuró la Padilla.

—¡Excelente mujer que salva á sus enemigos!—dijo con sarcasmo Leila.

—¡Oh! ¡doña María es un ángel! no hay un solo enemigo del rey don Pedro que no la ame.

—Pues mirad yo conozco á algún enemigo de don Pedro, que aborrece á doña María.

—Su enemigo es sin duda alguna mujer abandonada por el rey, celosa... acaso su enemigo es...

—No sospechais en vano, señor Alvar Pérez... si os referís á vuestra esposa, os engañais.

—¡Mi esposa! ¿y quién ha nombrado á mi esposa, caballero?—exclamó con precipitación el noble.

—Nada tiene de extraño que penseis con arreglo á lo que se ha mentido y murmurado; doña Aldonza durante tres dias ha pasado en Sevilla por la afortunada rival de doña María; pero esto no es exacto: el rey sabía que se le había tendido un lazo con la hermosura de vuestra esposa...

—¡Caballero!

—No hago más que relatar hechos: vuestra esposa estaba sedienta de la sangre del rey por causa de la desastrosa muerte de su padre don Alonso Fernández Coronel de su cuñado don Juan de la Cerda, y de su hermana doña María: doña Aldonza se allanó á todo por su venganza y...

—¡Fué querida del rey!—exclamó torvamente Alvar Pérez: bien; todo eso lo sé y podeis dispensaros.

—Es que vos no sabeis nada...

—¿Qué quereis decir?

—Quiero decir que el odio de doña Aldonza hubiera

pedido disculparos su venganza aunque se hubiera valido de medios poco honrosos... pero doña Aldonza ni se ha vengado, porque no ha podido, ni se ha deshonrado porque no la ha amado ni aun la ha deseado el rey.

—Un pueblo entero testifica de la torpe conducta de dona Aldonza.

—Ese pueblo se ha engañado doblemente, creyendo primero en los amores del rey con doña Aldonza, despues en su muerte. El rey, os lo repito, volvió en contra de doña Aldonza sus amaños, la puso en la torre del Oro, la engalanó con brocados y joyas, la dió la servidumbre de una reina, y la hizo odiosa al pueblo: hubo un momento en que doña Aldonza, creyéndose segura del triunfo, se vió acometida, insultada, amenazada, á las puertas mismas del alcázar... su servidumbre la abandonó, su litera fué hecha pedazos... pero hubo una persona á quienes los sublevados respetaban y pudo salvarla... esa persona fuí yo.

—¿Y qué motivos os impulsaron?...

—¡Qué motivos! vos mismo habeis dicho que mi padre fué vuestro amigo... además, ¿quién no había de amparar á una dama tan hermosa y tan desgraciada? Durante el tiempo que ha trascurrido desde aquel motín, yo que me veía obligado á estar oculto en Sevilla, la he traido conmigo. Llegó un momento en que pude venir á ofrecerme á don Enrique con mi persona y mi bandera; he aprovechado la ocasión de traeros á vuestra esposa, y aquí la teneis.

Una conmoción profunda alteró el semblante de Alvar Pérez, al saber que tenía tan cerca de sí á doña Aldonza; comprendíase en él una de esas pasiones que por todo pasan, que todo lo arrostran en cambio de una concesión: que hacen del hombre más enérgico el esclavo de una mujer: pero que cuando son tenazmente contrariadas, engendran una de esas lentas y cobardes venganzas que horrorizan.

Leila comprendió que doña Aldonza aborrecía demasiado á Alvar Pérez para hacerle descender á una de estas venganzas mezquinas, y sintió una alegría cruel en el fondo de su alma.

—¿Con que está aquí? ¿con que la habeis traido con vos?—exclamó sin poder contenerse Alvar Pérez: dispensadme caballero; pero quiero verla... la amo tanto que creo sin dificultad, que deseo creer que es mas desgraciada que criminal.

—Doña Aldonza, caballero,—dijo profundamente Leila,—ha obrado como ha podido obrar: otra en su caso hubiera obrado más adelante... Teneis en vuestra mujer un tesoro que puede haceros feliz.

—No, no;—exclamó con desaliento el noble, su padre y yo nos engañamos: creímos que tan joven y tan pura me amaría después de nuestro casamiento... pero doña Aldonza ha tenido bastante fuerza de voluntad para desesperarse, bastante valor y firmeza para resistir á mis súplicas y á mis amenazas. Pero sin embar-

go, téngala yo al menos á mi lado, véala todos los días, y seré menos desgraciado.

—Acaso la experiencia y los desengaños de doña Aldonza sean más poderosos para procuraros su amor, que lo han sido vuestras súplicas y vuestras amenazas... pero veo que estais impaciente... tomad ese cofrecillo que pertenece á vuestra esposa, y seguidme.

—¿Y qué hay en este cofrecillo?...

—Algunas joyas, algunos pergaminos que pertenecen á vuestra mujer, y que podeis ver en vuestra casa.

Alvar Pérez miró con un recelo instintivo la caja; la sujetó en su cinturón y siguió á Leila que le había acompañado para guiarle.

Al salir de aquella cámara Leila llamó á Isabel que acudió.

—Señor Florisman, —le dijo, —haced preparar la litera de la dama que hemos traido de Sevilla, y que espere en el patio.

Y siguió adelante.

Poco después abrió una puerta y dijo á Alvar Pérez de Guzmán.

—Hé ahí á vuestra esposa, caballero.

Doña Aldonza que estaba replegada llorando en un estrado, se levantó al oir las palabras que Leila había pronunciado con intención en voz alta.

—¿Quién habla aquí de esposas? —dijo; —aquí no hay más que una esposa de Dios.

Alvar Pérez que adelantaba deshalado hacia doña

Aldonza,—retrocedió:—Leila permaneció en el marco de la puerta como una figura fatal.

—Una esposa de Dios,—exclamó el noble:—vos señora... vos casada...

—¡Casada! casada contra mi voluntad,—exclamó doña Aldonza:—casada con un hombre á quien aborrezco, y de quien no faltará quien me libre... entendedlo bien... por mas que una mujer infame me haya puesto en vuestras manos.

—¡Una mujer!—exclamó mirando profundamente á Leila:—¡oh! ¡sí, ahora lo comprendo todo! Doña Ana Tellez de Ulloa...

—Sí ¡vive Dios! yo soy doña Ana Tellez; doña Ana que ha venido á Castilla á vengar á sus padres, y ha empezado á vengarlos: doña Ana que ama y se venga de quien le ha robado su amor.

—¡Doña Aldonza! ¡os vengais de doña Aldonza entregándomela!

—Entregándoos á una esposa adúltera.

—¿Adúltera?—exclamó Alvar Pérez de Guzmán.

—Abrid ese cofrecillo, caballero, y juzgad; la llave está pendiente de él.

Doña Aldonza aterrada y trémula, se cubrió el rostro con las manos y cayó en un sillón. Alvar Pérez fué á una ventana, puso el cofrecillo sobre su alfeizar, y le abrió.

—¡Diamantes!—dijo.

—Diamantes regalados por el rey.

—¡Oh!—exclamó el noble desenrollando unos pergaminos que había dentro del cofrecillo, ¿qué es esto?

—Las pruebas del adulterio; cartas del dichoso amante de vuestra esposa; cartas que esta tenía en tanto que no la separaba de sí; ¡como que las llevaba consigo cuando la noche del motín de Sevilla!

—¡Oh! lo que acabais de hacer es infame y Dios os castigará por ello,—exclamó doña Aldonza levantándose y lanzando á Leila una mirada indescriptible.

—¡Men Rodríguez de Sanabria!—exclamó Alvar Pérez, que tenía fijos los ojos con una expresión espantosa en uno de los pergaminos. ¡Quién es este hombre!... ¡y le amais!... ¡le amais!... ¡y habeis sido suya!...—exclamó Alvar Pérez, adelantando un paso hacia doña Aldonza con la mano puesta en la daga.

—Matadme en buen hora,—le dijo...—sí... he sido suya... suya en cuerpo y en alma, pero solo suya, ¿lo entendeis?... oidlo bien... no lo niego... no quiero negarlo... vos no teneis derecho alguno sobre mí... sabías que nunca sería vuestra... que era imposible... porque os aborrezco.

—Y yo he sufrido y callado, mientras habeis sido honrada... pero habeis manchado mi honor, le habeis manchado con escándalo... y no os mataré... no... pero temblad... temblad... porque sin mataros, la venganza que tomaré de mi afrenta será horrible.

Leila había previsto aquella venganza, y la aceptó con una sonrisa cruel.

—En cuanto á vos, doña Ana,—dijo Alvar Pérez, —ignoro si debo daros las gracias ó castigaros... el tiempo me dirá lo que debo hacer.

—Lo que debeis hacer,—dijo con una calma glacial Leila,—es salir y librarme de vuestra presencia, porque os desprecio tanto como á vuestra mujer.

Alvar Pérez palideció de cólera, y avanzó hacia Leila, que no se movió; para bien suyo recordó el noble los hombres de armas que había visto á la puerta de la casa y en el patio, y retrocediendo y quitando la mano de su espada, asió de doña Aldonza, la arrastró consigo y dijo á Leila al pasar con el semblante lívido de cólera:

—¡Guardaos! ¡guardaos de mí!

Y se alejó por una galería, bajó las escaleras y salió de la casa con doña Aldonza, mientras Leila murmuraba:

—¡No me satisface mi venganza sobre doña Aldonza! es débil, pero me estorbaba y necesitaba deshacerme de ella de cualquier modo.... allá se las componga con Alvar Pérez de Guzmán.

CAPÍTULO VI

En que se sabe cómo y por qué había ido á Zaragoza Leila.

Aquella tarde, á puestas del sol, Leila magníficamente vestida con un traje de caballero, ostentando brocados y espuelas y cadenas de oro, acompañada de Alvar Yañez, que iba humildemente vestido, y de dos escuderos, por respeto, salió de su casa y se encaminó á la Aljafería.

Durante el tránsito, las buenas y robustas zaragozanas miraban sonriendo á Leila, y murmuraban de una manera que llegaba á los oidos de la joven.

—¡Dios le bendiga, y qué hermoso es el garzón!

Los hombres á su paso fruncían el gesto y murmuraban:

—Hé aquí cómo andan los tiempos; la orden de caballería se da ya al que más dinero tiene; ¡valiente

edad para hazañas!... se les ha olvidado ponerle el babador.

También lo oia esto Leila, pero pasaba tan impasible á los insolentes sarcasmos de los hombres, como á los requiebros de las mujeres.

Había otra tercera clase que también dejaba oir su voz á Leila; eran mendigos; fuese por ostentación ó por caridad, los dos escuderos que la acompañaban daban una moneda de plata á cuantos encontraban, que en aquellos tiempos de guerra, peste, hambre y otras mil calamidades eran muchos.

Cuando uno de estos desdichados al ver de una manera imprevista y milagrosa en sus manos una moneda de plata, exclamaba con toda la efusión de su alma y á veces con lágrimas.

—¡Dios bendiga al buen señor, y le de la gloria por su caridad! Leila se conmovía, y al conmoverse murmuraba para sí:

—No, yo no soy mala; tengo caridad en el alma amo el recuerdo de mis padres, amo á mi hermana... lo amo todo... menos á mis enemigos y á las mujeres que me disputan á Men Rodrigues; ellos son los que endurecen mi alma y la hacen cruel... pero para ellos solos... si no tuviera dolores que vengar, si me amara él, yo sería un ángel.

Y Leila tenía razón; perversa, infame y cruel en sus venganzas, su maldad era condicional, necesitaba estar excitada por una gran pasión.

Cuando llegaron á la Aljafería, Leila se vió obligada á esperar, á hacer antecámara; el conde de Trastamara ó no sabía la importancia del personaje que iba á visitarla, ó si lo sabía quería darse la importancia de un soberano.

Leila, que aborrecía á don Enrique como aborrecía á don Pedro y á todos los hijos del rey don Alonso XI, exceptuando á Beatriz, añadió esta humillación á su cuenta de odio contra don Enrique.

Mientras mal su grado espera, aprovecharemos esta ocasión para decir á nuestros lectores, por qué de una manera tan extraña, convertida en capitán de aventureros, alojándose en una casa ostentosa, y llevando al parecer consigo grandes riquezas, se encontraba en Zaragoza Leila.

Desde el momento en que la robó Pedro-el-Negro, se apoderó de ella un terror oscuro; parecíala que la fortuna la abandonaba, y sobre todo, que había en Sevilla alguna persona misteriosa que la conocía; y á cuyas asechanzas se encontraba expuesta; desde entonces pensó en alejarse algún tiempo de Sevilla, para hacer perder la pista, pero dudaba en la elección del lugar que elegiría para su residencia.

Lo primero que se le ocurrió fué trasladarse á Santiponce á la torre donde vivía el judío Jonathan-Abi-Harum-ebn-Sina; el odio que aquel hombre profesaba á don Pedro le había hecho simpático á Leila, y el misterio de su retiro y la proximidad á Sevilla la decidieron.

Causábale terror aquella casa y se apresuró á ordenar sus efectos para trasladarse de ella; encontró que aunque el robo había sido considerable aún la quedaban doble número de alhajas y de más valor; echó de menos la correspondencia entre don Simuel Leví y Abou'l-Sayd, y esto la confirmó en sus sospechas de que el judío era el autor del robo; pero en cambio encontró en uno de sus cofres un objeto que era para ella desconocido.

Era una voluminosa cartera de seda bordada, cerrada con una cinta y sellada.

—¿Quién ha puesto esto aquí?—dijo la joven dando vueltas en sus manos á la cartera,—este cofre no ha sido abierto por nadie sino por mí... ¡ah!—exclamó recordando,—esta es la cartera que encontré en el átrio de San Gil la noche del motín, y de la que me había olvidado. ¿Qué contendrá esta cartera? Veámoslo.

Rompió el sello, desenvolvió la cartera de la cinta, la abrió y halló dentro de ella cuatro pergaminos doblados y sellados particularmente; tres de ellos tenían por sobrescrito «á don Pero Ponce de León, señor »de Arcos,» el otro, «al monge negro de la cruz del »Humilladero.»

Leila lanzó un grito al arrojar la vista sobre el contenido del primer pergamino, palideció al leer el segundo, lloró con el contenido del tercero, y lanzó un grito de placer al leer el cuarto, que se dirigía al monje negro, que estaba aún cerrado con tres sellos, sien-

de así que los otros tres estaban abiertos; el contenido de aquel pergamino que tanta alegría había causado á Leila era el siguiente:

«Al santo, al noble, al caritativo monge de la cruz del Hamilladero.—Padre y señor: os escribo desde tierra extraña, á donde me han arrojado las tiranías y las infamias que ha usado conmigo, con su más leal vasallo, el señor rey don Alonso el Onceno de Castilla; puesto que yo no he podido vengarme de él, que me vengue Dios.

»Voy á morir.

»Nada me queda más que el recuerdo de lo que he sido; mis Estados han sido confiscados por el mismo que me ha robado la honra, y muero pobre y esclavo entre infieles.

»Un compañero, un cautivo como yo, que ha tenido la fortuna de ser rescatado, lleva á don Pero Ponce de León, una carta mía en que incluyo esta para vos.

»No lo hago directamente, porque temo que no conociéndoos el mensajero, se pierda esta carta tanto más cuando el qué la lleva va á Jérez de donde es natural, y no á Sevilla.

»Confío en el honor de don Pero Ponce de León que os la entregará.

»Por aquí suena que el conde don Enrique hace la guerra al rey don Pedro; guerra impía que le ha dejado en herencia su padre; dícese también que son tales las tiranías y las crueldades del rey, que acaso esté cerca-

no un día en que arrojado don Pedro de su trono por el reino, se ciña la corona don Enrique; en ese caso si el rey es justo, pedidle una reparación de mi afrenta... pedidle, que ya que no puede satisfacer al padre, satisfaga á la hija... porque bien lo sabeis, tengo una hija, una hija adorada, que es esclava como yo, á quien la compasión de nuestro amo permite que me vea, que me consuele... por ella mi situación no es tan desgraciada, porque el infante Abou'l-Sayd que nos compró la ama, y por su amor me lo concede todo, menos la libertad.

»Esta hija es mi única esperanza de que mi nombre no perezca conmigo, pero es necesario libertarla; afortunadamente ella no ama á Abu'l-Sayd, y jamás será su esposa por violencia, porque es valiente como un león, porque Dios me ha dado en ella, más que pudiera haberme dado en un hijo digno de mi raza.

»A vos y solo á vos, diré los medios que pueden emplearse para salvar á mi hija doña Ana: al salir precipitadamente de Sevilla, solo tuve tiempo para enterrar en un sótano de mi casa solar en Sevilla, mis alhajas y mis tesoros; ese sótano está situado debajo del saguán y en el rincón de la derecha frente á las escaleras, debajo de una piedra negra en una caja de hierro, en esa caja encontrareis diez quintales de oro en castellanos del rey, don Alonso, y un cofrecillo con las joyas que fueron de mi madre y después de mi mujer doña Teresa.

»Pensar en librar á mi hija por un rescate, sería imposible; pero no lo sería tanto el enviar hombres astutos y determinados, que á fuerza de oro comprasen á las gentes que la guardan; vos sois sábio y compasivo y comprendereis este último deseo de un padre que va á morir.

»¡Qué más puedo deciros! si teneis sobre los hijos del rey don Alonso el mismo poder que tuvísteis para con aquel rey, de seguro quitareis de sobre mi nombre la mancha de traición que le abruma, y devolvereis á mi hija, el lugar que le corresponde por su nacimiento.

»Tened en cuenta que cuando esto escribo nubla ya mis ojos la muerte y que muero tranquilo en la confianza de que esta carta llegará á vuestras manos, y que llegando, se cumplirá lo que en ella os pido.—Del Castillo de Valer, en las Alpujarras, á doce días del mes de Mayo, año de nuestra redención de mil trescientos cincuenta y seis años.—Alfon Tellez, comendador de Santiago.»

Leila en vista de esta carta, que venía á ser un testamento, y cuya procedencia misteriosa no supo explicarse, esperó á la noche fué al lugar, donde incendiadas y por tierra, yacían las ruinas del solar de sus antepasados, y á fuerza de paciencia y trabajo, logró encontrar el sótano marcado en la carta; llevaba debajo de su capa una palanqueta de hierro, y latiéndola el corazón, llena de ansiedad é incertidumbre, llegó en el lugar señalado en el rincón de la derecha

del frente, después de haber levantado la piedra negra: al fin la palanqueta se detuvo en un cuerpo que al ser tocado produjo un sonido metálico, y al fin quedó descubierta la caja de hierro.

Leila probó á levantarla, pero la fué imposible; entonces rompió con la palanqueta la cubierta, lo que no fué difícil porque el hierro estaba corroido por el orin, y encontró en la caja el oro y las joyas á que hacía referencia la carta de su padre, junto con la ejecutoria de los Tellez.

Leila trasladó en repetidos viajes de las ruinas y en pequeñas porciones aquel oro y aquellas alhajas á su casa, y cuando se vió fuerte, poderosa, cien veces más rica que lo que ya lo era, no pensó en ir á vivir con el judío Jonathan, ni en esconderse, por el contrario, pensó en ir á buscar su nombre en el único lugar donde podía encontrarle bajo las banderas de don Enrique, que como pretendiente, estaba en el caso de concederlo todo; pero no porque se encontró fabulosamente rica por sí misma perdonó á don Simuel Leví; tenía la conciencia de que, castigándole, ejercía un acto de justicia; le dominaba como á un esclavo, y le arrancó, arrancándole con ello el alma, treinta mil florines, que era lo que Leila creía bastante, para que el rey de Aragón pudiese hacer una tentativa sobre la frontera de Castilla.

Después Leila, por medio de Isabel-La-Liebre, conducto supletorio en ausencia de Pedro el-Negro,

entre ella y los hermanos de Nuestra Señora de Rocamador, eligió cien de los más valientes, los dió cita armados, equipados y montados, como para una expedición á dos leguas de Sevilla, y provista de un seguro real hecho por ella misma en uno de los pergaminos que había robado á Juan Diente, salió de Sevilla un amanecer llevando en cofres sobre el lomo de acémilas sus tesoros y sus ropas; item más, en una litera á doña Aldonza Coronel.

Ya hemos visto cómo llegó á Zaragoza, cómo se deshizo de doña Aldonza y cómo esperaba en la antecámara del conde de Trastamara.

Su espera duró más de una hora, y ya empezaba Leila á impacientarse y á darse al diablo, cuando se abrió una puerta, y un escudero dijo dirigiéndose á ella:

—¿Sois don Gastón Tellez de Ulloa?

—Yo soy, contestó Leila.

—Pues pasad, caballero; mi señor os espera.

Leila entró en una cámara rica, sí, pero que estaba muy lejos de llegar á la riqueza y á la ostentación que se notaba por todas partes en el alcázar de Sevilla.

En aquella cámara habia dos hombres sentados mano á mano en una mesa, sobre la que había algunos pergaminos. Era el uno el conde de Trastamara, á quien ya conocemos, y el otro el *dogo de Bretaña* Beltran Duguesclin, gran condestable de Francia, á quien hemos visto de paso.

Ya al principio de nuestro relato hicimos la semblanza física y moral de don Enrique, y repetirla ahora sería una redundancia en que no queremos incurrir. Ocupémonos, pues, de Beltran Duguesclin, ó Claquin, como le llaman nuestros cronistas.

Todos los que en nuestros tiempos se han ocupado de este personaje, le han presentado de una manera falsa, arrastrados por un fanatismo caballeresco ó por su falta de crítica; puede decirse que, segun los autores españoles, no se conoce de Duguesclin mas que una figura mutilada, presentada por el lado mas odioso. Nosotros á fuer de escritores imparciales, vamos á esponer á nuestros lectores cuanto hemos hallado respecto á ese personaje en las crónicas francesas, únicos jueces competentes, tratándose de un francés.

Beltran Duguesclin, es en la historia francesa un personaje de tanto bulto como en la española el Cid: del mismo modo que para nuestro Ruy-Diaz se escribió un poema entusiasta, lleno de hazañas dignas de la Iiada, se escribió una crónica en verso que no es otra cosa que un poema laudatorio, para Beltrán: sus hazañas llenan de orgullo á los franceses, como las del castellano del Vivar á los españoles. En una palabra, Duguesclin es el Cid francés; pero menos romancesco, menos bello que el nuestro.

Su figura, en vez de hablar en su favor, le perjudicaba: era un jayan huesudo, fuerte, de ancha espalda, rostro negro y tostado, expresión ruda y vulgar,

aunque llena de lealtad y franqueza y puños de hierro, que eran una de las cualidades indispensables para ser tenido en algo, en una época en que puede decirse que la fuerza era el derecho.

Pero bajo esta apariencia salvaje, ocultaba Duguesclin una profunda inteligencia y sabía ser zorro y leon á un tiempo: era acertado en el consejo, elocuente á su manera, audaz y experimentado. Amábanle sus soldados á mas que por valiente, por la llaneza de su trato, por sus bufonadas de que era muy pródigo y por el cuidado casi paternal con que miraba por los derechos, por la subsistencia y por la vida de los que seguían su bandera. Oriundo de una casa hidalga, pero pobre, de Bretaña, supo, uniéndose á la casa de Francia, elevarse á una altura á que muy pocos habían llegado antes ni llegaron después de él. Como todos los hombres avanzados de su tiempo, como el mismo rey don Pedro de Castilla, sus esfuerzos, sus deseos, habían sido el de constituir á Francia en una gran nación, matando los señoríos y los fueros heterogéneos y reasumiendo el poder en una sola mano y el derecho en un solo código. Nació Bretón, y estas aspiraciones de unidad, este bien entendido patriotismo, le hicieron francés. Tuvo, sin embargo, con los mismos deseos, más prudencia y astucia que don Pedro: colocado por su posición entre una nobleza orgullosa y descontentadiza, tuvo habilidad bastante para evitar que los favores, ganidades y recompensas que se le concedieron á ma-

nes llenas, no causasen envidia, ni hiriesen susceptibilidades, haciendo que se reconociesen como un justo premio á su valor y á sus virtudes. Duguesclin conocía su época y vivía y obraba con arreglo á ella, en contraposición del rey don Pedro que la arrastraba de fuerte.

Tachese á Beltrán de aventurero y tampoco lo fué. Las encarnizadas y largas guerras que por aquel tiempo habían sostenido una contra otra, Francia é Inglaterra, las habían inundado de esos obreros de la guerra que se llamaban aventureros, por ejercer una profesión á que se dedicaban todos los que, teniendo buenos puños, preferían una vida de combate, de rapiña y de bandidaje continuo, á un oficio mecánico, en que se gastan á un tiempo la paciencia, la salud y las fuerzas, y que no tienen otro porvenir que la mendicidad en la vejez. Cuando se firmaron treguas entre Francia é Inglaterra, en nada conocieron estos paises los resultados de la paz: los aventureros que en aquella guerra se habían empleado, no teniendo enemigos á quienes combatir, se habían entregado á depredaciones y todo género de tropelías y de bandidaje sobre los pueblos. Francia estaba, pues, devastada por estas hordas que tenían por título la *gran compañía*, y el delfin regente buscó un medio para echar de sí aquella gangrena que se había apoderado de Francia, y para combatir la cual se encontraba sin fuerzas.

Conocíale esto el conde de Trastamara, que como

capitán de aventuras había servido á Francia, y conservando relaciones con la mayor parte de los capitanes de aquellas feroces bandas mercenarias, inspiró al rey de Aragón el proyecto de valerse de ellas para hacer la guerra al de Castilla.

Más interesado que nadie el rey de Francia de desembarazar sus Estados de aquella plaga, acogió ávidamente las demandas apremiantes dél rey de Aragón y de don Enrique, y eligió para mandar aquellas compañías al primero de sus capitanes, al único hombre capaz, de organizar, de disciplinar, de dar unidad, de convertir en ejército aquellas feroces hordas de bandidos. Este hombre era Beltrán Duguesclin que, sacando aquellas gentes de Francia, hacia un señalado servicio á su patria.

Pero había de por medio una gran dificultad; el rey de Aragón no tenía dinero, y era proverbial la pobreza del conde de Trastamara: pensar que las *compañías blancas* ó la gran compañía, como mejor queramos, tomasen partido por una causa, sin que antes dicha causa les hubiera parecido buena por la ley y el brillo de su oro, era pensar un desacierto. En este apuro el delfín que, como hemos dicho, estaba más deseoso que nadie de que la gran compañía en masa sin descontar un solo aventurero, pasase los Pirineos; envió á Beltrán Duguesclin junto á Pedro IV, seguro de que la sagacia del célebre capitán, encontraría en Aragón más recursos de hacer dinero que su mismo rey.

De esto se ocupaban el conde y Duguesclin, á la llegada de Leila, y esta era la razón de la hora larga que se había hecho esperar á la joven.

Don Enrique la recibió con displicencia; esto consistía en que por más que habían puesto su imaginación en aprieto el bretón y el bastardo, no habían encontrado medio de sacar un solo óbolo de Aragón, ya demasiado estrujado y exprimido para que pudiera dar otro jugo que sangre. Solo se tenía la oferta de empréstito hecha por conducto del marqués de Tortosa, en nombre de los nobles castellanos enemigos de don Pedro, promesa vaga en que no se tenía confianza, y en que se creía ver un lazo diplomático, una especie de espionaje al estado del tesoro del rey de Aragón.

Al ver el aspecto de niño de Leila, bajo su atavío de hombre, don Enrique frunció el gesto.

—¿Qué quereis?—le preguntó.

—Vengo á ayudaros conde,—contestó con gran aplomó Leila.

—Ayudarme niño; ¿y cómo me pensais ayudar?

—¡A lanzadas! ¡voto á!...—exclamó Duguesclin... ¡bravo arrapiezo..! dadme, dadme la mano galán, sino es ya que es lo impide el puder... ¡por San Beltrán! ¿sabeis conde que si tuviérais algunes centenares de lanzas como ésta, os podríais dar de seguro por rey de Castilla?

Leila escuchó con una grande indiferencia la tirada de Duguesclin, y le tendió friamente la mano, mien-

tras don Enrique miraba con extrañeza al bretón, dudando si se había vuelto loco.

—Pues no, no lo temeis á broma, conde,—dijo Beltrán;—la ayuda que este caballero os ofrece la aceptaría yo, aunque se tratase de él solo; mucho más cuando se trata de cien magníficas lanzas, que darían envidia al mismísimo *Príncipe Negro*.

—¿Sois pues capitán de aventuras?—le preguntó el conde mirándola ya con alguna consideración.

—No, señor conde de Trastamara: soy rica-hembra de Castilla.

Al oir esta contestación, don Enrique se puso de pie impulsado por su admiración, mientras Duguesclin lanzaba ruidosas carcajadas exclamando:

—¡Ah! ¡ah! ya sabía yo que era una mujer.

—¿Vos rica-hembra de Castilla y en ese traje?—exclamó el conde.

—¡Y con esos puños!...—exclamó riendo Duguesclin.

—La desgracia me ha hecho fuerte y valiente,—contestó Leila.

—¡Ah! ¡sois desgraciada!

—Mi padre ha muerto esclavo.

—¿Cómo se llamaba vuestro padre?

—Don Alfon Tellez, señor de Castrofiel.

Nublóse el semblante de don Enrique.

—¿Conoceis la historia de mi familia?

—No, no,—dijo con turbación don Enrique;—pero creo que mi padre, el señor rey don Alonso...

—Declaró traidor al mío... pues bien, señor; leed y juzgad.

Leila entregó á don Enrique la carta que dos años antes había escrito su padre al Monge negro.

—Y bien,—dijo:—¿cómo es que no os habeis presentado á pedir vuestra reparación al rey don Pedro?

—Le aborrezco de muerte.

—¡Le aborreceis!... sin embargo cree que teneis para él una gran recomendación.

—¿Cuál señor?

—Vuestra hermosura.

—¡Ah!—dijo Leila en una exclamación incomprensible.

—¡Oh!—exclamó maliciosamente Beltrán.

—¿Y habeis sido también esclava?

—Permitidme, señor, he jurado no revelar á nadie mi historia, hasta que llegue un día que no creo muy distante.

—¿Y cuál es ese día?

—El de mi venganza.

—Cuando os digo conde, que en mi vida he visto una cosa más rara, ni una alhaja que más valga... dejaos de vacilaciones y concededla cuanto os pida. El *Príncipe Negro* no lo hubiera pensado tanto.

—¡Siempre el Príncipe Negro!—exclamó don Enrique.

—Qué quereis; es el único enemigo digno de mí. Sea esto dicho sin vanagloria. No le temo, no, [illegible]

¡por San Dionisio! ¡yo no temo á nadie! pero le respeto. Y oid, yo no lo diría á nadie... pero si se tratase de esta dama, la tendría miedo...

—¡Miedo!

—Sí, como se tiene miedo al diablo.

Leila, dejó su actitud viril, para convertirse en mujer.

—Tanto me ponderareis señor condestable,—dijo, —que acabareis porque el conde me tenga miedo, cuando lo que menos deseo es inspirarle terror. Todo se reduce, á que el infante Aben 'l Sayd de quien he sido esclava, obligado á una vida aventurera, llevándome siempre consigo entre sus valientes africanos, me ha robustecido, me ha acostumbrado á la fatiga y al peligro, y me ha criado como á un hombre... pero no importa: la debilidad de las mujeres está en su ser, en su corazón; ¡ah! la más fuerte, llega un momento en que es más débil que un niño, y ocupa la posición de esclava á que la ha destinado Dios.

—¿Y qué momento es esa que podría hacer de vos una esclava?—dijo con maliciosa curiosidad Dugueselin.

—Ese momento es el momento del amor.

Leila al decir estas palabras suspiró, se apoyó en la mesa, y dobló la hermosa cabeza sobre el pecho.

—Sentaos señora, sentaos,—dijo don Enrique conmovido, sin acertar á apartar la vista de Leila, que empezaba á fascinarle.

Leila se sentó.

—¿Decís que quereis la reparación del nombre de vuestro padre?—dijo el conde.

—La quiero.

—¿Y venís á pedírmela á mí?

—Sí señor.

—¿Esto es que creeis que yo llegaré á ser rey de Castilla.

—Lo sereis.

—Y en cambio de esa reparación...

—Os ofrezco mi ayuda.

—Y yo la acepto.

—¿Qué dinero necesitais para emprender la guerra al momento.

Don Enrique se volvió á Duguesclin.

—¡Eh!—dijo este consultando uno de los pergaminos:—poca cosa; con sesenta mil florines habría bastante por el momento.

—Contad con ellos.

—¿Cuándo?—dijo don Enrique.

—Enviad vuestro tesorero á mi casa cuando querais.

—Irá mañana.

—Le esperaré.

Don Enrique tendió la mano á Leila, que la aceptó y se la estrechó fuertemente.

—Y yo iré también, señora, si me dais licencia.

—¿Y cuándo ireis, señor?

—Esta misma noche.

—¡Ah! pues permitidme que os deje... será preciso que me prepare para recibiros.

Y Leila saludando de una manera deliciosa á Beltrán, y saludando á don Enrique, salió.

El conde quedó asombrado, y Duguesclin suspirando recio, como quien se siente aliviado de un gran peso se levantó y se puso á pasear por la cámara.

—¡Cuernos de Belcebú! es maravilloso... ¡no me atrevería á contarlo! ¡rayos y truenos! esa mujer es una espada de dos filos.

—¿Qué quereis decir?

—¡Como hombre, terrible! ¡como mujer, mortal! tened mucha cuenta con ella, señor conde; mirad no sea un lazo de vuestro hermano... esa mujer... esa... me parece que ella y yo vamos á tener que hacer algo en este mundo.

Y tras estas palabras se despidió de don Enrique y salió.

El conde se hizo ataviar con gran esmero y se trasladó á casa de Leila que le esperaba en traje de mujer.

Había elegido para ello el traje que más le favorecía, esto es, el traje árabe, y estaba deslumbrante de joyas y brocados como una sultana. El conde al verla dió un grito de sorpresa.

—¿Qué os maravilla en mí, señor?

—Maravíllame, doña Ana, la diferencia que encuentro en vos: con el traje de hombre sois hermosa; pero con el de mujer sois irresistible.

—¡Callad! callad por Dios, don Enrique: ¿qué diría vuestra noble esposa doña Juana Manuel si os escuchase?

—Afortunadamente doña Juana está muy lejos y no puede oirnos.

—Pero os oigo yo, y esto basta: sentaos, señor, sentaos y hablemos de lo que os conviene. De vuestras empresas, de vuestra venganza, del trono que os espera.

—Un momento, un momento señora, tiempo tendremos sobrado para hablar de los enfadosos asuntos: permitidme antes que os diga que dudo de vos.

—¿Que dudais de mí?

—Sí ciertamente: creo que me engañais.

—¿Que os engaño?

—¿Cómo creer que vos seis la misma persona que he visto esta tarde en la Aljafería! es cierto que existe una gran semejanza... pero dos hermanos pueden parecerse de ese modo.

—¡Ah! ¿creeis, que quien se os presentó esta tarde era un hermano mío?

—No solo lo creo, sino que me afirmo en ello.

—¿Y en qué os fundais?

—Primero en que esta tarde me parecísteis más alta, más delgada y más jóven.

—Eso es efecto del traje de hombre.

—¿Pero esos riquísimos cabellos que ahora mostrais?... ¡á no ser que sean postizos!...

—Esta cabellera es mía, enteramente mía, don Enrique, y os voy á dar una prueba en ello.

El conde se inclinó hacia ella y tendió las manos un tanto atrevidas á su cabeza.

—Teneos, señor conde,—dijo con severidad Leila, —no necesito daros la prueba por mí misma. ¡Hola! ¡Florisman!

Al llamamiento de Leila se levantó un tapiz y apareció Isabel-La-Liebre.

—Llega,—le dijo la joven,—este caballero desea conocerte, hijo mío.

Isabel, adelantó; el conde tomando por hombre á Isabel, y notando su hermosura y el cariño con que le trataba Leila, sintió un impulso de celos.

—¿Qué os parece de este rapaz?—le preguntó la joven.

—Párecseme un bello paje, que no tendría reparo de admitir en mi servidumbre.

—¿Con que os parece ún paje?

—Sí, vive Dios, un hermoso pajecillo de quince años.

—Pues os engañais, es una hermosa mujer de veintidós.

El conde mostró una expresión de asombro, mientras Leila é Isabel cambiaban una mirada de inteligencia.

—¡Decís que este paje es una mujer!—exclamó don Enrique.

—Sí por cierto, y una mujer con una cabellera de oro más rica que la mía. Ven, acércate, Isabel; arrodíllate.

Isabel adelantó hasta Leila, se arrodilló junto á ella y Leila le arrancó de un solo tirón la peluca perfectamente construída que llevaba sobre sus cabellos recogidos en pequeñas trenzas en la parte superior de la cabeza, lo que hacía parecer aquella cabeza más voluminosa; luego soltó una por una aquellas trenzas, y el conde pudo admirar la magnífica y rubia cabellera de Isabel.

—¿Comprendeis ahora, señor, de qué manera pueden ser míos mis cabellos?

—¡Oh! sí, sí, lo comprendo; pero lo que no comprendo bien, es por qué razón disfrazais vuestra hermosura.

—Nuevo amante tenemos,—dijo para sí Isabel, levantándose de los pies de Leila y recogiéndose con cierto enojo picaresco y hechicero sus cabellos.

—Sólo hace dos meses,—dijo Leila contestando á don Enrique,—que he venido de las Alpujarras, y me importaba tener para mis proyectos cierta libertad que no hubiera sido bien mirada en una dama. Vete, Isabel mía, vete y no te aflijas por el desorden en que he puesto tu cabeza; mientras estemos en Aragón seremos mujeres, enteramente mujeres.

Y tendiendo la mano á Isabel la atrajo á sí y la besó en la boca.

Isabel la contestó con un sonoro beso, saludó con una sonrisa á don Enrique y salió corriendo de la cámara.

—¿No es verdad que es muy bella y muy graciosa, señor,—dijo Leila.

—Si, sí en verdad: confieso, señora, que me fascinais, todo cuanto es redea es un misterio ¿quién es esa dama?

—Una parienta mía.

—¿Y es tan valiente como vos?

—Tiene tanto corazón; pero la falta costumbre; mirad, yo soy, y no lo extrañeis, una buena lanza, y una buena espada; bajo estos brazos cuya hermosura me han ponderado tanto, no sé con qué justicia, enamorados locos, hay músculos de hierro; y maravillaos: bajo esta apariencia dulce, tranquila, conozco á pesar mío que hay un fondo de crueldad feroz, un corazón que no tiembla por nada, una insaciable sed de sangre, un instinto acometedor.

—¡Ah!—dijo casi dominado don Enrique.

—Y... maravillaos aún; el nombre de Beltrán Duguesclin inunda el mundo: no hay caballero que no haya oido nombrar al gran capitán de Francia... yo no le conocía, deseaba conocerle, y le he visto hoy... es un toro salvaje, en cuanto á fuerza, y un zorro viejo, en cuanto á inteligencia y astucia... pues bien, desde antes de conocerle he tenido deseos de probarme con él; después de verle he visto que esos deseos han des-

aparecido, quedando en su lugar una absoluta indiferencia.

—¡Os es indiferente un hombre cuyo nombre solo hace temblar á los más alentados!

—No le temeis á fanfarronada, señor, pero si un día nos viéramos frente á frente Beltrán Duguesclín y yo, estoy segura de matarle.

—Perdonad, doña Ana, pero creo que os chanceais, á no ser que quisiérais matarle con vuestros ojos... ¡oh! de seguro le mataríais...

—¡Ah! con que creeis...

—¿Que podeis matarle?... cierto y tengo una prueba de ello.

—¿Y qué prueba es esa, señor?

—Que me habeis muerto á mí... y ese que soy frío de corazón, que jamás he amado...

—Os repito que si doña Juana Manuel os oyera...

—Si me oyera la diría: ¿qué culpa tengo, señora, si me obligan á amar contra mi voluntad?

—Pues haceis mal en no defenderos mejor, dado caso de que vuestras palabras no sean pura galantería... porque yo... entendedlo bien, jamás amaría á un hombre casado... y si por mi desgracia le amase, mis celos le harían viudo.

—¿Por qué ese afán por mostrarse feroz, señora,—dijo don Enrique,—cuando vuestra sonrisa, la paz de vuestro semblante, su dulzura, desmienten vuestras palabras?

—Es que no me comprendeis, es que yo misma no me comprendo. Un hombre solo me ha oido hablar como vos me ois, y ese hombre no ha podido dudar porque me conocía... Vos me conocereis también, y acaso no tarde el día en que mi mirada os cause horror, y no la podais apartar de vuestra memoria.

—En verdad, señora, que quisiera conocer el misterio de vuestro doble carácter.

—Pues nada hay más natural.

—¿Llamais natural la existencia de una mujer superior en fuerzas, en arrojo, en valentía, en ferocidad al hombre más robusto, más valiente y más feroz?

—Dios en compensación de una sola debilidad, que nos esclaviza al hombre, nos ha dado un espíritu fuerte para el sufrimiento, sensible á las menores impresiones; una memoria tenaz para los ultrajes, una crueldad refinada para la venganza. Por debil de cuerpo que sea una mujer, siempre encontrará medio para vengarse; si la tocan á cualquiera de los cien puntos vulnerables que, en razón de su sensibilidad, tiene el alma de la mujer, siempre encontrará á mano la calumnia, la deshonra, si la faltan un puñal ó un veneno ó valor para matar... hay situaciones también en que la mujer más fuerte no mata, porque cree la muerte insuficiente á su venganza, sino que sigue paso á paso su víctima, la acecha, la hiere lentamente en sus pasiones y la va arrancando una por una á fuerza de astucia y constancia; cuántas ilusiones le son queri-

das, destrozándole cuantos seres le son amados, enloqueciéndole y reduciéndole á la desesperación antes de matarle. ¡Oh! añadió indolentemente Leila, ¡despreciais á las mujeres porque no las comprendeis! si las comprendiérais las trataríais con respeto, es decir, os precaveríais de ellas; y eso que vosotros os habeis apropiado en el reparto de los derechos humanos la parte del leon; y eso que vosotros habeis envilecido á la mujer y la habeis enervado, reduciéndola á la situación de esclava; hasta habeis llegado á decir que su alma no es de la misma especie que la vuestra... no sé... no sé cómo habeis sido tan generosos que habeis concedido la inmortalidad del alma de la mujer.

Don Enrique callaba con un silencio de estupor; Leila continuó con acento opaco y dulce que estaba tan en contraposición con la energía de sus palabras como su sexo y su aspecto con sus pensamientos.

—Y os engañais; yo soy una prueba viviente de ello; antes que yo lo han sido otras é indudablemente después de mí aparecerán mujeres que sustentarán esta verdad. Robusteced á una mujer con ejercicios corporales, hacedla sufrir la fatiga, desarrollad sus fuerzas, cultivad su espíritu con la enseñanza, hacedla ver la sangre, cebadla en el estrago, educadla, en fin, para que sea valiente y fuerte, y esa mujer será superior en fuerzas, en valor, en energía, en fortaleza al hombre más alentado.

—Maravíllame, sin embargo,—dijo el conde, aven-

turando una objeción,—que siendo la mujer tan fuerte no haya dominado al hombre.

—El amor en la mujer es una maldición, y una carga, una miseria horrible la maternidad; para que la mujer no fuera esclava, era necesario que amase menos, que no estuviese sujeta á ese duro trance, que la gasta, la aniquila, la destroza, cuando no la mata. No hablemos más de esto; yo misma cuando pienso en el amor dejo de ser lo que soy para convertirme en una mujer vulgar respecto al hombre que amo.

—¡Amais!

—Con toda mi alma.

—¡Y no os aman!

—He llegado tarde.

—¡Os desdeñan!

—Tengo demasiado orgullo para exponerme á un desdén. Pero dejemos esto, añadió Leila visiblemente contrariada: no he venido ciertamente á Zaragoza á hablaros de amor, sino á proponeros mi ayuda, y pediros la vuestra.

—Acepto vuestra ayuda, señora, y en cuanto á la mía, hé aquí lo que me habeis pedido.

Y el conde sacó de su escarcela un pergamino rollado y sellado.

Leila desarrolló el pergamino cuyo contenido era el siguiente:

«Don Enrique, caballero, hijo del muy excelente noble y poderoso señor rey de Castilla difunto, don

Alonso el Onceno, declaro la libre promesa y obligación que contraigo de quitar sobre el nombre de don Alfón Tellez, comendador de Santiago, señor de Castrofid, la mancha y nota de traición que por un error disculpable echó sobre él el señor rey don Alonso mi padre, que esté en gloria, en descargo de su alma, y de devolver á su hija y única heredera doña Ana Téllez de Ulloa cuantas villas, castillos, pechos y derechos, fueros y franquicias, honores y esenciones, correspondieron al dicho comendador don Alfón Téllez su padre, todo lo cual cumpliré, y para ello empeño mi fe de caballero y mi palabra real, cuando Dios fuere servido darme victoria sobre el tirano don Pedro que hoy con escándalo de la justicia rige á Castilla. Dado en Zaragoza á catorce días del mes de Junio de mil y trescientos y cincuenta y ocho años.—Don Enrique.—Yo Pero Cairrllo, secretario de su señoría, la refrendé por su mandado.»

—Gracias, señor, gracias,—dijo la joven guardando el pergamino:—y puesto que teneis ere, porque le tengo yo, ¿cuándo pensais embestir por la frontera?

—El rey don Pedro nos excusará ese trabajo rompiendo contra Aragón.

—Dentro de poco el rey don Pedro se verá obligado á correr con todas sus fuerzas á la frontera de Granada para contener á un enemigo formidable.

—¿Y qué enemigo es ese? Don Pedro tiene asentada alianza con el rey moro.

—Acaso á estas horas Mejanmet V, habrá sido destronado y muerto; proclamado por un momento Ismail, destronado á su vez, y enaltecido Abou'l-Sayd el Bermejo, mi antiguo señor.

—¿Es acaso el hombre á quien amais?

—Si le amara, no me hubiera separado de él y sería sultana de Granada. Le ayudo porque me conviene, como os ayudo á vos, porque seis enemigo á muerte de don Pedro.

—¡Ah!—exclamó don Enrique de una manera particular.

—No, no amo á don Pedro,—exclamó Leila comprendiendo la exclamación de don Enrique;—si le amara hubiera tenido fuerzas bastantes como mujer para haberme hecho amar de él: por un momento tuve el pensamiento de vengarme de él enamorándole, pero le rechacé; le odio demasiado para poderle ocultar mi odio... no, don Pedro no me conoce; pero me conocerá, y ¡ay! de él cuando llegue ese día!

Después de estas palabras Leila se levantó y adelantando lentamente hacia el conde, le dijo:

—Estoy cansada, más que por la fatiga corporal del viaje, por la lucha del espíritu: perdonadme, señor, si por este momento os suplico que terminemos nuestra visita; es además tarde, y mis gentes pudieran murmurar.

—¡Ah! señora,—dijo el conde levantándose á su vez;—¡Pluguiera á Dios que no hubiera venido!

—Os obstinais en que crea en vuestro amor, cuando sólo me conoceis desde hace algunas horas.

—Basta, señora, arrojar una mirada sobre el Océano para concebir su grandeza á la vista de su inmensidad; un ciego que recobrase la vista y viese por un momento el sol, volviendo á cegar, no olvidaría jamás su hermosura.

—Pero el Océano, aceptando vuestro símil, es insensible á quien le admira, y el sol sigue su eterno camino. Creedme, no pretendais arrojaros á un mar que puede sepultaros en sus ondas, no mireis demasiado á un sol que puede cegaros. Seguid vuestro camino como yo sigo el mío, y no alenteis sueños insensatos, ni procureis unir dos destinos que no podrían avenirse juntos; si he tenido la desgracia de inspiraros amor, y digo desgracia, porque para mí lo es, puesto que no puedo corresponderos, olvidad, señor, olvidad... mis amores si fueran posibles, os serían fatales.

—Adiós, señora, adiós;—dijo el conde enteramente fascinado.

—El os guarde, señor,—contestó Leila gravemente.

Don Enrique salió enloquecido, llena el alma de la hermosura y del enérgico carácter de Leila, que quedó murmurando:

—¡Todos! ¡todos menos él!

CAPITULO VII

Que no es otra cosa que un apéndice histórico.

Al día siguiente de la muerte del infante don Juan, el rey don Pedro juró según el fuero guardar las libertades de Vizcaya, primero en las manos del regimiento de Bilbao, luego en la iglesia de San Emeterio de la misma villa, después bajo el árbol de Guernica, y al fin en la iglesia de Santa Eufemia en Bermeo.

Llenas estas indispensables formalidades, don Pedro quedó reconocido solemnemente señor de Vizcaya, después de lo cual no se detuvo ni un momento en llevar á cabo sus proyectos inmediatos, que eran la guerra de Aragón, y salió de Vizcaya para trasladarse á Sevilla.

A mediados de Junio don Pedro con un respetado cuerpo de ejército zarpó de Sevilla con doce galeras castellanas y seis genovesas, haciendo rumbo á las

aguas de Valencia, en tanto que por tierra seiscientas lanzas se encaminaban á la frontera de Murcia para sostener sus operaciones marítimas. Cuatro días después arribó á la villa de Guardamar, lugar fuerte, perteneciente al señoríe del infante don Fernando de Aragón, y desembarcando sus gentes y uniéndolas á las que habían llegado por tierra, con una exactitud sorprendente, asaltó denodadamente la villa.

La resistencia fué heróica; las gentes del rey fueron rechazadas, y como coincidiendo un temporal, arrojase á la costa las galeras, de las cuales se salvó una castellana y otra genovesa, el rey se vió obligado á levantar el cerco y se replegó sobre Murcia; habiendo dado rienda al furor que le causó este contratiempo incendiando á Guardamar.

En aquella ocasión se reveló el carácter enérgico y tenaz del rey, los reveses sublimaban su valor en vez de debilitarle; á la vista de los destrozos de su escuadra y entre el ruido de la tempestad, dictaba órdenes para un nuevo armamento marítimo. Decretó se hiciesen en Sevilla grandes provisiones de madera, y demandó enérgicamente naves á los reyes de Portugal y de Granada, sus aliados; ordenó á los concejos de las ciudades marítimas de Galicia, Asturias y Vizcaya, embargasen todos los buques que encontrasen en sus puertos, en estado de hacerse á la mar, y los enviasen á Sevilla, donde pensaba armar la escuadra más poderosa que en aquellos tiempos hubiesen surcado los ma-

res. Ocupóse, en tanto, en correrías desoladoras en el reino de Valencia, llevándolo todo á sangre y fuego, en lo que se entretuvo hasta la llegada del invierno.

Entonces volvió á Sevilla, donde con su incansable actividad y su voluntad de hierro, hizo adelantar de una manera maravillosa los trabajos de apresto. Visitaba por sí mismo los arsenales, hacía levas de chusma, la instruía, prodigaba el oro, y no perdía una ocasión, una oportunidad para excitar con un gran rasgo el ardor de los constructores.

El rey de Aragón se aterró; comprendía claramente que el insulto hecho á Castilla por el almirante Francisco Perellos, una de las causas en que don Pedro fundaba aquella guerra, sólo era un pretexto; bajo él se veían intenciones de conquista de un reino, que por la enemistad instintiva de su monarca respecto al de Castilla, era por decirlo así, el cuartel general de los vasallos rebeldes al rey don Pedro, y el refugio del pretendiente don Enrique y de sus hermanos bastardos. Don Pedro sabía muy bien que mientras no escarmentase ó dominase á aquel terrible enemigo, tendría siempre guerra en las fronteras de su reino, y lo que era peor, un lugar de inmunidad para todo género de rebeldías y de delitos de sus vasallos.

Don Pedro, en fin, se había propuesto dar de través con Aragón, y demostraba de tal modo estas intenciones el gigantesco armamento del rey de Castilla, que el de Aragón, con oro, ya por los amaños de Leila

y contando para un caso urgente con el apoyo de la Francia, creyó que no debía esperar en la inacción á que le acometiese su formidable enemigo, y en el mes de Marzo de 1359 entró en Castilla con un poderoso ejército, quemó la villa de Haro, amenazó á Medinaceli, y después de este alarde de fuerza, asustado por los grandes armamentos que aprestaba don Pedro su enemigo, se retiró á Aragón, y solo pensó en poner en estado de defensa las costas de Valencia y Cataluña.

En vano el cardenal Guido de Boloña, enviado por el Papa, quiso reducir á la paz ó al menos á una tregua duradera, á los dos enemigos: el rey de Aragón, más debil, se prestaba á ello bajo condiciones honrosas; pero don Pedro se mostró tan irreducible para el nuevo legado, como lo había sido para su antecesor el cardenal Guillermo.

En vano, instruído de la altanería y de la irritabilidad de don Pedro, acarició su orgullo y se doblegó á sus caprichos; en vano le manifestó que el Papa le consideraba como el primero, más firme y poderoso defensor de la cristiandad, y que gemía al verle volver sus armas contra un príncipe cristiano, y aliarse con los moros, contra quienes habían combatido tan tenaz y heróicamente sus abuelos; sólo consiguió que don Pedro, halagado en su orgullo, consintiese en hablarle, le recibiese bien y le tratase con afecto; las adulaciones acrecieron sus exigencias; no quiso ya sólo que se le

entregase el cuerpo del almirante Perellós, y se expulsase de Aragón á los refugiados castellanos, sino que expulsase también al infante don Fernando, marqués de Tortosa; en aquella sazón su enemigo personal por la defección de Jumilla.

Añadió á estas exigencias las de que se le entregasen las ciudades de Alicante y Orihuela con otras muchas villas y castillos fronterizos, apoyando su pretensión en que estas ciudades y villas habían formado en otro tiempo parte del reino de Murcia; y en fin, exigía que el rey de Aragón le pagase los gastos hechos anteriormente en aquella guerra, que según su dicho, montaban á la enorme suma de quinientos mil florines.

Esto equivalía á una negativa á todo acomodo, puesto que él debía suponerse que el rey de Aragón no se prestaría á unas condiciones tan irritantes, y cuya concesión, por otra parte, no hacía más que aplazar la guerra, y daban á don Pedro de Castilla incalculables ventajas cuando, bajo cualquier pretexto, la emprendiese de nuevo.

Desesperado el legado de un avenimiento próximo, pidió una tregua al menos de un año á que se negó decididamente don Pedro, alegando, y con razón, que cuando había hecho tan exorbitantes gastos para el apresto de una armada y el armamento de un ejército, no era prudente, ni económico, ni político, entablar tratados dilatorios, cuando se hallaba en el caso

de romper con ventaja, merced á sus esfuerzos, contra los puertos y fronteras de su enemigo.

Entre tanto, y bajo la sombra de estas negociaciones inútiles, continuaba en la frontera una mútua guerra de devastación y bandidaje, mantenida especialmente por las gentes del conde de Trastamara y del infante don Fernando de Aragón.

Irritado, en fin, don Pedro, y atribuyendo la negativa del rey de Aragón á sus condiciones de paz á los amaños de don Enrique y de don Fernando, pronunció sentencia de traición contra ellos, contra Pero Carrillo, Alvar Pérez de Guzmán y otros refugiados.

Y no satisfecho con una fórmula vana, necesitando sangre para calmar su cólera, y teniendo entre sus manos prendas queridas de sus enemigos, como la reina doña Leonor de Aragón, madre del infante don Fernando, y presa en el castillo de Castrojeriz, y á su nuera doña Isabel Núñez de Lara, á quien Men Rodríguez de Sanabria, anteponiendo su fidelidad á su amor, había llevado presa al alcázar de Jerez, decretó la muerte de estas dos desdichadas, en uno de aquellos terribles momentos en que su razón estaba dominada por la monomanía de exterminio.

Doña Leonor fué la primera víctima; y no habiéndose atrevido ningún castellano á ensangrentarse en la hermana del rey don Alfonso, el rey envió unos es

claves africanos, que menos escrupulosos dieron muerte á aquella desdichada.

En cuanto á doña Isabel Núñez de Lara, la fidelidad, la abnegación de Men Rodríguez de Sanabria, respecto al rey, estaban á punto de sufrir su más terrible prueba.

LIBRO DÉCIMOSEXTO

CAPITULO PRIMERO

—

De cómo se encontraron Men Rodríguez y Andrés Carahuete

Abandonando, por ahora, el terreno histórico y las variadas faces de aquellos preparativos de una guerra, que acabó más adelante con la primera batalla de Nájera; mientras don Pedro con un tesón incansable activa sus preparativos; mientras el cardenal de Beleña gestiona inútilmente y el rey de Aragón se prepara á todo evento; mientras don Enrique apura todos sus recursos, reune oro, parciales y soldados y se enamora á vuelta de esto cada vez más de Leila, que le maneja á su saber y expleta sus amores pensando en su venganza; mientras doña María de Padilla gime abandonada en el alcázar, entregada á dudas y vacilaciones; mientras Juan Tenorio da rienda suelta á su carácter,

y, sin saberlo, prepara un día terrible; mientras en Granada el infante Abou'l-Sayd acomete al rey Mojammet en nombre de Ismael; mientras maese Blas Cerchuelo se emborracha en Sevilla para olvidar la muerte del esclavo negro y Juan Diente busca de una manera tenaz, aunque desesperada, al ladrón de los pergaminos; mientras don Simuel Leví medita cómo libertarse de Leila, que aún desde Aragón y por medio del escribano Alvar Yáñez, influye de una manera inconsiderada sobre el judío; mientras Isabel-la Liebre espera desconsolada nuevas de su amante Pedro-el-Negro, y los hermanos de Nuestra Señora de Recamador reciben puntualmente su sueldo de hombres de armas que gastan alegremente, siempre dispuestos á servir á quien tambien les paga, sin acordarse de su capitán; mientras Pero Lope de Padilla anda atontado y loco buscando por todas partes á Leila; mientras el Monge negro tiene continuas y misteriosas conferencias con el rey, que se muestra con él más contento y satisfecho; mientras se ignora, en fin, lo que ha sido de Beatriz-la-Hermosa y de su abuela Berta, suplicamos á nuestros lectores nos sigan á Jerez, donde nos esperan notables sucesos.

Habían pasado ocho días desde el en que Andrés Cerchuelo había montado á caballo y se había trasladado á Jerez.

Ya hemos visto hasta qué punto doña Sol de Vargas había llegado en sus amores á beneficio de algunos

días de ausencia; sabemos también hasta qué punto interesaban aquellos amores á Andrés, y podemos asegurar que aunque llevaba consigo el recuerdo de su perdida Beatriz, en la imposibilidad de encontrarla y siéndole indiferente vivir en Sevilla ó en Jerez, sentía cierta impaciencia por llegar, impaciencia cuya causa no era otra que doña Sol.

Castigó por lo tanto los ijares de su caballo, y veinticuatro horas después de haber salido de Sevilla, esto es, al ponerse el sol del día 15 de Junio, llegaba á la ciudad ya entonces célebre, y hoy celebérrima por sus vinos, y se alojaba en un mesón en los arrabales, situado cerca del alcázar.

Por más impaciencia que el joven sintiese por ver á doña Sol, preciso le fué esperar á que cerrase la noche, y como habían hecho una marcha, sino violenta, activa, y el ejercicio desarrolla el apetito y hace necesario el descanso; después que hubo pensado á su caballo por sí mismo, primera é indispensable necesidad de un buen jinete que aprecia su cabalgadura, se encaminó hacia el ventero, rechoncho personaje, armado, como los cocineros de nuestros días, del indispensable gorro blanco y el inconmensurable mandil, prendas de uso inmemorial entre los cocineros, desde que hay cocineros en el mundo, y le asaltó con la acostumbrada petición del apesento, lecho y comida, que fuesen lo más aceptable, cómodo y sabroso posible, á lo que el posadero acariciándose la barbilla y con una amable

sonrisa, en que se notaba la beatitud de un dueño de casa abierta, cuyos productos están en razón directa de sus deseos, le dijo:

—Pésame, señor escudero, que hayais llegado á mi casa, al Pernil de Oro, como habreis visto que se llama, si sabeis leer y habeis leido el rótulo pintado á la derecha de la puerta, en ocasión en que poca cosa puede ofreceros en cuanto á apesento: hace mucho tiempo (y cuenta que el Pernil de Oro era ya célebre y concurrido, cuando el señor rey don Fernando el Santo ganó á Jerez), hace mucho tiempo, repito, que no se había encontrado tan noble y espléndidamente ocupado como ahora; tengo nada menos que un rico-hombre muy joven, muy gallardo y muy rico, que, según dicen, es el ojo derecho del rey.

—¿Y ese rico hombre os ocupa todo el mesón?

—Ya lo creo; como que le acompañan mayordomos, escuderos, palafreneros y pajes; ya os he dicho que es un señor muy noble y muy rico; y ya habreis visto las cuadras llenas de caballos, y de hermosos caballos; por cierto que el corcel de batalla de su merced, Balax, que así le llaman los palafreneros, es un viche que mejor ni aun igual no le he visto en lo que llevo de vida, y eso que Jerez es la tierra de los caballos, y que yo trato en ellos... vamos, es preciso que hayais estado ciego, ó que no entendais ni una palabra de amores, cuando no habeis entendido que á cuadra llena mesón lleno, por aquello de á cada caballo un jinete.

—¿Y cómo se llama ese caballero?

—¿De dónde venís, hidalgo?

—De Sevilla.

—¡Ah! pues entonces debeis conocer mucho á mi noble huésped: ¡yo lo creo! todo el mundo le conoce en Sevilla.

—Pero en fin ¿quién es? ¿Acaso el señor Juan Fernández de Hinestrosa?

—El señor Juan Fernández, á quien conozco también, tiene ya cincuenta años largos y mi huésped no llega, según pienso, á los veintidos: vamos... no adivinais... está visto... lo que quiere decir que habeis estado de paso en Sevilla.

Tentaciones tuvo Andrés de enviar al diablo al posadero y á sus misterios, pero sin saber por qué, instintivamente, sentía un interés extraño en conocer el nombre de aquel tan ponderado personaje.

—Pues bien,—dijo al fin el mesonero, creyendo que ya se había hecho esperar bastante:—quien honra mi casa, es el gran favorito del rey; el señor Men Rodríguez de Sanabria.

—¡Men Rodríguez de Sanabria!—exclamó Andrés palideciendo:—en efecto, es un conocido de otro tiempo, aunque ligeramente, y por lo mismo querría á todo trance aposentarme en vuestra casa: deseo saber si ese caballero se acuerda de mí.

—Pues si vuestro deseo es grande, os quedais de seguro, porque no hay como desear una cosa para pasar

por todo... lo siento en verdad, pero solo puedo daros un desvan á teja vana.

—¡Un desuan! esto es ya demasiado... demasiado querer aprovechar vuestra casa; llegará el caso de que prepongais á un nuevo huésped, dormir al aire libre sobre las tejas... vamos, pedid lo que querais, pero apesentadme mejor.

—Habeis venido algo tarde; me quedaba un aposento escuro al fin del corredor: el número 33, y me le ha tomado hace una hora un tremendo hidalgo, á quien os juro que de buena gana no hubiera recibido.

—Arrojadle, pues.

—¡Arrojadle! ¿y qué es arrojar?... ¿sabeis de quién se trata, mancebo?

—Siempre, trátese de quien se trate, sois el dueño de vuestra casa.

—Sin embargo, hay en estos benditos tiempos personas á quien es preciso respetar, si estamos bien con nuestra cabeza... en fin, si hubiera venido antes y me hubiera pedido gratis la cámara grande, se la hubiera dado.

—¿Pero quién es ese hombre?

—Otro favorito del rey,—dijo el ventero bajando la voz:—el señor Juan Diente, ballestero de maza de su señoría.

—¿Quién irá á morir aquí?—pensó para sus adentros Andrés Corchuelo estremeciéndose, mientras el posadero continuaba:

—Ya veis que os doy lo que tengo, y lo que puedo: por lo demás la cama será excelente y la comida de rey... y todo por poco precio, por un escudo cada un día.

Después de algunas réplicas y regateos, Andrés quedó instalado en el Pernil de Oro (ya entonces se daban nombres retumbantes á los mesones), y poco después en un zaquizamí polveriento, de suelo de madera, delante de una mesa, y teniendo detrás una fementida cama, Andrés cenaba á la luz de una vela de sebo, un pedazo de carne de especie desconocida, y abstraído en profundas meditaciones, se abocaba maquinalmente de tiempo en tiempo un enorme jarro de estaño, lleno de néctar jerezano.

Pero vino á sacarle de su abstracción el rumor de dos voces que hablaban en la habitación situada exactamente debajo del desván que le había tocado en suerte; aplicó un tanto el oído, y le pareció que aquellas voces le eran conocidas; reparó además en que por las rendijas del pavimento de tablas del desván se veía luz en la habitación inferior; echóse, pues, en el suelo, miró por una de aquellas rendijas, y vió una habitación no mucho mejor que la que él ocupaba y en ella, sentados mano á mano junto á una mesa en que había un frasco con vino y dos cubiletes de plata, dos hombres que reconoció á primera vista.

Eran Men Rodríguez de Sanabria y Juan Diente.

Hablaban, al parecer, con gran interés, y con una

entera confianza; Men Rodríguez estaba triste, pensative abstraido; Juan Diente, mostraba acaso por la primera vez de su vida una expresión de lástima. Por más que Andrés aplicó el oído solo pudo escuchar algunas frases aisladas:

—Id, id á Sevilla,—decía el ballestero,—acaso el rey se conmueva al ver vuestro dolor...

Andrés no pudo oir más á pesar de que el ballestero había seguido hablando.

—¡Oh! ¡oh! es ponerme demasiado á prueba,—exclamó el joven levantándose y en un acento que pudo percibir perfectamente Andrés, porque Men Rodríguez hablaba con excitación,—¿para qué quiere el rey la vida de esa infeliz?

—Señor Men Rodríguez,—dijo Juan Diente,—voy á deciros lo que jamás he dicho á nadie: tenedlo presente, y ved cuanto me hace estimaros vuestra lealtad al rey. ¿Amais verdaderamente á doña Isabel Nuñez de Lara?

—Voy á hablares con la misma franqueza, señor Juan Diente,—dijo Men Rodríguez sentándose de nuevo,—necesito desahogar mi corazón en el seno de un amigo, de un hombre leal.

—¡Ah señor, cuánto me honrais!—exclamó Juan Diente.

—No, no os honro, es que os comprendo, señor Juan Diente; vos, como yo, estais vendido al rey en cuerpo y alma; el rey os emplea de una manera san-

grianta, y vos le servís dócil como un perro... porque hay en vos una fuerza oculta que os obliga á obedecerle.

—Es verdad,—exclamó Juan Diente, mirando á Men Rodríguez, como asombrado de que conociese tan á fondo su alma:—es verdad señor Men Rodríguez: yo es verdad, por mi crianza, por mis costumbres, por la vida que he llevado durante mucho tiempo, era valiente y feroz; la vista de la sangre me alegraba: en medio del peligro era como mejor vivía: conocíome hace algunos años en León el señor Pero Lope de Padilla, pareciole bien mi talante, y como entonces el señor Juan de Hinestrosa su tío, necesitaba hacer ciertas muertes de personas que le estorbaban, entre ellas el maestre de Calatrava don Juan Núñez de Prado, creyome le más apropósito del mundo para esta clase de empeño y me asoldó en la guarda de ballesteros hidalgos del rey: os confieso porque á vos os lo confesaré, que la muerte del maestre de Calatrava y de Garcilaso de la Vega, fueron verdaderos asesinatos hechos por mi mano y en que ninguna parte tuvo el rey aunque se ejecutaron á su nombre. Yo no conocía aun á su señoría; pero el mismo día en que Garcilaso cayó en Burgos, el rey vió el cadáver.—¿Cuántos hombres, dijo á Hinestrosa, han sido menester para acorralar á este ese salvaje? (porque es de advertir que Garcilaso era muy valiente.)—Uno solo señor, un ballestero de vuestra casa, contestó el señor Juan Fernández.—¡Un solo ballestero!

exclamó admirado el rey; pues bien, preséntamele; Hinestrosa, quiero conocerle.—El señor Juan Fernández me llamó, me refirió la conversación que había tenido con el rey y me llevó á su presencia.—Don Pedro no tenía entonces más que diecinueve años, y sin embargo, señor, la mirada que fijó en mí me dominó; era esa mirada penetrante, fija, incontrastable que solo posee el rey don Pedro: esa mirada que hace temblar al más bravo y que parece escudriñar el alma de aquel en quien se fija.

—¡Oh! ¡oh!—me dijo después de haberme mirado un momento,—¿con que has matado á traición al bravo Garcilaso?

Entonces por única contestación me abrí el gambax y presenté al rey una ligera herida que el noble me había hecho con su espada.

—¡Ah! ¡ah! ¡te ha herido en el pecho! ¡le has matado frente á frente y armado! Es necesario perdonarte esta muerte por valiente, como te la perdono á tí, Hinestrosa, porque Dios quiere.

—Desde entonces, señor Men Rodríguez, el rey me ha hecho matar mucho, mucho,—añadió el ballestero suspirando,—y ya la sangre me espanta, me hiela, le veo todo rojo: y sin embargo, nunca cuando el rey me dice: ¡mata! vacilo, y si me dijese: mata á tu querida.... que es más: mátate, caer muerto á mis pies, yo mismo, sin dudar, sin temblar, me haría pedazos el corazón.

Andrés sintió correr por sus miembros un frío de horror al conocer la terrible abnegación del ballestero: Men Rodríguez se mostraba cada vez más pensativo y sombrío.

—Y sin embargo, señor,—continuó Juan Diente,—el rey mata demasiado, con sobrada crueldad, el rey vertiendo tanta sangre, se está asesinando, llegará un día en que no tenga más vasallos leales que vos y yo.

—¡Oh! ¡doña Isabel! ¡doña Isabel!—exclamó con desesperación Men Rodríguez;—¿qué daño le ha hecho esa infeliz?

—¡El rey está loco!—exclamó profundamente el ballestero.

—¡Loco!

—Sí, loco: todos creen que mata por ferocidad... y es que no le conocen... si le hubiérais visto como yo; si os hubiérais visto obligado á sujetarle para que no se cebase en sí propio, como le he sujetado yo... hace poco tiempo que le conocéis... alguna vez como yo, presenciaréis estos terribles lances... le veréis solo, de noche, paseándose por su cámara, desvelado, sombrío, lanzando gritos inarticulados; le oiréis exclamar con acento ronco y aterrador. «¡es necesario que yo sea rey! ¡es necesario que no haya mas que un poder y una fuerza en mis reinos! ¡y se me ponen delante! ¡y pretenden atajarme el paso! ¡no, no! ¡esto no puede continuar así! ¡ó ellos ó yo!» Veríais cómo sube lentamente la cólera de su corazón á su cabeza: veríais á ese

mancebo tan hermoso, que aún está en la edad del amor y de los placeres, convertirse en una cosa horrible, en una que espanta: extraviarse sus ojos, crisparse sus miembros, asirse con entrambas manos la cabeza, como si quisiera impedir que se escapase, y luego... luego, si os ve y se dirige á vos, como se ha dirigido á mí, os estremeceis, cuando os diga arrojándoos un pergamino:—«¡Toma esa cabeza, tráemela!»—A vos no os dirá: ¡mata! porque para matar me tiene á mí: pero os dirá: elige entre tu lealtad al rey y tu corazón, necesito la vida de la mujer que amas...

—¡Ah!—exclamó Men Rodríguez cubriéndose el rostro con las manos.

—Y acaso, acaso, la sentencia de doña Isabel, no sea otra cosa que una prueba terrible á vuestra lealtad: acaso don Pedro se habrá dicho, escarmentado de tantas traiciones: necesito saber si tengo un solo hombre en quien confiar... Men Rodríguez me parece uno de esos nobles caballeros para quienes, después de Dios, lo primero es el rey... probemos... y os ha pedido la vida de doña Isabel, y os ha mandado prenderla... después me envía á mí, á mí, que soy su ministro de muerte para que me la entregueis: pues bien, señor, entregádmela, volved al lado del rey... ya os he dicho... lo que jamás he dicho á nadie: no tengo órdenes de muerte. No os quejeis, no esteis triste, devora vuestra ansiedad... el rey conocerá vuestro sufrimiento por mucho que le oculteis, y sin duda... sí...

porque su señoría es generese y noble con sus servidores, al ver vuestra resignación á su voluntad, me mandará que conduzca á Sevilla á doña Isabel y de una manera imprevista, cuando más desesperado estéis, acaso os la arroje entre los brazos y os diga: amaos, sed felices... acaso, acaso con ella os entregue el señorío de Vizcaya... ¡oh! ¡oh! no comprendeis al rey: el rey daría la mitad de su corona al vasallo que supiese serle leal.

—Señor Juan Diente,—dijo Men Rodríguez,—sirviendo al rey me he convencido de que es un tirano.

—Sirviéndole más, comprendereis, como yo, que es un insensato... y hé ahí la razón por qué me he decidido con toda mi alma á servirle: las contínuas rebeldías de la nobleza; la encarnizada lucha que ha sostenido durante tanto tiempo; el aislamiento en que se encuentra, engañado por todos, combatido por todos, han acabado por viciar su corazón: mientras, nada se le opone, es afable, casi cariñoso; olvida y se entrega con un ansia febril á los placeres... pero al encontrar la mas leve oposición, la ferocidad que le han hecho contraer, se subleva y mata con razón ó sin ella... pero generalmente tiene razón.

—¿Pero no comprendeis que el sacrificio que se me pide es horrible?

—A tiempo estais, responded ó no á la prueba á que es sujeta al rey: si amais tanto á doña Isabel que antepongais á todo su vida, á tiempo estais: huid con

ella... huid, seguro de que, no solo os dejaré escapar, sino que os ayudaré.

—No, no;—exclamó decididamente Men Rodríguez, —á más terribles pruebas se ha visto sujeta la lealtad en Castilla: ¿acaso puede olvidar que hace cuarenta y tres años Alonso Pérez de Guzmán, el Bueno, consintió en la muerte de su hijo antes que entregar á los moros el castillo de Tarifa en desservicio del rey don Sancho el Bravo? No, no ha de decirse que un descendiente de los Sanabrias ha sido menos valiente que el defensor de Tarifa, ¡oh! ¡si el rey don Pedro no fuese el rey legítimo de Castilla!

La edad media presenta como uno de sus caracteres distintivos, la exageración de lo que podia llamarse entonces teología caballeresca: el más hábil canonista se veria perplejo para justificar ante la recta razon, ante el derecho natural, ante el derecho divino, el brutal heroismo de aquellos tiempos, en que lo estremo de la lealtad, solo corría parejas con lo estremo de la traición; apelábase para justificar el fanatismo de la primera al derecho divino de los reyes, á su derecho, *ipso facto*, de vida ó muerte sobre sus vasallos: para disculpar la segunda, á los fueros del reino, á las franquicias, á las inmunidades, á los privilegios de la época; el honor de entonces era lo más acomodaticio que quedarse puede, y para todo se invocaba un derecho: tanto para la lealtad como para la traición.

Créese por muchos que Alonso Pérez, obedeció á

un impulso de egoismo al sacrificar á su hijo, y los que tal creen desconocen sin duda el carácter de la época: Guzman el Bueno, presenciando la degollación de su hijo desde las almenas de Tarifa, no hacia otra cosa que obedecer de una manera fatal á su servil fanatismo monárquico.

Del mismo modo, Men Rodriguez, anteponiendo su lealtad al rey, aun tratándose de un crímen inútil, á su amor, á la vida de la inocente doña Isabel Núñez de Lara, no era otra cosa que un fanático, atado fatalmente al servilismo de su época. Porque, considerada la cuestión bajo su verdadero punto de vista, nada hay que respetar en quien falta á la razón y á la justicia.

El mismo Andrés Cerchuelo, imbuido en las ideas de su tiempo, se creyó estremadamente pequeño, ante aquel hombre que le sacrificaba todo, no al bien de la patria, no á su lealtad, no á su honor, sino á un despótico é injustificable crimen del rey.

—¡Oh!—se dijo, perdiendo su prevención hacia Men Rodriguez;—quien es tan valiente y tan leal, no puede haberme engañado: los engañados somos mi padre y yo, juzgándole por las apariencias: este hombre merece la amistad de un rey, cuanto más la de un pobre escudero. ¡Oh! ¡sí! ¡si yo pudiera ayudarle! doña Isabel Núñez de Lara, está presa con la reina doña Blanca y doña Sol de Vargas me ama... si yo pudiera salvar á doña Isabel...

Men Rodríguez estaba harto ajeno de que, sobre su cabeza, en un miserable desvan, había un corazón generoso, que se interesaba en sus desgracias y pensaba el evitarlas; á haberlo sabido, acaso una débil esperanza hubiera dulcificado la dura espresión de su semblante.

—Puesto que estais decidido, señor Men Rodríguez,—dijo Juan Diente,—es necesario resolverse y no perder tiempo. Entregadme á doña Isabel: ya os he dicho que no tengo órdenes de muerte... y cuando las tenga os avisaré aun... corred á Sevilla, donde os llama el rey, y haced lo que os he dicho: estoy seguro de que el rey quiere probaros.

—¡Cruel, siempre cruel, aun con sus más leales servidores!

—Y cruel para sí mismo... Vamos, dominaos y apuremos de una vez el caliz. ¿No teneis confianza en mí?

—¡Oh! sí, sí señor Juan Diente, y os entregaré sin recelo á doña Isabel que es mi vida; pero si la amenaza un peligro... si recibís esa orden fatal, avisadme, avisadme; quiero al menos verla morir.

Tras esto hablaron algunas palabras que Andrés Corchuelo no pudo entender; Men Rodríguez tomó su gorra, su escarcela y su espada, Juan Diente se caló sobre los revueltos cabellos un luciente almete de hierro y salieron. Andrés Corchuelo sintió que cerraban con llave la puerta.

Inmediatamente se alzó, tomó su gorra y su espada y salió; cuando bajaba apresuradamente por las escaleras, tropezó con el posadero, pasó sin saludarle y le dejó murmurando:

—Yo no sé lo que sucede á mis huéspedes esta noche: todos van como alma que lleva el diablo: pero me inquieta más, es ese formidable Juan Diente. ¡Ave de mal agüero! de seguro va á suceder alguna cosa tremenda en Jerez: ¿quién irá á morir?

Y siguiendo con otras murmuraciones que no vienen á cuento, siguió lentamente el ascenso de la escalera, mientras Andrés Corchuelo, habiendo salido á la calle, seguía á buen paso á dos bultos que se alejaban por un extremo.

Aquellos dos bultos, en quienes Andrés reconoció á Men Rodríguez y á Juan Díente, siguieron adelante, seguidos siempre por Andrés, recorrieron algunas calles, llegaron al alcázar y entraron por la puerta principal por medio de los guardas.

Andrés no podía entrar por aquella parte y se escondió en un zaguán.

—La entrevista será larga y dolorosa,—dijo;—pero al fin saldrá por donde ha entrado; de todos modos aun no es hora de que yo vea á doña Sol.

Y Andrés se sentó en un poyo del zaguán, resignado á esperar, en tanto que Men Rodríguez, y tras él Juan Diente por respeto, subían las escaleras del alcázar.

Como hemos dicho en otra ocasión, aquel alcázar estaba desmantelado; apenas una lámpara opaca alumbraba cada una de las interminables y polvorientas galerías que atravesaban Men Rodríguez y el ballestero. Al fin llegaron á una enorme puerta forrada de cuero, y Men Rodríguez se detuvo junto á ella.

—Aún debe estar en el alcázar el señor obispo Gudiel, puesto que aún no es la queda,—dijo el joven:—esperad aquí, señor Juan Diente; veamos si está visible su reverencia.

Men Rodríguez empujó la puerta y entró.

—¡Quién es!—dijo una vez dentro de la cámara.

—Perdonad, señor obispo,—dijo Men Rodríguez adelantando gorra en mano hacia un personaje alto y flaco que le salió al encuentro;—desde el zaguán aquí no he encontrado un solo paje ó sirviente, con que poderme hacer anunciar á vuestra reverencia.

—En verdad, en verdad que entre alcaides como nosotros están demás cumplimientos; y por otra parte, ¿para qué queremos los pajes? ¿quién viene aquí? todos temen á la soledad y á la tristeza, y por mi parte os juro que temo se me caiga encima este viejo palomar á que llaman alcázar, en las horas en que me veo obligado á estar en él; yo no sé á qué el rey nos obliga á esta guarda. ¡Como si no fuera bastante un alcaide cualquiera!

—El rey, sin duda, tiene razones, que yo por mi parte respeto.

—¡Y quién no las respeta!—contestó con cierto apresuramiento el obispo, como si hubiese temido que se dudase de su lealtad.—El rey puede disponer de nosotros como de cosa suya. Sentaos, señor caballero, sentaos, y permitidme que os dé las gracias, por haberos dignado venir á hacerme compañía. Me fastidio, me aburro (Men Rodríguez se sentó un momento), siempre viendo lágrimas; siempre oyendo quejas; y como si no fueran bastante las de doña Blanca, el rey os ha hecho merced de esa otra pobre mujer á quien vos guardais y que sin duda venís á consolar.

—No por cierto, señor obispo; ¡vengo á despedirme de ella!

—¡Cómo! ¿no dejais?

—El rey me llama á Sevilla.

—Feliz vos que dejais este nido de lechuzas: nosotros; es decir, mis compañeros y yo llevamos ya seis años de cautiverio con la reina; ahora bien, sino venís más que á despediros de doña Isabel Núñez de Lara, os aconsejo que lo hagais por escrito.

—¿Por escrito? ¿y por qué?

—Para ahorraros un momento desagradable. ¿Cuánto tiempo hace que no la habeis visto?

—Desde ayer.

—¡Oh! ayer era otra cosa. Estaba resignada, casi alegre... como que parecía la mujer más feliz del mundo... pero hoy...

—¿Y qué la ha acontecido hoy?—dijo palideciendo Men Rodríguez.

—¿Qué quereis? las malas nuevas se introducen por todas partes como la peste, como las malas lenguas: parece que las trae el aire; doña Isabel, en fin sabe que el rey ha matado á su esposo el infante don Juan.

—¡Ah! desdichada señora: ¿y quién ha podido decirle?...

—¿Qué sé yo? Alguna noticia recibida por los soldados de la guarda, trasmitida á los pajes, á las damas... la encontrareis enérgicamente vestida de luto, llorosa, desesperada; ¡oh! doña Isabel debía amar con toda su alma á su marido: os aconsejo, pues, que os despidais de ella con un mensaje, y dejeis para nosotros, pobres mártires, la carga de esta nueva prisionera... porque, según creo, el rey nos la dejará confiada.

—No, no tal, señor obispo, y uno de mis objetos al venir á veros, ha sido el de presentaros al hombre que de hoy en adelante ha de guardar á doña Isabel.

—¿Y qué hombre es ese?

—Si me dais vuestro permiso, os le presentaré.

—¡Mi permiso! no necesitais de él, señor caballero: vuestro hombre puede presentarse cuando quiera.

—¡Señor Juan Diente!—dijo sin moverse de su silla Men Rodríguez,—podeis pasar.

—¡Juan Diente!—exclamó el obispo estremeciéndose.—¡Oh! ¡oh! ¿es este brabo ballestero?

Juan Diente había entrado, y estaba, capacete en mano, delante del obispo.

—Yo soy Juan Diente,—dijo con desembarazo, aunque con respeto,—ballestero de maza de su señoría, y servidor humilde de vuestra reverencia.

—Dicen que el rey os aprecia mucho por lo bien que le servís.

—Procuro ser leal á mi señor,—contestó el ballestero.

—Bien, muy bien, hidalgo; me place que vengais, porque deseaba conoceros; en cuanto á lo demás aquí no encontrarais más que vasallos leales á su señoría.

Juan Diente se inclinó mientras que el obispo pensaba para sí.

—¡Quién estará sentenciado á muerte en Jerez!

—Ahora bien, señor obispo, permitidme que ponga término á mi visita y os muestre la orden, en cumplimiento de la cual, debeis reconocer como único guarda y alcaide de las habitaciones destinadas á doña Isabel Nuñez de Lara en este alcázar, al hidalgo Juan Diente, ballestero de maza de su señoría.

Y Men Rodríguez mostró al obispo un pergamino rodado y sellado.

El obispo desenrolló lentamente el pergamino y lo leyó.

—Bien, muy bien, señor hidalgo; desde este momento quedais reconocido como guardián absoluto y único responsable de doña Isabel Nuñez de Lara.

—Por lo tanto, y cumplimentadas las órdenes del rey,—dijo Men Rodríguez,—¿me permitiréis que os deje, señor obispo, y que me despida de vos para Sevilla?

—¡Cómo! ¿nos dejais?

Acaso no tarde en volver.

—En ese caso, señor caballero, hasta nuestra nueva vista. Adiós.

—Que él guarde á vuestra reverencia.

Men Rodríguez y Juan Diente salieron.

—¡Oh! ¡oh!—dijo el obispo cuando se quedó solo; ¡el verdugo del rey en Jerez! esto era de esperar tarde ó temprano: ¿pero será la víctima: doña Blanca, ó doña Isabel?

Es fama que inquietó tanto este pensamiento al buen obispo, que no logró conciliar el sueño en tres noches consecutivas.

Men Rodríguez entre tanto adelantaba solo por otro departamento del alcázar; Juan Diente había desaparecido. El jóven llegó á otra puerta, delante de la cual había un guarda que al verle hizo chocar la partesana contra la adarga en saludo de honor, y le cedió el paso. Men Rodríguez atravesó las antecámaras y entró en una cámara, en la cual le salió al encuentro una dama.

—¿Y vuestra señora, doña Estrella?—dijo Men Rodríguez á la dama que era jóven y bastante linda.

—¡Ah! ¡mi señora, mi pobre señora!—exclamó la

dama,—os ha estado esperando impaciente porque hay ocasiones en que se necesita de los amigos... para tener un alma con quien partir el dolor.

—¿Pero qué sucede, doña Estrella?—exclamó Men Rodríguez afectando no conocer la causa del dolor de doña Isabel.

—¿Qué ha de suceder, sino que el rey ha cometido una de sus más terribles crueldades?

—¡Vah! ¡la muerte del infante don Juan!—exclamó Men Rodríguez que creyó inútil ya el misterio acerca de la ejecución del infante.

La dama palideció.

—¡Cómo! ¡eso más! ¡Dios mío! ¡con que mi señora es viuda!—exclamó palideciendo la dama.

—¿Pues de qué muerte queríais hablar?—preguntó enteramente desconcertado Men Rodríguez.

—¿De qué muerte ha de ser sino de la reina doña Leonor de Aragón, madre del infante don Juan, que acaba de ser envenenada en Castrojeriz?

—¡Oh! ¡oh! el obispo don Pedro Gómez Gudiel, se ha engañado atribuyendo el luto de doña Isabel á la muerte de su esposo, yo ignoraba la de la reina doña Leonor. ¡Oh! ¡Dios mío, Dios mío! es necesario que doña Isabel ignore la muerte del infante, esto la aterraría.

—Es inútil, caballero,—dijo una voz tristemente dulce y resignada á una de las puertas:—lo sé todo, todo... y esto es ya una ventaja, porque no puede du-

dar de las intenciones del rey. Dejadnos solos, doña Estella.

La dama salió, y Men Rodríguez vió con terror ante sí á doña Isabel Núñez de Lara, enteramente vestida de blanco, sencillamente peinada, y más hermosa que nunca.

Men Rodríguez no pudo menos de asombrarse de la intensa calma que representaba el semblante de doña Isabel: no había en él ni dolor ni aun huellas de lágrimas, pero aquella calma, aquella palidez, eran más espantosas que lo hubiera sido uno de esos dolores, que se exhalan en gemidos, en quejas, en imprecaciones; en el aspecto de doña Isabel se comprendía que había perdido enteramente la esperanza, que estaba resignada á todo y que arrostraba con un valor inmenso su destino.

—¡Con que ya estoy libre! —dijo sentándose en un estrado, donde se sentó maquinalmente Men Rodríguez;—¡con que soy viuda! ¡ya puedo amaros sin remordimientos! ¿no es verdad? pues bien, ¡amémonos con toda nuestra alma! ¡amémonos mucho! ¡mucho, aprovechemos los momentos, porque nuestro amor durará poco.

El acento con que doña Isabel pronunció sus últimas palabras, extremeció á Men Rodríguez.

—No sé cómo han podido llegar hasta vos esas tristes noticias,—dijo todo trémulo el joven;—yo he evitado cuanto he podido...

—Sin embargo, yo no sabía que era viuda, hasta que vos me lo habeis dicho.

—Yo en cambio ignoraba que hubiese muerto la reina doña Leonor.

—¡Oh! sí, sí,—exclamó con un doloroso arranque doña Isabel;—no me queda nadie más que vos en el mundo.

Men Rodríguez volvió á extremecerse, pero de una manera que se hizo sensible á doña Isabel.

—¿Por qué temblais, amigo mío?—le dijo ésta,—¿acaso, porque sabeis como yo que llegará un día en que forzosamente hayamos de separarnos?

—Ese día ha llegado ya, señora, el rey me llama á Sevilla.

—¡Que os llama el rey!—exclamó palideciendo doña Isabel;—¿es decir, que no he de volveros á ver?

Men Rodríguez hizo un violento esfuerzo para dominar su conmoción, y contestó sonriendo de una manera admirable por la violencia que le costaba aquella sonrisa.

—Este alcázar tiene sin duda la virtud de entristecer, señora; de hacer pensar de una manera lúgubre.

—No, no, este alcázar es una tumba, una tumba horrible de donde alejan á todo el que tiene pensamientos generosos, á todo el que puede lastimarse de los sufrimientos de doña Blanca, de esa real mártir, porque no quiero hablar de los míos: ¿qué importo yo? ¿Nada absolutamente, nada? pero vos... ¡vos me dejais!

—Me lo manda el rey, señora.

—¡Es verdad, también el rey os mandó que me prendiéseis! ¡y me prendísteis! ¡habeis servido al rey como carcelero, pero sin duda don Pedro desconfía que le sirvais del mismo modo como verdugo!

—¡Como verdugo!—exclamó con doble confusión Men Rodríguez.

—¿A qué os esforzarnos por no ver la realidad? ¿Y luego, qué importa si esa realidad se cumple? ¿Creeis que la vida me sea muy apetecible? ¿qué tengo que pueda hacérmela grata? ¡Vuestro amor! adivino esa palabra en vuestros labios. Pues bien, vuestro amor, que tan feliz podía hacerme, me hace más desgraciada, porque vuestro amor hacia mí es un amor inferior á otros amores.

—¡A otros amores!—exclamó con extrañeza Men Rodríguez.

—Sí, á otros amores que me causan celos, unos celos horribles, y que me hacen sentir contínuamente una terrible ansiedad; otros amores á los que os habeis consagrado y que os devorarán.

—¡Os engañais, señora!—exclamó Men Rodríguez, con esa efervescencia, con esa confianza de quien dice la verdad:—yo no amo á nadie más que á vos.

—Os engañais, Men Rodríguez, os engañais, y para robaros vuestro engaño, no necesito más que apelar á vuestros recuerdos.

—¿Os referís acaso, á lo que se ha dicho en la

corte acerca de mi intimidad con doña Aldonza Coronel?

—¿Y quién piensa en doña Aldonza? no, no es eso lo que quiero recordaros. Pero no hace mucho tiempo que en una cámara del alcázar había dos mujeres desoladas: se sabía que el rey iba á ensangrentarse en su hermano... aquellas dos damas hubieran dado cada una de por sí su sangre, para evitar aquel horrible sacrificio; vos estábais allí; os llamábais servidor adicto de la una y amante apasionado de la otra: vos hubiérais pedido avisar al maestre, salvarle: una de aquellas damas era yo... sí, yo, la mujer sin tacha, la mujer que siempre se ha sacrificado á sus deberes, y os ofrecí todo mi amor, mi posesión, mi deshonra, si consentíais en salvar al maestre, y vos, vos... recordad... ¿qué hicísteis vos?

—Recordad, señora, á vuestra vez... os dí á elegir entre mi cabeza y la del maestre.

—Y yo me aterré, y no insistí... sin embargo, no era tan peligroso como creíais, teníais franca la huida.

—Es que yo no hubiera huido, señora.

—Hé ahí que al fin encontramos la cosa á que amais más que á mí.

—¿Y qué cosa es esa?

—No diré que vuestra vanidad, que vuestra ambición porque no os mire desde tan bajo, pero diré sí, que vuestra ciega adhesión al rey.

—¿Y qué creeis que puede hacer un noble?

—Es verdad: un noble, un caballero, debe sacrificarlo todo al rey: no importa que ese rey sea cruel, tirano: no importa que en cambio de nobles servicios nos destroce el corazón: no importa que nos diga: voy á matar á mi hermano: ayúdame: quiero la mujer de tu amor: dámela: quiero probarte haciéndote pasar por la prueba del hierro y del fuego, ó más bien que probarte, quiero usar de tí como de un esclavo: sé me leal, porque eres mi vasallo; sírveme porque eres noble; ayúdame en todo porque te he hecho caballero, rico-hombre y señor de horca y cuchillo: págame la usura de las mercedes que te he hecho, porque ellas han sido tu precio...

—¡Os engañais, señora! —exclamó con orgullo Men Rodríguez, —yo no me he vendido.

—Es verdad, vos no creeis que os habeis vendido, pero el rey sabe que os ha comprado.

—Antes de nacer pertenecía al rey cómo debía pertenecerle la descendencia de los Sanabrias... para un caballero leal, no cabe el examen de la conducta de su señor natural: los reyes están en la mano de Dios, y solo Dios debe juzgarlos... hé ahí mis creencias: primero Dios, después el rey... luego... mi dama: y estas creencias, señora, constituyen el honor... y ¿qué mérito sería la conservación del honor si no fuese necesario para conservarlo, no medir jamás la profandidad de los sacrificios?... ¿y cómo, señora, podríais vos amar á un hombre deshonrado!

—Pero como os dije en otro tiempo, el día de la muerte del maestre, el honor de estos tiempos es un honor brutal.

—Es un honor, señora, que llega al heroismo... y hé ahí por qué en nuestros tiempos hay tan pocos hombres honrados... tan pocos hombres valientes... ¡ah! ¡se llama valiente al que se revuelve en una batalla, y deja en derredor suyo un círculo de cadáveres! ¡se llama valiente al que en una y otra prueba de armas vence y atropella! ¡Valentía en la fuerza brutal! pero no se llama valiente al que antepone á todo su deber, su lealtad, sus afectos; al que se desgarra el corazón y apura gota á gota la hiel de la copa del sacrificio; no, ese hombre no es valiente; por el contrario, se vende á su vanidad, á su ambición, es un esclavo comprado; hé ahí lo que hace necesario un doble valor, un valor inmenso; la injusticia con que hoy se juzga de la lealtad ¡ya se ve! ¡tales andan los tiempos y tan suelta la traición, que antes de creer en el honor, se cree en la codicia y en la soberbia!

—No, no,—dijo doña Isabel,—yo no he querido ofenderos... si os he ofendido tened por no dichas mis palabras... yo no he querido decir que vos no seais noble, leal, honrado; ¡oh! ¡no! ¡Dios mío! si yo os amo si os amo con toda mi alma acaso mi amor no sea por otra cosa que por vuestra generosidad, por la grandeza de vuestra alma; solo he querido deciros que estais engañado, que no mirais el honor desde su verdadero pun-

te de vista, que considerais los reyes á mas altura que aquella en que deben estar y están colocados... porque en fin, un rey es un hombre sufrido á flaquezas, á debilidades... á crímenes... y cuando un rey es tirano, homicida, cruel; cuando en nada se detiene; cuando necesita estar viendo contínuamente sangre ante sus ojos como un alimento indispensable; cuando mata, mata, y mata, sin freno ni medida, por su voluntad propia, sin enjuiciamiento, sin pruebas, de una manera formidable; cuando nada hay á salvo de su avaricia y de su incontinencia, cuando azota á sus reinos con tributos, y corriendo de manceba en manceba, ni aun se detiene ante lo sagrado del matrimonio, y tiene á un tiempo una, dos, tres esposas... cuando es un tigre furioso, para evitar cuya cólera, es preciso dar rienda suelta á sus feroces instintos; cuando anuncia destruirlo todo, enlodarlo todo... ¡eh! entonces la insurrección es noble, necesaria, indispensable, santa; un tirano no debe tener vasallos leales, no puede tenerlos, no; los que sirvan no pueden llamarse más que esclavos.

—¿Y creeis,—dijo Men Rodríguez contenido por su amor y por el fanático respeto con que trataba á las damas,—que yo, para ser bueno y leal, debía levantar contra el rey la misma bandera que el rey me ha entregado.

—Sí,—exclamó doña Isabel, con alguna esperanza, engañada por lo tranquilo del semblante de Men Rodríguez,—vos debeis alzaros contra don Pedro, como debe alzarse contra él todo castellano.

—¡Y ponerme al lado de los bastardos?

—Yo no he dicho eso; para mí don Enrique es un traidor, y nunca os aconsejaría, que os pusiérais de parte de los traidores; pero el rey tiene un hijo de su primera y por ello legítima esposa la reina doña María; el rey don Pedro heredó legítimamente la corona de Castilla de su padre el rey don Alonso; derrocad al rey don Pedro, como estermin.aríais un mónstruo que devorase á Castilla, y que el príncipe don Alonso herede legítimamente á su padre el rey don Pedro. Yo admiro vuestra lealtad, pero empleadla mejor; sed fiel á la monarquía; la monarquía es un árbol que nunca muere; si se le corta brota inmediatamente, puro y lozano de sus mismas raices; sed leal á la monarquía, sí, pero á la monarquía justa, á la monarquía paternal, á la tiranía nunca.

—Desde el momento, señora, en que diéramos ese funesto ejémplo á las generaciones venideras, habríamos establecido el imperio de la rebeldía y del libre juicio sobre los reyes. ¡Ay de los que toquen al ungido del Señor! ellos serán responsables ante Dios del mal que hayan causado; ellos serán juzgados á su vez. Además, señora, y dejando aparte esta cuestión, que ciertamente no nos compete, ¿cuáles son vuestras quejas contra el rey don Pedro? Que ha matado á su hermano: preguntad á vuestra ilustre compañera de cautiverio, la reina doña Blanca, si don Fadrique merecía ó no la muerte. ¿Que ha matado á vuestro esposo?...

por esto debíais estarle agradecida. Nadie sabe mejor que vos que el infante don Juan de Aragón era un infame.

—¿Y era infame también la reina doña Leonor de Aragón su tía?

—Acaso doña Leonor haya cometido alguna imprudencia...

—Doña Leonor pasaba tristemente su vejez en Castrojeriz... y yo... yo... ¿qué daño le he hecho para que me quiera matar?

—¡Mataros! ¡mataros! ¡á vos señora!—exclamó con una angustia indefinible Men Rodríguez.

—¿Y qué os importa?... si el rey lo hace, con arreglo á vuestras ideas acerca de la lealtad, lo tendreis por bien hecho. Vos mismo lo habeis dicho; para vos' antes que vuestra dama, está vuestro rey... ¡bien! no es por mí por quien me quejo; ya os he dicho que el rey matándome me hará una señalada merced... me quejo por vos... por vos que me amais con toda vuestra alma...

—Isabel, Isabel mía,—exclamó Men Rodríguez cogiendo con pasión una de las hermosas manos de la jóven y estrechándola contra su pecho.

—¡Oh!—exclamó doña Isabel con los ojos arrasados en lágrimas:—¿no comprendeis que temamos la muerte, no por nosotros mismos sino por la incurable herida, que nuestra muerte ha de abrir en el corazón de los que nos aman? no comprendeis que nuestra alma se

desgarre al pensar... ¡Oh! ¡Dios mío, Dios mío! yo sé cuánto me amais, yo sé que al verme inmóvil, muda, con el corazón inerte, sin palpitaciones para vuestras palabras de amor, al verme ante vos muerta...

—¡Muerta! no, no,—exclamó Men Rodríguez con un acento desgarrador—eso es imposible... no, no será: Dios no puede permitirlo... sería horrible...

—Y sin embargo, en la situación en que nos encontramos, os estoy hablando desde la eternidad.

—No, no; doña Isabel, no moriréis,—exclamó con energía Men Rodríguez:—hubo una noche en que el mismo rey hubiera muerto... muerto indudablemente, porque, aun cuando es bravo y diestro, estaba acorralado; yo no le conocía, no podía saber que me esperaba una recompensa, y le salvé, como todo caballero salva, si le es posible, á todo hombre que sea acosado con desventaja; pues bien: yo me arrastraré á las plantas del rey, yo le pediré vuestra vida.

—No, no se la pidais... el rey se irritaría contra vos y os mataría también.

—No, no; yo diré al rey: es mi esposa, la esposa á quien adoro, vos señor no querreis llenar mi corazón de luto... vos no pagareis mi lealtad hiriéndome en el corazón, y el rey...

—El rey os dirá: yo soy señor de vidas y haciendas..... la vida que tienes es una merced que te hago...

— El rey no me dirá eso, porque es justo.

—El rey os le dirá, porque es tirano.

—Os juro, doña Isabel, que os salvaré.

—No juréis: el corazón me dice que no volveré á veros más...—y luego, añadió doña Isabel,—aunque el rey me dejase la vida... estoy enferma y enferma de muerte; desde que he llegado á Jerez me asiste el médico de la reina: mirad esa mesa llena de medicinas: (y doña Isabel se acercó á una mesa y mostró entre otros medicamentos á Men Rodríguez, una taza de plata cincelada en que había una tisana) pero id... id... el rey os llama... no deis lugar con vuestra tardanza á que os crea traidor... partid; yo me quedo aquí orando por vos y por mí.

—Pero una sola palabra.

—Hablad.

—¡Seis viuda!

—No lo seré mucho tiempo...

—¡Sereis mi esposa!

—¡Vuestra esposa! ¡ah! ¡cuánta felicidad voy á dejar en la vida!... ¡cuánto amor!... sí, sí, Men Rodríguez, vuestra esposa soy, vuestra esposa del corazón... pero partid... si por un milagro, sin comprometeros podeis salvarme: si lograis que el rey tenga una vez compasión de la desgracia y consienta en nuestro enlace... ¡oh! ¡Dios mío! ¡estoy soñando! pero eso no importa: es un hermoso sueño... si el rey consiente... ¡oh! entonces venid, amigo mío, venid... yo os abriré mis brazos y me arrojaré en los vuestros, olvidada de

cuanto haya sufrido... no pensando en otra cosa que en mi felicidad... pero entre tanto...

—Y... cuando seis libre,—dijo tímidamente Men Rodríguez—cuando podeis ser mi esposa... ¿por qué no alentarme con un recuerdo de felicidad?

—En otra ocasión, cuando no era libre,—contestó ruborizándose doña Isabel,—os dije: vuestro amor me enloquece, vuestra palabra me fascina, seis para mí la esperanza, la felicidad; pero amadme hasta el punto de no abusar del frenesí de mi amor, y eso mismo os digo ahora: soi vuestra, enteramente vuestra: decidme sé mía, y lo soy... pero tened compasión de mí; no violenteis mis creencias, mis costumbres... no me hagais morir de vergüenza.

Men Rodríguez, cuya lealtad, cuya generosidad, jamás se invocaban en vano, ahogó un suspiro de desesperación, tendió la mano á doña Isabel y la dijo:

—Hágase vuestra voluntad, señora; pero permitidme que os deje... en las circunstancias en que nos encontramos, desesperados, amenazados de muerte... no sé si mi pasión me arrastraría. Adios, señora, adios.

—Sí, adios... idos... idos... porque mi razón vacila...

Y luego, abriendo los brazos, se arrojó fuera de sí en los de Men Rodríguez, estampó un beso abrasador en su frente, y luego rechazándole huyó como avergonzada por una puerta cercana.

—Adios, adios,—exclamó deteniéndose un momento: adios, hasta la eternidad.

Luego su blanca figura apareció entre los tapices como la vírgen de nuestros sueños que hemos visto desaparecer alguna vez entre las tinieblas.

—¡Oh! ¡oh!—dijo Men Rodríguez obedeciendo á la valentía de su alma:—pereceré ó la salvaré.

Y saliendo por otra puerta de la cámara, tropezó con un hombre.

—¡Oh! no os dejeis dominar tanto por vuestros afectos, señor,—le dijo aquel hombre,—que no era otro que Juan Diente: si en la situación en que os encontrais viérais al rey, erais hombre perdido. Haced lo que os ha dicho doña Isabel...

—¿Habeis oido?...

—Sí... creía necesario daros algún buen consejo... es de lamentar que amais de tal modo á doña Isabel... á una rebelde, á una mujer, que, no lo dudeis, hará traición al rey... pero confiad en mí; yo haré de modo que esas traiciones se desvanezcan antes de que el rey pueda conocerlas. Id y esperad: el rey por el presente no tiene queja de doña Isabel y solo, le juraría, quiere probaros: en vez de suplicar, resignaos, haced conocer al rey que le sacrificais el alma como antes le habeis sacrificado el cuerpo, y vamos... yo conozco á su señoría, yo sé cuán generoso y grande es... debeis al rey lo que sois y le deberais aun más Por el momento no perdais tiempo, procurad estar al amanecer en Sevilla.

—Confío en vos, señor Juan Diente: si el rey os manda...

—Si el rey me manda matarla, os avisaré antes de ejecutar, y si os decidís á ser traidor al rey me dejaré arrebatar á doña Isabel.

—¡Oh! gracias, gracias, señor Juan Diente,—exclamó Men Rodríguez: no olvidaré jamás el triste consuelo que os debo: adios.

—El feroz ballestero estrechó en silencio la mano de Men Rodríguez que salió.

—¡La orden de muerte!—exclamó Juan Diente á cuyos ojos, acaso por primera vez, brotó una lágrima: ¡que te avisaré!... ¡oh! ¡ya debía haberte avisado... porque esa orden, está aquí!... (y puso enérgicamente la mano sobre su escarcela) pero es necesario engañarte, noble joven; es necesario engañarte, porque yo, con vasallos que son tan leales y tan valientes como tú, no sé ser cruel... y luego... luego... me repugna esta sentencia... yo nunca he matado mujeres: no sabría cómo avenírmelas con sus lágrimas... un hombre... un hombre es otra cosa... generalmente se resisten y la resistencia embrabece; pero una mujer...

El ballestero se interrumpió un momento, asomó la cabeza por entre los tapices de la puerta de la cámara de doña Isabel, y fijó una mirada siniestra en los medicamentos que estaban sobre la mesa: luego sacó de su escarcela un pequeño objeto cuidadosamente envuel-

te en un paño; la desenvolvió y salió á luz un pequeño pomo de estaño.

—Sí, sí,—dijo contemplando con horror el pomo:—este es mejor, mucho mejor; así ahorramos gritos, lágrimas y horrores... es necesario obedecer... cuando el rey lo manda razones tendrá para ello... y luego, el rey es lo primero para mí: si me mandase incendiar á Sevilla la incendiaría: no sé... no sé por qué dudo... por qué tiemblo... ¡ah! ¡ah! ¿es porque la sentenciada es una mujer? ¿y qué me importan todas las mujeres del mundo? ¿acaso una buena lanza, un valiente caballero, no vale más que una mujer? y nunca me he detenido para dejar caer mi maza sobre los más valientes del reino... no, no tiemblo porque el rey me mande matarla, sino por ese pobre joven; por ese Men Rodríguez que la adora... ¡oh! no sé por qué amo á ese noble mancebo como si fuera mi hijo, y me estremezco al pensar que con la muerte de doña Isabel le hiero de muerte en el corazón... pero la orden del rey es terminante (y Juan Diente sacó un pergamino de su escarcela, le desenvolvió y lanzó sobre él una mirada cobarde) «al momento que recibas esta orden y que hayas alejado á Men Rodríguez, mátala.» ¡Oh! ¡señor! ¡señor!... ¡cada día poneis más á prueba la fidelidad de vuestros servidores!... ¿qué os importaba la vida de doña Isabel?... si es rebelde, casándose con Men Rodríguez sería leal porque le adora... pero es comprendo; señor... quereis poner á prueba á vuestro favorito;

quereis saber si para él su lealtad á vos es antes que todo... vamos, es necesario no pensar más en ello... el judío de Santi-Ponce, aquel infame judío del horóscopo, al venderme este tósigo me dijo: su efecto es lento, quien le tome tardará en morir uno, dos, tres, hasta seis meses... pero morirá... sin que nadie note que se le ha matado: aprovechemos los momentos; puede volver...

Juan Diente hizo un poderoso esfuerzo, entró precipitadamente y sin ruido como un ladrón, llegó á la mesa, destapó la taza de plata cincelada que, según el dicho de doña Isabel contenía el medicamento que estaba administrándosela, y vertió en ella algunas gotas del pomo: cuando Juan Diente hacía esto estaba pálido como un cadáver y su mano temblaba.

Luego guardó el pomo, y huyó aterrado, lleno de horror, atravesó la antecámara, y al llegar á la galería dijo á un ballestero, que guardaba por aquella parte las avenidas á las prisiones, por decirlo así, de la reina doña Blanca y de doña Isabel.

—Amigo Garcés, de orden del rey, tú no me has visto entrar en esa cámara ni salir de ella.

—Muy bien, señor Juan Diente,—contestó el ballestero:—ya sabeis que cuando es necesario, soy como todos los servidores de su señoría, sordo, ciego y mudo... aunque en verdad, en verdad, habeis despachado vuestros asuntos de una manera tan silenciosa...

—¡Eh! ¿y qué te importa lo que haya despachado

no!—dijo sombríamente el tremendo Juan: para evitar una mala muerte Garcés no basta ser mudo, sordo y ciego, sino que es necesario también no ser curioso. Ténlo esto presente y adios.

—El es guarde, señor Juan Diente,—contestó todo trémulo el ballestero.

Juan Diente atravesó en paso rápido las galerías medio en tinieblas, bajó las anchas escaleras y al llegar al zaguan del alcázar donde estaba la guardia, oyó la rápida carrera de un caballo, que se detuvo en el pórtico y de él, echó apresuradamente á tierra un ginete armado á la ligera. Apenas había parado el caballo, cuando se estremeció, dobló las rodillas y se echó. Juan Diente comprendió que el pobre animal estaba reventado.

Entre tanto el ginete se dirigió á uno de los soldados.

—¿Sabeis,—le dijo,—camarada, si está en el alcázar un ballestero hidalgo del rey?

—Adelante, adelante, Gonzalo Recio,—dijo Juan Diente, anteponiéndose á la respuesta del soldado. ¿Qué me quereis?

—El rey que acaba de llegar á Sevilla, me envia.

—¿Y para qué?

—Para darte esta orden: y debe ser importante: revienta el caballo y revientate tú, me dijo; pero llega á Jeréz esta noche: salí al mediodía y aquí estoy: es verdad que el caballo ha reventado, y que ya estoy molido; pero la orden está aquí.

Con gran asombro de Gonzalo Recio, Juan Diente, que se había puesto á leer la orden á la turbia luz de la candileja de la guarda, partió sin contestarle alcázar á dentro, como alma que lleva el diablo.

Subió á saltos las escaleras, atravesó como un huracan las galerías, llegó al puesto que guardaba Garcés, y este, no conociéndole, procuró detenerle, y atravesó al paso su partesana exclamando.

—¡Atrás, no podeis pasar!

—¡Por el rey!—gritó Juan Diente,—arrojando por tierra á Garcés de un empellón y pasando.

—¡Oh! ¡oh!—dijo el guarda levantándose dolorido,—es el señor Juan Diente: sin duda el negocio no estaba bien acabado y quiere impedir que el difunto hable. ¡Hum!

Entre tanto Juan Diente había llegado á la cámara de doña Isabel y al entreabrir los tapices se heló la sangre en sus venas.

Estrella delante de su señora, que estaba triste ilesa y abatida, sentada en un sillón junto á la mesa, tenía delante de ella una escudilla, y doña Isabel llevaba á los lábios la taza de plata cincelada en que Juan Diente había vertido el tósigo.

—¡No bebais! ¡no bebais!—gritó el ballestero con un acento indescribible,—lanzándose en la cámara.

Pero era tarde, doña Isabel había bebido la mitad del contenido de la taza, y al notarlo Juan Diente había quedado inmóvil como una estátua en medio de la cámara.

—¿Quién seis? ¿qué quereis?... ¿qué habeis dicho?...

—Yo señora, no he dicho nada... nada...—contesté barbotando Juan Diente.

—¿Pero qué haceis aquí?

—Yo... nada... venía... venía á ponerme á vuestras órdenes.

—¡A mis órdenes! ¿pero quién seis?

—He venido á relevar en vuestra guarda, al señor Men Rodríguez de Sanabria.

—¡Ah! ¿pero quién seis?

—Yo señora soy... Juan Diente...

—¡Juan Diente!...—exclamó aterrada doña Isabel, levantándose pálida como un cadáver...—¡vos el asesino! ¡el verdugo del rey!..

Y embargándola el terror la palabra, palideció más intensamente, vaciló y fué preciso que Juan Diente la sostuviese en sus brazos para que no cayese en el suelo desmayada.

Juan Diente la colocó en el sillón, y se volvió á la doncella.

—¡Id! ¡id! y llamad al momento al médico de su señoría.

—Pero, dejarla sola... con vos...

—¡Id! ¡vive Dios!—exclamó Juan Diente desplegando una terrible mirada sobre doña Estrella que salió temblando.

—¡Oh! ¡esto es horrible! ¡horrible! el rey va perdiendo enteramente la cabeza; es la primera vez que

se vuelva atrás en su camino de sangre y se vuelve atrás de una manera inútil: ¡oh! ¡por Satanás y cien legiones de demonios que esto es ya horroroso!... parece que un mal espíritu domina al rey y que no le deja soltar ninguna de sus víctimas, y cada uno de estos horribles golpes me hace más feroz... ¡oh! ¡oh! empiezo á pasar las noches en vela; empiezo á ver fantasmas rojas... y esta pobre mujer... otra fantasma más... una fantasma blanca y pura; pero acaso acudiendo con tiempo... ¡cuánto tarda ese médico!... ¡oh! jamás he sentido tanta cólera ni tanta impaciencia... si yo lograse tener aquí encerrados á todos los villanos que con sus traiciones han puesto de tal modo negra el alma del rey desde el infame don Enrique, hasta ese vil cuervo Alvar Yañez... con las manos, con los dientes, los haría pedazos ¡ah! suenan pisadas, por fin.

Abrióse una puerta y apareció doña Estrella acompañada de un hombre alto, seco y viejo, de semblante noble y benévolo.

—¿Sois el médico de su alteza la reina?—le dijo Juan Diente.

—En efecto, hidalgo, yo soy para serviros el licenciado Cebarrubias.

—Esta dama...

—Sí; ciertamente... doña Isabel... pobre señora... vivirá poco; se ha desmayado... eso la acontece con frecuencia... su enfermedad es una de esas enfermedades para las cuales es inútil la ciencia, y que solo pue-

de curarlas Dios, porque su enfermedad está en el alma. Por lo demás este desmayo pasará... enviad uno de vuestros pajes á mi aposento con una vasija... señora; entre tanto voy á preparar una medicina.

—¿No creeis que ese accidente sea otra cosa que un desmayo?

—¡De qué me servirían cuarenta años de lucha con la muerte!—exclamó ofendido el médico,—si no conociese el estado de doña Isabel.

—Examinadla bien,—dijo Juan Diente,—vez si no se ha agravado su enfermedad.

—Os juro que no... y me extraña vuestra insistencia... vos teneis más facha de hombre de armas que de hombre de ciencia.

—Pues á pesar de todo, en la ocasión presente sé más que vos. Seguidme y me comprendereis; dejad esa dama al cuidado de su doncella, y escuchadme antes de buscar la medicina que habeis de darla, lo que será muy conveniente.

—Aunque no os comprendo, hidalgo, os sigo; de todos modos el desmayo de doña Isabel pasará por sí mismo.

—¡Quiéralo Dios!

Y Juan Diente y el médico salieron.

—¿Dónde vamos?—dijo el segundo.

—Llevadme á vuestro aposento, á un lugar, en fin, donde de nadie podamos ser escuchados.

—¿Tan importante es el secreto?

—Os va en él la cabeza.

—¡Qué me va en él la cabeza!—exclamó el médico, deteniéndose bruscamente en medio de una galería.

—Seguid, seguid, y tened en cuenta, señor licenciado, que he venido por orden del rey á Jérez y que me llamo Juan Diente.

Era tal la terrible fama que tenía el nombre del ballestero, que el médico al escucharle se estremeció y siguió dócil como un cordero la galería adelante, al fin de la cual abrió con llave una puertecilla y entró en un reducido aposento donde, sobre una mesa cargada de libros y papeles, ardía una lámpara.

Entonces pudo ver Juan Diente que el médico estaba notablemente pálido.

—Ya estamos solos,—dijo con precipitación el licenciado,—y podeis hablar sin temor de ser oído.

—Pues bien, empezaremos por este,—dijo Juan Diente sacando de la escarcela el pomo de estaño;—aquí dentro hay un tósigo.

—¡Un tósigo!—exclamó temblando de una manera más activa el médico,—¡ese es un tósigo y el rey os ha enviado con él á Jerez.

—Nada os importa eso; veamos si los efectos de este tósigo son inevitables.

El médico tomó el pomo, fué á un armario, sacó de él algunas redomas y vasijas de vidrio, vertió en un vaso de agua, y en aquella agua, algunas gotas del pomo, el color del agua no se alteró.

—Esto no da resultado; —dijo balbuceando, —veamos otra prueba.

Y en otro vaso puso un líquido color de oro, y luego vertió en él algunas gotas del veneno.

El líquido se enturbió inmediatamente tomando un color ópalo impuro.

—¡Ah!—exclamó el médico; —lento, terrible, mortal, tósigo de príncipe; primero enlanguidecimiento, luego postración, la locura después, al fin la muerte.

—¿Pero eso no será inevitable?

—¡Inevitable de todo punto!

—En ese caso procurad que doña Isabel padezca lo menos posible.

—¡Cómo! ¡doña Isabel!—exclamó alentando apenas el médico...

Juan Diente sacó con una lúgubre solemnidad de su escarcela dos pergaminos que mostró uno después de otro al médico; de los dos pendía el sello de plomo del rey, y la fecha del uno no aventajaba á la del otro más que algunos días.

El rey: Por cuanto conviene á nuestro servicio, hareis morir á doña Isabel Nuñez de Lara, con hierro ó con tósigo. Al ballestero de maza Juan Diente en Jerez.

El otro decía:

El rey: Si aún es tiempo, dejad vivir á doña Isabel Nuñez de Lara; de todos modos, entregad su guarda al señor Tel González Palomeque y venid á Sevilla.

El último pergamino cayó de la mano del médico, que se desplomó también sobre su sillón de roble.

—Es tarde, es tarde ya,—dijo con un acento timbrado por el horror,—primero la languidez, el cansancio, luego la locura y la muerte.

Y quedó absorto, aterrado con los ojos fijos, con una expresión de espanto en el vidrio donde había descompuesto el tósigo.

El ballestero guardó lentamente el pomo y los pergaminos y dijo con acento frío al médico:

—Os aconsejo por vuestro bien, que olvideis de todo punto lo que ha sucedido aquí; esforzaos por salvar á doña Isabel; si la salvais, contad con más que lo que pudierais desear; si muere, que jamás diga vuestra lengua lo que vuestra mente guarda... porque os exponeis.

Dicho esto salió con paso lento, rígido, fatal, de la estancia del médico y luego del alcázar.

Cuando llegó al Pernil de Oro, aún no había vuelto á él Men Rodríguez de Sanabria. En tanto volvía, Juan Diente enjaezó su caballo y esperó.

CAPITULO II

—

Que viene á ser, por la relación que tiene con el anterior, su complemento.

Andrés Cerchuelo estuvo esperando pacientemente y por largo tiempo á que saliese del alcázar Men Rodríguez. Sonó al fin el toque de queda en todas las parroquias y conventos de la ciudad, y desesperaba ya de que el jóven saliese, cuando apareció una sombra en la puerta del alcázar, y, adelantando en la calle, pasó junto al zaguán en donde esperaba el escudero que le reconoció; era Men Rodríguez, que marchaba velozmente y de una manera tal, que en su talante y en lo fuerte y sostenido de sus pasos, se comprendía que iba en mala disposición de ánimo.

—¡Ah! ¡ah! algo terrible le ha acontecido en el alcázar,—dijo para sí Andrés Cerchuelo, poniéndose en su seguimiento.

Por algun tiempo Men Rodríguez no reparó en que le seguían; pero el ruido contínuo y acompañado de las espuelas de Andrés, que no se recataba, le avisó; al notar que le seguían, disminuyó un tanto la velocidad de su paso, al reparar en la insistencia, se detuvo de repente y se volvió.

—Paréceme que me seguís,—dijo desabridamente.

—En verdad que os sigo, y si no os he hablado antes, era porque esperaba que llegáseis á lugar más solitario,—contestó afablemente Andrés.

—Y ¿quién sois?

—¿Tan flaco andais de memoria, que no reconoceis ya á vuestros amigos?—dijo con acento un tanto incisivo Andrés Cerchuelo.

—Pasad de largo, señor mío,—dijo Men Rodríguez, —os habeis equivocado, yo no tengo amigos.

—Sin embargo, no pensábais así mes y medio atrás, en la torre de la iglesia mayor de Sevilla, una noche en que, por cierto, no andaba muy segura la ciudad.

—¿Sereis acaso el señor Andrés Cerchuelo?

—El mismo soy.

—Perdonad, amigo mío, si no os he conocido... en verdad, en verdad, no os he visto más que una vez, y aún así en un leche: pero no os he olvidado... no por Dios... ni podía olvidaros, os debo lo que soy.

—Nada me debeis ciertamente.

—Sí, sí por cierto; os debo un vestido y una espada

que cabalmente lleve á la cintura... una excelente espada ¡vive Dios! tan buena como la mejor.

—Sigamos adelante, señor Men Rodríguez, porque este no es lugar seguro para hablar esto.

—Sigamos, pues, si así lo quereis, y vamos conmigo á mi posada.

—Vuestra posada, señor Men Rodríguez, es lo menos á propósito para hablar en confianza, y si hubiérais sabido eso, vos y el señor Juan Diente, ciertamente que no hubiérais hablado en ella, como habeis hablado esta noche.

—¡Cómo! ¿ha habido quien oiga?

—Lo he oido yo.

—¡Sabeis!

—Que amais con toda vuestra alma, y que el rey os arrebata vuestro amor.

—Vos seis creo, escudero del señor Juan Fernández de Hinestrosa, según recuerdo,—dijo con recelo Men Rodríguez.

—Lo he sido.

—Y ¿cómo debo consideraros? ¿Cómo amigo, ó como enemigo?

—Esto dependerá de las explicaciones que me deis á lo que tengo que preguntaros.

—Preguntad.

—¿Conocíais al rey cuando faisteis con mi padre á la torre de la iglesia mayor?

—No.

—¿Según eso, me conocisteis por una casualidad?

—Sí.

—¿No conocíais tampoco á Beatriz Zapata?

—No.

—De modo que su encuentro con el rey y el entierro de su padre fueron una casualidad.

—Sí.

—¿Y no tuvísteis parte ninguna en que el rey se apoderase de Beatriz?

—No.

—Perdonadme, pues, señor Men Rodríguez, porque durante algún tiempo os he tenido por mi más mortal enemigo.

—¡A mí! ¿y por qué?

—¿Qué quereis? mi padre os vió al día siguiente de nuestro conocimiento con galas y brocados..

—Los debía á la generosidad del rey.

—Llevábais cadena, estoque y espuelas de caballero.

—Siempre el rey.

—¿Os acompañaba un hombre sospechoso?

—De orden del rey.

—Fuísteis á casa de ese hombre, os entregásteis de Beatriz y la llevásteis á casa del difunto arcediano.

—Mandómelo el rey.

—Os creo, señor Men Rodríguez, os creo, y me aliviais de un gran peso: era lo que yo decía á mi padre: tan jóven y tan leal como parece, es imposible que me haya engañado: aquí debe haber algún miste-

rio que yo aclararé... y le he aclarado al fin, porque yo os creo, caballero, os creo, y sé que habeis obrado lealmente conmigo.

—He ido á buscaros muchas veces á la torre y no os he encontrado en ella, ni á vuestro padre.

—Yo he ido á buscaros á casa del infante don Juan y no me han dejado pasar los pajes.

—Pero, al fin, nos encontramos.

—Sí; nos encontramos, y los dos tenemos el corazón destrozado... pero los dos podemos ayudarnos.

—¿Qué podemos ayudarnos?

—Sí; la mujer que amais está en Jeréz, y Beatriz Zapata está sin duda en Sevilla.

—¡Y bien!

—Vos vais á Sevilla, y yo me quedo en Jeréz.

—¿Pero cómo sabeis?...

—Vivo en la misma posada que vos, encima de vuestro aposento, y he oido esta noche la conversación que en él habeis tenido con Juan Diente.

—¡Ah!—exclamó Men Rodríguez.

—Por lo mismo os digo que nos podemos servir de mucho; vos sois favorito del rey, que ó tiene en su poder á Beatriz, ó puede si quiere descubriros su paradero... yo en el alcázar de Jeréz puedo hacer mucho.

—¿Qué podeis hacer mucho?

—Sí, ciertamente; como que tengo amores con la camarera mayor de la reina doña Blanca.

—¿Con doña Sol de Vargas?

—Sí, por Dios, y si no estuviese la noche tan oscura, os podría mostrar papeles.

—Basta con que vos lo digais, señor Andrés, y creo que Dios os envía á mí, en este momento, para que parta á Sevilla más consolado.

—Vos en cambio...

—Sí, indagaré por vuestra Beatriz, pero si está en poder del rey...

—¡Qué!—dijo con ansiedad Andrés;—¿acaso su señoría?...

—Su señoría se interesa demasiado por esa dama.

—¡Es su amante!

—Os juraría que no.

—¿Pero que pruebas teneis?

—Ninguna.

—¿Y no os parecen pruebas bastantes la manera con que hizo el entierro de su padre?

—El rey es justo; y además, quiso humillar á la nobleza, haciendo á un zapatero unos funerales semejantes á los de un rey.

—Sin embargo, las mercedes que la ha concedido...

—El rey debe de haber tenido razones para ello, en las cuales no entra por nada el amor, al menos ese amor que inspira celos á un amante. Además, ¿no confiais en el amor de doña Beatriz?

—¡Ah, señor Men Rodríguez! las mujeres son mudables como la fortuna: ¿quién sabe si la que ayer,

hija de un zapatero, amaba á un pobre escudero, hoy rica-hembra y poderosa le desdeñará?

—Apenas conozco á doña Beatriz,—dijo Men Rodríguez; pero os aseguro, que os ama con más firmeza que vos la amais á ella.

—¡Yo!...—exclamó Andrés sorprendido por la observación de Men Rodríguez.

—Sí, vos: vos teneis amores con doña Sol de Vargas...

—Pero...

—Y doña Beatriz, estoy seguro de ello, porque cree haberla comprendido, no tendrá más amores que los vuestros.

—Os diré, señor Men Rodríguez,—dijo rehaciéndose Andrés:—yo amo á doña Beatriz como á una hermana.

—¡Cómo á una hermana! ¡nada más que como á una hermana!

—Tomemos por esta calle; señor Men Rodríguez, porque si seguimos daremos en el Pernil de Oro, en el cual, como podeis juzgar por lo que yo he oido de vos, casi sin querer, no puede hablarse con seguridad; y yo necesito abriros mi corazón y hablaros como se habla á un amigo.

Tercieron en efecto los dos jóvenes una esquina, y se aventuraron en un callejón oscuro, en el que casi no había casas.

—Necesito, como os decía, abriros mi corazón y

pediros consejo: escuchadme, escuchadme: hace un año que conocí á Beatriz por una casualidad: yo era escudero del señor Juan Fernández de Hinestrosa, y acompañaba con frecuencia á su hermana doña María á sus devociones...

—Permitidme un momento: dicen que el rey ha tenido amores con doña María de Hinestrosa.

—Nada tiene de extraño: doña María, aunque ya no era una niña, era hermosa, hermosísima, y para igualarse, si no para aventajar á su sobrina doña María de Padilla, sólo le faltaba la frescura de la juventud. Es cierto que el rey la galanteó algún tiempo; que tuvo por ello serias contestaciones con Juan Fernández de Hinestrosa, á pesar de las cuales aquellos amores llegaron á tal punto, aunque en poco tiempo, que Hinestrosa, para evitar que la corte se apercibiese de una manera indudable de la deshonra de su hermana, la encerró primero en su casa, y luego la envió á Sepúlveda, donde algunos meses después murió.

—Pero ha dado á luz un hijo, á quien, según dicen ha reconocido el rey.

—Creo que aunque hace muy poco tiempo que estais en la corte, sabeis de ella mucho más que yo.

—A veces se ve uno obligado á oir lo que no quisiera: pero continuad.

—Como os decía, yo acompañaba con frecuencia á sus devociones á doña María de Hinestrosa: hace un año, un viernes santo, al salir de tinieblas de la

iglesia de San Martín, doña María se detuvo de repente y palideció: busqué el objeto que había causado la conmoción de doña María, y ví una pobre y hermosa joven, en cuyo brazo se apoyaba un hombre alto y cojo; yo palidecí también de emoción al verla; pero una causa sin duda distinta de la que había conmovido á doña María: nunca, nunca había visto una joven tan esbelta, de mirada tan pura, de frente tan cándida; era Beatriz; el hombre viejo y cojo que la acompañaba era su padre, el zapatero Sancho Zapata. Los dos se alejaron.—Seguid á esa mujer y á ese viejo, me dijo doña María, informaos dónde viven y quienes son: yo iré á casa con los pajes y la dueña.—Seguí á Beatriz y á maese Sancho, que poco después se entraron en la casa del Ecce homo en la calle del Comendador. Pregunté á los vecinos, y supe que eran padre é hija; que él era zapatero remendón, y que ella hilaba y cosía. Dí cuenta de mi mensaje á doña María, que no volvió á hablar de ello; pero yo, arrastrado por un deseo de que no me podía dar cuenta, volví, rondé la casa, encontré algunas veces sola en la calle á Beatriz, la hablé, me habló... en una palabra, nos amamos, y algún tiempo después la pedí por esposa á su padre, que al escuchar mi petición, quedó por algún tiempo pensativo, y al fin me dijo:—Ciertamente que ella había nacido para un mejor acomodo: no os ofendais por esto: yo me entiendo y Dios me entiende: también es verdad que no había nacido para

hilar cáñamo: ello en fin no tiene remedio, y puesto que sois honrado, que la amais y ella es ama, os la doy por esposa; siempre estará mejor con vos que conmigo, pobre viejo enfermo, que apenas alcanzo con mi trabajo á sustentarla.—Desde entonces frecuenté la casa de Beatriz.

—¿Y por qué no os casásteis con ella?

—Era pobre, apenas tenía algunos miserables ahorros.

—Pero tratándose de una mujer tan pobre como lo era entonces Beatriz...

—Os diré:—dijo con alguna confusión Andrés:—es que nosotros nos hallábamos tan bien como si hubiéramos estado casados.

—¡Para que creamos después en las frentes cándidas! observó con la amargura de quien recibe un desengaño Men Rodríguez.

—¿Qué quereis decir?—preguntó álarmado Andrés.

—¿Vos que habeis dicho?—repuso Men Rodríguez.

—He dicho que nos encontrábamos tan bien como si estuviéramos casados.

—Lo que quiere decir...

—Que no deseábamos nada.

—¡Porque sin duda no os negábais nada!

—¡Ah!—dijo Andrés;—no os había comprendido hasta ahora: os habeis equivocado, ó por mejor decir, yo me he expresado mal: voy á procurar explicarme: yo, que nunca había amado, creí que no podía amarse

de otro modo que como yo amaba, y amo á Beatriz.

—¿Y cómo la amais?

—Como un hermano.

—¡Qué! ¿no os inspira deseo la magnífica hermosura de esa niña?

—No, y ella me ama del mismo modo, estoy seguro de ello. Cuando yo la tenía á mi lado, con verla, con hablarla, con participar de sus pequeñas confianzas era enteramente feliz, nunca ambicioné más, ni aun ahora que doña Sol de Vargas me ha hecho conocer que existe otro amor violento, que nos hace mirar con delicia, con embriaguez, con sed de placeres los ojos de una mujer, su boca que sonríe lánguidamente, su cuello que se inflama, como al impulso de un aliento abrasador, su seno que se agita, su talle que se contrae inquieto, sus manos que juegan distraidas y trémulas con un cordón ó un adorno del vestido. ¡Oh! ¡no! yo no sabía que el amor podía abrasar, lastimar como un tormento, llenar el alma de un deleite desconocido, dilatar el corazón llenándole de una vida más enérgica, más activa; ó comprimirlo como entre unas tenazas: yo no sabía que una mujer podía apoderarse enteramente de nosotros, enloquecernos, fascinarnos, llegar á constituir, en fin, la necesidad más imperiosa de nuestra vida. Yo creo que comprendereis ahora cómo puede amar á dos mujeres á un tiempo: Beatriz y mi hermana, mi luz: el amor que siento por ella es tranquilo.

—¿De tal modo que la veríais sin pesar en los brazos de otro hombre?

—¡Oh, no!

—¿Pero cómo comprenderes?

—Yo mismo no me comprendo; Beatriz no me inspira deseos, y sin embargo, he tenido y tengo celos horribles del rey.

—Es que vuestro deseo duerme en el fondo de vuestra alma: es que la impresión de la pureza de doña Beatriz ha sido para vos demasiado fuerte y dominante: pero lentamente el deseo aparecerá, no lo dudeis y si encontráseis á Beatriz casada... ¡oh! entonces vuestros deseos estallarían... olvidaríais á doña Sol...

—¡Nunca!

—¡Cómo! ¿tan enamorado estais? ¿puede amarse de ese modo á dos mujeres?

Men Rodríguez, al hacer esta pregunta á Andrés, podía decirse que se la hacía á sí mismo.

—Ya os digo que no me comprendo, y si me diesen á escoger...

—¿Preferiríais á la mujer que habia á vuestros sentidos?

—No sé, no sé,—dijo Andrés.

Men Rodríguez quedó por un momento pensativo: en el asunto de que se trataba tenía más experiencia que Andrés: desde su llegada á la corte había experimentado aquellos dos amores: la pureza, la sensibilidad, la dulzura de doña María de Padilla, le habían hecho

pensar en ella de una manera dulce, pura, tierna, aunque respetuosa en razón á su lealtad al rey don Pedro: antes, doña Aldonza Coronel le había inspirado ese amor inquieto, voraz, ardiente, del deseo: Men Rodríguez no había comparado estos dos afectos; no había podido comprender que inspirados por una sola mujer lo que acontece rarísimas veces, constituyen la mayor suma conocida de felicidad, de amor: lentamente el recuerdo puro, tranquilo de doña María, se arraigó en su alma, y con una rapidez horrible se encontró dominado por la influencia de la hermosura de los encantos, de la voluptuosidad de doña Aldonza llegó otra mujer, le curó ó al menos hizo que menguase en su alma la intensidad de aquellos afectos: esta mujer fué doña Isabel Núñez de Lara: en ella encontró juntos el ángel y la mujer: ella resumió todos sus pensamientos, todos sus deseos, todas sus aspiraciones: ella encendió en su alma el fuego sacro é inestinguible del amor, considerado en toda su extensión en toda su grandeza: la influencia de doña Isabel le hizo olvidarse enteramente de doña Aldonza, venciéndola, y reducir á una amistad íntima su afecto hacia doña María: Men Rodríguez se creyó regenerado; salvado, por doña Isabel, y en efecto lo estaba: y cuando la muerte del infante don Juan, la hizo viuda, y por lo tanto libre, el amor del joven estalló, se desbordó, necesitó llamarla suya... ¡y en aquellos momentos el rey se la arrebataba!

Men Rodríguez estaba, pues en el caso de comprender perfectamentamente la situación de Andrés.

—Si otra mujer no viene á salvaros, dividiéndoos, —le dijo,—doña Sol os enloquecerá, os arrastrará tras ella, os hará olvidaros de doña Beatriz.

—¡Oh, no! ¡jamás!

—Os olvidareis, hasta el punto de casaros con doña Sol.

—¡Ah! ¡no, no!

—Luchais y esto es natural... conoceis el amor que os profesa doña Beatriz y os repugna hacerla traición: necesitais para vivir de doña Sol, y os extremece el pensar que no sea vuestra.

—Tengo un infierno en el corazón,—exclamó el joven.

—Poned algo de vuestra parte, meditad, elegid, y una de las dos triunfará.

—Entre tanto, señor Men Rodríguez, y dejando á un lado esta lucha, permitidme que volvamos á vuestro asunto: vos dejais una mujer amenazada en Jerez: yo tengo otra mujer amenazada en Sevilla; velad por Beatriz, avisadme y yo velaré á mi vez, usando para ello de doña Sol, por doña Isabel.

—Acepto... yo os daré cuantas noticias adquiera de doña Beatriz.

—Yo os guardaré á doña Isabel.

—Cada dos días un escudero mío vendrá á Jerez.

—¡Ah! ¡no en vano nos encontramos!—exclamó Andrés.

—Sí, sí, no en vano comprendí que éramos amigos.

—Pues bien, seámoslo hasta la sangre, hasta la muerte,—exclamó con efusión Andrés.

—Sobrevenga lo que sobrevenga,—contestó Men Rodríguez, que preveía que sus deberes como caballero y su lealtad al rey podía sujetarle á terribles pruebas; amigos, amigos siempre.

—¡Oh! ¡si mi padre que ha dudado de vos nos oyera!—exclamó Andrés estrechando con toda su alma la mano que le había tendido Men Rodríguez.

—Vos también habeis dudado de mí,—dijo con acento de dulce reconvención al joven.

—Os condenaban las apariencias.

—Que os sirva este ejemplo para no volver á desconfiar.

—¡Oh! ¡nunca, nunca!

—Y adios, una orden del rey me llama á Sevilla.

—Procurad descubrir el paradero de Beatriz.

—Lo procuraré.

—Si lo lograis, vigilad por ella y avisadme.

—Vos, en cambio...

—¡Oh! creo que os pondré en los brazos á doña Isabel.

—Creo que nada más tenemos que hablar.

—Nada: nos lo hemos dicho todo y quedamos convencidos.

—Pues adios: muy pronto tendreis nuevas mías.

—Yo se las daré de doña Isabel: adios.

Los dos jóvenes se estrecharon de nuevo las manos y se separaron con el corazón comprimido.

Cuando Men Rodríguez llegó al Parral de Oro encontró en la puerta á Juan Diente que montaba á caballo.

—¡Cómo! ¿os vais de Jerez!—dijo Men Rodríguez.

—Sí, señor,—contestó el ballestero, procurando dar serenidad á su acento.

—¿Y doña Isabel?—exclamó con ansiedad Men Rodríguez.

—El rey me ha mandado que la entregue al señor Tel Gonzalez Palomeque.

—Pero...

—Tened esperanza, señor Men Rodríguez,—dijo el ballestero, haciendo un nuevo esfuerzo. El rey por ahora no tiene prisa en matar á doña Isabel. Ya veis me aparta de ella y me manda volver al momento á Sevilla.

—Quiera Dios que no os engañeis.

—No, no, señor, estoy seguro de que el rey solo quiere probar vuestra lealtad. Y adios, porque en señería cuenta los minutos y sabe ya á que hora debo llegar á Sevilla.

—No os detengo, pues aunque quisiera hacer la jornada en vuestra compañía.

—Adios, señor, adios.

—Id con él, valiente Juan.

Y tendió la mano al ballestero que la estrechó de una manera nerviosa. Luego picó á su caballo y se alejó al galope murmurando:

—¡Pobre joven! ¡Pobre joven!

Men Rodríguez entró en el mesón.

—Gracias á Dios, señor,—dijo el posadero, que se nos va ese buitre; así solo quedará gente noble y honrada en mi casa.

—Pues á pocas personas se reducirá por el momento esa gente, porque yo también me voy,—dijo Men-Rodríguez subiendo las escaleras.

El posadero quedó aterrado.

—¡Que se va! ¡que se va! ¡un señor que pagaba tan bien, sin reparar en la cuenta! bien sabía yo que ese maldito verdugo era un ave de mal agüero. Y Dios quiera que esta sea la última desgracia que me suceda.

Metióse dentro el dueño del Pernil de Oro, con los ojos arrasados en lágrimas, y una hora después apuró el tormento de ver salir con toda su servidumbre y equipajes á Men Rodríguez que tomó el camino de Sevilla.

CAPITULO III

De cómo doña Sol de Vargas hizo conspirador á Andrés Cerchuelo.

Apenas se separó Andrés Cerchuelo de Men Rodríguez, dejando le andado, entró en el callejón sin salida, en el cual le vimos en otra ocasión caer desvanecido frente al postigo de una cerca, y llegó á aquel postigo, y sacando una llave de su escarcela, le abrió entró y volvió á cerrar.

El poseer Andrés esta llave, demostraba hasta qué punto había llegado la confianza de doña Sol de Vargas hacia él.

La noche era oscura, la huerta estaba silenciosa, y Andrés después de haberse quitado las espuelas adelantó en silencio por las veredas de los cuadros de hortaliza á la sombra de los árboles frutales.

Solo se oía el murmullo de un arroyo que atrave-

saba la huerta, hueco y sonoro entre el silencio, al chocar sus linfas en las guijas de su lecho.

Al cabo llegó junto á las paredes de la parte posterior del alcázar, se deslizó á lo largo de ellas y se detuvo junto á un postigo sobre el cual había una ventana ojiva.

Tras los vidrios de colores de la ventana, reflejaba una luz: Andrés tomó una piedrezuela, que arrojó á la vidriera y chocó débilmente en ella, produciendo en los vidrios un sonido seco. Poco después recostóse la sombra de una mujer en la vidriera, abrióse esta y la mujer avanzó con visible ansiedad el cuerpo fuera de la ventana.

—¿Quién es? —preguntó con voz trémula.

—Soy yo, señora, —contestó Andrés.

—¡Ah! ¡sois vos! —repuso la dama en una exclamación en que se revelaba una inmensa alegría.

Y se retiró rápidamente de la ventana sin cuidarse de cerrar la vidriera; oyéronse en el interior fuertes pisadas descendiendo al parecer por una escalera, luego aquellas mismas pisadas precipitadas en dirección al postigo, y al fin una llave que abría con gran presura; rechinó el postigo y una mujer cayó entre los brazos de Andrés.

—¡Ah! ¡por fin! ¡por fin! —exclamó con acento ebrio y entrecortado por la pasión; creí que no os volvía ver: yo os esperaba á lo más dos días después del recibo de mi carta, y pasados esos dos días de impacien-

cia, de anhelo, he esperado quince días mortales, en medio de una inquietud horrible ¡oh! ya estaba desesperada: pero al fin estais aquí; os estrecho en mis brazos... y para mucho tiempo...¿no es verdad?... para mucho tiempo, porque no volvereis á separaros de mí.

—¡Oh! ¡cuán feliz me haceis!—dijo Andrés, fascinado por el acento ardiente de doña Sol, y ¡cuán poco digno soy de tanto amor!

—¡Oh! no hablemos de eso Andrés!—exclamó con orgullo doña Sol: vos sois digno de una reina: ¿qué importa que no seais noble?... vuestra nobleza está en vuestro corazón, en vuestros ojos, en vuestra hermosura... ¡oh! no hagais caso de mí, amigo mío, mi penseis mal de mis palabras... me habeis vuelto loca...pero venid, venid... estoy sola: todas las noches desde que os espero procuro quedarme sola... la reina os espera también; pero la reina os esperará algun tiempo más que yo os he esperado: necesito antes miraros, hablaros, deciros una y cien veces cuánto os amo. ¡Venid! ¡venid!

Y asió á Andrés, le condujo dentro del postigo y cerró. La mano que Andrés tenía entre las suyas temblaba de conmoción.

Doña Sol, siempre asida á la mano de Andrés, le hizo subir unas estrechas y pendientes escaleras, al fin de las cuales abrió una puertecilla y se encontraron en una cámara que servía de habitación á doña Sol.

El muebleje era modesto; sillones antiguos, un

estrado, una mesa con búcaros con flores; sobre la mesa una lámpara y en las paredes algunas tablas que consistian en el blason de nobleza de los Vargas, en algunos retratos de familia y en algunos cuadros devotos: en uno de los testeros había un reclinatorio, y en un ángulo opuesto un blanco lecho: á más de la puerta que correspondía á la escalera por donde habia entrado Andrés, había otra puerta que comunicaba con el interior, y frente á ella una ventana con vidrieras de colores: para hacer juzgar enteramente de aquella habitación á nuestros lectores, les diremos que el pavimento era de mármol, resquebrajado ya en muchas partes, que las paredes estaban cubiertas de una tapicería descolorida, y que el techo era de pino representando en su tallado una tracería gótico-árabe.

Doña Sol, sin dejar la mano de Andrés, le condujo al estrado y se sentó junto á él; solo entonces soltó la mano del joven.

Ya hemos dicho en otra ocasión cuando describimos á cada una de estas dos personas, que Andrés tenía veintidos años y doña Sol veinticinco: por lo tanto atendido á lo prematuro del desarrollo de la imaginación en las mujeres, y doña Sol llevaba ventaja en experiencia y en inteligencia á Andrés: podia decirse que era una mujer enteramente formada, mientras que Andrés era todavía un niño; esto en cuanto á la parte intelectual; en cuanto á la física, Andrés parecia más formado que doña Sol: esto se explica perfectamente:

hijo de un campanero, acostumbrado desde sus primeros años á ejercicios de fuerza, encaramándose en las campanas, después de haber hecho su aprendizaje volteando los esquilones; sentenciado en razon á lo alto de la morada de su padre, á subir y bajar diez veces al día las interminables rampas de la gigantesca torre de la iglesia Mayor, se había desarrollado de una manera vigorosa en fuerzas y en estatura; luego una propensión natural, irresistible, desde que tuvo doce años, le obligó á pasar horas enteras formando parte de los corros que cercaban en las plazas y en las márgenes del Guadalquivir á los espadachines que apostaban con otros ó daban lecciones de armas; antes de empuñar una espada, había pasado dos años viendo manejarla á aquellos aventureros, que eran unos formidables, aunque poco nobles esgrimidores: cuando un día, no pudiendo resistir más á su deseo, y después de haber hecho ejercicios diarios con cañas y palos con otros muchachos de su edad, pidió á uno de aquellos maestros de armas que le diese una lección; el maestro se sorprendió de la agilidad, de la vista certera, de la rapidez de los ataques y de la seguridad de la defensa del joven que tenía, sin duda por instinto, la nobleza de un caballero en el tiro de armas. Aficionósele el maestro y poco después Andrés era una formidable espada. El tiro de la barra por otra parte el juego de pelota, la lucha, el salto, el pugilato, desarrollaron de tal modo sus fuerzas, que á los diez y seis años era una

terrible espada, un excelente tirador de barra, y un hombre temible en fin por su valor, por sus puños y por su destreza.

A los diez y siete años, Andrés, á quien su padre había destinado al oficio de carpintero, pudo dejar la tienda de su maestro y ganar de una manera más cómoda y más en armonía con sus instintos, un diario mayor que sus jornales de mecánico.

Andrés se hizo maestro de armas.

No era esto tan fácil en aquellos tiempos; para procurarse entonces una escuela al aire libre era necesario ser valiente y diestre; estas escuelas consistían en un espacio cuadrado constituído por cuatro bancos que servían de límite á la multitud espectadora, dentro de los cuales se colocaba el maestro de armas, teniendo junto á sí en una mesa una coraza de hierro, un casco, algunas espadas, botas y una adarga. Estas escuelas solo funcionaban los días festivos, y las había en todas las plazas, en todos los mercados, en las puertas de la ciudad y en cuatro ó cinco puntos de la ribera del Guadalquivir cercanos á los muros.

Cada uno de los maestros pagaba al ayuntamiento, ó al rey, ó al arzobispo, al señor, en fin, de la jurisdicción donde estaba la escuela, una contribución alzada por la cual se le expedía patente y privilegio de maestro de armas, que venía á constituir para él en una propiedad gravada con un censo su escuela.

Pero no bastaba la patente para gozar de una ma-

nera quieta y pacífica dicha propiedad; era necesario sostenerla con los puños y el corazón, puesto que había una costumbre, por lo vieja y elevada á ley, que establecía, si alguno solicitaba del señor de la jurisdicción en que estaba situada una escuela de armas la expropiación del poseedor, esta expropiación se concedía si el postulante vencía en una prueba de sangre al poseedor, cosa muy en armonía con el carácter de la época, y conveniente para sostener el espíritu guerrero del pueblo, espíritu imprescindible en aquellos tiempos de lucha contínua.

Andrés se decidió á pedir la adjudicación de una de aquellas escuelas, y con una audacia infinita puso la vista en la de más fama, por enseñar en ella el maestro más valiente, experimentado y diestro que se conocía en Sevilla; este maestro era un zurdo que tanto manejaba la espada con la diestra como con la siniestra, que tenía cuarenta años, de los cuales contaba veinticuatro de práctica, y que hacía diez regentaba sin rival la escuela del Humilladero.

El Humilladero correspondía á la jurisdicción real.

Andrés Cerchuelo solicitó y obtuvo del rey por medio del señor Juan Fernández de Hinestrosa, ya favorito de su señoría, el permiso para probarse con maese Quinteros, el Zurdo, que sonrió desdeñosamente y como con lástima, al saber que un mancebillo de diez y siete años pretendía espulsarle á él, rey de la esgrima,

de su puesto que con tanta gloria habia sustentado durante diez años.

Para no detenernos en este incidente, diremos que aquella especie de oposición se verificó en medio de un lucido concurso, y en presencia del señor Juan Fernández de Hinestrosa, del señor Juan Tenorio y del señor Pero Lepe de Padilla, jueces nombrados por el rey, y que maese Quinconez sufrió una completa derrota, saliendo herido, zurrado, lastimado, y por último desarmado, sin haber logrado tocar ni aún á la ropa al mancebo.

Maese Quinconez salió de Sevilla avergonzado, y Andrés, después de haber puesto á raya á muchos que, despreciando sus pocos años, se habían atrevido á intentar lo que él había hecho de una manera tan completa, quedó reconocido universalmente por el primer maestro de armas, y en posesión pacífica de su escuela; esto le produjo dinero y aún ahorros, pero Andrés quería más que esto; los maestros de armas estaban considerados, á causa de sus costumbres, como una especie de rufianes á quienes se temía, pero que ocupaban una posición poco respetada.

Una casualidad le sacó de aquella posición, que si bien era mejor que la de mecánico, no le satisfacía; una noche al volver á su casa, esto es, á la torre de la iglesia Mayor, halló sobre su camino un hidalgo acometido por cuatro asesinos, púsose de un salto á su lado, mató á dos, hizo huir á los otros, y encontró que

el hombre á quien había salvado era el señor Juan Fernández de Hinestrosa, que en recompensa le dió un bolsillo repleto de oro, y le admitió á su servicio como escudero, á pesar de que no era hidalgo.

Entonces Andrés, que era ya un buen ginete, como lo eran todos los sevillanos en aquel tiempo, y lo son hoy la mayor parte, aprendió lo único que le faltaba saber para ser un cumplido hombre de armas, esto es, á justar, á manejar el hacha, la maza y la espada de dos manos, é item más á picar y á rejonear toros.

Así que á los veintidos años, sin haber perdido nada de su juvenil aspecto ni de su delicada y distinguida hermosura, Andrés Cerchuelo era un hombre valiente, sereno, forzudo, diestro, y á más cortés, galante é instruído como el mejor caballero de aquellos tiempos, á causa de cuatro años de trato cortesano al servicio de Juan Fernández de Hinestrosa.

Vestía á lo hidalgo en razón á su oficio; gastaba fueros alentados por su valentía, y á pesar de esto conservaba la dulzura de carácter que le había prestado el amor y la solicitud de su padre, que viudo, solo, contrahecho, había concentrado en él todo su cariño.

Hemos apuntado estos antecedentes de Andrés, porque no hemos tenido ocasión antes de darle á conocer por todas sus faces, y para que puedan comprender nuestros lectores que no en vano se había enamorada de él doña Sol de Vargas, ni simpatizado con él á primera vista Men Rodríguez de Sanabria.

Doña Sol, considerada físicamente, aunque aventajaba en astucia y en esperiencia á Andrés, no le aventajaba en lo grave del aspecto; doña Sol, por una contraposición de circunstancias, huérfana y sola, encerrada seis años hacia con la reina doña Blanca, parecía que los años habían pasado por ella sin robarla la candidez de la adolescencia, su pura sonrisa, su mirada cándida, es cierto que la naturaleza la había dado todas las magnificencias de formas que hacen voluptuosa á una mujer, pero también es cierto que aquel magnífico conjunto estaba embellecido por la expansión de un alma de niña, por una alegría ó un dolor infantiles por las emanaciones de un corazón vírginal, que solo había aprendido esperiencia, en las desgracias de los demás, por lo tanto nada tiene de estraño tampoco el amor sensual que Andrés sentía hacia ella, porque doña Sol era una criatura capaz de inspirar tentaciones á un santo.

Solo se encuentran simultáneamente en la mujer el candor y la experiencia, la pureza y la voluptuosidad, los más ardientes impulsos del corazón, con la prudencia más completa, principios que parecen opuestos, y que en efecto lo son, y que sin embargo encontramos reunidos, aunque constituyendo raras excepciones, en algunas mujeres. El autor ha copiado este carácter del natural, y al estudiarle se ha convencido de que la naturaleza no solo es múltiple, sino infinita en sus combinaciones, por lo cual respecto al espíritu

humano, no pueden sentarse principios absolutos, pues difícilmente se encontrará uno al que no puedan aplicarse un sinnúmero de excepciones.

Tales eran las dos personas que se encontraban solas, enamoradas, entregadas así mismas, contemplándose con deleite, sentadas mano á mano en un estrado en el alcázar de Jerez, y rodeadas del silencio más profundo.

Notábase en Andrés el poderoso efecto que causaban en sus sentidos las bellezas que enriquecían las formas de doña Sol, su mirada la devoraba, estaba estasiado delante de la joven, y esta por el contrario; gozando de la manera más pura con la fascinación de Andrés, mostraba una de esas sonrisas que son para nuestra alma lo que para las flores el rocío, las auras y el radiante sol de la mañana, porque hay, y permítasenos esta digresión un tanto metafísica, sonrisas de mujer que refrescan el alma, la iluminan la refrigeran, la dan, en fin, una nueva vida, una vida. inmaterial, remedo sin duda de la vida de los ángeles.

—Me parece mentira, dijo con una alegría infantil doña Sol, mentira de todo punto; creí haberos perdido cuando me había consentido á ganaros.

—¡A ganarme! contestó Andrés no comprendiendo bien.

—A ganaros, sí; es necesario que hablemos mucho y formalmente.

—Hablad, señora, hablad; os escucho, como siempre... con delicia.

—Pues bien, Andrés; empezemos por hablar de nosotros mismos sobre todo no me engañeis, porque eso sería cobarde y traidor: ¿qué habeis hecho respecto á mí en todo el tiempo que no nos hemos visto?

—He pensado en vos, y en el momento de volveros á ver.

—Y sin escribirme una sola vez, sentenciándome á la duda, á la incertidumbre...

—Es que he andado todo ese tiempo de acá para allá; primero he ido...

—Eso para después; ahora hablemos de nosotros solos. En cuanto á mí, he pensado continuamente en vos: he llorado mucho, he dormido poco: ¡oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡y qué tirano tan impacable es el amor!... callad, callad, vos no no me amais como yo os amo. Sin duda, habeis empleado mucho del tiempo que no nos hemos visto en otros amores.

—¡Ah! ¡no! ¡no, señora! ¿No os he dicho cien veces que vuestro amor llena mi alma entera hasta tal punto que la comprime? ¿no os he dicho cuánto me haceis sufrir?

—Pues bien; es necesario que no suframos más.

—¿Y cómo puede ser eso?

—¿Cómo? casándonos.

—¡Casándonos!—exclamó aturdido Andrés.

—Sí, sí por cierto: ¿qué os extraña?

—Me extraña, señora, que siendo vos noble, muy noble, y yo...

—¿Y qué imporia lo que seais ahora? el día en que seais mi esposo, sereis señor de vasallos.

—¿Pero habeis meditado bien?...

—Una mujer cuando ama, no medita.

—Pero dejadme que yo me haga digna de vos,—exclamó Andrés buscando una salida cualquiera; dejadme que yo me haga una fortuna y un nombre con mi anza.

—¡Oh! no quiero sufrir otra vez la ansiedad que he sufrido durante vuestra ausencia, he creido perderos, y luego... yo necesito un brazo en que apoyarme dignamente; un brazo que me defienda y me sostenga: oid: no sé por qué creo que han de acontecer antes de poco terribles cosas... la reina... la reina, una de dos, ó triunfa de doña María de Padilla, ó es repudiada ó muerta: hasta ahora ha podido hacer que el rey respete su vida, el temor de una guerra con Francia; pero ahora que Francia presta su apoyo al conde de Trastamara, el rey romperá por todo. Su odio á la reina, contenido hasta ahora, estallará, y yo, yo me encontraré sola, amenazada acaso...

—En otra ocasión,—dijo Andrés evadiéndose, pensábais de otro modo: creíais que la reina temía probabilidades de vencer, de sobreponerse á la Padilla...

—Desde entonces acá han pasado muchas cosas,—repuso gravemente doña Sol; el maestre de Santiago ha muerto á manos del rey, á manos del rey ha muerto también el infante don Juan de Aragón; la reina doña

Leonor, su madre ha sido envenenada en Castrojeriz, y el rey, después de haberse apoderado del señorío de Vizcaya, ha preso á doña Isabel Núñez de Lara; la guerra de Aragón, tanto tiempo contenida ha estallado al fin; y aunque está suspendida, volverá á emprenderse dentro de poco con mayor fuerza: el rey de Francia envía á don Enrique sus aventureros... por todas partes sangre, guerra, incertidumbre... ¿y creeis que esta sea la mejor ocasión para que una pobre reina abandonada, rodeada de ciegos servidores del rey luche y venza?... no, no: la reina doña Blanca está desesperada, y si espera en algo es como se espera un milagro. Pues bien, yo he meditado mucho en todo esto; y aun cuando ame á la reina, aunque siento por ella una ardiente compasión, os amo más que á ella, y no quiero que os expongais en su servicio de una manera inútil: ved ahí de qué modo se hace imposible que llegueis á ser noble por vuestra lanza, por vuestros hechos: la causa de la reina es una causa perdida, y vos por mi amor no serviréis á un rey que ha causado la muerte de mis padres y á quien aborrezco.

—Yo le aborrezco también y no le serviría nunca: no puedo olvidarme de que me ha robado...

—¿Y qué os ha robado el rey?

—Ya os lo dije señora; me ha robado, matando al arcediano de San Gil, la venganza de una afrenta hecha á mi padre.

—¡Ah! yo creía que el rey os hubiese robado algunos amores.

—¡Ah! no, no señora,—exclamó Andrés palideciendo:—yo no he amado... vos sois la primera mujer á quien amo, y os amo con toda mi alma.

—Pues mirad he tenido celos, unos horribles celos: ¿dónde podíais haber estado tanto tiempo?

—Vos me dijísteis, señora, que procurase entrar al servicio de Juan Fernández de Hinestrosa.

—¿Y habeis entrado?

—No, no ha querido recibirme.

—¿Y por qué, pues, no habeis vuelto á mi lado?

—Porque me he empleado en servir á los enemigos del rey.

—¡Ved lo que haceis!—exclamó con cuidado doña Sol;—ved no cometais una imprudencia que os pueda costar la cabeza.

—Los enemigos de que se trata son astutos, y el rey cree tener en dos de ellos dos servidores leales.

—¿Y quiénes son esos enemigos?

—A vos os lo confio todo, todo: esos enemigos son el tesorero mayor don Simuel Leví, y el escribano Alvar Yañez.

—¡El escribano Alvar, Yañez! hace dos días que está en el alcázar, sin duda enviado por el rey.

—¡Ah! desconfiad de ese hombre.

—Me decís que desconfie, y decís que es enemigo del rey y que vos le ayudais.

—Ese hombre, señora, es un misterio para mí. El fué quien me envió con unas letras á don Pero Ponce de León y ya sabeis lo que sucedió: don Pero Ponce fué muerto cuando iba con sus gentes á Sevilla: él me envió después á Vizcaya, con otras letras por un diputado de Bilbao, y poco después murió el infante don Juan de Aragón y su mujer doña Isabel Nuñez de Lara fué presa: ¿qué creeis que puede pensarse de un hombre que se muestra enemigo del rey, y que sin embargo, de dos hechos suyos resultan dos muertes de enemigos del rey don Pedro?

—Creo que ese hombre hace un doble juego.

—Ese hombre me conoce demasiado, para que mi cabeza no esté vendida, si con efecto sirve de una manera tan misteriosa al rey.

—¡Vendida vuestra cabeza!...

—¡Oh! ¿y qué tendría de extraño?... el rey es desconfiado, receloso, tiene gentes que le sirven en todas partes; acaso se me ha tendido un lazo... creedme doña Sol... por esta razón yo no acepto con júbilo vuestra propuesta de casamiento... si muero vale más que perdais un amante que un esposo.

—Callad, me parece que he sentido pasos en la antecámara.

—Será acaso el viento.

—Sin duda: ¿quién ha de venir á estas horas por esta parte del alcázar?

—Es que nuestra situación nos hace desconfiar de

todo: hasta de esos rumores naturales que en otras situaciones pasan para nosotros desapercibidos. Yo creo encontrar en todo el mundo un espía del rey.

—¿Y no creeis que el señor Alvar Yañez esté en el alcázar como un espía?

—Todo es misterioso en ese hombre. El aprovechó la injuria que había hecho á mi padre el arcediano, y se valió de mí: después le he tratado con alguna frecuencia, y he visto que hay otro misterio superior al suyo.

—¿Y qué misterio es ese?

—Ese misterio es una mujer que á veces es paje y á veces soldado.

—¿Y no conoceis á esa mujer?

—No, pero la conoce mi padre.

—Pero su nombre.

—Se llama Ana, Leila y Gastón.

—Pero Dios mío, me vais á volver loca: estais metido en un verdadero laberinto.

—¿Qué tiene de extraño que vos no me entendais, cuando yo mismo no me entiendo, ó por mejor decir no veo más que misterios en todo cuanto me rodea?

—Pero esa mujer...

—Escuchad: últimamente antes de avisarme el escribano Alvar Yañez á Vizcaya envió á la vivienda de mi padre, donde yo me encontraba, á un hombre feroz, á un bandido, á un aventurero que se llama Pedro-el-Negro: salí con él y mi padre al verme en tan mala

compañía, me siguió cuidadoso: Pedro-el-Negro y yo encontramos algo más allá, al escribano y nos encaminamos con él al muro de los Navarros y entramos en un postigo de una casa aislada, donde yo nada ví, puesto que me hicieron esperar en el zaguan, donde pasado mucho tiempo, el escribano me dió un bolsilo, un pergamino y una orden de partir al amanecer á Vizcaya á entregar aquel pergamino al diputado Antón de Landu y volverme sin perder tiempo. Desempeñé mi encargo y volví. Busqué á Pedro el-Negro y no le hallé, busqué al escribano y tampoco le encontré, fuí á la casa del muro de los Navarros y la encontré deshabitada. El hombre mujer ó por mejor decir, esa extraña mujer que se viste con frecuencia como un hombre y obra como tal, había desaparecido.

—Pero esa mujer...

—Escuchad: no encontrando á ninguna de las personas con quien me había unido mi odio al rey, me encaminé desalentado á la torre de la iglesia Mayor y subí... encontré á mi padre loco.

—¡Loco!

—Sí la fatalidad que me persigue ha alcanzado al pobre viejo. Ya os he dicho que el día en que Pedro-el-Negro, fué á buscarme á la torre, cuidadoso mi padre me siguió, y tuvo medio de introducirse sin ser notado en la casa de esa mujer.

—¿De la mujer-hombre?

—Ciertamente: entonces supe que aquella mujer

amaba á Men Rodríguez de Sanabria, que aborrecía á doña Isabel Núñez de Lara á quien Men Rodríguez ama, que poseía teseros, y medios para enredar en una trama de intrigas al rey. Que ella era quien había enviado á Alvar Yañez á Aragón para ofrecer oro al conde de Trastamara, á Pedro-el-Negro á Granada, para dar medios á un infante moro, de destronar al rey de Granada y hacer la guerra á don Pedro, y á mí á Vizcaya con unas letras que debían producir la muerte del infante don Juan y la de doña Isabel Núñez de Lara. Luego aquella mujer, magníficamente vestida y que según dice mi padre es hermosísima, recibió al señor Juan Tenorio, le enamoró y le convirtió en un instrumento fatal para doña María de Padilla.

—¡Oh! ¡y esa mujer aborrece á doña María!

—Esa mujer quiere destronarla, matarla, porque aborrece de muerte al rey.

—¿Pero no habeis podido averiguar más?...

—Mi padre solo vió que aquella mujer salió de la casa vestida de hombre, acompañada de otra disfrazada del mismo modo.

—¿Y esto ha sido bastante para volver loco á vuestro padre?

—Mi padre mató aquella noche á un hombre.

—¡Qué mató á un hombre!

—Sí; al ir á descolgarse por una ventana al huerto que rodea la casa, vió algunos hombres: uno de ellos era Pedro-el-Ngro, que iba, segun mi padre notó

después á cometer un doble robo: entraron valiéndose de una escala por la misma ventana, á la cual se había asomado mi padre que apenas tuvo tiempo de huir; pasaron, se perdieron en las habitaciones interiores, y cuando mi padre volvió á la ventana aterrado, resuelto á escapar por la escala, tropezó con otro hombre que subía: entonces el terror, porque mi padre es inofensivo, le puso el puñal en las manos, hirió, mató: deslizóse por la escala y al huir encontró en el jardín dos mujeres.

—¡Dos mujeres!

—Sí: una joven y otra vieja.

—¿Y quiénes eran aquellas mujeres?

Andrés seguía desfigurando los hechos que no le convenía fuesen conocidos por doña Sol.

—Mi padre no las conocía: pero le pidieron amparo y las amparó: aquellas mujeres sufrían una detención injusta en aquella casa: mi padre forzó la puerta del huerto que daba á la calle de San Estéban y sacó aquellas dos mujeres. Pero la casa estaba espiada, puesto que, apenas mi padre había dado algunos pasos en la calle, cuando fué acometido, sujeto, y vendados los ojos y la boca, fué conducido á la cárcel de donde le soltaron al otro día. Estas emociones, y sobre todo, la sangre que ha vertido, por más que haya sido en defensa propia, han trastornado el juicio á mi padre, le han vuelto loco hasta el punto de apelar al vino para olvidar, y estar contínuamente ébrio.

—¡Pobre anciano!

—Hé ahí otro de los motivos que me impelen á una venganza, cuya sed siento y que no sé como ejecutar.

—¡Oh! ¡eh! acaso estos mismos misterios nos sirvan de mucho.

—Sí, sí por Dios; los hechos traen sucesos ¿y quién sabe?... pero entre tanto comprendereis que nuestro casamiento ahora seria una imprudencia.

—¡Una imprudencia! no, no: esperaremos sin embargo; pero esperaremos poco... tengo un proyecto.

—¡Cuál!

—La reina tiene perdida la esperanza, y no será difícil hacerla consentir en que huya: la fuga es fácil, porque el alcázar está mal guardado: huiremos á Francia y allí... viviremos del agradecimiento de la reina, y acaso el delfin, regente, en pago de vuestros servicios os ennoblecerá.

—¡Oh! eso, solos aislados, sin dinero... es muy difícil.

—¿No decís que doña Isabel Nuñez de Lara está amenazada?

—Sí, y amenazada de muerte.

—¿No decís que Men Rodríguez de Sanabria ama á doña Isabel?

—Sí, y á más de eso Men Rodríguez es mi amigo.

—Vuestro amigo favorito, el brazo derecho del rey.

—Le debo oficios de hermano.

—Pues bien, Andrés, bien: yo creo que tenemos

bastantes fuerzas para aventurarnos... no esperaba tanto ciertamente... una intriga bien manejada... ¡oh! venid, venid; es necesario que hableis á la reina; es necesario que apresuremos el momento de vernos libres del rey don Pedro, del que todos tenemos por qué temer.

Y asiendo á Andrés de una mano, se encaminó á la puerta que conducía al interior y desapareció con Andrés por ella.

Quien poco antes hubiera entrado en la antecámara á que aquella puerta correspondía, hubiera visto á un hombrecillo, escuchando oculto tras los tapices, y que al encaminarse doña Sol con Andrés á aquella puerta, huyó silenciosamente, se deslizó por una galería, y dijo á una dueña que esperaba como un centinela al fin de ella:

—Idos, idos doña Marta; nos podrían sorprender.

—¿Con qué no nos habíamos engañado, señor Alvar Yañez?—dijo la vieja.

—No por cierto. Es el señor Andrés Cerohuelo, el mancebo de antaño; se trata de grandes traiderores: seguid sirviendo lealmente al rey y os prometo que habeis hecho suerte.

Dicho esto, el escribano y la dueña se separaron en distintas direcciones: en cuanto á Alvar Yañez, poco más allá, abrió con llave una puerta en el extremo de una de las galerías más apartadas y polvorientas del alcázar; cerró, hizo luz y se puso á pasear por

el aposento, que era en extremo reducido y mezquino.

—¡Ah! ¡ah!—murmuraba:—¿con que el señor Pedro-el-Negro, mi buen amigo, ha metido sus manos hasta los codos en el oro de doña Ana? Hé aquí por qué el bribón no ha vuelto de Granada... habrá sido capaz de renegar... y doña Ana á su vez... vamos, es muy bueno de escuchar: por lo pronto, puedo seguir comiendo á dos carrillos, y decir muy buenas cosas al rey y á doña Ana: pero es necesario ser muy prudente, saber dónde se ponen los piés: ese Andrés Cerchuelo sabe demasiado, y es necesario cortarle las alas: al rey puedo avisarle de que se conspira en Jerez, de que se procura burlarle: á doña Ana ¡oh! á doña Ana, de seguro, que se le va á dilatar el alma, cuando sepa que doña Isabel Nuñez de Lara es mujer muerta, que Beatriz no está perdida, que Pedro el-Negro es el autor del robo, y que maese Blas el campanero ¡oh! ¡oh! en cuanto á esto despacio... no es bueno que sepa que hay quien conoce sus asuntos: yo puedo aprovecharme de esto, y sobre todo es bueno siempre saber algo que los demás no saben.

El escribano siguió pensativo algún tiempo más, y luego adoptando una resolución decisiva, se sentó delante de una mesa y escribió dos largas cartas; sobre la una puso: «A su señoría el rey:» sobre la otra: «A la muy noble señora doña Ana Tellez de Ulloa.» Inmediatamente guardó aquellas cartas en su escarcela y salió del alcázar, atravesó algunas callejas, y en una

de ellas llegó á una casa de pobre apariencia y llamó: abrióle un hombre mal carado, que llevaba sobre sí la cota de armas de los ballesteros de maza del rey.

—A caballo, señor Gómez Arévalo, á caballo al momento,—le dijo el escribano.

—¡Y bien! ¿á dónde he de ir?

—A Sevilla con estas letras para su señoría.

El ballestero tomó la carta, y poco después el mismo Alvar Yañez le vió montar á caballo y partir: entonces se dirigió al extremo opuesto de la ciudad y en otra calleja llamó á otra casa de mejor aspecto que la anterior: abriéle un hombre, que no era otra cosa que un peregrino de Nuestra Señora de Rocamador.

—A caballo al momento,—le dijo el escribano; tomad esta carta y entregadla en Zaragoza á doña Ana.

Del mismo modo que anteriormente, no salió de aquella casa hasta que vió partir al aventurero, después de lo cual, se volvió maquinando nuevas picardías al alcázar.

LIBRO DÉCIMOSÉPTIMO

CAPITULO I

En que parecen la pérfida Beatriz y su abuela doña Benta.

El rey, como hemos indicado, después de la rápida tentativa de campaña contra Aragón, se había vuelto á Sevilla á preparar un formidable armamento para emprender de una manera decidida la guerra.

Erale urgente dar un golpe decisivo: la nobleza se mostraba cada vez más inquieta y rebelde: el delfín regente de Francia se ponía ostensiblemente de parte de don Enrique; numerosas bandas de mercenarios invadían las fronteras castellanas, y en el reino de Granada habían acontecido grandes trasternos.

Apenas había puesto el rey la planta en su cámara del alcázar, de vuelta á Sevilla, cuando se le anunció que el rey de Granada acababa de llegar y solicitaba hablarle.

Este incidente imprevisto maravilló á don Pedro, que se apresuró á conceder su venida al monarca musulmán, y poco después Mojanmet V estaba delante del rey don Pedro.

Era Mojanmet un hombre como de treinta años, de gran estatura, belleza salvaje, barba roja y cuerpo membrudo: en la poderosa mirada de sus ojos negros se notaba despecho, cólera, esperanza: tenía en fin, todas las señales de un fugitivo que venía á buscar en don Pedro una ayuda poderosa.

El rey de Castilla miró por algunos momentos de una manera fija al rey de Granada, y luego, asiéndole de una mano le llevó á un divan.

—Siéntate, mi valiente aliado,—le dijo en aljamía, lenguaje común en aquellos tiempos entre castellanos y moros,—y dime cual es la causa de que te vea en mi presencia de una manera tan impensada.

—La traición: la traición que socaba á la par tu trono, rey de Castilla, y que te arrojará de él como me ha arrojado del mío.

—¿Qué, te han arrojado de tu trono? ¿qué, vienes fugitivo?—exclamó levantándose colérico el rey; ¿y dices que los mismos traidores que pretenden arrancarme la corona, te han arrancado la tuya?... no habrías sabido defenderla; te la habrán arrancado por cobarde.

—Yo tenía acorralado al infante Aboul'Sayd en las Alpujarras,—exclamó con dignidad Mojanmet; sin di-

nero, sin soldados, estaba reducido ó á morir en una tentativa desesperada, ó á pasar á Africa: pero de repente el emir de mi guarda africana Mussu'l-Alí-Athar, se apodera de la Alhambra, proclama á Ismail; quiero resistir y me encuentro abandonado: huyo por una mina al Albaicin, y le encuentro ocupado por mi madre la sultana Kinsu 'l-Llemal, que ambiciosa y amante de su hijo Ismail, me rechaza, me persigue: me oculto en las inmediaciones con algunos xeques leales, y desde mi retiro sé que Ismail ha sido muerto, encarcelada mi madre y proclamado rey de Granada el infante Abou 'l-Sayd, el Bermejo. Entonces aprovecho la oscuridad de la noche, parto, llego á la frontera, y vengo á pedirte, rey de Castilla, amparo, ayuda, como debo esperarla de tí, de quien soy vasallo y aliado.

—Pero para haber comprado á tu emir se habrá necesitado oro, mucho oro,—dijo pensativo el rey don Pedro.

—¡Oh! sí por cierto;—repuso con acento reconcentrado Mejanmet:—pero tu nobleza es rica, señor, poderosa; tu nobleza sabe demasiado que no puede vencerle, sino cercándote de peligros, de guerras y de amenazas, y ha procurado que Granada se vuelva en contra tuya.

—¡Mi nobleza! — exclamó don Pedro paseándose agitado por la cámara:—¡siempre mi nobleza! y ¿quién puede asegurar que ese oro no ha sido enviado á

Abou 'l-Sayd por los emires africanos, que tienen fija una mirada codiciosa en España? ¿quién puede asegurar que no se ha comprado con promesas la fidelidad del emir de tu guarda?

—Antes de venir, he podido hacer justicia en uno de los traidores, y tengo en mi poder la prueba de que ese dinero ha sido procurado por la nobleza de Castilla, y remitido al infante Abou l'-Sayd por tu tesorero don Simuel.

—¡Mi tesorero! ¡con que al cabo el lobo hambriento é insaciable de oro se atreve á hacerme traición de una manera desembozada! ¡pero la prueba! ¡la prueba! me cuesta trabajo creer que don Simuel se haya atrevido á tanto.

—La prueba está aquí: en este libramiento,—dijo el rey moro, sacando de entre su faja un pergamino enrollado, y presentándole al rey cristiano, que le examinó.

Don Pedro leyó perfectamente la escritura africana del libramiento: la examinó, la volvió á leer y á releer, y al fin dijo.

—¿Cómo te has hecho de esto?

—Vieron entrar en el Zacatin en casa del mercader Muzay ebn Kaleb, algunos de mis servidores, á un esclavo de la sultana Kinsu l' Llemal: á la tarde aquel esclavo volvió con otros cuatro que salieron agobiados por el peso del oro que conducían, y se encaminaron al Albaicin: mis leales vasallos me avisaron, y como

era de temer que aquel oro fuese para traiciones, envié un cadí casa de Muzay-ebn-Kaleb, que fué preso, y ocupados todos sus libros y escrituras: entre ellas se encontró ese libramiento, y Muzay perdió la cabeza.

—¡Y teniendo estas pruebas en tu poder, no pudiste evitar la traición!

—Yo no creia que pudiese venir de los mismos hombres que me defendían, y fuí sorprendido, debiendo solo mi salvación á la casualidad de encontrarme en una cámara donde está la puerta oculta de la mina por donde escapé.

—Pero en este libramiento no parece la traición de don Simuel: es un álbala de sesenta mil doblas jucefinas que debe pagarse á quien lo posea.

—Eso mismo prueba la traición: si don Simuel hubiera podido unir en ese libramiento su nombre á un nombre leal, lo hubiera hecho: además aquí ha querido hacerse perder el rastro... se ha previsto todo, y solo la traición toma tales precauciones.

—¡Don Simuel! ¡Don Simuel!—exclamó el rey; paréceme llegado el caso de que estrujemos á nuestra gran sanguijuela... y la estrujaremos, sí; ¡vive Dios! la estrujaremos hasta que vomite el último grano de oro bastante para ponerte de nuevo en el trono Mejanmet.

—¡Ah, señor!

—La guerra se hace con el dinero: por una onza

de ere un quintal de hierro, convertido en espadas... vamos... vamos... has venido á mí, Menjanmet, y has hecho bien... antes de que rompamos con Aragón, nuestras lanzas reales habrán roto por la frontera de Granada: ¡ah! ¡ah! ¡señores rico-hombres castellanos! ¡nos tirais un jaque mate con la Alhambra! pues mirad; por muy bien colocadas que tengais vuestra torre y vuestros caballos y vuestros peones, aún nos queda muy buen juego; os ganamos en piezas, estamos preparados, y juro á Dios que antes de dares el jaque mate os he de comer peón á peón, pieza á pieza. ¡Ah! ¡ah! ¡os habeis empeñado en ganar la partida! pues bien, os juro que ni aún le hareis tablas.

—¡Y cuándo, señor!—exclamó impaciente el rey de Granada.

—Espera, mi buen amigo, mi fiel aliado, espera,—djio el rey: aún no es tiempo... aún tardará algo... bueno será que tus vasallos se cansen un poco de su nuevo rey.

—Es que tengo en Granada mi esposa mis hijos, y mis tesoros... y un día perdido... ¡quién sabe si ese dia puede ser un día de horror y de sangre!

Meditó un momento el rey, fué á una mesa, escribió en un largo pergamino, y luego llegó á una de las puertas y dijo:

—¡Hola! que venga al momento mi rey de armas, León.

—¡Un rey de armas!—exclamó Menjanmet.

—Sí; un rey de armas que lleve mi cartel de guerra al usurpador de tu trono, que le amenace, que le ponga en respeto: solo de ese modo podremos conseguir que Abou l'-Sayd te envie tu esposa y tus hijos: escucha:

Y leyó á Monjanmet el contenido del pergamino que había escrito: en él, de una manera enérgica acusaba á Abul l'-Sayd de traición contra su señor natural, y de reto á él mismo, como rey de Castilla, puesto que era aliado suyo Monjanmet: le intimaba que dejase el trono ó que de lo contrario se considerase en guerra con Castilla; y en último caso le mandaba que entregase al portador de aquel mensaje la esposa y los hijos del rey Monjanmet.

Acababa don Pedro de leer este documento á su aliado, cuando un camarero dijo á la puerta.

—Señor: ¡el rey de armas, León!

—Que entre, que entre,—exclamó el rey.

Un momento después el rey de armas doblaba la rodilla delante del rey.

—Toma este cartel, y vé á leerle en nuestro nombre al rey de Granada,—le dijo don Pedro entregándole el pergamino.

—Iré, señor.

—Al momento: toma para los gastos del viaje (y le dió un bolsillo); viste el arnés y mi cota de armas; toma seis trompeteros, seis farautes y cuarenta lanzas, Al momento, mi valiente León, al momento, A caballo y á Granada. Véte.

El rey de armas se levantó, saludó profundamente al rey y salió.

—Es cuanto puedo hacer,—dijo el rey á Mojanmet, por tu ansiedad de padre y esposo. Hoy va mi cartel, y dentro de poco irán mis lanzas.

—Dios te prospere y te bendiga, señor,—exclamó Mojanmet queriendo arrojarse á los pies de don Pedro, que lo impidió.

—Tú serás rey de Granada,—dijo don Pedro profundamente: pero escucha: llegará un día en que yo necesite tu espada, tus tesoros y tus soldados.

—Los tendreis, señor.

Plegue á Dios que no llegue ese día: y si llega: ¡oh! si llega triunfaremos, porque la razón y la justicia están de nuestra parte.

—¡Oh! no en vano la fama levanta y enaltece tu nombre, porque eres un grande y poderoso rey,—exclamó Mojanmet.

—¡El monje negro de la ermita del Humilladero! —dijo una voz á la puerta.

—¡Oh! perdóname Mojanmet, pero necesito quedarme solo: ¡Hola!—añadió dirigiéndose al camarero que estaba á la puerta. Llevad á su señoría el rey de Granada al palacio del Caracol y aposentadle en él, con las mismas honras que si fuera mi persona. Que entre al punto el monge.

Mojanmet salió de la cámara del rey más tranquilo que como había entrado, y poco después estaba delan-

te de don Pedro, el monge negro tan encubierto y tan misterioso como otras veces.

El rey, como siempre que le veía, le miró de una manera profunda y respetuosa.

—Siéntate, Juan, siéntate le dijo: ¿qué tengo que esperar de tu venida?

—Avisos y revelaciones, —dijo el monje sentándose con dignidad.

—¡Avisos!

—Sí, ¡avisos! tienes un enemigo á quien no conoces, más terrible que todos los que te han acometido hasta ahora.

—¿Y qué enemigo es ese?

—Una mujer.

—¡Una mujer! —exclamó con desprecio el rey. ¡Acaso doña Blanca!

—Doña Blanca es una mártir en que hareis muy mal de ensangrentaros.

—Doña Blanca es uno de los pretextos en que se apoya la rebeldía.

—Satisfacedla un tanto, tratadla con menos rigor, y dejará de prestar su nombre á los rebeldes.

—Al principio de mi reinado consentí en vivir con ella oyendo tus consejos, Juan; ¿y qué resultó?... mi prisión de Toro, acuérdate.

—Es que aunque vivíais con ella, la tratábais ni más ni menos que como á una extraña, en tanto que os mostrábais enamorado, loco por doña María.

—Obligáronme á casar con doña Blanca, y este bastó para que yo la aborreciera; además, ¿no robaba y roba el nombre de reina á María, á mi buena María?

—Pero doña Blanca, señor, es inocente: doña Blanca os ama.

—¿Qué me ama, y es mi más terrible enemigo?

—¡Oh! no, no, señor; la mujer en quien os he dicho que teneis un enemigo á muerte, no es doña Blanca.

—¡Doña Isabel Nuñez de Lara!

—Otra mártir.

—¡Doña Aldonza!

—Mujer sacrificada á su ambición, rota, inutilizada, por esa mujer de que os hablo.

—¿Quién es, en fin, esa mujer?

—Esa mujer se llama doña Ana Tellez de Ulloa.

—Hija acaso de Alfon Tellez, del comendador de Santiago á quien mi padre...

—Esa, señor, es una larga historia.

—Sí, la historia de los amores del rey don Alonso el Onceno con doña Teresa de Ulloa.

—¿Conoceis esa historia, señor?

—Me dijo algo de ella antes de morir el arcediano de San Gil.

—¡Oh! el arcediano de San Gil,—exclamó profundamente el monge negro:—pero el arcediano de San Gil sabía muy poco.

—Mi padre le había dejado una manda considerable

al morir, para que atendiese á la subsistencia de Beatriz.

—Será necesario que me escucheis, señor, para que sepais cuánta justicia debeis á la memoria de Alfon Tellez y cuánto debeis guardaros de la venganza de doña Ana Tellez de Ulloa su hija.

—¿Y es esa mujer el terrible enemigo de que me hablais?

—Escuchad, señor, y después de escucharme, juzgad.

El rey se replegó en un ángulo del divan, y el monge negro, más como quien coordina sus recuerdos, que como quien los evoca, guardó por un momento silencio.

Luego empezó de esta manera.

—Ya han pasado veinticuatro años desde que acontecieron los sucesos que os voy á referir: vuestro noble y valiente padre, después de haber domado á la nobleza y de haberla hecho entender que un rey que sabe ser rey, tiene muchos medios á su alcance para hacerse respetar de sus vasallos; después de haber dado buenas muestras de su valor contra los moros, de haber pacificado sus reinos y hécholes fuertes y poderosos, creyó llegado el momento de gobernarles en paz, de robustecerles y de hacerles prósperos á beneficio de la justicia en el mando. Nada tuvo que desear Castilla bajo el poder de Alonso el Onceno: cada poder ocupó su lugar, y ni la nobleza dominó al clero,

ni este á la nobleza, ni ninguno de estos dos brazos al pueblo. El trono estaba colocado á su verdadera y digna altura, y el reinado de vuestro padre fué un reinado, próspero y feliz, pero en el cual hay algunas manchas oscuras.

—¿Y cuáles son esas manchas que ves sobre la historia de mi padre?—dijo con severidad el rey.

—Esas manchas, señor, —dijo imperturbable el monge negro, —son tan graves, tan densas como algunas de las que verá la posteridad en vos.

El rey se agitó de nuevo impaciente, pero se contuvo, sujeto por el poder misterioso que ejercía sobre él el desconocido.

—El rey don Alonso,—continuó éste,—justiciero, rígido, terrible para los demás, como vos, era sin embargo harto débil, harto indulgente para consigo mismo: si uno de sus vasallos hubiera abandonado vilmente á su esposa, y á su hijo primogénito, para unirse escandalosamente á una manceba...

—¡Juan! ¡Juan!—exclamó el rey no pudiéndose ya contener.

—Lo que os estoy diciendo, lo he dicho mil veces á vuestro padre,—continué el monge:—pero si al escuchar mis palabras la cólera ardía en el corazón del rey, nunca quiso imponerme como un terror aquella cólera. Por el contrario, se disculpaba, se acusaba de no poder vencerse á sí mismo, y al menos sino aprovechaba sus consejos, los oía.

El rey dominado de nueve, calló y escuchó al monge que continuó impasible:

—Ya en la época á que me refiero, el rey había abandonado á la reina doña María, vuestra madre, que acababa de daros á luz, y hacía pública vida con doña Leonor de Guzmán, que le había dado también por aquel tiempo otros dos hijos: don Enrique y don Fadrique. Abandonada en tanto vuestra madre, celosa, irritada, empezaba á emponzoñarse en su corazón el terrible odio que más tarde debía destilar gota á gota en vuestra alma, y producir los terribles efectos que ha producido en vuestro reinado.—Lentamente un odio instintivo separó á vuestros padres; don Alonso se entregó enteramente á doña Leonor de Guzmán y el poder de ésta y de sus allegados ya no tuvo límites: parecía que el rey, satisfecho con aquel amor, no debía ya correr tras los azarosos placeres de la juventud: pero ya os lo he dicho: vuestro padre era muy semejante á vos en el fondo, y si se hubiera encontrado en vuestras circunstancias hubiera sido lo que vos sois: aderaba la hermosura de la mujer, rendía un culto sensual á sus encantos, pero no amaba más que á una, y aun así por costumbre: amaba á doña Leonor de Guzmán, como vos amais á doña María de Padilla. Esto no impedía que tuviese mancebas, oscuras mancebas de un día, que pasaban para ser sustituidas por otras.

—Pero la historia, la historia que tiene relación con Alfon Tellez.

—En efecto, hemos llegado á aquel noble y desgraciado caballero, que fué uno de los más valientes y leales servidores de vuestro padre. Hacia algún tiempo que Alfon Téllez se había casado por amor con una dama pobre, pero noble, huérfana de padre, que vivía retirada en Sevilla en compañía de una antigua servidora de su familia y de su hija: eran pues tres mujeres: la madre y la hija trabajaban, y el producto de sus faenas mujeriles unidas al escaso producto de unas tierrecillas que poseía su señora, bastaba para que esta no trabajase, y para que pudiese ir con ropas modestas, pero hidalgas á la iglesia, único lugar y aun así por la mañana muy temprano, á que iban las tres mujeres. La señora se llamaba doña Teresa de Ulloa, tenía diez y siete años y era hermosa como un serafin, y pura y cándida como una niña: su historia era vulgar: su padre descendía de una familia hidalga de la montaña; había vivido de sus tierrecillas, había quedado viudo, y poco después había muerto, dejando por heredera de su mermado patrimonio á su hija, y por curadora y casi madre de su hija á doña María, antigua dueña de su esposa.—Doña María era una viuda bonachona, inesperta, muy cristiana, muy honrada, viuda y con una hija, que se llamaba Isabel, con cuien compartía su amor á doña Teresa, á quien trataba como si hubiera sido su hija.—Isabel era una de esas andaluzas, á quienes no se puede llamar hermosas y que sin embargo poseía uno de esos atractivos

que hacen que no se olvide una mujer si una vez se la ve, que se la solicite á la segunda, y que se sienta por ella un amor del género punzante y se la llega á ver la tercera.—Isabel añadía á este gracejo natural, y una viveza suma y una travesura sin límites; esto consistia en que ella era la destinada á llevar y traer las telas y el bordado que servían para el complemento de la subsistencia de la familia, y en que por efecto de esta mayor libertad, había escuchado más de una vez y más de lo justo junto á una esquina platicando de amores con algun valiente mozo de fuero y espada.

Pero Isabel había salido á salvo de las pretensiones de más de un ardiente enamorado, porque estaba escrito que fuese Alfon Tellez el que diese al traste con su virtud de bordadora.

—¡Ah!—dijo el rey,—¿los amores de Alfon Tellez con doña Teresa, empezaron por la Isabel.

—Fueron su consecuencia.—Un dia el noble caballero, se encontró frente á frente con la costurera, se miraron, se agradaron, se hablaron; volvieron á encontrarse como por acaso al día siguiente en el mismo sitio, volvieron á hablarse, se citaron, acudieron á la cita, y estas citas siguieron. Al fin con gran dolor y escándalo de su madre, Isabel murió dando á luz una niña que se llamó como su madre Isabel.—Pero nadie supo el nombre de su padre. La bordadora sabía que era imposible se casase con ella un rico hombre, y quiso evitar á su amante lágrimas y recriminaciones.

Sin embargo, este supo que tenía una hija, y su amor de padre le hizo rondar la casa de la vieja doña María, en acecho de la nodriza que salia con frecuencia con la pequeña Isabel. En una de estas rondaduras, Alfon Tellez conoció á doña Teresa y doña Teresa le conoció á él.

- ¿Y se enamoraron?

—Sí.

—¿Y aconteció una historia semejante á la de Isabel?

—Bien lo hubiera querido Alfon Tellez, pero aunque el amor de doña Teresa fuese íntimo, su virtud era mucho más sólida que la de la bordadora.

—Y Alfon Tellez se casó.

—Bien hubiera querido evitarlo, pero el dolor que le causó la muerte de su hija, mató á doña María y doña Teresa quedó sola. Entonces anunció decididamente á Alfon Tellez, que encontrándose sola pensaba meterse monja y llevarse consigo á la pequeña Isabel, el amor de padre por una parte, y el que tenía por otra á doña Teresa, obligaron á Alfon Tellez, que se casó y llevó á su joven y enamorada esposa á su casa solar junto á la parroquia de San Isidro, donde vivía con su madre doña Berta de Andrade.

—¡Ah! ¡ah!

—Doña Berta y solo doña Berta supo que la pequeña Isabel era su nieta, y compartió con ella su amor de abuela á otra niña, que dió á luz doña Teresa al

año de su casamiento. Aquella niña se llamó doña Ana.

—¡Ah! ¿y esa es la terrible doña Ana Tellez de Ulloa de quien debo guardarme como de mi mayor enemigo?

—Seguidme escuchando, señor. Cuando doña Teresa dió á luz á doña Ana, Alfon Tellez, creyó que era llegado el caso de presentar su esposa á la corte. Este pretensión fué fatal. Vuestro padre...

—Mi padre se enamoró de doña Teresa.

—Perdidamente... más que se había enamorado de doña Leonor de Guzmán. Vuestro padre era un hombre de pasiones violentas; desear para él era obtener, y por primera vez se vió contenido por la virtud de una mujer. En vano doña Teresa; escuchó mensajes de astutos enviados del rey; en vano alejado de la córte, con un pretexto honroso Alfonso Tellez, el mismo rey corrompiendo la fidelidad de los criados de doña Teresa, llegó hasta ella y arrastró á sus pies su orgullo y su corona: doña Teresa sin irritarse, sin insultar un amor que veía era verdadero, apasionado lo bastante para disculpar los arrebatos de Alonso el Onceno, le expuso sus comunes deberes, los suyos como rey, de respetar la justicia, y no pagar con la deshonra los leales servicios de un valiente vasallo, que mientras su señor atentaba á su honra, vertía por él su sangre en las fronteras de los moros; los relativos á ella no solo como esposa, sino como una mujer que debía al amor

de Alfonso Tellez, riquezas, esplendor, una posición, en fin, ilustre y envidiada; la rechazó con la dulzura de un ángel, con la firmeza de la virtud, con la valentía de una martir que lo arrostra todo, el peligro, la cólera de un rey poderoso de pasiones violentas, antes que faltar á su deberes. Dijo, en fin, tanto y de una manera tan decidida y tan noble, á vuestro padre, que su amor en vez de contenerse creció excitado por la grandeza de alma que doña Teresa, unía á su magnífica hermosura de mujer. Sin embargo, el rey fingió ceder, se disculpó de su arrebato, de sus pretensiones y salió de casa de doña Teresa, secretamente como había entrado, y resuelto á valerse de la violencia, puesto que de nada le habían servido las promesas y los ruegos.

Doña Teresa, tranquila por un momento, creyendo que el rey, en vista de su decidida resistencia, habria renunciado á su empeño, empezó á aniquilarse sériamente cuando vió que pasaban meses y meses, y su esposo, sujeto á la voluntad y á las órdenes del rey, no volvía de la frontera. Entonces, como rica-hembra escribió al rey pidiéndole licencia para reunirse con su marido, y el rey se la negó pretestando que no podía consentir que la mujer de su mejor vasallo, se expusiese á los peligros de la guerra. Esto aterró á doña Teresa, porque la negativa del rey, aunque cubierta con especiosos pretextos demostraba que tenía proyectos hacia doña Teresa, proyectos que, por des-

conocidos, la aterraban. Entonces doña Teresa concibió un proyecto atrevido, digno de una heroina, porque heróico es ponerse en lucha frente á frente con un rey tan poderoso como lo era vuestro padre. Doña Teresa se decidió á huir con su hija, aunque sabía que estaba tenazmente espiada por gentes del rey; reunió un centenar de valientes lanzas, pagadas á peso de oro, y con cuya fidelidad podía contar; se disfrazó de labriega, y una oscura noche salió con su hija doña Ana de su casa, entró en una litera y se puso en marcha por caminos excusados para unirse á su esposo. El rey supo todo esto por medio de sus espías, pero dejó ir tranquila á su fugitiva algunas jornadas; al fin, cuando doña Teresa estaba próxima á la frontera de Granada, donde se hallaba como adelantado de Castilla su esposo, cuando al día siguiente contaba con verse en sus brazos hé aquí que al amanecer salen de unos breñales lanzas del rey, aunque disfrazadas, y acometen al resguardo de doña Teresa; esta anima á sus gentes, la pelea se traba, y después de dos horas de una resistencia heróica, doña Teresa, herida, cansada, envuelta, separada de los suyos, que huyen llevándose á la pequeña doña Ana hacia la frontera, doña Teresa, repito, es presa, metida en una litera y conducida á Sevilla. Durante mucho tiempo, durante algunos años no se volvió á saber lo que había sido de doña Teresa.

—Trabajo cuesta creer,—dijo profundamente el rey,

al llegar el monje negro á esta parte de su relato,—que mi padre el grande Alonso el Onceno, el vencedor del Salado, tan caballero y tan justo, descendiese á tanto por una mujer.

—¡Ay del que se deja arrastrar por las pasiones! —contestó severamente el monje negro.—Una vez puestos en su pendiente, no hay contenerse, no hay resistir; á pesar de nuestros esfuerzos, resbalamos á cada momento con más rapidez hacia un abismo hasta que nos sepultamos en él; vos sois una prueba de ello; cuando la cólera ó el amor os han dominado, habeis descendido hasta el asesinato, hasta el punto de casaros, siendo casado dos veces, como os aconteció cuando os dominaron los amores de la ambiciosa doña Juana de Castro.

—Y sin embargo, te escucho, sin irritarme, palabras que, pronunciadas por otra boca serían las últimas que pronunciase,—dijo lúgubremente el rey.

—Eso consiste, señor, en que el profundo misterio que rodea mi existencia, la severidad y la firmeza con que siempre os he hablado, hacen que mi voz sea para vos la voz de vuestra conciencia, otro no se atrevería á hablaros como yo os hablo, pero yo, yo que tengo muchos y grandes crímenes que espiar, encontraría mi espiación cayendo bajo vuestra cólera, y sino la provoco, no la temo.

—Sigue tu historia,—dijo el rey agitándose violentamente en su asiento.

—Los soldados fugitivos de doña Teresa, se presentaron al día siguiente á Alfon Téllez y le entregaron su hija noticiándole que su esposa les había sido robada por gentes del rey.

—¿Y cómo sabían aquellos hombres que las gentes que habían robado á doña Teresa, eran agentes de mi padre, si iban sin divisa?—dijo don Pedro á quien gustaba ver las cosas de una manera exacta.

—En medio del combate se habían reconocido algunos ballesteros de maza del rey,—contestó el monge.

—Lo que produjo una rebeldía de Alfon Téllez,—añadió don Pedro.

—Alfon Téllez,—continuó el monge,—obró como hubiese obrado un caballero noble y valiente. ¿Qué hubiérais hecho vos en su lugar?

Don Pedro que era excesivamente justo y severo cuando se trataba de las faltas ajenas, inclusas las de su padre, contestó sin vacilar:

—Yo hubiera apelado á la ley del reino que permite á un vasallo desnaturalizarse, cuando ha recibido una ofensa en su honor, una ofensa de las que la ley aprecia como crímenes: me hubiera declarado con arreglo á la ley libre del pleito homenaje y vasallaje que hubiera rendido al rey, y de cualquiera obligación ó juramento contraído con él: le hubiera declarado buena y lealmente, mi enemigo personal, enemigo á muerte, y hubiera procurado vengarme por todos los medios que hubieran estado á mi alcance.

—Hé aquí lo que hizo Alfon Téllez: primero desapareció una noche de su adelantamiento de la frontera y se trasladó á Sevilla, oculto; procuró haber á las manos al rey, pero no lo logró; entonces recogió sus teseros, sus alhajas, dejó á su madre oculta en una casucha de la calle de San Isidro, con su hija bastarda Isabel, confiada á dos leales servidores; estableció una comunicación secreta entre aquella casa y su casa solar, después de lo cual fué á verme en mi ermita de la Cruz del Humilladero. Alfon Téllez, probaba en su desesperación el último medio, valiéndose de mí; me conocía, como me conoceis vos, y como me conocen muchos caballeros castellanos; sabía que yo tenía un gran ascendiente sobre el ánimo de vuestro padre, y me pidió mi meditación. Yo ví entonces con más frecuencia al rey; procuré arrastrarle á una confianza, pero Alonso el Onceno se mostró reservado, impenetrable acerca de aquel asunto. A pesar de todos mis esfuerzos, poniendo un juego todos los medios que estaban á mi alcance, nada pude averiguar acerca de doña Teresa. Entonces, desesperado Alfon Téllez, partió con su hija á la frontera, levantó su bandera, y envió un escudero al rey con una carta en que le reclamaba su esposa libre de deshonra, ó de no, declarándole su enemigo á muerte, desnaturalizándose y retirándole un pleito homenaje. El rey contestó á Alfon Téllez que deploraba la pérdida de su esposa, que nada sabía de ella, que haría cuanto su poder alcanzase por en-

contrarla, y quejándose amargamente de que uno de sus más queridos servidores le acusase de un crimen con cuya imputación le ofendía, y dudase de su justicia.

Acababa intimándole seriamente que depusiese las armas y se presentase á su merced, y de no, le amenazaba con declararle traidor, combatirle, y hacer en él justisia y escarmiento.

Cuando Alfon Téllez recibió esta carta, rompió por las villas fronterizas que estaban desguarnecidas, las incendió, las saqueó, tratándolas como buena presa de guerra contra un enemigo, y atizando el descontento de algunos señores andaluces, inflamó en una guerra civil las fronteras del reino de Granada.

El proyecto de Alfon Téllez, se encaminaba á imponer respeto al rey con una guerra de bandos, dispendiosa, larga y sangrienta y obligarle á entrar en avenencias que concluyesen en una reparación, si había posibilidad de ella.

Pero Alfon Téllez no conocía bien el carácter enérgico é indomable del rey: á los primeros asomos de guerra civil, levantó un ejército, desplegó su estandarte real, y marchó en persona contra los rebeldes.

Ocho días después una batalla empeñada en las llanuras de Jaen, decidió para siempre aquel asunto: el rey arrolló y dispersó á los rebeldes, se apoderó de la mayor parte de ellos, les cortó la cabeza y les confiscó sus señoríos: Alfon Téllez escapó milagrosamente con

su hija y algunos soldados del estrago, para caer en otra mayor desdicha; una taifa de moros granadinos que había entrado en álgara por las fronteras, se apoderó de Alfon Téllez, de su hija doña Ana, y de algunos de los suyos, de los que solo quedaron muy pocos para traer esta triste noticia.

Desde entonces no se ha vuelto á saber de lo que fué de Alfon Téllez, y en cuanto á su hija solo ha parecido hace dos meses de una manera misteriosa, y su madre doña Berta y doña Beatriz Zapata y Téllez, hija del rey don Alonso y de doña Teresa de Ulloa, están en mi poder desde hace algunos días, por una casualidad.

—¡Qué está en tu poder mi hermana, mi pura y hermosa hermana!—exclamó el rey levantándose violentamente del diván: —y nada me habías dicho!

—Ignoraba que vuestra señoría conociese perfectamente el origen de doña Beatriz, y he creido que era necesario contaros la historia de las desdichas de su madre.

El rey se sentó de nuevo.

—¿Y dónde está mi hermana?—dijo.

—En mi ermita con su abuela doña Berta.

—¿Y cómo las encontrastes?

—Ese es otro cuento que viene á parar directamente en doña Ana Téllez de Ulloa, la otra hija de doña Teresa.

—¿De mi mortal enemiga?

—Yo no sabía que lo fuese hasta que encontré, ó

por mejor decir, hasta que tuve en mi poder á doña Berta y á su nieta.

—Cuéntame, ¿cómo fué eso?

—Hace mucho tiempo que me he constituido en vuestro guarda, en vuestro espía.

—Lo sé, lo sé, Juan, y estoy quejoso de que no hayas querido recibir de mí ni el más pequeño premio por tu lealtad.

—Me basta con lo que tengo, y os sirvo y velo por vos, porque sois hijo del rey don Alonso, y porque en el fondo nos parecemos mucho: á vuestra edad yo cometí el más horrible de mis crímenes, vos habeis matado á vuestro hermano... pero yo... yo..

El monge se detuvo y se extremeció.

—Yo no tuve,—dijo,—una mano que me salvara, una voz prudente y amiga que me aconsejara, un corazón leal que velara por mí: después, los años, el remordimiento me han convertido y quiero ser para vos, no solo un consejero rígido, á quien no venzan ni el temor ni el interés, sino un pensamiento que vele por vos, que os ayude.

Hacía algún tiempo que había yo reparado en cierto mancebo en quien nadie reparaba en la corte y que servía en ella como paje.

Había reparado además que se acompañaba mucho con otro mancebo que había sido paje del arcediano de San Gil.

La conducta de aquellos dos mancebos, el uno de

les cuales se llamaba Gastón Téllez, y el otro Florismán; cierto vago parecido del primero con Alfon Téllez, y su vigorosa y delicada hermosura; un no se que de extraño en las formas del segundo, considerado como hombre, me hicieron desear conocer quienes eran, y valiéndome por medio de mis gentes, de cierto tunante que tanto aparecía como peregrino de Nuestra Señora de Rocamador, como bandido y aventurero, llegué á saber que el señor Gastón, era una mujer hermosísisima á quien se creía hechicera, que poseía dinero sin saber por donde le venía, que mandaba de una manera misteriosa á los aventureros peregrinos, y que se trataba con el escribano Alvar Yáñez, con don Simuel Leví, y con el señor Pero Lope de Padilla.

—¡Ah! ¡ah!—exclamó el rey.

—Siguiendo en mis investigaciones, nada me fué posible recabar del escribano, ni de don Simuel, pero cuando apelé al señor Pero Lope de Padilla, fué distinto: supe cuanto el buen ballestero mayor sabía: esto es: que aquella mujer había sido traida á Castilla por Al-Mondhir, embajador del infante Aboul'Sayd, para apelar si era necesario á seduciros con su hermosura: que Pero Lope la había conocido y se había enamorado de ella, que ella se había valido de él para huir del poder de Al Mondhir, después de lo cual habia tenido medio para librarse de Pero Lope; que se llamaba Leila, y que era la esclava favorita del infante Aboul'Said.

—¡Gastón y Leila!—exclamó el rey,—mora, cristiana hechicera: esa mujer es un torbellino oscuro.

—Por lo mismo yo vigilé á esa mujer y vigilándola supe que tenía frecuentes entrevistas con doña María de Padilla.

—¡Con doña María!—exclamó palideciendo el rey, —¿y qué quiere con doña María esa terrible mujer?

—Lo ignoro; pero por lo mismo redoblé mi vigilancia.

—¡Y no me avisaste...! yo hubiera hecho prender á esa mujer, la hubiera exterminado.

—Y exterminándola hubiérais matado un medio de descubrir grandes traiciones: he ahí por qué no os lo he dicho; cuando se encuentran en nuestro camino personas como doña Ana Téllez de Ulloa...

—¡Qué! ¿esa mujer es doña Ana?—exclamó con extrañeza el rey.

—Sí, ella es, ella, que ha venido á Castilla pensando en la venganza de su padre. Como os decía, cuando se ponen sobre nuestro camino personas como doña Ana; debemos asegurarlas el paso, precavernos, encubrirnos, observarlas sin dejarnos observar por ellas, y darla el golpe de gracia cuando para nada pueda servirnos.

Yo observé á esa mujer: ella estuvo en el alcázar el día de la muerte de don Fadrique y el mismo día desapareció de la casa del infante don Juan de Aragón, donde vivía como paje de doña Isabel Núñez de Lara.

Por algunos dias se me perdió, pero al fin tuve noticias de que vivía en una casa morisca de la pertenencia de don Simuel Leví, con entrada por la calle de San Estéban y postigo al muro de los Navarros: por aquel postigo han entrado sucesivamente, don Simuel Leví, Alvar Yáñez, ese bandido Pedro el-Negro, un hijo del campanero de la iglesia Mayor, que se llama Andrés Corchuelo, el señor Pero Lope de Padilla, y últimamente el señor Juan Tenorio.

—¡Ah! ¡ah! —repitió con acento indefinible el rey.

—Y no es eso solo; por aquel postigo han salido Alvar Yáñez para ir á Aragón, Pedro-el-Negro para ir á Granada y Andrés Corchuelo para ir á Bilbao.

—¡Ah! ¡ah! me parece que empiezo á ver claro en ciertos asuntos que eran para mí un misterio tenebroso, —dijo el rey. —Es necesario de todo punto prender á esa doña Ana.

—Doña Ana está en Zaragoza.

—¿En Zaragoza?

—Sí.

—¿Ayudando á don Enrique?

—Doña Ana aborrece tanto á don Enrique como á vuestra señoría.

—¡Le aborrece y le sirve!

—Quiere destruiros mútuamente.

—¿Pero cómo puede ayudar esa mujer al bastardo?

—De una manera doble; como capitán de armas y con dinero.

—Creo qce te engañas, Juan, que exageras.

—Ni me engaño, ni exàgero, señor; esa mujer es fuerte como un león, y en cuanto á riquezas...

—¡Ah, sí! me había olvidado que era hechicera.

—Sus hechizos consisten en conocer perfectamente las personas de que necesita valerse: esa mujer se ha apoderado enteramente de don Simuel Leví.

—¡Ah! ¡y don Simuel Leví la procura oro...!

—A su despecho.

—Además esa mujer conoce su familia, y lo demuestra no solo el que se llamaba doña Ana Téllez de Ulloa, sino el que estaba apoderada de doña Berta y de doña Beatriz.

—Y al arrancarlas de su poder, ¿por qué no te apoderaste de doña Ana?

—Me apoderé de ellas por una casualidad: una noche, hace algunos días, las gentes que yo tenía continuamente en acecho de la casa de doña Ana, ocultas en las casas inmediatas, me avisaron de que el señor Pero Lope de Padilla, don Simuel Leví, Alvar Yáñez, Juan Tenorio, Pedro-el-Negro y Andrés Corchuelo, habían entrado sucesivamente en la casa de doña Ana. Aunque era tarde, yo mismo me trasladé al lugar, y haciendo guardar el muro de los Navarros, me puse en observación por la calle de San Esteban; antes de la media noche se abrió la puerta y salieron un hombre pequeño y corcovado y dos mujeres; les dejé adelantar un tanto y poco después me arrojé con algunos

hombres sobre ellos; las mujeres fueron metidas en una casa deshabitada que nos servía de acechadero, y el cercovado, que no era otro que el campanero de la iglesia Mayor, Blas Corchuelo, fué conducido á la cárcel real, á cuyo alcaide dí orden de que no le soltase hasta después del amanecer; las dos mujeres fueron trasladadas á mi ermita, y entonces supe que eran doña Beatriz y su abuela.

—¿Y por qué, sabiendo el lugar en que esa mujer se encontraba no la prendiste?

—No pude lograrlo, señor; desde el momento en que doña Ana se encontró burlada, redobló su astucia y su vigilancia; al fin desapareció un día, y con ella todos sus servidores, menos don Simuel Leví.

—¿Y nada supiste?

—Sí; supe que Pedro-el-Negro había ido á Granada, Alvar Yáñez á Zaragoza, y Andrés Corchuelo á Vizcaya.

—¡Ah! ¡Andrés Corchuelo ha ido á Vizcaya!... y dime; ¿cuándo ha sido eso?

—El mismo día en que murió el maestre de Santiago.

—¿De modo que pudo llegar antes que yo?

—Ciertamente.

—¿Y le enviaba doña Ana?

—Sí.

—¿Y doña Ana manda á don Simuel Leví y usa de él?

—Sí, señor.

—Pero una prueba, una prueba.

—Si no la tenemos ahora, no tardaremos en tenerla.

—¡Señor!—dijo á la puerta un camarero.

—¿Qué ocurre, Pérez?—le preguntó el rey.

—Esta carta, que acaba de traer para vos un correo de Jerez. Además, el señor Men Rodríguez de Sanabria y el señor Juan Diente acaban de llegar.

—Muestra la carta,—dijo el rey.

El camarero adelantó, llevando una carta cerrada y sellada en una bandeja de oro, y doblando una rodilla la presentó al rey, después de lo cual se retiró.

El rey desdobló con ansia la carta, en cuyo sobre estaba escrito en letras gordas: A su señoría el rey.

Pero al arrojar una mirada al contesto el rey palideció de emoción, de alegría.

—¡Ah!—exclamó;—he aquí que cojo á un traidor.

—¿A un traidar decís?—exclamó el monje.

—Sí, por cierto, á ese escribano del diablo, á ese Alvar Yáñez; ¡ah! ¡ah!—y el rey cambiando de repente de aspecto, lanzó una larga carcajada;—no parece sino que quien en enredos anda, tarde ó temprano se ha de enredar.

—¡Ah! ¿se ha enredado el señor escribano?

—Sí, por cierto; á una carta escrita de su puño y letra á dona Ana Tellez de Ulloa, le ha puesto mi nombre en el sobre, y sin duda en otra por el nombre de doña Ana ha puesto el mío.

—Ya os he dicho que ese hombre sostiene un juego doble.

—Ya lo sabía yo eso desde la muerte del arcediano que me lo reveló; pero le he utilizado, le he hecho espiar.

—Y sin embargo, vuestros espías nada han visto.

—Estaba seguro de que pronto ó tarde ese hombre caería bajo mi mano y... me he servido de él, á la manera que, en algunas enfermedades, los médicos se valen de los venenos para curar á un enfermo. Veamos ahora lo que dice esta carta.

Y el rey empezó á leerla para sí.

A medida que avanzaba en su lectura palidecía, y de tiempo en tiempo el monje negro le oía exclamar: ¡infame! ¡traidor!

Veamos lo que se encerraba en aquella carta, pues ya es tiempo de que sepamos su contenido. Hélo aquí:

«Mi muy noble, hermosa y discreta señora, doña Ana Tellez de Ulloa: cuando me separé de vos no creí que me fuera tan fácil cumplir con vuestros encargos acerca de la reina doña Blanca, y de doña Isabel Núñez de Lara; presentarme yo en Jerez y en el alcázar, donde se me conoce demasiado, era muy expuesto, y hubiera dado ocasión á sospechas, que era necesario evitar de todo punto, sino me presentaba á los guardianes de la reina autorizado, como otras veces, con una orden del rey. Pero parece que la fortuna, esa dama inconstante y caprichosa, se ha empeñado en protejeros. Apenas me había apeado de mi mula y puesto

el pie en el umbral de mi casa, cuando hé aquí que llega un escudero del rey, y me da un pergamino de su señoría, en que me manda me traslade, como otras veces á Jerez y espíe y observe, no ya sólo, como otras veces, á la reina, sino también á doña Isabel Núñez de Lara. Esta orden del rey me ha evitado el volverme loco, buscando un medio para serviros, sin comprometerme.

»Antes de partir á Jerez, procuré informarme de cuanto pudiese convenirnos, y supe que Pedro el Negro no había vuelto, ni Andrés Corchuelo; pero en Vizcaya quedaba muerto el infante don Juan de Aragón, y en el reino de Granada el infante Abeu'l Sady, el Bermejo, había arrojado del trono á Monjamet V, que había pasado la frontera y venía á ampararse del rey de Castilla. Por Vizcaya y por Granada vuestros deseos están satisfechos». Vos habeis matado al infante don Juan, haciéndole ser traidor al rey sin saberlo, y preso á su mujer doña Isabel Núñez de Lara; habeis arrojado á un rey de su trono y puesto en él á otro, que hará una cruda guerra al rey de Castilla. Andrés Corchuelo volverá de un momento á otro y podremos utilizarle. En cuanto á Pedro-el-Negro no os diré lo mismo; el infame bandido se quedará por allá y será capaz de renegar, porque él es quien os ha robado. Cómo he descubierto este robo sería largo para esta carta, en que tengo mucho que deciros y no me sobra tiempo. En otra os lo relataré.

Llegué á Jerez, y merced á la orden del rey me encontré, como otras veces, entre la servidumbre de la reina.

El señor Men Rodríguez de Sanabria ha llegado casi al mismo tiempo que yo, trayendo consigo á doña Isabel Núñez de Lara de quien el rey le ha hecho guardián y alcaide.

No os habíais engañado; ella y él se aman... se aman de una manera imponderable; yo, que conozco vuestro amor y vuestros celos, os he servido con o mejor hubiérais podido desear; doña Isabel estaba enferma, enferma de melancolía, pero os juro que doña Isabel es mujer muerta; vuestros celos durarán muy poco; esta noche al beber doña Isabel un medicamento ha bebido la muerte.

Descuidad por esta parte.

Además, el señor Men Rodríguez de Sanabria ha partido esta noche de Jerez llamado por el rey, y el señor Andrés Cerchuelo se nos ha venido al alcázar sin saber cómo, como llovido del cielo; bueno es que sepais que el señor Andrés es el amante favorecido y adorado por doña Sol de Vargas, camarera mayor de la reina doña Blanca; en todo caso y si nos falta un ballestero del rey que nos sirva, yo haré de modo que, sin saberlo, nos sirva el señor Andrés.

La reina es una mujer sentenciada, y dentro de poco estará tan muerta como doña Isabel.

Pero apretad vos por vuestra parte; haced que el

rey de Aragón y el conde de Trastamara envistan por la frontera.

Si esperais más, os expondreis á que el rey concluya sus preparativos de guerra y se haga incontrastable.

Ved que en la astucia y en el acierto consiste el triunfo; no lo malogreis por impaciente; asid la ocasión que se os presenta y obrad con calma.

En cuanto á don Simuel Leví, está inconsolable por las sesenta mil doblas que se enviaron al infante Aben'l Sayd; sin embargo, le tenemos sujeto y haremos de él cuanto queramos.

Aunque tengo mucho más que deciros, lo dejo para otra ocasión; esta carta va con un mensajero seguro, y os ruego que después de que la hayais leído la quemeis.

Dios os guarde.—Del alcázar de Jerez.—Vuestro humilde criado, Alvar Yáñez.»

El fatal *quid pro quo*, el trastrueque de sobres, hecho por el escribano en sus cartas á Leila y al rey, había al fin puesto patentes á la vista de don Pedro, las traiciones del escribano, las de su tesorero, los sordos ataques de que era objeto, la razón de la rebeldía que había arrojado del trono á su aliado Mojanmet V, los auxilios que se daban á su hermano bastardo don Enrique, la muerte del infante don Juan y la prisión de doña Isabel Núñez de Lara. Y todo aquello era la obra de una mujer, de una mujer que quería

vengarse, que amaba á Men Rodríguez, y cuyos celos eran mortales.

—¡Oh! ¡oh!—exclamó levantándose, rugiendo sordamente y paseando á lo largo de la cámara, con la carta arrugada entre las manos;—yo necesito ver á esa mujer, conocerla, tenerla en mi poder; yo necesito domesticar, atar, sujetar, despedazar á esa pantera... y la despedazaré, ¡vive Dios! la despedazaré; el corazón, la rabia me lo dicen: ¡oh! ¡oh, conque todo se subleva contra mí; todo se conjura, hasta los deslices de mi padre y los amores de una aventurera...

El rey se detuvo bruscamente delante del monje negro que se había puesto de pie al levantarse el rey, y con la voz convulsiva y opaca le dijo:

—Vuelve á tu ermita y tráeme á doña Beatriz y á su abuela.

—Muy bien, señor.

Y el monje se levantó y salió.

—¡Hola! ¡Sancho Pérez!—exclamó el rey apenas quedó solo.

Presentóse inmediatamente el camarero.

—Haz que busquen en su casa al adelantado Diego Lopez Manrique, y que le avisen que se me presente al momento, armado para entrar en guerra: al momento, al momento, á mi guarda mayor Gutier Fernández; que arme mis lanzas, que reuna las lanzas de los señores sevillanos, en cuatro leguas á la redonda, armadas de guerra: que se saque de mi armería una

de mis estandartes reales... y además que se me presente al momento Juan Diente.

—¿Y nada más, señor?

—Nada más: vete.

El rey se quedó paseando en su paso particular, rugiente, colérico, deteniéndose de tiempo en tiempo y leyendo, y releyendo la carta:

—¡Ah!—exclamaba:—esta carta, esta horrible carta, guarda toda una tenebrosa historia de traiciones: ¿con que es decir que en mis reinos, en mi corte, en mi alcázar, á la sombra de mi dosel se oculta un demonio exterminador!... pues bien yo exterminaré á mi vez á ese demonio... que atenta á la vida de doña María... ¡señor! ¡señor! ¿y por cuando de este modo me tratan, cuando tantos infames me cercan, haces que yo sienta remordimientos... y me presentas los objetos rojos?... ¡remordimientos! ¡remordimientos!... pues bien, yo los ahogaré con sangre... me bañaré en sangre... y que diga la historia lo que quiera!... ¡la historia!... ¡las historias es una mentira!... llaman infame, mónstruo á Nerón... ¿quién sabe si se halló en mi mismo caso?... él incendió á Roma... guardaos, guardaos mis nobles, mis buenos, mis leales vasallos, de que yo no incendie también mis reinos y me levante sobre sus escombros humeantes cantando mi himno de victoria.

—¡Señor!—dijo á la puerta una voz muy conocida del rey.

LIT PALACIOS.

ARENAL, 27, MADRID.

Juan Diente.

Don Pedro se volvió, y vió inmóvil, mudo, en la puerta de la cámara á Juan Diente.

—Llega, Juan, llega (el ballestero se acercó): ¿qué ha sido de doña Isabel Núñez de Lara?

Juan Diente en silencio sacó la orden del rey en que le mandaba matar á doña Isabel.

—Bien, bien;—exclamó el rey, apartando su vista con repugnancia de la orden;—poco antes de llegar á Sevilla te envié otra orden desde el camino.

—Esa orden llegó tarde,—contestó lúgubremente el ballestero...—tarde, muy tarde, señor.

—Lee,—le dijo el rey arrojándole la carta de Alvar Yáñez.

Juan Diente leyó, aunque con algún trabajo, la carta.

—Este miserable escribano miente: se echa encima una muerte que no ha cometido.

—Pues bien, Juan, dejémosle cargar con ella, pues él lo quiere: olvidemos este asunto terrible como si fuese un sueño, no más que un sueño.

—Pero un sueño horroroso,—exclamó el ballestero arrancándose un suspiro de lo más hondo del pecho:—habeis herido á una inocente...

—¡Juan!—exclamó el rey con acento reconcentrado, desplomando una terrible mirada sobre Juan Diente.

—¡Señor, señor! con esa muerte habeis herido el corazón del mas leal de vuestros vasallos.

—¡Tanto la ama!

—Doña Isabel Núñez de Lara y el señor Men Rodríguez de Sanabria han nacido el uno para el otro.

—¡Oh! ¡oh! si fuera aun tiempo, yo le casaría con doña Isabel Núñez de Lara, le haría señor de Vizcaya... pero... no importa... yo le recompensaré... no puedo hacerle mi vasallo soberano, feudatario: pues bien: le haré infante de Castilla... ha respondido de una manera valiente á las terrible pruebas á que le he sujetado...

—¡Ah, señor! Men Rodríguez es un león para serviros, y un perro para obedeceros.

—Pues bien, Juan: evitemos que jamás sepa que nosotros... esta carta arroja sobre la frente de un infame la muerte de doña Isabel... tú no habrás cometido ninguna imprudencia.

—Cuando mi señor me manda, callo, obedezco y olvido.

—Pues bien, Juan, procuremos olvidar... olvidemos... nosotros no hemos hecho esta muerte, si es que esta muerte está consumada...

—Doña Isabel Núñez de Lara no ha muerto; pero morirá, señor... el tósigo...

—¡Ah! no tuviste valor para herir á una mujer, y tu temor nos ha salvado de que Men Rodríguez vea la sangre de la mujer que ama, sobre nuestra frente.. acaso, acaso mi médico moro Hassán...

—No, no, señor, el veneno es mortal, irremediable... me lo dijo el infame hebreo de Santi-Penci, e

hebreo del heróscopo que me le vendió; me lo ha dicho en Jerez el bachiller Covarrubias.

—Pues bien, Juan,—replicó el rey pasándose la mano por su frente ardorosa,—callemos y dejemos obrar á la fatalidad; en cuanto á Alvar Yáñez...

—Os comprendo, señor,—dijo con una feroz alegría Juan Diente;—monto á caballo, voy á Jerez, busco á ese infame cuervo, le enseño esta carta y le extrangulo.

—No, Juan, no; el escribano morirá á manos de otro... pero silencio, Juan, silencio... tú no sabes nada, nada.

—Nada sé, señor.

Desde aquel momento el rey y el ballestero eran cómplices.

—Vete; busca á Men Rodríguez, y dile que le espero.

Juan Diente salió; el rey quedó de nuevo solo, paseándose agitado y furioso por la cámara.

Pasó algun tiempo, y el camarero levantó el tapiz de la puerta

—Señor,—dijo; el adelantado Diego Lopez Manrique está en la antecámara.

—Hazle entrar.

El rey dominó su estado de conmoción, se sentó en el estrado, y dijo á un anciano rico-hombre que adelantaba hacia él.

—Bien venido seas, mi buen Manrique. ¡Hace mu-

cho tiempo que no entras en guerras con los moros?

—¡Oh! sí, mucho tiempo, señor,—dijo el noble hincando una rodilla ante el rey y besándole una mano.

—¡Alza! te veo cubierto con tu valiente arnés, y dispuesto sin duda.

—Mis escuderos y mis lanzas me esperan en el corral del alcázar.

—Bien, ven conmigo.

El rey le llevó á su armería, donde dos escuderos desenrollaban y limpiaban, á punto, un magnífico estandarte real.

—Toma,—dijo el rey asiendo el estandarte: te entrego mi enseña y mi divisa; te la doy sin mancha: vuélmela con honra.

—No la mancharé, señor,—dijo con una noble altivez el adelantado, sin que antes la tiñan con mi sangre: ¿y contra quién la he de llevar, señor?

—¿Contra quién? contra el rey usurpador de Granada: contigo irán diez mil caballos, que te se reunirán antes de que llegues á la frontera: éntrala á sangre y fuego, adelantado: llega hasta Granada, bate sus murallas y éntralas; incendia la Alhambra, y pon en su trono, sobre un montón de escombros humeantes, tos, al rey Mojanmet V: que sepan los granadinos cuanto tienen que respetar á un rey, que es aliado del rey de Castilla.

—Pero si entramos la ciudad, ¿por qué no unirla á la corona de Castilla?

—Tenemos empeñada nuestra fe real con Mojanmet... más tarde... nada perderémos con esperar; más tarde, cuando Mojanmet muera ó nos de motivo para ello, conquistaremos á Granada por nuestra cuenta: sígueme. ¡En guarda de honor á mi estandarte!—dijo el rey dirigiéndose á los escuderos que había en la armería.

Estos siguieron con las espadas desnudas al adelantado, que llevaba enhiesto el estandarte real á la derecha del rey: así atravesaron el alcázar, llegaron al palacio del caracol, y entraron en la cámara que ocupaba, con su espléndida servidumbre, el rey Mojanmet, que salió desalado al encuentro de don Pedro.

—Antes te dije, rey—le dijo el de Castilla, que un rey de armas mío iba á intimar al rey Bermejo mi voluntad de que te restituyese el trono: ahora te digo: á caballo, á caballo, rey de Granada: contigo van mi estandarte real y mis lanzas sé su caudillo, sabe morir con ellos ó reconquistar tu trono.

—¡Ah, señor, ¡noble señor! ¡Dios te bendiga!—exclamó Mojanmet, arrojándose á los pies del rey.

—Que mis heraldos,—dijo don Pedro, proclamen á son de trompeta por toda la ciudad mi guerra contra Granada, en favor de mi aliado Mojanmet V: que se tremole mi estandarte, en señal de esa misma guerra, en la torre del Homenaje del alcázar.

El ballestero mayor, Pero Lope, que se encontraba presente, partió á cumplir las órdenes del rey.

—Y tú, rey, ármate, á caballo, y con mi estandarte mi adelantado, mis capitanes y mis lanzas, al momento, fuera de Sevilla y sobre Granada.

Dicho esto el rey se volvió á su cámara: apenas había entrado en ella, cuando un escudero, cubierto de polvo y de sudor entró y se arrodilló á los pies del rey.

—Leed, leed, señor, y obrad al momento,—exclamó el recien llegado.

El rey desdobló el pergamino y palideció de cólera.

Los aragoneses, capitaneados por don Enrique habian entrado á sangr y fuego la frontera por la Rioja castellana.

CAPITULO II

De cómo el rey buscó y dió esposa á Men Rodríguez contra su voluntad.

La cólera del rey llegó á un grado terrible con esta noticia; despidió colérico al mensajero, que se retiró temblando, á punto que entraba en la cámara, macilento, triste y pálido Men Rodríguez de Sanabria.

Al verle el rey, se dirigió á él de una manera decida.

—Ha llegado el momento de que me pruebes tu lealtad, Sanabria,—le dijo asiéndole con fuerza una mano.

—No es he dado motivo para desconfiar de ella.

—Siéntate.

Men Rodríguez conocía demasiado el carácter del rey para replicarle, ni aun agradeciéndole la enorme honra que le hacía, y se sentó con menos encogimiento

que la primera vez que el rey le honró con semejante merced.

—Hace poco tiempo que nos conocemos,—dijo el rey,—apenas mes y medio, y has llegado á ser mi favorito, casi, casi la primera persona de mi nobleza; es cierto, muy cierto,—observó el rey, notando un ligero movimiento de altivez del joven,—que por tu casa desciendes de una alcurnia ilustre, muy ilustre; pero yo he levantado esa nobleza armándola por mí mismo caballero, haciéndote rico-hombre, dándote estados y con ellos rentas.

—Mi madre, señor, me ha enviado un mensajero con una carta, en la que me encarga diga humildemente en su nombre á vuestra señería, que si su larga y penosa enfermedad no se lo impidiese, vendría á regar vuestros piés con lágrimas de agradecimiento.

—Dí á la buena doña María, tu madre, que el rey acepta y aprecia su mensaje, y prosigamos. En tí, Sanabria, he depositado mi confianza y mi esperanza. Y no creas que esto haya sido porque me salvaste la vida, cualquier hidalgo, de buena sangre, hubiera hecho lo que tú hiciste en aquella ocasión, sin que esto le hubiera impedido serme traidor, no, aquello sirvió para que yo te conociese; tu franqueza, lo noble de tu corazón, un no sé qué de que no puedo darme cuenta, me cautivaron. ¿Sabemos acaso, por qué nos hacemos amigos de un hombre, de la misma manera que nos hacemos amantes de una mujer? No; el amor

y la amistad, de buena raza, no se explican. Yo te he tratado hasta ahora, y en cierto modo, como rey; pero en este momento voy á tratarte como amigo, como hermano.

Y el rey tendió su mano al joven, que la estrechó temblando de alegría.

—¡Ah, señor! ¡señor! sin este motivo, si me hubiérais pedido la vida, y sin pedírmela, os la hubiera dado; ahora os daría mi alma á pesar de que...

—¿A pesar de qué?—dijo el rey, en cuyo acento había un fondo de severidad.

—A pesar de que me habeis herido cruelmente en el corazón.

—¡Ah!—exclamó el rey palideciendo,—¡doña Isabel Nuñez de Lara!

—Y bien, señor, ¿os ha hecho traición doña Isabel?

—Yo lo creía á lo menos.

—¿Pero no lo creeis ya?—exclamó Men Rodríguez con un acento anhelante de esperanza.

—No.

—¿Y me permitireis ser su esposo, cuando cumpla su luto?

—Doña Isabel no cumplirá su luto.

—¿Por qué, señor?

—Porque doña Isabel morirá.

—¡Ah, señor!—exclamó Men Rodríguez, de cuyo semblante desapareció la alegría con la rapidez con que desaparece un relámpago.

—Te hablo como se habla á un hombre de valor,—dijo el rey.

—Y yo voy á contestaros, señor, como un vasallo valiente debe contestar en ocasiones dadas á un rey.

—¡Ah! ¿creeis que estás autorizado por la razón, por la justicia, y por el honor á contestarme?

—Vos habeis dicho que doña Isabel no os ha hecho traición.

—Es verdad.

—Y sin embargo, habeis añadido que morirá.

Palideció más intensamente el rey, que estaba poco acostumbrado á disimular, y á quien, por lo tanto, costaba un inmenso sacrificio mentir.

—¿Y porque he dicho que morirá, menguado,—exclamó con energía,—deduces que yo he de mandarla matar.

—¿Y cómo comprender, señor?

—Toma y lee,—le dijo don Pedro entregándole la carta de Alvar Yáñez.

Men Rodríguez la leyó con avidez; á medida que adelantaba en su lectura, su semblante se descomponía, su palidez pasaba del blanco al lívido, sus manos temblaban, sus ojos adquirían una expresión insensata y lágrimas que no se cuidaba en contener asomaban á ellos.

—Es imposible, imposible de todo punto,—exclamó con la voz cavernosa,—he debido leer mal.

Y volvió á leer aquella terrible carta.

—¡Muerta! ¡muerta!—exclamó después de esta segunda lectura, con un acento de dolor, de cólera y de venganza sobrenatural, en tanto que el rey pálido y sombrío veía con una compasión mal encubierta, las muestras de dolor de su favorito,—¡muerta! envenenada vilmente por ese infame escribano ¡y vos... vos el rey justiciero, vos el que castigais á sangre el más leve delito, sabeis este horrible crímen, sabeis que la muerte esté suspendida sobre la frente de doña Blanca, y no castigais el primero é impedís la segunda! y ese infame y la vil mujer que le paga, y el tesorero que os vende, ¡viven todavía! ¡Oh! ¡esto es inconcebible! ¡esto no puede ser! no, no; y si sucede, no seis ese rey, cuya justicia tanto se pondera, cuyo castigo tanto se teme.

Don Pedro contempló severamente y con una fijeza terrible á Men Rodríguez, que por su parte sostuvo, con una firmeza maravillosa, la profunda mirada del rey.

—Eres un insensato,—dijo al fin don Pedro,—el amor que te arrastra á doña Isabel Núñez de Lara, te hace desafiar á tu rey y señor. ¿Con qué es decir que no puedo contar enteramente contigo? ¿qué el amor de una mujer, va más allá que tu lealtad?

—Ved que me ofendeis, señor,—exclamó con una noble valentía Men Rodríguez,—y que me ofendeis sin razón, ¿qué me habeis ordenado que yo no haya cumplido ciegamente? Me ordenásteis prender á doña Isa-

bel, y la prendí. Me hicísteis su guarda en el alcázar de Jerez, y la guardé. Enviásteis á Juan Diente, á vuestro ministro de muerte, con orden de que se la entregase, y aunque lleno el corazón de dolor y los ojos llenos de lágrimas, se la entregué... ¿qué más pedeis pedirme?... ¿acaso una mujer no puede ser el alma de un hombre? ¿acaso no os he dicho que mi vida y mi alma y mi eternidad son vuestras?

—¿Y amas tanto á doña Isabel?

—¡Qué si la amo! —exclamó Men Rodríguez con un inconcebible acento de dolor.

—Pues bien, Men Rodríguez, sabe que tú sin quererlo has matado á doña Isabel.

—¡Yo!

—Sí, porque la matan los celos de una mujer que te ama.

—¿De una mujer?

—Sí, esa doña Ana Tellez de Ulloa á quien se dirige esta carta y que por una equivocación providencial ha venido á mis manos te ama con un amor de Satanás, y en la muerte que sus celos han dado á doña Isabel tienes la prueba.

—Pero yo no conozco á esa mujer.

—¡Qué no la conoces!

—No, nunca la he visto, ó al menos hasta ahora, su nombre es desconocido para mí.

—La conoces demasiado, Sanabria, aunque con otra apariencia y otro nombre.

—¡Con otro nombre!

—¿Has olvidado ya al señor Gastón Tellez, paje de doña Isabel Núñez de Lara?

—¡Ah!—exclamó Men Rodriguez, para cuyo entendimiento fueron una antorcha clarísima las últimas palabras del rey—:¡el paje era una mujer!

—Sí, una mujer, que te vió, te amó, y te guardó de cerca: una mujer, cuyos celos se han irritado día por día, hora por hora, minuto por minuto, siendo testigo de un loco amor á doña Isabel: una mujer que se ha apartado por un momento de su venganza contra mí, para detenerse en tu amor; una mujer misteriosa terrible, hermosísima fuerte, audaz, que se ha levantado delante de nosotros dos: á tí te ama: á mí me aborrece: á tí te ha herido en doña Isabel y á mí pretende herirme en doña María: esa mujer es fuerte, como el hombre más valiente; cruel como una pantera hambrienta; con el alma oscura como un infierno: esa mujer, ha enamorado á Pero Lepe de Padilla; esa mujer se ha burlado de Juan Tenorio; esa mujer ha corrompido á don Simuel Leví, y se ha servido del infame Alvar Yañez: tiene tesoros, lanzas, blasones; todo cuanto la rodea es fatal; donde fija su mirada van la muerte ó la desgracia... ¡y esa mujer sirve á mi hermano el infame bastardo, el vil conde de Trastamara, y á mi enemigo el rey de Aragón!

—¿Y dónde está esa mujer?—exclamo con voz opaca y .etal Men Rodríguez.

—Mira:—dijo el rey mostrándole el pergamino que poco antes había recibido.

—¡Los aragoneses han roto por la frontera!

—Sí,—exclamó el rey, con la voz trémula por la cólera; y esa mujer... esa maldita mujer es quien ha dado fuerzas al rey de Aragón para esa entrada: ella le ha llevado su odio á nosotros, y sus tesoros... nuestra comun venganza, está alla, en la frontera, Sanabria: es necesario partir, partir al momento y partiremos. Tú me acompañarás... esa mujer es tuya, Sanabria; véngate y véngame; pero antes de partir quiero hacerte una nueva honra.

—¡Una nueva honra, señor!

—Si fuera posible, yo te casaría con doña Isabel Núñez de Lara, y con ella, te lo repito, te daría el señorío de Vizcaya. Pero no quiero unirte á un cadáver.

—¡Ah, señor! ¡señor! haced que doña Isabel sea un solo momento mi esposa...

—Eso es imposible... su luto por el infante don Juan de Aragón, luto reciente, le impide. Yo conozco á doña Isabel tu la conoces sin duda también: doña Isabel por nada del mundo, daría el escándalo de enlazarse contigo, estando caliente aun el cadáver de su esposo... y doña Isabel no cumplirá su luto... la desdichada irá con él á la tumba.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío! malhaya la hora en que entré en Sevilla: malhaya la hora en que os serv

—Sanabria, yo he sufrido muchos dolores... dolor

que creía no debían calmarse jamás... y sin embargo el tiempo, ese bálsamo poderoso que nos cura á despecho nuestro el corazón, me ha curado... tu probarás su efecto como yo... es necesario que te resignes, que te hagas fuerte... te necesito yo... te necesita tu rey... te necesita tu hermano.

—¡Vuestro hermano!... ¡me llamais vuestro hermano para consolarme, señor!

—Te llamo hermano, porque tengo sobre tí proyectos que tú no desvanecerás.

—Mandadme, señor, y contar con mi obediencia: pero... tened compasión de mí.

—Escucha Sanabria: el acaso ha arrojado entre mis brazos, á una hija bastarda de mi padre el rey don Alonso el XI.

—¡Una hija del rey don Alonso!

—¿Y no adivinais quien es esa pobre hermana, á quien he encontrado entre la miseria más horrible, que tú has guardado, y por lo cual sientes un amor de hermano?

—¡Doña Beatríz Zapata y Tellez!

—Sí, la hija, la que pasaba por hija de Sancho Zapata; pues bien: Beatríz, es mi hermana: como ha podido ser esto, te lo referiré en otra ocasión. Siendo Beatríz mi hermana, hermano mío será el que se lla-
[illegible] su esposo.

—¡Ah! ¡señor!—exclamó enteramente trastornado [illegible]en Rodríguez.

—Y tú serás su esposo, Sanabria, —añadió don Pedro con el terrible acento de autoridad, peculiar á su mandato.

—¡Yo! ¡su esposo yo!

—Lo quiero y lo mando,—dijo el rey: lo quiero y lo mando porque estoy seguro de que, después de la muerte de doña Isabel, sufrirás mucho pero...

—¡Moriré!

—¡El dolor no mata!—exclamó don Pedro con voz profunda en la que se sentía vibrar la amargura de un corazón despedazado. ¡El dolor no mata! si matara yo no existiría ya: el dolor no mata: un poco de dolor nos hace ser compasivos: el dolor continuo, atroz, terrible, nos seca lentamente el corazón arrancándose una á una las lágrimas que en él guardamos, y cuando las hemos vertido todas, no nos queda más que un amargo sufrimiento, un tósigo concentrado, que nos convierte en fieras, y entonces matamos, matamos, matamos sin cesar, si tenemos poder para ello porque en cada hombre vemos un enemigo: y cuando hemos llegado á ese terrible extremo, no hay dolores que nos extremezcan, no hay lágrimas que nos conmuevan, porque nuestro dolor ha llegado al último extremo, y hemos vertido todas nuestras lágrimas. Tú... tus dolores se refieren solo á una mujer...

—¡A una mujer! ¿y no habeis pensado, señor, en que podeis alguna vez perder á doña María!

El rey se extremeció, pero no contestó directamente á aquella pregunta.

—Doña Beatríz es hermosa, pura, cándida...—dijo; —doña Beatríz te curará del recuerdo de doña Isabel.

—Pero reparad, señor, que herís en el corazón á vuestra hermana... ¡Porque ama á ese escudero, á ese Andrés Corchuelo!...

—Olvidemos locuras, Sanabria: ella y tú, si no os amais, os apreciais: yo tengo bastante poder para casaros y os casareis... luego el tiempo... ¡oh! sí, lo espero: con el tiempo os amareis como jamás se han amado dos esposos.

—¡Señor, el monge negro de la ermita del Humilladero!—dijo un paje á la puerta.

—¡Ah! ¡viene con ella, con mi hermana!—exclamó el rey: ve Sanabria, ve, entra en mi recámara y espéramé.

Men Rodríguez anonadado, trémulo, vacilante entró en la recámara del rey.

Desde ella, y durante un largo espacio oyó la voz del rey, contenida á veces, dulce otras, imperiosa al fin, alternando en un diálogo desigual, con la de doña Beatríz, que primero solo aventuró monosílabos, luego súplicas, y al fin, el joven escuchó su llanto.

Era evidente que entre el rey y doña Beatríz acontecía una escena semejante á la que había tenido lugar entre él y Men Rodríguez de Sanabria.

Al fin aquel llanto cesó; poco después se abrió la puerta de la recámara, y entró el rey llevando de la mano á Beatríz.

La desdichada joven no lloraba, pero estaba densamente pálida, y sostenía de una manera tenaz, fija su mirada sobre la alfombra.

—Hé aquí vuestra esposa, señor Men Rodríguez de Sanabria,—dijo el rey, adelantando con doña Beatríz, hasta llegar á poca distancia del joven.

Después lanzó una mirada profunda á entrambos, y les dijo.

Pasado mañana os velareis en la capilla del alcázar.

Y dicho esto, salió dejándoles solos.

CAPITULO III

¡Hermanos! ¡no más que hermanos!

Por algún tiempo entrambos jóvenes estuvieron confundidos, anonadados uno frente á otro. Al fin Men Rodríguez comprendió que debía ser el más fuerte, y asiendo una mano á Beatríz la dijo:

—Venid, señora, venid: necesitamos esplicarnos; comprendernos.

Y la llevó á un divan, en el cual Beatríz se sentó maquinalmente. Men Rodríguez se sentó junto á ella.

—Nos encontramos en una situación extraña, la dijo.

—¿Y habeis vos procurado ponerme en esa situación, caballero?—dijo Beatriz alzando tímidamente su mirada hasta el semblante de Men Rodríguez.

—Yo, señora, dijo éste; yo que en otra ocasión hubiera sido el más feliz de los hombres llamándome es-

peso vuestro, sufro ahora un horrible tormento al verme obligado á ser vuestro esposo.

—¡Amais á otra!

—Sí, sí, señora; amo á otra con toda mi alma... pero Dios no quiere que esa desdichada...

—Escuchadme, señor Men Rodríguez,—dijo Beatriz, con voz más segura de lo que era de esperar en aquella situación;—si Dios no lo impide, nuestro casamiento es una cosa hecha: solo os he visto algunas veces y conservo de vos un noble recuerdo: nunca puedo olvidar que vos fuisteis el primero que tuvo una palabra de consuelo para mí, cuando me veia reducida á implorar la compasión ajena, para enterrar al desdichado á quien creía mi padre: el haberos visto en aquella ocasión; vuestro aspecto, vuestras palabras, las noticias que me disteis del desdichado Andrés, (Beatriz dominó su conmoción al pronunciar el nombre de su amante, han hecho que yo no os haya olvidado.

—Del mismo modo, señora,—replicó Men Rodríguez,—yo no he podido olvidar aquella desdichada joven abandonada, doliente, y he guardado un tierno recuerdo de vos, pero un recuerdo puro, sin mancha, como el de una hermana: el destino ha querido...

—Sí el destino nos obliga contra nuestra voluntad, á unirnos, cuando no habíamos nacido el uno para el otro... á unirnos, sí, porque la voluntad del rey es inflexible. No sabeis por cuantos extraños sucesos he pasado para llegar á este caso: arrebatada por gentes

desconocidas, cuando oraba sobre la tumba de mi padre, he estado algunos días en poder de una mujer misteriosa, que me trataba con un amor tal, tan sincero, tan expresivo, que no se podía dudar de él: sin embargo, el amor de aquella mujer tenía su límite cuando la suplicaba que me permitiese unirme á Andrés entonces su rostro se nublaba, y me decía con acento duro: Es necesario que olvideis á ese hombre. no habeis nacido para él: la suerte os separa.

—¿Y quién era esa mujer?

—Esa mujer se llamaba doña Ana.

—¿Doña Ana?

—¡Sí! pero no sé de ella más, sino que es muy hermosa; que las joyas que usa valen un tesoro, y que debe ser muy rica, porque todo lo que nos rodeaba en su casa era maravilloso. Mi abuela parecía conocerla; pero jamás consintió en revelarme ni una sola palabra acerca de ella. Alguna vez me contestaba: Esto es un misterio que alguna vez se aclarará.—Estuvimos algunos días en su poder y una noche... (Beatríz contó detalladamente cuanto la había acontecido la noche en que Pedro el Negro la sacó de su apesento en casa de Leila, cómo encontró al padre de Andrés, y cómo fué arrebatada en la calle por unos desconocidos); despues continuó: Desde entonces hasta ahora, he estado en la ermita de la cruz del Humilladero, guardada con mi abuela por un monge negro y misterioso; al fin, el monge me reveló que era hija del rey don Alonso y

hermana del rey don Pedro. Esto me aterró, porque comprendí que mi casamiento con Andrés era imposible, imposible de todo punto. En fin, hoy el monge me hizo entrar en una litera, me condujo al alcázar y me presentó al rey.

—¿Y el rey...?

—El rey me repitió lo que me había dicho el monge negro: que era su hermana: me abrazó, y yo lloré en sus brazos. Pero luego... luego me dijo: Es necesario que olvides los amores que has sentido cuando eras la hija de un miserable zapatero: una hija, aunque bastarda del rey don Alonso, una hermana mía, es demasiado noble, está á demasiada altura, para que pueda llegar á ella un simple escudero. Tengo marido para tí, y mañana te casarás con él: con el tiempo olvidarás á ese hombre y amarás á tu esposo, que mucho vale cuando yo le hago mi hermano. Yo podría encerrarte en un convento... pero no quiero sacrificarte, quiero hacerte feliz: yo sé lo que son esos primeros amores... y sobre todo, añadió, viendo que lloraba desconsoladamente, lo quiero y lo mando; tu tenacidad solo servirá para que yo haga caer mis maceros sobre ese amante oscuro, que ya, más de una vez, me ha hecho traición: no se ama á los muertos: así, pues procura no te haga olvidarle matándole.—Esta amenaza me extremeció, y por la vida de Andrés, consentí en todo.

Y Beatriz rompió á llorar de una manera desconsolada.

Men Rodriguez, impotente como ella, estaba taciturno y sombrío.

—¿Pero por qué sacrificaros?—dijo al fin.

—Lo mismo pregunté yo al rey,—dijo Beatriz,—y el rey me contestó: Eres hermosa, demasiado hermosa hermana mía: ya una vez he querido protegerte, sin descubrirte tu orígen, y mis enemigos tuvieron astucia bastante para robárteme, no quiero que esto vuelva á acontecer: necesitas protección, la protección de un esposo, yo no puedo dártela; mis buenos hermanos, mis leales y valientes vasallos, me hacen tener un vida demasiado activa para velar de cerca por tí; el esposo que te destino, te es conocido; es hermoso, joven, galán, valiente, el primero de mis vasallos, él más querido de mis partidarios y él será para tí un fuerte y respetado escudo, contra el cual se embotarán los cobardes tiros de nuestros enemigos.—Entonces me asió de la mano, me trajo aquí, y me presentó á vos.

—Pero es desesperado,—exclamó Men Rodriguez, —es verdad que mi vida, mi destino, todo, todo cuanto soy y puedo ser es del rey... pero vos... vos...

—No, no, no vacileis,—exclamó Beatriz con el mismo acento de anhelo de una mujer cuya felicidad entera hubiera consistido en ser esposa de Men Rodríguez,—sino me caso con vos el rey le matará... sí, sí... he visto la muerte en su semblante para Andrés y el rey es capaz de todo... el rey enterró vivo al arcedi no: el rey arrojó á sus maceros á su hermano don

Fadrique; el rey, si resistimos su voluntad, matará á Andrés; matará á la mujer que amais...

—Silencio, silencio, señora, ¿no veis que estamos en la recámara de su señoría?

—¿Y qué me importa? lo que os digo á vos lo diría frente á frente al rey... sin temor... ¿no quiere mi sumisión, bajo la doble autoridad de rey y de hermano? Pues bien, yo me someto... pero déjeseme llorar, déjeseme quejarme... ¿puede dejar de arrancar gritos desesperados de dolor, aquel á quien le arrancan el corazón?

—¿Con que estais resuelta?—dijo Men Rodríguez, que estaba tan desesperado como Beatriz.

—Sí, resuelta de todo punto, porque conozco lo inútil de mi resistencia; pero escuchad,—añadió Beatriz con acento solemne,—desde que cumplí quince años he tenido la desgracia de oirme llamar hermosa, de estar asediada por toda clase de gentes; la pobreza de mi padre me obligaba á salir sola, y he resistido largas y obstinadas porfías, he sufrido asechanzas, he conocido á mi despecho lo que son los hombres; por mucho que ameis á esa otra mujer, cuyo nombre no os pregunto, acaso, después de nuestro casamiento, querreis usar de vuestros derechos de esposo, yo no os concedo sobre mí más derecho, que el de que me pidais cuenta severa de vuestro honor, si alguna vez le mancho, matadme entonces, por lo demás, seremos dos personas enteramente extrañas, como esposos,

aunque nos tratemos como hermanos y nos amemos como tales; tenedlo muy presente; si alguna vez pasais las puertas de mi habitación como marido, podreis matarme, pero no seré vuestra, os lo afirmo. Yo amo con toda la fé de mi alma, y podré robarme á ese amor, pero nunca le insultaré, y si vos amais, tampoco querreis insultar, poseyendo á otra, á la mujer de vuestro amor.

—Me habeis aliviado de un terrible peso, señora, exigiéndome una promesa que á mí me hubiera costado trabajo exigiros, que jamás os hubiera exigido, á resignaros de una manera completa... yo, entendedlo bien, devorando mi amargura, por no humillaros, si lo tomabais á desprecio, hubiera sido vuestro marido, me hubiera fingido enamorado de vos y esto me hubiera hecho sufrir de una manera horrible. Vos habeis tenido sinceridad y valor bastante, para decirme las condiciones á que el estado de vuestro corazón y del mío nos condena, en la extrema situación en que nos encontramos; vos sois hermana del rey, Andrés está separado de vos por una distancia inmensa; el rey manda y le obedeceis: yo soy su vasallo, más que su vasallo... sin saber por qué, su voluntad me domina, manda y le obedezco; la obediencia ciega puede conducir al sacrificio: pero el alma, que es esencialmente l bre, y cuya libertad es uno de los atributos que debe á su origen divino, el alma no se manda, obra de una manera independiente y no obedece á otro señor que

al señor Omnipotente, á su Criador. Seremos en buen hora esposos para el mundo, para el rey... pero, para nosotros mismos, seremos hermanos, no más que hermanos.

Y Men Rodríguez asió una mano de Beatriz, y se la estrechó, mientras la joven, conmovida por la generosidad y por el extraño ascendiente que ejercía Men Rodríguez, sin saberlo, sobre cuantos le conocían, le miraba de una manera intensa, agradecida, noble, como se mira á un hermano á quien se ama.

—¡Oh! ¡oh!—dijo el rey retirándose de detrás de un tapiz desde donde lo había escuchado todo,—he aquí el primer momento de felicidad que he sentido desde hace mucho tiempo; son dignos el uno del otro ¡vive Dios! y serán felices... ¡sus amores! ¡vah! aunque doña Isabel Nuñez de Lara no estuviese envenenada; aunque ese Andrés fuese un hombre tal como Sanabria... ¡oh! ¡oh! mis buenos hermanos... habeis nacido el uno para el otro; os habeis tendido las manos como amigos... mañana os estrechareis el uno en los brazos del otro, frenéticos de amor, como si nunca hubiérais amado... Sanabria acaso... Sanabria es un corazón inmenso, firme, leal; él es el más desdichado... si doña Isabel viviese... ¡oh! entonces sería necesario temblar por la felicidad de Beatriz; pero no se ama á los muertos, no; Sanabria guardará siempre un dulce recuerdo de esa desdichada; pero transcurridos los seis meses, un año... por mucha prisa que se den á matar-

me mis enemigos, viviré lo bastante para que me den un sobrino.... ¡Oh! de todas las crueldades que decís que he hecho, esta que parece la mayor, es la que menos me inquieta: no, no; creo que acabo de hacer felices, contando con Dios y con el tiempo, á dos personas á quienes amo.

El rey se encaminó á la cámara de doña María de Padilla.

La encontró pálida, enferma, como devorada por una fiebre lenta.

—Te traigo una hermosa huéspeda, María,—la dijo el rey sentándose junto á ella, y asiéndola dulcemente las manos.

—¡Una hermosa huéspeda, Pedro!—dijo la Padilla apartando de una manera indolente los hermosos rizos de sus cabellos rubios, que se desplomaban sobre su frente de alabastro, y posando una lánguida y triste mirada en su esposo.

—Sí, mi hermana doña Beatriz.

—¡Ah!—dijo la Padilla de una manera distraída.

—Eres más bien su despositaria; procúrala ricos trajes y hermosas joyas porque mañana se casa.

—¡Ah! ¿y á quién has elegido para su esposo, señor?

—¿A quién había de elegir sino á mi bravo montañés á mi buen Sanabria.

Doña María palideció de una manera mortal; el rey atribuyó aquella palidez al conocimiento que, sin duda, tenía la Padilla de los amores entre Men Rodríguez y

doña Isabel Nuñez de Lara, á quien amaba como á una hermana.

—Y adiós, mi buena, mi hermosa María,—dijo el rey,—voy á traerte mi hermana; mañana serán las bendiciones, de una manera molesta, sin ruido; y pasado mañana, al amanecer, se velarán.

—¿Y qué depósito es ese, entonces?

—¡Oh! es que después de las velaciones, necesito á mi bravo montañés y me le llevo conmigo.

Dicho esto, don Pedro salió y doña María se quedó murmurando:

—¡Se casa! ¡se casa! ¡quiera Dios hacerle feliz!

Y al murmurar estas palabras dos gruesas lágrimas brotaron de los ojos de doña María.

. . . . . .

. . . . . .

Apenas se vió solo el joven cuando se trasladó al aposento que tenía en el alcázar y escribió una larga carta á Andrés Corchuelo; este era un acto de lealtad, acto exagerado, del que podía muy bien haberse dispensado Men Rodríguez; pero no conocía enteramente el mundo, y no concebía que Andrés interpretaría su conducta de una manera bastarda, y no dejaría por eso de ser su enemigo. Hay acciones que, en situaciones dadas, deben evitarse, porque, interpretadas mal por las pasiones ajenas, parecen un acto de cinismo y de descaro. Men Rodríguez medía todos los corazones por el suyo, con una gran confianza, porque todavía

no había sufrido ninguna decepción; pero nuestros lectores comprenderán muy bien que Andrés no debía creer que Men Rodríguez ni Beatriz se casaban contra su voluntad; que debía, aunque no fuese más que por amor propio, aborrecer á Sanabria, y obstinarse más que nunca por Beatriz, aborrecimiento y obstinación que debía aumentar la imprudente carta de Men Rodríguez.

Este, sin embargo, ni pensó en ello, ni si se le hubieran dicho le hubiera creido, y contó ce por be á Andrés cuanto le había acontecido, que se sacrificaba á su lealtad al rey y que jamás sería más que hermano de Beatriz.

Aquel mismo día partió con aquella cándida carta un escudero con orden de reventar su caballo, con tal de llegar en pocas horas á Jerez, y volver con la contestación del mismo modo.

El día siguiente, por la noche, el arzobispo de Sevilla unió en uno, por medio de la bendición nupcial á Beatriz y Men Rodríguez. El rey estaba alegre; los esposos, á pesar de su valor para apurar el sacrificio, estaban pálidos y trastornados, otra persona pálida, triste, asistía como madrina á la ceremonia, aquella persona era doña María de Padilla.

Otra tercera persona; en fin, que asistía también á la ceremonia como padrino, miraba con una sonrisa cruel á doña María murmurando para sí:

—¡Ah! ¡ah! parece que se aclara el misterio del bir-

rete y de la carta de amores que encontré en aquella noche célebre en el dormitorio de doña María; era el señor Men Rodríguez; sí, sí; solo una mujer que ama, y que ama mucho, mira de una manera tan agonizante á un hombre cuando se casa ¡oh! ¡oh! hasta el señor rey... bueno es verlo para no casarse jamás.

Después de la ceremonia hubo un festin de confianza, por decirlo así, en el alcázar; al día siguiente fueron las velaciones, y todo el mundo supo en Sevilla que doña Beatriz Zapata y Tellez (el rey no había reconocido á su hermana) se había casado con el señor Men Rodríguez de Sanabria.

Un día antes, por una refinada crueldad de Andrés Cerchuelo, irritado por lo que llamaba una traición de Men Rodríguez y una liviandad, una venta vergonzosa, venta de Beatriz, Doña Isabel Nuñez de Lara tuvo noticia de aquel casamiento; de esta noticia emanaron tres cartas terribles, cada una de las cuales debía producir un resultado fatal.

Doña Isabel Nuñez de Lara, escribió llorando una carta, y la entregó á Andrés Cerchuelo, que uniéndola á otra para Beatriz, las puso un sobre á Men Rodríguez y las entregó á su escudero que volvió á Sevilla con la misma velocidad que había ido á Jerez.

La tercera carta era del escribano á Leila, noticiándole aquel suceso, cuya noticia había corrido por el alcázar; un mensajero partió á llevar aquella carta á la frontera de Aragón.

Así, pues, y como resultado de la diligencia del escudero de Men Rodríguez, cuando este, después de las velaciones, se dirigía á su aposento en el alcázar, con su esposa, recibió la carta de Andrés Corchuelo. Debajo del sobre, encontró dos; el sobre de la una decía: Al señor Men Rodríguez de Sanabria; la otra á la muy alta y poderosa señora, doña Beatriz Zapata y Tellez, esposa del señor Men Rodríguez de Sanabria.

—Esta carta es para vos doña Beatriz,—dijo Men Rodríguez entregándosela noblemente sin tocar la cera colorada que la cerraba, y en la que no se veía ningun sello, ansioso por romper el noble y altivo blasón que timbraba la cera de la otra carta.

—¿Qué esta carta es para mí? ¿y de quién?—dijo palideciendo Beatriz.

—¿De quién ha de ser sino de Andrés, á quien he escrito á Jerez donde se encuentra, noticiándole nuestro casamiento y las causas que lo han motivado?—contestó Men Rodríguez.

—¡Que habeis escrito á Andrés! habeis hecho mal,—dijo Beatriz, que, á pesar de sus pocos años, tenía más experiencia que Men Rodríguez.

—He creido que debía obrar noblemente con un amigo.

—Jamás debemos disculparnos de nuestros hechos cuando nuestra disculpa es tal, que en vez de sincerarnos puede hacer dudar más de nosotros, al unirnos, habeis muerto para la mujer que amais; yo para

el hombre que amo; hé aquí en lo que consiste nuestro sacrificio, en que hemos matado nuestro amor: los cadáveres no hablan, porque no pueden hablar, aunque se insulte su memoria.

—¡Oh! no, no,—dijo Men Rodríguez, dando vueltas impaciente en su mano á la carta de doña Isabel,—estoy seguro de que Andrés me habrá creido.

—Pues bien, señor, leed esa carta.

—¡Leerla yo! ¡una carta vuestra!

—Yo no sé leer, y además aunque supiese, no deben existir secretos entre los dos, señor, tened presente que me habeis entregado vuestro honor al darme vuestra mano.

—Y creo que le guardareis, señora, tanto le creo, que si consiento en leeros esta carta es porque no sabeis leer.

Y Men Rodriguez abrió la carta de Andrés y leyó las primeras frases que le hicieron palidecer con la palidez de cólera.

«A la muy hermosa, muy noble, afortunada y leal doña Beatriz Zapata y Tellez, de su humilde criado Andrés Corchuelo.»

—Eso es un sarcasmo, un carcasmo que yo no debía esperar de él,—exclamó con energía y altivez Beatriz.

—Escuchad,—dijo Men Rodríguez que había adelantado algunas líneas en la lectura.

Y continuó:

«Señora; acabo de recibir una extraña carta de vuestro esposo; *de vuestro esposo*, puesto que es necesario darle este nombre, ya que vos se lo habeis dado con vuestro amor, con vuestro cuerpo, con vuestra alma; me ha mentido largamente una sucesión de disculpas, que no han podido menos de maravillarme, ya desde que el rey os honró haciéndoos noble, desde que os llamásteis *doña Beatriz*, comprendí que estábais demasiado honrada y favorecida, para que un pobre escudero pudiese ser vuestro esposo, vos perteneceis de derecho á un rico hombre; las villanas se casan con los villanos, pero una *cortesana* debe casarse con su *cortesano*:» (subrayamos las palabras anteriores, porque Andrés para hacer sentir mejor la punzante injuria que representaban, las había escrito con letras enormemente gordas).

Al leer estas palabras, el rostro de Men Rodríguez se tornó totalmente lívido, y Beatriz no ménos lívida que él, le arrancó la carta.

—¡Infame!—exclamó rompiéndola en pedazos;—¡este miserable insulto merece una estocada en el corazón!

—¡Miserable!—exclamó Men Rodríguez,—¡se ha atrevido á dudar de vos y de mí! ¡se ha atrevido á insultarnos!

—Insultándonos acaba de hacernos felices,—exclamó Beatriz desmenuzando y volviendo á desmenuzar la carta en pequeñísimos é inumerables pedazos.

—¡Felices!—exclamó Men Rodríguez.

—Sí; porque este villano insulto, esta miserable y cobarde venganza, demuestran que ese hombre jamás me ha amado... un hombre que ama, jamás insulta á la mujer de su amor... sufre... llora... muere... pero si la ha comprendido, la cree; si la cree, jamás duda de ella... quien duda de una mujer, miente cuando dice que la ama; su amor no ha sido más que deseo. Habeis hecho muy bien, esposo y señor, en escribir esa carta... para vengar su insolencia teneis una espada; y si yo valgo algo para vos, me consuelo ahora en el aprecio y la posesión completa de vuestra esposa; mañana en su amor.

—¡Ah!—dijo Men Rodríguez, extremeciéndose ante aquella franca confesión de Beatriz, que le colocaba en una situación violentísima,—acaso irritada decís lo que no pensais; acaso si yo tomo vuestras palabras en lo que suenan y doy un paso... que me haría feliz, os arrepentireis tarde.

—¡Arrepentirme! ¡qué es arrepentirme!—exclamó con altivez Beatriz,—¿creeis que yo sea una de esas mujeres que aman sobre su dignidad, sobre su pudor, sobre su honra, á un hombre que ha sido tan innoble que se ha atrevido á insultarlas? no, no; yo soñaba; yo le creía otro hombre; ese sueño pasó; pasó dejándome una realidad que yo me alegro de haber encontrado á tiempo; si ese hombre, siendo suya, me hubiera dicho lo que se ha atrevido á decirme siendo

vuestra, la vergüenza, la indignación, me hubieran obligado á arrancarme la vida... ahora es distinto; vos debeis arrancarle la suya... y no creais que digo esto lastimada en mi honor... ya no le amo... si le amara, lloraría... le desprecio, necesito castigarle, como necesitaría castigar á un desconocido que me insultase; creedme, señor; yo en su lugar, si él se hubiese disculpado conmigo, si se me hubiera dicho; he necesitado casarme con otra para salvar tu vida... para sallar la vida de mi padre... yo le creería, le hubiera creído, hubiera llorado, y jamás hubiera sido de otro, ¡pero llamarme prostituta! ¡creeres á vos uno de esos hombres infames que prestan el nombre á la querida de un rey!... ¡oh! se necesitaría ser muy débil, muy prostituta para seguir amando á un hombre que á tan infame punto llega; á ese hombre se le mata, y se le olvida de todo punto.

Men Rodríguez reconoció en Beatriz el indomable y fiero carácter del rey don Pedro, y no pudo dudar de que por sus venas corría la valiente y noble sangre de Alonso el Onceno.

—Os creo, señora, os creo,—dijo Men Rodríguez, pasando una mirada atónita en el hechicero é inspirado semblante de Beatriz, cuya mirada, durante su cólera, había adquirido una admirable semejanza con la mirada del rey, cuando se encontraba en aquel caso,—os creo y os vengaré.

—Sí, sí; vengadme; vengaos, porque la injuria es

común á nosotros dos; porque aunque solo fuera para mí, sería vuestra, puesto que soy vuestra esposa; ¡y yo he podido amar á ese hombre! ¡y yo he podido llorar por él! leed, leed esa otra carta, señor, si es que quereis y podeis hacerme saber su contenido.

—Esta carta,—dijo Men Rodríguez, abriéndola y preparándose con su prévia lectura,—es de doña Isabel Nuñez de Lara.

—¡Y doña Isabel!

—Es la mujer á quien...

—A quien amais... decidle sin empache, por más que la infamia de ese hombre me haya hecho arrojar de mí su amor como una cosa indigna, no es considere de tal manera que pueda tener celos, señor; á nuestro casamiento ha precedido un convenio solemne al que yo no faltaré, y sin violencia sería siempre vuestra hermana, no más que vuestra hermana.

Men Rodríguez pronunció las palabras siguientes con voz, cuya conmoción procuraba en vano ocultar, teniendo la vista fija pero inmóvil, en la carta de doña Isabel.

«Señor Men Rodríguez de Sanabria: he sabido que os habeis casado, y aprovecho esta ocasión para deciros lo que, por agradecimiento á vuestro amor, no me había atrevido á deciros hasta ahora; nunca os he amado, ni he sentido hacia vos más que agradecimiento y amistad; jamás hubiera sido vuestra esposa. Haced, pues, feliz á la que el cielo os ha dado, y sed feliz con ella.—Doña Isabel Núñez de Lara.»

—¡Oh! hé ahí una mujer noble y digna de ser amada,—exclamó Beatriz, creyendo de buena fe la verdad de las palabras que acababa de escuchar, y que no eran otra cosa que una sublime mentira de Men Rodríguez; el verdadero contenido de la carta de doña Isabel Núñez de Lara era el siguiente:

«¡Señor! ¡señor! me han dicho que os habeis casado; yo no quería creerlo, pero la persona que me lo ha dicho me ha presentado una carta vuestra, á cuya vista no he podido dudar. Mis temores se han cumplido; amais al rey ante todo, y habeis cedido á su voluntad. No importa, yo viviré muy poco, y como mi amor es del alma, puedo... sí, puedo amaros con el alma, amaros hasta mi muerte. Dios quiera que la esposa que os ha dado el rey, que será digna de vos, cuando vos la habeis aceptado, os ame tanto como os he amado yo; no volvais á escribirme, ni á verme; ya no soy vuestra. Yo no consentiría ni en que robáseis vuestro amor á vuestra esposa, ni que me ofendiéseis con vuestros amores... pero guardadme en el alma un lugar tan puro y sagrado, como el que yo os consagro en la mía.—Doña Isabel.»

Esta carta estaba en muchos lugares arrugada por lágrimas.

La mentira, pues, de Men Rodríguez era, como hemos dicho, una mentira sublime.

—Ya lo veis,—dijo rasgando á su vez aquella carta con el mismo intenso dolor que si se hubiera rasgado

el corazón; estamos en igual caso; entrambos estábamos engañados y podemos ser más que hermano y hermana.

Beatriz miró de una manera profunda á Men Rodríguez; su alma, extremadamente sensible, recientemente lacerada, necesitaba consuelo; abrió sus brazos y se arrojó en los de Men Rodríguez. Así estuvieron algún tiempo, llorando el uno sobre el seno del otro... pero aun todavía no eran más que el hermano y la hermana.

Men Rodríguez había apurado el sacrificio hasta las heces; perdía á la mujer que amaba, á la que no podía dejar de amar; la perdía de una doble y horrible manera, y se veía obligado á fingirse un esposo amante, para no ofender á una esposa digna y pura que le había dicho abriéndole los brazos:

—Ya podemos ser más que hermano y hermana.

Doña Isabel Núñez de Lara y Men Rodríguez de Sanabria eran las verdaderas víctimas de esta combinación de fatales acontecimientos.

LIBRO DÉCIMOOCTAVO

CAPITULO PRIMERO

De la impresión que hicieron en Leila las dos cartas sucesivas del escribano Alvar Yáñez.

Por aquellos días, el ejército del rey de Aragón, ó mejor dicho, el del conde de Trastamara, se encontraba acampado cerca de la ciudad de Nájera.

Este ejército constaba de unas mil lanzas, capitaneadas por el mismo don Enrique, por su hermano don Tello y por el conde de Osuna; pero además, un tanto separado del real, como en señal de independencia y señorío particular, en el repecho de una colina, se encontraban las tiendas de un escuadrón de cien lanzas, en cuyo centro, sobre una tienda riquísima, ondeaba un estandarte rojo, en el cual campeaba un león rampante negro.

Dentro de aquella tienda, que estaba alhajada con muebles de campaña, pero tan ricos como podían ser

les de un alcázar; habia dos personas que nos son muy conocidas: Leila é Isabel-La-Liebre.

Entrambas vestían trajes masculinos; Leila estaba reclinada en un diván profundamente pensativa, é Isabel se ocupaba en colocar en un arca, después de doblarlas y limpiarlas, una magnífica sobrevesta de brocado, á dos colores roja y negra, y algunas galas de caballero.

Cuando hubo acabado su operación cerró el cofre, adelantó hacia Leila, y se quedó contemplándola profundamente:

—Yo no sé qué tienes, Ana mía,—la dijo;—tú estabas triste; pero desde el día en que recibiste la malhadada carta que te trajo, aquella maldita carta de Alvar Yáñez, el buen peregrino de Nuestra Señora de Rocamador, Sancho de Illescas, estás más sombría, más terrible que de costumbre.

—Todos me hacen traición,—dijo roncamente Leila; me encuentro aislada, sola, reducida á mí misma, y —no sé dónde estoy. ¡Oh! ¡eh! era necesario jugar el todo por el todo y concluir de una vez.

—El bribón de Sancho de Illescas y su buen amigo Silvestre de Ceca, han sido dos aves de mal agüero, —dijo Isabel;—las cartas que te han traído te han irritado... en cuanto á mí, ni uno ni otro han sabido decirme nada de Pedro el-Negro; no se le ha vuelto á ver en Sevilla; ¡y esos ganapanes están tan tranquilos! como si no le hubiesen conocido jamás, ¡ya se ve!

el escribano Alvar Yáñez les paga puntualmente con tu oro, y ellos, en teniendo dinero á mano, y no haciendo nada, están alegres y contentos. Pues mira, Ana; es necesario que averigües lo que ha sido de mi amante; tú sabes lo que es amar, y debes hacerte cargo de lo que sufriré, amando como amo á Pedro y no sabiendo de él.

—Sí, sí, ya sé que le amas hasta tal punto, que serás capaz de hacerme traición por él,—dijo sombriamente Leila.

—¡Hacerte ya traición!

—Todos los que me rodean, ó son torpes ó traidores, ó entrambas cosas á la vez; pero los tengo en mi poder, vive Dios; y aunque yo no tuviera fuerzas bastantes para vengarme, me vengaría el rey.

—¿De qué rey hablas?

—¿De qué rey he de hablar, sino del rey don Pedro?

—¡Ah! como sirves á don Enrique, que se presenta ya con el título y estado de rey...

—Hoy sirvo á don Enrique contra don Pedro.

—Y le enamoras...

—Me dejo enamorar... pero mañana, cuando el rey don Pedro haya caído...

—¿Te volverás contra don Enrique?

—¡Oh! ¿no te he dicho que he jurado exterminio á todos los hijos de doña Leonor de Guzmán?

—Y entre tanto el pobre conde de Trastamara enloquece por tí... Oye, oye... son de trompetas...

—Es sin duda don Enrique, que viene á visitarme.

En efecto, abrióse el tapiz de la tienda, y un escudero dijo:

—¡Señora! el señor conde de Trastamara.

—Déjame sola Isabel,—dijo Leila á la joven que salió trasladándose á otro departamento de la tienda.

Poco después entró don Enrique que venía pálido y pensativo.

—¡Guárdeos Dios, noble y valiente amazona honor de mis banderas ¿cómo os encontrais?

—Impaciente, muy impaciente, señor,—contestó Leila haciendo un lugar en el divan al conde, que se sentó junto á ella.

—Pues debe cesar vuestra impaciencia, si consiste en venir á las manos con el cruel tirano de Castilla. Don Pedro avanza sobre nosotros, y en su jornada viene haciendo venganzas atroces. En Miranda se ha apoderado de algunos vecinos pacíficos, bajo pretexto de que habían sido las cabezas de un tumulto en que fueron muertos algunos judíos, y los ha quemado ó hecho cocer vivos en agua hirviendo; en Santo Domingo de la Calzada, ha muerto á un santo sacerdote por medio de la hoguera, porque le pronóstico que si no se enmendaba en sus crímenes, en sus crueldades, en sus tropelías, moriría á mis manos.

—Ese hombre está maldito.—exclamó Leila.

—Si maldito, pero parece que su maldición alcanza

á todos los que tienen algún parentesco, odio, ó amistad con él; yo lo pruebo por mí mismo.

—¡Vos señor!

—Sí, y vos sois una prueba de ello.

—¿Yo?

—Si por cierto, doña Ana; el amor que os tengo no puede ya ser más violento, y me desesperais; ni una esperanza, ni una mirada, ni una sonrisa.

—Ved señor,—dijo Leila, adoptando un acento indolente, y convirtiéndose de repente en mujer,—que enamorais á uno de vuestros capitanes.

—Admirable capitán, cuyas lanzas son el asombro de mi ejército, y cuyo valor y hermosura maravillan á cuantos os conocen. Vos, doña Ana, ya vistais el arnés, ya los brocados del caballero, ya las sedas y las joyas de dama, sois una tentación irresistible.

—Ya os he dicho, señor, que soy demasiado orgullosa, que tengo demasiado corazón para amar á un hombre casado; os he dicho, además, que amo á otro hombre con toda mi alma.

—Y sin duda habreis recibido muy malas noticias de ese hombre, cuando os mostrais tan ceñuda de algunos días á esta parte.

—¡Ese hombre se ha casado!

—¿Que se ha casado?

—Sí, y de una manera que le pone fuera de mi amor y de mi venganza... porque...

—¿Por qué?

—¡Porque se ha casado con una hermana mía!

—¡Con una hermana vuestra!... ¿pero quien es esa hermana?

—Es una pobre hermana á quien amo con todo mi corazón, á la cual no pueden hacerme aborrecer ni aun los celos... esa hermana sin saberlo me ha herido en lo más sagrado, en lo más débil, en lo más dolorido mi alma, y ese hombre... ¡oh! no hablemos más de ello... el furor me ahoga cuando pienso... y de todo tiene la culpa vuestro padre, vuestro padre el rey don Alonso el Onceno, que ofendiendo al mío en su honor, desgarrando el corazón de mi madre, ha causado la desgracia de mi familia, desgracias horribles que han recaído sobre mí.

—Ya os he prometido, remediar en cuanto esté de mi parte, las desgracias que, acaso sin pensarlo, os causó mi padre, arrastrado hacia vuestra madre por un amor semejante al que vos me inspirais: y si con la ayuda de Dios llego á ser rey de Castilla...

—¿Podreis volverme la paz de mi corazón? ¿podreis darme al hombre que amo, y que he perdido para siempre?—exclamó con desesperación Leila,

—¿Pero tanto vale ese hombre, que no le podeis reemplazar con otro? ¿quién es? ¿cómo se llama?

—Su nombre era mi secreto... pero ¿qué importa? yo no tengo ya secretos... tomad, tomad y leed.

Y Leila sacó de su escarcela dos cartas, y entregó una de ellas al conde que la leyó y se inmutó: aquella

carta era la segunda que había escrito Alvar Yáñez desde Jarez á Leila, y estaba concebida en estos términos:

«Mi noble y poderosa señora doña Ana Tellez de Ulloa: os escribo precipitadamente para anunciaros una desgracia, para saber la cual os pido os armeis de valor. El rey acaba de casar á Men Rodríguez de Sanabria con doña Beatriz Zapata y Tellez. Este, os conozco bien, os abrasará en celos, en vuestros celos que, me atreve á decíroslo, son mortales. Pero en esta ocasión (y tened presente que este es el primer buen consejo que doy) debeis ahogar vuestros celos, debeis respetar la vida de la esposa de Men Rodríguez, porque entre ella y vos existen lazos sagrados. El nombre que habeis adoptado de doña Ana Tellez de Ulloa; el blasón que habeis hecho bordar en vuestro estandarte; vuestra procedencia del reino de Granada, todo me indica que conoceis la historia de vuestra familia y el parentesco que os une con doña Beatríz. Pero si no fuese así, por lo que pueda suceder, sabed que doña Beatriz es hija bastarda del señor rey don Alonso el Onceno y de doña Teresa de Ulloa, esposa que fué del señor Alfon Tellez. Si sois hermana de doña Beatriz debeis respetarla; si no lo sois, teneis presente que el rey sabe por el difunto arcediano de San Gil, que doña Beatriz es su hermana, que la proteje, cuando la casa es el más querido y valiente de sus favoritos, y que debeis andar con pie de plomo.

»El portador espera, el tiempo urge y no puedo añadir á mi carta más que algunas palabras; estais enteramente vengada de los celos que os ha hecho sufrir doña Isabel Núñez de Lara; además de que los efectos del veneno son cada día más terribles, sabe también el casamiento de su amante; está tan desesperada como podeis estarlo vos, y esto apresurará su muerte.

»Vuestro humilde criado,

»ALVAR YAÑEZ.»

—¡Oh! sí, sí, ciertamente,—exclamó don Enrique temblando de conmoción y de horror,—muy desesperada debeis estar cuando me confiais tales secretos.

—¡Que si estoy desesperada!—exclamó Leila posando en don Enrique una mirada candente, roja, por decirlo así, que le hizo bajar los ojos.—¡Que si estoy desesperada! todas las penas del infierno deben ser delicias, comparadas con el tormento que sufro. ¿Y me hablais de amor? ¡Habladme de venganzas! no puedo herir á mi hermana... porque la amo: no puedo herir á Men Rodríguez porque es mi vida, pero puedo envenenar el alma del rey don Pedro, retorcérsela, comprimírsela, sajarle lentamente el corazón, antes de matarle... y el rey don Pedro sentirá la mordedura de la serpiente. Le heriré en doña Blanca, deshonrándole con la mancha de una atrocidad... Le heriré en su adorada doña María de Padilla... haré tanto, que cuando diga al rey saboreando mi venganza: yo he hecho

este, comprenderá que hay quien es más valiente, más feroz, más cruel, más vengativo que él.

Don Enrique se estremeció ante la mirada mortal que brillaba en los ojos de Leila, y los deseos, el amor de cierto género que le había inspirado su maravillosa hermosura, se convirtió en miedo. Disimuló sin embargo cuanto pudo y se doblegó á la situación.

—¿Con qué,—dijo.—Sin saber por donde de una manera imprevista aparece para nosotros una nueva hermana, y el rey la casa con uno de nuestros más esforzados enemigos, con ese montañés, con ese Men Rodríguez de Sanabria, nuevo sol que se levanta delante del trono de Castilla y del cual tenemos buenas noticias?... ¡oh! si acaso ese casamiento fuese una noticia falsa... el rey viene sobre nosotros; sin duda le acompaña Men Rodríguez... ¡oh! ¡oh! cuidaremos de mirar entre el combate quien es el caballero más joven y que más se distingue al lado del rey... prevendremos á nuestros capitanes que procuren respetar su vida en gracia al amor que le teneis, doña Ana, pero procuraremos hacerle prisionero.

—¡Oh! ¡si cae en mis manos y es falsa esa noticia! —exclamó Leila.

En aquel momento se oyó una ruidosa trompetería y un inmenso alarido en los reales.

Leila y don Enrique se avanzaron á la puerta.

A punto apareció junto á ella el conde de Osuna, que venia jadeando en busca de don Enrique.

—A caballo, á caballo, señor;—dijo con sobresalto, —vuestro enemigo está sobre los reales, mirad, mirad, señor, la nube de polvo que por el camino de Miranda levantan sus escuadrones.

—Adiós, doña Ana, adiós,—dijo don Enrique despidiéndose bruscamente de Leila y montando á caballo, después de lo cual partió como un vendaval con sus escuderos.

—A caballo, á caballo,—dijo Leila á Pero Alvarez que le servía de teniente,—plegad las tiendas y dejad en su resguardo diez hombres con el bagaje. Los demás en campo.

Y se entró dentro.

—¡Isabel! ¡Isabel!—gritó.

La joven se presentó á la puerta.

—Pronto,—dijo,—mi arnés y mi vesta; ármame, tenemos á los enemigos encima y no hay momento que perder.

Isabel palideció.

—¿Y vas á entrar en batalla?—exclamó temblando.

—Y como, si entraré, ¿no me he encontrado ya en las de Tarifa y Algeciras que fueron más sangrientas que lo será esta? Pronto Isabel, pronto; cuando me hayas armado, retírate con mis pajes á Nájera. Solo Dios sabe la suerte de las batallas y no quiero exponerte.

En pocos momentos Leila quedó transformada en un bizarro y joven caballero cubierto de luciente hier-

re: algunos instantes después, al frente de sus ginetes y al lado de su estandarte marchaba á buen paso á incorporarse al grueso del ejército de don Enrique que empezaba á formar en batalla á la falda de una colina avanzada á Nájera, cuyos muros y torres se veían á lo lejos. El rio Najerilla separaba el ejército de don Enrique del camino por donde avanzaban envueltos en una nube de polvo los escuadrones del rey don Pedro.

Entre tanto Isabel, pálida y llorosa, se encaminaba seguida de los pajes de Leila á Nájera.

El escuadrón de Leila, como el más fuerte y escogido de los que seguían los estandartes de don Enrique, fué colocado entre dos lombardas armadas en el centro de la batalla. El ejército de don Enrique estaba ya preparado; las tiendas habían desaparecido, como por ensalmo, y solo quedaba una masa cerrada é inmensa de caballería, sobre la que descollaba un bosque de lanzas, salpicadas acá y allá de estandartes, y flanqueadas por dos numerosas mangas de ballestería aragonesa.

En tanto llegaban los enemigos, Leila fijaba en la nube de polvo que avanzaba con una rapidez maravillosa, una mirada intensa.

—¡Si me hubiera engañado Alvar Yañez!—decía,—«e hombre es un traidor, un miserable; sí, sí, sino lo supiese de antemano, me bastaría para creerlo la carta «crita para el rey que ha venido á mis manos por una «uivocación; sin duda la que escribió para mí fué á

las del rey... ese hombre sirve á todo el mundo... ¡si me hubiera engañado! ¡si Men Rodríguez no se hubiera casado!... ¡oh! ¡juro á Dios morir ó hacerle prisionero!

En aquel momento se oyó, distintamente ya, la trompetería del ejército del rey don Pedro, á la que contestó con un recio alarido la del ejército de don Enrique.

CAPITULO II

La primera batalla de Nájera.

Era antes del mediodía; un sol ardiente, suspendido en una atmósfera de fuego, hacía brillar los bruñidos arneses de los hombres de armas; dominaba un silencio solemne, porque todo es solemne en los primeros momentos que preceden á una batalla; el amigo mira al amigo, el hermano al hermano con una ansiedad que tiene mucho de cobarde aún en los más valientes; forzoso tributo de la debilidad humana rendido de una manera inevitable á un peligro de muerte.

El ejército de don Enrique, bastante considerable para aquellos tiempos, ejército levantado por el oro de Sevilla, ocupaba una posición ventajosa sobre la orilla derecha del Najerilla, al paso que el de don Pedro te-

nía que atravesar el río y avanzar comprimido entre dos lomas.

El ejército de los rebeldes que así puede y debe llamarse, estaba, como hemos dicho, formado en una sola masa de caballería, en cuyo frente, apoyando los flancos de la batalla (como se llamaba entonces á los escuadrones), se veían dos de los antiguos tubos de hierro y madera, barreados de hierro, afustatados sobre unas toscas pesadas cureñas, de las que tiraban bueyes, imperfectas y duras piezas de artillería que se llamaban en aquellos tiempos y siguieron llamándose mucho tiempo después lombardas; máquinas de guerra pesadas, enfadosas y de poca utilidad, puesto que si soltaban un tiro de hora en hora se tenía por maravilloso, en la primera fila de las tres batallas que constituían el frente de la masa, estaban los hombres de armas pesadamente cubiertos de hierro, así ellos como sus caballos, destinados á resistir el primer choque; entre estas colosales y brillantes estátuas de hierro, descollaban los estandartes, y brillaban las galas, los penachos y los lambrequines de los caudillos y capitanes; seguidamente se agrupaban los ginetes, especie de caballería maniobrera, armada más ligeramente, y por último, como hemos indicado anteriormente, dos mangas ó batallas de ballesteros á pie, se prolongaban cubriendo los flancos de la caballería.

Este ejército esperaba inmóvil; solamente los ballesteros con los arcos de sus ballestas entesados y

preparados los viretes, especie de venablo arrojadizo, avanzaban lentamente hacia el enemigo, que marchó con rapidez hasta llegar cerca del río, y desde allí adelantó en paso más tardo hasta llegar á la márgen del río donde se detuvo.

En medio de la tremenda batalla de hombres de armas que había hecho alto, descollaba altivo el estandarte real de Castilla, único que se veía enhiesto, aunque acompañaban al rey con sus mesnadas muchos ricos-hombres de pendón y de caldera; delante de la batalla del centro, cubierto con una magnífica armadura dorada, en cuyo almete sin visera se ceñía una corona con manto real sobre los hombros, corcel encubertado con gualdrapas blasonadas, con una gruesa lanza en la mano y embrazada una fortísima y pesada adarga árabe, se veía el rey don Pedro, que fijaba una mirada avarienta, voraz, cruel, semejante á la de un tigre que divisa una presa en el ejército de su hermano. Tenía á su derecha á Men Rodríguez de Sanabria, magníficamente armado, ginete en el famoso corcel Balax, que piafaba impaciente presintiendo la batalla; en cuanto á su jóven ginete apretaba convulsivamente la pesada lanza de roble que empuñaba impaciente por desahogar la rabia que le producía el amargor de sus primeras desgracias en los enemigos; á la izquierda del rey estaban su guarda mayor Gutier Fernández de Toledo, su ballestero mayor Pero Lope de Padilla, y su repostero el señor Juan Tenorio; detrás

de él sombrío y sañudo mirando á los rebeldes como cosa que le pertenecían, al frente de un centenar de ballesteros del rey, que rodeaban al señor Diego de Quintanilla que, como uno de los alféreces del rey sustentaba el estandarte real; delante de estos cien ballesteros de maza, decimos, está Juan Diente, sombrío y mudo, fijando en los rebeldes su feroz mirada de lobo; á los costados de este grupo estaban algunos rico-hombres, y últimamente, un escogido y numeroso cuerpo de ginetes, se apiñaba tras los hombres de armas.

—El bastardo,—dijo el rey dirigiéndose á Gutier Ferrández de Toledo,—tiene tantas y tan buenas lanzas como nosotros y ocupa una posición ventajosa.

—Ya lo veo, señor,—contestó Gutier Ferrández.

—¿Y qué piensas que debe hacerse?

—Embestirlos de frente, con todo el peso de nuestros hombres de armas, que son muy buenos.

—Sí, sí, eso mismo pensaba yo, y de aquí á un momento será indispensable la arremetida, ¡ira de Dios! que no tiene mala traza esa ballestería aragonesa que avanza hacia nosotros.

—La ballestería de Aragón, es una muy brava ballestería, señor.

—Pero que no llega ni con mucho á los bravos ballesteros de mi guarda de ballesteros de maza, ¡ah! ¡ah! Juan Tenorio, mi bravo hijo; te veo impaciente por acometer.

—Es que si no acometemos, somos acometidos,— dijo el repostero mayor, —y ya sabe vuestra señoría que el que da primero...

—No da nada si no da á tiempo. ¡Hola! mi buen Men Rodríguez; este es tu bautismo de sangre; cuenta, hijo, con mis advertencias, una batalla no es una justa; puedes verte acorralado, cercado, así pues, son inútiles las hidalguías; en una batalla no hay golpe traidor... ya verás... ya verás, yo... haz lo que me veas hacer y más si puedes... aquí lo que importa es matar. ¡Hola Juan Diente! veremos como se defiende mi estandarte; ¡ira de Dios! ya se han puesto á tiro esos bravos montañeses, que es lástima defiendan tan mala causa; será necesario conquistar á Aragón para hacernos servir por tan buenos soldados, ¡Dios de Dios! he aquí una descarga de viretes; ¡y las lombardas! ¡Ah de Castilla! mi bandera adelante; ¡lanzas en ristre y á ellos! ¡Santiago y Castilla; cierra!

Un poco antes de que el rey mandase la arremetida una descarga de la ballestería aragonesa había venido á estrellarse contra las corazas y las adargas de os hombres de armas; habían estallado con horrible estruendo las lombardas, y una de las peletas ó balas de piedra con que estaban cargadas, se había enterrado á los piés del caballo del rey, mientras la otra pasó silbando á alguna altura sobre su cabeza.

Inmediatamente después de la voz de mando de don Pedro, trasmitida por sus capitanes á los solda-

dos, estos se inclinaron sobre los arzones, pusieron las lanzas en los ristres, clavaron los acicates en los flancos de sus caballos, y aquella imponente y férrea masa, atravesó á media rienda el Najerilla, que era y es poco caudaloso, y fué á chocar con horrible estruendo contra las batallas de don Enrique.

Al primer encuentro se rompieron las lanzas, y muchos de los hombres de armas cayeron desmontados de una y otra parte. El rey don Pedro había acometido con un furor indecible; rota su lanza al primer encuentro, después de haber desmontado mal herido al desventurado caballero que encontró por delante, se volvió á su primer escudero Alvaro de Quinoces que le seguía de cerca.

—Mi hacha de armas,—gritó,—echa mano á tu hacha de armas, Sanabria, y puños, muchos puños, hijo; veamos cuantos yelmos y cuántos cráneos rompemos; ¡paso, paso, canalla! dejadme llegar al bastardo ¡que yo pueda darle mi último abraze! ¡ira de Dios, malsines! traeis cascos de calabaza, y os caeis de los arzones como si estuviérais borrachos; ¡paso, paso! allá va el bastardo; ¡por Lucifer! aguijad, caballeros, aguijad, romped por medio, abrios calle como el jabalí, ¿no veis que se nos escapa?

Y el rey don Pedro en medio de la batalla, que se había revuelto, descargaba á derecha é izquierda con una espantosa rapidez su hacha de armas, que á los pocos minutos de haberla empuñado destilaba sang e

y se cubría y recibía una granizada de golpes en su fortísima y pesada adarga, y revolvía su caballo con una destreza admirable.

Donde quiera alcanzaba su brazo caía un hombre, y á cada golpe logrado, el rey rugía de placer, como un león que ha despedazado su presa.

El señor Juan Tenorio, á su lado, era un rayo exterminador, pero su feroz alegría era más repugnante que la del rey; en don Pedro se comprendía aquella feroz complacencia ante el estrago de sus enemigos, el furor con que hería y destrozaba, ansiando llegar á su hermano, que se revolvía valiente en un grupo cercano; pero en Juan Tenorio, la alegría no era otra cosa que la satisfacción de su perverso instinto destructor; le importaba poco servir al rey, para él lo principal era el goce de la matanza, y como si un demonio le hubiera protegido, ningún golpe le alcanzaba en tanto que su ancha y pesada espada de á dos manos se ensangrentaba, rajaba, desarmaba, y ponía á los hombres de armas fuera de combate de un solo golpe.

La carnicería era espantosa, horrible, mucho más horribles que ella los alaridos de dolor, los gritos de agonía que se escuchaban por todas partes, entre el áspero y atronador martilleo del hierro contra el hierro; alguna vez una trompa de guerra, vigorosamente tañida, cesaba de improviso, lo que representaba que había faltado aliento al desdichado que la tañía; por todas partes tenía voz y sangre la muerte, y la des-

ventaja estaba visiblemente de la parte de don Enrique cuyo ejército empezó á ciar desde la primera embestida, á pesar de que solo le había atacado la vanguardia del ejército de don Pedro.

Men Rodríguez de Sanabria, aunque novel caballero, llevaba gran parte de la honra de la jornada; él solo mataba mas que don Pedro y Juan Tenorio juntos, y se metía sin temor en lo más trabado, hasta el punto de hacer sudar y apretar los puños, para no quedarse atrás, al terrible Juan Diente, que le seguía por encargo del rey. Esto consistía en que Men Rodríguez estaba desesperado y buscaba la muerte; pero como si la muerte solo se cebase con placer en los que son felices y respetase por una crueldad refinada á los desdichados, la muerte huía de él, cuanto más Men Rodríguez la buscaba.

—¡Oh! esto es horrible;—gritaba el joven,—¡no haber encontrado una sola lanza, un solo hombre que me dé el golpe de gracia! ¡oh! estos miserables son de masa; caen como estorninos atontados; ¡y me sería muy fácil hacerme matar con bajar el hacha de armas!...

—Eso lo veríamos, señor Men Rodríguez,—dijo Juan Diente, que se había unido con el joven y había oido sus últimas palabras,—si vos bajais el hacha de armas, siempre quedaríamos aquí Rodrigo Pérez de Castro, Garci-Díaz de Albarracin, Gonzalo Recio y yo, que somos tan buenos ballesteros y manejamos nuestra maza de armas tan bien en el alcázar como en el

campo; pero este es asunto concluído; ya no tenemos á quien herir, mirad como ciar ¡y qué es ciar! mirad, mirad come corren hacia Nájera, ¡campo por el rey! ¡campo por Castilla! ¡á ellos, á ellos señor! mirad como mi valiente amo don Pedro aguija á su caballo ¡ahoé! ¡ahoé! ¡valientes! ¡rienda suelta, que se nos van! ¡Ahoé! ¡Ahoé!

Y Juan Diente gritando, ronco ya por lo mucho que habia voceado en la batalla, aguijaba á sus compañeros los ballesteros de maza y seguia á Pero Lope de Padilla, que, armado como los suyos, les voceaba y les jaleaba ni mas ni menos que si se tratase de una jauria.

Y el escuadrón de los ballesteros de maza corria violentamente, produciendo con el crugir de sus redoblados arneses, un estruendo rechinaban, áspero, como pudiera suponerse el del batir de las alas de una legión de demonios; y en medio del escuadrón entre los vivos destellos que arrancaba el sol del hierro brufiido flotaba enhiesto el estandarte real, persiguiendo la victoria.

Por mas que el ejército de don Enrique huyese despavorido hácia la ciudad, aun quedaban acá y allá algunos escuadrones revueltos con los del rey, empeñados en una cruda carnicería.

Uno de estos escuadrones era el de Leila.

Los hermanos de Nuestra Señora de Recamador, aventureros viejos, diestros en las armas, escelentes gi etes y acostumbrados de antiguo al combate, eran

una verdadera tempestad; Leila al frente de ellos hacia prodigios, y era uno de los mejores caballeros de la jornada, por mas que esto parezca inverosímil á nuestros lectores, nosotros, si no prefiriéramos la concisión, desvaneceríamos esa inverosimilitud con una multitud de ejemplos históricos, entre los cuales no dejaría de apoyar nuestro dicho el de la Monja Alferez, que siguió dos siglos adelante á Pizarro al Nuevo-Mundo: piensen lo que quiera nuestros lectores, nosotros les afirmamos, bajo la fe de la crónica particular que nos guia, que Leila, ó doña Ana, en el momento en que de nuevo la presentamos al frente de sus ginetes, estaba ensangrentada desde el penacho hasta los acicates, y que, como otras veces, su hermoso semblante, estaba horrible con su lívida y furiosa expresión de exterminio.

Incesantemente revolvia su mirada en torno suyo con una expresión ansiosa: buscaba á Men Rodrígues de Sanabria, y durante mucho tiempo le había buscado en vano; por esta sola razón se sostenía en el campo mucho tiempo despues de haber huido las demás banderas.

Por una casualidad, inconcebible en una batalla, que aunque breve, habia sido tan sangrienta, como si un espiritu infernal hubiese protegido al escuadrón de Leila, ni uno solo de los hermanos de Nuestra Señora de Recamador habia sido muerto ni herido: es verdad que eran gente escogida, valiente, fiera; que

sus arneses eran finísimos y sus corceles inmejorables; pero á pesar de esto los buenos hermanos conocian que era una imprudencia sostenerse en el campo cuando todos habian huido, y cuando se acercaba el grueso del ejército del rey, que seguía de cerca á su vanguardia.

Por el momento no habia peligro, y Leila triunfaba en detalle, puesto que la mayor parte de los escuadrones del rey que habian entrado en batalla, habian seguido el alcance, y solo habia quedado el señor Juan Tenorio con un centenar de lanzas, martillándose inútilmente con los soldados de Leila, y viéndose obligado á ciar á pesar de sus esfuerzos.

Leila, irritada por aquel obstáculo, rompió por todo, y con una hábil evolución desfiló por el flanco del escuadrón de Juan Tenorio, poniéndose en persecucion de los soldados del rey que perseguian á los de don Enrique, y siendo perseguida á su vez por los de Juan Tenorio.

Leila, frenética, desesperada, sin reparar en el peligro buscaba á Men Rodríguez, como se busca á la ventura una cosa perdida: aquejada por su ansia, ensangrentando incesantemente los hijares de su magnífico corcel árabe, muy pronto adelantó á su escuadrón, hollando los muertos y los heridos, terrible rastro que dejaban tras sí los escuadrones del rey: de repente dió un grito de placer: un caballero solo, salió arrastrado por su caballo al que no podía contener, salió de

entre los escuadrones enemigos y se lanzó en el campo, desbocado en dirección opuesta, y pasó muy cerca de ella; aquel caballero era Men Rodríguez de Sanabria; aquel corcel Balax, el famoso caballo de batalla del rey, que arrojaba un raudal de negra sangre, herido en el cuello, herida que sin duda le habia enfurecido y desbocado.

Leila revolvió su caballo y se lanzó á rienda suelta en pos de Balax, que corria hácia el escuadrón de Juan Tenorio, y al que seguian, aunque á larga distancia, Juan Diente, Pero Lope de Padilla y una veintena de ballesteros de maza.

Pero Leila no hubiera podido alcanzar á Balax (con tal velocidad corría) si el noble animal, desvanecido por la pérdida de la sangre, no hubiera caido arrastrando consigo á su ginete, á una distancia igual del escuadrón de Juan Tenorio, del de Leila y de los ballesteros de maza.

Leila se arrojó del caballo, y llegando á Men Rodriguez, le puso la punta de la espada al rostro, y le dijo con voz temblorosa por la impaciencia y por la conmoción:

—¡Sois mi prisionero, señor Men Rodríguez de Sanabria!

—¡Matadme,—exclamó el jóven sin mirar á Leila,—porque un Sanabria no se entrega á un enemigo que no le ha vencido!

—¡Que os mate, que os mate!—exclamó Leila;—¡no

beis lo que habeis dicho! ¿creis que yo os puedo matar!

Men Rodríguez se volvió trabajosamente y alzó el semblante á mirar á Leila, excitado por lo singular de su acento y su timbre mujeril!

—¡El paje Gaston Tellez! ¡el paje de doña Isabel Nuñez de Lara!—exclamó con admiración.

—¡No! ¡no!—exclamó Leila,—sino una mujer que os ama, que necesita poseeros, ser vuestra: pronto, pronto, rendíos, caballero.

—No

—¡Se acercan! ¡se acercan!—exclamó Leila, arrojando una mirada indescribible al escuadrón de Juan Tenorio y al de Pero Lope de Padilla, que avanzaban por dos distintas direcciones á igual distancia que los hermanos de Nuestra Señora de Recamador, que cargaban por otro punto, aguijados por Pero Alvarez, á quien su lealtad y su interés acensejaban salvar á su señora;—¡se acercan! ¡contestadme, señor! ¡contestadme! ¿os habeis casado con doña Beatriz Zapata y Tellez?

—Sí.

—¡Ah!—exclamó furiosa Leila:—y ¿la amais como amábais á doña Isabel Nuñez de Lara?

—Sí,—esclamó Men Rodríguez, exhalando toda su alma en aquel monosílabo.

—Así, pues, en ella me vengaré de vos,—esclamó Leila con acento terrible.

—Os engañais, porque nadie se venga en un cadáver.

—¡Muerta!

—¡Sí, muerta! ¡muerta!

Leila no esperó á saber más: por un momento levantó furiosa su espada sobre Men Rodríguez, pero la faltó valor, retrocedió y saltó sobre su caballo en el momento que llegaban Juan Tenorio, Pero Lope de Padilla y Juan Diente.

—Adiós, adiós, señor Men Rodríguez,—dijo haciendo bolar su caballo:—adiós, vosotros todos, miserables, añadió volviéndose á los dos caballeros y al ballestero; pronto me volvereis á ver.

Y lanzó su caballo, rodeó su escuadrón, y se dejó ir, con la velocidad del huracán, sin haber perdido un solo hombre, corriente abajo del Najerilla.

—¡Doña Ana!—exclamó maravillado Juan Tenorio.

—¡Leila!—dijo abriendo enormemente la boca Pero Lope de Padilla.

—¡Gastón!—exclamó Men Rodríguez saliendo de debajo Balax, ayudado de Juan Diente que había echado pié á tierra.

—¡El paje de Santi-Ponce!—murmuraba entre tanto Juan Diente.

—¡El diablo! señores, ¡el diablo!—dijo Pero Lope de Padilla:—una mujer infernal de quien tengo la desgracia de estar enamorado.

—¡Ah! ¡vos tambien!—dijo Juan Tenorio.

—¡Cómo, señor respostero! ¿tambien os ha hincado el diente en el corazón esa maldita?

—No se lo que me ha hincado, pero os juro que me las ha de pagar.

—¡Oh!—dijo Juan Diente,—murmurando sus palabras en voz baja por respeto: paréceme que esa mujer se me ha de cruzar en mi camino, y que nadie más que yo ajustará con ella la cuenta final.

Entre tanto se había alejado de tal modo Leila con su escuadrón y su bandera, que nadie pensó en perseguirla. Sin embargo, algunos escuadrones de la gente del rey que se acercaban de refresco, corrían á rienda suelta con visibles intenciones de alcanzar á aquel escuadrón fugitivo.

Nadie pensó por el momento más que en socorrer á Men Rodríguez.

—¿Estais herido, señor?—le preguntó con una ansiedad casi paternal Juan Diente.

—No, no, por desgracia, amigo mio,—contestó el joven.

Aquel *no por desgracia*, desgarró el corazón del feroz ballestero, porque comprendió que, muerta doña Isabel Nuñez de Lara, Men Rodríguez ansiaba la muerte.

—Pero ¿cómo ha sucedido? íbais junto á nosotros que no os perdíamos de vista: porque si os hubiera acontecido una desgracia, el rey nos hubiera hecho pedazos,—dijo con su ruda franqueza el ballestero mayor.

—No se, no se: de repente Balax se encabritó; dió

un bote, que encontrándome desprevenido, por poco me arroja de los arzones, y partió desbocado.

El pobre Balax está herido en el cuello; pero afortunadamente no morirá: sería un dolor perder tan magnífico caballo: esto no es otra cosa que una cicatriz más, que honra al noble animal.

—Vamos, señores, vamos á Nájera, donde ya tendremos nuestras posadas,—dijo Juan Tenorio:—¡cuando pienso, que casi no ha habido tiempo entre la arremetida y la victoria para matar tanta gente! de esta hecha, amigo Juan, paréceme que tienes el gusto, el imponderable placer de romper el cráneo al bastardo. Vamos, señores, vamos á Nájera ¿Pero qué es esto? ¡el rey se vuelve! ¿habrá sido la huida una celada!

En efecto, el rey había cesado en el alcance y se volvía: no podía concebirse sino que habían salido de la ciudad fuerzas superiores; pero por el contrario, solo se vió, que los fugitivos, de quienes se había apoderado un terror pánico, encontrando lleno el puente levadizo, se arrojaban huyendo de las espadas de las gentes de don Pedro á los fosos. Por otro lado, fué necesario que los de la ciudad abriesen un boquete en el muro, para que entrase don Enrique.

Men Rodríguez montó en el caballo de un ballestero, y con Juan Tenorio, Pero Lope de Padilla y sus gentes se encaminó al encuentro del rey.

Cuando llegaron, encontraron á don Pedro pálido y convulso, que decía á sus ballesteros de maza:

—Recorred el campo, y matad, matad, hijos míos: no prendais, matad.

Y los ballesteros se extendieron por el campo, empezando su horrible tarea en los rezagados y los heridos.

De improviso se presentó un mancebo, llorando á grandes gritos. Era un escudero del rey.

—¿Por qué lloras de ese modo, Alvaro?—le preguntó el rey.

—¡Ah señor! acaban de matar á mi lado, junto al puente levadizo á mi tio; y á mí mismo me han matado el caballo.

El rey palidecía de una manera singular: fuese que, predispuesto por la prediccion del sacerdote que le habia salido al encuentro en Santo Domingo de la Calzada, viese en el dolor de su escudero una confesión del augurio, y le abandonase la firmeza, fuese otra causa cualquiera, mandó emprender inmediatamente la marcha hácia Sevilla.

—¿Pero señor,—se atrevió á decirle Juan Diente:—se vuelve vuestra señería, sin coger el fruto de la victoria que es la cabeza del bastardo?

—¡Quién se atreve á contrariarme!—exclamó el rey midiendo de alto á bajo con una furiosa ojeada á Juan Diente:—á Sevilla, caballeros, á Sevilla.

El bravío ballestero bajó la cabeza, y cabizbajos, como él, aquellos valientes soldados; siguieron al estandarte real que volvía la espalda, malográndose

uno de los más hermosos triunfos del rey don Pedro.

—¿No os lo decía yo,—exclamó Juan Diente al oido de Men Rodríguez?—el rey está loco.

El joven suspiró y no contestó, porque creía estar loco también.

. . . . . .

El único fruto que sacó don Pedro de la brillante y malograda batalla de Nájera, fué que el rey de Aragón se aterrase y firmase una paz ventajosa para Castilla, y que don Enrique huyese de nuevo á Francia, temiendo ser vendido por el rey de Aragón. Por lo demás, viviendo don Enrique la guerra civil vivía, y con ella la amenaza lanzada á la cabeza del rey don Pedro.

LIBRO DÉCIMO-NOVENO

CAPITULO PRIMERO

En el que se sabe lo que fué de Leila.

Pasaron dos meses: era el otoño: en una de esas tranquilas y límpidas alboradas que esta estación ofrece en Andalucía, dos ginetes jóvenes, cabalgando en dos malísimos rocines, marchaban por el camino de atravesa de Sevilla á Santi-Ponce. Los cuartagos tropezaban aquí, hacían una genuflexión allá, y sus ginetes se veían en la contínua necesidad de estimularlos con sus varas, para que anduviesen algo más de prisa que á paso de tortuga.

Estos dos ginetes, á juzgar por sus trajes, eran hombre y mujer, y por las apariencias de este mismo traje villanos; pero villanos, sin duda, bien acomodados, porque ella vestía telas finas, y llevaba al cuello

una cadena de oro, y él debajo de su gambax burdo, dejaba ver una buena espada y una escarcela, que, á veces, á impulsos de un brusco movimiento, sonaba de una manera metálica, como si estuviera llena de monedas de oro.

Entrambos llevaban el rostro cubierto con antifaces, no sabemos si por guardar el incógnito ó por reservarse del polvo del camino. Lo que únicamente podía juzgarse de ellos era su gallardía, la rica cabellera negra del hombre, y el cuello blanquísimo y voluptuoso de la mujer y dos anchas trenzas color de oro que salían por bajo de su toquilla.

Ninguno de ellos hablaba una sola palabra: adelantaban cuanto de prisa podían por el camino, y al cabo llegaron á una encrucijada á poca distancia de Santi-Ponce: entonces el hombre tomó por el camino de la derecha, dejando á la izquierda el pueblo, y aventurándose con la mujer entre las frondosas huertas, que se extendían á un lado y á otro del camino que había tomado.

A poca distancia torcieron por un nuevo y más estrecho sendero y adelantaron por entre una espesa alameda, cuyas frondas, cruzándose é interceptando la luz, establecian una claridad vaga y casi fantástica; al cabo de andar un cuarto de hora por el sendero de la alameda, se detuvieron delante de una torre chata denegrida, coronada de jaramagos y brezos, y cuyos muros entapizaban, brotando de las grietas, tupidas

yerbas parásitas. Alguna ventana rasgada acá y allá, sobre las que caían en festones la yedra y la medresel-va, demostraban, por estar guarnecidas de vidrieras de colores, que aquella ruina estaba habitada; una estrecha puerta, forrada de hierro y cerrada, la servía de ingreso, y por un boquete situado en la parte superior de la torre, salía de tiempo en tiempo una débil ráfaga de humo.

El hombre desmontó, ayudó á desmontar á la mujer y llegando á la puerta, dejó caer por tres veces el enorme y tosco llamador de hierro sobre el clavo que la servía de asiento. Poco después se oyeron en el interior sordos pasos, rechinó un cerrojo, se abrió un ventanillo y apareció confusamente una cabeza humana tras los espesos barrotes de una reja.

—¿Quiénes sois? ¿qué quereis?—dijo una voz displicente.

El hombre sacó un pergamino enrollado de su escarcela y le introdujo en silencio por la reja: miróle el de adentro, hizo rechinar otros tres cerrojos, la puerta se abrió rechinando sobre sus mohosos goznes.

Entonces apareció un personaje que solo hemos visto una vez, pero que debemos conservar en la memoria: era Jonatham Abi-Arum-Ebn Sina, el judío con quien había concluído un pacto de odio y de crímen Leila, y que había fingido un horóscopo terrible al rey don Pedro.

El pálido y macilento rostro del judío y su alta y

descarnada estatura, destacándose sobre el fondo lóbrego del interior de la torre con su larga hopalanda negra y su gorro puntiagudo, le daban una apariencia fantástica.

—Entrad, y meted dentro vuestros recines,—dijo después de haber examinado atentamente y al traslus el pergamino en que nada absolutamente se veía escrito,—á más de que no sería seguro dejar fuera esos vichos, es necesario evitar que se conozcan visitas á esta torre; entrad, y entrad pronto.

El hombre tiró de los caballos, entró con ellos, acompañado de la mujer en la torre, el judío cerró, y poco después los tres personajes, subiendo una estrecha escalera de caracol, se encontraron en el laboratorio del astrólogo que ya hemos descrito en otra ocasión; en uno de los hornillos había fuego encendido, sobre el fuego una tartera de arcilla llena de arena gris, y sobre la arena una retorta.

El judío miró de una manera cuidadosa á sus visitantes, y luego fué á un armario, tomó de él una redoma que contenía un líquido color de oro, vertió algunas gotas del líquido en un paño y luego mojó con aquel paño la superficie del pergamino que le había dado el hombre; instántaneamente aparecieron en él caracteres rojos africanos.

El contenido era conciso:

«Yo soy la mujer,—decía,—con quien hace cuatro meses te uniste en una alianza de odio».

—Bien, muy bien,—dijo el judío,—por el Dios de Abraham, que ya me cansaba de esperarte noble dama y empezaba á perder la esperanza de volver á verte.

—¡Ah! ¿deseabas ve ver á verme?—dijo el que parecía hombre, quitándose el antifaz y dejando ver el semblante de Leila.

Pero no era la misma Leila; en los dos meses que habían transcurrido desde la batalla de Nájera, había envejecido veinte años: estaba densamente pálida, se comprendía que respiraba con dificultad, se llevaba de tiempo en tiempo la mano al pecho, como para contener un dolor agudo, y en las extremidades de sus ojos y en sus labios había ya arrugas: alguna vez una tos seca, rígida, la hacía llevarse un pañuelo á los labios, y cuando retiraba aquel pañuelo se le veía empapado en sangre de un vivísimo color de púrpura: Leila, largo tiempo hacía contrariada, entregada á una rabia profunda, concentrada, luchando contínuamente con la cólera y con sus enérgicas pasiones, había enfermado del corazón; de esa enfermedad terrible como la tísis, y que no concluye con la víctima sino ahogándola lentamente despues de una larga agonía.

Al oir esto el judío fué á otro anden, tomó un pequeño frasco, le quitó el polvo, el pergamino y el orcho que le cubrían, llenó de agua un cubilete, echó en él algunas gotas del frasco y le presentó á Leila.

—Toma y bebe,—le dijo: esto te hará bien.

Leila rechazó con desden el cubilete.

—Mi enfermedad es mortal,—dijo,—bien lo sé, pero larga: me dará tiempo sobrado para vengarme, y después que me haya vengado ¿para qué quiero yo la vida?

—Solo Dios conoce los misterios y las pasiones del corazón,—dijo el judío bebiendo con cierta delicia el contenido del cubilete: solo una persona desesperada, podría despreciar este extracto de la yerba de la vida, yerba maravillosa que muy pocos conocen y á la que un gentil hubiera llamado al probarla el néctar de los dioses. Pero pues para tí es preferible la muerte á la vida, veamos que quieres. Ante todo supongo que podremos hablar delante de esta hermosa dama.

—Esta dama,—dijo Leila, quitándola el antifaz y dejando ver el rostro de Isabel la Liebre, es tanto como si fuese hermana mía. Puedes contestarme, pues, sin recelo.

El judío acercó dos sillones á las jovenes que se sentaron mientras él fué á la retorta y la examinó.

—Habrás recibido por medio de un escudero un pergamino mío,—dijo Leila.

—En ese pergamino me pedías una pocion de aquel filtro...

—Sí, tu puedes aquí elaborar cuanto quieras mi filtro, que hace mucho tiempo está elaborado, á perdi su virtud y tengo mi pomo vacío. Por lo que veo est componiéndole.

—En este momento acaba de confeccionarse.

—Veamos,—dijo Leila tomando la retorta del hornillo y mirándola al trasparente:—el color es bueno; probemos.

Y se fué al armario donde el judío tenía encerrados cuidadosamente una multitud de pequeños botes, abrió la alambrera, miró sus rótulos escritos en árabe y tomó uno de ellos. Luego vertió parte de su contenido en una vasija de vidrio y puso en ella algunas gotas del licor que contenía la retorta, que inmediatamente tomó un color de ópalo impuro.

—Tú has hecho más de una vez este tósigo cuya receta te dí,—dijo Leila mirando fijamente al judío.

—Una sola vez, y por cierto que me costó harto afan el obtenerlo y hacer las pruebas: la receta nada decía acerca de la elaboración.

—¿Y para qué has necesitado este tosigo? Es costoso y tú eres miserable.

—Me lo pagaron á peso de oro,—dijo el judío.

—¿Quién?—insistió con interes Leila.

El judío vaciló.

—¿Acaso crees que en el estado en que se encuentra nuestro conocimiento no me lo puedes revelar todo?

—A tí sí, pero esta dama... dijo el judío volviéndose hacia Isabel la Liebre.

—Ya te he dicho que puedes hablarlo todo, como si estuviéramos solos.

—Pues bien, un día vino ese feroz ballestero del

rey, ese Juan Diente, y me dijo, necesito un brebaje que mate, sin dejar señales del asesinato. Yo me negué pero el desalmado me amenazó, me aterró, me ofreció, y al día siguiente...

—¡Tuve el tósigo!

—Sí.

—¿También elaborado como éste?

—Sí,—repuso roncamente el judío.

—¿Y no supiste para quién era?

—Supe que era para una mujer, y para una mujer principal.

—Pero su nombre...

—Lo ignoro.

—¿Y cómo si no sabes su nombre, sabes que ese tósigo era para una dama principal?

—Sin saber por qué tuve una gran curiosidad de conocer á la víctima.

—Pues mira, yo se el por qué de tu curiosidad, Jonathan.

—¿Qué lo sabes?

—Si por cierto: tu te dijiste, según sea la importancia de la persona que deba morir, así me debe hacer pagar... es una consecuencia natural de tu manía: para una mujer cualquiera un precio, para una dama otro.. para una reina...

—No, no por cierto, no es una reina...

—¿Y cómo has podido saberlo?

—Escucha: yo he atribuido á este tósigo cierta vi-

tud dependiente de la hechicería por lo tanto dije al verdugo del rey: Sino me decís para quien se destina este filtro, podrá suceder muy bien que yo no pronuncie al hacerlo el conjuro necesario para que produzca el resultado que se apetece. ¿Pues cómo? me dijo Juan Diente, ¿este tósigo no matará á cualquier persona que le beba? No por cierto; si no se sabe quien es, no pueden pronunciarse con seguridad ciertos conjuros y anatemas que son precisos para que cause la muerte. ¿Y es de todo punto necesario,—replicó con gran repugnancia, saber á qué persona se destina? Al menos es necesario que me digais si es hombre ó mujer, respondí, no obstinándome en saber el nombre por evitar sospechas.

—Pues bien,—me dijo, es una mujer.—¿Noble?—Sí. —¿Rica?—¿Poderosa?—¿Reina?—No, no es reina,—se apresuró á decir.—¿Está presa esa mujer?—Presa está.

—¡Ah!—exclamó Leila, y luego añadió para sí ¡doña Isabel Núñez de Lara!

—Pero creo que el ballestero me engañó, porque de las mujeres que tenía presas el rey don Pedro, solo ha muerto la reina doña Leonor de Aragón.

—Lo que significa que el ballestero fué demasiado ladino para creer en tus charlatanerías.

—Pues estoy seguro que el señor Juan Diente estaba dominado por mí, y sentía cierto terror dentro de mi cámara.

—Ponme ese filtro en este pomo,—dijo Leila, sacando uno de oro de su escarcela, y toma por tu trabajo,—añadió, arrojando algunos escudos de oro sobre la mesa.

—Más me dió el señor Juan Diente,—dijo el judío arrojando una mirada ansiosa al dinero, mientras vertía gota á gota el tósigo en el pomo:

—¡Toma, perro insaciable!—exclamó Leila, añadiendo algunos escudos á los que brillaban sobre la mesa.

—Toma tú en cambio: aquí hay para matar al rey á la reina, á la Padilla, á la córte entera.

—No, yo no quiero matar al rey. Quiero despedazarle el corazón, enloquecerle, reducirle á un estado de imbecilidad á fuerza de sufrir... quiero apurar en él todos los tormentos de que puede disponer una criatura mortal: ¡oh! ¡si yo tuviera á mi alcance los tormentos de la eternidad!

—¡Infame rey!—murmuró el judío exhalando su odio contra don Pedro.

—Pues escucha; tú puedes ayudarme para vencerle.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—¿Y cómo?

—Tú debes estar en comunicación con tus hermanos de la judería.

—Y con todos los de Castilla; el pueblo de Israel, aunque parece destruído, reto, esparcido por toda la

faz de la tierra, está sin embargo unido por los intereses de la mercadería.

—Es decir que conoces...

—A todos.

—¿Y te respetan?

—Me tienen por sabio y justo.

—De modo que, podrás lograr que me sirvan en un día dado.

—¿Y cómo quieres que te sirvamos?

—Es necesario que un día Sevilla no tenga pan.

—Pero, en el momento, vendrían granos de muchas leguas á la redonda, el rey mandará abrir nuestros graneros... y como el trigo está á gran precio, no es negocio.

—Yo os daré lo que hayais perdido, y los intereses de vuestro dinero.

—Pero para eso se necesita un tesoro.

—¿Y qué os importa si yo os cumplo lo que pacte con vosotros?

El judío miró con envidia á Leila.

—Esta mujer condenada,—dijo para sí,—ha encontrado sin duda la piedra filosofal; ese secreto misterioso que me hace trabajar tanto, y que me hace gastar cuanto adquiero sin haber logrado obtener un átomo de oro.

—¿Quedamos, pues, en que consultarás á tus hermanos?

—Los consultaré.

—Pues entonces, adiós, hasta dentro de quince días.

Y Leila guardó su pomo, se puso su antifaz, tomó de la mano á Isabel que estaba profundamente pensativa, y después de haberse despedido del judío, salieron de la torre y montando á caballo se alejaron.

—Sí, sí,—murmuraba Leila,—doña Isabel Nuñez de Lara es mujer muerta; sus amores con Men Rodríguez la han traido á este punto... ahora... ahora es necesario matar á dos mujeres... una después de otra... la muerte de la una colmará la ferocidad del rey don Pedro ante la posteridad... la de la otra le herirá en el corazón, le volverá loco.

Leila siguió abismada en su pensamiento durante el camino sin pronunciar una palabra, pensando en su venganza. Isabel-la Liebre la seguía silenciosa tambien y macilenta, pensando en su perdido Pedro-el Negro.

Así llegaron á Sevilla, pasaron las puertas sin quitarse los antifaces, cosa que no se extrañó, porque no había ninguna ley que prohibiese usarlos, y estos incógnitos se usaban mucho, unas veces por voto y otras por conveniencia; pero si nadie reparó en ellas, era porque la atención pública estaba fija en otro objeto, importante sin duda, puesto que de todas partes corrían á un punto determinado.

¿Qué podía ser aquello?

Leila se hizo esta pregunta, y no pudiéndosela con-

testar á sí misma, buscó su contestación en uno de los que se apresuraban.

—Es el rey Bermejo de Granada,—dijo sin dejar de correr el preguntado,—que viene á ponerse á la merced del señor rey don Pedro.

—¡Oh! ¡oh!—dijo Leila,—el infante Abou-'l-Sayd apunta á un objeto doble; necesita la amistad de don Pedro, y viene á buscar á la mujer á quien adora, á su hermosa esclava, á mí. Pues bien, infante, rey, mi noble señor, voy á salirte al encuentro; pero te juro que no volverás.

CAPITULO II

De cómo el rey Bermejo de Granada, confiando demasiado en la generosidad castellana, fué á meterse en la boca del lobo.

Leila ó Isabel dejaron sus cabalgaduras en un meson, y rebozadas la una en una toquilla y la otra en un tabardo, siguieron á la multitud y llegaron á la calle de la Mar, cuyas ventanas y miradores estaban llenos de gente, y por la cual no podía transitarse á causa de la concurrencia; oíase á lo lejos son de trompetas y de timbales, la gente menuda se encaramaba por las rejas, y de todos puntos gritaban:

—¡Ya vienen! ¡ya vienen!

Leila, llevando asida á Isabel de la mano, empujó y pudo colocarse en primera línea, á punto que pasaban los maceros de la ciudad, y después de ellos los alguaciles, rodeando al alguacil mayor, y después de estos los reyes de armas con el alférez mayor, que llevaba el pendón de Sevilla, y luego el alcalde mayor y los

regidores, todo esto marchando á son de timbal y trompeta, con sus relumbrones, sus plumas y sus colores chillones y abigarrados. Seguian á caballo cuatro ballesteros de maza del señor rey, luego sus heraldos, despnés su servidumbre, y por último el maestre de Calatrava Diego García de Padilla, sencillamente vestido enmedio de tanto aparato, llevando á su derecha á un grave personaje moro, magníficamente vestido, con corona de oro en la cabeza, sobre un caballo blanco, cuyas riquísimas riendas llevaban cuatro hermosos esclaves; detrás de él, formados de dos en dos y llevando en medio una fila de acémilas, cada una de las cuales mostraba sobre su carga un paramento de brocado, marchaban treinta y siete emires y granadinos á caballo, cubiertos de vestiduras riquísimas, joyas y pedrería.

Seguían cuatrocientos ginetes moros, fuertemente armados, y por último, un escuadrón de hombres de armas del rey.

Al pasar Abou-'l-Sayd por delante de Leila, como esta viese que no había entre la multitud que la rodeaba ningún semblante conocido, dejó ver su rostro libre del antifaz; por un acaso el rey Bermejo, que hasta entonces había ido mirando á las ventanas, vió á Leila que le miraba como si no le conociera, con curiosidad, pero sin interés. El rey Bermejo contuvo un momento su caballo, y dijo á Diego García de Padilla señalándole á Leila:

—¿Conoceis á ese mancebo?

—¿Qué si le conozco? ¡voto va! ya le creo, como que ha sido paje de doña Isabel Nuñez de Lara. Guárdeos Dios, señor Gastón,—añadió dirigiéndose á Leila y saludándola con la mano, saludo á que contestó la jóven levantándose levemente la gorra.

Abou-'l Sayd la miró fijamente sin que Leila diese señales de reconocerle. Al fin pasaron.

—Con que decía,—preguntó el rey moro al maestre de Calatrava,—que ese mancebo ha sido paje...

—Sí, de doña Isabel Nuñez de Lara. Nada tiene de extraño que ande oculto; después de la muerte del infante don Juan de Aragón, y de la prisión de doña Isabel, su servidumbre ha quedado sin acomodo.

—Y se parece enteramente á Leila,—exclamó en acento ininteligible el rey Bermejo.—Satanás me presenta á esa mujer por todas partes; ya he creído verla tres veces desde que entré en Castilla.

Nada más hablaron de esto el rey moro ni el maestre, y la comitiva siguió.

Isabel-la Liebre miraba con ansiedad uno por uno los soldados moros, y del mismo modo los castellanos; cuando pasó el último no pudo contenerse.

—¿Sabes que no viene entre esos Pedro-el-Negro! —dijo á Leila.

—¿Y qué nos importa Pedro-el-Negro ó el blanco! —dijo la jóven con desdén conduciendo á Isabel-la-Liebre entre los que se dispersaban.

—Esa pregunta vale tanto como si yo te preguntase ¿qué te importa Men Rodríguez de Sanabria?

—Men Rodríguez es un caballero...

—Que no te ama, mientras Pedro el-Negro se miraba en mis ojos.

—Yo creía que ya te habías olvidado de ese bribón.

—¡Olvidarme! ¡olvidarme! pues mira, no se me ha olvidado un solo día... porque le amo, sí, le amo; y si supiera que le había sucedido una desgracia, no pararía hasta vengarme de quien la hubiese causado.

—Pues bien, vamos primero á lo que más importa...—dijo con sequedad y disgusto Leila;—y luego... luego, lugar tendremos de ocuparnos de la suerte de ese lobo salvaje... á casa de don Simuel Leví... andemos de prisa; es ya tarde y necesito verle antes de que vaya al alcázar.

Las dos mujeres se aventuraron por una calleja estrecha que conducía á la judería.

—¡Poderoso señor!—exclamaba una hora después don Simuel encaminándose con paso tardo al alcázar: ese espíritu condenado, esa maldita Leila, se ha propuesto perderme: después de la rota de Nájera yo creía que habríamos concluido; que se habría enamorado por allá de algun caballero de don Enrique, y que se habría ido con él á gastar sus tesoros...pero no señor: se me presenta de nuevo, siempre exigente, siempre enamorada de Men Rodríguez, siempre enemiga del rey y más misteriosa que nunca; ni aún sé dónde vi-

ve... y aunque lo supiera... si lo supiera, el único recurso que me queda es una puñalada... un tósigo... pero si despues algun amante encubierto, algun servidor ciego presenta al rey tanta y tanta prueba de traición como me ha arrancado con su astucia de serpiente esa infame mujer... no... no... lo más seguro es servirla, servirla como un esclavo... ¿y qué soy yo sino un esclavo suyo?... ¡ah, rey don Pedro! ¡rey don Pedro! hé aquí un amigo leal, pero imprudente, que porque no le mates por traidor, se ve obligado á hacerte traición.

Don Simuel Leví ciego, como todos los hombres, para sus defectos, no conocía que su codicia le había llevado á la dificilísima situación en que se encontraba.

Y así envuelto en sus pensamientos llegó al alcázar, y tan distraido iba que no reparó en los cuatrocientos ginetes moros del rey Bermejo, que estaban agrupados en la plaza de armas, tomándolos en su distracción por soldados del rey; pero cuando entró en el patio, no pudo menos de reparar en las acémilas con campanillas de oro empenachadas á la morisca, con alamares de seda y oro, y los paños de brocado sobre las cargas.

—¡Soberano Dios de Moisés y de Jacob!—exclamó con los ojos brillantes de codicia,—¿ha entrado su señoría en tala y saqueo en el reino de Granada?... ¿qué es esto, señor Diego Centella?—añadió volviéndose á su escudero que vagaba en el patio.

—Esto es, don Simuel,—contestó con gran respeto

Centellas, que el rey da audiencia al rey Bermejo de Granada.

—¡Cómo! ¿está aquí el rey Bermejo?

—Pues qué, ¿no habeis visto las lanzas y su bandera en la plaza de armas?

—No había reparado en ello; ¡pero ese hombre está loco, señor! ¿cómo viene á meterse así en la boca del lobo?

—No le estais vos menos, don Simuel,—dijo una voz vibrante á espaldas del judío.

Volvió don Simuel asustado y encontró tras sí al señor Juan Tenorio con el semblante contraido con su sonrisa de demonio.

—¿Con que creeis señor repostero mayor,—dijo el judío, que yo estoy loco cuando vengo al alcázar?—dijo don Simuel, disimulando su ansiedad.

—Ya le creo, como que el rey no hace otra cosa que preguntar por vos.

—¿Por mí?

—Cierto, desde hace quince días.

—Pues ya no le extraño, no, por Datan y Avirón, como que el rey no se puede pasar sin mí, ó por mejor decir sin mi bolsa.

—¿Y dónde diables habeis estado?

—¿Qué dónde he estado?—dijo con misterio don Simuel:—esa es una noticia que guardo para su señoría que me la agradecerá mucho. Y á propósito, ¿qué haceis vos aquí, señor rico-hombre, repostero y amigo

del rey estacionado en el patio entre tanto acemilero, y soldado?

—Cabalmente, yo y mis soldados estamos aquí para que no salga ninguna acémila.

—En verdad, que acémilas que se nos presentan tan ricamente paramentadas deben entrar y no salir.

—Cabalmente, lo mismo piensa el rey: ya veis, en la guerra á que le ha obligado el rey Bermejo, ha gastado muy buenas doblas, y justo es que cuando ese rey hereje se nos viene á las manos sin haberse provisto de un seguro en regla, se le embarguen las riquezas que trae para subsanar los gastos de una guerra á que nos ha obligado.

—Sí por cierto, justo, justísimo, señor Juan Tenorio, y como decís que el rey pregunta mucho por mí, voy á presentarme á su señoría.

Y don Simuel escapó del señor Juan Tenorio, cuya sola presencia le causaba miedo.

Poco despues atravesaba la antecámara de embajadores; allí acompañado de Men Rodríguez de Sanabria y el maestre de Calatrava, estaba el rey Bermejo y sus treinta y siete emires, sufriendo con paciencia la larga antemácara que le hacía pasar don Pedro.

—¿Cómo os va, señor Men Rodríguez?—dijo el judío deslizándose junto al joven, que estaba sumamente pálido y pensativo.

—Sin duda que no me va tan bien como á vos don Simuel,—dijo el joven sonriendo tristemente.

—¿Qué no os va tan bien como á mí, y como quien dice aun comeis caliente el pan de la boda?... ¡y de que boda, santo Dios!... con una dama tal como doña Beatríz Zapata y Tellez, tan pura, tan hermosa... y tan... y que os ama tanto... porque se la conoce que os ama... ¿dicen que el rey pregunta mucho por mí?

—¡Teneis al rey impaciente, don Simuel.

—¡Dinero y siempre dinero! ¡esa maldita guerra de Aragón! esa infernal guerra de Granada! pero á bien á bien que ya se han firmado con Aragón, las paces, y el rey de Granada se nos ha venido cantando el *miserere* y agitando el *turíbulo*. Vamos, vamos, voy á ver al rey. Quedad con Dios, y no esteis tan triste; podría ofenderse de ello vuestra mujer.

Y el judío estrechó cordialmente la mano al joven, y dirigiéndose á una puertecilla se alejó de él murmurando.

—Maldito seas amen: tú, y solo tú, enamorando sin saberlo á esa tenebrosa Leila, la has obstinado y la has hecho meterse en empeños... sin tí se hubiera enamorado de otro que no la hubiera puesto de seguro en tales pasos... y pensar que ese montañés que ha venido de su viejo torreón sin estar acostumbrado á otra cosa que comer almortas, y esa maldita, esa detestable Leila, esa esclava ruin, han venido para ponérseme en medio de mi camino... y pensar que no puedo deshacerme buenamente de ellos, y que estoy como un vencejo que ha caido á tierra y no puede por

más que lo intente levantar el vuelo... pero como yo pueda acercarme arrastrando á un ribazo y dejarme caer, aunque no sea más que sobre media vara de aire, juro á Dios que no me he de dejar caer hasta que llegue á los últimos linderos de Africa.

Y como al llegar á este punto de sus pensamientos llegaba tambien en la puertecilla á donde se encaminaba, sacó del bolsillo una pequeña llavecita dorada, abrió la puerta, entró tornó á cerrar y se aventuró por un callejón lóbrego que, según todas las apariencias, estaba abierto en el grueso del muro.

A un lado y otro de este pasadizo había muchas puertas; al pasar junto á una se detuvo; había escuchado el ruido de dos voces que le eran muy conocidas; la del rey y la de doña María de Padilla.

El rey hablaba con calor, y por la entonación de su voz se comprendía que le dominaba la cólera: doña María lloraba silenciosamente.

—Hé aquí una reyerta conyugal; una de las muchas que desde poco tiempo á esta parte tienen lugar todos los días en el alcázar; escuchemos; puede suceder muy bien que en la conversación se cruce algo que me interese.

Y el judío aplicó el oído al grueso de la puerta.

Nos parece oportuno decir á nuestros lectores que no era don Simuel el único que escuchaba oculto, la conversación de don Pedro y de doña María; el pasadizo de escape en que estaba oculto el judío, corres-

pendía por una puerta de servicio á la cámara de doña María; por otra parte estaba la puerta de entrada, y frente á ella la del ante dormitorio, cubierta por dobles tapices. Detrás de aquellos tapices escuchaba tambien escondida Leila.

Aquella mujer terrible, que se había propuesto una venganza cruel contra el rey, á quien aborrecía de muerte antes del casamiento de Men Rodríguez y de Beatriz, y que después de él había llegado con su odio hasta un grado incalculable, apenas salió de casa de don Simuel Leví, cuando dejando á Isabel-la-Liebre en una casa lóbrega, situada en una calleja no menos lóbrega, que había elegido por escondite más bien que por morada desde su vuelta á Sevilla, cuando se trasladó á la calle de maese Rodrigo, entró en la casa de vecindad que ya conocemos, abrió el cuarto bajo donde vivió Juan Diente, y por último se trasladó al dormitorio de doña María de Padilla.

Nadie había en él; Leila abrió la puerta secreta, tornó á cerrarla, y adelantando hácia el antedormitorio, escuchó el mismo ruido de voces que don Simuel había escuchado desde el pasadizo, adelantó aún más hasta ponerse detrás del tapiz de la puerta que correspondía á la cámara y escuchó.

Así, pues, don Pedro y doña María, que se creían solos estaban espiados de una manera doble, destino de todos los reyes, que donde con menos seguridad pueden hablar es en sus palacios.

—¿Con que en fin, María,—decía el rey, con acento reconcentrado,—os habeis declarado tambien mi enemiga?

—¡Vuestra enemiga, señor! ¡yo vuestra enemiga! —contestó tristemente la dulce y simpática voz de la Padilla.

—Mi corazón y mis ojos no se engañan,—repuso el rey;—hace algún tiempo, desde la muerte de mi hermano don Fadrique, vuestro semblante apesarado, y triste, sombrío, cuyo disgusto encubre mal una sonrisa forzada, parece acusarme á pesar de mis últimos triunfos conseguidos sobre Aragón y sobre Granada; á pesar de la paz ventajosa para mí, formada con Pedro IV, de la salida de los bastardos del territorio español, donde no se creen seguros, del restablecimiento en el trono de Mojanmet V, mi aliado, hecho por mis lanzas, acontecimientos todos que hacen brillar mi poder, haciendo que todos cerca y lejos respeten á Castilla, á pesar de todo esto que debía causaros una sincera alegría, os entristeceis más y más cada dia, y vuestra tristeza ha llegado á ser ya una enfermedad grave. Os mostrais violenta á mi lado, fría y reservada con mi hermana doña Beatriz, hasta el punto de haberme obligado á separarla de vos: hosca con mis más leales servidores... Men Rodríguez de Sanabria, ha llegado á creer que os enoja; Juan Tenorio, mi valiente, mi leal Juan, se me queja... cuanto me es leal, cuanto se agrupa alrededor de mi trono os hace sufrir... yo mis-

mo... ya os lo he dicho, no me engaño... encuentro en vos lo que jamás había encontrado.

—¿Y qué encontrais en mi de nuevo, señor?—contestó con su tristísima dulzura la Padilla.

—Otras veces cuando yo os estrechaba contra mi corazón, una sonrisa de felicidad iluminaba vuestra hermosura; aquella sonrisa era un testimonio indudable de que yo era para vos todo: la vida, el alma, la paz, el amor, la dicha: ahora... ahora... ¡cuánta diferencia! al estrecharos entre mis brazos, siento que os estremeceis: de noche en el lecho, os revolveis inquieta... gemís... vuestro sueño, antes de niño, se ha convertido en un insomnio cruel, apenado; vuestras mejillas han empalidecido, vuestros labios han perdido su puro color, vuestros ojos no tienen brillo, entre vuestros cabellos hay canas; enflaqueceis, os mostrais cada vez más debil... y mi médico Hassan, el sabio Hassan á quien he consultado...

—¿Y qué os ha dicho Hassan?—exclamó con acento ansioso la Padilla.

—Hassan me ha aterrado, María..

—¡Que os ha aterrado!...

—¡Sí, Hassan me ha dicho que estais enferma del corazón.

—¡Cómo yo!—exclamó roncamente Leila detrás de os tapices, mientras la Padilla murmuraba con voz émula.

—¿Y nada más os ha dicho Hassan?

—¿Y qué más podía decirme, qué podía añadir que fuese más terrible?

—Podía haberos dicho...—la Padilla se contuvo.

—Seguid, señora, seguid,—dijo don Pedro con ansiedad.

—Sí, podia haberos dicho: vuestra esposa está herida de muerte.

—¡Herida de muerte! ¡tú María! ¡morir tú!—exclamó el rey con acento desesperado... ¡morir! ¿y tú sabes lo que has dicho? ¿sabes que jamás he pensado en que yo podría verte morir?... ¡oh! esto sería horroroso... no, no, imposible!... ¡Quedarme yo solo en el mundo! ¡no tener á mi buena, á mi noble, á mi adorada María, para verter en su seno las lágrimas de mi desesperación! ¡Dios no será tan cruel conmigo! ¡no, no será, no puede ser! ¡muera mil veces antes yo!

—¡Ah! ¡señor!—exclamó doña María con la voz ahogada por el llanto.

—Pero,—exclamó impaciente el rey,—¿á qué esas lágrimas!... ¡qué motivo hay para ellas!

—Os estoy viendo rojo de los pies á la cabeza, señor.

—¡Ah!—exclamó don Pedro apoyándose largamente de su monosílabo, con acento profundamente sombrío, y arrancándose del estrado y paseándose á largos pasos por la cámara: ¿con que ello, en fin, todo consiste en que os causo horror?

—No, no;—se apresuró á decir la Padilla: la sang

de que yo os veo rojo no es la sangre que habeis vertido, sino vuestra propia sangre.

Don Pedro era supersticioso, de lo cual había dado repetidas muestras, y se estremeció y se detuvo delante de la Padilla, al escuchar sus últimas palabras.

—¡Rojo en mi propia sangre!—exclamó lúgubremente:—¡es decir, asesinado por los rebeldes!...

—Yo no sé, yo no sé, señor... pero mis sueños son horrorosos desde mucho tiempo hace; tengo miedo dentro de mi cámara por todas partes veo fantasmas colorados, envueltos en sudarios colorados, dejando tras sí huellas coloradas... y no es solo en mi cámara, no: las veo en las nubes, las veo en la luna, las veo en la luz de mi lámpara, y si se apaga, en el oscuro fondo de las tinieblas: si salgo del alcázar y recorro las vecinas alamedas del Guadalquir, veo las mismas visiones rojas entre los árboles, en las aguas del rio, en las quebraduras de las distantes montañas: y esas fantasmas que llevan un puñal clavado en el pecho, tienen vuestro mismo semblante, vuestra expresión sombría, la misma expresión que teneis ahora y que mostrais cuando os domina la cólera... tienen vuestra mirada, andan como vos... y algunas veces detrás de esa fantasma aterradora veo también las fantasmas de mis hijos... rojos los unos, lívidos y amoratados los otros... ¡mis hijos, mis pobres hijos!

—¡Ah! ¡sois una loca doña María!—exclamó el rey

con furor reconcentrado...—y ahora recuerdo.. sí... desde el día en que maté en esta misma cámara, por mi propia mano al traidor Sancho Ruiz de Villegas, os mostrais en este estado horrible... ¡oh! ¡oh! ¿por qué me he casado con vos? yo hubiera necesitado una mujer fuerte... una mujer que no se hubiese aterrado á la vista de la sangre... de una sangre infame que me ha sido necesario verter para conservar la mía... yo hubiera necesitado una mujer, que en vez de libertad á mi enemigo, vendiéndome, cuando le tenía asegurado entre mis manos, le hubiese matado por sí misma, temiendo que la voz de la sangre hubiera hablado demasiado alto en mí y le hubiese perdonado.

—¡Oh! ¡qué horror!—exclamó la Padilla en una entonación tal que colmó la cólera del rey.

—Adiós, señora, adiós,—la dijo con voz que á duras penas contenía una explosión...—he nacido maldito de Dios, y hasta la mujer á quien amo, la mujer á quien he hecho reina, la mujer por quien le he arrostrado todo, se conjura en contra mía... adiós, señora, adiós, ya sé que estoy solo, solo en el mundo.

—¡Ah! ¡no! don Pedro no,—exclamó con ansiedad, con una precipitación febril la Padilla,—no, no estais solo mientras yo viva... esperad, oidme...

—Adiós, repitió la ronca voz del rey, y al mismo tiempo se oyó un portazo en la cámara.

—¡La muerte! ¡la muerte!—exclamó la Padilla con acento desesperado.

—Morirás,—dijo Leila, retirándose precipitadamente del tapiz;—pero morirás deshonrada.

Apenas había cerrado Leila la puerta secreta cuando doña María entró en su dormitorio y se arrodilló delante de la Vírgen.

—¡Oh! ¡esta idea! ¡esta idea fija!—exclamó:—ese hombre, siempre ese hombre. ¡Ah!

Y lanzando un grito horrible cayó desmayada: el señor Juan Tenorio había aparecido en el dormitorio.

CAPITULO III

De cómo recibió el rey don Pedro en audiencia particular á don Simuel Leví, y en audiencia pública al rey Abou'l-Sayd. el Bermejo, de Granada.

—En buena ocasión venimos á presentarnos al rey, —decía don Simuel, separándose de junto á la puerta donde había escuchado la anterior escena conyugal: — en buena ocasión por cierto el infante Abou'l-Sayd y yo... cuando está irritado como un león hambriento... y es el caso que no me es posible retroceder... ya me ha visto Men Rodríguez de Sanabria, y esa fatal mujer esa horrible Leila, me amenaza desde demasiado cerca para que no me vea obligado á procurarme un medio de salida aunque sea á costa de oro y más oro. El rey de seguro necesita dinero, y bueno será ofrecérselo antes que nos lo pida... Adelante, adelante... por muy irritado que esté, cuando sepa que tengo á su disposición algunos cuentos de doblas... sí, de seguro se amansará... necesito tenerle manso y contento para

dar un golpe á esa infame... ¡oh! ¡oh! como yo logre dominar un tanto al rey, encontrarle en posición para hacerle una confesión general, como dicen los cristianos... adelante, adelante... empecemos, y que el señor Dios de Abraham y de Jacob nos proteja.

El judío apelaba á la protección de Dios, porque dudaba á pesar de los eficaces medios que llevaba consigo consistentes en la nota de los fondos recaudados á los receptores; dudaba, decimos, de calmar la irritación del rey, porque don Simuel, persona íntima, por decirlo así, en el alcázar, espía de sí mismo, había presenciado muchas reyertas en el matrimonio ¿y en qué matrimonio por feliz y bien avenido que sea no las hay? pero ninguna de tan profundas consecuencias. En las habidas hasta entonces, don Pedro, violento y duro hasta cierto punto, había caido al fin en los brazos de la Padilla, dominado por su prudencia, por su amor, por su dulzura... en la ocasión presente había salido irritado, trémulo, entregado á sí mismo, que era el peor enemigo á que podía entregarse el rey don Pedro.

Compréndese, pues, que don Simuel, después de haber recorrido el estrecho y tortuoso pasadizo, abierto una puerta y atravesado un pequeño y solitario retrete, levantase con temor el tapiz de una puerta que comunicaba con la cámara del rey y arrojase dentro una mirada recelosa.

Don Pedro, hosco, terrible, sombrío, silencioso, se hacía ataviar por sus camareros con las insignias rea-

les. A pesar de la inmovilidad de su semblante y de su silencio, don Simuel, que conocía demasiado el carácter del rey, comprendió la tempestad bajo aquella amenazadora calma, y hubo de hacer un poderoso esfuerzo para dominar lo trémulo de su voz cuando dijo desde los tapices:

—¡Señor! ¡poderoso señor!

Volvióse el rey, vió á su tesorero, posó por un momento en él su mirada de fiera y como los camareros hubiesen acabado de ceñirle la corona les dijo:

—Dejadnos solos.

Los camareros salieron.

—Entra, entra, miserable, traidor, vil judío,—dijo el rey volviéndose ferozmente á don Simuel,—entra, quiero mirarte frente á frente, á fin de ver si tu hipócrita sonrisa puede ocultar tus perversos pensamientos para conmigo.

Don Simuel Leví, adelantó dominando su mortal ansiedad, humillado como un perro que se acerca á un amo temiendo un castigo; pero con su sonrisa particular en los lábios.

—Sin duda, señor, soy yo el primero que encuentra vuestra señería, después de algún suceso desagradable, y dais rienda suelta conmigo á vuestra cólera. Pero no importa, señor, vuestra señoría puede y debe hacer lo que guste de su siervo, mandadme apalear, matar, despedazar vivo; si esto os puede servir de algo, yo me daré por satisfecho y honrado en demasía.

—¿Dónde has estado durante dos meses, mientras yo hacía la guerra de Aragón?—le dijo severamente el rey.

—¡Que dónde he estado, poderoso Dios de Israel! hé aquí que vuestra señoría me reconviene por el más leal de mis servicios.

—¡Por el más leal de tus servicios?... ¿y qué servicio ha sido ese? Cuéntame, cuéntame, por tu vida, Simuel, lo que has hecho durante el tiempo que has estado fuera de la corte.

—De seguro que vuestra señoría justificará mi ausencia, cuando tenga la dignación de responderme á una pregunta que me atreveré á hacerle, ¿están muy llenas las arcas de vuestra señoría?

—No tengo en ellas un cornado,—contestó con disgusto el rey.

—Vuestra señoría se engaña; tenemos en tesorería cuatro cuentos de doblas de oro.

—¡Cuatro cuentos de doblas!—exclamó el rey, cuyo semblante se desarrugó un tanto al saber que tenía dinero, en el momento en que se veía obligado á echar mano á sus tesoros, enterrados en el castillo de Carmena,—y ¿cómo te has procurado esta riqueza?

—¿Cómo ha de haber sido sino recorriendo los reinos de vuestra señoría, prendiendo y azotando á los receptores, y confiscándoles y vendiéndoles sus bienes?

El semblante del rey se dulcificó, pero le conocía tan bien don Simuel, sabía que llegaba á tanto el disi-

mulo de don Pedro, que aquella apariencia de paz le asustó más que le hubiera asustado su cólera.

—Veo que eres un vasallo muy leal y que mereces mi confianza, Simuel. En verdad, en verdad, que debería pedirte perdón por lo mal que había pensado de tí.

—¿Qué habeis pensado mal de mí, señor?

—Sí por cierto; tal me han puesto las contínuas rebeldías de mis vasallos, que no me atrevo á fiarme de ninguno; ya ves, yo había creido que temeroso de mí te habías ocupado en sublevar á tus compatriotas en mi daño y en favor de don Enrique, recorriendo á Castilla durante mi ausencia... ya ves á qué triste estado me han conducido mis buenos vasallos.

—Pero triunfais, señor; Dios está de vuestra parte, y os ha permitido quebrantar la soberbia del aragonés, y obligar al rey Bermejo á que venga á pediros gracia.

—¡El rey Bermejo! ¡el rey Bermejo! ¡el hombre que se ha atrevido á hacerme mal tercio obligándome á una guerra, distrayéndome de la de Aragón, y forzándome á firmar una paz que no me satisface!... sin embargo, se viene á nuestra merced, y bueno será que le demostremos que la generosidad está de nuestra parte... oye, Simuel, quiero, para prevenirlo todo, que me guardes al rey Bermejo.

—¡Cómo, señor! ¿me haceis alcaide de un rey moro?

—No alcaide, verdaderamente alcaide, no; pero

quiero que ya que viene á sometérsenos, nuestra hospitalidad sea regia. Es necesario que le aposentes en tu casa en la judería.

—Le aposentaré, señor.

—Además que los treinta y siete emires que le acompañan, sean aposentados dignamente en las casas de los judíos más ricos.

—Se les aposentará, señor.

—Y escucha; necesito saber día por día, hora por hora, minuto por minuto, lo que hagan, lo que digan, y si es posible, lo que piensen el moro y sus caballeros; quien los visita, con quien tratan...

—Lo sabreis, señor.

—Ahora bien; ¿tienes en tu poder esos cuatro cuentos de doblas?

—Sí, señor.

—Pues bien, paga á mi ejército, que ha sufrido demasiado en esta campaña; además, compra la casa que fué de Gómez Carrillo, alhájala y ponla en disposición de que viva en ella Men Rodríguez de Sanabria con su esposa con el decoro que debe vivir en mi corte un rico hombre á quien distingo.

—Muy bien, señor.

—Y escucha; no escasees; yo los he casado, y como hasta ahora no he podido hacerles mi regalo de bodas, quiero que por lo mismo que es tardío, sea magnífico.

—Muy bien señor, apuraremos el fausto.

—Gasta, gasta, mi buen Simuel; afortunadamente para que estos gastos no nos arruinen, tenemos ahí al rey Bermejo, á quien haremos pagar caro su perdón.

—Según he visto por las acémilas que hay en el patio del alcázar, el rey moro se ha prevenido, y, sin duda, su presente sobrepujará á nuestras esperanzas.

—Bien, por lo mismo, Simuel, quiero, cuando tan rendido se nos muestra, que nada tenga que decir de nosotros: ni aun quiero que le falten las consideraciones de príncipe, ya que no de rey, que no puedo concederle, como aliado de Mojanmet, á quien acabo de reponer en su trono; por lo tanto he mandado á Martín Yañez, mi camarero, que con cincuenta ballesteros de maza dé guarda de honor en tu casa al infante Abou'l Sayd.

Don Simuel palideció al saber que en su casa había gente del rey.

—Te lo aviso esto, Simuel,—dijo el rey, notando la turbación de su tesorero,—para que al ver á mis buenos ballesteros guardando tu casa, no te asustes, no lo interpretes... Ahora, Simuel, vamos á dar audiencia al moro, á quien hemos hecho esperar demasiado y estará impaciente.

Dicho esto, el rey abrió una puertecilla, y salió de la cámara seguido de don Simuel que iba, como suel decirse, más muerto que vivo.

Atravesaron algunas cámaras reservadas, y al fi

don Pedro abrió otra puerta y entró en la sala de embajadores, donde solo había dos camareros.

—¡Oh!—les dijo el rey, sentándose en el trono; ¡mi corte á mí! y despues que sea introducido ese que se llama rey moro, tú, Simuel, mi buen amigo, permanece aquí á los pies de mi trono.

—Estoy preso,—murmuró en acento ininteligible el tesorero.

Poco despues los altos oficiales de la casa del rey, los rico-hombres de su cámara, sus donceles y algunos de sus ballesteros de maza, rodeaban el trono y llenaban los ángulos de la cámara cercanos á él: entre la corte y juntos por acaso, estaban Men Rodríguez de Sanabria y el señor Juan Tenorio. El primero estaba triste, pálido, meditabundo; Tenorio, contrariado y sombrío.

Poco despues se levantó el tapíz de la puerta, y un rico-hombre de la servidumbre del rey dijo desde ella.

—¡Señor! un infante moro que se intitula el rey de Granada Abou'l-Sayd, solicita de vuestra señoría que se le reciba en audiencia.

—Haced entrad á ese que se llama rey,—dijo don Pedro desde el trono.

Un momento despues se descorrió el tapíz, y entró Abou'l-Sayd, entre don García de Toledo, que había sucedido en el maestrazgo de Santiago á don Fadrique, y don Diego García de Padilla, maestre de Calatrava. Seguíale un anciano wazir llamado Edris-ebn-Edris,

tras él el jeque Jacub, á quien vimos en otra ocasión en el alcázar de Cadia; tras éste, treinta y cinco emires granadinos, y al fin, dos esclavos que llevaban sobre sus cabezas dos enormes bandejas cubiertas con paños de brocado.

Adelantó Abu'l Sayd, hincó, una rodilla en la primera grada del trono, y besó como en señal de vasallaje la mano del rey don Pedro, que se apresuró á levantarle. Entonces uno de los emires, destinado á ser intérprete de Abu'l-Sayd, adelantó, se inclinó tres veces profundamente, y dijo conservando su posición encorvada y humilde, en nombre del rey Bermejo:

—Poderoso señor rey de Castilla: Dios prospere tus venturas y haga tu reino más temido que lo es ya por su poder y te colme de dones y grandezas.—Mi señor, el rey Abu'l-Sayd-ebn-Jucef-ebn Mojanmet-ebn-Aljamar, sabe que los reyes de Granada que fueron antes que él, desde la dinastía Nacerita, son vasallos y tributarios de los poderosos reyes de Castilla.—Reconociendo mi noble señor este feudo y vasallaje, trae ante tí, justo y magnífico rey, á quien el Dios único y vencedor ensalce, su querella contra Mojanmet-ebn-Jucef, que se llama rey de Granada.—Tú como señor arbitro, juzgarás y sentenciarás entre ellos. Los moros maltratados, ofendidos por [illegible] malicia, por los vicios y por las tiranías de Mojanmet, le arrojaron del trono y colocaron en él á mi [illegible]

ñor.—Pero Mojanmet, comprendiendo sin duda tu grande y noble corazón, supo hallar gracia en tus ojos, y ayudándole tú, ha logrado de nuevo sentarse contra la voluntad del reino en el trono de Granada. El resultado de una nueva guerra entre mi señor y Mojanmet, no sería dudoso, porque el reino aclamaría á mi señor antes de que desnudase la espada. Pero Mojanmet ayudado por tu invencible poder, es invencible. La suerte de la guerra está vedada á mi señor que teme que, emprendiéndola de nuevo, y protegiendo tú á su enemigo, faltaría á su lealtad, de vasallo.—Por estas razones, poderoso señor, el rey Abou'l-Sayd, mi amo, comparece ante tí confiado en que en tu sentencia resplandecerá tu justicia.

Mientras el emir hablaba, el viejo wazir Edris, ennoblecido con su barba larga y blanca que le daba un aspecto venerable, tenía la mirada fija en el rey don Pedro, pretendiendo adivinar por la expresión de su semblante lo que tuviese que esperar ó temer Abou-'l-Sayd. Pero como el rey don Pedro se mostrase impenetrable, apenas acabó su plática el intérprete, cuando Edris dijo en mal castellano, pero inteligible, las palabras que traducimos á continuación:

—La justicia tuya, poderoso señor rey de Castilla, resplandecerá al sentenciar esta querella, pero si no fuese favorable á mi amo, este espera, le permitirás pasar el mar con su comitiva, é ir á Africa, donde vivirá apartado de las ambiciones y grandezas humanas.

Despues de esto, el rey guardó durante algunos momentos silencio, como si se tomase tiempo para meditar su respuesta, momentos que fueron siglos de ansiedad para Abu'l-Sayd y sus caballeros: al fin el rey dijo con acento grave y semblante glacial á Edris.

—Sin duda, que vuestro señor ha obrado sabiamente en someterse á mi decisión, puesto que al sentenciar su querella con Mojanmet obraremos en justicia: y si antes de tomar las armas hubiera recorrido á nos, como ahora recurre, sin duda que se hubieran evitado grandes desmanes y peligros; confiad pues en mi justicia, y ocupad sin temor los aposentos, donde hemos mandado honre á vuestro amo y os asista, mi tesorero don Simuel Leví.

Al acabar el rey de pronunciar estas palabras Abou'l-Sayd se inclinó, y con él todos los suyos, y exclamaron en árabe á una voz:

—¡Señor, que Dios te conserve!

Luego Edris hizo adelantar á los dos esclavos, que se arrodillaron delante del trono, y descubriendo las bandejas dejaron ver á los asombrados caballeros, torrentes de luz emanados de riquísimas pedrerías y de alhajas de inestimable valor.

—Señor,—dijo el wazir Edris:—mi amo te suplica aceptes esta pequeña muestra de su respeto y de su amor: bien hubiera querido hacerte un don digno de tan grande rey como eres; pero las guerras y las des-

gracias han empobrecido á mi señor, y te da lo que tiene, no lo que quisiera.

—¡Santo Dios del Sinaí!—exclamó el tesorero del rey, mirando con asombro las bandejas: ¡ese desalmado Abou'l Sayd ha metido los brazos hasta los codos en el tesoro de Granada y dice que está pobre!

Entretanto el rey don Pedro, despues de haber aceptado friamente el homenaje de Abou'l Sayd, se levantó del desel, mandó á don Simuel Leví se entregase de aquellas joyas y condujese á la judería al moro y su comitiva, y llamando al maestre de Santiago, salió con él por la puertecilla por donde había entrado.

Cuando el rey despidió al maestre este estaba pálido y contraido.

—¡Esto es una traición, una traición horrible!—esclamaba adelantando por las solitarias galerías... ¡y en mi casa!... ¡oh! ¡oh!

Al salir el maestre del alcázar se encontró con Juan Tenorio.

—¡Ah! ¡ah! señor repostero mayor,—le dijo;—muy distraido vais.

—Que quereis, en estos tiempos nunca falta en que pensar,—contestó Tenorio.

—¿Quereis ser de los mios esta noche?—repuso el maestre.

—¿Y para qué?

—Esta noche doy de cenar al rey Bermejo de Granada.

—¡Ah! ¡dais de cenar al rey Bermejo!... pues mirad: siento no ser uno de tantos, porque aquello estará divertido... pero...

—Ya... teneis alguna cita...

—Sí... una cita.

—¿Amorosa?

—Sí, ciertamente... una cita de amores...

—Entonces es necesario envidiaros... sois más feliz que yo: adiós señor Juan Tenorio.

—Adiós, don García.

Y entrambos tomaron en distintas direcciones.

—¡Una cita de amores,—dijo Juan Tenorio, sí ciertamente: una cita de amores que me he dado yo mismo: es inconcebible lo que me sucede con esa mujer; acabo de verla á mis pies desmayada, inerte... la preciosa llave por donde en otro tiempo llegaba hasta la reina doña María... y esta noche... sí, esta noche, jugaremos el todo por el todo.

De repente el señor Juan Tenorio se detuvo: delante de él había pasado un mancebo, y su mirada rápida como un relámpago y aguda como un puñal se había clavado en sus ojos.

—¡Doña Ana!—exclamó asombrado Tenorio— y se puso en su seguimiento.

En efecto, aquel mancebo era Leila

CAPÍTULO IV

De la manera cómo se quitó de encima Leila á Juan Tenorio y de su misteriosa partida.

Leila, á pesar de que había visto y sido vista por Juan Tenorio, lo que la contrarió sobremanera, no caminó más deprisa, ni demostró temor, había perdido su antifaz en la comunicación secreta; y esta pérdida había sido fatal parecía que un demonio, presidía hasta los menores incidentes de la vida de Leila.

Es de advertir, que, aunque Juan Tenorio no estaba enamorado de ella, porque Tenorio no había nacido para sentir el amor, todo cuanto emanaba de aquella singular mujer le maravillaba; conservaba un recuerdo profundo de la última vez que hablaron en la casa del Muro de los Navarros y la desaparición de la jóven, su encuentro inesperado en la batalla de Nájera, en un lugar y con un traje tan extraño á una dama tan hermosa y que parecía tan delicada, y, por úl-

time, su reciente encuentro, habían hecho creer á Leila de una manera colosal ante Juan Tenorio.

—Es necesario que esa mujer sea mi querida,—dijo.

Y, apresurando el paso, la alcanzó; pero en el que había mediado desde su encuentro hasta que pudo hablarle, Leila tuvo lugar de prepararse.

—Que Dios os guarde, hermosa señora,—la dijo;—por fin pareceis... por fin logran veros los que viven desesperados por vos.

—¿Por quién me tomais caballero?—dijo Leila volviéndose con extrañeza.

—Os tomo por lo que sois, por la mujer más hermosa, y que más vale de cuantas he visto hasta ahora.

—Sin duda estais loco, ó quereis burlaros de mí; si lo primero, buscad un físico; si lo segundo, pasad de largo, porque si insistís en vuestra burla, os pudiera pesar.

Miró profundamente Tenorio á Leila, temiendo haberse equivocado, pero su exámen solo sirvió para afirmarle en su creencia de que la persona que tenía delante no era otra que aquella misma doña Ana con quien habia contraido un empeño.

—Si no fuerais lo que sois,—dijo Tenorio,—de seguro que no dejaría pasar sin recogerlas vuestras últimas palabras, y una vez recogidas y obrando en consecuencia á ellas, veríamos á quien había de pesar esta aventura.

—Teneis un defecto insoportable señor Juan Tenorio,—exclamó Leila, queriendo salir á todo trance de aquel encuentro que la contrariaba.

—¿Y qué defecto es ese, hermosísima señora?

—Os responderé, aunque sigais tratándome bajo el aspecto en que os hace verme una equivocación que ahora comprendo y que me causa risa; vuestro enorme defecto señor Juan Tenorio, consiste en que sois demasiado jactancioso.

—¡Decís que comprendeis mi equivocación!—dijo Tenorio, dejando de contestar las últimas palabras de Lila.—Luego, estoy equivocado.

—Sí por cierto, y no me extraña; me tomais por mi hermana.

Y Leila, aunque no tenía ganas de reir, soltó una alegre y burlona carcajada, tan admirablemente fingida, que hizo vacilar á Juan Tenorio.

—¿Os reis?—dijo.

—¿Pues no he de reirme voto va? habeis, sin duda, visto á mi hermana, habeis cometido, acaso, la imprudencia de decirla que la amais más que á todas las que habeis creido amar, la habreis tratado á vuestra manera, y ella, mujer de corazón, que jamás miente, os habrá dicho...

—En efecto, vuestra hermana me ha dicho,—exclamó Tenorio, mirando con intención á Leila,—la única vez que la he visto: no os amo ni os amaré; he querido veros por un capricho y os he citado...

—Comprendo, mi hermana habrá oido sin duda hablar de vos... creo que yo misma la he hablado de vos varias veces... y aún la he aconsejado...

—¡Qué la habeis aconsejado!—exclamó Tenorio sin apartar su intensa mirada de Leila;—¿y qué habeis aconsejado á... vuestra hermana?

—Sois noble, valiente; vuestro carácter conviene con el mío, y no me hubiera pensado el contaros en mi familia... pero mi hermana... sabedlo de una vez, señor Juan Tenorio; es demasiado altiva y vos sin duda habeis cometido alguna imprudencia con ella.

—Vuestra hermana me quitó toda esperanza.

—¡Y vos la amenazásteis, sin duda, con aceros amar, como si el amor pudiera imponerse...!

—Yo contaba con que mi rendimiento...

—Por ahí debíais haber empezado... ¡pero ya se vé! vos, acostumbrado al fácil amor de las cortesanas, os irritásteis ante la resistencia de una mujer pura y altiva... esta lucha, este empeño, acaso, os hayan enamorado de veras, hasta tal punto, que, ciego por vuestro empeño, no habeis notado las ligeras diferencias que me hacen desemejarme algo de mi hermana, á quién, por lo demás, le confieso, me parezco de una manera maravillosa. Por lo mismo no habeis visto en mí al paje Gastón Tellez de Ulloa, sino á su hermana... es necesario pues disculparos, señor Juan Tenorio, pero con la condición de que no insistais en vuestro error.

—Os creo caballero, os creo,—dijo Juan Tenorio, —y espero que mi error tendrá disculpa en el amor frenético que me ha inspirado vuestra hermosa y noble hermana. ¡Oh! ¡cuanto me hace sufrir con su rigor!

—¿Me decís esas palabras para que yo se las trasmita?

—Ciertamente; pero debo añadir, para que esa trasmisión no os parezca indigna de vos, que os pido á vuestra hermana por esposa.

Detúvose Leila y fijó en Juan Tenorio la profunda mirada de sus poderosos ojos garzos, de tal manera que le hizo palidecer.

—Habeis meditado bien lo que habeis dicho?—preguntó al repostero mayor.

—Hace mucho tiempo caballero que conozco, que para vivir bien, necesito que vuestra hermana sea mía.

—Os juro,—dijo Leila,—que mi hermana será vuestra si la vida que traeis, no os mata en algun tiempo.

Brillaron de una manera singular los ojos de Juan Tenorio.

—¿Y estais seguro de que vuestra hermana?...

—Sí, seguro hasta tal punto, que sé que si no hubierais sido imprudente con ella en la ocasión en que os llamó, no os hubiera tratado con tanta dureza.

—¿Sabeis?

—Lo se todo.

—¿Y decís..,?

—Que si cedeis en vuesto empeño; que si confesais que doña Ana solo podrá ser vuestra por medio del matrimonio y del amor rendido, intenso, noble, puro, que ella desea inspirar, será vuestra.

—Necesito escuchar esas palabras de la boca de vuestra hermana.

—Las escuchareis.

—¿Cuándo?

—Pronto.

—¿Dónde vivís?

—Perdonadme, pero tengo interés que no conozcais nuestro retiro.

—¡Ah! ¡sí, es verdad! ahora conozco que sois muy imprudente en andar por Sevilla en medio del día despues de haberos dejado ver á la luz de sol en la batalla de Nájera.

—A veces las imprudencias no son nuestras sino de la casualidad... por lo tanto no os ofendais, si no os llevo á mi casa...

—Pero ¿la veré?

—La vereis

—¿Dónde? ¿cuándo?

Meditó un momento Leila.

—Aun no he pensado en ello,—dijo;—además necesito consultar con mi hermana; yo os avisaré.

—Os juro que espero desde ahora ese precioso, aviso,—dijo Tenorio, asiendo la mano á Leila.

—Y yo os juro por mi alma.—dijo Leila, dejando ver por un momento una ardiente mirada y una sonrisa de amor, que vuestra paciencia recibirá un hermoso premio.

—¡Pero por qué mortificarme!—exclamó Tenorio, creyendo, por aquella mirada y aquella sonrisa, que Leila se le entregaba... ¿por qué mí amor?...

—Una imprudencia os hizo perder la vez pasada á doña Ana,—dijo Leila, cambiando enteramente de expresión; cuidad de no volver á ser imprudente, si teneis empeño de que sea vuestra. Nada más me preguntеis, ni me acompañeis más. Volveos desde aquí, y esperad mi aviso.

—¡Me resigno á vuestra voluntad!—exclamó suspirando Juan Tenorio;—seré tan obediente, tan sumiso como sea necesario, para alcanzar una felicidad, cuya sola esperanza me enloquece. Adiós. Os dejo. Decid á vuestra hermana de que manera obedezco, y cuan lejos estoy en querer sustentar con ella mi empeño.

—Adiós señor Juan Tenorio: yo confio en que mi hermana responderá á vuestro amor, con un amor, como el que jamás habeis sentido.

Y lanzando á Tenorio otra mirada, que abrasó su corazón como si hubieran arrojado sobre él todo el fuego de un volcan se alejó de él.

—¡Oh! ¡me ama! ¡me ama!—dijo el presuntuoso seductor de oficio.—Comprendo perfectamente que una mujer que vale tanto como doña Ana, pretenda que

no se hable de su carácter aventurero, ni de nada que sea relativo á sus disfraces y á sus maravillosas valentías... resplandeciente, como la luz del sol... y rica... ¡Oh! rica hasta lo maravilloso... decidídamente estoy de suerte... esta noche la esposa de un rey... mañana... mañana, ella... doña Ana... una mujer que vale por cien reinos... la única mujer á quien puede hacer su esposa un Tenorio.

Y revolviendo estos y otros pensamientos semejantes en su cabeza, se alejó por un extremo de la calle, mientras Leila, después de haberse asegurado de que no la seguía, se alejaba por el otro extremo murmurando:

—Es necesario que me decida... sí, sí, necesario de todo punto, aseguremos al señor Juan Tenorio.

Poco después se detuvo en una calleja desierta delante de una casa de mezquino aspecto, abrió con una llave que sacó de su escarcela y entró.

—¡Pero Alvarez!—dijo á un hombre que, al abrirse la puerta, la salió vigilante al encuentro,—enjaézame el Diamante y tenle dispuesto.

Luego subió rápidamente las escaleras y entró en una estancia oscura, donde, replegada en un ángulo, triste y sombría, estaba Isabel la-Liebre.

—Voy á dejarte sola en Sevilla por algún tiempo, Isabel,—la dijo,—y es necesario que te alegres, que cuando vuelva te encuentre como debo encontrarte; tu tristeza empieza á irritarme.... ¿no has encontrado

todavía otro hombre que reemplace en tu corazón á Pedro?

—No le encontraré jamás.

—Lo veremos,—dijo Leila con disgusto.

—Lo veremos,—contestó Isabel con firmeza.

Leila no habló una palabra más; abrió el cajón de una mesa, sacó un pergamino y escribió rápidamente en él durante algun tiempo; enrolló el pergamino, le cerró con cera, y le guardó en su escarcela. Luego tomó del cajón una llave y la entregó á Isabel.

—Toma,—la dijo,—en el arca pequeña hay oro bastante para que gastes cuanto quieras durante mi ausencia; gasta, Isabel, gasta; vuelve á tu antigua vida... busca otro amante... sea quien fuere... por todo paso, menos por verte tan triste, tan llorosa, tan abatida... ¡oh! ¡si supieras cuanto te amo!

—Adiós Ana,—dijo tristemente Isabel...—procuraré distraerme y... olvidar...

Leila abrazó á Isabel, la besó en la boca y salió...

—Esa muchacha empieza á darme cuidado,—dijo bajando las escaleras,—me parece que será capaz de hacerme traición por ese maldito bandido, que sin duda ha renegado ó se le ha llevado el diablo... ella está conmigo reservada, fría, recelosa... ¿será preciso revelarla los vínculos que nos unen? no, no, aún no hay necesidad de decirle: eres mi hermana; será necesario decirla, si amas, imítame; yo amo, pero de una ma-

nera noble... tengo fuerza en el corazón y guardo mi honra... olvida lo pasado... no, no; esperaremos... ella ha sido más desgraciada que yo, y nunca debe saber de quien es hija.

En aquel punto interrumpió su pensamiento á la presencia de Pero Alvarez, que ténia fuera de la puerta un magnífico caballo árabe de la brida.

—Toma,—le dijo Leila, después de haber montado en el caballo, sacando de su escarcela el pergamino que había escrito,—lleva estas letras sin pérdida de tiempo al monge-negro de la cruz del humilladero, y entrégaselas bajo sigilo de confesión.

—Muy bien, señora.

—Escucha: si tardo más de quince días, ve á buscarme á Jerez. Sino me encontrases, indaga, busca.

—Lo haré.

—Y adiós. Mi amiga Isabel, te dará el dinero que necesites.

—Tenemos yo y los míos dinero sobrado, señora; pero ¿por qué no quereis que os acompañemos?

—No, no: quiero ir sola. No olvides lo que te he encargado; esas letras, al momento al monge negro. Adiós.

Dicho esto, Leila marchó, haciendo retemblar la calle bajo el poderoso trote del Diamante.

Apenas había desaparecido Leila, cuando Isabel-la-Liebre, que la había visto partir desde una ventana, se separó de ella. En cuanto á Pero Alvarez, cum-

pliendo exactamente el mandato de Leila, cerró la puerta de la casa y partió, Isabel-la-Liebre salió poco despues de la casa, y entrambos siguieron el misme camino; pero el aventurero salió de Sevilla por la puerta de la Carne, mientras Isabel, cuya hermosura y apuesto atavío, la habían valido más de un requiebro á su paso por la ciudad, entraba en la judería.

CAPITULO IV (bis).

De cómo Isabel supo la muerte de Pedro el Negro.

Isabel-la-Liebre, sin preguntar á nadie, recorrió la judería y solo se detuvo delante de una magnífica casa situada frente á la sinagoga.

Aquella era la casa de don Simuel Leví.

A su puerta había una doble guarda de honor, compuesta de ballesteros de maza del rey y de soldados moros, que se separaban, con disgusto, formando grupos enteramente separados, y entre los cuales solo evitaban una colisión, las severas órdenes que se habían dado á los jefes respectivos, lo que no impedía el que se mirasen de reojo.

Isabel llegó decididamente á la guarda y dijo á uno de los ballesteros.

—¿Está apesentado aquí el rey Bermejo?

—Sí, prenda mía,—respondió el ballestero:—¿pero qué diablos teneis vos que ver...?

—Nada os importa eso: llamad al capitán de la guarda.

—¡Hola! ¡Cristóbal!—dijo el ballestero que estando de atalaya, no podía moverse de su puesto;—dí al señor Pero Lope de Padilla, que una buena moza le busca.

Cristóbal giró picarescamente sobre sus talones y entró en un aposento situado en el zaguan.

No tardó mucho en aparecer el buen Pero Lope de Padilla, pesadamente armado, que al ver á Isabel se regocijó, hasta el fondo del alma, creyendo que la jóven le llevaba algun mensaje de Leila, en lo que le confirmaba la turbación de Isabel, por el encuentro de un conocido del género de Pero Lope, cuando menos hubiera deseado encontrarle. Pero una vez allí, Isabel no retrocedió.

—Pasad, pasad, perla de las perlas,—la dijo el ballestero mayor, señalándole la puerta de su aposento.

Isabel hizo un gracioso mohin de impaciencia al escuchar el requiebro de Pero Lope, y entró.

—Al fin ya era tiempo,—dijo el ballestero mayor: ¿cuando os ha dicho que puedo verla? sentiría que la cita fuese próxima, porque lo menos en veinte y cuatro horas no puedo separarme de esta maldita guarda. ¡Vaya de Dios! él confunda al primer moro que existe hoy para mengua de la cristiandad. ¿Y cómo está doña

Ana? Supongo que escondida, porque despues de lo que hizo en la batalla de Nájera...

—¿Habeis acabado ya, señor ballestero mayor?

—Sí, sí, hermosa, y podeis decirme, cuando gusteis, vuestro mensaje.

—Pues bien, no tengo ningun mensaje para vos.

—¡Cómo! ¡pues yo creía...!—exclamó palideciendo Pero Lope:—doña Ana parecía que me estimaba y que empezaba á agradecer mi amor... y luego... en fin... yo me he sacrificado por ella... me he expuesto...

—Indudablemente: pero doña Ana no está en Sevilla.

—¿Que no está en Sevilla, y lo estais vos?

—Eso quiere decir que en la actualidad cada una de nosotras va por distinto camino.

—Es decir que no sabeis de ella.

—No, ó al menos donde estará en este momento.

Y no mentía por cierto, al decir estas palabras Isabel.

—De modo que vuestra venida aquí nada tiene que ver con doña Ana.

—Nada.

—¿Y á qué venís entonces hermosísima doncella?

—No vengo ciertamente á veros, señor Pero Lope, —dijo Isabel con acento severo, provocado por algunos indicios de galanteo que había dejado notar Pero Lope.

—¡Ah! ¿no venís á verme?—dijo este mortificado

—No por cierto.

—¿A quién, pues, buscais?

—Al rey Bermejo.

—¡Ah! ¡venís á ver... al rey Bermejo...! ¡Ya! ¡y sin duda por eso venís tan precisamente peinada y prendida, y tan fresca y tan hermosa...! ¿pero sabeis, desdichada, como tratan los moros á sus mujeres...? ¿lo habeis pensado bien, Isabel?

—Vos sois el que no pensais más que en una misma cosa... y esto es lo vergonzoso para vos, señor ballestero mayor... Pareceis un mancebo de quince años que aun no ha probado el amor, segun os mostrais sediento de él, y no esperaba encontraros aquí; pero ya que os encuentro, y que tengo fundamentos segun creo, para llamaros mi amigo, procuradme que yo vea á ese rey moro.

—¡Me jurais que ni aun remotamente pensais...!

—¡Oh, qué pesadez...! antes que venderme á un moro... me vendería á vos.

—¡Ah! ¡os venderíais...! pues mirad, os compro... así, como así... teneis unos ojos y un talle...

—Apartad, vive Dios... y si quereis servirme, hacedlo, y si no decídmelo, á fin de que cuanto antes os pierda de vista.

—Seis suave como piel de jabalí... pero no riñamos por eso... ¿quereis ver al rey Bermejo? pues bien, procuraremos que le veais: ¡ola Gonzalo Lucio!

—¡Señor! dijo un ballestero llegando á la puerta.

—Lleva contigo esta dama, y haciendo valer mi nombre en su favor, procura que vea al rey moro.

—¡Qué lástima de doncella!—exclamó el ballestero para su capote; y se encaminó á las escaleras seguido de Isabel.

Al fin, despues de algún tiempo y de algunos mensajes traidos y llevados, un respetable musulman, de barba blanca, pero de ojos negros y chispeantes, introdujo á Isabel en una magnífica cámara, dejándola sola con otro no menos respetable personaje, que estaba gravemente reclinado en un divan.

Isabel le miró con extrañeza.

—¿Es vuestra señoría el rey de Granada? le dijo.

—No, no, hermosa castellana, dijo Jacub, que él era, yo no soy más que su humilde siervo; pero lo que tengas que decirme, dímelo sin temor.

Un profundo recelo se pintaba en el semblante del xeque, que confiando poco en las intenciones del rey don Pedro para con su señor, creía que se arrojaba como un lazo á Abou'l-Said, una mujer resplandeciente de hermosura y cuyo pintoresco y rico traje la embellecía más y más.

—Solo deseo ver al rey Bermejo, para preguntarle acerca de un castellano que hace cuatro meses fué a Granada á llevarle un libramiento... unas letras de parte de la nobleza de Castilla.

—Pues si á eso solo vienes, luz del cielo, contestó el xeque, tratando á Isabel con esa exagerada poesía

con que los árabes trataban á las mujeres, cuando eran hermosas; yo puede satisfacer tus deseos, puesto que estaba con mi señor cuando recibió á ese castellano.

—Pues bien, decidme que ha sido de él.

—¿Era por dicha tu padre?

—¡Mi padre! ¿qué tan viejo creeis á Pedro como todo eso? exclamó Isabel ofendiéndose en nombre de su amante.

—Tan resplandeciente es tu juventud, rosa de Hiram, que bien pudiera, aunque joven el castellano, ser tu padre: ¿era acaso tu hermano?

—Me habeis dicho dos veces si era... que ¿no podeis decir es...? esclamó palideciendo Isabel.

—El castellano murió, dijo gravemente el xeque sin sospechar el efecto que iban á causar sus palabras.

—¡Qué ha muerte! exclamó Isabel lanzando un grito horrible... ¡le habeis matado vosotros, miserables...! ¡oh! ¡le habeis matado...!

Y los ojos de Isabel estaban inyectados de sangre, como los de una hiena furiosa, y su hermosura, descompuesta por el dolor y por la cólera, hasta el punto de parecer tan horrible entonces como bella antes.

El xeque se levantó, por el giro que había tomado la situación.

—Aquel hombre llevaba consigo la muerte: se le encontraron papeles que le acusaban... se le aplicó al tormento... murió en él.

—¡Ah! ¡ah! bien... muy bien... le asesinó ella...

ella la que se llamaba mi hermana... y se valió de vosotros... pues bien... yo me vengaré de vosotros y de ella... sí... sí... me vengaré...

Y sin decir más, partió como una exhalación, frenética, descompuesta, pálida, lloresa, dejando asombrado á Jacub, que se quedó murmurando:

—¡Santo Dios de Ismael! sin quererlo, he herido en el corazón á la amante ó á la esposa de aquel bandido... y ha dicho que se vengará de nosotros... de ella... esa ella... ¿será Leila...? si yo hubiera sabido... es necesario no perder de vista á esa mujer. ¡Kaleb! ¡Kaleb! é inmediatamente se presentó un esclavo.

—¿Has visto bien á la mujer cristiana que acaba de salir?

—Sí, poderoso señor, contestó Kaleb.

—¿La conocerás?

—Entre ciento.

—No debe ir lejos... siguela, Kaleb, siguela, y no vuelvas hasta saber de fijo donde mora.

El esclavo salió, y poco después seguía por las calles de Sevilla, á lo lejos, de una manera astuta, á Isabel que en paso rápido, devorando su ansiedad y su dolor, dejaba atrás calles y calles.

En poco espacio Isabel llegó al alcázar y se presentó al capitán de la guarda.

—Necesito ver á su señoría, le dijo; necesito que me haga justicia.

A la palabra justicia, que era la más aprepósito

para abrir el alcázar á cualquiera, dejósela pasc franco hasta el rey, y el capitán llamé á un ballestero, y le encargó de introducir hasta las antecámaras á Isabel.

Allí, informado un camarero de su demanda, la aseguró de que, si á pedir justicia iba, el rey la escucharía; pero que era necesario que esperase, puesto que el rey daba audiencia secreta á un alto personaje.

Isabel, devorando su impaciencia, esperó.

CAPÍTULO V

—

De como el rey supo, con sorpresa, lo que nunca hubiera querido saber, y de como Isabel-la Liebre hizo traición á Leila.

El personaje con quien estaba encerrado el rey, no era otro que el monge negro de la ermita del Humilladero.

Había recibido de Pero Alvarez, bajo confesión, la carta de Leila; la había leido, se había estremecido é inmediatamente se había trasladado al alcázar. Este singular y misterioso personaje, tenia el privilegio de que jamás se le impidiese la entrada, y había llegado sin obstáculo á la cámara donde se encontraba el rey.

—¿Qué sucede de extraño—le dijo don Pedro, que estaba torbo y macilento,—cuando te veo de una manera tan imprevista en mi presencia?

—Armaos de valor y de resignación, don Pedro, antes de escucharme,—contestó el monge.

—Puede faltarme la resignación, pero el valer jamás,—contestó el rey.

—Es que ninguno de los golpes que habeis sufrido, ha sido tan duro, tan cruel como el que vais á recibir.

—¿Acaso el bastardo...?

—Peor que eso, es un golpe en la honra y en el corazón.

—¡Juan!—exclamó el rey con acento profundo y reconcentrado.

—Tomad, señor, y leed,—dijo el monge dándole el pergamino de Leila.

El rey le desenrolló impaciente, y leyó con voz vibrante y terrible estas palabras:

«Santo monge de la Cruz del Humilladero: sé por »boca de mi padre, que poseeis la confianza del rey: »es necesario que por vuestro medio, el rey sepa, que »la traición vive junto á él, en su mismo alcázar, en »su servidor más querido, y como sino bastase, en »su mismo tálamo, en su esposa la reina doña María. »En confirmación de este aviso, que el rey se oculte »esta noche en el dormitorio de su esposa, y conocerá »su deshonra.»

Después de esta terrible lectura, el rey se llevó la mano al corazón como si la hubiera llevado despues de una puñalada que le hubiera dejado algunos momentos de vida: luego quiso hablar y no pudo; sus ojos se enrojecieron, y la sangre, arrebatada á su cabeza, fué aumentando rápidamente el color de su sem-

blante hasta convertirse en negro: don Pedro vaciló un momento, pero su vigorosa organización los rehizo; la sangre descendió y se mostró pálido, horriblemente pálido, furioso, terrible, aterrador.

—Abajo, abajo tu máscara,—exclamó con voz ronca, que apenas le permitía articular la cólera:—quiero ver tu semblante: quiero conocer al traidor que me ha traido esta horrible mentira, que se ha atrevido á insultarme frente á frente: abajo tu máscara ó te la arranco yo.

Un estremecimiento amenazador del monge, irritó más al rey, que avanzó hácia él.

—¡Atrás, rey de Castilla!—exclamó el monge con voz terrible:—¡atrás! ¡no me toqueis y tened en cuenta, que mucho se contiene ante vuestra cólera brutal, quien, por menos ocasión, hizo caer su maza de armas sobre la cabeza de su padre.

—¡Ah!—exclamó el rey que estaba en uno de los terribles accesos de locura, que Juan Diente había indicado á Men Rodriguez:—¡tú parricida...! ¡yo fratricida...! estamos, pues dignamente el uno en frente del otro.

Y avanzó con visibles intenciones de desenmascarar al monge.

Pero este le asió un brazo con la fuerza de unas tenazas de hierro, y le obligó á sentarse en el divan.

El rey, por una transición involuntaria de afectos, y sin que hubiese tenido parte alguna en ella la acción

del monge, perdió su aspecto irritado y rompió á llorar como una mujer.

—¡María! ¡María!—exclamó,—¡ella...! ¡ella! ¡no, no, imposible!

Y de repente sus lágrimas se secaron, y volvió á aparecer la cólera en su semblante.

El monge inmóvil y sombrío, estaba de pie delante de él.

Al fin, aquel violento estado del rey pasó, se levantó, se puso á pasear á largos pasos por la cámara, leyendo, y volviendo á leer el pergamino.

—¡Esto es una impostura! ¡una miserable impostura!—exclamé:—no, no puede ser: mi cólera ha sido una locura, y te ha ofendido, Juan.

—Nunca habeis sabido conteneros, señor.

—¡Pero esta carta!

—Esa carta, os ofrece una prueba... probad.

—¿Y crees tú que debo ofender á María espiándola?

—La mujer es débil, señor.

—Pues bien, haremos la prueba: tú me acompañarás, Juan: tú me contendrás... porque si eso es cierto, si yo estuviera solo... la mataría... ¡oh! matarla... y yo no la puedo matar por criminal que sea; pero no, no, iré solo, ¡qué yo solo vea su infamia! yo me sabré contener.

—Preparaos, señor: disponeos á una desventura, y resistireis el golpe con calma, con fortaleza.

—Sí, me armaré de valor; pero déjame solo... ¿no

conoces que necesito estar solo?—exclamó el rey con impaciencia.

—Os dejo, señor,—contestó el monge-negro. Y salió de la cámara.

Pero en vez de salir del alcázar se encaminó á las habitaciones de Doña María de Padilla.

Apenas el rey se había quedado solo, cuando se levantó el tapiz de la puerta.

—¡Señor!—dijo el mismo camarero, que había recibido á Isabel.

El rey se volvió, y posó en su servidor una mirada que le hizo extremecerse.

—Perdóneme vuestra señoría, pero como tenemos una orden terminante de anunciar á todo el que venga pidiendo justicia, sea la hora que fuére...

—¡Ah! ¡vienen á pedirnos justicia!

—Sí... una mujer desolada.

—¡Nos piden justicia, cuando nosotros nos vemos obligados á pedirla á Dios...!—murmuró el rey,—hagamos, pues en la tierra, lo que Dios sin duda hace con nosotros desde el cielo... escuchemos á quien viene en busca de nuestra justicia. Haz entrar á esa mujer.

En tanto Isabel entraba, el rey dominó al estado de su espíritu, se cubrió con su impenetrable expresión de reserva y esperó de pie en medio de la cámara.

Poco después entró Isabel y se arrojó á los pies de don Pedro.

Su enérgica hermosura estaba realzada por su palidez, por su dolor y por la á vida expresión de su semblante.

—¡Justicia, señor, justicia!—exclamó con acento desgarrador.

—Alzad, alzad y calmaos, señora,—contestó don Pedro alzándola:—el rey os hará justicia: venid y sentaos estais fatigada, trémula...

Isabel se dejó conducir por el rey hasta un sillón, donde se sentó maquinalmente y rompió á llorar de una manera desgarradora.

—Sin duda os acontece una gran desgracia,—dijo el rey permaneciendo de pie frente á ella,—¿puedo yo remediar esa desgracia?

—Esa desgracia no tiene remedio, pero puede tener venganza,—exclamó Isabel con una fiereza tal que maravilló al rey.

—¿Se trata de una muerte?

—Se trata de un asesinato.

—¡Ah! ¡han asesinado á vuestro amante!—dijo el rey, adivinando, por el aspecto del dolor de Isabel, los vínculos que la unían con el muerto.

—¡Oh! sí: le han asesinado de una manera cobarde,—exclamó con energía Isabel:—de otro modo, de igual á igual, no hubiera sido muerto, no... porque era valiente como un león.

—¿Y quién es el asesino?

—El rey Bermejo de Granada!—exclamó con el acento de odio infinito Isabel.

—¡Cómo ¿el rey Bermejo se atreve á verter sangre en mis reinos? ¿sangre en mis vasallos? ¡oh! ¡eh!

—El rey Bermejo le ha matado en tierra de moros.

—¡Ah! ¿le ha matado en su tierra? ¿y á qué había ido vuestro amante al reino de Granada?

—A llevar oro y ayuda al rey Bermejo contra sus enemigos, contestó Isabel, mirando frente á frente al rey.

—¡Ah! ¡era un traidor que ayudaba en contra mia al infante Abou'l-Sayd! y sin embargo, ¿el infante Abou'l-Sayd le mató? hizo bien... sí, hizo bien... yo hubiera hecho lo mismo si hubiera conocido su traición y le hubiera tenido ante mis manos... ¿y venís á pedirme justicia de esa muerte...?

—Yo sé que me la hareis, y cumplida, vengando á Pedro-el Negro.

—¡Pedro-el-Negro! esperad: yo creo haber oido alguna vez ese nombre.

—Era el hermano mayor de los peregrinos de Nuestra Señora de Rocamador,—dijo con audacia infinita Isabel, ayudando los recuerdos del rey.

—¡Los hermanos de Nuestra Señora de Rocamador! ¡esos miserables facinerosos, á quienes nadie conoce y cuyo nombre es tan terrible! ¡y vos, la manceba de su capitán,—os atreveis á desafiar mi cólera!

—Os he pedido justicia, señor, y sé que me la hareis,—dijo Isabel sin desconcertarse:—vos no conoceis la red de traiciones que os rodea, y yo os voy á ayu-

dar á romperla... sí, sí; yo sé que me hareis justicia.

—¿Contra el rey Bermejo?

—Y que me importa el rey Bermejo; el solo fue el brazo que hirió, pero hay una cabeza que mandó á aquel brazo, y yo quiero herir esa cabeza.

—¿Y qué cabeza es esa?

—Es una mujer que tanto es hombre como dama, tanto mora como cristiana; una mujer terrible, á quien he amado hasta ahora como si hubiera sido mi hermana, y á quien aborrezco desde hace una hora como aborrecería á mi mayor enemigo.

—¿Y como se llama esa mujer?

—Esa mujer se llama, cuando aparece como hombre, Gaston; cuando como mora Leila; cuando como cristiana, doña Ana.

—¡Siempre! ¡siempre esa mujer!—exclamó el rey colérico.

—Esa mujer,—dijo Isabel,—es vuestra mayor enemiga, rey.

—¡Mi enemiga!—exclamó con desprecio el rey:—¿y crees tú que yo, que estoy luchando tanto tiempo con toda la nobleza de un reino, pueda tener en mucho la enemistad, el odio de esa mujer...?

—¡Ay de vos, rey don Pedro, sino la esterminais!—exclamó Isabel sedienta de venganza por la perdida de su amante.—Esa mujer que tanto desprecias, os herirá más profundamente que os han herido hasta

ahora todos vuestros vasallos rebeldes. Pero yo puedo poner en vuestras manos á esa mujer.

—¿Y quién eres tú?

—Yo no conozco á mis padres, no se quien soy.

—¿Pero quién te ha criado?

—Una anciana á quien llamaba abuela, pero que no debe serlo, porque ahora se llama doña Berta y es abuela legítima de doña Beatríz Zapata y Tellez.

Aquella contestación de Isabel, fué una revelación para el rey, recordó cuanto le había dicho acerca de la familia de Alfon Tellez el monge negro, y se extremeció.

Aquel enlace de acontecimientos fatales hacía caer sobre él una culpa de su padre, le recordaba el terrible precepto del decálogo en que Dios dijo á los hombres: *yo soy el señor, tu Dios, fuerte, celoso: que visito la iniquidad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de aquellos que me aborrecen.* Terrible sentencia, que desde el primer hombre viene cumpliéndose sobre la humanidad entera, y que encierra la tremenda profecía de su marcha fatal, y del desarrollo de su civilización.

Sin embargo, don Pedro, que dudaba aun, preguntó á la joven:

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Isabel, con el apodo de la-Liebre, que me dieron en mi infancia las muchachas de mi vecindad.

—¿No has conocido á tus padres?

—No.

—¿Y nunca has preguntado á tu abuela?

—Mi abuela jamás me ha hablado de ellos, y como yo no los había conocido, no tenía interés por saber su nombre.

—De modo que desconoces enteramente tu orígen?

—Sí señor.

—¿Dónde conociste á doña Ana?

—Siendo paje del arcediano de San Gil.

—¡Ah! dijo el rey, ¿tú eras uno de los pajes mujeres del arcediano?

—Si señor,—contestó Isabel ruborizándose, porque el ejemplo en la abnegación con que Leila amaba á Men Rodríguez, la había regenerado.

—¿Y esa doña Ana ha sido tambien paje del arcediano?

—No señor: el arcediano murió al día siguiente á la noche en que doña Ana, vestida de hombre, fué llevada á su casa.

—¿Y quién la llevó?

—Segun supe, la había llevado el ballestero de maza Juan Diente.

—¡Ah! ¡esa doña Ana, esa mujer-hombre, esa mora-cristiana, fué la mujer que por encargo de Pero Lope de Padilla, llevó Juan Diente á casa de don Jofre Díaz de Astorga!

Por lo que se ve, el leal ballestero no guardaba nin-

gun secreto para el rey y le había dado parte del encargo de confianza que le dió en otro tiempo el ballestero mayor, como recordarán nuestros lectores.

—¿Y desde entonces solamente la conoces?

—Si señor: sin saber como, nos aproximamos y nos entendimos: cuando al día siguiente, después de la muerte del arcediano, el señor Men Rodríguez de Sanabria despidió á su servidumbre, yo llevé á Ana á casa de mi abuela, y aquella noche al hospicio de los hermanos peregrinos de Nuestra Señora de Recamador. Después, Leila y mi abuela estuvieron encerradas muchas veces... y entonces por lo que ví, supe con asombro, que Berta era una alta dama, que tenía una casa misteriosa...

—Todo eso lo sé... Pero doña Ana...

—Doña Ana se enamoró en la casa del infante don Juan del señor Men Rodríguez.

—También lo sé.

—Sacó dineros no se de dónde.

—Lo sé.

—Se apoderó de los hermanos de Nuestra Señora de Recamador y se hizo su jefe.

—Y con ellos últimamente se presentó en la batalla de Nájera, sirviendo á mi traidor hermano don Enrique... lo sé, lo sé todo: se de quienes se ha valido... lo que ha hecho...

—¿Qué sabeis lo que ha hecho...? ¡oh! ¡no lo sabeis todo!

—¡Que no le se todo!

—No ciertamente; no sabeis lo que hace en este momento.

—¿Y lo sabes tú?

—Doña Ana ha partido esta mañana...

—¿Dónde?

—No lo sé: pero al partir, un goze cruel iluminaba su semblante... y llevaba consigo un veneno.

—¡Que no sabes á donde ha ido...! ¡y has comprendido sin embargo que llevaba intenciones de muerte! ¡oh! ¡qué sospecha! ¡qué horrible sospecha!

Y de una manera fatal el pensamiento de don Pedro se fijó en doña Blanca, y tras aquel horrible pensamiento, otro más terrible aun, le recordó á doña María de Padilla.

—Es necesario saber á dónde ha ido esa mujer,—exclamó.

—Y lo sabremos,—dijo con la alegría de la venganza que espera satisfacerse, Isabel.

—¿Y cómo podremos saberlo?

—Doña Ana ha dejado conmigo uno de sus escuderos de confianza.

—¿Y quién es ese escudero?

—Ese escudero se llama Pero Alvarez, y va á comer todos los días á la taberna del Gato blanco, en el barrio de la Macarena.

—¡Ah!—exclamó el rey haciendo su exclamación semejante al rugido de una fiera; ¡hola! ¡camareros!

Inmediatamente apareció uno á la puerta.

—Busca, y haz buscar á Juan Diente,—le dijo el rey y que se me presente al momento.

El camarero desapareció.

—¿Y doña Ana desconfía de tí?—dijo dirigiéndose á Isabel.

—No, no señor: me ama y yo la amaba antes de saber que había enviado á Pedro-el-Negro á que le matasen al reino de Granada.

—¿Y quién te ha dado esa noticia?

—Uno de los moros que han venido con el rey Bermejo.

—¿Y tu odio es tal, que no retrocederás ante la muerte de doña Ana?

Palideció Isabel, pero contestó sin vacilar.

—Sí; la odio de tal modo que la mataría con mis propias manos: la odio tanto, que no me basta mi venganza: quiero que la mateis vos, porque se que recibiendo la muerte de vuestras manos, morirá desesperada.

—Pues bien: te juro que la prenderemos, la juzgaremos por nuestra justicia propia, y la exterminaremos pero es necesario que me ayudes.

—¿Y cómo señor?

—Será muy posible, que aun cuando sepamos su paradero se nos escape; en ese caso volverá á tu lado; no la hagas desconfiar, sírvela, y en cualquier lugar á donde vayas, avísame; para este efecto siempre te seguirá un ballestero de mi guarda.

—La confiaré.

—Pues bien vete, déjame meditar el medio de nuestra comun venganza.

—¡Oh! si vengadme señor, y moriré bendiciéndoos, —exclamó con acento lúgubre Isabel.

Y tras estas palabras, y obedeciendo á un ademan imperativo del rey, salió como había entrado, desolada.

Apenas había salido de la antecámara, cuando el rey apareció en ella, y dijo á Garci-Diaz de Albarracin, que daba la guarda por acaso:

—Mi leal Garci Diaz, ¿has visto á esa mujer que acaba de salir?

—Si señor.

—Pues síguela, sin que lo note, averigua donde vive y haz de modo que no pueda entrar ni salir sin que tú la veas ni la sigas. Vé, yo guardaré tu puesto. Avisa de paso al capitán de la guarda, que envie relevo.

Garci-Diaz entregó su maza de armas al rey que quedó guardándose á sí mismo: poco despues apareció el capitán de la guarda, con otro ballestero á quien el rey dió lo que entonces equivalía á lo que hoy se llama consigna, el puesto y la maza de armas.

A poco de estar el rey de nuevo en su cámara, apareció Juan Diente.

—Escucha Juan: te necesito para un asunto de importancia.

—Mandad señor.

—Vete á la taberna del Gato Blanco en... no recuerdo en donde está situada.

—En la Macarena, señor,—contestó Juan Diente que por razón de sus amores con Inesilla, en cuanto se le permitían sus ocupaciones, era asiduo concurrente del Gato Blanco.

—A esa taberna va á comer todos los días un bravo escudero que se llama Pero Alvarez.

—Le conozco señor, y ciertamente que hace mucho tiempo que estoy luchando con el deseo de romperle la cabeza.

El deseo del buen ballestero nacía de la incomodidad, hasta cierto punto celosa, que le causaba las galanterías que Pero Alvarez se permitía con la hermosa Inesilla, por más que ésta, fiel á sus amores con Juan Diente, presentase rostro feroz al aventurero.

—Pues en tí consiste que se cumpla ese deseo, dijo el rey: quiero que me prendas el cuerpo de ese hombre.

—¡Ah! ¡es traidor..! ¡entonces...!

—Entonces y ahora y luego acostumbrate á no prevenir mis ordenes. Prendes á ese hombre y le llevas al castillo de Triana. Una vez allí, le bajas á la cámara del tormento y le pones en la rueda.

—La orden para el alcaide, señor.

—Tomala, dijo el rey; después de haber escrito un pergamino.

—¿Y qué le pregunto? porque cuando se da tormento á un cristiano...

—Es para que confiese... pues bien es necesario que revele á donde ha ido doña Ana Tellez de Ulloa.

—¡Ah! ¡ah! pues bien señor, juro á vuestra señoría que lo sabremos antes de mucho.

—En el momento que lo sepas, vuelve.

—¿Tormento hasta la muerte, señor?

—Sí, hasta la muerte si es preciso. Vete.

Juan Diente salió contento, porque tenía un medio de vengarse con mano agena y poderosa, de las impaciencias que le hacía sufrir Pero Alvarez, y el rey, cuidadoso, y con el alma devorada por la cólera, que había causado en él la carta misteriosa, recibida por conducto del monge negro, se encaminó á la cámara de la Padilla.

Antes de llegar á ella encontré al monge.

—Vuestra esposa es inocente, señor, dijo aquel misterioso personaje; pero está enferma de muerte.

Y tras estas palabras, aprovechando el estupor del rey, se perdió á lo largo de la galería.

Cuando después de una larga escena con doña María, don Pedro volvió á sus habitaciones, encontró en ellas á Juan Diente.

En el rostro del ballestero resplandecía un gozo feroz.

—¿Y ese hombre, le preguntó?

—Ese hombre no ha podido resistir al tormento: se le han roto las entrañas.

—¿Y ha muerto sin declarar?

—¡Oh, no! ha tenido tiempo para ello: doña Ana Tellez de Ulloa está camino de Jerez.

Aquella misma noche Men Rodríguez de Sanabria, Juan Diente y cien ballesteros, salieron á mata caballo para Jerez en demanda de Leila.

CAPITULO VI

De como el rey se encontró en una de las más difíciles situaciones en que puede encontrarse un marido.

Era tarde: la media noche de aquel mismo día: el alcázar estaba envuelto en un silencio y una oscuridad profundísimas.

Solo se veía acá y allá en alguna galería un guarda, que paseaba lentamente con el arma al hombro, combatiendo al sueño.

Por acaso ó por intención, no había un solo guarda en la parte del alcázar, donde estaban situadas las habitaciones de doña María.

En la entrada de ellas, en un oscuro vestíbulo, quien hubiera tenido de vista bastante para distinguir un objeto entre las tinieblas, hubiera podido ver un bulto relegado á un ángulo de la antecámara de embajadores.

De tiempo en tiempo, hubiera podido notar un brusco movimiento del tal bulto, señal cierta de que esperaba y de que esperaba impaciente.

Al fin, al punto mismo que el reloj de la torre de la iglesia mayor dió las doce (1) resonaron recatadas pisadas en el patio, y otra sombra entró en la antecámara, llegó á la puertecilla, á que en otra ocasión hemos visto llegar á don Simuel Leví; la abrió, desapareció por ella, y cerró.

Entonces el otro bulto, que había esperado, se arrancó violentamente del lugar en que había estado hasta entonces, y saliendo al patio, tomó por él apresuradamente, y el seco crugir de los huesos de sus piernas, dió á conocer que aquel hombre era el rey.

Conocíase en lo precipitado de su marcha, en las palabras inarticuladas y rugientes que balbuceaba de una manera ronca, mientras atravesaba una estrecha galería, que jamás se había encontrado don Pedro en una situación más terrible.

Y así de esta manera, delirante y furioso, llegó á una puerta al fin de la galería, la abrió y adelantó recatadamente. Estaba en la cámara de doña María de Padilla, donde había entrado por una puerta de servicio, y se ocultaba detrás de los tapices de otra puerta.

En medio de la cámara, irresoluto, meditabundo, como quien vacila en dar un paso, en que va á jugar el todo por el todo, estaba Juan Tenorio, cuyo sem-

(1) Este reloj fué el primero que se conoció en España.

blante, alumbrado por la luz de una lámpara, colocada sobre una mesa, retrataba todos sus impuros y perversos instintos.

Impulsos tuvo el rey de salir, de presentarse al traidor y miserable compañero de su infancia, y sin pedirle cuenta de su presencia en la cámara de su esposa, tenderle muerto á sus piés; pero don Pedro se contuvo y fué prudente por la primera vez de su vida, y era que entonces se trataba de la única mujer que había amado, y cuyo amor ardía intenso y puro en su alma; de su esposa, de la madre de sus hijos y que de aquella terrible prueba, estaban pendientes su corazón y su honor.

Así, pues, esperó en una situación, imposible de describir, á que obrase de cualquier modo Juan Tenorio; éste permaneció algún tiempo luchando consigo mismo, y al fin decidiéndose, adelantó hacia la puerta del aposento, que dividía la cámara del dormitorio de doña María. Don Pedro esperó un momento, y luego, conteniendo cuanto le fué posible el movimiento de su paso para que no sonasen sus canillas, entró en la cámara.

Entonces pudo verse que llevaba empuñada una larga y reluciente daga.

Y así, en paso tardo y silencioso, como el del tigre que se acerca á una presa para sorprenderla, llegó á la puerta por donde había desaparecido Tenorio; entró en la habitación inmediata sin producir el más leve

ruído, y se puso tras los tapices de la puerta del dormitorio.

A poca distancia de ella, de pie é inmóvil, estaba el audaz joven, á espaldas de doña María, que entregada á las devociones de costumbre, estaba de rodillas delante de un reclinatorio.

Una de sus blanquísimas manos estaba abandonada naturalmente, mientras su brazo derecho, apoyado en el pergamino de una bellísima Biblia, servía de apoyo á su cabeza.

Tenorio tenía fija la vista en aquella mano abandonada, y por la expresión de sus ojos, se comprendía que su pensamiento era el de anunciarse á doña María, apoderándose de aquella mano. Vaciló aún, pero al fin se decidió y adelantó. Afortunadamente para evitar un desenlace sangriento é instantáneo, doña María sintió á Tenorio y se volvió antes de que pudiese tocarla.

La noble y valiente joven no se aterró ni temblé: únicamente su palidez se hizo más densa.

—¿Qué buscais aquí—le dijo,—os envía el rey? si así es venís de una manera demasiado extraña y silenciosa, si necesitais verme, ya conoceis los aposentos de mis damas.

—Sé, demasiado, señora,—dijo Juan Tenorio,—que desde algún tiempo á esta parte, temerosa, sin duda, de que vuestras damas sean testigos de vuestras acciones, las alejais de vos.

—¿Qué quereis decir?—exclamó con dignidad doña María:—¿qué hay en mis acciones que no pueda verlo todo el mundo?

—He dicho mal, en cuanto á vuestras acciones, señora, cuando estas son deliberadas; pero hay momentos en que no somos dueños de nosotros mismos: por ejemplo, cuando soñamos, y tememos que el nombre de la persona que llena nuestros sueños salga á nuestros labios dormidos, cuando no podemos pronunciar su nombre sin condenarnos á la deshonra, y acaso á horribles desgracias. ¡Oh! entonces alejamos de nosotros á las personas que puedan sorprender nuestros sueños; nos quedamos solos y nos encerramos para dormir... como vos, señora.

Doña María estuvo un momento sin acertar á decir una palabra, mirando con estupor á Juan Tenorio: al fin exclamó con acento indignado:

—¡Qué decís! ¡habeis podido creer que yo... me quedo sola de noche por temor de que nadie pueda oir un nombre, que, pronunciado en sueños, pueda deshonrarme!... ¿y qué nombre es ese?... ¡decidlo, decidlo vos que de una manera tan infame os atreveis á la esposa de vuestro rey! ¡decidlo, á fin de que la reina pueda apreciar hasta qué punto os habeis vuelto loco!

—No seré yo ciertamente el que enloquezca, doña María,—dijo Tenorio,—por más que el hechizo que de vuestra hermosura, de vuestra nobleza, de vuestra alma, de todo cuanto emana de vos, sean bastantes para

enlequecer al menos dispuesto á sentir la influencia de tanta hermosura, de tantos encantos.

—¿Eso es decir que me amais!—dijo doña María, con una calma glacial.

—Sí, os amo con toda mi alma, señora.

—¡Que me amais! ¿y cómo puedo yo creer vuestro amor?

—La prueba que os doy...

—Es una prueba de audacia infinita; de la traición de alguno de mi servidumbre que os ha permitido llegar hasta mí.

—¿Y no os basta como prueba el peligro á que me espongo?

—Para hombres como vos el peligro no significa nada; seis, por desgracia, demasiado valiente, y estais d eantiguo acostumbrado á jugar la vida por un leve capricho... ¡amar! ¡amar vos!... un hombre que ama á una mujer como yo, sufre, calla, muere callando, pero jamás revela un amor que es un ultraje, declarándole á la mujer que se lo inspira.

—Yo hubiera también sufrido y callado, pero...

—¿Qué habeis visto en mí que os autorice para ofenderme de este modo?... y no quiero hablaros de vuestra lealtad al rey, porque inútil es hablar de deberes á quien tan acostumbrado está á desoirlos y á tanto se atreve.

—¿Qué he visto en vos?... una noche pasaba yo por esa galería (y Tenorio señaló al antedormitorio en di-

rección á la puerta por donde había entrado), y oí gritar á vuestras damas... entré... vos estábais por tierra desmayada.

—¡Ah!—exclamó doña María.

—Vuestras damas en su sobresalto no habían reparado en dos objetos que yo reparé.

—¡Y qué objetos eran esos!—exclamó alentando apenas doña María.

—Eran un birrete de paje, y un billete de amores.

—El birrete sí, porque era inevitable: la carta no; la carta no la ha visto nadie más que Dios, vos señora, y yo.

—¡Mentís!—exclamó sobreponiéndose á la situación dona María.

—La carta está aquí,—dijo Tenorio, sacando de su escarcela la que Leila había hecho recibir á doña María de Padilla, que ésta al desmayarse, había dejado sobre la mesa y que recogió Juan Tenorio, al retirarse del dormitorio de doña Maria, donde había entrado llamado por las damas: hé aquí una preciosa prueba que el rey apreciaría mucho conocer.

Doña María no pudo reprimir un grito y un extremecimiento de terror.

—Y la carta no puede ser más significativa,—dijo el infame corruptor, lanzando una mirada indescribible sobre algunos de sus periodos; no puede decirse el amor con más expresión, con más delicadeza; comprende que una mujer, por más que sea reina, adore a un hombre que la enamora de tal modo.

—¡Ah! ¡Juan Tenorio!—exclamó con indignación doña María,—no en vano un secreto presentimiento me ha hecho veros siempre con horror y extremecerme al escuchar vuestro nombre.

—¡Ah! ¡os aterro! pues mirad: me alegro porque el terror es una pasión que yo deseo inspirar tanto como el amor; en verdad, en verdad, el terror nos hace llegar más pronto á nuestro objeto.

—¡No os comprendo bien!—exclamó doña María.

—Escuchad algunas palabras de esta carta y me comprendereis, señora, «id, dice así: «Delante de vos »seré siempre el vasallo leal, pero en medio de la no»che, rodeado de la inmensidad del silencio, nadie »puede impedirme que piense en vos, como se piensa »en el cielo, con un deseo puro, ardiente, sin fin.» ¡Oh! esto es amar como un niño, yo amo como un hombre, doña María, yo no me contento como el que ha escrito esta carta, con suspirar... yo necesito poseer, y cuando quiero poseer, poseo.

—¡Que poseeis!

—Sí, vive Dios necesito poseeros y os poseeré.

—¡A mí!—exclamó con un acento de asombro, de indignación y de vergüenza, doña María, con uno de esos acentos que es necesario escucharlos para comprenderlos.

—Sí, si señora, porque vos lo habeis dicho, os causo terror y esta carta, esta terrible prueba que tengo entre mis manos, hará...

—Hará que la muerte caiga sobre vuestra cabeza.

—Ya habeis confesado que no hay peligro que me detenga... y además, el rey no os creería... creería solo que me acusábais para hacerle dudar de mi acusación.

—¡Pero yo debo estar soñando!—exclamó doña María,—sí, sí, es imposible que haya un hombre tal que falte como vos estais faltando á todos los deberes de caballero.

—No, no estais soñando, doña María, yo estoy ante vos, mi empeño es cierto, y bien sabeis que tengo pruebas para perderos.

—¡Mentís!

—¡Ah, doña María! por qué no entendernos? un leve sacrificio, que dejará de serlo, cuando os acostumbreis á mi amor, os libra de una desgracia horrorosa... sino es ya que quereis tener para conmigo mismo la disculpa de una violencia. Sea. Mi galantería llega hasta el punto de facilitar á una dama pretextos de queja y no quedareis descontenta de mí.

Y Juan Tenorio que, fátuo como todos los conquistadores de oficio interpretaba en favor de sus intenciones la turbación, el rubor, el estado horrible de doña María; Tenorio, cuya audacia iba en aumento, se acercó á ella y la asió.

—¡Apartad! ¡apartad señor Juan Tenorio!—gritó la Padilla con una energía y una indignación infinitas.—¡Sois un miserable!

Llególe á Tenorio la vez de aterrarse; el grito de doña María había sido uno de esos agudos gritos de mujer, extensos, vibrantes que atraviesan las paredes y llegan á larga distancia. En el primer momento Tenorio se sobrecogió, y doña María notando su temor, cobró aliento.

—¡Salid! ¡salid inmediatamente ó llamo á mi servidumbre!

—Es inútil que la llameis,—dijo con cólera reconcentrada Tenorio,—han oido vuestro cobarde grito y vienen, se sienten puertas que se abren. ¡Adiós doña María...! ¡ves lo habeis querido, temblad!

Y salió precipitadamente ciego y de una manera tan imprevista, que el rey, que estaba trémulo de cólera tras los tapices, apenas si tuvo tiempo de apartarse para que no tropezase con él.

Tenorio abrió precipitadamente la puerta de escape del antedormitorio, y con su turbación se olvidó de cerrarla; el rey se precipitó por aquella puerta á tiempo que doña María se lanzaba en la cámara, donde por otra puerta entraban á la sazón sus damas.

—¡Ah, señora!—dijo una de las damas, que venía medio desnuda como las demás y envuelta como ellas en la primera prenda que hubieron á las manos,—¿habeis llamado?

—No sé, no sé,—dijo doña María, pasándose entrambas manos por la frente, como si quisiera arrancarse de ella un pensamiento abrasador,—me he dormido

orando en mi reclinatorio, y he tenido un horrible sueño... que aun me extremece... venid, venid, doña Juana, doña Violante, y no os separeis de mí.

—De seguro hay duende en el alcázar,—dijo doña Violante á otra de las damas.

—¿Y se habrá quedado otro birrete como aquella noche?

—¡Chist! ¡aquí debe haber misterios! si doña María tuviera un amante, no gritaría ni nos llamaría.

La contestación era convincente, y las damas en silencio, revolviendo conjeturas en su interior, y llenas de curiosidad, siguieron á doña María.

CAPITULO VII

El rey en la caza del lobo.

Juan Tenorio, no era uno de esos hombres que al día siguiente de una fechoría se esconden por temor á los resultados: es cierto que se había equivocado en su opinión acerca de doña María de Padilla, pero por otra parte estaba seguro de que ella guardaría un profundo silencio, porque hay ciertas situaciones en que las mujeres, por más que le pese, se ven obligadas á callar, y la Padilla se encontraba en ese caso.

Así es que al día siguiente se presentó al rey, á la hora en que este recibía en su cámara á su alta servidumbre.

Don Pedro nada mostraba en su aspecto, que pudiera indicar ni el más leve enojo: estaba contento como siempre que se encontraba de buen hu-

mer, y hablaba y reía con sus caballeros de la manera más natural.

Al acercarse Tenorio, en el cual tampoco se notaba emoción alguna, el rey le dirigió festivamente la palabra.

—¿De dónde vienes mi bravo amigo?—le dijo: te se conoce en el semblante que has trasnochado... estás pálido como un anacoreta... ¿quién ha sido ella?

—Es un misterio,—dijo Juan Tenorio, sonriendo de una manera maliciosa y sutil.

—Misterio que no durará mucho, caballeros,—dijo el rey volviéndose alegremente á sus rico-hombres: antes de mucho, no solamente sabremos si es noble ó villana, sino que nuestro amigo nos la mostrará con el dedo.

—¿Y quién es? ¿quién es?—dijeron algunos jovenes, á quienes alentaba la familiaridad que mostraba aquel día el rey.

—Si, ¿quién es Juan?—añadió don Pedro: si hemos de saberlo al fin, sepámoslo pronto á fin de no perjudicar á nadie con conjeturas.

—¡Ah señor! ¡aun no puedo decir su nombre!

—¿Aún no?

—No por cierto, porque esa dama me desespera aun.

—¡Ah! ¡qué te desespera! pues mira, es extraño... ¡, tan experimentado, tan acostumbrado á vencer á rimera vista, encontrarte contenido...

—Hace mucho tiempo que pensaba en esa dama, y

desde que concebí proyectos respecto á ella convine conmigo mismo, en que sería muy difícil.

—¿Y sin embargo no has desesperado?

—¿Cómo desesperar cuando estoy seguro de vencer.

—Pues mira, la virtud de esa dama, virtud que alcanza á resistirte, es ya un motivo más para excitar mi curiosidad.

—Y sin embargo, aquí no puedo decir su nombre, señor.

—¿Qué no puedes? ¿y por qué?

—Porque está presente un allegado suyo.

Esta insolente contestación que era un reto lanzado á cuantos caballeros estaban allí, produjo un efecto inmediato: todos los semblantes se nublaron, excepto el del rey, que rompió á reir á grandes carcajadas.

—Eres el mismo loco de siempre, Juan,—dijo entre sus risas; con tu última locura has logrrado que nuestros buenos amigos pongan caras de herejes. ¡Ira de Dios señores! paréceme que habeis tomado por lo serio la broma de Tenorio.

—Es una broma que nos ofende.

—Que diga el nombre de la dama en cuestión.

—Que pruebe su dicho.

—Que nos satisfaga.

—Tened en cuenta caballeros, que he dicho que es una dama que me desespera.

—Pero habeis añadido,—dijo uno, que estais segu de poseerla.

—Pues bien, esperad á que la pesea, á que prepale su nombre, á que ofenda á alguien, al fin. Hasta ahora...

—Dice bien;—interrumpió el rey, hasta ahora á nadie ha ofendido, y tal puede ser la persona de que se trate, que el señor Juan Tenorio, nada diga por mucho que alcance... ¿y quién sabe si de aquí saldrá un matrimonio...?

—Es imposible porque es casada,—dijo Juan Tenorio.

—Sea lo que fuere, y puesto que no consientes en decirnos su nombre, no hablemos más de esto,—dijo el rey: tengamos por una chanza sin intención lo que ha dicho y pensemos en otra cosa. ¿Quién de vosotros, caballeros, quiere acompañarme á la caza del lobo?

—¿A la caza del lobo?—dijo Juan Tenorio.

—Ya ves, estoy vestido de montería... como que dicen que por la parte de la sierra ha aparecido una manada... y es una caza que me entretiene por lo peligrosa... y ahora que estamos en paz con todo el mundo...

—En verdad, señor, que es una caza divertidísima, —dijo Tenorio, y que me contenta sobremanera.

—Cuento, pues, contigo, Juan.

—Y con nosotros tambien, señor,—digeron los demás cortesanos.

—Pues bien, señores, id á preparaos; á las diez espero; id.

Todos los cortesanos, incluso Tenorio, salieron, y el rey quedó dando órdenes á Pero Lope de Padilla, su ballestero mayor.

—¡Diablo! ¡diablo!—dijo el buen Pero Lope, saliendo de la cámara: el rey en vez de sus monteros lleva sus ballesteros de maza... nada tiene esto de extraño, porque su señoría nos usa de todos modos, y maneras... pero mi prima doña María de Padilla, estaba esta mañana tan pálida, tan desolada, tan extremecida como el día de la muerte de don Fadrique... ¿quién será el lobo á quien piensa coger el rey? Lo ignoro como se ignora todo lo que el rey piensa... pero su alegría, su familiaridad, son para mi de mal agüero... creo que va á suceder algo duro... y bien, suceda lo que quiera, obedezcamos: enviemos nuestros buenos ballesteros á la batida... y luego Dios dirá.

A la hora que había anunciado el rey á los caballeros de su servidumbre, los habitantes de Sevilla que pasaron por la plaza de armas del alcázar, pudieron ver una magnífica partida de montería que marchaba siguiéndo al rey hacia la puerta del Arenal.

Antes de las doce, aquella brillante cabalgata, había llegado á un espeso encinar, á poca distancia de San Juan de Aznalfarache; los caballeros se dividieron en parejas y fueron á ocupar los puestos que ya habían preparado los ojeadores.

El rey se quedó solo en una encrucijada con Juan Tenorio y cuatro ballesteros de maza.

Mientras se oyeron cercanos los tañidos de las bocinas, y los ladridos de los perros, el rey estuvo hablando de cosas indiferentes con su compañero de infancia; pero apenas aquellos ruidos se alejaron, cuando el rey sin alterar su semblante se volvió y dijo á Tenorio.

—Sígueme.

Tenorio se volvió á su vez á los ballesteros y les indicó con un ademán que le siguieran.

—No, no;—dijo el rey:—quédate ahí mi buen Rodrigo Pérez con los demás: que nadie pase por la senda que vamos á tomar.

—Muy bien, señor,—contestó el ballestero, permaneciendo inmóvil en su puesto con los otros tres.

—Sígueme, Juan,—añadió el rey;— este no es buen lugar para dar caza al lobo.

El rey lanzó su caballo por una senda estrecha y tortuosa y Juan Tenorio le siguió, indiferente como la fatalidad.

Al poco trecho, al llegar á un claro, el rey se detuvo.

—Desmonta y tenme el caballo Juan,—le dijo.

Tenorio obedeció y el rey echó pie á tierra.

—Ata los caballos á un árbol,—dijo el rey.

Tenorio obedeció.

—Ahora ven y escúchame.

Tenorio se acercó al rey.

—¿Dónde estuviste anoche?—le preguntó de una manera glacial don Pedro.

—Ya os lo he dicho; enamorando á una dama,—contestó con su imperturbable sangre fría, Tenorio.

—¡El nombre de esa dama!

—No os lo puedo decir, señor.

—¡Qué! ¡hay aquí algún pariente de esa señora!

Tenorio miró fijamente al rey y no contestó, porque su altivez rechazaba una mentira.

—Te comprendo, Juan; para todos eres feroz y valiente menos para mí, no quieres mentir, ni pronunciar delante de mí su nombre: pues bien la dama á quien anoche injuriaste y maltrataste es la reina doña María de Padilla.

Tenorio sostuvo fija su mirada incontrastable en el rey, se hizo dos pasos atrás y desnudó su espada; pero todo esto con una calma heróica.

—Ve [illegible] comprendiéndome, Juan: en efecto: tu sabes demasiado que el rey don Pedro, antes que rey es caballero, y que existen ofensas que solo puede lavar un caballero por sí mismo. Aun aun no es tiempo: dame la carta que mostraste anoche á doña María.

—No,—dijo Juan Tenorio, con acento breve y acentuado.

—El nombre del hombre á quien te referías anoche.

—¡No!—repitió con más energía Juan Tenorio.

Tras aquel no, el rey no pronunció ni una sola

Ist de J. Palacios Arenal 27 Madrid

Muerte de Juan Tenorio.

labra: desenvainó su espada y se fué en línea recta hacia Juan Tenorio.

Un momento después los dos aceros se habían cruzado: no había furor en el ataque ni precipitación en la defensa; parecía aquello más bien que un duelo á muerte un asalto de armas: el rey acometía y Juan Tenorio, sin perder una línea de terreno, resistía el ataque: lentamente las miradas de entrambos se hicieron más chispeantes, más sombrías, más sangrientas; sus semblantes fueron tomando gradualmente la intensa palidez de la cólera, y como si aquel acceso se hubiera comunicado á las espadas, el ataque y la defensa se hicieron más rápidos; al fin los aceros brillaron como relámpagos, se enlazaron, rechinaron, silbaron uno contra otro; el movimiento de ambos combatientes se hizo más nervioso, más irritado, por decirlo así; estrecharon las distancias, y al fin se escuchó una especie de rugido, sordo, terrible, espantoso: Juan Tenorio bajó su espada, vaciló un momento y cayó por tierra: el rey le había atravesado de parte á parte.

—Hace algunos años, Juan,—dijo el rey, pusiste tu lengua en la honra de mi madre, y el príncipe te dió una cuchillada que te tuvo entre la vida y la muerte: hoy te has atrevido á mi esposa y el rey te mata.

Era horrible el acento reconcentrado y frío de don Pedro al pronunciar estas palabras.

—Tu madre era una prostituta, Pedro,—exclamó

con voz espirante Juan Tenorio; y tu esposa si no la matas lo será también.

—La carta y el nombre del infame,—dijo el rey.

—La carta... está... en mi... escarcela... el infa... me... es... Men... Ro... drígnez; y como si no estuviera aun satisfecho, el moribundo hizo un esfuerzo supremo y dijo con voz clara y distinta, como ayudado por el infierno: doña María ama á Men Rodriguez de Sanabria y estos amores... me... ven... gan... de... tí...

Un vómito de sangre le cortó la palabra, se revolvió en su última convulsión y espiró, mientras el rey, como herido por un rayo, vacilaba sobre sí mismo y sentía zumbar en su cabeza el rugido sordo de cien truenos.

—¡Doña María! ¡Men Rodríguez! —exclamó al fin el rey, en un grito inmenso emanado expontáneamente del fondo de su alma. ¡Ella, mi esposa! ¡él mi hermano!

Luego se pasó convulsivamente las manos por las sienes como para contener sus violentos latidos, lanzó en torno suyo una mirada horriblemente sombría y luego se lanzó furiosamente sobre el cadáver y lo golpeó, lo ensangrentó con su daga.

—¡Infame! ¡infame! ¡infame! gritaba llorando y rugiendo á un tiempo: y no tienes cien vidas que p derte arrancar!... ¡oh! ¡he sido demasiado generos ¡yo he debido despedazarte lentamente, día por dí

¡hacerte sufrir un tormento como jamás le ha sufrido hombre alguno! ¡pero mi honra! ¡mi honra! ¡oh! ¡veamos esa carta! ¡veámosla!

Y con un temblor horrible, con una precipitación febril, abrió la escarcela de Tenorio, y sacó la carta que aquel había mostrado la noche anterior á la Padilla.

Al ver el carácter de su escritura don Pedro lanzó un grito salvaje de alegría.

—¡Oh! ¡esta carta no la ha escrito él!—exclamó: y ¡yo recuerdo haber visto una carta semejante á esta! Sí, sí, y tengo conmigo la prueba,—añadió registrándose precipitadamente la escarcela y sacando de ella el billete que le había entregado el Monge-negro y en que se le avisaba de que el dormitorio de doña María sería profanado aquella noche: sí, si (y el rey cotejaba entrambos escritos) una misma mano ha escrito estos dos papeles; ¿pero qué mano es esta? una voz íntima me dice, que estos terribles pergaminos pertenecen á esa mujer, á ese misterioso enemigo que me persigue sin descanso... ¡oh! ¡oh! dominémonos, reflexionemos, obremos con calma; esa mujer estará pronto entre mis manos... y entonces... sí... pero hasta entonces... prudencia... ahora borremos el rastro de esta muerte.

El rey guardó los dos pergaminos, llegó á su caballo, le desató, montó en él y fué en busca de Rodrigo Perez, al que trajo al sitio de la catástrofe.

—Siempre me has sido leal, Rodrigo,—le dijo el rey,

—Y lo seré hasta la muerte, señor,—contestó el ballestero.

—¿Conoces ese cadáver?

—Es el del señor Juan Tenorio.

—Ese era el lobo á quien dábamos caza... pero que nadie sepa que el rey ha hecho la pieza: tú no has visto nada Rodrigo.

—Nada he visto, señor.

—Es necesario que ese cadáver desaparezca.

—Le enterraré.

—No; corta la leña que sea necesaria y quémale.

—Muy bien, señor.

—Para que no quede rastro, mata su caballo y quémale también.

—Muy bien, señor.

—Esta noche te espero con la noticia de que todo está concluído.

—Dicho esto el rey partió de aquel sitio y Rodrigo Pérez empezó su lúgubre tarea.

Cuando la cabalgata entraba en Sevilla, los buenos vecinos se decían, despues de haber contemplado al rey y á sus caballeros.

—Muy sombríos vienen, y no traen una sola pieza ¿Qué habrá sucedido?

Al mismo tiempo cada uno de los cortesanos decía para sí, estas ó semejantes palabras:

—No hay un solo lobo en los alrededores, y Rodrigo Pérez de Castro y Juan Tenorio no vuelven con nosotros.

—Es que sin duda el rey ha dado caza al lobo,—dijo Pero Lope de Padilla al alcenero mayor, que le había comunicado en voz muy baja la anterior observación.

El rey entró en el alcázar, despidió á su servidumbre y se encerró en su cámara.

Al oscurecer se le presentó Rodrigo Pérez.

—¿Está todo concluído?

—Si señor,—dijo el ballestero.

El rey dió una bolsa llena de oro á Rodrigo Pérez, que le besó la mano por la merced y salió.

LIBRO VIGÉSIMO

CAPITULO I

De lo que esperaba Leila en Jerez.

A la misma hora en que acontecían estos sucesos, entraba un hombre pequeño y regordete á caballo en Jerez.

A poco que se reparase en aquel hombre, se conocía á un personaje, del que hace mucho tiempo no hacemos mención; aquel hombre era el agonizante Sancho, el honrado estrangulador del rey.

No vestía sus hábitos, pero sin duda, en un abultado saco que llevaba á la grupa de su caballo, debían ir aquellos trevejos.

En el semblante del hermano Sancho, se notaba cierto cuidado, cierta ansiedad, conocíase que hacía un viaje violento, y, sobre todo, que el resultado de su viaje le causaba miedo.

De tiempo en tiempo (y esto le había hecho mu-

chas veces durante su marcha) sacaba de su escarcela un pergamino, del que pendía un sello de plomo; le desenrollaba y le leía; siempre, después de leerle, su semblante se ponía más pálido y le agitaba un ligero temblor.

—Es extraño,—dijo una vez,—que el rey me haya hecho dar de una manera tan misteriosa esta terrible orden: es verdad que se me han dado otras no menos terribles, y que para estas cosas, me paga su señoría; pero siempre ha sido él mismo quien... pero acaso no ha querido que nadie vea la vacilación que debe haberle agitado hasta el momento de decidirse, y no hay duda: esta es la firma del rey... la he visto demasiadas veces para no conocerla bien: y luego... la precipitación con que se me ha hecho marchar... tenerme preparado caballo... y paga expléndida y adelantada... sí, sí, no hay duda: cúmplase pues la voluntad del rey, y que él dé cuenta á Dios de lo que yo voy á hacer por su mandado: ¡ea! no más vacilar: yo no soy más que un instrumento, y si yo me niego no faltará quien consienta... vamos, pues, á casa del escribano Alvar Yañez.

Y tras estas palabras se aventuró por las callejas de Jerez.

Al mismo tiempo, y por otra puerta, entraban en la ciudad Men Rodríguez de Sanabria, Juan Diente y un acompañamiento de ballesteros de maza, y se dirigieron en derechura al mesón del Pernil de Oro.

Inútil es decir cuánto sería el contento del dueño al ver que se le entraba de nuevo por las puertas, y no menos noblemente que la vez primera, el joven ricohombre que le había dejado como recuerdo tan buenos doblones, aunque esta alegría se alteraba un tanto con la presencia de Juan Diente, que tenía el triste privilegio de causar espanto á todo el mundo.

Men Rodríguez fué acomodado con las mayores muestras de respeto, á causa de su explendidez, y con no menos respeto, lo fué Juan Diente, á causa de su ferocidad: este respeto se hizo extensivo, por una razón semejante, á los demás ballesteros de maza.

En tanto que Men Rodriguez se preparaba para cumplir las órdenes del rey, trasladémonos á una casa lóbrega en el interior de la ciudad: en ella, en una habitación destartalada en que no había más muebles que un lecho, un cofre, una mesa y algunos siñales, estaban Leila y el escribano Alvar Yañez, en la actitud de dos personas que se preparan para salir.

Leila estaba vestida de hombre y Alvar Yañez con su raido traje negro de costumbre; un belón de cobre con dos luces, iluminaba sombriamente la estancia, cuya desnudez contrastaba enérgicamente con el lujo de las habitaciones en que, hasta entonces, había vivido Leila: la turbia luz de los mecheros del belón permitían asimismo juzgar de las variaciones que se habían operado en las personas de Leila y del escribano.

Léila parecía haber envejecido diez años, y aunqu

se conservaba enérgicamente hermosa, sin embargo, su palidez era enfermiza, tenía ya algunas canas; y un ojo perspicaz hubiera adivinado, mas bien que visto, algunas sutiles é imperceptibles arrugas en su frente: estaba flaca, y sino había influido aquel estado sobre su hermosura, era porque la de Leila pertenecía al género de las que sobreviven á todos los accidentes de enfermedad, de enflaquecimiento, de desesperación, y que solo ceden, al cabo de largo tiempo, al influjo de los años, pero dejando siempre rastros, aun en la más avanzada vejez, de lo que han sido. Leila, además, en el momento en que la presentamos á nuestros lectores, estaba fuertemente excitada; excitación que se dejaba conocer en lo vago de sus miradas y en el imperceptible y momentáneo temblor, que pasaba á veces, como una corriente eléctrica, á lo largo de sus miembros.

En cuanto al escribano, viejo ya y acartonado, se mostraba más viejo y más feo, para decirlo en una sola palabra, á causa de un mal estar profundo, de un miedo cerval, de una inquietud cruel, que se notaba en lo receloso de sus miradas, en su distracción, en lo temblo roso de su voz. Además, tanto él como Leila sentían una impaciencia visible.

—¿Acabará de venir ese hombre?—exclamó Leila, que hasta entonces había estado paseando á lo largo de la habitación, deteniéndose de repente.

—Se le avisó ayer,—dijo el escribano, con un ceño de acento de disculpa.

—Nuestro enviado salió muy temprano,—contestó con acento impaciente Leila:—debió llegar al oscurecer á Sevilla: iba bien instruido; y ese Sancho el agenizante, debió ponerse al momento en camino. Aunque haya venido en un galápago, me parece que veinticuatro horas, son demasiado tiempo para cateros leguas.

—Quiera Dios, que el agenizante Sancho no haya sospechado algo y nos haya comprometido.

—Ese hombre no se habrá atrevido á esponerse á la cólera del rey, cuando la orden escrita que ha recibido era terminante y estaba autorizada de una manera legítima é indudable con el sello y la firma del rey.

—¡Hum!—dijo el escribano:—pero el cuerpo de la orden está escrito por vos, y esa clase de órdenes se escriben siempre por quien las dá.

—Y en todo caso, ¿qué importa?—exclamó Leila levantando los hombros, con ese movimiento que indica, que se está dispuesto á todo ó que se desprecia el peligro.

—¿Qué, qué importa? ¡Dios mío! figuraos que el rey sabe á estas horas...

—¡Y que lo sepa! ¿no tenemos dispuesta nuestra fuga?

—Pero si el rey tiene tomados los caminos...

—Lo último es morir.

—¡Ya! vos estais desesperada... pero yo... yo q ue

he pasado toda mi vida dando trepezones en busca de la suerte sin poder encontrarla...

—¿Y quién os ha dicho que yo esté desesperada?

—Quiero decir, que desde el casamiento de Men Rodriguez...

—Creo que no os he autorizado para que interpreteis mis intenciones y me arguyais con ellas... pensad, dentro de vos, como mejor querais; pero no os entrometais á hacerme conocer vuestros pensamientos. ¿No os pago? ¿no os tengo en mis manos? ¿no puedo perderos? pues bien, servidme y callad.

Tembló el escribano al escuchar estas palabras de Leila, pronunciadas con acento severo y despótico, y guardó un profundo silencio.

Leila siguió paseando.

—Ya se ve,—dijo deteniéndose de nuevo,—habeis sido tan torpe...

—¡Torpe!—dijo el escribano no pudiendo sufrir con paciencia aquella calificación...—pues mirad: vos sois la primera que me acusa de torpeza.

—¿Y cómo no he de acusaros? no habeis sabido obligar al alcaide Iñigo Ortiz de Zúñiga, y si algo sabe el rey, habrá sido por vuestra causa.

—Mal que os pese, señora, debo deciros, que Ortiz de Zúñiga es un buen caballero y que preferirá siempre la muerte á cumplir tales órdenes del rey.

—En otra ocasión,—dijo Leila, calmándose un tanto —la generosa acción de Zúñiga, que sin duda cree

haber desobedecido una orden del rey, le granjearía mi afecto... pero ahora le odio, como odio á todo el que se opone á mis proyectos.

—Sin embargo, no he sido tan torpe, señora, cuando os he propuesto un medio.

—Sí, sí, es verdad, hemos depuesto y preso en el alcázar, valiéndonos siempre de la orden del rey á Ortíz de Zúñiga, hemos alejado al obispo Gudiel y á Tel González Palomeque, y hemos logrado que el ballestero Juan Pérez de Escobedo se encargue de la guarda dé la reina.

—Y para que nada se sospeche; para que se tomen por portadores de las órdenes del rey á vuestros bandidos de Nuestra Señora de Rocamador, ¿no ha sido necesaria habilidad, la felíz habilidad que nunca puede suponerse en un torpe.

—Sois muy quisquilloso, Alvar, y os ha hecho una mella demasiado profunda mi acusación de torpeza.

—¿Y cómo quereis que no me ofenda?...

—Mejor hiciérais en informarnos acerca de si tenemos algún peligro que evitar.

—Creeis que me descuido,—dijo el escribano:—todo está previsto y...

Oyése un silbido en la calle.

—¿Qué es eso?—dijo Leila.

—Es un aviso de uno de los míos... esperad, escuchad: debe haber alguna noticia importante porque he oido vuelto á silbar de una manera impaciente.

En efecto, había resonado un segundo silbido más agudo y prolongado que el primero, y el escribano, abriendo una puertecilla, se lanzó precipitadamente por unas escaleras: á poco volvió pálido y desencajado.

—¿Qué sucede?—le preguntó Leila cuidadosa por su aspecto.

—El señor Men Rodriguez de Sanabria, acompañado de Juan Diente y de cien ballesteros de la guardia del rey, acaba de entrar en Jerez. Pero no debe traer mucha prisa porque se ha retirado á descansar.

Esta noticia conmovió profundamente á Leila.

—¡Qué está aquí Men Rodriguez de Sanabria! ¿y á qué puede venir?—exclamó.

—Según viene acompañado,—respondió trémulo el escribano,—no puede venir para nada bueno: ¡cuando yo os digo que es muy posible que el agonizante Sancho se haya presentado al rey para que le confirme de palabra la orden que ha recibido por escrito! ¡y si el rey ha visto esa orden! ¡la madre de Dios nos proteja!

—No, no, si Men Rodriguez viniera con ese objeto vendría con él ese agonizante. ¿Creeis tan torpe al rey que no dejase correr los sucesos para descubrir el hilo?

—Esto es peor, y en verdad que no se me había ocurrido: si, peor, mucho peor, ya no nos podemos fiar de ese Sancho.

—¡Que no podemos fiarnos! sois demasiado cobarde, Alvar Yáñez.

—Soy prudente... en tanto que ves...

—Yo no retrocederé sino cuando vea que no puedo vencer los obstáculos. Pero creo que llaman á la puerta de la calle... acaso sea ese hombre... id, Alvar, id, y cuenta con hacerme una traición, porque ya sabeis que os tengo en mis manos.

—En efecto, habían sonado tres vigorosos golpes en la puerta de la calle, golpes que no siendo contestados, se repitieron con más impaciencia.

—¿Qué haceis que no bajais?—dijo Leila al escribano, que estaba fascinado, dominado por un terror intenso delante de ella:—id, id: ved quien es, y si fuese ese hombre, traedle aquí, ya sabeis lo que teneis que hacer; yo os sentiré venir y me ocultaré... ¡quiero oirlo todo! lo entendeis.

—Si, si, señora... pero, si no fuese ese hombre...

—Si no fuese ese hombre y os prendiesen, si os sucediese otro cualquier negro accidente, vuestra será la culpa, puesto que no os habeis contentado con vuestra suerte, y os habeis metido en empeños peligrosos, queriendo mejorarla: pero una vez en este punto, no es ya posible retroceder... oid: llaman por tercera vez.

El escribano debló la cabeza, dominado por el acento imperativo de Leila, y salió con paso tardo d la estancia.

—¡Oh! ¡oh!—dijo Leila:—afortunadamente he pr

viste desde el principio de mis luchas, que podía llegar á un caso extremo y he sabido hacerme esclavos, sujetos á mi voluntad. Don Simuel, ese hombre, y los hermanos de Nuestra Señora de Recamador son míos... tengo fuerzas bastantes para manchar de una manera indeleble la memoria del rey y para acabarle de destrozar el corazón, que ya he empezado á envenenarle. Suenan pasos, se acercan, ocultémonos y oigamos.

Leila corrió á una puerta, y se escondió precipitadamente tras ella, á punto que se abría otra puerta y entraban Alvar Yañez y el agonizante; este último llevaba un gran envolterio bajo el brazo.

El terror del escribano, estaba encubierto por sí mismo; Alvar Yáñez comprendía que estaba en una situación escurridiza, y apelando á toda su astucia, á los recursos de su envejecida práctica en dominar sus afectos, logró mostrarse impasible ante el agonizante que le miraba de una manera recelosa. Este recelo, que no se ocultaba al cartulario, aumentaba el terror que se revelvía inmenso en el fondo de su alma.

—Según decís, me esperabais de orden del rey,—dijo el verdugo al escribano.

—Sí por cierto, del mismo modo que vos venís á buscarme de orden de su señoría,—contestó Alvar Yáñez.

—Necesito sin embargo que me mostreis vuestra orden,—repuso con su fría reserva el agonizante.

—Vedla aquí,—contestó el escribano, sacando un pergamino del bolsillo.

Maese Sancho, leyó, releyó y dió vueltas por arriba y por abajo el pergamino, durante cuya operación, el alma de Alvar Yáñez, se comprimió, se achicó, se extremeció, por decirlo así, y hubo momentos de que no podía darse cuenta de si estaba muerto ó vivo.

—¡Indudable! ¡auténtica como la mía! —dijo al fin después de un escrupuloso exámen el verdugo...—sí, sí; este es el sello de plomo y el sello de cera del rey; la firma de su señoría, el sello de la cancillería, la refrendación de Mateos Fernández, escribano y notario público de su señoría...! ¡cuando pienso que después de haberse hecho escribir estas órdenes por mano ajena, y de haberlas hecho pasar por tantas formalidades, se nos han dado con tanto misterio...! porque supongo que vos habreis recibido la vuestra como yo he recibido la mía.

—Ignoro como vos la habreis recibido,—dijo con la mayor naturalidad el escribano, aunque sabía demasiado, la manera como se había dado aquella órden al verdugo.

—Pues me la han dado de la manera más extraña; ayer tarde estaba yo en mi casa en el barrio de los Cameros, cuando llegó un soldado con la vesta de los ballesteros de maza de su señoría, extrañóme el no conocer á aquel hombre, cuando por mi oficio conozco á todos los ballesteros... pero esto no tiene nada de extraño... el rey hace cosas incomprensibles; aquel hombre tenía un caballo enjaezado y me dijo dándome esta

den: «el rey os manda que al momento monteis á caballo, que lleveis con vos vuestros hábitos cenicientos, y que sin hablar ni despedirse de nadie partais á Jerez á poneros á las órdenes del escribano Alvar Yáñez á quien obedeceréis, como si se tratase de su señoría;» diéme las señas del lugar donde os encontraría en Jerez y partió.

—Pues yo ni más ni ménos he recibido esta otra orden de un ballestero de maza, á quien tampoco conozco y que me indicó, de orden del rey, que os esperase en esta casa; al fin nos hemos encontrado y estamos en el caso de cumplir las órdenes de su señoría.

—Cumplámoslas, pues, y que Dios haga cargo á su señoría de lo que nosotros ejecutemos por su orden.

—Sí,—dijo sombríamente Alvar Yáñez,—que Dios haga responsable del cumplimiento de estas órdenes á quien las ha escrito. Poneos, pues, vuestros hábitos, que creo será lo que traeis en ese saco, y seguidme.

Maese Sancho, sacó en efecto á luz sus hábitos cenicientos, se los caló, y, sin decir una palabra más, siguió á Alvar Yáñez.

Apenas estuvieron fuera, cuando apareció de nuevo Leila. Su semblante estaba más lívido, su hermosura podía compararse entonces á la sombría hermosura del espíritu de las tinieblas; sus ojos brillaban de una manera sobrenatural.

—Es horroroso, cruelmente horroroso lo que voy á

hacer,—dijo rebozándose en su capa y dirigiéndose á la salida de la casa...—pero necesito vengarme; el hombre que me ha ensangrentado, sin saberlo, el corazón, está á demasiada altura, para que pueda vengarme de otro modo... ¡ea! ¡no más vacilar! ¡no más! lo que está escrito se cumplirá.

Y, diciendo esto, salió de la casa, se rebozó más y siguió á dos sombras, que se perdían á la sazón al extremo de la calle.

Aquellas dos sombras eran el escribano y el verdugo.

Y así, Leila tras ellos, salieron de la ciudad y se encaminaron al castillo; Leila sintió abrir la poterna, y vió que los dos hombres entraban; después avanzó: antes de llegar al puente levadizo, pareciéle oir ruido de espadas y gritos de mujer, á poca distancia, pero aquello podía ser una aventura de las muchas que tenían lugar en aquella época ruda, y Leila, demasiado preocupada con sus asuntos llegó al castillo.

—¡Quién va?—gritó á su aproximación un atalaya desde los adarves.

—¡Por el rey!—contestó Leila.

Poco después rechinaron las cadenas del rastrillo, y, con todo el aparato que se usaba en aquellos tiempos, apareció un hombre ferez cubierto de mallas desde los piés á la cabeza.

Aquel hombre era el ballestero de maza, Juan Pérez de Rebolledo.

—Enteraos de esa orden,—le dijo Leila, sacando un pergamino de su escarcela.

El alcaide la leyó á la luz de la linterna de un soldado, y después de esto dijo á Leila devolviéndosela:

—Sois por lo que he visto paje del rey, y os envía á que presencieis de que modo cumplimos sus órdenes.

—Eso es,—contestó Leila.

—Pues seguidme, caballero; acaban de llegar los que han de ejecutarlas y todo estará concluído antes de un instante.

Leila siguió á Juan Pérez de Rebollede, y apenas estuvieron dentro, cuando se alzó el puente y se caló el rastrillo con estruendo.

A este estruendo siguió otro distinto: oyóse crugir de arneses, el paso apresurado de muchos soldados, se vieron luces por las galerías y se oyeron distintamente gritos de

—¡Traición! ¡traición!

—¡Traición!—exclamó el alcaide precipitándose hacia las escaleras seguido de Leila,—¿qué significa esto alférez Orduña?

—Significa que, al ir á sacar á su señoría la reina de su calabozo, para trasladarla á la sala de honor, según me habíais mandado, hemos encontrado el calabozo desierto y una escala pendiente de la reja, cuyos hierros están limados,—contestó un alférez, con quien se había encontrado el alcaide al salir.

—¡Qué se ha fugado la reina! —exclamó Leila... con un acento indescribible.

—Y con ella doña Isabel Nuñez de Lara y doña Sol de Vargas que estaban encerradas con ella,—dijo el alférez.

—Pues bien, ¡miserables, descuidados, traidores!—gritó Leila, ronca de furor,—¡vosotros responderéis al rey de esta fuga con vuestra cabeza!

Y loca, rugiente, furiosa, siguió las escaleras arriba saltándolas de dos en dos en su impaciencia.

CAPÍTULO II

—

Fatalidades.

Men Rodríguez de Sanabria, en vez de descansar, como había dicho su espía á Alvar Yáñez, solo invirtió en la posada del Pernil de Oro, el tiempo necesario para lavarse el polvo del camino y cambiar de traje.

A pesar de la situación extraña en que se hallaba colocado respecto á doña Isabel Nuñez de Lara, por razón de su casamiento con Beatriz, durante la marcha, después de discutirlo mucho consigo mismo y de haber dudado, y vuelto á dudar, se había decidido á visitar á aquella pobre víctima en cuanto llegara; necesitaba sincerarse con ella frente á frente, protestarla que había cedido á su destino al casarse con Beatriz y que su amor era siempre el amor puro, inmenso, que la había profesado; á más de eso Men Rodríguez sabía que doña Isabel estaba envenenada, pero como aque-

lla muerte, ó por mejor decir, aquella agonía, se prolongaba demasiado, habían nacido esperanzas en su alma respecto á la vida de la única mujer á quien verdaderamente había amado, y ansiaba juzgar por sí mismo viéndola, examinándola, si aquellas esperanzas eran fundadas.

Así, pues, cambió rápidamente de traje y salió del Pernil de Oro, en dirección al alcázar donde pensaba encontrar á doña Isabel.

Juan Diente, que, por más de un motivo, había cobrado un cariño casi paternal al jóven favorito del rey, al verle salir solo y conmovido, para aventurarse en las enmarañadas calles de Jerez, donde en razón á lo tenebroso de la noche, y á ciertos antecedentes que no se habían escapado á la penetración del ballestero, tales como algunos hombres embozados que al pasar por delante del Pernil de Oro miraban al interior con una atención sospechosa, Juan Diente, decimos, apenas puso el pie fuera de la posada Men Rodríguez, cuando, volviéndose á los ballesteros que vagaban en el piso bajo, les dijo:

—¡Hola! ¡doce hombres conmigo! ¡el corazón dispuesto á todo! ¡la mano en la espada, mucho silencio, y en marcha!

Inmediatamente y antes de que Men Rodríguez se hubiese perdido á lo largo de la calle, Juan Diente r puso sobre su pista, seguido de los doce silenciosos ba llesteros.

Iban harto lejos de Men Rodríguez para que el joven, demasiado preocupado por otra parte, pudiese percibir el ruido de sus espuelas, y al fin sin ser notado, Juan Diente le vió entrar en el alcázar y se ocultó, para esperar á que saliese, y darle la misma ignorada guarda, en el soportal en que, en otra ocasión, esperó Andrés Cerchuelo á Men Rodríguez.

El joven por su parte no pudo menos de reparar al entrar en el alcázar, que solo había un soldado de las milicias de la ciudad, guardando el postigo, sentado en un escabel con el mayor descuido, y que en vez de las numerosas y largas lanzas que, en otras ocasiones, llenaban el astillero del zaguán, solo había dos mohosas partesanas. Pero lo que más le importaba era ver á doña Isabel y siguió adelante sin premeditar la causa de aquel descuido, y sin que el soldado por su parte le impidiese el paso.

Al entrar en el patio, vió algunas acémilas y algunos mozos que cargaban en ellas cofres y fardos. Esto le hizo preguntar.

—¿Qué es esto?—dijo á uno de aquellos hombres,—¿quién se muda del alcázar?

—¿Quien ha de ser,—contestó el preguntado,—sino mi señor el obispo de Búrgos, y el señor Tel González Palomeque, á quien el rey ha quitado la guarda de la reina?

—¿Qué les ha quitado la guarda de la reina?

—Si por cierto, señor,—dijo otro que se había acer-

cado,—y no solo eso, sino que el rey manda al obispo que vaya á su obispado, y á mi amo, el señor Tel González, á sus tierras.

—¿Y quién ha quedado en guarda de la reina?

—La reina ha sido trasladada hace tres días al castillo, sin duda para tenerla más segura, y con ella han ido sus damas y la viuda del infante don Juan.

Men Rodríguez no esperó á saber más; extremecióse bajo un presentimiento oscuro, y salió precipitadamente del alcázar con dirección al castillo.

Inútil es decir, que Juan Diente y los doce ballesteros le siguieron.

Al salir de la ciudad, por más distraído que fuese Men Rodríguez, no pudo menos de reparar, en medio del silencio del campo, en el ruido de los pasos de los ballesteros, denunciado por sus espuelas; entonces se volvió, y gritó:

—¿Quién va?

—Soy yo, señor,—contestó Juan Diente adelantandhacia él.

—¡Ah! ¿sois vos señor Juan Diente? os agradezco vuestro cuidado en seguirme, porque me da el corazón que voy á necesitar de vuestra ayuda.

—¡Cómo, señor!

—¡No lo sé! pero suceden cosas extrañas; la reina ha sido trasladada al castillo de orden del rey.

—¡Al castillo..! ¡de orden del rey..! ¡pero silencio.. ¡á un lado del camino! ¿no oís un tropel de caballos!

—Sí; sí, apartémonos.

—Afortunadamente aquí hay árboles; seguidme, señor, y vosotros tambien.

Y Men Rodríguez, Juan Diente y los doce ballesteros se echaron á un lado del camino, y se ocultaron entre unos árboles que se veían á poca distancia.

Por una coincidencia singular, los ginetes que se acercaban, se detuvieron en el mismo sitio, se apartaron del camino y se ocultaron junto á los árboles. Era la noche densamente oscura, como hemos indicado, y los recien llegados no pudieron notar que tras cada uno de los árboles vecinos, estaba oculto un hombre. Men Rodríguez y Juan Diente estaban, por casualidad, muy cerca de los ginetes.

—Ya sabeis el empeño á que os habeis comprometido,—dijo una vez por la que Men Rodríguez reconoció con asombro á Andrés Corchuelo.

—Lo sabemos,—dijo uno de los otros.

—Se os pagará lo que habeis pedido.

—Sí, sí, señor, y no tenemos queja, repuso la misma vez.

—Además, os espera una gran recompensa... vamos á salvar á una reina... el rey de Francia su pariente, os cubrirá de oro y honores.

—¿Y está todo dispuesto?—dijo otro.

—Sí,—contestó Andrés Corchuelo,—anoche estuve desde las doce hasta el amanecer limando los hierros de la reja.

—Pues no deja de ser alta.

—Doña Sol de Vargas, me había echado un cordón y por él subió una escala y la aseguró: si los barretes no hubieran sido tan fuertes, anoche la hubiéramos salvado; pero esta noche tenemos tiempo: es temprano y todavía no están en la torre los atalayas, porque no se ponen hasta la queda: ahora bien, tomad, á campo atraviesa, de modo que no podais ser sentidos, llevaos mi caballo y esperad delante de la torre del Homenaje, donde está presa doña Blanca, á dos tiros de ballesta de ella.

Andrés Corchuelo, desmontó, entregó su caballo á los suyos, les mandó ponerse en marcha, y él por otro lado se encaminó al castillo.

—He aquí que Dios nos envía señor,—dijo Juan Diente, para evitar el que roben al rey su esposa.

—Sí, sí, es verdad... la libertad de doña Blanca sería funesta, dijo Men Rodríguez: esto traería de nuevo la guerra civil, ya demasiado encarnizada; marchemos, marchemos, impidamos...

—El mejor modo de impedirlo...

—Es ir en derechura al castillo.

—No, no señor, creedme: ese hombre nos lleva delantera; lo tiene todo preparado, y, si por acaso, encontramos dificultades para entrar, viniendo, como venimos desprovistos de una orden, daremos lugar á que se nos escapen... la noche es oscura, hay grandes bosques en los alrededores y pudieran perdérse-

nos... venid, señor; para esta clase de asuntos me pinto solo... habrá estocadas y muertes, pero os juro que no se nos escaparán.

Y Juan Diente salió de entre los árboles y Men Rodríguez y los ballesteros le siguieron.

Entretanto, en un calabozo lóbrego, de espesos muros, pobremente alumbrado por una lámpara de hierro había tres damas. Era una la reina doña Blanca, la otra doña Isabel Núñez de Lara, cuya belleza estaba manchada por esa impura y terrible palidez de la tísis; y cuyo semblante había perdido la hechicera suavidad de sus formas por un enflaquecimiento horrible: la tercera dama era doña Sol de Vargas.

Aquellas tres pobres mujeres mostraban en sus semblante una ansiedad mortal, y doña Sol de Vargas, asomada á la reja, temblaba de impaciencia, asida á sus limados barrotes.

Sobre una mesa había un pequeño envoltorio, dentro del cual y hechas un solo cuerpo estaban las joyas de las tres mujeres, mejor dicho, los restos de sus joyas, la mayor parte de las cuales habían sido vendidas por Andrés Corchuelo para facilitar la fuga. Aquella fuga se había hecho más costosa y más difícil por la traslación de la reina al castillo.

Hay momentos que son siglos de desgarradora ansiedad y tales eran los que pasaban para aquellas tres desdichadas: doña Blanca, muerto hacía mucho tiempo su orgullo, lloraba; doña Isabel estaba impasible

como podríamos figurarnos el descarnado espectro de la fatalidad; doña Sol de Vargas lanzaba toda su vida á sus ojos y á sus oidos, devorando las tinieblas y el silencio, y apretando convulsivamente en una de sus manos un cordón de seda.

Al fin doña Sol, ahogó un grito de alegría: al pie de la torre habia resonado un ténue silbido, semejante al de una culebra: aquella era la seña convenida con Andrés Corchuelo.

—Ya está ahí,—dijo doña Sol, dejando caer fuera, con mano trémula el cordón, á cuyo extremo inferior iba atada una piedra.

—¿Qué está ahí?—dijo maquinalmente doña Blanca, en tanto que doña Isabel, sin pronunciar una palabra, se acercaba con paso debil á la reja.

—Sí, sí; pero silencio, mucho silencio; es mi Andrés... ¡cuanto le amo Dios mio! ¡qué generoso es! —murmuró en acento casi imperceptible... ¡oh! aunque fuera hijo de un verdugo me casaría con él... ¿qué digo casarme? ¡sería su querida! ya sube la escala... ¡ah! ¡ah! por fin ya está aquí.

Y doña Sol aseguró los garfios de una escala á los barrotes que no habían sido limados. Poco despues la tensión de la escala y el ligero rechinamiento de los garfios contra los barrotes, demostraron que alguien subía por ella.

Al fin, pasados algunos momentos, apareció tras la reja Andrés Corchuelo.

—¡Valor, señora, valor,—dijo en voz contenida; dentro de un momento estareis en libertad.

—¡Oh! ¡Dios mío! que él os recompense vuestra generosa acción,—exclamó la reina cayendo de rodillas.

Andrés con una impaciencia febril, arrancó tres barretes, que doña Sol de Vargas colocó sucesivamente dentro del calabozo. Entonces quedó una ancha salida.

—Venid señora, venid, y nada temais—dijo Andres Cerchuelo, dirigiéndose á la reina:—soy por fortuna demasiado robusto, y la escala bastante fuerte para que no temais por nuestra vida.

—¡Oh! ¡bien sabe Dios que no temo á la muerte,—exclamó la reina llorando; sino á la mancha que esta muerte arrojaría sobre el rey! ¡Dios mío! ¿qué daño le ha hecho una mujer que tanto le ama?

—Pronto, pronto señora;—exclamó impaciente Andrés; tiempo tendreis de llorar y lamentaros fuera de aquí; decidíos; un momento puede malograrlo todo; ayudadme doña Sol. Obligad á su señoría.

Doña Sol asió á la reina: al fin doña Blanca estuvo fuera de la reja entre los brazos de Andrés, que descendió lentamente con ella.

El tiempo de aquel descenso fué de terrible angustia para doña Isabel y doña Sol, que amaban con toda su alma á aquella infeliz reina; que despues de su largo y triste cautiverio, se veía obligada á huir del odio inmotivado de un esposo á quien adoraba.

No tardó en aparecer de nuevo Andrés.

—Venid doña Isabel, venid,—dijo.

—¿Quién yo?—exclamó doña Isabel; para qué quereis salvar un cadáver? salvad á vuestro amor, salvad á doña Sol.

Pero doña Sol, asió de doña Isabel, que por su estado de enflaquecimiento, era ligera como una pluma, y la puso en los brazos de Andrés, que descendió con ella.

—¡Oh! ¡gracias, gracias Dios mío!—exclamó la generosa doña Sol, cayendo de rodillas, con las manos cruzadas, y los ojos cubiertos de lágrimas alzados al cielo:—ahora que ellas se han salvado, poco importa que perezca yo.

Poco después Andrés apareció de nuevo, y doña Sol se levantó, montó en el alfeizar de la reja y se apoyó en sus brazos; cruzóse entonces una inmensa mirada de felicidad entre los dos amantes, resonó un beso ardiente, inmenso, y entre aquel beso la voz de doña Sol, alterada por el llanto que exclamó desfallecida de felicidad:

—¡Oh! ¡tuya! ¡tuya hasta la muerte!

Andrés la estrechó delirante contra su corazón y descendió con ella; doña Sol, no pudiendo resistir á lo agudo de aquellas emociones sucesivas se desvaneció.

Cuando llegaron al pie del muro, al soltarla Andrés, que no se había apercibido de su estado, cayó inerte en tierra.

Este estado de doña Sol, detuvo un tanto la marcha; al fin se repuso, y Andrés, la reina, y las dos damas se separaron precipitadamente del castillo, en busca de los hombres que les aguardaban.

Durante algun tiempo no tuvieron tropiezo alguno: el castillo permanecía silencioso y todo demostraba que en él no se habían apercibido de aquella triple fuga: ya estaban cerca de sus gentes, que adelantaban hacia ellos, cuando de improviso sonó ruido de espuelas; al fin se distinguieron entre lo oscuro algunos bultos y luego se oyó una voz robusta que gritaba con acento feroz:

—¡Alto, traidores! ¡alto á los ballesteros del rey!

Aquella voz era la de Juan Diente.

Renunciamos á describir el efecto que aquella voz causó en los fugitivos; por mucho que nos esforzásemos no consiguiríamos hacer concebir á nuestros lectores una idea exacta de su terror: para que lo comprendiesen, era necesario que el autor pudiese disponer de medios que no están á su alcance.

Hubo un momento de estupor, durante el cual, sufrieron los fugitivos toda una agonía: la sorpresa, el miedo y la desesperación de verse detenidos cuando se creían libres, heló la sangre en sus venas y les enmudeció.

El primero que se rehizo fué Andrés, que dijo con voz no muy segura desnudando su espada:

—Quienes quiera seais, dejad paso á gentes que van por su camino.

—Vuestro camino, mal que os pese señora,—dijo á la sazón Men Rodríguez, que en vano pretendía hacer cortés su acento, alterado por la cólera que le causaba el acento de Andrés, recordándole de una manera fatal los insultos de la carta que había dirigido á Beatríz: vuestro camino, es al castillo de Jeréz donde la voluntad del rey quiere que esteis presas.

¡Ah! ¡venís aquí tambien, señor Men Rodriguez de Sanabria!—exclamó con la voz ahogada por el furor Andrés: ciertamente que á vuestras anteriores hazañas faltaba esta cobarde acción.

—¡Callad, vive Dios!—exclamó Men Rodríguez, adelantando entre lo escuro hácia Andrés Corchuelo, sino quereis que os corte la infame lengua.

—¡Por piedad, por piedad caballeros!—exclamó una voz dulce y debil, la voz de doña Isabel Núñez de Lara; tened compasión, no de mí sino de la noble y desventurada dama que vive con nosotros. ¿Qué os importa que se ponga á salvo del furor del rey? Pensad que no la habeis encontrado, dejadla pasar, y llevadme á mí, á mí, que aprecio muy poco la vida, á donde mejor querais.

—Callad, doña Isabel, callad!—exclamó con orgullo doña Blanca. La reina que no ha suplicado al rey, no suplicará á un vasallo. La reina manda: haceos atrás caballero, haceos atrás con los vuestros ó la reina se abrirá paso por cima de vos.

—¡Oh! ¡eso lo veremos!—exclamó con acento ronco

Juan Diente. ¡Hola, camaradas! ¡el señor Men Rodríguez os manda que os apodereis de la reina y de las gentes que la acompañan!

—Esperad, esperad un momento,—dijo Men Rodriguez:—su señoría la reina comprenderá que solo cumplimos con nuestra obligación, suplicándola nos permita acompañarla.

—Si en mí consiste que se evite sangre, marchemos, señores, marchemos: pero ha de ser con la condición de que se deje libre á quien tan generosamente se ha expuesto por salvarme.

—Es inútil, señora,—respondió enérgicamente Andrés Corchuelo; al ofrecer mi vida á vuestra señoría, no se la ofrecí en valde; ¡á mí compañeros! ¡á mí y á ellos!

Un momento despues se había trabado un combate, y el ruido de las espadas y los gritos desesperados de doña Sol, eran los que había oido Leila á lo lejos al llegar al castillo.

Andrés, impulsado por su odio, se había dirigido á Men Rodríguez, y este, ofendido y deseoso de castigar su insolencia, había respondido á su llamamiento. Aquellos dos hombres que se habían llamado amigos á primera vista, habían llegado á ser enemigos á muerte, á causa de una mujer.

Embistiéronse con un furor extremado; ya sabemos que Andrés era maestro de armas y diestrísimo, y conocemos tambien el valor y la destreza de Men Rodrí-

guez; pero Andrés, más irritado que Sanabria olvidaba las reglas y el tacto que se necesita para un ataque á oscuras, y solo pensaba en buscar el bulto redoblando las estocadas: esto le fué fatal. Men Rodríguez más sereno, reducido á la defensa, le esperó, y hubo un momento en que solo necesitó presentar á Andrés la punta de su espada, para que el desdichado se atravesase.

Al sentir la punta de su espada rasgando la carne, Men Rodríguez se extremeció, comprendió demasiado bien que Andrés había recibido un golpe de muerte, y de impoviso se le vino á la memoria la noche en que por primera vez había visto á aquel hermoso joven, herido, pálido, al lado de un pobre anciano, que no tenía otro hijo, que le aderaba y que temblaba por su vida.

Men Rodríguez experimentó, por efecto de su esquisita sensibilidad, un extremecimiento y un horror igual, al que debió sentir Cain después de haber muerto á su hermano Abel. Porque la amistad para Men Rodríguez era una fraternidad: porque si bien Andrés le había ofendido de una manera dura, Andrés había perdido su amor, y por la primera vez pensó en que el despecho, no su corazón, había arrancado á Andrés la injuriosa carta escrita á Beatríz.

Arrojóse lleno de ansiedad sobre el infeliz joven, sin reparar en que junto á él se batían revueltos los ballesteros de maza y las gentes de Andrés, ni en que

podía ser herido á mansalva: solo pensó en aquel hombre, que al verter su sangre había recobrado su amistad. Pero era tarde: Andres había muerto.

Era un nuevo y penoso sacrificio añadido á los que ya había hecho su lealtad al rey don Pedro: en otra ocasión menos extrema, los dos jóvenes hubieran tenido lugar de explicarse, se hubieran entendido, y se hubieran separado al fin sin poner mano á la espada, con el corazón desgarrado, pero siempre amigos. En aquella ocasión fatal, Men Rodríguez se había visto obligado á evitar la fuga de la reina, se habían encontrado delante de testigos, y en el primer momento de furor, habían desnudado las espadas, é ídose el uno contra el otro.

—He amado á una mujer y la he perdido,—exclamó dolorosamente el joven: he tenido un amigo y le he matado, pensaba encontrar la suerte en la corte y solo he encontrado la desgracia... ¡oh rey don Pedro, rey don Pedro! ¡tú eres la causa de todo, y te sirvo aun y te amo!... ¡oh! ¡es que ante todo soy Sanabria, y un Sanabria no puede ser traidor!

Y, rehaciéndose, vió que su espada era necesaria á Juan Diente, y poniéndose á su lado embistió á las gentes de la reina.

Lo prolongado de la lucha, consistía en que, antes de todo, Juan Diente había hecho que seis ballesteros se apoderasen de la reina y de las dos damas, y las alejasen del lugar del combate: se había quedado solo

con seis hombres, contra una veintena de aventureros, y aunque ningun ballestero había muerto, sin embargo sentían la desventaja y estaban cansados.

Men Rodríguez era uno de esos hombres que valen por diez, y su ayuda se hizo notar al momento; á las primeras estocadas cayeron por tierra tres de los contrarios; se animó Juan Diente, que arrojó otros tres por tierra, rugiendo como un león hambriento; apretaron los ballesteros los dientes y los puños, y al fin, aterrados por aquel vendabal de golpes, viendo por otra parte que su jefe había desaparecido, empezaron á desconfiar, se aterraron despues, y luego huyeron, no sin dejarse ocho hombres sobre el campo.

Por una casualidad extraña los ballesteros no habían recibido más que pequeñas heridas, y Juan Diente se rascaba un hombro que le habían rasgado de una estocada falsa:

—¡Oh! ¡oh!—dijo á Men Rodríguez. ¡allá van! ¡vayan en buen hora! ¡á enemigo que huye puente de plata...! pero es necesario confesar que sin vos, señor, hubieran dado fin de nosotros... ¿y cómo está guardado ese castillo, vive Dios, que no han oido un combate á dos tiros de ballesta de él? ¡Aquí debe haber traición! marchemos, señor, marchemos al castillo, no sea que esas gentes tengan cerca quien les ayude, y vuelvan y sean tantos que no podamos defendernos.

—Sí, sí, pensais con prudencia señor Juan Diente, —dijo de una manera maquinal Men Rodríguez: pero

creo que no han quedado con ganas de volver. Veamos ahora donde se encuentra su señoría, y conduzcámosla con sus damas al castillo.

Juan Diente silbó de una manera prolongada y allá desde larga distancia en dirección al camino del castillo, contestó otro silbido semejante. Men Rodríguez, Juan Diente y los seis ballesteros, quejándose el uno y votando el otro, á causa de sus heridas, se encaminaron á campo atraviesa al lugar donde había resonado el silbido.

Mientras llegaban, Juan Diente preguntó con un interés casi paternal á Men Rodríguez.

—¿Y á vos no os han herido, señor?

—No, por desgracia,—dijo el joven; creo que Dios ó el diablo me guardan para probarme, y cuanto más busco la muerte menos doy con ella.

Juan Diente conoció las razones de la desesperación del joven, y guardó silencio respetándolas.

Poco despues llegaron al camino.

Entonces, de entre el grupo de ballesteros, salió una mujer, y dijo con voz convulsa y trémula:

—¿Viene con vosotros el señor Men Rodríguez?

Aquella mujer era doña Isabel Núñez de Lara.

—Héme aquí, señora,—contestó temblando el joven.

—Y... ¿estais herido?

—No,—contestó Sanabria.

—¡Oh! ¡gracias Dios mío! ¡gracias!—exclamó con un sublime acento de amor y de alegría doña Isabel.

—¡Y Andrés! ¡y Andrés!—exclamó anhelante doña Sol.

—Andrés... ha huido...—contestó penosamente Men Rodríguez.

—¡Mentís...!—gritó desesperada doña Sol... Andrés ha muerto... ó está preso... lo que viene á ser lo mismo.

—Muerto... preso...—exclamó la reina, ¡y todo por mí, ¡oh, Dios mío!

—Pensemos en vuestra señoría,—contestó Men Rodríguez: cuando se trata de reyes la vida de los vasallos importa muy poco.

—¡Ah! ¡maldito seais vos!—exclamó con acento desgarrador doña Sol, que en el acento de las últimas palabras de Men Rodríguez había comprendido la muerte de Andrés. ¡Maldito seais vos! asesino, y que la sangre de mi esposo caiga contínuamente sobre vuestra cabeza!

Y empezó á dar esos gritos horribles, que tanto lastiman el alma de quien los oye, y que parece deben escucharse en la eternidad.

Y como un nuevo incidente, que recargaba lo penoso de la situación, doña Isabel se asió llorando á Men Rodríguez.

—No, no; ¡vos no entregareis á la reina! ¡no! ¡vos sabeis que su señoría está en peligro entre los miserables de que la rodea el rey...! ¡no! ¡no! ¡os lo pido en nombre del amor que me habeis tenido! ¡yo no

creía volveros á ver, volveros á hablar! ¡en otra ocasión hubiera huido de vos! ¡pero ahora os busco! ¡salvad á la reina! ¡salvadla! ¡escuchad mi voz, que os habla desde la tumba!

—¡Ah! ¡señora!—exclamó Men Rodríguez, y ¡cómo me desgarra el alma el no poder obedeceros!

—¡Sí, sí! ¡vos me escucharéis! ¡vos sois bueno! ¡vos no permitiréis...!

—El rey, señora.

—¡Oh! vuestra lealtad es fatal... pero en estos momentos...

—¡Basta! no supliqueis más,—dijo doña Blanca con un orgullo indescribible. La reina se entrega tranquila á sus enemigos, pero no se arrastra á sus pies...

—Medite vuestra señoría...—dijo ofendido en su orgullo Men Rodríguez.

—Nada hay que meditar,—le interrumpió doña Blanca con altivez: nada hay aquí que me lastime, sino la valiente sangre, que se ha derramado en mi defensa... ahora, señores, al castillo... la reina lo quiere... la reina lo manda.

No se habló una palabra más: la reina doña Isabel y doña Sol, rodeadas de los ballesteros, precedidas por Juan Diente y seguidas por Men Rodríguez emprendieron hacia el castillo su marha que tenía mucho de lúgubre.

Antes de llegar á él se abrió la poterna y aparecieron soldados con hachones á cuyo frente marchaba

Juan Pérez de Rebolledo, que salía en busca de las fugitivas.

Juan Diente fué el primero que tropezó con él.

—¡Ah! ¡soberbio bribón!—le dijo,—vuélvete y haz venir al alcaide. Dile que le traemos las tórtolas que se le habían escapado de la jaula.

—El alcaide del castillo de Jeréz está delante de vos, señor Juan Diente,—dijo con acento brutal Rebolledo.

—¿Y dónde está?—dijo Juan Diente mirando en torno suyo:—no veo aquí ningun caballero.

—Caballero ó no,—dijo con insolencia Rebolledo, yo soy el alcaide de orden del rey.

—¡Ah! ¡que tú eres el alcaide!—exclamó con extrañeza Juan Diente: pues mira, no podía haberse valido el rey de peor sujeto.

—Sea lo que quiera,—exclamó con acento de amenaza Rebolledo, alcaide soy, y si es preciso me haré respetar como tal.

—¿Sabes Rebolledo que me están dando ganas de acogotarte como á un ternero?—exclamó Juan Diente, que aun conservaba modismos de su antiguo oficio de cortador.

—Lo dejaremos eso para más adelante,—contestó sombríamente el ballestero.

—Pues dejémosle: ahora vamos á lo que más importa: la reina y sus damas se acercan: pero para entregártelas necesito ver la orden en que el rey te ha conferido esta alcaidía.

—No sois vos persona á quien yo de parte de las órdenes de su señoría.

—Se las darás, al primer rico hombre del reino que viene conmigo: al señor Men Rodríguez de Sanabria.

—Sólo se la mostraré á quien traiga otra orden del rey.

—¿Es este el alcaide?—dijo Men Rodríguez llegando.

—Yo soy,—contestó sin apearse de su brusca insolencia Rebolledo.

—¡Habeis dejado escapar por descuido á presos de alta consideración que se os habían confiado,—dijo severamente Men Rodríguez y vuestro descuido ha producido fatales consecuencias!

—¿Os ha autorizado su señoría para que me reconvengais?

—El rey os diría acaso menos que yo os digo, pero haría más.

—En conclusión: entregadme á su señoría, á doña Isabel Núñez de Lara y á doña Sol de Vargas.

—No os las entregaré, sino que me quedaré yo mismo guardándolas en el castillo.

—Traereis sin duda una orden que os autorize...

—¡Ira de Dios!—exclamó Men Rodríguez. Después de lo que he visto estoy bastantemente autorizado por mi lealtad.

—Siento que vuestra lealtad no sea bastante para m : ¡hola! soldados apoderaos de su señoría, y si esa g nte resiste apoderaos de ella también.

—Esperad un momento: ¿no puedo yo acompañar á su señoría?—dijo Men Rodríguez.

—Su señoría el rey, me ha mandado expresamente que nadie, sino quien traiga una orden suya, entre en el castillo.

—Bien, os entrego la reina, y estas dos damas: pero ved lo que haceis, porque si vos sois alcaide por el rey, del castillo, yo me declaro por mí mismo y en nombre del rey vuestro vigilante.

Y volviéndose á la reina dijo:

—Id descuidada, señora; creo conocer bien las intenciones del rey hacia vuestra señoría y nada teneis que temer; afortunadamente el rey me ha entregado cien valientes ballesteros de su guarda y con ellos, mientras viene una orden del rey, os guardaré desde el campo.

La reina altiva y severa, pero pálida, seguida de doña Isabel y de doña Sol, adelantó, se entregó al alcaide, y rodeada de los soldados se encaminó al castillo.

—¡Ah, Juan Pérez de Rebolledo!—exclamó colérico Juan Diente: juro á Dios que no tardarás mucho en pagarme la insolencia con que me has tratado esta noche.

—Sí, sí; pero al momento, Juan, vos mismo, reventando un caballo á Sevilla. Yo mismo iría, pero creo que mi presencia ha de ser necesaria aquí. Decid al rey lo que habeis visto... no se por qué sospecho un

traición... afortunadamente con esos cien bravos ballesteros tengo lo bastante para poner cerco al castillo. ¡A Jerez! ¡á Jerez sin perder un momento, y vos á Sevilla!

Tras estas palabras Men Rodríguez, Juan Diente y los doce ballesteros se perdieron en la oscuridad á tiempo que se levantaba el puente del castillo, conteniendo de nuevo á su ilustre prisionera y sus dos compañeras de cautiverio.

CAPÍTULO III

En que se relata lo que aconteció á doña Blanca de Borbón en poder de Juan Pérez de Rebolledo.

Después de haber encerrado á cada una de las tres cautivas en un lugar separado, Rebolledo se presentó á Leila.

—Es necesario concluir cuanto antes,—le dijo éste, después de haberse informado de lo que había acontecido entre Men Rodríguez y el ballestero. Su señoría me ha enviado, para que sea testigo del cumplimiento que dais á sus órdenes.

—Estoy dispuesto á cumplirlas.

—Pues bien, conducid como os mandé antes, á la reina á la sala de honor.

Rebolledo giró sobre sus talones, y poco después doña Blanca estaba en un tétrico salón gótico mal iluminado por una lámpara. En él no había más mueble que un sillón y una mesa.

Doña Blanca, que hasta entonces había guardado un tenaz silencio por orgullo, al quedarse sola y encerrada en aquella sombría cámara, sintió miedo: un presentimiento oscuro la aterraba: parecíala aquello una tumba, y miraba con terror una copa de oro que con una escudilla del mismo metal, estaba sobre la mesa, llena de un líquido dorado.

Los ojos de la reina se fijaban, como impulsados por una fascinación horrible, en aquella copa, y su corazón latía violentamente, y una cruel ansiedad la hacía devorar el silencio que la rodeaba.

No duró mucho tiempo aquel silencio: oyéronse tardos pasos en dirección á la puerta, se abrió esta y entró un hombre que colmó el terror de doña Blanca: aquel hombre era un fraile ceniciento, de escasa estatura, grueso, y enteramente cubierto por su capuz.

En una palabra, aquel hombre era el agonizante Sancho.

Apenas estuvo dentro de la cámara, cuando de nuevo se cerró la puerta.

Maese Sancho se quedó temblando á alguna distancia de ella, y dirigiendo miradas recelosas á los tapices de otra puerta situada en un ángulo.

—Es necesario decidirse,—dijo á media voz...—es verdad que se trata de una reina... de una mujer... y de una mujer joven y hermosa... pero... si yo no lo hago lo hará otro...

Y lanzando una nueva mirada á la puerta que cu-

brían los tapices, adelantó hacia la reina, que instintivamente retrocedió dos pasos, pero conteniéndose por orgullo, permaneció inmóvil y silenciosa.

Maese Sancho llegó á alguna distancia de ella y se detuvo también.

—¡Señora!—la dijo balbuceando, despues de un momento de silencio.

—¿Qué me quieres?—contestó con altivez la reina.

—Yo... señora... en verdad... el rey lo manda...

—¿Qué el rey lo manda?... ¿es decir, que siéndole enojosa mi vida, os envía para que me prepare á la muerte?

—¡Ah, señora!—exclamó maese Sancho cayendo de rodillas:—yo soy mandado... perdonadme.

Y como en aquel movimiento brusco se le cayese la capucha, doña Blanca retrocedió al ver su horrible semblante.

—¡Ah!—exclamó:—¡no sois el sacerdote, sois el verdugo!

El agonizante quedó inmóvil, de rodillas, con la mirada atónita, aterrado.

—Sí, sí, hasta el verdugo se espanta del asesinato:—exclamó la reina, á cuyos ojos brotaron dos amargas lágrimas;—pero devorándolas su orgullo avanzó hacia Sancho.

—A todo el que ha de morir se le notifica su sentencia,—dijo:—vos traereis mi sentencia... mostrad y no tembleis... que la víctima no tenga más valor que el asesino.

—¡El rey lo manda!—tartamudeó de nuevo Sancho.

—¡La orden! ¡la orden!—exclamó impaciente la reina...—acabemos pronto, muramos de una vez, ¡la orden!

—Tomad, señora:—exclamó Sancho, dándola un pergamino con mano trémula.

La reina le tomó, fué con paso altivo, grave y magestuoso á la mesa, y á la luz de la lámpara desarrolló aquel pergamino y le leyó.

Decía así:

«El rey: por cuanto conviene á nuestra seguridad, »y á la salud de nuestros reinos, que la reina doña »Blanca de Borbón, nuestra esposa, muera: vos San»cho Sanchez, nuestro ejecutor secreto, os trasladá»reis al castillo de Jerez, mostrareis esta orden á su »alcaide, la notificareis á la reina y... la dareis »muerte...»

La infeliz doña Blanca no pudo leer más: su corazón se desgarró: aquel esposo á quien tanto amaba, que á pesar de sus desvíos, había representado hasta entonces para ella una dudosa esperanza de felicidad, encontraba enojosa y pesada su vida, y se la arrancaba.

Hubo un momento de indecible terror para doña Blanca, de dolor, de desesperación: un momento de marasmo, en que nada vió, nada sintió, mas que la muerte que se acercaba á ella sonriendo de una manera diabólica; luego por un misterio inesplicable de-

corazón, sintió bretar dentro de él, cuando iba á morir, un amor inmenso, deseos volcánicos, por aquel esposo que la asesinaba: después la razón, luchando contra la pasión se sobrepuso á ella: acordóse que era la rama desgajada de un árbol de reyes, y que debía sostener su grandeza, recibiendo sin temblar la muerte, como la reciben los héroes.

Ni un solo músculo de su semblante se contrajo, ni el más ligero temblor estremeció sus miembros; solo podía juzgarse de lo terrible de su situación, por lo denso de su palidez, semejante á la de un cadáver, por lo convulso y lívido de sus labios y por lo intenso y lúcido de su mirada, fija con una expresión indescribible en el verdugo.

—¡El rey quiere que muera!—dijo con voz apagada...—mi muerte conviene á la seguridad y á la paz de sus reinos... pues bien, muramos... concluyamos... concluid... —añadió impaciente, adelantando hacia el verdugo, que se levantó aterrado y retrocedió temblando.

—¡No! ¡yo no puedo!...—exclamó con voz trémula el agonizante...—yo no puedo... el rey lo manda... y no puedo obedecerle, porque... me horroriza mataros señora... no... yo no...

Y retrocedió aun más.

—¡Si vos no me matais, me matará otro menos experimentado que vos!...—exclamó la reina con una angustia terrible... y me hará sufrir más... acabemos.

heridme... prefiero el hierro al veneno... ¡oh! ¡Dios mío!... ¡Dios mío!...

Maese Sancho puso la mano en su puñal, y la reina creyendo llegada su última hora, se arrodilló, cerró los ojos estremecida y oró.

Pero Sancho, vaciló de nuevo; un temblor horrible agitó su cuerpo, envainó el puñal, y exclamó:

—¡No! ¡nunca! ¡jamás!... que me mate el rey en buen hora... pero la mano de Dios os protege... yo nunca he temblado delante de una víctima, y ahora tiemblo... no, no, imposible.

—¡Con que es decir, que el rey es más feroz que el verdugo!... ¡Con que es decir, que todos tienen compasión de mí menos él!—exclamó la reina levantándose con energía...—¡oh! ¡esto es horrible! ¡horrible! ¿para qué quiero yo la vida, si él desea mi muerte!...—y luego añadió con voz reconcentrada y dolorosa.—Dios no ha querido que sea madre: si yo guardase un hijo suyo en mis entrañas, gritaría, me defendería... me arrastraría desesperada á los piés de los verdugos... les diría: el rey, matándome, mata á su hijo... y los verdugos no se atreverían á ser los instrumentos de un parricidio... ¡no, no hay hombres tan feroces!... ¡sería necesario que me matase él!... ¡pero, sola, abandonada... aborrecida... la existencia me pesa, me es horrible!... ¡la muerte! ¡la muerte es un descanso! ¡y tú, no te atreves á dármela!... ¡pues bien, me la daré yo!

Y avanzó hacia la mesa, llegó á ella, y tomó la copa.

Doña Blanca se hallaba en una de esas terribles situaciones, en que, perdida la esperanza, el demonio del suicidio, dice al oido de los desdichados: sufres porque quieres: un cadáver no sufre, la tumba es un eterno lecho de paz: y doña Blanca oía aquella voz infernal, insinuante, dulce, brindándola descanso, á ella que tanto había sufrido; y la reina sonreia á aquella voz con una sonrisa de contento, pero de contento horrible, insensato; sonrisa, ante la cual debe plegar las alas, y llorar amargas lágrimas el ángel de la esperanza; una de esas sonrisas horribles que espantan y lastiman en su silencio más que los gritos de dolor, y la resistencia del terror con que la víctima, antes de recibir el golpe, se revuelve entre los brazos del verdugo. Doña Blanca se encontraba en uno de esos supremos momentos, en que la esperanza se pierde, en que la vida se hace horrible; y se busca con ansia la muerte.

Su mirada fija como en un punto misterioso del espacio, permaneció inmóvil algunos momentos: mirada lúcida, para representar la cual, no hay pintor posible, mirada sobrenatural, á través de la cual podría verse un abismo de dolores, de recuerdos tétricos, de ilusiones marchitas, de amores sedientes, mirada que penetra en la eternidad y deja verla en su oscuro foco; agonía superior á todas las agonías porq e es la agonía del alma.

Si don Pedro hubiera pedido ver aquella mirad ,

si después de verla no hubiera pedido evitar la muerte, su recuerdo le hubiera puesto en el caso de morir para librarse de su horror. Pero don Pedro estaba muy lejos, la fatalidad se había apoderado de su víctima, y doña Blanca, enloquecida al fin por el dolor, por el despecho, por la cólera, por sus terribles pasiones, levantó la copa y bebió..... y se detuvo..... y volvió á beber, y la apuró toda entera.

Maese Sancho lanzó un horrible grito, un grito salvaje de horror, tuvo miedo, un miedo cruel; se precipitó á la puerta de la cámara, que habían cerrado detrás de él; y la golpeó con entrambas manos furiosa; la puerta se abrió y apareció Juan Pérez de Rebolledo.

—¡Dejadme! ¡dejadme pasar!—exclamó el agonizante.

—La reina...—dijo con recelo el ballestero.

—¡La orden del rey está cumplida!—exclamó Maese Sancho, y escapó.

A un mismo tiempo entraron en la cámara por distintas puertas, Leila y Juan Pérez de Rebolledo.

La reina se había dejado caer en el sillón, y lloraba desconsoladamente. El ballestero se acercó pálido y sombrío á la reina. Leila se detuvo irresoluta á poca distancia de ella.

Al sentir junto á sí al ballestero, la reina alzó el pálido semblante y le dijo con dulzura.

—Voy á morir: enviadme un sacerdote.

El ballestero por toda contestación, miró de una manera cobarde á Leila.

—Cumplid la voluntad de su suñería,—contestó esta con acento opaco.

—Es que no hay ningun sacerdote en el castillo.

—¡Que no hay nigun sacerdote aquí!—exclamó doña Blanca;—¡y el obispo Gudiel!

—Está en Jerez,—contestó lúgubremente Rebolledo.

—Id á Jerez, buscad al obispo, y traedle de orden del rey,—dijo Leila.

—¡Oh! ¡quiero ver á doña Sol! ¡á doña Isabel!—añadió la reina.

El ballestero interrogó por segunda vez con una mirada á Leila.

—Sí, sí,—dijo esta: traed á doña Sol y á doña Isabel, id.

Rebolledo salió y Leila se acercó á doña Blanca

—¡Oh! ¿quién sois?—exclamó la reina.

—¿Qué os importa quien yo sea?—contestó Leila contemplando fijamente la mirada de doña Blanca.

—¡Oh! ¡cuanto tarda la muerte!—exclamó doña Blanca: acaso se han engañado... acaso esa copa...

—¡No! ¡morirás! ¡morirás!—exclamó Leila, tu destino era morir... y luego, sublevándose en su alma los instintos de piedad y de compasión, que solo estaban dominados en ellos por sus pasiones,—exclamó con dulzura: ¡el rey te mata...! al enlazarte con él te enlazaste á una serpiente, ¡pobre mujer...! pero Dios te

vengará, sí... ¡Dios! ¡Dios!—añadió con acento desesperado.

Y luego separándose violentamente de la reina, huyó murmurando por los oscuros tramos del castillo.

—Necesitaba vengarme de tí, don Pedro, y al vengarme, me hiero á mí misma: no, nunca podré olvidar á esa desdichada... su recuerdo me despedazará continuamente el corazón... pero necesitaba deshonrarte, rey, y te deshonro... ahora necesito herirte en el corazón... y te heriré.

Y como á punto encontrase á Alvar Yañez, le dijo.

—¡Hemos concluido y nada tenemos que hacer aquí! ¡A Sevilla!

—¡A Sevilla! —repitió Alvar Yañez con el acento resignado de un víctima, siguiendo á Leila.

Merced á sus falsos pergaminos, lograron salir del castillo, y antes de que hubiese tenido tiempo Men Rodríguez de rodearle con sus ballesteros, llegaron á Jerez y una hora después acompañados de cuatro hermanos de Nuestra Señora de Recamador, se dirigían á Sevilla.

CAPÍTULO IV

—

La agonía de doña Blanca.

Un momento después presentaba la cámara de honor del castillo de Jerez, que entonces podía llamarse patíbulo de la reina, un espectáculo desolador.

En él había dos mujeres, por mejor decir, dos cadáveres, doña Blanca y doña Isabel Núnez de Lara; doña Sol de Vargas no había podido acudir al llamamiento de la reina, porque, á causa de la muerte de Andrés, se hallaba acometida en su encierro de un delirio terrible. Yendo de acá para allá, buscando y trayendo remedios inútiles para la reina, estaban las damas de su servidumbre aterradas, pálidas consternadas. La reina había caido en un estado de insensatez horroroso; la enorme cantidad de tósigo que había apurado, la acelerada muerte, pero sin dolor, sin esas crueles punzadas de los corrosivos, sin esas bru-

cas, sin esas convulsiones que producen la mayor parte de los tósigos. El de Leila, era un verdadero *licor de príncipe*, uno de esos agentes de muerte, que matan, desesperando la medicina, engañándola, estraviando su juicio; veneno terrible, que, como había dicho en cierta ocasión Leila á Pero Lope de Padilla, solo producía la muerte después de haber producido la locura.

Doña Isabel Núñez de Lara, envenenada por el mismo tósigo, solo debía la lentitud de su muerte á la pequeña cantidad que había bebido, á pesar de lo cual, su muerte era segura, por lo que hemos dicho que aquellas dos desdichadas eran dos cadáveres.

Llegó un momento en que la locura de la reina se hizo furiosa, y sus damas se vieron obligadas á sujetarla.

—No... no... quiero estar presa... decía la reina revolviéndose en los brazos de sus damas y de doña Isabel que lloraban: no me han traido de Francia para esto... no... yo soy la reina... la esposa legítima del rey... esa es otra mujer que me roba mi tálamo y mi trono es una prostituta... y él no la ama, no... ha venido y me ha dicho que soy su vida... y me ha estrechado frenético de amor entre sus brazos... ¿Le veis? ¿le veis? ¡dicen que es cruel! ¡mienten! ¡mienten! ¡mirad: su mirada es dulce como la de una paloma! y su voz, su voz sonora, ¡amante como la de una tórtola enamorada! ¿no, oís? ¿no oís como me dice?

¡yo te amo! ¡oh! ¡sí, él me ama! él no quiere tenerme presa... ¡es esa mujer, esa horrible mujer que le tiene hechizado! ¡maldita! ¡huye! tu aliento impuro me roba á mi esposo... y tú le deshonras separándole de mí... y le matas... porque mi primo, el delfin de Francia, y mi padre, el duque de Borbón, se cansarán un día de los ultrajes que sufro, y le harán una cruda guerra... ¡cobardes! ¡cobardes! ¡sufris demasiado! ¡sufris mis sufrimientos! ¡permitís que una manceba pise las lises de Francia! ¡venid! ¡venid sino quereis cubriros de deshonra! ¡desplegad el oriflama, y obligad á don Pedro á que arroje de sí á esa mujer impura!

La reina se detuvo, y cayó fatigada sobre el sillón, con la mirada fija, insensata, vaga, sin reconocer á las damas que la rodeaban.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡qué horrible locura! —exclamó sollozando doña Isabel.

—¡Locura! ¡quién habla de locura!—dijo la reina: —¿quién está aquí loco? ¡Ah! sí, me acuerdo..... me acuerdo de que alguien me decía: es una locura amar á nuestro verdugo... el rey te sacrifica y tú amas al rey... ¿y quién era el insensato que me decía estas cosas?... ¡ah! ¡sí! ya me acuerdo... eran don Fadrique... el miserable, el traidor... quería... quería mi amor... ¡infame! quería robar su esposa á su hermano... quería matarle... y el rey le mató á él... ¡ah! ¡ah! ¡ah! y le llaman fatricida y cruel, porque mató á don Fadrique! ¡hizo bien en matarle! ¡don Fadrique era traidor.

La reina calló de nuevo, pero de repente se levantó, aplicó el oido como pretendiendo oir un ruido distante, y exclamó:

—¡Oís! ¡oís! ¡son las trompas de guerra de los valientes gendarmes franceses! ¿no lo oís? ¿no oís la carrera de los caballos, el crugir de las armaduras? no les oís gritar: ¡Berbón y San Dionisio! ¡oh! ¡van á lanzar á la Padilla de mi tálamo! ¡despedazadla, valientes! pero no, no; azotadla con los frenos de vuestros caballos; ponedla desnuda á la vergüenza, como se pone á las rameras, poner sobre su cabeza un pergamino en que hayais escrito con su sangre: *¡he aquí la reina!*

De repente y en tanto que sus damas pugnaban por sujetarla, gritó:

—¡Amparadme! ¡amparadme! ¡me van á matar! ¡ese fraile!... ¡ese fraile no es un ministro de Dios, es un verdugo! ¡ha traído una copa, y en su mano brilla un puñal!... ¡esa copa!... ¡oh! apartad esa copa! yo no quiero morir... él me ama... y yo le siento venir... yo oigo sus pisadas... si me matais él os hará pedazos... porque es valiente y justiciero... ¡no! ¡no! ¡no quiero morir!

La voz de la reina se apagaba rápidamente; ya apenas podían percibirse sus palabras; de improviso dejó de luchar con sus damas, su mirada vaga hasta entonces se fijó; dejóse caer desplomada sobre el sillón, y tendiendo su mano á doña Isabel Núñez de Lara, exclamó:

—¡Ah! ¡yo muero!... ¡y el obispo no viene!... ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡tened compasión de mí!

Después de esto la reina cayó en un marasmo profundo.

Oyóse entonces ruido de armas fuera del castillo; una gritería horrible, tráfago de hombres que iban y venían; después cesó el ruido de armas y se escucharon pasos precipitados en dirección á la puerta de la cámara. Doña Isabel miró cuidadosa hacia ella y lanzó un grito de placer; Men Rodríguez de Sanabria había aparecido en la puerta.

¿Cómo había podido llegar hasta allí Men Rodríguez? Vamos á explicarlo en pocas palabras.

Cuando el agonizante Sancho salía del castillo, vagó á su alrededor, preocupado, ébrio, por decirlo así, de horror, aterrado con lo que acababa de presenciar; á despecho de sus costumbres y de su ferocidad, era hombre antes que verdugo; parecía que un poder fatal le atraía hacia el castillo, haciéndole girar en torno de él, como ligando al crimen que se había cometido en su recinto el instrumento brutal de aquel crimen; maese Sancho fijaba con horror su mirada cobarde en la negra masa del castillo, y, como para su vista no hubiesen sido un obstáculo material sus fuertes murallas, parecíale ver á la reina, en aquel tétrico salón gótico, revolviéndose en una agonía cruel, y cada vez el círculo vago que describía al rededor del castillo, se estrechaba más y más; al fin se encontró de nuevo f

sin pensarlo junto á la poterna. Encuéntrase á cada paso en los procesos de los archivos de los tribunales, ejemplos de esa fascinación del crimen, que obliga de una manera involuntaria al asesino, á volver hacia su víctima; Maese Sancho se encontraba en este caso, y no tornó en sí, sino al escuchar un vigoroso ¿quién va? que su presencia junto á la poterna había arrancado á uno de los guardas del adarve.

—Verdaderamente soy un insensato,—dijo maese Sancho, alejándose del castillo; verdaderamente no soy yo, sino el rey quien la ha matado; y luego... yo no he puesto las manos en ella... pero puse el tósigo al alcance de su mano... ¡oh! ¡oh! y es que tengo dudas... dudas que á cada momento crecen... aquella orden no estaba escrita por el rey... no... aunque estaba firmada por él, si la orden hubiera sido falsa...

Maese Sancho se extremeció y dió á correr en dirección á Jerez; entonces silbó junto á sus oidos un venablo, lanzado desde el adarve, lo que apresuró más su fuga.

De repente se encontró contenido por otro ¿quién va? lanzado desde el camino, por gentes que avanzaban extendidas en ala hacia el castillo.

Aquellas gentes eran Men Rodríguez de Sanabria y los cien ballesteros de maza, que habían llegado tarde para impedir la huida á Leila y á Alvar Yañez, pero, que por causa de su detención, llegaban á tiempo para detener al verdugo.

—¿Quién sois y á dónde vais?—dijo con acento de autoridad, un hombre que adelantó de entre un grupo de ballesteros, y que no era otro que Men Rodriguez de Sanabria.

—Soy un religioso, que va su camino,—contestó maese Sancho con voz humilde, calándose completamente su capucha, á pesar de que lo oscuro de la noche hacía supérflua esta precaución.

—¡Ah! ¡sois un religioso, que va por su camino!—dijo Men Rodriguez:—raro caso: paréceme que os conozco, aunque nunca he tratado frailes.

—Es muy posible, caballero,—dijo con alguna turbación el agonizante.

—¡Oh! ¡sí! ¡os conozco demasiado!—exclamó Men Rodriguez con horror;—¡y vos venís del castillo de Jerez! ¡vos el verdugo! ¡vos el agonizante!...

—Os engañais, señor,—dijo Sancho que al sentir sobre sí á Men Rodriguez, al conocer el horror de sus palabras, al reconocerle, se afirmó en la sospecha de que había sido sorprendido, y le habían hecho cometer un crímen á nombre del rey.

—¡Oh! sí, sí;—exclamó con más horror el joven:—donde quiera que vais vos, va la muerte, y os encuentro en el camino del castillo de Jerez.

Y Men Rodriguez avanzó hacia el verdugo y asió: este que estaba aterrado y preparado á todo, sentirse asido, impulsado por su terror, descargó una furiosa puñalada sobre el pecho de Men Rodrigu

afortunadamente la punta del puñal se rompió contra la cota de mallas que llevaba bajo sus vestidos el joven.

La certeza de que la reina había sido muerta, certeza que no se fundaba mas que en uno de esos presentimientos que nunca nos engañan, la cólera causada en Men Rodriguez por la cobarde agresión del verdugo, el estado febril en que se encontraba el joven, fueron otras circunstancias fatales para maese Sancho, que cayó por tierra herido por la daga de Men Rodriguez.

El vaticinio de Pero Lope de Padilla, cuando el joven y el verdugo se vieron por primera vez en la torre del Oro, se había cumplido: Men Rodríguez no había estrangulado al agonizante, pero con arreglo á las palabras del ballestero mayor del rey, *le había abierto un ojal en el coleto interior.*

—¡Oh! ¡me habeis muerto!—exclamó el verdugo:—¡Dios! ¡Dios! ¡la mano de Dios y sin embargo yo siempre he sido mandado!... y no he sido yo el que ha muerto á la reina...

—¡Que la reina ha muerto!—exclamó lleno de horror Men Rodriguez.

—Sí, el rey... Leila... Alvar Yañez...

Maese Sancho, no pudo hablar más, sus palabras sucesivas se hicieron inintelligibles, lanzó por último un grito ronco é inarticulado y espiró.

Men Rodríguez se volvió á los ballesteros.

—¡Hola! ¡valientes!—dijo,—en círculo á mi alrededor.

Los ballesteros se estrecharon en torno de Men Rodriguez.

—Necesito vuestra sangre en servicio del rey.

—Tomadla toda,—dijo respondiendo por sus compañeros, un toledano llamado Pero Alvillo:—¿no es verdad que todos estais dispuestos á derramar vuestra sangre por su señoría, y por el noble y valiente señor Men Rodriguez de Sanabria?

—¡Sí! ¡sí! ¡sí!—contestaron todos.

—Amigos,—continuó Men Rodríguez,—ese hombre que acaba de morir, nos ha dicho que la reina ha sido asesinada.

Corrió un murmullo de horror entre aquellos rudos soldados, cuya ferocidad cedía al recuerdo de la desgracia de la reina.

—Si el rey la ha mandado ejecutar, y el rey habrá tenido razones para ello; pero, si por el contrario, se ha sorprendido al alcaide, si el alcaide ha cometido una traición, si la muerte de la reina os un crímen oscuro...

—¡Venganza...! ¡venganza entonces, y venganza cruel!—exclamó Pero Alvillo, al mismo tiempo que los demás ballesteros rugían sordamente.

—Suceda lo que quiera, ¡valientes del rey!—exclamó Men Rodríguez,—vamos á apoderarnos del castillo en nombre de su señoría.

—¡Al castillo! ¡al castillo!—gritaron los ballesteros haciendo crugir sus armas.

—Oid; id en silencio como sabeis hacerlo, vosotros tan diestros para una sorpresa, á colocaros entrambos lados del rastrillo, la noche está densamente oscura... no pueden veros, procurad que no os sientan; yo, con diez de vosotros, adelantaré y haré que el alcaide salga á reconocerme; en el momento en que el alcaide esté fuera, precipitaos por la poterna... ocupad el castillo... sois ciento que valeis por mil... ¡ea, Pero Alvillo en marcha...! diez de vosotros quedaos conmigo.

Ochenta ballesteros, á cuyo frente iba Pero Alvillo, se separaron en silencio; al poco espacio sus pasos no se sentían ni se veían sus bultos; Men Rodríguez esperó el tiempo que creyó necesario para que los que precedían tomasen posición, y luego se encaminó desembarazadamente al castillo y al llegar á la poterna gritó:

—¿Quién vá?—preguntaron desde el adarve.

—Por el rey,—contestó Men Rodríguez,—avisad al alcaide.

Poco después Juan Pérez de Rebolledo, receloso por lo que antes le había acontecido, dijo desde el adarve.

—¿Qué quereis?

—Bajad á informaros de una orden del rey.

A poco se abrió la poterna, y adelantaron algunos hombres alumbrados por una linterna; pero antes de

que pudiesen calar el rastrillo, los ochenta ballesteros se precipitaron dentro.

Todo fué cosa de un momento; por más que los soldados, que defendían la entrada, quisieron oponerse á la irrupción, fueron atropellados por los ballesteros, y Men Rodríguez, posesionándose á nombre del rey del castillo, entró en la sala de honor.

Con la antecedente exposición hemos anudado nuestro relato; dijimos que doña Isabel Nuñez de Lara había lanzado un grito de placer al ver en la puerta de la cámara á Men Rodríguez de Sanabria.

Este midió, de una sola ojeada, el triste espectáculo que se presentó á sus ojos, y se extremeció; la reina luchaba con las convulsiones de la agonía.

Men Rodríguez corrió á ella, la asió las manos y gritó, volviéndose á los ballesteros que espada en mano habían quedado en la puerta:

—¡Un médico! ¡pronto! ¡buscad un médico! ¡su señoría se muere!

—¡Oh! ¡no! ¡no! es inútil,—dijo la reina con voz desfallecida...—si el rey os ha enviado, para certificarse de mi muerte, decidle que su voluntad se ha cumplido... y que... muero perdonándole.

—¡Oh! ¡no! ¡no! ¡no! ¡señora! ¡vivid! yo vengo á salvaros...

—¡A salvarme!

—Sí,—exclamó Men Rodríguez.

—¿Y os envía el rey...?

—El rey no sabe, señora, que se haya hecho tan horrible traición.

—Que el rey... no... lo sabe... yo he visto la orden...

—De algún tiempo á esta parte, señora; circulan órdenes falsas del rey.....

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío!—exclamó la reina... —es verdad... recuerdo... ¡oh! mi memoria huye... sí... la orden no estaba escrita por el rey.....

—El rey quiere que vivais... el rey jamás ha pensado en vuestra muerte.....

—¡Oh! ¡mi esperanza! ¿por qué resucitais mi esperanza?... yo no quiero morir si él no me mata. ¡No! ¡no! ¡yo no quiero morir..! ¡y muero! ¡muero!—exclamó la reina cayendo de nuevo, parte sobre el sillón parte en los brazos de doña Isabel.

—No, no moriréis, sería horrible...—exclamó Men Rodríguez con acento de horror.

—Sí... sí... muero... tomad...—dijo la reina sacando con un trabajo infinito un medallón de su seno, y después de haberle llevado á su boca y de haber estampado sobre él débiles besos... es su retrato... llevádselo... como una prenda... de mi amor... decidle... que muero... amándole...

Y extendió su brazo trémulo hacia Men Rodríguez, que tomó el retrato con la misma veneración que hubiera tomado la reliquia de un santo... y en verdad, en verdad, aquella era un reliquia de amor de una mártir.

Luego doña Blanca quiso hablar en vano; se agitó debilmente algunos instantes en los brazos de doña Isabel y al fin cayó inerte sin vida, desplomada sobre el pavimento.

—¡Horror! ¡horror!—exclamó Men Rodríguez pálido de espanto,—¡la cólera de Dios está suspendida sobre la cabeza del rey don Pedro!

—¡Dios castiga las iniquidades de los padres en los hijos, hasta la cuarta generación!—exclamó doña Isabel, que se había arrodillado junto al cadáver de la reina.

Men Rodríguez sintió miedo, un miedo, sordo, horrible, un miedo que jamás había sentido, dentro de aquella cámara y huyó de ella; por algún tiempo vagó como un loco por el castillo, en medio de los ballesteros de maza, asombrados y dolorides con el dolor de aquel buen caballero, á quien todos los leales al rey amaban: de repente, en las habitaciones del alcaide, Men Rodríguez se detuvo junto á una mesa donde había recado de escribir y algunos pergaminos; tomó una pluma y escribió estas solas palabras, que iban dirigidas al rey:

—«¡Señor! ¡señor! rogad á Dios por el alma de la reina doña Blanca!»

CAPITULO V

—

De cómo recibió el rey la noticia de que era viudo de su segunda mujer.

Juan Diente se trasladó en pocas horas á Sevilla, llegó al alcázar y se fué en derechura á la cámara dal rey.

Don Pedro se paseaba á lo largo de ella, en paso desigual, contraído el semblante, hosco, pálido, con la palidez de su sombría cólera, y su mirada era á veces la de un loco, á veces la de un tigre hambriento; de tiempo en tiempo murmuraba estas palabras que no había cesado de repetir desde la muerte de Juan Tenorio.

—¡Ella, mi esposa! ¡él, mi hermano!

Desde aquella muerte ni había visto á la Padilla, ni había salido de su cámara, ni había dormido, ni tomado más alimento que el necesario para no morir; Pero Lope de Padilla, Hinestrosa, todos sus allega-

dos todos sus caballeros habían sido rechazados, y los camareros hacían temblar á la corte refiriéndoles el estado del rey, porque de aquel estado se temía que emanase una cosa terrible.

A pesar de la rigorosa incomunicación en que se había constituído el rey, nadie se atrevió á impedir á Juan Diente que llegase hasta él, porque sabían que jamás había sido comprendido el rudo ballestero en el estrañamiento general. Así, pues, el leal Juan entró en un momento en que el rey, creyéndose solo, se entregaba á uno de sus accesos de furor, de aquel furor, que segun el dicho del ballestero era una locura.

—¡Ah! señor,—exclamó Juan Diente: ¿qué haceis? ¡oh! ¡cómo se conoce que yo estoy lejos de vuestra señoría!

Y lanzándose al rey le sujetó con sus fuerzas de toro, á pesar de que don Pedro era excesivamente forzudo.

—Suelta, traidor, suelta,—exclamó el rey retorciéndose inútilmente entre sus brazos.

—¡Soltar! ¡soltar! sería necesario que me hicieran pedazos, exclamó el ballestero... y no vuelvo á separarme de vos... no, aunque me lo mandeis... ¡Dios mío! ¡si tardo un momento, vos mismo os hubiérais hecho pedazos!

—¡Ah! ¡eres tú, Juan! exclamó el rey dejando forcejear: suéltame, suéltame... y no temas... no. ¡matarme yo...! ¡matarme, cuando en vez de sangr

corre hiel por mis venas...! ¡cuando necesito más que nunca vengarme...! ¡no! ¡no! cuando los haya exterminado á todos... entonces... entonces, sí... será preciso morir porque... porque no se puede vivir con el corazón seco... abrasado... reducido á cenizas ardientes... ¡oh! ¡oh! ¡todos! ¡todos! ¡y ella! ¡y él!

—¿Pero qué sucede, señor...?—exclamó Juan Diente aterrado.

—¡Que sucede...! yo no se lo he dicho á nadie... pero á tí... tu eres mi conciencia... y luego... tú no eres ambicioso... tú no eres infame... eres mi mejor vasallo... mi único amigo... los demás, los demás... todos, son traidores... y ella tambien... y él tambien.

—¿Pero quiénes son esa ella y ese él?

—Ella... escucha, ella, hace algunos años era una simple hidalga, pobre, reducida á servir como dama á la mujer de Alburquerque... Pero era hermosa y falaz... yo muy joven... y... me casaron con ella.

—¡Doña María! ¡la reina! exclamó asombrado y trémulo Juan Diente.

—No; no es la reina, no es mi esposa... porque Dios y yo, sabemos tan solo que lo es, y algunos testigos: pues bien; quemaré los pergaminos que prueban mi matrimonio con ella, mataré á los testigos que lo presenciaron, la mataré á ella diré á mis reinos: esa mujer que he muerto, era una manceba vil que me ha hecho traición... que me tenía hechizado... ¡oh! sí, sí; me tenía hechizado... por ella he condenado á la

desgracia á una reina noble y pura que me ama... pues bien: esa reina infeliz ocupará mi lecho y mi trono... y la haré tan dichosa que me perdone bien su cautiverio. Mira Juan: vé y trae á la reina... Tú eres bastante para ello; y si pareciere poca tu alcurnia, te ennobleceré y te haré rico hombre, como he hecho con ese miserable Sanabria.

Juan Diente, miraba atónito al rey sin comprender una sola palabra de cuanto decía.

—¡Que vuestra esposa, y vuestro más leal vasallo os han hecho traición! dijo al fin con acento de asombro.

—Sí, sí; todos me hacen traición; y mira, mira añadió el rey yendo á una mesa y sacando de uno de sus cajones un pergamino: he aquí lo que me avisan.

—¡La gran compañía ha pasado los montes Pirineos! —exclamó ferozmente Juan: ¡es decir, que el Bastardo mal escarmentado vuelve!

—¿Y en qué circunstancias?—exclamó el rey.

—No pueden ser mejores: teneis sujeto á Aragón, las arcas llenas, restablecido en el trono de Granada Mejanment V, tratado el casamiento de vuestra hija la infanta doña Beatriz, con un hijo de vuestro primo el rey de Portugal: contenida la nobleza...

—Y mi corazón.,. ¿crees tú que yo aprecio ahora en algo lo corona? ¿no te he dicho que doña María, y Men Rodríguez se aman?

—¡Locura! ¡locura!—exclamó enteramente escandalizado Juan Diente; sin duda señor, os han dado algun bebedizo que os perturba la razón.

—No, no: doña María huye de mí...

—Doña María se ve duramente tratada.

—Men Rodríguez...

—Men Rodríguez os es más leal que nunca, y lo que está haciendo ahora mismo en Jerez...

—¡Cómo! ¿ha encontrado á esa Leila, á esa judía, cristiana ó mora, cuya venganza misteriosa siente por todas partes?

—Lo que hemos encontrado señor, es un suceso que está en discordancia con algunas de las palabras que acabo de oiros... la reina, esa reina que pensais traer á vuestro lado ha sido trasladada del alcázar de Jerez al castillo.

—Que ha sido trasladada la reina...

—Sí señor, y el alcaide del castillo Iñigo Ortiz de Zúñiga, ha sido relevado por el ballestero de maza Juan Pérez de Rebolledo.

—¿Y quién ha hecho todo eso?—exclamó con cólera el rey.

—¡Ah! ¡ya sabía yo que debían jugar en el negocio órdenes falsas!

—¡Cómo!

—Todos esos hechos se han llevado á cabo, por medio de órdenes de vuestra señoría,

—¡Ira de Dios!—exclamó el rey, cuyos ojos cente-

llearon,—hé aquí, hé aquí los frutos de tu descuido... hé aquí, que de nuevo asoman las cédulas en blanco que te dí en mal hora.

—No ha sido mía la culpa, señor, sino vuestra.

—¡Mía!—exclamó el rey.

—Nadie está libre de un robo, y pergaminos en blanco, autorizados como aquellos... además señor, ¿no os robaron en vuestra misma cámara, que vos habíais dejado cerrada, un tesoro?

Meditó el rey un momento, y luego dijo volviéndose bruscamente al ballestero:

—Es necesario partir hoy mismo á Jerez; es necesario averiguar, poner en claro, concluir de una vez.

—Pues bien, señor, partamos cuanto antes; á pesar de que se ha quedado allí Men Rodríguez resuelto á todo trance á proteger á la reina...

—¡A proteger á la reina! ¿pues qué peligro la amenaza?—exclamó el rey palideciendo intensamente.

—¿Qué peligro? ¿no decís señor que no habeis dado orden alguna para que se traslade á la reina del alcázar al castillo?

—No... yo no he dado esas órdenes... por el contrario pensaba...

—Y para qué quieren aislar á la reina de los leales servidores de que la habíais rodeado.

—¡Oh, Juan, Juan! ¡tu perspicacia es una perspicacia horrible...?

—Pero probable... y un presentimiento siniestro...

—Pues bien, partamos al momento, al momento; no necesitamos á nadie... iremos solos; allá con Men Rodríguez hay cien ballesteros de mi guarda; ¡hola, camareros, escuderos; mis ropas de viaje, mis armas y dos caballos!

Inmediatamente fueron cumplidas las órdenes del rey, que un momento después cabalgaba con Juan Diente en el corral del Apeadero y salía del alcázar y de Sevilla por el postigo del Carbón, y se lanzaron al galope hacia el camino de Jerez, por el que adelantaron con una velocidad maravillosa.

A poca distancia de Sevilla, Juan Diente exclamó viendo venir á un ginete á rienda suelta.

—Hé ahí que se acerca uno de vuestros ballesteros señor.

—¡Un ballestero! Detente,—exclamó el rey, conteniendo su caballo.

—¡Hola, Gabriel de Luque!—exclamó Juan Diente, lanzando su caballo hacia el ballestero, á quien había reconocido.

El ballestero se detuvo y lanzó una mirada al rey que estaba envuelto en su tabardo, y se cubría el rostro con una parte de él.

—¿Es aquel caballero su señoría el rey?—dijo.

—¿Buscas al rey?—preguntó con acento trémulo por el cuidado, Juan Diente.

—Sí por cierto.

—¿Quién te envía?

—El señor Men Rodríguez de Sanabria.

—¿Y con qué mensaje?

—Con una carta para el rey.

—Dámela.

—El señor Men Rodríguez me ha mandado, so pena de traición, que no entregue esta carta á otra persona que á su señoría.

—Señor,—dijo Juan Diente volviéndose al rey;—vuestro ballestero Gabriel de Luque, trae una carta del señor Men Rodríguez para vuestra señoría.

—Adelante, mi bravo Gabriel, mi buen ballestero, —dijo el rey descubriéndose y adelantando hacia el mensajero.

Este se arrojó precipitadamente del caballo y doblando una rodilla en el polvo del camino delante del estribo derecho del rey, le entregó un pergamino.

El rey le leyó de una ojeada, lanzó un grito indescribible, de indignación, de rabia, de cólera; un grito semejante al rugir de un león irritado, y luego alzó los ojos y los puños al cielo en un ademán que equivalía á cien blasfemias.

—¡Señor! ¡señor!—exclamó aterrado Juan Diente.

—Toma y lee,—dijo el rey con acento ronco y lúgubre, entregando con una mano temblorosa el pergamino á Juan Diente, que al leerle lanzó un rugido semejante aunque más salvaje que el del rey y olvidándose de todo temor á Dios y de todo respeto al rey, soltó un voto horroroso.

—¡Pronto! ¡pronto!—exclamó el rey;—tú Gabriel, ve á Sevilla, que doblen todas las campanas de la ciudad durante tres días; que se armen mis escuadrones y que hasta que yo vuelva, no se deje entrar ni salir á nadie en la ciudad, sino á los que lleven mantenimientos.

—¡La orden, señor!—dijo temblando el ballestero.

—¡La orden! yo te la doy, dala tú en mi nombre, y advierte á los que han de cumplirla que si faltan á ella, se den por muertos... ira de Dios... ¡tú, Gabriel, á Sevilla! ¡nosotros, Juan, á Jerez!

Y como si una legión de demonios le hubiera entrado en el cuerpo, lanzó su caballo, le desgarró los hijares, y partió como una exhalación camino de Jerez, con el semblante fatal, sombrío, amenazador, y la mirada tenazmente fija á lo largo del camino, como si hubiera querido atraer á Jerez.

La carta que tal había puesto al rey y á Juan Diente, contenía aquellas terribles frases escritas en un momento de desesperación por Men Rodríguez:

—«¡Señor! ¡señor! ¡rogad á Dios por el alma de la reina doña Blanca!»

LIBRO VIGÉSIMOPRIMERO

CAPITULO PRIMERO

De cómo entretanto Leila no se dormía en las pajas.

Con no menos velocidad que el rey se dirigía á Jerez, se había dirigido, una hora antes, un ginete encubierto á Santipence á la torre del astrólogo Jonatham-Abi-Arum-ebn Sina.

Después de algunas precauciones tomadas por el prudentísimo judío, el ginete descabalgó, metió su caballo en la torre, cerróse la puerta, y judío y visitante subieron al laboratorio.

Allí el recién llegado se descubrió.

Era Leila.

—Ha llegado la hora de obrar,—le dijo;—la hora de que te vengues.

—¡Que ha sonado la hora de la venganza!

—Sí, y todo, todo, la *gran compañía* que, acandi-

llada por Beltrán Dugueselín ha pasado los Pirineos, la peste negra, que avanza rápidamente hacia Sevilla, y el hambre que empieza á sentirse, todo, todo nos ayuda; ha llegado la hora de que vengues á tu hija.

—Pero para vengarme...

—¡Necesitas dinero! ¡toma!

—¿Y que es esto?

—Una libranza de veinte mil doblas contra David el Rumy.

—¡Ah! ¡el infame esposo de mi hija es quien me ha de procurar los medios para mi venganza!

—Sí, sí, pero al momento; prépararlo todo.

—¿Y qué he de hacer?

—Es necesario que los judíos se subleven; que no vendan un solo grano de trigo, aunque por cada uno les dieran un tesoro.

—Pero los judíos solos, abandonados...

—¿Y quién te ha dicho que están solos...? ¿qué no me apoyaría yo más que en esa raza miserable y envilecida? no, no, ellos me ayudarán es cierto, contribuyendo á que el pueblo de Sevilla sienta la rabia del hombre... pero les ayudaré con todo mi ejército.

—¿Y qué ejercito es ese?

—Primero el pueblo irritado por el hambre y por a peste; luego la canalla comprada á cuya frente irán mis trescientos valientes hermanos de Nuestra Señora de Recamador.

—Jugamos la cabeza,—dijo temblando el judío.

—¿Acaso no la tienes jugada ya? ¿acaso no has hecho tú el filtro que ha matado á doña Blanca de Borbón?

El judío palideció y tembló.

—¡Oh! ¡qué venganza tan horrible!—dijo.

—Sí, sí, horrible, infernal... pero era preciso herirle, herirle en el alma, en el corazón, en la cabeza; ¿y qué importa? el mundo incendiaría yo por vengarme; ese rey me lo ha robado todo; padres, hermanos, amor, nombre... libertad... porque yo al fin no soy más que una esclava fugitiva... y á tí, á tí te ha robado tu hija.

—Sí, venguémonos,—exclamó con acento profundo el judío.

—Pues pronto, deja este nido de grajos, y vente conmigo á Sevilla.

—¿Y para qué?

—Podrá suceder que el rey avisado de la muerte de la reina doña Blanca, cierre las puertas de Sevilla para asegurarse algunas cabezas, y es necesario que nosotros nos encerremos con él.

—Vamos, pues,—dijo el judío comprendiendo á Leila, que por su parte había adivinado las intenciones del rey.

Bajaron entrambos del laboratorio, sacaron el caballo; cerró el judío la puerta de hierro y cabalgó á l grupa. Una hora después entraban en la judería. Jonathan, que había desmontado á alguna distancia d

la puerta de Adehar, entró en el barrio de sus compatriotas por distinta puerta que Leila, se encaminó á casa de David el Rumy, cobró la libranza y empezó á recorrer las casas de los judíos que tenían graneros.

Leila entretanto se encaminó á la casa de don Simuel Leví donde encontró al tesorero, que al verla palideció y se echó á temblar.

—¿Qué quieres de mí víbora humana,—la dijo,—no estais satisfecha aún?

—Aun no hemos concluído,—dijo Leila,—pero nos encontrames en el último paso. Entretanto observo que ya no está guardada tu casa.

—Es que ya nada hay en ella que guardar.

—Sí, sí, ya sé que anoche, el rey Bermejo, sus xeques y sus emires, fueron infamemente presos faltando á las leyes de la hospitalidad, casa del maestre de Santiago don García de Toledo, que por orden del rey los había convidado á cenar; sé que el rey con una vergonzosa avaricia se ha apoderado de sus tesoros que ha guardado estos con los que tiene encerrados en Carmona, y al rey y á los suyos en las mazmorras de las Atarazanas (1); todo eso lo sabía pero creía que el rey seguía guardándote preso en tu casa.

(1) Hé aquí como refiere este hecho un historiador moderno: Algunos días después (hace referencia á la ida del rey Bermejo á Sevilla) Abou'l-Sayd y los principales emires granadinos, fueron convidados á una comida de ceremonia, casa del maestre de Santiago. Aun estaban en la mesa, cuando vieron entrar en la sala, á la cabe-

—Sí, sí, el rey me ha dejado libre para mi mal, puesto que me deja entregado á tí.

—¿Acaso lo estabas antes menos? ¿no te tengo en mis manos?

—Y ¿qué quieres?

—Es necesario que salgas al momento de Sevilla.

—¿Qué salga de Sevilla? ¿y para qué?

—Mañana no ha de entrar un solo pan, ni un solo saco de trigo en Sevilla, ni carnes, ni legumbres, ni mantenimientos de ningún género.

—¡Pero eso costará un tesoro!

—Gasta, gasta y da en tierra con el rey, porque de otro modo dará el rey en tierra contigo.

—¿Es decir, que me pides mi última traición?

—Pero traición decisiva; si triunfamos, estás asegurado de todo punto; don Enrique que avanza por los Pirineos, te recompensará, si le ayudas á vencer á su enemigo.

—¡Oh! no hay remedio, no hay remedio,—murmuró don Simuel, paseándose agitado á lo largo de su

---

za de los ballesteros de la guardia, á Martín López, camarero del rey y ejecutor ordinario de sus más rigurosas órdenes. Prendió al rey moro y á los principales de sus consejeros, y al mismo tiempo se aseguraron en la judería de los de su séquito, y se apoderaron de sus bagajes. Todos juntos fueron conducidos á la *Tarazana*, después de haberlos despojado de las magníficas pedrerías con que se adornaban ó que se habían ocultado en sus vestidos y confundidos en un calabozo, esperaron dos días la sentencia del rey.

(*Mr. Prospero Merimee*, historia de don Pedro de Castilla).

cámara,—si resisto... esta mujer infernal que me tiene en sus manos, me entregará al rey... pues bien, apuremos la copa y sirvámosla por la última vez. Dios quiera que aunque demos al traste con don Pedro no encuentre medios de sujetarme después á su voluntad. Estoy pronto,—dijo deteniéndose de repente delante de Leila, pálido como un difunto y con la mirada vaga y extraviada,—¿qué hay que hacer?

—Impedir que desde mañana entren en Sevilla, mantenimientos, y además...

—Además que...

—Las campanas parece que se unen á mi pensamiento,—dijo Leila.

En aquel punto oyóse, semejante á una explosión de sonidos vibrantes, el clamor de todas las campanas de Sevilla, que doblaban á muerto, sobre el cual retumbaba como la voz de un gigante, la campana mayor de la iglesia de Santa María de la Sede.

—¡Oh! ¿qué es esto?—exclamó el judío,—¿quién ha muerto que así retumban todas las campanas de la ciudad? ¡Santo Dios de Israel!

—La reina doña Blanca de Borbón,—contestó con acento lúgubre Leila.

—¡La reina doña Blanca!—exclamó aterrado el judío...—y tú, tú...

—Sí, la he matado yo... pero es preciso que todo el mundo crea en Sevilla que la ha matado el rey.

—¡Y yo...!

—Tú puedes hacerlo.

—¿Qué puedo yo hacer que se crea que el rey ha asesinado á su esposa?

—Sí por cierto; todo se reduce á que gastes algún dinero entre la canalla, de modo que en todas las tabernas, en todos los burdeles, en todas las calles, corra ese rumor siniestro.

—Que saliendo de las bocas de la hez del pueblo, no tendrá crédito.

—De la hez pasará á los mecánicos, á los trabajadores, á los mercaderes, de estos á los hidalgos; de los mendigos á los nobles... junto esto con la carestía primero, después con la falta total de alimentos y al fin con la peste negra, que se nos echará encima de un momento á otro, será bastante para que el pueblo se amotine y haga pedazos al rey.

—Eres un demonio Leila.

—Si lo soy me han obligado á serlo. Cuento, pues, contigo, Simuel; y como hago falta en otra parte, te dejo; pero sin aconsejarte que no pierdas un momento para poner en práctica lo que te he ordenado, porque creo que antes de mucho han de estar cerradas las puertas de Sevilla.

—¡Y te quedas!

—Me quedo.

—¡Oh! pues yo... no... no... ahora mismo voy á disponer mi viaje.

—¿Y dónde podré encontrarte?

—¿Dónde? en Toledo,—dijo don Simuel después de meditar un momento.

—En ese caso, adiós; y ten presente que si te me pierdes, sabré encontrarte aunque te escondas en el fondo de los mares.

Dicho esto Leila salió dejando aterrado al judío.

Una vez en la calle, lo mismo en la judería que en la ciudad, notó una agitación sorda; los menestrales salían á las puertas de sus tiendas, el vecindario hablaba de ventana en ventana, y era frecuente ver un caballero armado, que corría hacia el alcázar, sin cuidarse de si atropellaba ó no á los transeuntes.

—¿Qué es esto?—decían unos;—¿á qué tanto doble? ¿á qué tanta gente armada? si tocasen á rebato, lo entenderíamos, pero tocando á muerto...

—Es que doblan, por la peste negra que ya está en Jerez,—decía otro, y sin duda para espantarla se arman los caballeros del rey.

—No, no, reponían; es que van á matar al rey Bermejo.

—Pero eso no puede ser,—enmendaba otro interlocutor, sólo se dobla por los cristianos, y los moros adoran el zancarrón de Mahoma.

—Es que el rey es más moro que cristiano,—decía un atrevido, y quiere sin duda dar ruido y pompa á la venganza que va á hacer en el enemigo de su aliado el rey de Granada... pero debía en ese caso haber mandado repicar.

—No es nada de eso;—saltaba un nuevo hablador; es que el rey cansado de cortar cabezas se va á meter fraile.

—Bien, nada de eso es,—dijo Leila al oído de una vieja;—es que el rey ha dado muerte á la reina doña Blanca.

Y antes de que la vieja pudiera reparar en quién la había dado una noticia de tanto bulto, desapareció Leila.

Pero el golpe estaba dado; la vieja trasmitió con gran misterio esta noticia á sus vecinas, y el conocimiento de aquel hecho terrible, extendiéndose de calle en calle, como se extiende una mancha de aceite sobre un papel de estraza, invadió á Sevilla.

—Y ¡la reina doña Blanca ha muerto!—se decía en voz alta,—y ¡la ha asesinado el rey por casarse con la Padilla!—corría de oído en oído.

El pueblo siempre obra impulsado por un sentimiento generoso.

Esta noticia le indignó y le predispuso en contra del rey.

La primera chispa del incendio que debía estallar entre las masas, había prendido en ella arrojado por Leila, y ésta antes de llegar á su casa, había notado con placer, la profunda indignación que había causado la noticia de aquel crimen.

Cuando entró Leila en su casa, encontró sentada en un ángulo de la habitación más opuesto á Isabel-la-

Liebre, inmóvil, sombría, fija la mirada, en que había algo de insensato.

—¡Oh! esto es demasiado,—dijo Leila;—será necesario á pesar de todo y después de que hayamos concluído averiguar el paradero de Pedro el-Negro.

CAPITULO II

—

En que se vé que no era todo pedernal el corazón del rey don Pedro.

Horrible fué lo que aconteció en Jerez.

El rey sin dejar de correr un solo momento; llegó á aquella ciudad en muy pocas horas, y sin entrar en ella se encaminó al castillo.

Salióle al encuentro Men Rodríguez de Sanabria pálido, aterrado, mudo: el rey lanzó sobre él una mirada hosca, y sin desmontar le mostró la brevísima carta que el joven le había enviado.

—¿Has escrito este?—le dijo.

Men Rodríguez reconoció la carta sin leerla, y contestó con voz ronca:

—Sí señor.

—¿Con que es cierto? ¿conque la reina ha muert[illegible]

—La reina ha muerto,—repitió lúgubremente M[illegible] Rodríguez.

—¿Y qué has hecho tú, el más leal de mis vasallos? —dijo con un duro acento de sarcasmo el rey.

—Sin considerar á lo que me esponía, pensando solo en vuestro servicio, me apoderé del castillo con los cien ballesteros que me habiais dado, y llegué á tiempo de ver morir á su señoría.

El rey desmontó, y arrojó las riendas de su caballo á Juan Diente.

—¿Y nos has hecho más?—dijo el rey.

—Sí, por cierto, señor;—he preso al antiguo alcaide Iñigo Ortíz de Zúñiga, y á Juan Pérez de Rebolledo que le había sustituído: he detenido al obispo Gudiel, y al despensero Tel González Palomeque, y he esperado ansioso la venida de vuestra señoría.

—Precédeme, Juan,—dijo el rey, y que dispongan un dosel de justicia en la *sala-rica* del castillo.

¡En la sala-rica! ¡en ella ha espirado la reina, señor! ¡en ella yace sobre paños negros entre cuatro blandones!

Al escuchar esto Juan Diento, se detuvo.

—¿Que esperas?—gritó colérico el rey: ¿no oyes que quiero que se disponga mi dosel de justicia en la sala-rica del castillo de Jerez?

Juan Diente, partió, llevando consigo los caballos y desapareció por la poterna.

—Y tú, traidor,—dijo el rey volviéndose á Men Rodríguez,—¿cómo no has impedido esa muerte?

—¡Me llamais traidor!—esclamó Men Rodríguez

deteniéndose pálido y conmovido, y fijando en el rey una suprema mirada de queja.

—¿Porqué no has impedido la muerte de la reina? dijo con menos dureza el rey.

—Cuando llegué no había remedio en lo humano,—contestó tristemente el joven.

—¡Infeliz! ¡infeliz!—exclamó conmovido el rey.

—Pero llegué á tiempo,—continuó Men Rodríguez, de encargarme de cumplir la última voluntad de la reina.

—Y esa voluntad...

—Tomad, señor,—dijo Men Rodríguez, sacando con un religioso respeto de su escarcela y envuelto en un paño de seda, el medallón que le había entregado la reina al morir.

—¡Mi retrato!—exclamé el rey conmovido.

—Doña Blanca,—continuó Men Rodríguez, cuya voz era trémula, le sacó de su seno, de sobre su corazón, y le besó espirante antes de entregármele.

—¡Ah! —exclamó el rey cuya colérica palidez se hacía cada vez más densa

Men Rodríguez respetando lo profundo, lo desgarrador de la exclamación del rey, guardó silencio.

—Sigue, sigue, Sanabria,—dijo el rey; quiero apurar el tósigo hasta las heces, quiero saber uno á uno todos los pormenores... ¿qué importa..? esto me dará todas las fuerzas que necesito porque quiero hacer mucho, mucho... y tanto, que cause horror á las gentes venideras.

Y el acento del rey al pronunciar estas palabras era el de un insensato.

—La reina me dijo, espirante ya, estas palabras, que están zumbando contínuamente en mis oídos «tomad; es su retrato; llevádselo como una prenda de mi amor: decidle que muero amándole.»

La palidez del rey al escuchar estas palabras se hizo sobrenatural; era una palidez azulada tras la cual se veía temblar la cólera; sus labios contraídos y blancos se agitaban en una convulsión contínua, y sus ojos lúcidos, terribles, mostraban una sombría mirada en que estaba pintada la muerte.

Men Rodríguez se extremeció, ante el intenso, sin igual dolor que representaba el aspecto del rey y olvidándose de su posición de vasallo, de lo fatal que había sido á sus afectos al rey, le asió una mano.

—Cuánto sufrís, señor,—le dijo.

—¡Y tú me compadeces!—exclamó el rey con una intención que, como conocen nuestros lectores, no podía comprender Men Rodríguez.

—¡Compadeceros yo señor!...—dijo el joven admirado por la entonación particular de las últimas palabras del rey;—pues bien, sí, os compadezco porque...

—¿Por qué?

—La situación en que os encontrais...

—¿Y quién te ha dicho que esta situación me aflija? ¿por qué te atreves á interpretar según tu corazón mis palabras? tu corazón nada tiene de semejante al

mío; yo soy rey, tú eres hombre. Adelante, Sanabria, adelante: entremos en el castillo: ya debe estar preparado nuestro dosel de justicia; adelante, Sanabria, adelante.

Y partió hacia el castillo, seguido de Men Rodríguez, atravesó con paso firme el puente, y pasó bajo la chata bóveda de la poterna, con la cabeza erguida y amenazadora, por entre los ballesteros de maza, que al pasar el rey, chocaron en señal de honor sus partesanas contra sus espadas.

En las galerías encontró el rey á Juan Diente.

—¿Está dispuesto todo?—le dijo.

—Sí, señor,—contestó el ballestero.

—Y tú, Sanabria, ¿dices que tienes detenidos en el castillo al obispo Gudiel, á González Palomeque, á Iñigo Ortiz de Zúñiga, y á Juan Pérez de Rebolledo?

—Sí, señor.

—Pues bien, ve por ellos y tráelos á la sala rica; después asegura la puerta con una guarda de diez ballesteros y avísame; sígueme Juan.

Y el rey seguido de su confidente se metió en una cámara inmediata.

El ballestero permaneció á algunos pasos de la puerta en una actitud respetuosa, mientras don Pedro se paseaba agitado á lo largo de la cámara.

De improviso se detuvo delante de Juan Diente.

—¿Has observado, Juan,—le dijo,—hasta dónde puede llegar el disimulo de un traidor?

—Si no me decís quién es el traidor,—contestó Juan Diente,—no podré contestar como quisiera á vuestra señoría.

—Te has obstinado en no creer traidor á Men Rodríguez, y sin embargo se ha atrevido á decirme: os compadezco, señor.

—Sino os ha dicho más que eso y por eso le creís traidor, tenedme por tal también, porque me causais compasión.

—Yo comprendo que tú me compadezcas, Juan, porque conoces cuanto sufro; ¡pero que me compadezca él, él, el miserable... ¡oh! su compasión es una burla cruel, un horrible insulto... necesito la cabeza de ese hombre, Juan.

—Si la necesitais, tomadla vos; pero no me la pidais á mí; no, de ningún modo; no os la daría.

—¡Que no me la darías—exclamó el rey mirándole fijamente.

—No, porque yo no asesino; yo he cumplido, cumplo y cumpliré la justicia de vuestra señoría, pero un asesinato, ciego, á sangre fría, miserable, cruel... no, eso no.

—¿Y crees tú,—dijo el rey mirando fijamente al ballestero.—que la muerte de Men Rodríguez sería un asesinato?

—No sólo un asesinato, sino una imprudencia.

—¡Una imprudencia!

—Sí, señor; si matais á Men Rodríguez, ¿dónde en-

contrareis un vasallo que valga más que él, ni tanto como él.

—Es verdad,—dijo el rey,—no me queda al lado nadie; nadie de quien me puede fiar.

Y adoptando un silencio sombrío, volvió á pasear por la cámara pálido y excitado.

Juan Diente no se atrevió á romper aquel silencio, porque conocía claro que el rey se hallaba en una de las situaciones tan comunes en él, y que era necesario dejar pasar.

Poco después apareció en la puerta de la cámara Men Rodríguez de Sanabria, no menos sombrío que el rey y dijo:

—Señor, las personas que habeis mandado llevar á la sala rica, están en ella.

El rey salió violentamente de la cámara y entró poco después en la sala rica. Men Rodríguez y Juan Diente entraron también, pero no pasaron de la puerta. El ballestero quedó algo más atrás que Men Rodríguez, entre los tapices, por respeto.

El espectáculo que se presentó á los ojos de don Pedro era terrible; en medio de la sala, que era extensa, sobre un lecho mortuorio, cubierto por un repostero de terciopelo negro, en cuyos cuatro lados se veían bordados en oro y colores los blasones de Leon y de Castilla con un cirio encendido en cada ángul estaba el cadáver de la reina vestido de blanco y ce ñidos los cabellos por una corona de rosas encarnada

Al frente del lecho fúnebre había un dosel rojo, y en él, sobre las gradas una silla real; delante del dosel y á alguna distancia de él, había cuatro hombres pálidos, consternados, temblorosos, en los cualss se fijó la iracunda é inmóvil mirada del rey que sin apartarla de ellos, atravesó con el paso lento y marcado del tigre que se acerca á su presa, hasta el dosel, cuyas gradas subió con la misma lentitud.

Luego se sentó en el sillón, se replegó, apoyó su rostro en una de sus manos, cuyas uñas se clavaban en su carne, y con la mirada siempre lúcida permaneció por algunos momentos mirando aquellos cuatro hombres, diferentes en condición, pero que igualmente aterrados clavaban en el suelo su cobarde mirada.

Aquellos hombres eran don Pero Gómez Gudiel, obispo de Segovia, Tel González Palomequs, despensero mayor del rey, Iñigo Ortiz de Zúñiga y Juan Pérez de Rebolledo, su ballestero de maza.

Por algún tiempo, como hemos dicho, la mirada del rey devoró á aquellas cuatro personas, intensa, terrible, amenazadora, letal, y lo dominó todo; el más profundo silencio que sólo rompían de cuando en cuando, de una manera lúgubre el chascarar de los cirios amarillos que alumbraban el cadáver...

Al fin la voz del rey, lenta, grave y gutural, rompió aquel silencio.

—Reverendo padre en Cristo, obispo de Segovia, don Pero Gómez Gudiel, nuestro leal vasallo,—dijo el

rey extremeciendo con el timbre particular de cada una de sus palabras, al obispo.

—¿Qué me mandais, señor?—dijo el prelado con voz apenas inteligible.

—¿Quién es esa que tenemos muerta ante nos?—preguntó el rey con acento nervioso y vibrante.

—Es la reina doña Blanca de Borbón, señor,—contestó, alentando apenas el obispo.

—¿Y tú que dices Tel González Palomeque, mi leal vasallo?—añadió, recargando más su acento el rey.

—Digo señor... que... es la reina, respondió enteramente aterrado el noble.

—¿Y os entregamos así nuestra noble y desventurada esposa?—continuó el rey, arrojando una cobarde mirada al cadáver, y con un acento amenazador al principio, y profundamente conmovido al fin.

—No, no señor,—contestó el obispo, atreviéndose á mirar al rey: nos la entregásteis joven, hermosa, llena de vida y de esperanza...

—¡Poder de Dios!—exclamó el rey: y ahora que os pido á mi esposa ¿cómo me la entregareis, traidores?

—Nosotros la entregamos sana y salva, casi contenta, á quien vuestra señoría nos mandó que la entregásemos, y nos disponíamos á salir de Jerez para nuestras tierras, obedeciendo tambien vuestro real mandato, cuando el señor Men Rodríguez de Sanabria, nos detuvo prendiéndonos, sin que supiésemos por qué, en nombre de vuestra señoría.

—¿Que os he mandado entregar á la reina? ¡mentís! ¿qué os mandado ir á vuestras tierras? ¡mentís tambien!—exclamó con voz tonante el rey.

—Conservamos vuestras órdenes en nuestro poder para descargo,—contestó ya con más ánimo el obispo.

—Pues bien, mostrad esas órdenes, dijo el rey.

A un mismo tiempo y apresuradamente, sacaron el obispo y el despensero mayor unos pergaminos de sus escarcelas, se acercaron al dosel, hincaron una rodilla y entregaron los pergaminos al rey.

Don Pedro los leyó rápidamente, y buscando en el fondo de la sala á Juan Diente, desplomó sobre él una mirada terrible que quería decir:

—He aquí los resultados de tu descuido: he aquí que al fin encontramos teñidas en sangre aquellas fatales cédulas.

Gudiel y Palomeque permanecían aún de rodillas.

—Alzad,—dijo el rey, y contestadme en verdad.

—¿Quién os presentó estas órdenes?

—El alcaide del castillo Iñigo Ortiz de Zúñiga,—contestó el obispo.

—¡Ah! ¿con que tu fuiste?—exclamó el rey, volviéndose ferozmente al alcaide.

—Yo fuí señor, pero obraba también por órden nuestra.

Y adelantando hasta el dosel hincó una rodilla, y presentó al rey un pergamino del cual, como de los otros, pendía el sello real.

El rey leyó rápidamente aquel escrito y le arrugó furioso entre sus manos.

—Y tú, Rebolledo, tú, que fuiste el último que te encargaste de la reina ¿tienes tambien otra orden mía para descargo?

—No una, sino dos,—dijo roncamente el ballestero; una encargándome la guarda de su señoría, otra prescribiéndome la entregase al agonizante Sancho, para que hiciese de ella lo que mandase el rey.

—Yo me negué á matar á la reina, señor, porque no me inspiraba confianza la orden que había recibido —dijo Iñigo Ortíz de Zúñiga, y la misma observación hice á Juan Pérez de Rebolledo, cuando se me presentó con otra orden en que se me mandaba entregar la alcaidía, y que os he entregado señor.

—¿Y la orden en que te se mandaba entregar la reina al verdugo.

—Me la cogieron señor y me prendieron.

—Y tú miserable, dijo el rey, volviéndose á Rebolledo, ¿por qué no seguiste el ejemplo de mi leal Zúñiga?

—Yo he obedecido ciegamente siempre las órdenes de vuestra señoría, contestó con un tanto de audacia Rebolledo.

—Pues quien ciegamente obra,—exclamó el rey,—ya sea para el bien ó para el mal se expone á dar en un abismo.

—¿Y por qué,—dijo Juan Diente adelantando,—te

negaste Rebolledo á recibir en el castillo y en tan graves circunstancias al señor Men Rodríguez de Sanabria? ¿por qué le obligaste á que, presentiendo una desdicha tomara el castillo á viva fuerza como si se hubiera tratado de un castillo aragonés? ¿Por qué no preguntaste al menos al señor Men Rodríguez, á qué le enviaba el rey? entonces te hubiera dicho...

El rey interrumpió á Juan Diente.

—Adelantad señor Men Rodríguez,—dijo,—y deponed ante nos lo que sepais.

Men Rodríguez adelantó y pasó, extremeciéndose, junto al cádaver de la reina para llegar al trono.

Entonces, de una manera clara y decisiva, refirió cuanto le había acontecido aquella noche funesta, desde que al ir al alcázar había sabido que la reina estaba en el castillo; la prisión en el campo de la reina y su entrega violenta á Juan Pérez de Rebolledo.

—Yo,—continuó el joven,—no la hubiera entregado señor, porque veía mucho de extraño en la traslación de su señoría del alcázar al castillo; porque además, un presentimiento funesto me oprimía el corazón, anunciándome una desdicha: si ese hombre (y señalaba á Rebolledo), hubiera sido más respetuoso con un rico-hombre honrado por el rey y que goza fama de leal, nos hubiéramos entendido, se habría obrado con calma, se hubiera avisado á vuestra señoría, y no nos hallaríamos en el doloroso caso en que nos encontramos.

—¡Es decir, Rebolledo, que tú te has creido más esperimentado, más sabio, no sólo que Iñigo Ortiz de Zúñiga, superior á tí, en calidad, oficio, lealtad y prudencia; que un rico-hombre, que vive á mi lado, que conoce mis proyectos, y que hubiera podido servirte de guía!

—¡Señor! ¡señer!—exclamó Rebolledo dejándose caer desplomado de rodillas.

—Haces bien de arrodillarte, traidor,—exclamó don Pedro, echando mano de una manera furiosa á su puñal,—pero no te arrodilles para pedir gracia al rey, sino perdón á Dios, porque vas á morir.

Rebolledo, asustado, se levantó de un salto y retrocedió; el rey se levantó fuera de sí, bajó las gradas del dosel, y avanzó un paso, pero se contuvo, quitó la mano de sobre el pomo de su puñal, y volvió á sentarse en el sillón.

—Acércate, Rebolledo, y responde,—le dijo.

Rebolledo se acercó pálido como un cádaver.

—¿Quién te presentó esas órdenes,—dijo el rey.

—Un paje de vuestra señoría, á quien acompañaba el secretario Alvar Yañez.

—¡Un paje como de diez y seis á diez y ocho años, hermoso; muy hermoso!

—Sí, señor, tan hermoso como una mujer.

—¡Y no te inspiró sospechas, como á Zúñiga, el que yo me valiese de un paje para estos asuntos.

—Yo señor creí...

—Pues creiste mal.., ¡hola Juan Diente! apedérate de ese hombre y hazle colgar de una almena.

—¡Señor! ¡señor!—exclamó Rebolledo.

Pero Juan Diente no le dió lugar á concluir: sabemos que el bravo ballestero se las había jurado, ofendido por la insolencia de Rebolledo, y aprovechaba con placer la ocasión que tan limpiamente se le venía á las manos. Así es que arroyó bajo sus puños de hierro á Juan Pérez, le arrastró consigo y desapareció con él murmurando:

—¡Era preciso que alguna vez te las entendieses conmigo, y ha llegado la hora!

—Y vosotros,—añadió el rey, volviéndose al obispo y al despensero mayor,—vosotros torpes é imbéciles, que no habeis sabido evitar el horroroso crimen que la traición, el odio y la astucia han perpetrado en la infeliz doña Blanca, salid desterrados de mis reinos para siempre jamás, sin sacar de ellos más que lo que podais llevar encima. Lo demás me pertenece.

Extraño carácter de aquel rey, en cuyas más solemnes situaciones, asomaba siempre la avaricia.

Gudiel y Tel González quedaron absortos inmóviles y mudos al sentir sobre sí un castigo, cuya conciencia no les decía habían merecido.

—¡Y pronto! ¡pronto!—exclamó colérico el rey,—si no quereis ya que me arrepienta y os haga ahorcar como villanos.

—Haceis lo que podeis de nosotros y de lo nuestro,

señor,—dijo el obispo; pero para que sepamos que no nos teneis por traidores, permitirnos besar por la última vez vuestra mano.

—¡Partid!—dijo el rey con acento ronco.

—Adiós, señor,—dijo el obispo profundamente conmovido;—que el Señor no os tome en cuenta la injusticia que haceis con vuestros servidores. Que os proteja Dios, señor.

Una llamarada de cólera brilló en el semblante del rey, que se contuvo sin embargo; y el obispo y el despensero mayor se retiraron lentamente, se detuvieron junto á la reina, y besaron sus heladas manos á falta de las del rey.

Después el obispo bendijo el cadáver, y exclamó con la voz alterada por el llanto:

—¡Adiós, reina y señora; los que te han amado en la tierra, te ruegan que pidas á Dios por ellos en el cielo!

Después de estas solemnes palabras que penetraron á pesar de su furor en el corazón del rey, el obispo y el noble salieron en paso lento.

—Y tú,—dijo el rey á Zúñiga que le escuchaba temblando,—tú, que no has hecho más que lo que has podido hacer, continúa en esta alcaidía, y sigue siéndome leal, sino quieres que haga contigo lo que hago con los traidores.

Zúñiga abrazó en su alegría, alegría inesperada, las rodillas del rey.

—Vete,—le dijo don Pedro.

El alcaide salió, y quedaron solos el rey y Men Rodríguez.

—¡Ha sido ella! ¡ella! ¡esa terrible mujer, esa Leila! —y miraba y remiraba las funestas cédulas que habían causado la muerte de la reina;—ella, esa Leila á quien te había mandado que prendieras.

—No he podido haberla á las manos, señor, contestó Men Rodríguez;—á esa mujer debe ayudarla Satanás.

—Pues guárdate de ella, Men Rodríguez, porque esa mujer es tu enemigo personal y te matará ó te perderá.

—¡Mi enemigo personal, señor!

—Sí, esa mujer te ama.

—¡Qué me ama!... yo creía que sólo una mujer me había amado.

Nublóse el semblante del rey.

—¡Y quién esa mujer!...—dijo posando una mirada profundamente observadora en el semblante del joven... ¡es acaso mi hermana doña Beatria!

—Doña Beatriz y yo somos hermanos, no más que hermanos.

—Pues si no es doña Beatriz, no comprendo,—dijo el rey con acento receloso:—¡acaso doña Aldonza Coronel!

—Ignoro si doña Aldonza me ha amado; yo solo me refería...

—¿A quién?

—A la desdichada doña Isabel Núñez de Lara.

Dijo estas palabras Men Rodríguez con tal sinceridad, con tal pasión, que el semblante del rey se esclareció.

—Yo pensaba que tenías otros amores, Sanabria, dijo, insistiendo aun en los horribles celos que le causaba el joven.

—Os habeis engañado, señor.

—No tengo yo la culpa, si conocía algunos indicios.

—¿Indicios de que yo ame á otra mujer, que no sea doña Isabel?—dijo con tristísima extrañeza Men Rodríguez.

—Sí, indicios que consisten en una carta que se ha encontrado perdida en el alcázar, es decir, que he encontrado yo mismo por acaso.

—Pues os juro, señor, que no puede ser mía esa carta, porque jamás he escrito cartas de amor.

Don Pedro, observador por carácter y por costumbre, ducho en el arte de conocer la mentira ó la verdad en el semblante de los que observaba, sólo vió lealtad y franqueza en el de Men Rodríguez y se desarmó enteramente.

—Pues mira,—dijo,—es una carta muy bien escrita, y que como á galanteador te habría honrado, sino la he perdido, te la mostraré, á ver si adivinas de quién sea.

—¿Pero esa carta no tiene firma?

—No, ¡vive Dios! es misteriosa como la pasión de quien la ha escrito... pero estamos hablando de amores delante de la muerte.

—¡Ah! ¡señor!... ¡señor! salgamos de aquí.

—¡Salir, salir sin que yo vea por última vez á esa desdichada, á quien he visto tan poco cuando vivía! ¡Oh! ¡no! quiero verla, contemplarla, para que se robustezca en mí la memoria de ese crimen, para no olvidarle jamás, á fin de que mi venganza... mi justicia, si descubre al infame asesino, sea más terrible.

Y don Pedro, en un ataque violento, se acercó al lecho mortuorio, apoyó en él sus manos y contempló de hito en hito á la reina doña Blanca.

Estaba hermosa, no sólo hermosa, hermosísima; más que muerta parecía dormida, solo que alrededor de sus ojos se marcaba una ancha aureola negra, orlada de azul, amarilla y verde, y por su boca asomaba una ligera espuma sanguinolenta.

—¡Oh! ¡qué horror!—exclamó el rey extremeciéndose como á impulso de una aguda impresión de frío, y conociendo por los vestigios el género de muerte de la reina:—¡envenenada!

—Sí, envenenada con el mismo tósigo que matara á doña Isabel Núñez de Lara.

—Según eso, ¿crees que sea esa infame Leila?

—Lo sospecho, señor.

—Pues bien, lo sabremos, y lo sabremos pronto...

ye vengaré á doña Isabel, á la reina... ¿pero quién ha mandado vestir de este modo á doña Blanca?

—Doña Isabel Núñez de Lara.

—¡Ah! ¡doña Isabel! la ha puesto túnica de virgen y corona de martir... la corona de flores rojas, sí... pero la túnica de virgen... ¡no!

—¡Señor! dicen que jamás...

—¡Dicen! ¡dicen tantas cosas!—exclamó el rey profundamente... ¡se engañan acerca de tantas cosas!... escucha, una noche... el recuerdo de aquella noche, junto á este cadáver, es horrible... estaba hermosa, hermosísima... era una niña dulce, inocente, enamorada, feliz... hubo un momento en que lo olvidé todo... no, no; doña Isabel se ha engañado al vestir á esa desdichada una túnica blanca... que la pongan una túnica roja.

—¡Ah! ¡señor! si el mundo, que cree que siempre habeis aborrecido á doña Blanca, no ve un momento sobre ella ese cándido vestido... creerá que la acusais... ¡que la acusais de adúltera!

—¡Adúltera! no, no; la fatalidad nos ha separado, pero ha llevado con honra y dignidad mi corona sobre su cabeza... y bien, que conserve ese cándido color, puesto que el mundo se paga de colores; pero brocados y joyas; la mortaja de una reina no debe ser tan pobre (y el rey sonreía de una manera insensata, horrorosa) que la quiten también ese emblema de martirio; que se diga que la ha matado la peste negra

acaso no está la peste negra en Jerez! fuera, fuera esa corona roja, y puesto que de colores y relumbrones se paga el mundo, ponedle mi corona en la cabeza; mi más rica corona; ha vivido como reina; que baje á la tumba como reina.

Hubo un momento de solemne silencio, durante el cual el rey pugnó por contener sus lágrimas, consiguiéndolo sólo á medias.

—Escucha, Sanabria,—le dijo el rey;—¿tú la has visto morir?

—Sí, señor,—contestó Men Rodríguez.

—Y... ¿padeció mucho?

Las lágrimas del rey reventaron entonces, tanto más copiosas cuanto más tiempo habían sido contenidas.

—No, no, señor; su vida se apagaba...—contestó aturdido por la situación Men Rodríguez.

El rey, al que jamás nadie había visto llorar, se arrojó sollozando en los brazos de Men Rodríguez.

—Llorad, llorad, señor,—dijo el joven;—las lágrimas son un tósigo, que si no le arrojamos del corazón le rompen.

—He llorado muchas veces de cólera,—dijo el rey, levantando al cabo de algunos instantes la cabeza de sobre el pecho de Men Rodríguez,—pero jamás de dolor, de sentimiento; perdí á mi padre y no lloré; maté á mi hermano, al más querido de mis hermanos, y no vertí una lágrima; he perdido cuanto he amado, y

sin embargo mis ojos han permanecido enjutos, parecíanme rudos golpes que me asestaba el destino para aterrarme, y contestaba á cada uno de estos golpes del destino con una carcajada de reto: pero doña Blanca... doña Blanca, á quien no he amado, doña Blanca, á quien he tenido constantemente separada de mí, me hace sentir con su muerte un dolor agudo... terrible... cruel... una desesperación profunda: por levantarla de ese negro lecho, por volverla á la vida, sería capaz de todo... y sin embargo, no viviría con ella, no la vería... no es amor lo que siento por ella... es... compasión.

Don Pedro hizo un poderoso esfuerzo y se enjugó las lágrimas.

—Y esto es natural,—dijo,—dejando á su orgullo que justificase sus lágrimas: esa mujer jamás me ha ofendido... esa mujer me ha amado con toda su alma: en ese momento en que se creyó amada por mí, se arrojó en mis brazos, moribunda de felicidad, y su último pensamiento ha sido para mí... y esto me contrista, me conmueve: dicen que soy cruel, semejante á una fiera, sin sentimiento humano y... mienten... mienten... es que el mundo ciego y apasionado no me ha comprendido... lo que sobra al rey don Pedro, es corazón.

Y volviéndose de repente al cadáver y arrancándose la gorra de sobre los rubios y sedosos cabellos, dijo con acento febril:

—Tú lo sabes Blanca, tú, que estás en la eterna región donde la verdad resplandece: yo no podía amarte... la fatalidad, mi amor hacia doña María, tú orgullo de reina, nos separaron: si doña María no hubiese absorbido mi alma entera en la suya, yo te hubiese adorado, porque eras una esposa digna de mí... Dios ó el infierno no lo han querido: pero tú lo sabes Blanca: yo nunca pensé en matarte... nunca te hubiera muerto... tú lo sabes y esto basta... poco importa que los hombres, la tradición y la historia digan que he sido tu verdugo... yo no me humillaré justificándome ante ellos... ¿acaso el mundo, la tradición y la historia han dicho nunca la verdad?

Y luego en un movimiento irreflexivo, se inclinó sobre el cadáver y cubrió de besos su frente.

—A Dios,—exclamó levantándose de repente, como se había indicado:—á Dios, hasta la eternidad.

Y luego en paso rápido como quien huye, salió de la sala rica.

Cuando estuvo en las galerías pareció reanimarle el aire exterior; sus lágrimas se habían secado y únicamente habían quedado sus ojos un tanto rojos. Detúvose y se volvió á Men Rodriguez, que le seguía.

—Escucha, Sanabria,—le dijo,—ha habido un momento en que no he sido muy tu amigo.

—¡Señor!

—Basta, no me preguntes; ni una palabra más: estoy más satisfecho de tí que nunca, en todo caso (y la

frente del rey se nubló) tú no tenías la culpa. No hablemos más de esto. Quédate aquí. Haz embalsamar á la reina. Yo te enviaré al momento cuanto sea necesario para la pompa fúnebre: unas exequias magníficas, Sanabria: gasta aunque gastes la mitad de mi tesoro. Los funerales en la iglesia mayor; la sepultura en el convento de San Francisco: que doblen por espacio de nueve días todas las campanas de la ciudad, como se acostumbra en los funerales de los reyes, que se vista á los pobres y que se les dé de comer durante tres días: quiero también que se doten cien doncellas: hazlo tu todo esto. Cuando todo esté corriente y preparado, pasado mañana, te espero en Sevilla; te necesito. Cuando vengas, llévate contigo á doña Isabel Nuñez de Lara; yo te enviaré las órdenes necesarias.

—¿Y vais á partir sin descansar, señor?—dijo el joven notando que el rey se dirigía hacia las escaleras, —en las cuales había aparecido Juan Diente.

—¡Descansar! ¡descansar! yo no descansaré mas que en la tumba. Adios.

—El os proteja, señor,—contestó Men Rodriguez, siguiendo al rey.

—Quédate, quédate, Sanabria, y ve á consolar á doña Isabel, que necesita más tu compañía que yo.

—¡Ah, señor! se me olvidaba: en el alcázar hay otra dama presa.

—Y... ¿quién es?

—Doña Sol de Vargas, camarera mayor de la rei

—Pónla en libertad y que se vaya con su amante si le tiene.

—Su amante ha muerto, señor, y la infeliz está loca.

—¡Ah! pues llévatela á Sevilla con doña Isabel. Adios.

Y el rey se alejó y bajó las escaleras.

—¡A caballo, Juan Diente, á caballo, y como una exhalación á Sevilla!

—¿Sin descansar, señor? no lo digo por mí, pero vos...

—A caballo, Juan... no tenemos tiempo que perder... ya sé quien te robó los pergaminos.

—¿Quién señor?

—Una mujer... y es necesario buscar á esa mujer, que á estas horas de seguro está en Sevilla. A más... á más... necesito sangre... mucha sangre, para calmar la sed que me ahoga y voy por ella. Afortunadamente no es sangre de cristiano.

Un momento después el rey y Juan Diente galopaban en sus poderosos corceles hacia Sevilla.

CAPITULO III

En que se sabe en lo que vino á parar el rey Bermejo de Granada.

Dos días después el populacho de Sevilla, agolpado en el campo de Tablada cerca de los muros, se preguntaba á qué efecto se clavaban estacas acá y allá, y por qué los ballesteros del rey, extendidos en una ancha zona y á caballo, se habían convertido en un muro viviente más allá del cual no se permitía pasar á nadie.

Esto significaba que la ciudad continuaba cerrada, y que si se había abierto la puerta de Jerez, había sido transitoriamente y sin duda para algún auto público, puesto que los ballesteros impedían la salida de una manera algo peor que las cerradas puertas, porque al menos éstas no daban espaldarazos ni golpes de partesana.

Una coincidencia terrible había hecho que el pue-

ble no extrañase esta especie de prisión en masa, ni la muerte de la reina doña Blanca, ni la carestía de los mantenimientos, que aunque escasos, seguían viniendo de fuera y entraban en la ciudad con muchas precauciones; esta coincidencia era la aparición de la peste negra que había descargado de una manera formidable en Andalucía.

Singularmente hacía algunos días que se ensangrentaba en Jerez; así es que, aunque se sabía que la reina había muerto, se atribuía aquella muerte á la peste, á pesar de los rumores de asesinato que había hecho correr Leila. Este consistía en que el pueblo de Sevilla amaba al rey don Pedro.

En cuanto á la clausura absoluta de las puertas, atribuíalo el pueblo á celo del rey por su corte, y á que aislándola, pretendía defenderla en cuanto le era posible, del contagio. En lo relativo á la carestía y á la escasez de los artículos de primera necesidad, se atribuía á la peste.

Sin embargo, el pueblo estaba aterrado por la cercana vecindad de este azote; empezaba á sentirse el hambre, y Leila comprendía perfectamente que á pesar del amor que profesaban al rey los sevillanos, había hacinados hartos combustibles, para que no estallase un incendio á la primera chispa.

Además de esto, Leila, que conocía bastante, educada entre moros, las ciencias naturales, no había reparado sin placer, que aquel día había amanecido

cubierto por una espesa niebla, caliginosa y de color impuro, para ella era indudable que, infiltrada en aquella niebla la peste negra, se desplomaba sobre Sevilla.

Pero aunque las nieblas no sean muy frecuentes en aquella parte de Andalucía, nadie vió en ella más que un accidente natural, á pesar de que, á medida que avanzaba el día, la niebla tomaba un aspecto más extraño y exhalaba de sí un olor nauseabundo, aunque leve y muy semejante al que produce el gas carbónico.

Entretanto, ociosos la mayor parte de los jornaleros del campo residentes en la ciudad, y siendo esta extremadamente populosa, una multitud inmensa recorría el campo de la Tablada preguntándose siempre unos á otros.

—¿Para qué son esas estacas?

Nadie lo sabía, y nadie osaba preguntarlo á los ballesteros del rey, porque de antiguo se miraba á aquellos terribles soldados con un respeto muy parecido en sus efectos al miedo.

Resolviéronse, pues, los desocupados á esperar para saber por sí mismos lo que allí sucediese, y los grupos se engrosaron, se condensaron, llenaron casi, al fin, aquel espacio.

Entre esta multitud había una persona que no era muy conocida: aquella persona era Isabel-la-Liebre: iba distraida, triste, pero sin embargo, miraba en torno

suyo con atención, como si hubiera deseado encontrar á alguno: acompañábala la vieja Berta en traje de dueña, y las resguardaba, á guisa de escudero, un hermano de Nuestra Señora de Rocamador.

Ya hacía algún tiempo que Isabel vagaba por la Tablada, recibiendo á su paso miradas ardientes y exageradas requiebros, cuando en una de las apreturas, que eran muy frecuentes, encontró delante de sí un hombre.

Al verle, los ojos de Isabel destellaron un relámpago, palideció profundamente, y haciendo un esfuerzo penetró por entre la multitud para acercarse á aquel hombre, separándose un tanto de Berta ó del hermano de Nuestra Señora de Rocamador, que la seguían.

—¿Teneis alguna noticia que darme?—la dijo aquel hombre?

—Sí por cierto,—dijo Isabel con la voz trémula de emoción; pero de una emoción lúgubre.—Doña Ana está en casa, y no saldrá de ella en algún tiempo. Id, pues, y avisad al rey.

—Que Dios os guarde, señora,—dijo aquel hombre que era el ballestero Rodrigo Pérez de Castro; y en el momento desapareció por entre los grupos.

Berta y el hermano de Nuestra Señora de Rocamador, no habían pedido escuchar estas palabras, ni vieron á Isabel hablar con el ballestero.

El hermano de la santa cofradía hizo un esfuerzo, se abrió paso entre los que les separaban de Isabel, y él y Berta pudieron incorporarse con ella.

En aquel momento el ronco son de un atabal se dejó oir en la puerta de Jerez, y como aquello era ya el principio de la explicación, todavía misteriosa de las estacas, la multitud se conmovió, agolpándose hacia la puerta de Jerez, y envolviendo en sus grupos á Isabel, á Berta y á su acompañante, que quedaron perdidos entre las masas.

Entre tanto salía por la puerta de Jerez un extraño cortejo y se encaminaba en paso lento al campo de la Tablada.

Marchaban delante cuatro atabaleros á caballo, y detrás de ellos, á caballo tambien, cuatro maceros reales con las dalmáticas de gala y las mazas de plata al hombro, y en pos, flanqueados por algunos ginetes, iba el secretario del rey Mateos Fernández y el pregonero de la ciudad; tras estos, montados en asnos, entre dos hileras de hombres de armas, vestidos con túnicas de escarlata, venían el rey Bermejo de Granada y sus treinta y siete emires, pintada en el semblante la cólera, por el ultraje que se les hacía, llevándoles de aquel modo entre la córte de un rey, á quien habían pedido amparo y hospitalidad, al que se habían entregado de buena fe y no habían pedido seguridad alguna, confiados en su honor.

Sin embargo, el rey los había sacado á la vergüenza y el cortejo, cuya marcha cerraba un fuerte escuadrón, se detenía de tiempo en tiempo, y el pregonero relatando lo que le apuntaba Mateos Fernández, gritaba

«Esta es la justicia que manda hacer el rey nuestro »señor en este rey y sus caballeros, por cuanto ellos se »rebelaron contra el rey su señor, y le despojaron y »le tuvieron muchos días fugitivo de su reino, con me»noscabo de su honra y de su hacienda, sin mirar en »la alianza que aquel señor rey tenía con el de Cas»tilla; por todo lo cual el rey nuestro señor quiere que »mueran como traidores. Quien tal hace, que tal »pague.»

Cuyo pregón terminado, volvían á retumbar los atabales, y el cortejo se ponía de nuevo lentamente en marcha.

La niebla continuaba pesando y condensándose sobre Sevilla; pero el misterio de las estacas estaba aclarado; es verdad que había algo que el populacho no se esplicaba aún: esto es: si aquellos caballeros iban á morir, ¿quién los había de matar? En el acompañamiento faltaba el famoso Pero de Chiclana, personaje demasiado conocido del populacho para que este no le echase de menos cuando se trataba de hacer una justicia.

Al fin los sentenciados llegaron á las estacas, entraron en un círculo determinado por ballesteros de maza, y el señor Pero Lope de Padilla, investido de sus insignias de ballestero mayor, mandó al rey Bermejo y á los caballeros granadinos que descabalgasen de los asnos, hecho lo cual, algunos ballesteros los fueron atando á las estacas.

Cuando esto estuvo hecho y poco tiempo después, resonó una ruidosa trompetería en la puerta de Jerez, y apareció en plena corte el rey, á caballo, armado de todas armas, con corona en la cabeza y manto real sobre los hombros, acompañado de los altos y bajos oficiales de su casa, y de cuantos ricos hombres, caballeros y mesnaderos se encontraban en Sevilla, todos cubiertos de gala, todos armados, todos ginetes en poderosos caballos.

Detrás de esta brillante cabalgata venían algunas acémilas cargadas con lanzas.

—¿Qué será esto?—se decían unos á otros;—¿para qué viene el señor rey con tanta pompa y aparato? ¿Para qué son esas lanzas y esos escuderos que conducen las acémilas?

Pero como nadie más que el rey podía contestar á esta pregunta, todo el mundo se vió obligado á esperar para saber.

Cuando la cabalgata estuvo dentro del círculo marcado por los ballesteros, se vió con asombro que los escuderos descargaban las lanzas y que proveían de ellas desde el rey hasta el último mesnadero.

Entonces los más cercanos oyeron que el rey dijo á su corte:

—Ved lo que va á suceder, caballeros, y haced con esos perros lo que yo haré con su señor.

Y volviéndose á Pero Lope de Padilla y blandiendo ferozmente su lanza, le dijo:

—¿Dónde está ese que se llama rey de Granada?

—¡Ahí, señor!—contestó Pero Lope, señalando al desdichado Abou'l-Sayd, que estaba atado á una estaca á corta distancia.

El rey fijó una mirada ferez que tenía mucho de insensata en el moro, que vió aquella mirada y se estremeció: luego don Pedro rodeó su caballo, tomó campo y partió con la lanza baja en dirección á Abou'l-Sayd, que cerró los ojos y palideció, esperando la muerte. Pero al llegar cerca de él, don Pedro levantó la lanza y pasó.

Por tres veces se repitió esta carrera: era una crueldad refinada el prolongar la agonía de aquel desdichado, que si según las prácticas de aquel tiempo merecía la muerte, tenía derecho para protestar de que se le diese de una manera tan despiadada, tan brutal.

Al fin á la cuarta carrera el rey no levantó la lanza, sino que atravesó con ella de parte á parte á Abou 'l Sayd, exclamando con voz ronca al herirle:

—Toma, traidor, el pago de las paces que me obligaste á hacer con Aragón.

Y el rey Bermejo al sentirse herido, revolviéndose, sujeto por sus ligaduras á la estaca, respondió entre las bascas de la muerte:

—¡Ah, rey don Pedro, qué mala caballería hiciste! (1)

(1) Histórico.

Y apenas pronunciadas estas palabras, espiró.

La muerte del rey Bermejo fué la señal de la matanza de los suyos: cada caballero castellano hizo con los emires granadinos lo que don Pedro había hecho con Abeu 'l-Sayd; pero no faltó quien notase y quien le dijera, que entre aquella corte de verdugos nobles, no estaba Men Rodríguez de Sanabria.

Apenas se concibe que el rey don Pedro se dejara llevar á tanto sino por el estado de irritación de demencia, de cólera, de que le habían puesto sobre tantos acontecimientos funestos la muerte de doña Blanca.

Este es el único é indisculpable borrón que se encuentra en su historia; porque si mató á su hermano, razón tuvo para ello (atendiendo siempre el carácter de su época) y si se ensangrentó en la nobleza fué en una nobleza rebelde y turbulenta. Solo un acceso de aquella fatal locura de que hemos oido hablar más de una vez á Juan Diente, pudo hacer que incurriese en tamaño olvido de sí mismo.

Por ende, nosotros dejamos á nuestros lectores en libertad de calificar este horrible hecho que, á fuer de narradores imparciales, no hemos querido omitir por más que nos hubiera sido fácil; pero debemos advertirles que aun en su tiempo se tuvo esta acción por fea y reprobada, tanto más, que se atribuyó, sin razón, á codicia del rey por apoderarse de las riquezas de los moros, y el pueblo de Sevilla, se retiró á sus casas c.-

bizbajo y mohino, avergonzado y pesaroso por la primera vez de un rey á quien siempre había nombrado con entusiasmo.

Algunos días después las cabezas de Abou'l Sayd y de sus caballeros, canforadas y dentro de sendas cajas, fueron remitidas por el rey don Pedro á su aliado Mojammet V, quien en correspondencia le volvió libres los cautivos cristianos que le habían hecho en la batalla de Guadix.

CAPÍTULO IV

—

León y Pantera.

Aquella tarde paseábase el rey don Pedro en una de las cámaras del alcázar; el sol poniente, pasando á través de los vidrios de colores de un ajimez, teñía su semblante con un color fantástico, pero descartando aquel color de reflexión se notaba que el rey estaba sumamente pálido: su mirada erraba vaga y sombría, como la de un loco furioso, y una de sus manos introducida en su seño por la abertura del sayo, ensangrentaba sus uñas en la carne; de tiempo en tiempo retumbaba en la cercana torre de la iglesia Mayor el clamor uniforme de las campanas que doblaban por la reina doña Blanca, y cada vez que este clamor vibraba en el espacio, el rey se estremecía, y su mirada se hacía más vaga, más insensata.

Pasó así algún tiempo: notábase que el rey estaba impaciente y que se contenía á duras penas: al fin fué á la mampara de cuero de Córdoba, y dijo con acento acre á sus camareros:

—¿Aún no ha venido Juan Diente?

—Héme aquí, señor,—contestó el ballestero, que asomaba á la sazón á la puerta de la cámara.

—Entra,—le dijo el rey.

El ballesteró entró.

—Cuéntame,—añadió el rey.

—El aviso era exacto: esa doña Ana, vivía en la calle del Granado,—dijo Juan Diente.

—¡Y bien!

—Cerqué el cuartel con ballesteros de la guarda.

—¿Y ha habido resistencia?

—En la puerta se nos atravesaron dos hombres, pero pasamos sobre ellos: subimos y esa misma doña Ana, endemoniada, de la batalla de Nájera, nos salió al encuentro.—¿Qué queréis?—me dijo con altivez.—Yo por contestación cerré con ella, y saqué algunos arañazos; porque habeis de saber, señor, que la gata tiene uñas y uñas de acero.

—No es gata, Juan, sino pantera.

—Sea en buen hora; pero lo cierto es que yo desarmé á la tal pantera, la aseguré bien, y cargué con ella, á pesar de su furor y de su resistencia y la metí en una litera que había llevado conmigo. Abajo la teneis, señor, en el corral del Apeadero.

—¿Ha hablado con álguien?

—Con nadie.

—Súbela.

—¿Dentro de la litera?

—Dentro de la litera.

Juan Diente salió, el rey volvió á su paso, murmurando roncamente:

—Dicen que esa mujer es terrible: una pantera en fin, un pensamiento infernal, un alma, en fin de demonio; pues bien, no importa; vamos á encontrarnos león contra pantera y veremos; veremos si ante mí se presenta esa doña Ana tan feroz como cuentan.

Pasó algún tiempo y al fin se oyeron los pasos de los ballesteros que conducían la litera, se abrió de par en par la mampara y la litera entró.

—Idos,—dijo el rey á los ballesteros.

Los ballesteros salieron. Solo quedó Juan Diente.

—Abre la litera,—dijo el rey.

Juan Diente abrió la litera, y Leila salió con una dignidad y una altivez que maravillaron á don Pedro.

—¡Ah, eres tú!—dijo Leila, posando una profunda mirada en el rey;—estoy en tu alcázar, traída como pudiera traerse á una fiera!

—Sígueme,—la dijo el rey, después de haberla contemplado un momento.

Leila le siguió con paso firme.

—Señor,—dijo Juan Diente á tiempo que el r y abría la puerta de la recámara.—¿Hago sacar la litera?

—No, vive Dios,—exclamó el rey con acento lúgubre y amenazador;—esa litera no saldrá vacía.

Leila se sonrió con desdén al percibir la amenaza del rey, y entró en la recámara, cuya puerta había abierto don Pedro.

Cuando Leila estuvo dentro, el rey cerró la puerta y guardó la llave en su bolsillo.

Leila vió con inquietud que no había más puerta que aquella en la recámara, pero de repente su semblante se iluminó con una expresión de alegría, y arrojó al rey una mirada de reto.

Había reparado que estaba en la misma estancia en que, algunos meses antes, le había introducido don Simuel Leví, por una comunicación secreta, y de la cual había robado al rey cuatro cajas de riquísimas joyas, como dejamos relatado en otro lugar.

A no haber sido Leila lo que era, se hubiera extremecido de espanto ante la mirada fija, terrible y colérica del rey; pero Leila no se aterraba ante nada; por el contrario, su valor, su audacia, su serenidad acrecían en las situaciones difíciles.

Por algún tiempo el rey mudó de cólera, la contempló en silencio; en la situación en que se encontraba Leila, con su palidez nerviosa, su mirada altiva y serena y su ademán soberbio, estaba más hermosa que nunca, brotaba de ella una majestad salvaje, resplandecían sus encantos que eran entonces tan terribles como los del angel de las tinieblas, conside-

rado en todo el explendor de su siniestra hermosura.

Estaban, pues, frente á frente dos espíritus terribles, dos almas dominadas por violentas pasiones, valientes, jóvenes, crueles ambas, ambas sedientas de venganza; estaban al fin uno ante otro el león y la pantera.

Irritado el rey por la profunda y provocativa calma de Leila, sus primeras palabras fueron una amenaza.

—¿Sabes que la nobleza de mis reinos me llama el cruel y el estado llano el justiciero?

Leila guardó un silencio de indiferencia, tal como si no hubiera oído aquellas palabras.

—¿Quién eres?—añadió el rey, cuya voz temblaba de cólera.

—Creo que no me preguntarás mi nombre, rey de Castilla,—contestó Leila;—mi nombre debe serte conocido cuando de una manera tan cobarde me has preso; yo comprendo de otra manera tu pregunta, y tal cual la comprendo voy á contestar á ella. Yo soy tu enemiga, tu enemiga á muerte: ¿lo entiendes?

—¡Mi enemiga tú! ¿eres acaso manceba de alguno de los traidores, y ansías tu triunfo para llegar á tu ambición?

—Tus pensamientos son miserables como tú... pero no; no es eso; comprendes demasiado la justicia de mi venganza, y tú el rey justiciero no te atreves á reconocerla.

—Por grande que sea tu venganza, tu audacia es

mayor... estás delante de mí entregada á mi merced, sabes quién soy... porque lo sabe todo el mundo... y sin embargo te atreves...

—Yo desprecio tu poder, rey de Castilla,—dijo Leila, porque tengo más que tú.

Pronunció ella de tal manera estas palabras, que el rey á quien había llegado la fama de hechicera de que, como sabemos, estaba en posesión Leila, el rey que era supersticioso, sintió en su alma un terror vago y glacial. Pero Leila, que sabía demasiado que su poder no pasaba de los límites naturales, retrocedió lentamente y como al descuido hacia el sitio donde recordaba existía la puerta secreta por donde había entrado en otra ocasión en aquella misma cámara, guiada por don Simuel Leví.

El rey instintivamente, como al impulso de una atracción misteriosa, avanzaba hacia Leila á medida que ésta retrocedía.

—Es la primera vez que te hablo, la primera vez que te veo,—dijo don Pedro,—y como será la última, porque morirás, quiero conocerte bien; así, pues, habla, habla cuanto quieras, exhala todo tu odio contra mí, tratémonos como dos enemigos iguales; quiero saber cuánto vales, para saciar en tí mi cólera de una manera digna de tu valor.

—Yo podría matarte, rey, antes de que pudieran acudir en tu socorro tus esclavos,—dijo Leila apoderándose rápidamente de la daga del rey que estaba por

acaso en un sillón inmediato,—pero mi venganza va más allá; no se satisface con la muerte: la muerte es poco... morirás más tarde y á mis manos, ó por causa mía: te lo juro: pero necesito completar mi obra... has muerto á tu hermano... y lo sé bien... nunca hubieras llegado á ese caso, por más traidor que fuese don Fadrique, sino te hubiera incitado cierto falso horóscopo...

—¿Un horóscopo?

—Sí, el que fuiste á buscar á Santipence, casa del judío Jonatham.

—¡Con que no fueron los astros!... no fué la voluntad de Dios la que dictó aquel horóscopo...

—No, fué mi odio, rey; necesitaba deshonrarte ante la historia... necesítaba que matases á tu hermano y á tu esposa: en cuanto á tu hermano, no fué difícil conseguirlo, te hacía traición, y tu cólera cayó sobre él: en cuanto á tu esposa era más difícil... jamás hubieras encontrado en aquella mártir motivos bastantes para matarla... pero la maté yo en tu nombre... con tu firma, con un sello, por medio de tus esclavos... hé aquí uno de los hermosos frutos de la tiranía, hé aquí los resultados de hacerse obedecer ciegamente, por medio de un escrito que puede ser falso... ¡oh! ¡oh! es que el mal tarde ó temprano se vuelve contra el que le usa, es que la tiranía cae á veces con todo su terrible peso sobre la cabeza de los tiranos.

El rostro de Leila se mostraba radiante, pero re-

diante de una manera lúgubre, con la feroz alegría que fulguraba en sus ojos.

El rey, mudo, contenido por su asombro y por lo intenso de su furor, ante la inaudita audacia de Leila, guardó silencio un momento. Leila callaba también devorando con una ávida mirada el estado de excitación y de sufrimiento de don Pedro, que al fin exclamé con voz cavernosa, con una voz más terrible que cien amagos de muerte.

—¡Con que fuiste tú!

Leila retrocedió hacia la pared creyendo llegado el momento decisivo y apoyó en ella su espalda; entonces sintió crugir levemente aquella pared en que se apoyaba; aquella era indudablemente la puerta secreta.

Leila volvió como maquinalmente la mano atrás, la apoyó en la pared y buscó como á la ventura un resorte, mirando en tanto fijamente al rey que con los puños crispados y los ojos inyectados de sangre, dió un paso hacia ella.

—¡Oh! ¡y no poder completar mi venganza!... morir... y dejarle vida!—pensé Leila no encontrando el medio de abrir aquella puerta.

—¡Con que fuiste tú!—repitió con voz más sombría el rey.

—Sí, yo fuí, yo soy; contestó ferozmente Leila.

—¿Y has sido tú también la que escribió los pergaminos?

—Sí, yo.

—De modo que tú también fuiste, la que escribió al monje negro que Tenorio amenazaba mi honra.

—Yo fuí.

—¿Y el aviso fué cierto?... sin duda tú y el infame, los dos, conspirábais á un tiempo contra mi honor.

—Tenorio obraba por si mismo.

—¿Y como pudiste tú saber?...

—¿Ignoras que soy hechicera?

Crispó de nuevo un frío intenso y momentáneo los miembros del rey, pero reponiéndose, exclamó:

—Si eres hechicera, ¿á qué valerte de los hombres?

—Harto hago en hechizarlos para que me sirvan.

—Y sin duda has hechizado á Simuel Leví.

—No; he sabido aprovechar su codicia y envolverte en ella.

—¡Ah! y te sirve.

—Me sirve.

—¿Y me hace traición?

—Sí, él fué quien robó los pergaminos en blanco á tu feroz Juan Diente, y por cierto que los he aprovechado bien; ya no me queda ninguno.

—¡Ah! ¡fué don Simuel quien!... y ¿acaso don Simuel era también quien dejaba cartas como esta, en la habitación de doña María?

—Sí,—contestó Leila; sosteniendo una segunda mentira para desorientar más al rey, y vengarse al propio tiempo de don Simuel, á quien atribuía su prisión.

—¿Y por qué escribiste esa carta?—dijo el rey,—

¿acaso para comprometer á Men Rodríguez de Sanabria que ha cometido el delito de no reparar en tí, de no amarte?

Palideció más densamente que lo estaba Leila, y dijo al rey:

—Nunca he pensado en hacer daño á Men Rodríguez, dijo; si hubiera sido así, á mis pies le tuve en la batalla de Nájera, rendido, desarmado, y no le maté: no, no; de quien quería vengarme era de tí: doña María, tu esposa, la esposa de tu amor, la única mujer que has amado, ama á Men Rodríguez.

—¡Otra vez! ¡otra vez! ¡que doña María ama á Men Rodríguez! gritó fuera de sí el rey... ¡mientes, mientes, infame! ¡te encuentras perdida entre mis manos, y quieres envenenarme el corazón!... no, no; eso no puede ser; acaso quieras también que yo... ¡que vierta la sangre de Sanabria!...

—¡Que yo quiero que viertas la sangre del hombre que amo! ¡oh! ¡y cuán mal me comprendes, rey! el amor en mí es tan intenso como mi odio! ¡mi odio se venga! ¡mi amor se sacrifica! matar yo á Men Rodríguez!... á los que me le han robado, á los que le han casado con mi hermana Beatriz, con mi pobre hermana Beatriz... á los que me han provocado, á esos, sí... los mataré... los deshonraré, los desgarraré el alma... ¡oh! sí, aunque haya de perder la mía.

—Una palabra... una palabra no más,—exclamó el rey cambiando de tono;—pruébame que me has enga-

ñado... pruébame que doña María no ha amado á nadie, y... te perdono, lo olvidó todo... el asesinato de la reina... tus traiciones... lo olvido todo, y te perdono... y repare la injusticia de mi padre, y te hago cuanto feliz pueda hacerte la riqueza y el poder.

—¡Reparar las infamias que tu padre, *el buen rey don Alonso*, cometió contra el mío! es ya tarde, rey. Mi padre murió esclavo, sediento de venganza, y me la legó al morir; yo he sido también esclava, y solo la mano de Dios me ha libertado para que sea tu castigo: ¡oh! y tú sabías bien que faltaba en tu corte uno de tus nobles: tú sabías bien que tu padre había sido traidor, infame, miserable para don Alfonso Telles: don Pedro el Justiciero debió haberse apresurado á libertar al noble infortunado y á su hija: á su inocente hija; pero antes que el rey justiciero estaba el rey avaro, que no se atrevió á hacer justicia á un caballero injustamente ultrajado por su padre, porque para hacerle justicia, se hubiera visto obligado á restituirle sus ricos estados. ¡Oh! Si tú hubieras salvado á mi padre, si me hubieras vuelto al suelo patrio, te hubiera amado tanto como te aborrezco.

—¿Con que es decir que en mi poder, aún insistes en tu venganza, y quieres dejarme el alma envenenada por la tuya?

—Doña María ama á Men Rodríguez,—repitió con doble firmeza Leila,—y tanto puedo asegurártelo, como que yo he sido la causa de esos amores.

—¡Tú!

—Sí, yo: cuando pasaba en la corte por paje de doña Isabel Nuñez de Lara, de esa otra desgraciada á quien tú has matado, mi fama de hechicero (porque entonces se me creía hombre), había llegado á doña María, que quiso saber su destino: en la conversación que tuve con ella, adiviné que doña María amaba á otro que tú, observé más, y conocí que amaba á MenRodríguez.

—¡Y Men Rodríguez...!—exclamó el rey alentando apenas...

—Men Rodríguez no lo sabe, ni aun lo sospecha... el sospecharlo sólo hubiera sido una desgracia para él, porque es el vasallo más leal que tienes.

—¡Y mi vasallo más leal se hace amar de mi esposa!—exclamó frenético de dolor el rey.

—Si se ha hecho amar de mí,—exclamó con un desdén indescribible Leila,—¿qué tiene de extraño que se haya hecho amar de doña María?

—¡Mientes! ¡Mientes!—gritó el rey:—tu lengua es la lengua mortífera de un demonio; es imposible... no puede ser...

—Sí; hubiera sido imposible, imposible de todo punto,—continuó Leila:—en sus principios el amor de doña María era una de esas aficiones que la razón domina, y la razón de doña María la hubiera dominado... pero estaba yo para impedirlo... yo, el espíritu tentador... y doña María concibió una pasión desenfrenada por Men Rodríguez.

—¡Infame!—exclamó, el rey avanzando más hacia Leila!

—Y no podía menos de acontecer así: ¿crees tú que una mujer que se siente arrastrada hacia un hombre, si encuentra todas las noches en su reclinatorio, en su lecho, en sus libros de devoción billetes de amor escritos por una mujer, tan sedienta como yo de amor y de venganza: crees tú que si la mujer que tales escritos lee, los atribuye al hombre en quien piensa, no acabará por sucumbir á la doble fuerza del amor y del misterio? Y doña María ha luchado como una heroina de los antiguos tiempos: la más fuerte, la más casta, la más pura hubiera sucumbido, y al sucumbir, hubiera dado escándalos que no ha dado doña María. No debes, pues, culparla, porque obra impulsada por un poder superior á su voluntad; no debes culpar á Men Rodríguez, porque gracias á la virtud de doña María, nada sabe, nada sospecha; porque todo esto es obra mía.

El rey que había escuchado, enteramente trastornado, las últimas palabras de Leila, al concluir ésta, sus ojos se inyectaron de sangre, su semblante se desencajó, y mudo, transido de cólera, de dolor, de celos, empuñó furioso su espada y la desnudó hasta la mitad.

—¡Mátame! ¡Mátame, si puedes!—dijo Leila, desnudando enérgicamente la daga de que se había apoderado:—¡no he de dejarme yo matar tan fácilmente como mi antiguo amo Abou'l-Sayd, cuya sangre tiñe aún tus manos!

—No, no te mataré,—dijo el rey, envainando de nuevo su espada:—no te mataré como á ese moro: la muerte es pequeño castigo para tí: necesito que vivas y vivirás.

Y el rey salió frenético de su recámara, cerró la puerta, y buscó en la cámara á Juan Diente, con una mirada que espantaba.

—Aquí estoy, señor,—dijo el ballestero:—¿es necesario aplastar á esa víbora?

—Es necesario pensar un castigo horrible: entra, entra, Juan, apodérate de ella, y pónla á buen recaudo... entra tú sólo... temo verla... su vista me embravece, la mataré, y no quiero matarla.

Y el rey fué á salir.

—Perdonad, señor, acompañadme.

—¿Tienes miedo?

—Sí tengo miedo de que se me escurra de entre las manos... dicen que es hechicera; entrad, entrad conmigo, señor, que si vuestra voluntad es que no muera, por mucho que la cólera os ciegue, yo lo evitaré.

La palabra *hechicera* estremeció de nuevo al rey, que en silencio fué á la recámara, abrió su puerta, y entró con Juan Diente.

Entrambos lanzaron un grito de asombro: la cámara estaba abandonada.

El rey se precipitó á los tapices, los alzó, miró por todas partes; pero en vano, Leila había desaparecido.

Nuestros lectores recordarán que el rey no conocía las comunicaciones secretas que don Juan Alfonso de Alburquerque había hecho durante sus ausencias de Sevilla, para espiarle en su propio alcázar.

—¡Hechicera! ¡Hechicera!—exclamó el rey enteramente preocupado:—esa mujer no se ha dejado prender sino para insultarme: ¡hechicera! ¡Oh!

—No hay hechicería que valga,—dijo Juan Diente, que había reparado una pequeña abertura en la puerta, en razón á no haber cerrado bien Leila:—es que aquí hay una puerta oculta.

—¡Una puerta oculta en mi recámara!—exclamó el rey.

—Sí, sí mirad, señor,—contestó Juan Diente,—empujando aquella puerta.

El rey fué á precipitarse por ella.

—No, no, señor, este pasadizo es oscuro, revuelto, y estrecho; nosotros no le conocemos: antes que todo mandad cerrar los jardines... entre tanto yo penetraré solo... pero vos, señor, no, no.

—Y bien: debe haberse salvado: solo don Simuel puede haber manifestado á esa mujer estos secretos del alcázar; será necesario que venga de Toledo don Simuel.

. . . . . .

. . . . . .

Entre tanto Leila llegaba á un casucho situado en la calle de las Doncellas por donde tenía salida la mina

forzando la puerta, se saltaba atravesando las callejas de Sevilla.

Poco después Juan Diente apareció en la puerta, y al encontrarse en la calle, exclamó furioso.

—¡Dios de Dios! hé aquí que el rey no tiene en sus reinos dos pies de tierra para vivir seguro... y esa infame se nos escapa... pero las puertas de la ciudad están cerradas, los muros son altos, ella no tiene alas: con hacer que los ballesteros de maza guarden las puertas... ¡oh! después revolveré á Sevilla, y la buscaré tanto, que al fin la encontraré.

Y tras estas palabras, se entró de nuevo en la casucha, y se encaminó por la comunicación secreta á la recámara del rey; poco tiempo después, con admiración de los vecinos, había en la puerta de aquella casa, que por tener fama de duende estaba deshabitaba, una guarda de ballesteros de maza del rey.

LIBRO VIGÉSIMOSEGUNDO

CAPITULO PRIMERO

Hambre, Peste, etc.

Pasaron tres días.

Durante ellos el aspecto de Sevilla había cambiado enteramente.

A pesar de ser otoño se sentía un calor sofocante como en la fuerza del estío, y la terrible niebla, la niebla fatal que había empañado el cielo el mismo día del asesinato del rey Bermejo y de sus caballeros, continuaba desplomándose sobre Sevilla.

Continuaban todas las campanas de la ciudad doblando de hora en hora, de día y de noche, por la reina doña Blanca, y si la clausura de las puertas no continuaba rígidamente, sólo se abrían para echar fuera terribles viajeros.

Eran estos, centenares de cadáveres que hacían a

último viaje á las zanjas para sepultarles se habían abierto á larga distancia de los muros.

Por lo demás, no entraban ni salían de Sevilla más seres vivientes que los sepultureros y las gentes del rey, porque aunque no se había extendido la prohibición de entrar y salir á los proveedores de víveres, como estos desde el día antes de nuestra acción, no se habían presentado, era inútil aquella franquicia.

En resúmen la peste negra, desoladora y terrible como nunca, había empezado á cebarse en Sevilla desde la aparición de aquella niebla fatal, diezmando los habitantes de una manera espantosa: dos días después habían empezado á faltar enteramente los mantenimientos.

Las calamidades, son los primeros y más poderosos jefes de las insurrecciones populares: entonces una opinión sóla, única, exclusiva, domina á las masas, más que opinión debe llamarse el móvil que en tales casos les impulsa, padecimiento: todos sienten del mismo modo, y este da unidad, fuerza, la fuerza de la desesperación, que al fin viene á rebelarse en una insurrección.

Siempre que aparece una calamidad, el pueblo que la siente acusa de ella al poder que la manda: por más que la peste sea un azote de Dios, del cual es siempre una consecuencia la retirada de los capitales en circulación, la paralización de la industria y por ello la falta de trabajo y de dinero para el pobre, siempre

y algunas veces con justicia, se acusa de estos males á los gobiernos, se cree en su falta de previsión para evitar el contagio, en su inactitud ó su malicia para no evitar el hambre; y el hambre y la peste unidos, terribles, ensañándose indistintamente en la clase pobre, más expuesta á la crudeza del mal por su condición y su miseria, acaban por lanzarla á la insurrección, no sin haber rugido antes lo suficiente para que se presienta el conflicto á la manera que ruge sordamente el mar, algunos momentos antes de la tempestad.

Este aspecto de insubordinación, de amenaza, de ferocidad, era el que presentaba Sevilla tres días después de la muerte del rey Bermejo.

La agitación era terrible: cruzándose con las carretas hacinadas de cadáveres, que rechinaban por todas partes, mujeres hambrientas con hijos moribundos en los brazos, trabajadores de aspecto amenazador, jóvenes, niños, ancianos, todos desolados, todos sombríos, todos desesperados, se encaminaban al alcázar, delante de cuyo pórtico se veía de continuo una multitud miserable cubierta de harapos, marcada en su semblante la desesperación, tendiendo los brazos al alcázar y pidiendo, á voces heridas, pan al rey.

Con mucha frecuencia se escuchaban acá y allá diálogos como el siguiente:

—Este es un castigo que Dios nos envía, por las atrocidades del rey.

—Pero el rey no puede evitar la peste,—observaba alguno más templado.

A lo que respondía otro:

—Sí, pero que no se nos encierre, como pudiera encerrársenos en un horno caldeado: ¡que abran las puertas!

—Sí, que abran las puertas, y al menos podremos comer yerbas en el campo.

—Y pescar en el río.

—El río no tiene peces: el rey quiere que muramos todos, y ha envenenado las aguas.

—El rey, sin embargo, está dentro de la ciudad y afronta el contagio con nosotros.

—¡El contagio! ¡ningún rey muere de peste!

—Murió su padre de esta misma peste negra del infierno, en el cerco de Gibraltar.

—Pero el rey don Alfonso fué un buen rey, por cuya razón la peste no le perdonó.

—De todo tenía la viña del señor: si el rey don Alfonso viviera en estos tiempos, sería peor que su hijo.

—¿Y quién duda que el rey quiere matarnos? En horabuena que no se le acuse de la peste, pero del hambre sí: á buen seguro que su señoría habrá hoy comido á punto su gigote, y caliente y tierno su pan.

—Esto clama al cielo, no se encierra así para que se muera de hambre á todo un pueblo; nos obligarán á que comamos carne de los apestados.

—¡Que nos den pan! ¡pan! ¡los judíos tienen trigo, y le están guardando para venderle á peso de oro! ¡que se ahorque á los judíos! ¡que se reparta su trigo á los pobres!

Cuando este alarido desesperado de la miseria retumbaba atronador junto al alcázar, se abría la puerta y solían acontecer una de estas dos cosas: ó aparecía el obispo limosnero mayor, acompañado de sus sirvientes cargados de talegos, y revestido de pontifical para imponer respeto á las masas, y repartir á todo el que se presentaba algunos maravedises, ó por la ancha puerta, salía un escuadrón de lanzas y dispersaba á cintarazos y á veces á cuchilladas á la multitud: esto acontecía alternativamente según la disposición de ánimo en que aquellos clamores furiosos encontraban al rey: en el primer caso, esto es, cuando se daba dinero, los que le recibían se desbandaban recorriendo á Sevilla inútilmente en busca de alimento; los primeros, los más afortunados solían encontrar víveres repugnantes, infectos, averiados, la sentina, en fin, de los almacenes: los demás nada hallaban más que puertas cerradas, excepto las de las tabernas que siempre estaban abiertas y en las cuales no faltaba nunca vino; á falta de comida, la multitud bebía y se embriagaba, y esto producía funestos resultados: la embriaguez, aumentando los horrores de tantas desdichas, lanzaba á la multitud á excesos que á duras penas podían reprimirse; cuando acontecía lo segun-

de, este es, cuando las lanzas reales ó los ballesteros de la guarda, zurraban y maltrataban al pueblo, ésto se retiraba con aspecto amenazador y si bien en la plaza del alcázar no se oían por el momento gritos sediciosos, algunas calles más allá, los lastimados, los heridos ponían el grito en el cielo; las turbas predispuestas de una manera terrible por el hambre y por la peste, le condensaban, y los motines surgían atronadores, aunque sin fuerza, por el temor que inspiraba á su pueblo la terrible energía de don Pedro; pero en ninguno de aquellos motines se había gritado muera el rey, ni aun habían tenido lugar demostraciones hostiles al trono.

El rey veía todo esto: hacía esfuerzos desesperados para contener el mal; había procurado á costa de los mayores sacrificios y desplegando una severidad infinita, que, aunque escasos y caros, no faltasen mantenimientos: había recogido todo el trigo, todas las carnes, todas las legumbres que habían podido encontrarse á algunas leguas á la redonda de Sevilla, y merced á estos esfuerzos, se había podido sostener mal á la ciudad durante tres días: pero como entonces Sevilla era la población más populosa de España, igualando en población á Granada, que contaba dentro de sus muros seiscientos mil habitantes, no tardó en aparecer un día en que ni aun para el rey hubo pan.

Don Pedro hizo el último esfuerzo, montó á caballo, y rodeado de algunos ballesteros y de una in-

mensa multitud hambrienta, se encaminó á la judería.

Este era extraño en el rey, que protegía á los judíos y á los moriscos, que en realidad le eran más leales que sus vasallos cristianos, y esto era así que solía decir con mucha frecuencia que su corona no estaría segura, en sus sienes hasta que todos sus vasallos no imitasen la fidelidad de sus tributarios moros y judíos, y aun por su estrecha alianza con el rey de Granada, no faltaba quien sospechase, sin tener para ello más fundamento que un recelo injusto que don Pedro acabará por renegar de la fe de Cristo, é imitar la conducta del conde don Julián, volviendo á establecer á los musulmanes en España y proclamándose su califa.

Sin embargo, la protección del rey á los judíos y á los moriscos, nada tenía de extraño si se considera que siempre encontraba prontos á auxiliarle con su oro á estos vasallos extranjeros, los más ricos por su carácter industrial y los menos dispuestos, por lo tanto, á turbulencias y trastornos que siempre afectan de una manera más ó menos graves al comercio.

Viéronse, pues, con asombro las medidas de rigor que el rey adoptó con los judíos, haciéndoles desocupar los granaderos, confiscando á unos sus bienes y aun ejecutando á otros. Con estas medidas enérgicas, aterrados los judíos, se apresuraron á comprometer s de una manera solemne, entregando rehenes y pre - das, á que no faltasen mantenimientos y el rey se r -

tiró á su alcázar aclamado por el pueblo, que se creía salvado, merced á la firmeza de su rey, de uno de los azotes que le afligían.

Pero esto no era más que un paliativo, y Leila al saber en el retiro donde se había ocultado, el género de recurso á que había echado mano el rey, dijo con una alegría que nada tenía de aventurada.

—Los judíos se han obligado con sus vidas y sus haciendas á mantener á Sevilla; pues bien, no tardará en llegar un día en que no puedan cumplir su obligación, y entonces el terror les hará sublevarse de una manera mucho más segura que mis sugestiones. ¡Oh! y ese día está próximo: ese día el rey caerá en mis manos, y mi venganza se cumplirá.

CAPITULO C

De la desgracia que por causa de Leila aconteció á don Simuel Leví.

Entretanto el pueblo de Sevilla fué testigo de una de estas caidas inesperadas y sangrientas, que por recaer en personas para quienes se cree haber fijado su rueda la fortuna, maravillan y espantan, viniendo á demostrar que nada hay estable en la tierra, ni que no dependa inmediatamente de los hombres y de los acontecimientos.

Esta desgracia recayó sobre don Simuel Leví.

Irritado contra él don Pedro, por las revelaciones de Leila, envió á Juan Diente á Toledo, con algunos ballesteros de maza, con orden de prender á su tesorero, y conducirlo á Sevilla.

Juan Diente no dilató mucho su jornada; presentóse de repente en la casa que ocupaba en la judería de Toledo don Simuel, y arrancándole del lecho, le intim

de orden del rey su prisión, mandándole cabalgar en una mula que se le tenía dispuesta.

En vano don Simuel recurrió á las seducciones, á los más incitantes ofrecimientos. Juan Diente era un servidor incorruptible y leal para el que la voluntad de don Pedro era sagrada, y don Simuel, sujeto entre sus garras, se vió con terror conducido á Sevilla y encerrado en un lóbrego calabozo de las Atarazanas, donde no tardó mucho en presentarse Mateos Ferrández secretario y canciller del rey.

—Su señoría,—le dijo el canciller,—me manda á vos contando con vuestra docilidad y vuestro arrepentimiento; su señoría sabe que le habeis hecho traición; pero contando con vuestros largos y antiguos servicios de otro tiempo, quiere trataros con misericordia.

—El rey, señor mateos Ferrández,—dijo cobrando algún aliento el judío,—está sin duda necesitado de dinero, y apela conmigo al terror para sacarme nuevas sumas. Yo siempre he sido leal al rey, lo soy y lo seré: pero mis tesoros no eran por cierto inagotables: el rey consume el oro con más rapidez que el fuego la madera menuda y seca, y me ha empobrecido de manera que entre lo que yo tengo y lo que poseen mis parientes, quedándonos reducidos á la miseria, apenas podríamos procurarle cien mil doblas, cantidad insuficiente para los gastos que le amenazan, si es verdad, como he oido decir en Toledo, que el conde de Trastamara está á punto de pasar la frontera de España con

Francia, auxiliado por la gran compañía, á cuyo frente viene ese maldito dogo de Bretaña Baltrán Dagueselín.

Y así era la verdad; Enrique de Trastamara había logrado, en fin, que el regente de Francia, ofendido y lastimado por las desgracias de su prima la reina doña Blanca, y deseoso por otra parte de echar fuera de Francia las hordas de aventureros que la devastaban y que ya eran inútiles por la tregua tratada con los ingleses, las pusiese bajo las órdenes de Dagueselín á su disposición, y le reconociese como rey de España: la tempestad se acercaba, y Castilla veía con terror acercarse aquella nueva plaga, con la cual venían todos los horrores de la guerra.

—El rey,—dijo Mateos Ferrández, después de haber mirado con compasión al tesorero algunos momentos,—el rey sabe que le habeis hecho traición, ayudando los manejos de cierta doña Ana Tellez de Ulloa, á quien habeis servido contra su señoría hasta el punto de introducir por ciertas comunicaciones, que vos sólo conocíais, á esa mujer en el alcázar: mediante vos esa mujer ha podido apoderarse de cédulas en blanco autorizadas en forma, de alhajas de gran precio y de secretos importantes: los resultados han sido funestos: doña Blanca ha sido tenebrosamente asesinada, el rey se ha visto acometido de una manera sorda, por una mano invisible, y cuando ha logrado descubrir y asir esa mano, se le ha escapado, dejando burlad

su justicia, merced á vuestras traiciones, que habían puesto en el caso á esa mujer de conocer mejor que el rey los secretos de su alcázar.

—¡Que el rey ha tenido entre sus manos á Leila y la ha dejado escapar!—exclamó convulso el tesorero.

—Vuestra traición está manifiesta,—dijo Mateos Ferrández:—aunque no se tuvieran pruebas, vos mismo nos las suministrais, pronunciando el nombre árabe de esa mujer. Conoceis bien al rey, y sabeis que no perdona fácilmente á los traidores. Sin embargo...

—¡Qué!—dijo don Simuel alentando una esperanza.

—El rey os dejará la vida, con una condición.

—¿Y qué condición es esa?

—Que le entreguis vuestros tesoros.

—¡Mis tesoros, poderoso Dios de Israel! mis tesoros están en poder del rey, que me debe sumas considerables: lo que me queda no merece el nombre de tesoro.

—Tened en cuenta que el rey está resuelto á poner á prueba vuestra avaricia.

—Yo quiero ver al rey, hablarle: el rey comprenderá, si me escucha, que estoy pobre, casi arruinado: el rey me creerá cuando le diga, que todo mi haber consiste en sesenta mil doblas, cuatro mil marcos de plata, y como otras cuarenta mil doblas en joyas y telas de brocado. Si el rey desea apropiarse esos miserables restos de mi fortuna, suyos son: pero aunque me es-

prima, aunque me estruge, como una naranja, no podrá sacarme un maravedí más. En cuanto á esas traiciones de que me acusa, yo haré entender á don Pedro, y no sólo se lo haré entender, sino que se lo probaré, que me he visto en las manos de un demonio, y que si alguna cosa he hecho en su desservicio, la culpa no es mía, sino de la severidad, de la exagerada severidad del rey, que tan terrible le hace. Yo hubiera atajado el mal en su origen si hubiera contado con hallar al rey razonable. Pero primero temí, después, esa mujer funesta me ha envuelto como la araña envuelve en sus telas á una mosca... y el rey... el rey con su crueldad ha tenido la culpa.

Don Simuel hablaba sinceramente, pero ya no era tiempo. El canciller le miró de nuevo con una más profunda expresión de lástima, y le dijo:

—Duéleme, don Simuel, que hayais acordado tan tarde á hacer vuestras revelaciones: acaso antes de la muerte de la reina, si hubiérais entregado esa mujer al rey... ¿quién sabe? el rey os apreciaba en mucho; estaba acostumbrado á vos: érais su favorito... pero ahora... conoceis al rey, y sabeis que jamás perdona ciertas traiciones... yo le conozco también y sé que no os queda más medio de salvación, que revelar el lugar donde se encuentran vuestros tesoros.

—¡Pero si ya os he dicho que esos tesoros son imaginarios!

—Y os creo, don Simuel, os creo; pero no sucedí

así con el rey, que me ha dicho terminantemente: si se niega á entregarnos el oro que nos ha robado (son palabras del rey, no mías), al tormento.. al tormento con él.

—¡Al tormento!—exclamó, lanzando un grito de terror don Simuel.

—Os repito, que me duele el veros reducido á tal estado,—dijo el canciller:—si pudiera salvaros os salvaría.. no puedo, y, á más, una simple vacilación en mí bastaría para que el rey me hiciese sufrir todas las consecuencias de su cólera.

—¡Que venga el rey! ¡que me lleven á su presencia! ¡que me escuche!—exclamó desesperado don Simuel.

—Vuestra petición es inútil,—dijo Mateos Ferrández,—y me me veo en la dura necesidad de intimaros por última vez la voluntad del rey.

—¿Pero el rey quiere asesinarme? demasiado sabes que... nada poseo... que estoy empobrecido; y luego, esa infame mujer me ha condenado, aterrándome, á gastos que han acabado por arruinarme.

—¿Insistís, pues?

—Insisto en la verdad,—exclamó con una angustia indefinible el judío.

—En ese caso, y por más que me pese al decíroslo, seguidme, don Simuel.

—¡Que os siga yo, resignado como un buey á quien llevan al matadero...! no, no lo esperéis de mí. Que

me arrastren al tormento, que me lleven; pero seguiros yo... no, no, no...

Mateos Ferrández abrió entonces la puerta, llamó y entraron cuatro ballesteros.

Lo que sucedió después, fué repugnante: don Simuel se defendió cuanto pudo, pero inútilmente; gritó, lloró, se retorció entre los brazos de los ballesteros, les mordió, y sólo logró con sus esfuerzos impotentes, que su tormento empezase en el calabozo, porque los ballesteros le arrancaron de él golpeándole, sujetándole, de una manera dolorosa y brutal.

Mateos Ferrández, mudo, sombrío, disgustado, pero sujeto á la voluntad del rey, como una rueda al movimiento de un mecanismo de que forma parte, siguió á los ballesteros que conducían á don Simuel, como hubieran podido conducir un fardo.

Después de muchas vueltas y revueltas pararon al fin de una lóbrega crugía delante de una gran puerta: abrióse aquella puerta, y desaparecieron por ella preso, ballesteros y canciller: al poco tiempo de haberse cerrado aquella puerta, se oyeron terribles alaridos que al fin cesaron.

Media hora después Mateos Ferrández, pálido y sombrío, salía de las Atarazanas y se encaminaba al alcázar, llevando un pergamino enrollado en la mano.

CAPITULO III

De cómo el rey dió un banquete que podía llamarse diplomático á Men Rodríguez y á su mujer, en la cámara de doña María de Padilla.

En aquellos momentos el rey comía en el alcázar en la cámara de doña María de Padilla.

Acompañábanle en la mesa, que estaba ostentosamente cubierta con una riquísima vajilla de oro y los más suculentos manjares, á la derecha doña María de Padilla, frente á ella en el costado de la izquierda, Men Rodríguez de Sanabria, y frente al rey Beatriz la hermosa.

Cuatro camareros con trajes de corte, servían la mesa, llevando á ellas los platos que les entregaban en la puerta hermosos pajes maravillosamente vestidos. Pero de Rivera, con traje asimismo de corte, servía la escudilla, primero al rey, después á doña María, y

luego á Men Rodríguez y á Beatriz, aunque doblegando su orgullo de infanzón cuando se trataba de estos últimos; y del mismo modo violento aunque disimulando, cuando se trataba de servir á los dos jóvenes, escanciaba vino en grandes copas de oro el copero mayor Martín Yañez.

De tiempo en tiempo y cuando no podían ser vistos éste último y Pero de Rivera, cruzaban una rápida mirada que podía traducirse por:

—¿Adivinais vos lo que significa esto?

Y en efecto, había tantas cosas extrañas en aquel banquete oficial, al que eran admitidos dos vasallos que nada tenía de extraña la perplejidad de los dos nobles.

El rey y doña María de Padilla estaban rígidamente enlutados por la muerte de doña Blanca; y el mismo luto llevaban, aunque menos rígido, Men Rodríguez, Beatriz, Rivera, Yañez, los camareros y los pajes.

La corte estaba de rigurose luto por nueve días, y no habiéndose cumplido aquel plazo, y retumbando aun el doble de las campanas de Sevilla por la reina muerta, un banquete en aquellas circunstancias no podía menos de parecer extraño, y tanto más, cuando el hambre y la peste afligían á Sevilla.

No podía atribuirse aquello más que á una de las excentricidades del rey, y como las excentricidades de don Pedro eran generalmente de mal agüero, todos callaban esperando el fin de aquélla.

Hacía algún tiempo que entre el rey y doña María de Padilla había reyertas sordas, causadas por la sombría tristeza que mostraba la primera, tristeza que no bastaban á disipar las caricias, los halagos, ni las razones del rey. Cuando después de haber luchado en vano por conocer la causa de aquella tristeza, el rey se encolerizaba, la Padilla se retiraba llorando, y el rey iba á encerrarse furioso en su cámara y á entregarse á uno de aquellos abscesos que Juan Diente calificaba, no sin razón, de locura.

Desde el día de la terrible escena acontecida entre el rey y Leila, el aspecto de don Pedro se había regularizado, aparentando una calma y una paz profunda: apenas salía del alcázar, había hecho que Men Rodríguez y Beatriz se trasladasen á él desde la casa que por orden del rey les había procurado don Simuel Leví, y pasaba su tiempo ora hablando con el joven montañés, ora con su hermana, ora largas horas en la cámara de doña María.

Todos los días al oscurecer se le presentaba Juan Diente, y le decía estas solas palabras:

—El infierno debe haberse tragado á esa mujer: todo cuanto me afano en su busca es inútil; empiezo á creer que se nos ha escapado.

—Ella se nos presentará cuando menos lo pensemos, —contestaba el rey.

—Pues si se me presenta á mí, antes que á vuestra señoría, no la veréis sino muerta,—contestaba el ballestero.

Cuando Juan Diente dejaba al rey, éste entraba en su recámara y se encerraba en ella durante una hora con su consejo, con el que trataba los negocios públicos, que eran entonces gravísimos, puesto que se tenían encima la peste, el hambre y la guerra representada por Enrique de Trastamara, que con Beltran Duguesclin, con los desterrados castellanos y la gran compañía, se acercaba al Pirineo.

Don Pedro miraba todas estas plagas desde la altura de su valor: no las despreciaba, pero no las temía; para él la peste era un azote de período fijo y transitorio, el hambre, un mal que, sino de momentáneo remedio, podía combatirse, y aquel bastardo, aquellos traidores, aquel ejército de aventureros, un excelente cebo para dar á su estandarte y á sus soldados un glorioso día de matanza y de victoria.

Don Pedro, pues, dejaba correr la peste, combatía el hambre con sabias medidas administrativas, y en medio de esto hacía aprestos de guerra tan formidables como los que había hecho para la campaña de Aragón.

Don Pedro necesitaba las situaciones difíciles para dar á conocer su valor sereno, inmenso, sin límites: una traición aislada, una pequeña contrariedad, un inconveniente cualquiera, bastaba para hacer estallar su cólera: cuando el peligro era grande, cuando la tempesta se acercaba rugiente y amenazadora, la razón del rey se concentraba, su valor crecía, y sereno, pá-

lido y altivo, presentaba su rostro á la tempestad y la desafiaba.

Después del consejo, el rey buscaba á Men Rodríguez, y embozados ambos en sus capas, salían del alcázar por un postigo de los jardines y recorrían la ciudad: el rey observaba el espíritu público, espiaba, conocía por sí mismo las necesidades de su pueblo, y en alta hora se retiraba al alcázar, despedía á Men Rodríguez, y poco después él solo, á oscuras se dedicaba á espiar su propia casa.

Nada, sin embargo, notó de extraño en el palacio: la Padilla oraba hasta una hora muy avanzada, acostábase después, y todo su departamento quedaba entregado al sueño y al silencio. En cuanto á Men Rodríguez y á Beatriz, el rey podía observalos también, merced á los pasadizos secretos del alcázar: Beatriz hablaba algún tiempo con Men Rodríguez, como con un hermano, y Men Rodríguez la trataba con el cariño y la solicitud con que hubiera tratado á sus hermanas: después y como el rey no hubiese mandado poner en sus habitaciones más que un lecho nupcial, Beatriz se entraba sola en la ancha alcoba; y cerraba la puerta: Men Rodríguez leía ó se paseaba durante algún tiempo y en general se acostaba en un divan.

Otras veces, después que Beatriz se había dormido, Men Rodríguez abría silenciosamente la puerta de la cámara, después de haberse ceñido una cota de malla y una fuerte espada, envuelto en una capa salía; el

rey le tomaba la vuelta por un callejón secreto, le esperaba al paso, le seguía, le veía bajar al patio, llegar á la poterna, hacerse abrir y salir del alcázar. El rey salía tras él: la primer noche atravesó á Sevilla, y fué á pararse junto á un postigo de la casa de doña Isabel Núñez de Lara, abrió con una llave y entró.

Lo mismo aconteció las noches sucesivas.

Sin embargo, como no hay nada tan difícil de convencer como celoso, el rey no perdió por eso su prevención para con Men Rodríguez: por el contrario, aquellas nocturnas visitas á doña Isabel, que era muy amiga de la Padilla, le hicieron recelar más. ¿Acaso la viuda del infante don Juan no podía ser la intermediaria entre Men Rodríguez y su esposa?

¿Acaso un hombre que siendo esposo de una mujer tan hermosa como Beatriz, no procuraba su posesión, no daba bastantes señales de estar dominado por otra pasión ardiente, exclusiva é intensísima? ¿Y si hubiera amado de tal modo á doña Isabel Núñez de Lara, no la hubiera salvado de la prisión; no se hubiera alejado de Castilla con ella, siendo así que doña Isabel poseía riquezas bastantes para hacer que su amante no necesitase para ser en cualquier reino extraño un poderoso caballero, de la protección de un rey? Don Pedro buscaba sutilezas para convencerse de lo que no quería creer; esto es, de que Men Rodríguez le hacía traición y doña María le engañaba, y buscando estas sutilezas acogía los pensamientos más descabellados y absurdos.

No satisfaciéndose, pues, con las nocturnas y misteriosas citas de Men Rodríguez con doña Isabel Núñez de Lara, quiso penetrar su misterio, y á fuerza de oro logró ser introducido y escondido por una de las dueñas en el dormitorio de la noble viuda.

Vióse obligado el rey á estar mucho tiempo encogido, sofocado, sudando dentro de un armario, que á tales situaciones suelen verse reducidos los celosos, y solo después de haberse dado treinta veces al diablo; y de haberse tragado y devorado una espantosa dósis de cólera, llegó el momento de que se abriese la escena por él tan anhelada. Oyéronse pasos en una habitación inmediata, levantóse al fin un tapiz, y entraron doña Isabel, pálida, débil, demudada, pero hermosísima, apoyándose lánguidamente en el brazo de Men Rodríguez, que la sostenía con la solicitud que pudiera sostener una madre á un hijo moribundo.

Porque doña Isabel Núñez de Lara era un moribundo que sostiene en pie una larga agonía, una lámpara que se apaga, un perfume que se evapera. Y esto mismo, esta languidez de la materia, esta expansión del espíritu, cercano á verse libre de la carcel mortal; la grandeza que da el sufrimiento aceptado, hacían de doña Isabel un trasunto divino de sí misma, una hermosura purificada, el ángel, en fin, del sufrimiento y de los dolores.

No era una criatura, era un espíritu en el cual no había más materia que la indispensable para que tu-

viese formas sensibles; la turgente morvidez que tan incitante la hacía algunos meses antes, había desaparecido, su alto seno se había deprimido, sus manos eran trasparentes casi, y su blancura le había hecho diáfana. Y sin embargo, su hermosura había acrecido de una manera maravillosa, espiritualizándose, y sus negros ojos parecían haber aumentado en tamaño, en brillo, en expresión: eran dos objetos lúcidos en los cuales se había concentrado su alma con toda su grandeza, todo su amor, toda su pureza é inmaculada castidad. Y decimos castidad de una manera moral, porque sabido es que hay muchas vírgenes con el alma prostituida, muchas prostitutas con el alma virgen, ó aplicándolo mejor á la situación, muchas doncellas que parecen casadas, y muchas casadas que parecen doncellas.

En el aspecto de Men Rodríguez se notaba la profunda impresión que causaban en él aquellos encantos por decirlo así, fantásticos; el dolor intenso por aquel padecimiento sordo, roedor, mortal; los deseos volcánicos que le inspiraba aquella hermosura, que parecía tocar apenas con los pies á la tierra, y le elevaba con una aspiración divina al cielo. Don Pedro comprendió que Men Rodríguez amaba, cuanto podía amar, á doña Isabel: la sombría tristeza del joven, su desesperación silenciosa, que en sus celos había atribuído á la conciencia de luchar contra un imposible enamorando á doña María. Conoció que un hombre que amaba como

Men Rodríguez no podía amar más que á la mujer que le inspiraba su amor: que aquella mujer era su ambición, su orgullo, su esperanza, su desesperación. Sintió remordimientos al conocerse la causa primera de la desgracia de aquellos dos séres tan nobles, tan grandes, tan entusiastas, tan á propósito el uno para el otro; y si hubiera podido salvar de la muerte á doña Isabel, y Beatriz no hubiera sido su hermana, el rey rompiendo por todo, hubiera dejado viudo á Men Rodríguez, y le hubiera arrojado como esposo en los brazos de doña Isabel.

Porque el rey avezado á la sangre, no se espantaba ante ella ni dejaba de derramarla si era necesario, para poder llegar á un objeto cualquiera, ya fuera la venganza, ya, como entonces, el deseo de hacer felices á dos séres dignos de la felicidad.

Men Rodríguez llevó á doña Isabel á un diván y se sentó junto á ella; por algún tiempo permaneció mirándola extasiado, y ella sostuvo en los ojos de su amante, su intensa, dulce y ardiente mirada.

—¡Oh! ¡cuán criminales somos!—dijo al fin doña Isabel.

—Pluguiera á Dios que lo fuésemos,—dijo Men Rodríguez:—al menos hubiéramos gozado en la tierra algunos momentos de intensa felicidad.

—¿Por qué ese amor voraz, inquieto, ó impuro, amigo mío? ¿acaso creeis que valga más el placer grosero de los sentidos, que la dulcísima fruición de dos

almas que se sobreponen á la materia y se confunden en una sola, y se comprenden, y se adoran, y se abrasan en un fuego inestinguible, creado por ellas mismas, hijo suyo, puro y ardiente como la caridad, hija de Dios? ¿creeis, que á pesar de la pureza de esta unión, no es criminal? ¡Oh! sí; vos os debeis todo entero en cuerpo y en alma á la mujer con quien os habeis casado.

—Es que yo al casarme con ella, señora, violenté mi corazón...

—Al violentaros debísteis aceptar enteramente el sacrificio...

—¿Y cómo lanzaros del alma, señora? ¿cómo separarla de vos que la habeis absorbido en la vuestra, que erais y seis su luz, su esperanza, su vida?... ¿Creeis que el hombre puede algo contra Dios? ¿creeis que todos los esfuerzos humanos podrían hacer que un cuerpo grave se elevase, en vez de caer?... No, no, el hombre, por más que se rebele, no puede nada contra Dios, se ve obligado á cumplir su destino, y mi destino es amaros.

—¿Y sabíais eso cuando os casásteis?

—Sí.

—Entonces no debísteis casaros por un triple motivo.

—¡Ah señora!

—Sí, por un triple motivo, por vos, por ella, por mí

—No os comprendo, señora.

—Si vos, al casaros, hubiérais amado á vuestra esposa; sino me hubiérais dejado oir más vuestro amor, sino me hubiérais mostrado vuestra desesperación, yo que al enviudar había concebido esperanzas, yo que al verme libre había dado suelta rienda á mi amor, que entonces era legítimo; yo que no había merecido un abandono, hubiera sufrido, no os lo niego, pero mi dignidad hubiera dominado á mi amor, le hubiera excluído lentamente, porque no debemos amar á quien nos desprecia, y vos abandonándome por otra mujer me hubiérais despreciado: en último caso sólo me hubiera quedado de vos un recuerdo desventajoso, y vos enamorado de vuestra mujer hubiérais sido feliz, porque vuestra mujer os ama, porque habeis nacido para haceros amar de todo el mundo. ¿Y qué sucede ahora? Al sacrificaros fanáticamente á la voluntad del rey don Pedro, siguiendo los consejos de vuestra exajerada lealtad, no os habeis sacrificado vos solo, habeis sacrificado á dos infelices que ningún mal os han hecho y que os aderan: esas dos mujeres, somos doña Beatriz vuestra esposa, y yo. Yo no tengo celos porque sé que no la amais, que no amais á nadie más que á mí. Se que sois mío, enteramente mío: pero yo no soy mala; he adivinado que robo vuestro amor á vuestra esposa que sufre, calla, y os trata como hermano...

—Y si doña Beatriz me ama, no me ama de otro modo.

—Os engañais: sólo la he visto algunas veces en la cámara de doña María y la he comprendido: doña Ma-

ría, además me ha confiado el secreto de su nacimiento: doña Beatriz ha heredado la hermosura, la pureza, la dignidad de su madre, de la cual, aunque no he podido conocerla, tengo muchas noticias, y el carácter enérgico, dominador, orgulloso y noble, de su padre el rey don Alfonso el XI; doña Beatriz, nacida para amar, requerida de amores por un escudero, cuando sólo era conocida en el mundo como la hija de un zapatero, abrió su alma el amor, se fingió en Andrés el sér que su alma necesitaba, y amó un sueño: pero á Andrés le faltaban muchas cualidades para ser el hombre de doña Beatriz: vos os cruzásteis en su camino, y la casualidad la ha hecho vuestra esposa: Beatriz ha encontrado en vos un sueño, su sér, su hombre: el mancebo hermoso, el rico-hombre altivo, el caballero valiente y leal, el espíritu que sueña grandezas y sabe practicarlas, la lealtad que se sacrifica al heroismo que lucha y triunfa ó muere. Ha visto en vos el hermano, pero no ha visto al amante. Altiva, ha callado; ha disimulado, os ha ocultado su sufrimiento: mujer, y mujer de una voluntad enérgica, como su padre, y como el rey, se ha propuesto inspiraros amor, y os le inspirará un día; porque yo moriré muy pronto, y á los muertos cuando se les ama, se les llora mucho, por mucho tiempo pero al fin se les olvida...

—¡Oh! ¿por qué ese tenaz pensamiento de muerte?—dijo Men Rodríguez, para quien no existía nada más que doña Isabel.

—No nos engañamos amigo mío: mi vida se extingue de una manera dulce y muy lenta como una fuente que se seca. Hoy creí que todo se concluía, que no os volvía á ver.

—¡Hoy!—exclamó con espanto Men Rodrígues.

—Sí, sentime blandamente trasportada á un sueño profundo; mi respiración era difícil, mis párpados pesaban como plomo, mi sangre crecía lentamente en calor, y aquel calor me aletargaba; un sudor copioso empapaba mis cabellos y corría en abundancia por mi frente. En aquel momento una de mis doncellas abrió un balcón, y una fría ráfaga de viento, me hirió de una manera punzante: mi sudor se heló, mis ojos se abrieron, resucité.

—Os engañais, os engañais, habeis confundido un éxtigo con la muerte.

—No, no, aunque el parexismo pasó, hoy me siento más débil, más enlanguecida que ayer; esta noche debe haber pesado más en vuestro brazo... no señores... ¿quién sabe si estamos en nuestra última despedida?

—Me estais despedazando el corazón, señora,—exclamó Men Rodríguez:—seis conmigo más cruel que lo ha sido el rey, casándome con su hermana.

—¿Y por qué?—dijo dulcemente doña Isabel:—¿no es preferible morir á vivir en esta vida de agonía luchando con amor imposible, y como ya os he dicho criminal? No, no; la muerte es un bien que Dios me re-

tarda demasiado, y mi muerte será para vuestra esposa la felicidad... porque... al fin... como os decía, me llorareis mucho, pero vuestro dolor irá calmándose á medida que el tiempo corra: al fin no os quedará más que un dulce recuerdo, que no tendrá bastante fuerza para resistir el amor que doña Beatriz sabrá inspiraros... la amareis y sereis feliz... y esa felicidad que ya lo es para vos en el porvenir, hace que la muerte no me sea dolorosa... ¿acaso no gozaré yo vuestra felicidad en el cielo?

Era ya tan débil la voz de doña Isabel al pronunciar sus últimas palabras, tan fatigosa su respiración, tan tumecida su mirada, tan febril el color de sus mejillas, que Men Rodríguez al apercibirse de ello lanzó un grito de horror.

—¡Oh!—dijo doña Isabel con voz ininteligible casi; es la muerte, es la muerte... tirad de esa campanilla, para que acuda mi servidumbre... vos no podeis auxiliarme... necesito de mis últimos momentos para volverme á Dios.

—¡Oh! es otro horrible vértigo,—exclamó Men Rodrígues,—el aire os hizo bien esta tarde, ahora os la hará tambien.

Y asió á doña Isabel.

—¡Ah! os verán desde la calle, apagad, apagad la luz, no me deshonreis antes los ojos del mundo.

Men Rodríguez apagó la luz; poco después el rey sintió abrir un balcón y protegido por la oscuridad un-

lió del armario y se aproximó á los amantes con paso lento, para evitar el sonido de sus canillas.

—¡Oh! creo que os sentís mejor, Isabel, Isabel mía: vuestro corazón late con más libertad.

—¡Oh! ¡dejadme! ¡dejadme!—exclamó doña Isabel con un acento tal de pudor ofendido, que don Pedro comprendió que Men Rodríguez la estrechaba entre sus brazos.

El rey percibió algunas palabras ardientes y entrecortadas, pronunciadas por Men Rodríguez, y después un llanto dulce, uno de esos llantos de consuelo, que acompañan á la felicidad en ciertas organizaciones, luego sintió que Men Rodríguez se separaba del balcón llevando á doña Isabel entre sus brazos, y escuchó estas palabras pronunciadas con pasión por Men Rodríguez.

—¡Oh! ¡la muerte! ¡mi amor la curará!

—¡Pero si vuestro amor me vuelve á la vida, me habrá arrebatado la honra!

El rey no quiso escuchar más, deslizóse rápidamente por la estancia, llegó á tientas á una puerta, atravesó otra habitación y dijo con voz contenida.

—¿Estais ahí?

—Sí, señor,—contestó una voz de vieja.

—Llevadme á la calle,—repuso el rey.

—Venid, señor.

Pocos después se habría un postigo.

—Tomad,—dijo el rey á la vieja,—y mañana en la

próxima iglesia de San Juan de la Palma, donde encontrareis un paje á la hora de misa mayor, junto á la pila del agua bendita, decidle sin nombrarla en qué estado de salud ha amanecido vuestra señora.

—Iré,—dijo la dueña, y cerró.

El rey se separó entonces del postigo, y espada en mano, porque los tiempos no eran para menos, y cruzándose acá y allá con carros de apestados, que se trasladaban de noche de los depósitos al cementerio, se encaminó al alcázar, no sin entregarse á graves pensamientos por el camino.

—Los hombres me han puesto en la terrible situación de dudar de todo, se decía, y he desconfiado de Men Rodríguez. ¡De Men Rodríguez! ¡del más leal! del más valiente, del más generoso, del más noble de mis vasallos! ¡oh! ¡aunque no amase como ama á esa desdichada, jamás se hubiera atrevido, ¿qué digo, atrevido...? ¡jamás hubiera puesto las ojos en la esposa de su señor! ¡Un hombre que sacrifica su amor, su felicidad, á la voluntad de su rey! ¡vamos, Juan Diente tiene más perspicacia, piensa mejor que yo! ¿pero ella! ¡sí, ella le ama, y será muy posible...! ¿No ha dicho doña Isabel que Men Rodríguez ha nacido para hacerse amar de todo el mundo? ¿no le ama aunque en silencio mi hermana? ¡Oh! pronto sabré si doña María le ama ó no.

Y como llegase entonces al alcázar, entró por la poterna, y dijo al alférez de la guarda:

—Vigilad, ved á qué hora entra en el alcázar el señor Men Rodríguez y avisadme.

El rey subió, se metió en su cámara y se acostó.

Ya entrado el día se le presentó el alférez de la guarda.

—Señor,—le dijo,—el señor Men Rodríguez de Sanabria, ha entrado en el alcázar, poco antes de amanecer.

—¡Oh! ha estado con ella cuatro horas;—dijo el rey: —jamás ha estado tanto. ¡Pobre hermana mía!

A las nueve se le presentó el paje que había enviado á San Juan de la Palma.

—¿Que te ha dicho la vieja?—preguntó el rey.

—Que su señora ha amanecido tan mejorada que el médico ha concebido esperanzas de salvarla.

—¡Oh!—murmuró el rey para sí,—el amor hace milagros.

Y despidió al paje.

—Estoy seguro,—continuó pensando el rey, de la lealtad de Sanabria:—su primer amor soy yo; yo su rey... yo su señor natural... después doña Isabel Núñez de Lara: yo y ella somos su pensamiento: pero no estoy seguro del mismo modo de María... si María hubiese concebido por Men Rodríguez una pasión profunda... si fuese cierto lo que me ha dicho, esa infame mujer, esa Leila, esa doña Ana... si esa mujer fuese verdaderamente hechicera...

El rey que era, como hemos dicho otras veces, su-

persticiose, acaso por la influencia de su tiempo, se estremeció.

—Pero ese no puede ser, si fuera hechicera, su venganza no hubiera esperado tanto, hubiera puesto en práctica todos sus medios... se valdría de artes sobrenaturales... y sin embargo ella ha desaparecido... todo mi poder ha sido inútil para prenderla... aquí debe haber algo de misterioso... pero yo estoy avisado... y... desafío á esa terrible mujer... sí, la desafío, y veremos... veremos si yo, que he vencido tantos formidables enemigos; yo que he hecho que una nobleza brabía se extremezca al sonido de mi nombre, logre vencerla... ¡oh! sí, lo quiero, y la venceré... la venceré aunque Satanás la proteja... y es necesario acabar... sabré á qué atenerme respecto á doña María, y lo sabré hoy mismo... los pondré frente á frente, la observaré: ¡oh! sí... sí...!

Y en aquel punto dió las órdenes necesarias para el banquete en el cual al principio de este capítulo hemos presentado á los cuatro personajes.

Al fin aquellas cuatro personas estaban frente á frente: doña María había escuchado de una manera estóica el anuncio de aquel banquete y Men Rodríguez y Beatriz con sorpresa. El rey se mostraba grave, pero no serio, pudiendo atribuirse su gravedad á los lamentables sucesos que á la sazón tenían lugar y á la reciente muerte de la reina. Doña María de Padilla, visiblemente enferma y apurada, aparentaba una calma

que no sentía, y miraba de una manera indiferente é igual á Men Rodriguez y á Beatriz; Men Rodrígues estaba notablemente distraido hasta el punto de cometer torpezas tomando un objeto por otro en la mesa, y Beatriz se mostraba satisfecha, feliz, descuidada aunque en armonía con la gravedad general.

La conversación era lenta, cortada, indiferente: no se pronunciaba una palabra acerca de la peste ni del hambre, ni de la guerra, parecía que todos huían de aquellos asuntos, y, como el luto de la corte prohibiese el tratar de materias frívolas ó alegres, todo se reducía á palabras inútiles, á observaciones sobre el tiempo, á esas mil insulseces vacías de sentido que se aventuran cuando nada se tiene de qué hablar: sin embargo cada uno de los tres personajes que acompañaban al rey sabían, conociendo el carácter de don Pedro, que se habían reunido allí para algo, pero no adivinaban en qué podía consistir aquel algo: era la excentricidad más rara, más inmotivada que hasta entonces había tenido el rey.

Don Pedro entretanto observaba á doña María, pero oculto por aquella profunda reserva que le hacía parecer indiferente y descuidado cuanto más árduo era el empeño que se resolvía en su pensamiento. Sin embargo, pasó mucho tiempo y el rey no pudo notar ni la más leve señal de amor, de cuidado por Men Rodríguez, en doña María. Se acababa la comida y el rey estaba ya desesperado de aclarar sus dudas, cuando se

abrió la puerta de la cámara y un paje dijo desde ella.

—¡Señor! ¡el canciller Mateos Ferrández!

—¡Oh! mi buen canciller,—dijo don Pedro: me había olvidado de que le dí orden de que viniese á verme al momento que cluyese cierto asunto, sin respetar cualquiera ocupación en que me encontrase. ¡Que entre el canciller!

Poco después entró Mateos Ferrández vestido con un repón talar negro, pálido y sombrío y con un pergamino arrollado en la mano.

Al ver el pergamino ardió en los ojos del rey una mirada extraña.

—¡Oh!—murmuró para sí:—es un pretexto excelente y al menos por esta vez saldré de dudas.

El canciller se detuvo al llegar á la distancia á que el ceremonial prescribía quedasen los vasallos delante de los reyes, y dobló una rodilla en tierra al pronunciar la palabra:

—¡Señor!

Men Rodríguez y Beatriz se pusieron de pie, también por ceremonia, pero doña María de Padilla permaneció sentada, lo cual era demostrarse reina.

—Alza, mi buen canciller,—dijo el rey,—alza y habla.

Mateos Ferrández se levantó, y Men Rodrígues y Beatriz se sentaron.

—Don Simuel, señor...—dijo el canciller,—y se detuvo.

—¿Ha declarado?

—Sí, y no: ha declarado algunas traiciones...

—Pero el tesoro... el tesoro que ha hecho robando nuestras rentas reales...

—Ha negado tenazmente, señor.

—No importa que un acusado á quien se pregunta niegue: creo y no me engaña al creerlo, que en nuestro castillo de Atarazanas hay una cámara de tormento.

—Y don Simuel ha sido puesto en la rueda pero...

—¡Pero qué!

—¡Ha muerto!

—¡Ha muerto!—exclamó palideciendo doña María.

—No ha podido resistir el tormento, señora,—contestó profundamente el canciller.

—Paréceme que la muerte de un traidor te contrista demasiado, canciller,—dijo el rey poniéndose de pie y con el acento breve, incisivo y duro, que era siempre precursor de su cólera.

—¡Yo... señor!—exclamó asustado Mateos Fernández.

—Y... ¡ay del día en que yo me decida á concluir de una vez!—continuó el rey con acento más duro:—no me rodean más que traidores y cobardes.

Había mucho de verdad en la irritación del rey, porque le contrariaba que don Simuel Leví hubiera tenido valor para morir antes que revelar el lugar donde tenía escondidos sus tesoros y en cuya existencia

creía el rey, pero aquella irritación estaba muy lejos de llegar á su terrible cólera: sin embargo lo fingió admirablemente y todos se levantaron.

—Sí,—repitió el rey:—no me rodean más que cobardes y traidores.

—¡Señor!—se atrevió á decir Men Rodríguez.,.

—¡Cómo! ¿quién se atreve á hablar delante de mí, cuando no le pregunto...? ¿eres tú acaso, Men Rodríguez...? ¿tú, á quien yo he sacado de tu oscuridad y cuya soberbia ha crecido tanto con mis mercedes, quien se atreve á reprocharnos?

—¡Señor! ¡señor! pensad lo que querais; pero ved lo que decís.

—¡Oh! ¡bien! ¡muy bien!—dijo el rey dejándose arrastrar de una cólera que llamaremos artificial.—¡He aquí! ¡he aquí á mis buenos y leales vasallos! tan escasos andamos de ellos que los que se deciden á servirnos creen hacernos una merced, y tanto se engrien, tan quisquillosos se hacen, que es preciso que el rey, que el señor de sus vidas y de sus haciendas, cuide de no pronunciar junto á ellos una palabra más alta que otra. ¡Oh! á mis ballesteros, á mis ballesteros con todos!

—Mi cabeza es vuestra,—dijo el indomable Men Rodríguez, como lo son mi corazón y mi brazo, y podeis hacer lo que os plazca...

—Lealtad que arguye y disputa, es una lealtad que está muy cerca de la rebeldía.

—¡Rebelde yo!—exclamó todo trémulo Men Rodríguez.

—Sino que os habeis vuelto loco, señor guarda mayor de mi casa, señor de la Puebla de Sanabria, ricohombre caballero y mesnadero: creo que á ciertas gentes honrarlas es perderlas, quitáos de ante mi vista, idos á vuestros aposentos en mi alcázar, y esperad en ellos órdenes mías.

—¿Puedo seguir á mi esposo, señor?—dijo con dignidad y firmeza aunque muy pálida Beatriz.

—Sí, sí, id: no pretendo separaros de él en vida,—dijo con voz intencionada el rey.

Beatriz salió: á duras penas había contenido las lágrimas delante del rey, que sin reparar en ello tenía la mirada fija, atónita, aterrada, muda, en doña María de Padilla, que sin ver nada de lo que la rodeaba, pálida como un cadáver, convulsa, fijaba una mirada inexplicable en la puerta por donde había salido Men Rodríguez.

—¡Con que es verdad!—gritó el rey dejándose arrastrar de su desesperación:—¡con que nada me queda ya sobre la tierra!

—¿Y qué es verdad, señor?—dijo doña María, volviendo en sí, por decirlo así, al grito misterioso y desgarrador del rey.

—¡Nada! ¡nada!—contestó el rey reprimiéndose, por orgullo, porque los seres eminentemente orgullosos jamás confiesan sus celos:—digo que es verdad la rebel-

día de todos mis vasallos, cuando Men Rodríguez se ha atrevido...

—Ved, señor... que... vuestras palabras...

—¡Oh! ¡le defendeis!

—No le defiendo,—contestó dominándose doña María:—ha faltado á su obligación como vasallo... ha debido callar... y sin embargo...

—Sin embargo que...

—Esa misma impetuosidad... esa franqueza... esa impaciencia.

—¿Y por qué no la llamais desacato?

—¡Señor! vos sabeis mejor que yo lo que debeis hacer... y por lo tanto nada he debido hablar... permitidme que me retire... sufro...

—Sufrís...

—Sí... estoy enferma... y el veros irritado, acosado siempre por los terribles cuidados del mando... dadme licencia, señor.

—Sí, sí, id doña María: reponeos... tanto más, que será muy posible que hagamos un viaje, y quiero que cuando llegue ese caso, os encuentre fuerte. Sí, id... ó mejor dicho... quedad con Dios... estais en vuestra cámara, y yo tengo que tratar muchos de los enfadosos asuntos de que hablais en la mía... Adiós señora, adiós. Sígueme, canciller.

Antes de llegar á su cámara, el rey arrancó el pergamino al canciller, le despidió destempladamente y se encerró:

—¡Oh!—exclamó:—era verdad: esa infame Leila no mentía: le ama... le ama... aquella mirada tan tenazmente fija en la puerta por donde había desaparecido; aquella palidez... aquel estremecimiento... al verle amenazado de muerte... al creer en mi cólera, su amor, ha dominado á su disimulo... ¡oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿y qué hacer...? morir ¡morir cuando el bastardo me acomete! ¡morir cuando la peste y el hambre y toda la cólera del cielo se desploma sobre mi pueblo! no, no, me llamarían cobarde... insultarían mi cadáver mi enemigo... morir... si cuando haya exterminado á Enrique, cuando haya hecho una pira con las cabezas de todos mis nobles... cuando dentro y fuera y cerca y lejos, el nombre del rey don Pedro lo domine todo... entonces sí; cuando no me quede un solo enemigo que exterminar, uno solo siquiera de que satisfacerme... entonces, entonces, sí... es necesario morir porque yo no puedo vivir sin ella... sin ella. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡sin ella! ¡cuándo pensé yo que pudiera pronunciar esta palabra!

El rey se pasó las manos violentamente por los ojos y arrojó lágrimas.

Durante algún tiempo don Pedro permaneció inmóvil, apoyado en un mueble, desolado, mudo: al fin hizo un poderoso esfuerzo sobre sí mismo, dominó lo sombrío de su semblante, se arrancó del lugar en que, por decirlo así, se había enclavado, salió de su cámara, después de haber pedido á un camarero su capa, su

gorra y su espada, y se encaminó á los aposentos que ocupaba Men Rodríguez con Beatriz en el alcázar.

Encontró á Men Rodríguez paseándose meditabundo y tan preocupado, que no reparó en la presencia del rey; pero Beatriz que estaba sentada junto á una ventana mirando á los jardines, se levantó y le salió al encuentro, pálida y demudada.

—¿Venís á buscarle?—dijo.

—Sí vengo á buscarle,—contestó el rey.

—¿Y para qué quereis á mi esposo?—dijo con ansiedad Beatriz.

—Un vasallo jamás pregunta á su señor, lo que su señor quiere de él,—dijo Men Rodríguez;—al vasallo solo le toca callar y obedecer.

—Pues no siempre callas tú, Sanabria,—dijo el rey.

—Cuando se ofende á un noble en su honor...

—Un rey como yo, puede decir lo que quiera á un vasallo como tú. ¿Me entiendes?

—Sí, todo, todo, menos traidor.

—Escucha, Sanabria, cuando yo llamo traidor á un vasallo mío de veras... entonces le queda poco tiempo para quejarse... pero cuando se le llamo á un vasallo leal, solo por probar el temple de su espíritu...

—¿Qué quereis decir, señor?

—Quiero decir, que eres muy valiente y que estoy satisfecho de tí: te has atrevido á defender tu honor levantándote ante mí, frente á frente. No hablemos mas

de esto: ni una palabra más: toma tu gorra y tu espada y sígueme.

Beatriz lanzó una mirada de recelo al rey.

—Queda con Dios, hermana mía,—dijo el rey, comprendiendo aquella mirada:—me llevo á tu esposo y se le volveré sano y salvo, adiós.

Y acercándose á Beatriz, la asió de las manos y la besó en la frente.

Poco después el rey y Men Rodríguez salían á caballo del alcázar: seguíanles el canciller Mateos Ferrández y algunos ballesteros de maza, mandados por Juan Diente.

Al atravesar la ciudad en dirección á la judería, el rey no pudo menos de notar que el aspecto de Sevilla era más alarmante que otros dias, los menestrales no trabajaban, las tiendas estaban cerradas, los grupos se apartaban silenciosamente al paso del caballo del rey y volvían á condensarse apenas había pasado su comitiva; el cielo, de color de plomo impuro, seguía pesando sobre la tierra, y todo anunciaba que las calamidades estaban muy lejos de desaparecer.

De repente al revolver una esquina, un hombrecillo jorobado, viejo, patizambo, se colgó á las bridas del caballo de Men Rodríguez, le detuvo, y agarrándose á los arzones, se hizó, por decirlo así, para dejarse ver y oir mejor.

Men Rodríguez reconoció en aquel hombre, á maese Blas el campanero.

Sus ojos extraviados por una expresión insensata, se posaban inquietos en el joven; su ancha boca estaba contraida por una expresión horrible, y sus brazos agarretados, plegados vielentamente, sosteniéndole colgado al caballo, se extremecían de una manera profunda.

—¡Ah! ¡ah! señor rico-hombre,—exclamó:—¿qué habeis hecho de vuestro amigo Andrés? ¿os habeis casado con su novia? ¿no es verdad?

El campanero acabadas de pronunciar estas palabras, á que no había sabido que contestar Men Rodríguez, lanzó un alaride horroroso: el rey había tendido sobre él, el pesado látigo que llevaba para regir su caballo: maese Blas se dejó caer al suelo, y exclamó mirando sombríamente á don Pedro:

—¡Ah! ¡eres tú, buen rey! ¡tú el que tiendes tu látigo sobre tus vasallos! ¡pues cuidado de que tus vasallos no te ahorquen con tu látigo, buen rey! ¡ah! ¡ah! ¡ah! ¡cuida que no te ahorquen con tu látigo!

Y maese Blas apenas dichas estas palabras se deslizó, desapareciendo, sin saber como, y dejando una desagradable impresión en el rey que en aquellos días creía ver en todo pronósticos.

—¡Vive Dios!—exclamó espoleando de nuevo á su caballo,—¿sabes tú quien es ese musaraña que se ha atrevido á amenazarnos?

—Es el padre del pobre Andrés Cerchuelo,—dijo conmovido Men Rodríguez.

—Es el campanero de la iglesia Mayor, que está borracho, señor,—dijo Juan Diente, que marchaba á poca distancia del rey y había oído su pregunta.

—El infeliz se embriagó para olvidar,—añadió Men Rodríguez.

—¡Adelante!—exclamó el rey:—mi pueblo se embriaga también desesperado; será necesario ahorcar á los que así le han puesto: vamos, Sanabria, vamos á buscar oro con que comprar dogales á casa de don Simuel.

Y el rey y los suyos siguieron.

A pesar de las graves circunstancias en que se encontraba el rey, su avaricia le impulsaba á ir él mismo á apoderarse del oro de su difunto tesorero: era operación que no hubiera confiado á nadie, como no hubiera entregado á nadie su autoridad ni su querida.

Cuando entró el rey en la judería, notóse entre sus habitantes un movimiento de espanto.

Y aquel espanto era justo; en las miradas del rey se comprendía que estaba dispuesto á todo.

Poco después entraron en la casa de don Simuel Leví.

Entonces Mateos Ferrández hizo fijar en la puerta un pergamino en que se declaraba traidor al difunto tesorero, y se confiscaban sus bienes.

Ya cerca de la noche, el rey salió; delante de él salieron algunos ballesteros, llevando del diestro sus caballos que iban cargados de oro, y el rey, se enca-

miné al alcázar. Al llegar á él, el rey dije á Men Rodríguez.

—Sube á despedirte de tu esposa: ármate, y en el momento con el resguardo que yo te enviaré, llev esas sesenta mil doblas al castillo de Carmona y entrégalas á mi tesorero Lope de Avendaño, de quien exigirás un recibo.

Y el rey que había desmontado se perdió como una sombra á lo largo de una galería.

CAPITULO IV

De lo que le aconteció á Men Rodríguez en la villa de Carmona.

Tres días después de los sucesos anteriores y cuando Men Rodríguez salía del castillo de Carmona, después de haber hecho la entrega de las sesenta mil doblas de don Simuel Leví á Lope de Avendaño, uno de los tesoreros de segundo orden del rey, al entrar en las calles de la villa se le atravesó una vieja y encorvada dueña, enteramente encubierta con un manto, y le dijo:

—¿Sois el señor Men Rodríguez de Sanabria?

—Yo soy el que decis, buena madre,—contestó el joven.

—Pues entonces, tomad esta carta que me han dado para vos,—repuso la dueña.

—¿Y de quién es esta carta!—dijo Sanabria examinándola.

—Ella misma os lo dirá; en cuanto á mí no puedo decíroslo y adiós, porque me esperan.

Y dicho esto la vieja, se alejó sin que Men Rodríguez pensara en detenerla.

Apenas quedó solo, abrió la carta, y en el momento en que arrojó la vista sobre ella se le vió estremecerse.

La primera frase que había leido era el nombre de doña Isabel Núñez de Lara.

—«Doña Isabel Núñez de Lara, decía aquella carta, »es vuestra amante; al fin vuestro amor ha vencido su »virtud: y no podía suceder otra cosa: os ama y ha»beis sido tenaz; pero doña Isabel es una sombra á »quien sostiene un soplo de vida: vuestros amores, »vuestros placeres, se hunden lentamente en la tum»ba. ¿Quereis que viva doña Isabel y que vuelva á tod» »el explendor de su magnífica hermosura? En vos con»siste. Si deseais aclarar este misterio, id esta noche »á la ermita de San Juan, en ella encontrareis un paje »seguidle y ese paje os traerá á la persona que os es»cribe».

Inútil es decir que Men Rodríguez no vaciló un momento acerca del partido que debía tomar, tratándose de la vida de doña Isabel Núñez de Lara: era media tarde y esperó impaciente á que llegase la noche: cuando esta llegó Men Rodríguez se encaminó á buen paso á la ermita de San Juan, que estaba situada en una plazuela irregular y desierta á un extremo de la

población, y al llegar allí, encontró en el átrio de la ermita, un paje extraordinariamente gentil, pero cubierto el rostro con un antifaz y tan misterioso como la dueña que había dado la carta.

Cuando llegó á él Men Rodríguez, el paje le indicó con un ademan, que le siguiese, y Men Rodríguez le siguió.

El paje se encaminó á una casa cercana, abrió con llave la puerta y entró, haciendo de nuevo á Men Rodríguez señal de que le siguiese. Sanabria penetró en un zaguán y el paje cerró la puerta, tomó una linterna encendida, que había en un ángulo, y subió, llevando en pos á Men Rodríguez, por unas estrechas escaleras. Al fin se encontraron en una cámara amueblada con gusto y con lujo sobre una de cuyas mesas ardían en dos candelabros seis bugías de cera perfumadas con incienso, á juzgar por el olor que exhalaban.

El paje indicó á Men Rodríguez que se sentase en un diván y salió cerrando tras sí con llave una puerta.

Pronto empezó á impacientarse Men Rodríguez: la espera se hacía larga; por otra parte dominaba en la casa ese silencio peculiar de las casas deshabitadas: las habitaciones que había pasado hasta llegar á aquella cámara estaban desmanteladas; todo tenía las muestras de una extraña aventura. Sin embargo, ni un solo pensamiento de temor pasó por Sanabria, aunque si se

marcó en su semblante una profunda expresión de impaciencia.

Pasó el tiempo, una hora, otra, y en una iglesia cercana sonó el toque de queda. En aquel punto, como si aquel toque hubiera sido una señal, se abrió la puerta por donde había entrado el paje, y adelantó una mujer, una dama de aspecto noble, altiva, perfectamente ataviada y prendida, de talle maravillosamente gentil, que adelantó con cierta precipitación hacia Sanabria.

Este se puso de pie.

La dama se detuvo á algunos pasos de él y le miró de una manera tal, que sobrecogió á Men Rodríguez.

Aquella hermosísima dama, era Leila, ó doña Ana Téllez de Ulloa; como mejor queramos.

Y decimos hermosísima, porque el sufrimiento, la ansiedad, el fuego concentrado de sus terribles pasiones, habían dado una expresión fantástica casi inmaterial, á sus miradas: su boca inspirante había erguido su soberbia frente, dándola una majestad infinita: era, en fin, Satanás con toda su sensual hermosura, Satanás doblegando, humilde, suplicante ante un hombre, pero amenazador, sombrío tras su humildad, tras su desaliento: la mirada que Leila posaba en Men Rodríguez, dulce con la súplica, magnífica con el destello de una leve esperanza, profundamente dura y cruel, sobre un fondo de desesperación, había aterrado al joven, y no sin causa, por aquella mirada era un pandemo-

nium de afectos y de pasiones encontradas, y en su foco se veía el crater de un volcán próximo á estallar.

—¿Me conoceis caballero?—le dijo Leila con voz trémula.

—¿No se qué contestaros? porque os he visto bajo tantas formas...

—Consideradme solamente bajo la forma en que me veis.

—Nunca os he visto así.

—¿Y creeis que yo sea la misma que habeis visto, ya bajo los vestidos del paje, ya bajo la armadura del caballero?

—Creo señora, que entre vos y yo, existe un lazo misterioso que no comprendo.

—Explicaos.

—Yo debía aborreceros, siempre me habeis inspirado una repulsión subersiva, y sin embargo...

—Sin embargo que...

—Sin embargo, no siento ante vos cólera ni odio.

—¡Es que yo soy tan desgraciada!—exclamó con acento desesperado Leila,—que ya que no he podido hacerme amar de vos, tampoco he logrado que me aborrezcais.

Men Rodríguez calló.

—Sentémonos, caballero, sentémonos; vuestro es ahora el tiempo, porque estais muy lejos de ese hombre fatal á quien obedeceis ciegamente como á vuestro destino.

—¿Y qué hombre es ese?

—Ese hombre es el rey.

—Concluyamos señora,—dijo Men Rodríguez y vengamos al asunto:—si yo hubiera sabido que iba á encontraros, hubiera huido de vos... se me ha tendido un lazo...

—No, Men Rodríguez, no,—contestó dulcemente Leila:—no he hecho más que aprovechar una ocasión: si os hubieran dicho: doña Ana Téllez de Ulloa necesita hablar con vos, estoy segura de ello, no hubiérais venido: ahora es distinto, estais aquí y no saldreis sin haberme escuchado.

Men Rodríguez se levantó con desden, con un desden que era afectado y que, por lo tanto, lastimó más á Leila.

—Inútil es, que pretendais apartaros de mí,—le dijo con acento amargo;—todo lo he previsto: se que sois valiente pero no importa: hombres resueltos guardan mis puertas.

—¿Y decís que esto no ha sido un lazo?—exclamó con desprecio Men Rodríguez.

—Os repito que esto no ha sido más que aprovechar una posibilidad, para apelar á vuestro corazón, á vuestra compasión, á vuestra hidalguía: ¡Tenderos yo un lazo! de seguro que yo os amo más de lo que os amais vos mismo; infinitamente más que os ama doña Isabel, que os ama la Padilla.

—¡La Padilla!—exclamó asombrado Men Rodríguez.

—Doña María muere por vos.

—Mentís.

—Preguntad á los celos del rey si miento ó no.

Estas palabras de Leila fueron un terrible rayo de luz para Men Rodríguez: entonces comprendió ciertos misterios inexplicables, que desde hacía algún tiempo, había observado para con él en la conducta del rey: sus miradas sombrías á veces, á veces recelosas: la lucha sorda entre el afecto y la repulsión, el odio y el amor á un tiempo: entonces se explicó el arranque del rey durante la comida á que habían asistido doña María y Beatriz: los penosos esfuerzos de la Padilla, el embarazo, el encogimiento, el sufrimiento en fin, de Beatriz. Y sin embargo de que las palabras de Leila, habían sido para él la mano que rasga un denso velo y deja ver lo que tras él se oculta, dudó, vaciló: él no podía creer que doña María amase á otro hombre que al rey: él ningún indicio de amor había visto en ella; y sin embargo había oído quejarse al rey de la indiferencia de la Padilla, de su aspecto sombrío y taciturno, de su aislamiento: había notado tiesura en el trato de Beatriz con doña María, aunque encubierto con ese exquisito tacto que poseen las mujeres para disimular sus afectos. ¿Diría la verdad Leila? ¿acaso Beatriz había visto amor para él en doña María, y sentía celos?

—Sí, sí,—dijo Leila;—preguntad al rey si os ama doña María y él os contestará: pero no se lo preguntéis:

el rey os mataría, y yo por mucho que me hayais herido y me hayais despreciado, no quiero vuestra muerte. No, yo os amo más que doña Isabel, que doña María, y no digo más que Beatriz, porque la misma sangre que me alienta, la sangre de mi madre, corre por sus venas y está celosa como yo.

—Debeis comprender señora...—dijo todo confuso Men Rodríguez, porque aquella situación por más de un concepto le repugnaba.

—Sí, sí; lo comprendo todo... todo... pero no me arranqueis mi última esperanza: hasta ahora mi orgullo me ha sostenido, pero el sufrimiento ha derrocado mi orgullo: no os pido que me ameis, aunque vos hayais sido mi único amor, amor volcánico que me ha arrastrado á crímenes horribles: no os pido que me ameis: ya se, que no podeis amarme, pero al menos no me desprecieis: al menos no me negueis que os vea que os hable, que os proteja.

—Que me protejais...

—Sí, que os proteja; el rey don Enrique ha pasado la frontera al frente de un formidable ejército; el rey don Enrique triunfará, os lo juro.

—¡Mientras haya Dios en los cielos,—exclamó pálido de cólera Men Rodríguez;—mientras el rey tenga espadas leales, espadas que no se venden al oro ni al miedo, y de las leales por fortuna aun quedan muchas en Castilla, el Bastardo no arrancará á don Pedro la corona de sus padres, á pesar del gran condestable Du-

guesclin, de su famosa banda de aventuras, y de todos los castellanos traidores que le sirven.

—Creed lo que querais,—contestó con una firmeza aterradora Leila:—pero dejadme concluir: el rey antes de mucho morirá ó se verá preso y fugitivo: eso es lo afirmo: entonces vos, que sois su más leal, su más valiente vasallo; vos, que vivo el rey, pelearéis hasta morir por su derecho, y muerto pelearéis por el derecho de sus hijos, porque sois de aquellos hombres para los cuales la lealtad á su rey es un culto, caballeros de los que quedan hoy muy pocos, traereis sobre vos todo el odio de don Enrique: dejadme, pues, que os proteja, que os ame, y en pago de mi amor, de mi protección y aun de mi ayuda, concededme vuestra amitad, ¿puede pediros menos una mujer que como yo os ama?

—Estais perdiendo un tiempo precioso para vuestros horribles planes: os hablo señora con toda la fe, con toda la verdad que se encierra en mi corazón: no solo no puedo amaros, sino que ni aun puedo concederos mi estimación: lo único que puedo hacer como caballero, lo estoy haciendo, y tened en cuenta que al hacerlo hago traición al rey.

—¿Y qué haceis?—dijo con punzante sarcasmo Leila.

—Dejaros libre, cuando sé que mereceis la muerte.

—¡Qué merezco la muerte!... dádmela, pues, Men Rodríguez, dádmela: ¡oh! la muerte recibida por vuestra mano sería para mí una felicidad, que para ser completa solo faltaría ser durable. ¿conque tanto me

aborreceis? ¿conque así pagais mi amor? Pues bien matadme, después de lo que acabais de decirme, lo mejor que pudiera acontecer sería morir.

Y aquella organización de hierro, aquella alma cruel, impasible, fría para todos, menos para su venganza y para su amor, cedió al fin á la fuerza del dolor, se comprimió, por decirlo así, y se deslizó en lágrimas; pero en lágrimas desesperadas, terribles, lágrimas de sangre que brotaban de un corazón desgarrado en un llanto de muerte, en uno de esos llantos que parecen van á concluir con las personas que los vierte.

Men Rodríguez se conmovió porque era generoso y bueno, porque no podía ser impasible al sufrimiento y adelantó hacia Leila: esta vió su impulso á través de sus lágrimas, adelantó una esperanza, se inflamó su corazón en un amor como hasta entonces no había sentido, se arrojó frenética en los brazos de Men Rodríguez y le besó en la boca.

Aquel beso satánico, quemó los labios de Men Rodríguez, tembló, se estremeció, vió fijos en los suyos, muy cerca, la mirada inmensa de Leila; aquella mirada le devoraba, y Men Rodríguez sentía el alma torturada por aquella mirada terrible, como se siente torturar un desdichado por los dientes de una fiera. Las lágrimas de Leila se habían secado; estaba pálida hasta parecer un espectro emanado de una tumba, sus ojos tenían una fuerza sobrenatural, su boca entreabierta y árida, con sus labios descolorides y su ardiente

aliento, exhalaba fuego y temblaba y gemía, una aureola terrible parecía rodear sus magníficos cabellos.

Leila entonces era un vampiro.

Men Rodríguez sentía una fascinación semejante á las que hacen sentir ciertas serpientes.

—¡Oh! ¡sí, sí! tú serás mío,—exclamó Leila con voz ardiente y opaca:—tú serás mío y yo te inundaré de felicidad.

Aquel acento terrible tornó en sí á Men Rodríguez, acordóse de que aquella mujer funesta había envenenado á doña Isabel, á la reina, acordóse de sus crímenes, del terrible odio que profesaba al rey, y del peligro en que estaba la vida de don Pedro, mientras aquella mujer viviese: asombróse de haberse contenido hasta entonces y arrojado lejos de sí á Leila echó mano á su espada.

—Yo no soy asesino,—dijo,—ni soy cruel: podría prenderte y presentarte al rey, pero el rey te torturaría, te despedazaría lentamente: tú no tienes de mujer más que el sexo, pero tu corazón es de hombre, y de hombre terrible: defiéndete, pues; necesito matarte, pero te mataré como mata un caballero.

—¡Ay de tí, Men Rodríguez,—exclamó dulcemente Leila,—si yo desnudase contra tí una espada! ¡y ay de mí porque te mataría!

Men Rodríguez se sintió de nuevo dominado: en la serena y magnífica frente de Leila, no se marcaban ya

las arrugas sombrías del dolor, ni sus ojos expresaban la desesperación profunda que antes: por el contrario, se veía en ellos una dulce y profunda paz, un amor tranquilo é intenso.

Leila era entonces un angel.

Men Rodríguez comprendió que Leila estaba segura de su triunfo sobre él, y esta seguridad le irritó doblemente que le había irritado su agresión.

—Defiéndete,—le dijo con voz ronca y convulsiva, adelantándose hacia ella.

—Sí, voy á defenderme de tí, y á defenderte de tu primera bajeza; porque estais loco, amigo mío, vos seríais capaz de asesinarme: voy á defenderme tí, de la única manera que me es posible.

Y abriendo dos hojas de una gran puerta colocada al fondo, dejó ver á Men Rodríguez un grupo numeroso de hombres armados de punta en blanco con las viseras caladas, las espadas desnudas, é inmóviles como sino fueran otra cosa que estátuas de hierro.

—Ya ves,—dijo Leila;—fuerza es que aplaques tu cólera: si das un paso más esos valientes te desarmarán, te sujetarán y te pondrán fuera de esta casa. Fuerza es que esperes, sin embargo quedaremos en volvernos á ver y entonces no querrás matarme porque... tú me amarás te lo juro... tu serás mío.

—Pues bien,—dijo Men Rodríguez envainando lentamente su espada,—puesto que hemos de volvernos á ver, te espero. Adiós.

—Escucha Men Rodríguez: escucha: quiero darte un consuelo en prueba de mi amor.

—Un consuelo,—exclamó Men Rodríguez.

—Sí; si no volvieras á ver á doña Isabel Núñez de Lara...

—¡Oh, no volverla á ver!

—Sí: ella debía morir, pero la satisfacción de su amor ha apresurado su muerte: pudiera haber vivido seis meses más, sino hubiera sido tuya: ve, ve, amigo mío: pero parte al momento si quieres que muera entre tus brazos.

Y después de estas terribles palabras, Leila desapareció entre sus hombres de armas, y las dos hojas de la puerta se cerraron.

Men Rodríguez se lanzó frenético fuera de la casa y poco después de Carmona; al día siguiente muy de mañana entró en Sevilla.

. . . . . .

. . . . . .

El anuncio de Leila se cumplió.

Doña Isabel Núñez de Lara, murió aquella noche, sonriendo de amor entre los brazos de Men Rodríguez.

Su muerte fué dulce, sin agonía, semejante á una luz que se apaga.

LIBRO VIGESIMOTERCERO

CAPITULO I

De lo que pasaba por doña María de Padilla.

La muerte de doña Isabel Núñez de Lara afectó profundamente, aunque de distinto modo á nuestros principales personajes. Men Rodríguez no vertió una sola lágrima: porque su dolor era uno de esos impíos dolores que no tienen ni aun el consuelo del llanto: delante de nadie ni aun delante del rey exhaló una sola queja, se aisló con su dolor, se apuró, le encerró en el fondo de su alma, y aun le disimuló delante de las gentes, por respto á la memoria de doña Isabel.

El rey don Pedro, celoso de Men Rodríguez, cuando escuchaba la villana voz de sus celos se alegraba en el fondo de su alma del agudo padecimiento del joven: pero cuando á despecho de sus pasiones renacían en él sus genereses instintos, le consolaba, se

hacía partícipe de su dolor y era para él un hermano.

Men Rodríguez conocía esta alternativa de afectos del rey, y ellos le confirmaban en el dicho de Leila. El rey estaba celoso: había momentos en que le miraba con prevención y hasta con cólera. El noble joven se estremecía entonces, dudando si sería verdad que le amaba la Padilla.

Esta por su parte alarmada por las muestras que aunque encubiertas había dado el rey de sus celos acerca de un amor, que ella creía haber guardado en el fondo de su alma, se hizo doblemente reservada y este fué un nuevo indicio para el rey. En cuanto á doña Isabel, sintió en ella la pérdida de una amiga, pero de una manera instintiva, sin poder evitarlo, sin que en ello tuviese parte alguna su voluntad, sentía un amargo placer por la muerte de su rival, á pesar de que creía tener razones para creer falso el amor del joven hácia doña Isabel.

Beatriz, siempre grande y sublime, á pesar de que, tratando á Men Rodríguez, había concebido hacia él de una manera lenta y por lo tanto más segura, un amor profundo, sintió la muerte de doña Isabel de una manera intensa, por lo intenso del dolor que aquella muerte había causado á aquel esposo adorado, á quien recababa su amor de mujer, para no demostrarle otra cosa que un tranquilo amor de hermana.

El rey comprendía todo esto, y todo esto le hacía sufrir.

Pero la más apenada, la más atormentada de estas víctimas del amor, de la desesperación, y de los celos era doña María. Sin sentirlo había contraido de una manera intensísima un amor sin igual hacia Men Rodríguez; amor del alma, amor capaz de todo menos de la deshonra y de la traición al rey: amor sublimado hasta el heroismo, grande, inmenso, sublime, como que ella creía ocultar para todos menos para Men Rodríguez: porque no hay persona que ame, que no crea que su amor es comprendido por la persona amada: amor inspirado fatalmente por Leila, desarrollado por ella, y por ella mantenido con una habilidad satánica.

De tiempo en tiempo, doña María encontraba una discreta y apasionada carta en su reclinatorio; un ramillete simbólico; una joya. Doña María contestaba aquella carta, no como una de esas amantes vulgares que no saben apartar la impureza del amor, sino como una amante del alma. Se prendía los ramilletes ó las joyas, pero jamás se las dejaba ver á Men Rodríguez, jamás una mirada suya fue á decir al joven que le amaba, jamás doña María escribió su nombre ni el de Men Rodríguez en sus cartas.

Y Men Rodríguez que nada sabía ni sentía, y que nada por lo tanto, podía demostrar, la parecía el hombre más discreto del mundo y al mismo tiempo el menos valiente, porque se necesitaba ser tan valiente como era doña María para contener en los límites del deber

aqualia pasión volcánica; esto la enamoraba más y más: creía que el respeto de Men Rodríguez hacia su decoro, le hacía fingirse amante apasionado y exclusivo de doña Isabel Núñez de Lara, y no era extraño que lo creyese, puesto que Leila, en sus fatales cartas, había hecho protestar á Men Rodríguez que aquel amor era fingido.

Doña María, sin embargo, tenía celos, celos tan ocultos y tan grandes como su amor por la felicidad ficticia de su rival.

Leila contaba con todos estos auxiliares para envenenar el alma de la Padilla, y si no hubiera amado como amaba á Men Rodríguez, la hubiera deshonrado de una manera material á pesar de la lealtad de Men Rodríguez hacia el rey.

Necesitaba sin embargo destrozar á doña María para que el extrago fuese á recaer en el rey, y contando con los resultados, reveló á Men Rodríguez que era amado por la Padilla.

Los resultados previstos por Leila no se hicieron esperar. Recelose Men Rodríguez, obligado á ver continuamente á doña María, no la miró ya con la tranquilidad del descuido: por el contrario sus miradas se hicieron torpes, vacilantes, sufría en su presencia, y este sufrimiento, esta vacilación engañaron á la Padilla. Creyó que el sufrimiento había llevado al joven al extremo de no satisfacerse con aquella correspondendencia tardía, decoresa, pura: con aquel amor de espí-

ritu; creyó que había llegado para Men Rodríguez el momento de los deseos; y esto fué contagioso para ella: ella también probó lo que jamás había probado ni aun por el rey don Pedro: deseos impuros: al primer indicio se aterró: cuando ya no tuvo duda de que su amor era un amor adúltero, su frente se tiñó con el penoso dolor de la vergüenza: su alma se sublevó contra la infamia y juró morir antes que deshonrarse y deshonrar á su esposo.

Leila creyó llegado el momento de poner en armonía sus traideras cartas con el estado en que se encontraba doña María, y la primera carta que después de esta resolución, encontró la Padilla en su reclinatorio era una carta insensata, una carta cuyas frases eran semejantes á la erupción de un volcán contenido por largo tiempo. Doña María en el primer impulso, obedeciendo solo á su dignidad, tomó la pluma y rechazó indignada en una breve carta, las exigencias que creía en Men Rodríguez.

Leila á la noche siguiente contestó á aquella carta con estas dos palabras:

»Puesto que mi amor os ofende, señora, mi amor »muere».

Doña María dió vueltas y más vueltas al enigmático sentido de aquella carta: ¿qué quería decir? ¿que Men Rodríguez ofendido dejaba de amarla, que la cau la había ofendido su orgullo ó que su desden mataba su amor matándole?

Una duda, es mil veces más terrible que la realidad por terrible que sea. Doña María se sintió presa de una duda cruel. Pero durante algunos días esperó. Por una coincidencia fatal, Men Rodríguez, temiendo comprometerse y comprometer á doña María por la turbación que le causaba su presencia, hizo poderosos esfuerzos sobre sí mismo y al fin logró dominarse y presentarse á ella, con la misma respetuosa indiferencia que antes de que Leila le hubiese revelado que doña María le amaba.

Y doña María se engañó de nuevo atribuyendo á desprecio la impenetrable circunspección del joven.

Cuando una mujer que ama como doña María, se siente despreciada, su amor ofendido al principio, acaba por deshacerse en lágrimas y hacerse más exigente: porque á medida que la esperanza se aleja de una mujer que ama así, se aleja la vida, la razón empieza á perturbarse, y el deseo de la muerte se une al del contrariado amor.

Doña María llegó al punto de desear la muerte: luchaba con la vergüenza que le causaba aquella pasión inmensa, desbordada, dominadora: luchaba con los recuerdos del rey, para el cual quedaba vivo é intenso un amor distinto al que profesaba á Men Rodríguez; se habían trocado las situaciones: amaba á Men Rodríguez como á un amante, y al rey como á un hermano, pero como á un hermano cuya presencia, la hacía sufrir, cuya mirada le aterraba, cuya cólera temía: sufría

á la vista del indiferente Men Rodríguez, de la reservada Beatriz; sufría á la vista de sus hijos, sufría con la sonrisa maliciosa de sus damas, que, algunas veces sorprendía, y seguía encerrándose para dormir y pasando la noche en oración.

El rey, sin embargo, la trataba como siempre, pero la exquisita penetración de la Padilla comprendía al marido que se encubría y espiaba; y esto la obligaba á hacer poderosos esfuerzos, para encubrir con un semblante tranquilo sus penas: pasó mucho tiempo y al fin doña María logró concentrar dentro de sí misma aquel fuego devorador: su semblante volvió á demostrar su dulce paz; pero el cáncer que tras aquella paz se ocultaba, empalidecía cada vez más su semblante, le demacraba, consumía su existencia.

Pasaron así muchos días. Llegó el invierno. El rey, cansado de espiar en vano á doña María, no teniendo motivo alguno para dar rienda suelta á su furor, concluidos los aprestos de guerra, y encontrándose ya en la frontera el Bastardo, al frente de su banda de desleales y aventureros, pensó salir á campaña, dejando por guarda de la ciudad y del alcázar á su favorito Juan Fernández de Hinestrosa, dejando secretamente á éste bajo la vigilancia del misterioso monge negro de la cruz del Humilladero, y llevándose consigo á Men Rodríguez.

Las circunstancias en que se encontraba el reino eran terribles: la peste negra, si bien había perdido su

primer encarnizamiento, seguía haciendo víctimas de una manera uniforme, regularizada, lenta, pero segura, en Sevilla y las demás poblaciones que habian sido atacadas: se habia conjurado la falta de subsistencias, pero estas no solo se mantenian á un alto precio, sino que encarecian de día en día: en el cielo no se veía una sola nube, y su radiante luz, empañada por una neblina impura, pesaba como una losa sepulcral sobre Andalucía: el comercio en grande escala, seguía, aunque de una manera fatigosa é indecisa, llena de azares; pero la industria en pequeño había muerto: la miseria pública, cada día en aumento, había hecho que recorriesen las calles grupos de mendigos desesperados y dispuestos á todo, y no había día en que los sevillanos no fuesen testigos del caso miserable de caer una persona desfallecida de hambre en las calles.

Sobre todo esto la rebeldía dentro, la guerra llamando á las fronteras, las frecuentes y sangrientas ejecuciones del rey sobre la nobleza, completaban lo sombrío del cuadro que presentaba Castilla.

El rey veía con una cólera sombría las calamidades públicas, que no podía evitar, porque dependían de la voluntad de Dios, y las calamidades privadas de su alcázar, contra las cuales no tenía poder ninguno.

Pero había otra calamidad que podía contrarestar, y esta era la que traía el conde de Trastamara con la guerra á Castilla.

Don Pedro, que necesitaba un objeto en que desahogar parte de su cólera, envió á las fronteras de Aragón y de Navarra, que eran entonces por aquella parte las fronteras naturales de sus estados desde la desembocadura del Ebro hasta el golfo de Gascuña, dos cuerpos de ejército á pesar de la paz que había hecho con Pedro IV de Aragón y de su alianza con Carlos *el Malo* de Navarra; envió además un emisario al rey de Portugal, llamado Pedro como él, y como él, primero de este nombre, á renovar su alianza, acordándole el proyecto de casamiento entre sus dos hijos el infante don Fernando y la infanta doña Beatriz, y apercibiéndole á que preparase un ejército auxiliar.

El invierno, sin embargo, impedía la guerra, porque en aquellos tiempos la guerra solo se hacía en la buena estación: don Pedro recorrió su reino á la cabeza de sus ballesteros de maza, hizo levas, señaló á Burgos por punto de reunión de sus gentes, y pasando como un vendabal por las ciudades de Castilla, Asturias y Galicia, no salió de ninguna de ellas sin haber concedido alguna franquicia al pueblo, y sin haber dejado en las almenas, para escarmiento, algunas cabezas de nobles traidores.

Esto, al par que ponía al pueblo de parte de don Pedro, aterraba más y más á la nobleza, que se pasaba á bandada, por decirlo así, al ejército de don Enrique,

que esperando la buena estación, se acampaba cerca de las fronteras castellanas.

El rey estuvo dos meses ausente de Sevilla: cuando volvió, un nuevo desastre debía colmar su desesperación y decidir, por decirlo así, de su destino.

CAPÍTULO II.

—

De qué manera aprovechó Leila la ausencia del rey don Pedro.

Encubierta de una manera misteriosa, sin dejar conocer de nadie su residencia, teniendo presa y segura á su hermana Isabel, á quien había revelado su parentesco, y había encerrado más por su seguridad que en castigo de su traicion, vivia sola en Sevilla, en el fondo de una oscura calleja contigua á la puerta de la Macarena, en una casa deshabitada y de la cual sólo salía de noche para trasladarse á la casa de vecindad de la calle de Maese Rodrigo, en la cual, como recordarán nuestros lectores, existía la comunicación secreta con el alcázar y el dormitorio de doña María.

Estaba ya demasiado desesperada y demente para que Leila no pensase en dar, á costa de ella, su más rudo y terrible golpe al rey don Pedro.

Todas las noches Leila, puesta en su acechadero, observaba á su víctima.

Doña María había visto con placer la ausencia del rey y de Men Rodríguez: podía al fin por algún tiempo librarse del martirio de una tranquilidad forzada, de una indiferencia fingida; podía encerrarse dias enteros en su cámara, aislarse de su servidumbre y llorar libremente: doña María exhaló entonces todas las lágrimas que habían comprimido durante tanto tiempo, se consagró á la oración y á las más ásperas penitencias, pretendiendo por ellas que Dios arrancase de su corazón aquel amor imposible, aquel amor del infierno que la devoraba; y á pesar de su oración y del cilicio y del ayuno, y de las lágrimas, aquel amor crecía con el silencio, con la indiferencia de la persona amada, y sobre todo con su ausencia.

Doña María conoció con terror que necesitaba de la presencia de Men Rodríguez para que su agonía fuese menos cruel, y le llamó á voces en sus oraciones, y Leila fué testigo de horribles accesos de demencia y de olvido, á que doña María se entregaba en la soledad de su cámara.

Llegó un momento en que las caricias de sus hijos no pudieron consolarla; en que la presencia de Beatriz se la hizo odiosa, y luego un día, en que se aisló enteramente, no dejándose ver de su servidumbre, sino en las precisas horas del servicio, marcado por lo que entonces podía llamarse etiqueta de palacio.

Llegó un día en que Leila dijo en su acechadero con acento horrible, contemplando á doña María desolada, replegada sobre sus rodillas, con la mirada fría, atónita, inmóvil como la de un imbécil.

—Hé aquí llegada mi hora: es preciso obrar.

Pero la peste negra se adelantó á Leila: doña María cayó de repente en el lecho herida por el contagio: aterróse Juan Fernández de Hinestrosa, que sabia que su sobrina era su favor y su fuerza; aterróse el monge negro, que sabía cuanto amaba el rey á doña María, y su hermano Diego García de Padilla, y su primo Pero Lope partieron en distintas direcciones en busca del rey, cuyo paradero, á causa de la rapidez de su paso por el reino, se ignoraba, para noticiarle aquel terrible acontecimiento.

Entretanto, cuantos médicos árabes y judíos, que eran entonces los más apreciados, se encontraban en Sevilla, rodearon el lecho de la real enferma, que, predispuesta por su estado de excitación, había sido atacada por la peste de una manera terrible.

Leila desde su escuchadero veía el lecho de doña María rodeado de servidores solícitos; asistido de médicos, de una falange al fin, que parecía con sus esfuerzos pretendían arrebatar su presa de la muerte. Leila estaba contrariada; estaba segura por lo que veía que la Padilla, quebrantada por sus dolores, y atacada de una manera cruel por el contagio sucumbiría. Pero esto no era la venganza de Leila: Leila

no quería que Dios matase á la Padilla: quería matarla ella: no quería que muriese antes de que llegase don Pedro, quería que la viese morir. Y el mal hacía progresos rápidos, espantosos, hasta el punto de que todos los que rodeaban á doña María estaban consternados.

Llegó una noche, en que los médicos dijeron á Juan Fernández de Hinestrosa, con la gravedad de la ciencia que pronuncia un juicio irrevocable:

—Doña María muere esta noche.

—Doña María no morirá,—exclamó Leila que los había escuchado.

Y apartándose violentamente de su escuchadero, recorrió el pasadizo, salió por la casa de vecindad á la calle y se trasladó como una exhalación á la judería.

En ella en un callejón tétrico y sin salida llamó á un eunuco de una manera particular: sin duda aquella manera era una seña, puesto que la puerta se abrió inmediatamente y apareció el judío Jonatham, el de la torre de Santipence con una lámpara en la mano.

—Ha llegado la hora,—dijo Leila entrando y cerrando tras sí la puerta.

—¿Han desesperado los médicos de salvarla?—dijo Jonatham, precediendo por unas estrechas escaleras á Leila.

—Sí,—dijo ésta entrando con él en un aposento lóbrego y desnudo en que sólo había un armario y un lecho, y si no nos apresuramos, toda tu ciencia es

inútil; los médicos han asegurado que morirá esta noche.

—¿Estás segura?

—¿Acaso la peste negra es otra cosa que un tósigo mortal, un aire envenenado que mata á aquel que toca? ¿Acaso para cada veneno no hay un antídoto? ¿Acaso hay antídoto que administrado á una persona atacada de su contrario, no la salve si se llega á tiempo? ¿No te ha respetado la peste, sólo porque yo te he preparado con este antídoto? ¿No me ha respetado á mí? ¿No he curado á cuantos se han servido de mi ciencia á tiempo?

Y el judío abriendo el armario sacó de él un frasco de estaño cuidadosamente tapado con pez.

—¿Estás seguro, Jonatham?—dijo Leila.

—¿Que si estoy seguro de la virtud de este filtro? él me ha puesto rico, arrancando de la muerte á poderosos señores: él salvará, si aún es tiempo, á doña María.

—Pues bien, al momento: preséntate en el alcázar, ofrece tu ciencia... la aceptarán, porque están desesperados... pero escucha... exige quedarte solo con doña María.

—Lo exigiré.

—Solo y encerrado.

—Solo y encerrado.

—De modo que no puedan verte.

—¿Y para qué?

—Quiero asistir contigo á esa cura prodigiosa.

—¿Vas á venir conmigo?

—No, yo estaré en el dormitorio de doña María.

—No te comprendo: ¡tú en el alcázar!

—Nada importa que no me comprendas; lo importante es no perder tiempo, vamos; salgamos al momento: no lo olvides: exige quedarte á solas y encerrado con ella so pretexto de que no quieres que nadie comprenda tu secreto.

—Y ciertamente que no quiero.

—Sírvete, pues, de ese pretexto, y como no hay tiempo que perder, vamos.

El judío guardó el frasco bajo la hopalanda y siguió á Leila: al salir de la judería se separaron; Jonatham, siguió hacia el alcázar, y Leila hacia la calle de Maese Rodrigo.

Cuando el judío llegó al alcázar se hizo anunciar como un médico hebreo. Cuando un enfermo se encuentra desahuciado, el médico más oscuro puede contar con que le dejarán llegar hasta él, con tal de que de algunas esperanzas. Jonatham juró que curaría á la Padilla, y le llevaron á Juan Fernández de Hinestrosa.

—Se,—le dijo,—que los médicos que asisten á doña María de Padilla, han declarado que su ciencia es inútil, y yo os digo que lo que falta á esos médicos es ciencia.

—Son los médicos más famosos.

—Si su fama fuera merecida, hubieran atajado los progresos del mal en los principios.

—Y vos podreis...

—Llevadme al lecho de doña María y podré contestaros.

—¿Pero sois médico?

—Decid mi nombre á esos otros médicos y ellos os contestarán por mí.

—¿Como os llamais?

—Jonatham-Abi-Amer-ebn-Sina.

—¡Ah! sí, sí, os conozco, conozco vuestro célebre nombre, y no se como me he olvidado de llamaros para que vuestra ciencia unida á la de los demás...

—Si teneis confianza en mí, no perdamos tiempo.

Hinestrosa, anhelante, pintada en su rostro una dudosa expresión de esperanza, llevó á Jonatham al lecho de doña María.

Al entrar Jonatham, otro médico árabe se levantó de sobre una mesa donde consultaba un planetario.

—Desesperados de la tierra habeis recurrido á las estrellas y á los ensalmos,—exclamó con desprecio Jonatham.

—¡Dios! ¡solo Dios, que es Todopoderoso, que tiene en su mano la vida y la muerte puede salvarla!—contestó con énfasis el árabe.

—Pero puede también salvarse por medio de la ciencia humana.

—Hemos llegado al último límite de la ciencia conocida.

—Lo veremos.

Y Jonatham, tomando de sobre una mesa, cubierta de medicamentos, una lámpara de plata se acercó al lecho.

Doña María inmóvil con los ojos escandecidos por la fiebre, teñidas las mejillas de un color entre rojizo y verdoso, orlados los párpados de un círculo morado, áridos y secos los labios, daba salida por ellos á una respiración entrecortada, lenta, ardiente: de tiempo en tiempo un estremecimiento poderoso corría á lo largo de sus miembros, y exhalaba un gemido apagado, profundo, en que se representaba un padecimiento inmenso.

—¿Con que, según vosotros, sabios que poseeis la ciencia humana, no hay remedio para esta señora, sino en un milagro de Dios?—dijo con sarcasmo Jonatham, después de haber observado larga y profundamente á doña María.

—¡Dios! ¡solo Dios!—dijo el árabe.

—Pues bien; Dios va á hacer el milagro por mi mano,—dijo con tal acento de seguridad y de fé Jonatham, que hizo exhalar un grito de alegría á Hinestrosa, para el cual la salvación de la Padilla era cuestión de vida ó muerte.

—¡Que se salvará!—dijo.

—Sí; dentro de cuatro horas vuestros médicos conocerán que se han engañado.

—¡Dios! ¡solo Dios!—exclamó tenazmente el médico árabe.

—¡Y qué puede hacer el hombre que no sea hijo del poder de Dios!—dijo Jonatham.

—¡Oh! si la salvais contad con un tesoro,—dijo Hinestrosa

—Pero para salvarla, necesito quedar aquí solo y encerrado.

—¡Solo y encerrado!—exclamó con desconfianza Hinestrosa.

—Si cuando hayan pasado cuatro horas, doña María no está salvada, á juicio de esos sabios médicos, tomad mi cabeza.

Aquella seguridad, Hinestrosa volvió á cobrar su confianza, y mandó á todos los que estaban en la cámara que se retirasen.

—¿Y vos, señor?—dijo Jonatham.

—Yo no soy médico, y no puedo sorprender vuestro secreto,—dijo Hinestrosa.

—Os he respondido y os responde con mi cabeza,—repuso Jonatham.

Hinestrosa salió: el judío aseguró todas las puertas cuando entró en el dormitorio, encontró en medio de él á Leila.

—¿Por dónde has entrado?

—Nada te importa eso; con que doña María...

—Hemos llegado á tiempo; la fiebre la devora, ni vé, ni oye, ni siente, pero dentro de poco habrá recobrado sus fuerzas, su razón, la fiebre habrá desaparecido; estará salvada.

—¡Y será mia!—exclamó horriblemente Leila.

—¡Tuya!

—Sí, ¡mía! ¡acaso has olvidado que necesitamos vengarnos del rey don Pedro!

—Dejemos, pues, entonces á la peste negra, que nos vengue.

—No, no... es necesario que el rey la vea morir, que la escuche... que apure la agonía, una agonia cruel... es necesario que padezca cuanto puede padecer un mortal; como padezco yo. Salvemos de la peste negra á doña María.

Jonatham tomó una taza de plata cincelada de sobre la mesa, vertió el medicamento que contenía, la limpió escrupulosamente, y luego sacando de entre su baladran el frasco de estaño, llenó la taza de un licor incoloro é inodoro como el agua.

Luego fué al lecho.

—Sosten la cabeza de doña María—dijo á Leila, que le obedeció.

Entonces Jonatham entreabrió los apretados y blanquísimos dientes de la enferma, y lentamente la hizo tragar el líquido contenido en la taza.

—Esperemos,—dijo, mientras Leila dejaba caer suavemente á doña María sobre las almohadas.

Doña María quedó inmóvil; Leila y Jonatham la observaban con una ansiedad profunda.

A la media hora algunas gotas de sudor bretaron sobre la piel de doña María; poco después aquel sudor

se hizo abundantísimo, corriendo por todos los poros.

—¡Se ha salvado!—exclamó con orgullo Jonatham.

—¡Se ha salvado!—exclamó con una alegría feroz Leila.

—La fiebre cede, desaparece rápidamente; la circulación se regulariza, dentro de poco, doña María creerá despertar de su sueño.

—¡Oh! ¡pues déjame sola con ella!

—¡Leila! ¡Leila!—exclamó conmovido Jonatham,—mira cuán hermosa es; cuán pura su frente... ten compasión de ella.

—¡Compasión! —exclamó roncamente Leila,—¡la he tenido de otras? ¡y eran hermosas, tan puras como ella, y cayeron! ¡cayeron ante mis celos y mi venganza, como doña María caerá!

—¡Pero la venganza es una cosa horrible!

—Acuérdate de tu hija, Jonatham; tu hija era también joven, hermosa y pura, y él la abandonó, y su abandono la mató.

—¡Mi hija! ¡mi hija! sí, venganza de la muerte de mi hija; pero venganza contra el rey don Pedro.

—¡Y qué mejor venganza podemos tomar de él, que hiriéndole en esta mujer...! vete, Jonatham, vete, déjame sola: necesito estar sola con ella cuando despierte del letargo de la fiebre.

—Pero... en cuanto yo salga, ellos entrarán.

—Saldrás por un lugar en que nadie se apercibi á de tu salida.

Y asiéndole vigorosamente de una mano, abrió la puerta secreta y se lanzó dentro: luego cerró.

En cuanto se quedó sola, fué á la mesa; tomó otra taza de plata, la limpió y la llenó de agua. Luego sacó de su escarcela un pomo; su terrible pomo de oro, y vertió lentamente seis gotas en el agua.

—El rey tendrá tiempo para llegar, para alegrarse, para aterrarse, y para verla morir en medio de una terrible locura, como han muerto doña Blanca y doña Isabel.

Y tras estas palabras fué al lecho.

Doña María continuaba anegada en sudor, su respiracion era más dulce, el impuro color de sus mejillas menos intenso, menor la aridez de sus labios, y el círculo amoratado de sus ojos decrecia.

Pasó otra media hora.

Doña María se llevó por la primera vez la mano á la frente, como pretendiendo arrancarse de ella una pesadilla, suspiró de la misma manera vigorosa que suspira el caminante fatigado que llega al fin á un lugar de descanso, abrió los ojos y miró vagamente en torno suyo.

—¡Pedro! ¡mis hijos! ¿dónde están mis hijos?—exclamó,—he tenido un sueño horrible; soñaba con la eternidad... ¡oh! mi frente arde, mi aliento me abrasa; ¡tengo sed!

Aquella palabra extremeció á Leila; fué á la mesa, tomó la taza de plata que habia preparado, y se acercó al lecho.

—¡Tengo sed!—repitió con el acento suplicante de los débiles doña María.

—¡Bebed!—dijo roncamente Leila, presentando la taza á doña María.

Esta se incorporó ayudada por Leila, y bebió con el ansia febril de los sedientos.

—¡Oh! ¡qué bien me hace esto!—dijo doña María desplomándose sobre las almohadas; luego, cansada, destrozada por sus padecimientos inmediatos, cerró los ojos y se durmió.

—No me ha conocido, ni aún me ha visto; ha hablado y obrado de una manera instintiva; ha nombrado al rey, á sus hijos... á Men Rodríguez no... ¡oh! ¡oh! ¿habrá menguado su amor? ¿será acaso un amor ficticio que desaparece ante la muerte...? ¿quién sabe? se ha dormido... dentro de algun tiempo su sueño será eterno... ¡qué horror! pero es preciso anticipar al rey un infierno en la vida... poco me importa si le consigo, mi infierno después de la muerte.

Y como si la vista de aquella desdichada á quien acababa de asesinar, la aterrara, se separó violentamente del lecho, fué á la puerta secreta, y dijo á Jonatham, que estaba extremecido detrás de ella:

—Hemos concluido; sal, y acaba tú por tu parte.

Jonatham aturdido bajó al dormitorio, cuando se volvió nada vió más que la tapicería; la puerta había desaparecido. Entonces se acercó al lecho, y contempló á la Padilla que dormía aun.

—¡Infeliz! ¡infeliz!—dijo,—salvada hoy, sentenciada, más que sentenciada: muerta para mañana; ha echado seis gotas: vivirá un mes; ¡oh! ¡qué horror!

Y como si el ambiente del dormitorio pasase sobre él y le sofocase, salió, atravesando el antedormitorio, y abrió la puerta.

En la cámara esperaban anhelantes, Hinestrosa, la servidumbre y los médicos.

—Entrad, entrad todos,—dijo Jonatham,—y ved si doña María es un cadáver ó un ser viviente como vosotros.

Todos se precipitaron en el dormitorio, y los médicos examinaron á doña María.

—¡Salvada!—dijeron,—¡salvada!

—La ha salvado la ciencia,—dijo Jonatham.

—Tú eres un Dios,—dijo el médico árabe.

—Yo soy un hombre que ha encanecido estudiando la naturaleza.

—Sí,—exclamó Leila, retirándose de la puerta secreta, tras de la cual observaba,—tú, Jonatham, la has salvado de la peste negra; pero yo te desafío á que la salves de mi licor de príncipe. Yo podría salvarla, pero no la salvaré.

Y tras estas palabras, se perdió en las sinuosidades del pasadizo.

CAPÍTULO III

De cómo el rey se alegró, y volvió á entristecerse, y se aterró al fin.

Cuatro días después el rey entró á mata-caballo en Sevilla, acompañado solamente de Men Rodríguez de Sanabria, de Pero Lope de Padilla y de Juan Diente.

Al recibir la terrible noticia de que doña María había sido atacada por la peste negra, el rey le olvidó todo, sus celos, su rabia, su desesperación, para no pensar más que en la vida de aquella mujer que era su destino, la única á quien había amado y amaba; la madre de sus hijos.

Cuando llegó, doña María, sentada en su cámara en su sillón, recibía con delicia un rayo de sol que entraba por las vidrieras; estaba flaca, pálida, débil, y sin embargo, al ver al rey tuvo fuerzas para levantarse arrojarse en sus brazos.

El rey, á aquella demostración expontánea, vaciló en sus celos, creyó que la mujer que de aquella manera la recibía, nunca habia dejado de amarle; creyó que si algun tiempo habia estado retraida, triste, displicente, grave, debia atribuirse á la conducta agresiva y brusca que él mismo habia usado con ella, el rey creyó esto, porque necesitaba creerlo, doña María se arrojó en sus brazos llorando, porque necesitaba consuelo, porque don Pedro era el padre de sus hijos, porque la Padilla se sentia culpable; antes, cuando su alma no tenía para Men Rodríguez un solo pensamiento impuro, habia levantado con la altivez de la virtud su frente ante las agresiones del rey.

Entonces estaba doblegada por el peso de sus remordimientos, y aunque no había faltado al rey de hecho, y estaba resuelta á morir antes que á faltarle, la bastaba para encender en su conciencia el fuego sombrío del remordimiento, la pasión febril que sentia por Men Rodríguez.

El rey creyó, pues, que se había engañado, que le habían engañado, lanzó una mirada restrospectiva á la vida de aquella mujer, y solo halló amor, virtudes; horrorizóse de haber sospechado de ella, de ella que todo le había sacrificado á su esposo, su honra, su dignidad, su vanidad, puesto que ella, reina de derecho, solo había aparecido ante los reinos de don Pedro, ante España, ante Europa entera, como la manceba impura y ambiciosa que rodeaba su tálamo y su trono á una

reina demasiado infeliz para que no fuese una enemiga formidable para su reputación.

El rey recordaba cuántas veces la esposa legítima, por más que su matrimonio hubiese sido secreto, le había suplicado porque aliviase la suerte de doña Blanca, aquella otra esposa posterior, y que por lo tanto no tenía otro derecho que el de quejarse de la incalificable conducta del rey al casarse con ella por razones de estado, cuando no era libre, cuando no podía contraer otro enlace sin faltar á su honra y á lo que debía á Dios y á los hombres.

Recordó una continuada serie de grandezas de aquella mujer que le estrechaba llorando entre sus brazos, se dilató su alma, comprimida hasta entonces, y exclamó:

—No, no; era imposible, imposible de todo punto yo he estado ciego, loco.

—¿Y qué era imposible, señor?—dijo tristemente la Padilla.

—Era imposible,—continuó el rey reponiéndose;—era imposible vivir como vivíamos, y sin embargo así hemos vivido muchos años, porque muchas veces sucede lo imposible.

Y aunque parezca una paradoja el dicho rey, era una verdad; porque en buena lógica, no es posible más que lo razonable.

—¡Como hemos vivido hasta ahora!—exclamó no comprendiendo bien la Padilla.

—¡Sí; pasando tú por mi manceba, cuando eres mi esposa!

—¡Ah!, señor.

—Pero no importa: convocaré las cortes: de mi reino; les presentaré el testimonio y los testigos de nuestro casamiento, casamiento anterior al de doña Blanca; te asiré de la mano, te subiré á mi trono, y diré á mis reinos, representados por las cortes: he aquí la reina; he aquí la noble, la generosa, la grande mujer, que durante tantos años ha ocupado una posición indigna de su pureza y de su virtud. Ha llegado el momento de que se rasgue el velo misterioso que encubría su grandeza, y de que vosotros, mis ilustres infanzones, mis poderosos rico hombres, mis nobles caballeros, mis buenos amigos, mis leales pecheros, doblais la rodilla ante ella, y levanteis vuestros estandartes gritando: ¡viva la reina?

Don Pedro había pronunciado estas palabras lleno de amor y de entusiasmo.

La Padilla las había escuchado con una melancólica indiferencia.

—¿Qué?—dijo el rey, notando el poco efecto que aquellas palabras habían causado en doña María;—¿no quieres ocupar tu verdadera posición, ahora que doña Blanca ha muerto?

—Esa declaración, señor, os deshonraría, y yo amo demasiado vuestra honra para aceptarla!

—¡Qué me deshonraría!

—Sí, y de una noble manera. ¿Qué os parece que dirían vuestros reinos al escucharla.

El rey miró aténito á la Padilla.

—Dirían,—continuó ella;—si se casó con doña Blanca por temor, por hacerse una alianza poderosa, fué un cobarde, si se casó, porque doña Blanca era jóven, hermosa y rica, fué un villano.

—María!—exclamó el rey con acento de amarga reconvención.

—No, no; yo no pienso así;—dijo María:—cuando os casásteis conmigo, obedecísteis á vuestro corazón; cuando con doña Blanca, jóven sin experiencia, sin esa firmeza que después os han dado las desgracias, cedísteis á la influencia de don Juan Alfonso de Alburquerque; no, no soy quien piense así; pero así pensarán vuestros reinos.

—¿Y qué me importa?—exclamó con su bravío acento de amenaza don Pedro:—si quien lo piense se atreve á decirlo, le cortaré la lengua, la clavaré en una escarpia en un lugar público de mi corte, y aquella lengua cortada será bastante elocuente para decir á todos: ¡callad y obedeced.

—Puede enmudecerse á un pueblo, sí; pero nadie enmudece las cien lenguas de la historia.

—¡La historia! ¡la historia! ¡fantasma que solo estremece á los pequeños! ¡La historia! ¡yo se muy bien que seré un gigante en la historia! ¡La historia! tales pasiones me acometen, tales gentes me cercan, que

mi historia, tenlo por seguro María, será un misterio que no comprenderá nadie; luego, como ahora, unos me llamarán cruel, otros justiciero; mi nombre será siempre grato al pueblo, mi nombre siempre detestable á esos hombres que solo juzgan por las apariencias, que no ven más que lo que tocan... ¡Oh! ¡oh! quisiera resucitar dentro de quinientos años, para reirme de los sabios que pretendan conocerme por el que de mí escriba mi tiempo.

El rey don Pedro, al decir esto, tenía razon, y nosotros no alcanzariamos poca parte en su risa ó en su cólera, si leyese estas páginas, á pesar de que hemos tragado una considerable dosis de polvo revolviendo cronicones, y nos hemos desesperado interpretando manuscritos infernales, pretendiendo sacar algo en claro de lo que era don Pedro; y si hemos de hablar con lisura, sólo hemos encontrado deducciones más ó menos probables, pero ni una sola verdad.

La historia del rey don Pedro, escrita por un servidor de sus enemigos, y las apologías mandadas escribir por los descendientes de la casa de Lancaster que vino á continuar su raza por la línea femenina, son más exageradas, menos dignas de crédito, que la severa y desnuda crónica de Ayala.

El rey don Pedro, pues, tenía razón: hoy su carácter es un logogrifo histórico, cuya resolución será más difícil á medida que avance el tiempo: acaso dentro de algunos siglos el rey don Pedro, con su fe-

rocidad, su crueldad, su valentía, sus venganzas, sus justicias, sus despotismos, sus licencias, sus crímenes y sus virtudes, será tenido por un mito de la edad media, y aún hoy empieza á considerársele bajo este punto de vista, gracias á la tradición y á los romanceros.

—Además,—añadió el rey;—diga lo que quiera la historia, mi deber como rey, me obliga á declarar ese matrimonio: la corona de Castilla no puede pasar á un bastardo: los de la Cerda, todos los que por hembra descienden de la casa real de Castilla, pretenderían hacer valer sus derechos: el reino se vería perplejo, y esta perplejidad traería consigo una interminable guerra civil: no habría entonces vasallos leales ni traidores, sino partidarios: no, yo no debo morir sin dejar un heredero legítimo alrededor de cuyo trono pueden agruparse los castellanos: la muerte está siempre junto á nosotros con el brazo preparado para herir: su golpe es irremediable, imprevisto; es preciso, justo, conveniente, mis reinos te reconocerán por mi esposa legítima, María, y nuestro hijo el infante don Alonso será declarado por las córtes príncipe heredero de mi corona.

—¡Nuestros hijos! ¡la guerra civil! ¡oh! ¡es verdad! ¡no habia pensado en ello! ¿qué me importaba á mí, pobre mujer deshonrada, que los castellanos doblasen ó no ante mí su rodilla? yo sólo pensaba en tu nombre, Pedro, en tu honra, que guardo como la mía, en

honra, que es para mí sagrada, que siempre, siempre respetaré.

Si don Pedro hubiera podido leer en el alma de doña María cuando pronunció sus últimas palabras, se hubiera estremecido: hubiera visto á la mujer que luchaba con su amor insensato y adúltero, á la mujer que se había resuelto á darse la muerte en el momento en que se sintiese vencida. Pero don Pedro había perdido su prevención, y sólo vió amor para él en aquellas palabras.

—Sí, sí, es necesario, preciso, urgente,—continuó la Padilla;—¡y yo no había pensado en ello! convoca las córtes del reino: díles: «la que creíais mi manceba; era mi esposa, es la reina; mi hijo don Alonso es mi heredero.» Sí, sí, es preciso; salvemos á nuestros hijos, salvemos á nuestro reino. ¡Qué importa un sacrificio más!

—¡Oh María, María! esa historia que tanto te espanta, será muy injusta sino reconoce la grandeza de tu alma.

—¡Ah Pedro, Pedro! ¡mi alma! ¡mi alma grande! ¡oh! ¡sí, sí, muy grande, cuando puede contener tantos dolores! pero por otra parte, ¡cuán contristada! ¡cuán mezquina!

—Te sobra grandeza, pero te falta fuerza en el corazón, María.

—¡Qué me falta fuerza!—exclamó profundamente la Padilla.

—La lucha en que me veo empeñado, te amedrenta; la sangre que me veo obligado á derramar, te aterra.

—Sí, sí, es verdad; me aterra todo cuanto me rodea: mi vista se agita... ¡no veo más que peligros, desdichas...! todo, todo me asusta... escucha; ya que ha de hacerse esa declaracion hágase cuanto antes... cuanto antes, Pedro... reune las cortes del reino en un plazo breve, ponme sobre tu trono con mis hijos, porque si tardas mucho... ¡oh!

—¡Qué!—exclamó aterrado el rey;—¿qué quieres decir, María?

—Voy á morir muy pronto,—contestó doña María. poniendo su mano entre las del rey, y reclinando su cabeza en su hombro.

—¡Morir! ¡morir tú, María!—exclamó el rey con un acento y una expresión ndescribible:—morir tú en la flor de la juventud y de la hermosura! ¡oh! eso no puede ser...! ¡Dios no puede permitirlo...! ¡sería horrible... horrible...! ¡eso no puede ser!

Y sin embargo, el rey se aterraba, porque temía: encontraba algo de extraño, algo de fúnebre en la dulzura, en la sonrisa, en las palabras, en el semblante de doña María: su instinto inexorable y cruel le decía: la vas á perder. Y don Pedro hubiera querido perderlo todo; su corona, sus tesoros... su honra... todo á trueque de no perder á doña María.

—Sí, sí, apresúrate Pedro: voy á morir: si me preguntas la razón de mi temor, no podría decírte

siento dentro de mí un exceso de vida que me espanta, que me hace pensar en la muerte: algunas veces mi cabeza y mi corazón arden, y siento en ellos un dolor lento, como si me punzasen con cien alfileres: luego mis ojos se nublan, un sudor amargo y helado me inunda, pienso morir; pero esto pasa... pasa... y cuando abro los ojos, me parece que la luz es más fuerte, los objetos más grandes, los colores más vivos... todo, todo aumenta en vida á mi alrededor, y dentro de mí siento deseos insensatos, y esto me mata; cada vez que uno de esos momentos de angustia pasan por mí, si me miro á un espejo, me encuentro más pálida más flaca... no, no me engaño, voy á morir.

Y doña María se levantó.

—¡Oh! eso no es otra cosa que los resultados de la peste negra... eso pasará, pasará María... pero valor, valor, por Dios: si tú te preocupas con una idea funesta... no, no; es necesario que te distraigas, que deseches de tí esos pensamientos... voy á hacer que se escriban al momento mis cartas convocatorias á mis villas y ciudades de voto en cortes, y después á disponer una partida de caza... una de esas alegres partidas que tanto te agradan.

—Y yo, Pedro, voy á orar.

—Sí, sí, mi buena, mi noble, mi amada María, ruega á Dios, por tí, por nuestros hijos, por mí.

—Sí, sí, todos necesitamos del amparo de Dios.

Y doña María salió lentamente de su cámara.

—El temor de perder su amor,—dijo el rey que había quedado inmóvil en medio de ella,—me enfurecía, me volvía loco... pero si la perdiera enteramente... si muriera... ¡oh! no pensemos en eso... no... lo que yo haría entonces sería formidable...! solo...! ¡solo en el mundo...! sin ella... ¡oh! ¡no, no, no puede ser... no puede permitirlo Dios!

Y tras estas palabras, pensativo, triste, y preocupado salió en paso lento de la cámara.

CAPITULO IV

El hombre propone y Dios dispone.

Convocárense las cortes con el pretexto de tratar acerca de la guerra próxima á emprenderse; pero por más que ni una sola frase se dijese acerca de la declaración del matrimonio entre don Pedro y doña María de Padilla, traslucióse en la corte el verdadero motivo de aquella convocatoria á unas cortes extraordinarias; de la corte pasó al pueblo y todos esperaban con ansiedad la resolución de aquellas noticias gratas para unos, contrarias para otros, y que por lo tanto aumentaban la lucha de los partidos, ya demasiado encarnizados para que no agravase su encono un tan grave como inesperado incidente.

Los partidarios de don Enrique veían en aquella declaración un nuevo obstáculo para los intentos del Bastardo, y procuraban deshacerle por cuantos me-

dies estaban á su alcance: decíase que el rey cometía un nuevo desafuero, que se burlaba de sus reinos dándoles un rey hijo del adulterio, sin considerar los que tal decían, que en todo caso no era de mejor estofa su patrono don Enrique; intentaban otros deshacerse por medio del puñal ó del veneno, de la mujer que servía de instrumento para aquellas fines al rey, aparejábanse nuevas rebeldías, y todo presentaba el aspecto de grandes trastornos.

Entre tanto empezaron á llegar los diputados. Recibíales el rey afablemente, los honraba, les prometía, les alentaba, y hacía en fin, cuanto se hace con unas cortes cuando se las necesita.

Al mismo tiempo las lanzas y los soldados del rey, y las de sus vasallos leales, se encontraban en Sevilla, diése la alcaidia de la torre del Oro á Juan Fernández de Hinestrosa, la de las Atarazanas, á Diego García de Padilla, la del castillo de Triana, á Pero Lope dePadilla, y la del alcázar á Men Rodríguez de Sanabria.

Desplegábase, en fin, todo el aparato de fuerza que se despliega cuando se teme á un pueblo, y con el cual se le dice con el elocuente lenguaje de los hechos: calla y obedece.

El pueblo diezmado por la peste y por el hambre que aun continuaban, debilitado, exausto, veía todo esto y á pesar de que todo esto le irritaba, como á mismo tiempo le espantaba, estaba dispuesto, á ver oir y callar.

Don Pedro conocía por experiencia lo supremo del derecho de la fuerza, en el que hacía mucho tiempo que, para más de un asunto se apoyaba, y seguía apoyándose en él.

Pero hay algo más que está por cima de los hombres, por cima del derecho de la fuerza, por cima de la previsión, y este algo le constituyen los acontecimientos imprevistos.

Aun no había pasado un mes desde la noche en que Jonatham, había salvado de la peste á doña María y en que Leila la había dado á beber su terrible licor de príncipe. A medida que el tiempo había avanzado había presentado la Padilla los síntomas que con más lentitud se habían visto en doña Isabel Núñez de Lara: largos, imprevistos y congojosos desmayos, lucidez, vaguedad, insensatez en la mirada, languidez, cansancio, exuberancia de vida: una melancolía profunda que nada alcanzaba á disipar: ni los saraos en el alcázar, ni las brillantes cabalgatas, ni las farsas, ni las monterías, ni las regatas en el río: doña María marchaba de una manera segura y más rápida que doña Isabel, hacia la muerte.

Decíamos que se habían observado estos síntomas, y hemos debido decir que sólo los había observado una persona: Men Rodríguez de Sanabria.

El generoso joven se horrorizó, pero devoró su horror: sabía demasiado por experiencia, dos veces repetida en doña Blanca y en doña Isabel Núñez de Lara

que aquél tósigo era seguro, de efecto inevitable, y que la denunciación del crímen sólo serviría para hacer más amarga la situación del rey, más desesperado su dolor. Me Rodríguez de Sanabria se redujo, pues, á jurar en el fondo de su alma una cruda venganza á aquellas tres ilustres víctimas de la perversidad de Leila.

Esta, entretanto, cubierta con un misterio impenetrable, acechaba continuamente á su víctima, como la araña acecha á la mosca: su víctima era el rey: las que caían ante el paso de Leila, como caen deshojadas las flores al embate del huracán, no eran otra cosa que víctimas secundarias; los hilos, por decirlo así, de la negra tela que tejía; hilos que debían al fin entregar á don Pedro cansado, destrozado el corazón, perdido el tino, enloquecido, en poder de sus enemigos.

Leila al preparar su venganza, había previsto todas sus consecuencias: había atado al rey sin dar un solo golpe en vago: cada uno de sus ataques se había hecho sentir rudamente en el alma de don Pedro, y Leila veía con un placer sombrío que el rey estaba próximo á volverse loco.

Leila había dado su alma á Satanás por su venganza y Satanás la ayudaba; pudiera decirse también que la Providencia la dejaba obrar, si se atiende á que el rey don Pedro tenía contra sí una horrible cuenta q rendir de la manera cómo había gobernado y gobern ba sus reinos.

La sangre clama sangre, y la sangre vertida por el rey don Pedro caía á torrentes sobre su cabeza.

Y poco importaba que el rey sólo hubiese vertido sangre impura, si la había vertido de una manera inconveniente, cruel, por justicia propia, obedeciendo siempre al primer impulso de su cólera: poco importaba que hubiese obrado generalm nte en justicia, si aquella justicia, por la manera con que se había dado á conocer, había aterrado y escandalizado.

La rebeldía, tanto puede ser hija de la debilidad de los que mandan, como de su excesivo rigor.

Así es que Castilla gemía y se fatigaba bajo la mano de don Pedro, como se fatiga, rinde y teme y se doblega un caballo de raza bajo la mano y las rodillas de un ginete inexorable.

Pero llega un momento en que el caballo aprovecha un descuido, ó una descomposición del ginete, y le arroja y le abandona: Leila contaba con que Castilla; azotada, esquilmada y aterrada por el rey don Pedro, aprovechase la primera ocasión para librarse de un señor tan duro: era, pues, necesario que el rey cometiese imprudencias, y Leila preparaba el día en que el rey perdido el tino las cometiese.

Aquel día se acercaba. Doña María, á cada momento más enferma, tenía á los médicos perdidos en un caos de dudas, no se comprendía la enfermedad de doña María, pero se comprendía demasiado que aquella enfermedad tenía por término una muerte próxima.

Nadie, sin embargo, se atrevía á decirlo al rey: Juan Fernández de Hinestrosa, con quien los médicos eran explícitos, devoraba su ansiedad: el monge negro que en todas las situaciones difíciles acudía al lado del rey, adivinaba la causa, de la extraña enfermedad de doña María y callaba también: el rey aterrado por aquellos terribles síntomas, creía de buena fe que no eran otra cosa que resultados de la peste negra.

Esto, sin embargo, le causaba una inquietud mortal, y excepto los breves momentos que invertía en el consejo y en el despacho de los negocios, no se separaba un solo momento de doña María.

Y no era esto solo: los celos del rey habían vuelto: celos crueles, puesto que no podía vengarlos: algunas veces, en un momento de delirio, doña María nombraba á Men Rodríguez: el generoso, el noble joven, había llegado á ser el pensamiento fijo de aquella desdichada.

El rey por lo tanto, temeroso que otros oidos que los suyos escuchasen aquellas palabras, había aislado enteramente á doña María: cuando un negocio imprescindible le obligaba á separarse de ella, ocupaba su lugar el monge negro, y Juan Diente, incansable, siempre con la maza empuñada, guardaba día y noche la puerta de la cámara y no permitía entrar ni aún á la servidumbre, sino cuando, para las atenciones imprescindibles del servicio, lo mandaba el rey.

Teníase, pues, en el alcázar por presa á doña Mar

y todos se preguntaban con extrañeza en qué podía consistir aquello.

Acercábase entretanto el día de la solemne reunión de las córtes; el reino en aquellas circunstancias las esperaba con ansia; con ansia las esperaban aquel día el rey, los parientes de la Padilla, los bandos; Leila miraba la aproximación de aquel día con una complacencia cruel.

Llegó al fin la víspera; un mes contado desde el día en que el rey había vuelto á Sevilla.

Era una noche oscura y tempestuosa; las calles de Sevilla estaban envueltas en densas tinieblas, que sólo rompia de trecho en trecho la luz agonizante de algún nicho consagrado á un santo por la piedad de los vecinos.

Las calles estaban solitarias. A pesar de esto, dos bultos, rebozadas en anchas capas, adelantaban por un extremo de la calle de Maese Rodrigo, llegaron á la casa de vecindad, llamaron y les abrió un hombre rudo, que por su traje y su aspecto era sin duda uno de los formidables hermanos de Nuestra Señora de Rocamador.

Penetraron los dos embozados en la casa, subieron las escaleras, y entraron en un aposento que estaba alumbrado y como preparado de antemano.

—¡Vargas!—dijo uno de los embozados dejando conocer en la voz á Leila,—enjaeza dos caballos y ármate, vas á partir esta noche.

—Muy bien, señora.

—¿Están todos en casa?

—Se ha dado la orden esta mañana y ninguno falta.

—¿Están apercibidos?

—Sí, señora; en un momento pueden estar armados y á caballo.

—Bien, muy bien; vete y espera.

El aventurero salió.

—Esta noche partiréis vos también, Alvar.

—Partiré, puesto que lo queréis.

—Creo que esta es la última vez que os emplee.

—Créolo también, porque nos vamos quedando demasiados claros, ¡qué vendaba! Dios mío! ¡qué vendadaba! nos estamos sosteniendo de milagro; quiera Dios hacer un milagro aún y que un mal lance no dé al traste con nosotros.

—No, no; esto va ya de vencida, de esta vez don Enrique será rey de Castilla y yo me habré vengado.

—Quiéralo Dios para que todos descansemos.

—Esperadme aquí.

—Os espero.

—Cree que no me esperaréis mucho.

Y Leila tomó una lámpara, salió, atravesó los corredores, bajó las escaleras, cruzó el patio, y entró en la que había sido vivienda de Juan Diente, cerró por dentro, y poco después la luz, que reflejó un momento

te tras los sucios lienzos que cubrían las rejas, desapareció.

—Misterios y siempre misterios,—dijo el escribano,—¿qué va á hacer en ese apesento encerrada y á escuras esa formidable mujer? Sábenlo Dios y ella. ¡Y tanto encerrarse allí, sin que nadie sepa á qué se encierra! Cada día me inspira más miedo esta doña Ana, Donde ella va, va el exterminio, y la sirve como serviría al demonio. ¡Oh! ¡oh! temo morir de mala muerte le que no sería muy difícil. En prueba de ello hablen, doña Blanca, doña Isabel, Andrés Cerchuelo, la locura de la infeliz doña Sol de Vargas, y el encierro de la pobre Isabel la Liebre... ¡vah! ¡vah! pues la conocemos, procuremos que no nos acontezca una desgracia... esa doña Ana debe ser hechicera, lo sabe todo, lo adivina todo... no hay más, pues, que doblegarse á su voluntad, y esperar á que un milagro nos saque de sus garras.

Y entrándose dentro del apesento el escribano se sentó en un sillón, dobló la cabeza sobre el pecho y poco después dormía con la tranquilidad de conciencia de los bribones de profesión.

CAPITULO V

El golpe en el corazón.

Entre tanto Leila habia llegado á la puerta secreta y observaba tras ella lo que acontecía en el dormitorio de la Padilla.

Acompañábala una sola persona, era el monge negro.

Leila le había visto muchas veces, pero siempre encubierto; entonces, con admiración suya, le vió despojado de su capucha y de su máscara de hierro.

Su edad podría contarse entre los cuarenta y ocho y los cincuenta años. Era hermoso aún, pero con una hermosura bravía y terrible. Sus negros ojos, de mirada profunda y concentrada, imponían terror más bien que respeto, á pesar que, á la vista del padecimiento de la Padilla, que estaba sentada junto á él en

un diván, mostraban aquellos ojos una expresión de piedad casi paternal; pero de una piedad mezclada con una indudable expresión de cólera y de amenaza á la vista de aquel padecimiento; notábanse, además, en aquel semblante las huellas de un dolor cruel, contínuo, desesperado; á pesar de esto se concebía que aquel hombre no había llevado siempre sobre su cabezo un capuz, sobre su rostro una máscara de hierro, sobre sus carnes el cilicio del penitente; sino que habia ceñido el yelmo del guerrero, que había empuñado una lanza, que había sido en fin, un formidable señor, cuya soberbia había necesitado, sin duda, para doblegarse un tanto, lo tercedor del remordimiento y el temor á la justicia divina.

Su cabellera, abundante, negra, ensortijada y su barba negra también y brillante, no era, la cabellera y la barba de un monge, sino las de un altivo señor; todo él demostraba grandeza y fuerza, y Leila, que jamás se había aterrado ante nada, sintió un misterioso impulso de miedo á la vista de aquel hombre.

—¡Y este era el amigo de mi padre!—exclamó,—¡este es el santo monge penitente de la ermita de la cruz del Humilladero! ¡Ah! ¡ah! ¡y ese hombre sirve al rey don Pedro ó como yo se venga de él! Veremos.

Y Leila consagró toda su atención á lo que acontecía en el dormitorio.

Doña María, débil, reclinada en un ángulo del diván, con la mirada fija y lúcida, parecía enteramente

abstraida, como fuera de la existencia humana, de tiempo en tiempo temblaba de una manera violenta, se llevaba la mano á la frente como si hubiera querido arrancarse de ella un objeto extraño, sus ojos vagaban con una expresión insensata, y lanzaba un débil y profundo gemido. Después de este movimiento pasajero, volvía á inclinar la cabeza y se abandonaba á su anterior estado de inmovilidad; escuchábase su alentar difícil, entrecortado, ardiente, y un sudor copioso, brotaba de todos sus poros; su demacración había llegado á lo infinito, y sin embargo, como doña Isabel Nuñez de Lara, en iguales circunstancias, estaba más hermosa que nunca.

—¡Se muere! ¡se muere!—exclamó desesperado el monge,—¡y esta muerte le matará á él! ¡Señor, Señor! sálvala, tú que puedes hacerlo todo! ¡sálvala y descarga sobre mí toda tu cólera contra el rey don Pedro!

Doña María no pudo oir estas palabras del monge, pero al asirle éste las manos que estaban heladas, pareció volver en sí.

—¡Oh!—exclamó,—¡mis hijos! ¡él! ¡voy á morir! quiero verlos!

—¡Qué vais á morir!—exclamó el monge procurando parecer sereno,—¿por qué ese terrible pensamiento! ¡morir vos, vos en la fuerza de la juventud, cuando Dios os ha librado de la peste negra!

—No, no; esto es diferente; siento aquí, y aquí,—y se llevó sucesivamente la mano al corazón y á la ca

cabeza,—siento aquí un fuego, un fuego que me abrasa y me ahoga. ¡Ay! ¡yo quiero verlos, yo me muero!

Y lanzó un horrible grito y procuró en vano alzarse del diván.

Su rostro se había desencajado más, sus ojos brillaban con un fuego insensato.

El monge se aterró; veía la muerte avanzando rápidamente hácia la víctima, y aterrábale llamar al rey para que fuese testigo de la muerte de su esposa.

—¿No me oís...? ¿no me oís, señor? yo quiero ver á mis hijos, á mi esposo,—exclamó con angustia doña María,—no quiero morir sin verlos... vos, vos que habeis roto vuestra promesa á Dios de no dejar ver á nadie vuestro rostro y me le habeis mostrado por complacerme... no me dejeis morir desesperada... id... corred... traedlos... si tardais, ya no será tiempo... ¿no oís que tengo aquí fuego...? ¿un fuego que me devora?

El monge no se atrevió á negar este último consuelo á la madre y á la esposa moribunda, se puso rápidamente su máscara de hierro, se caló la capucha, y fué á la puerta y llamó.

Presentósele Juan Diente.

—Amigo Juan,—le dijo el monge,—llamad, llamad, al momento al rey, doña María...

—¡Se muere!—exclamó el bravío ballestero aterrándose,—sí, sí... me lo dice lo temblorosa de vuestra voz.

—Llamad, llamad al momento al rey,—dijo el monje con voz solemne.

Juan Diente partió, y el monge volvió al lado de doña María.

Esta se había levantado del diván, y estaba de pié asida á un mueble; su cabeza erguida, tenía una expresión más que humana; sus ojos brillaban con un fuego casi divino; sus lábios sonreían.

—¡Oh! ¡qué hermoso es!—exclamaba á media voz,—no se lo digais, no lo digais que yo le amo, él no lo sabe, no; él no lo sabe; yo no se lo he dicho... cree que tiene en mí una hermana... y no es verdad, no; le amo de otro modo... pero... el rey... mi honra...

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—exclamó el monje negro: que ama... que ama á otro á quien no se atreve á revelarlo: ¿y quién es ese hombre? ¿quién es ese traidor!

—¡Sanabria! ¡Sanabria!—exclamó la Padilla como si hubiera querido contestar al monge.

—¡Oh! ¡es imposible! imposible de todo punto que la vea el rey,—exclamó asombrado el monje,—si él oyera estas palabras... ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡vuélvela la razón! ¡vuélvesela! ¡que pueda ocultar sus pensamientos! ¡Señor, Señor! ¡ten piedad del rey!

Y el monge cayó de rodillas.

—¡Ha llegado ya lá hora de orar!—exclamó don Padro con voz lúgubre á la puerta,—pero no, está á lí de pié entregada sin duda á uno de sus accesos de l- cura.

El monge se alzó y salió al encuentro del rey.

—Salid, salid, señor,—le dijo,—vos no podeis estar aquí.

—¡Que no puedo yo estar aquí!—exclamó con amargura el rey,—¿y por qué? ¿qué puede acontecerme más doloroso que perderla?

—Doña María delira de un modo horrible, señor.

—¡Y tú has escuchado esos delirios!—exclamó con acento profundo el rey.

—Yo puedo escucharlo todo, señor, todo; yo no pertenezco ya á este mundo.

—¡Sal!—dijo con imperio.

—¡Señor!

—¡Sal! déjame solo con ella ¡vive Dios! déjame apurar mi cáliz... no quiero que nadie, nadie pueda escuchar junto á mí... lo que tú has escuchado ya... ¡sal!

El monge alzó los ojos al cielo, y salió.

Don Pedro permaneció inmóvil en medio del aposento. Doña María adelantó vacilante hacia su reclinatorio.

—Aquí, aquí,—dijo cuando llegó á él:—aquí dejaba sus cartas y sus flores: hace mucho tiempo, mucho que no deja ninguna: le ha ofendido el que yo le rechazase... «Quereis que mi amor muera, morirá,» me dijo en la última... y no le he vuelto á ver... callad... callad... yo quisiera volverle á ver... pero no se lo digais... eso sería ofender á mi esposo... y no quiero

efender á mi esposo... no... yo no tengo la culpa de haber amado á Sanabria... yo he resistido con todas mis fuerzas su amor... pero su lealtad... su discreción... y sus cartas... tan respetuosas... ¡oh! ¡oh! mucho debe de amarme cuando se ha atrevido... ¡oh!... es que no hay quien resista á un pensamiento continuo, eterno... un pensamiento ardiente y dulce... es que amamos sin querer... por que Dios quiere que amemos... Dios quiere también que muramos antes de cometer una traición, un perjurio... eso jamás... él me ama... soy su vida... y yo le amo... le amo también... es el padre de mis hijos... ¡Dios mío! y ¿porqué amándole tanto, amo á otro hombre?... ¿por qué mi corazón arde?... ¿por qué mi cabeza...? ¡se me va!... ¡oh! ¡se me va! ¡se me va!

Y doña María se asió la cabeza con ambas manos como pretendiendo impedir que se le escapase.

Las pasiones del rey, sus celos, todo, todo cedió ante el inmenso amor que le inspiraba doña María, era el del rey entonces, y por efecto de la situación, uno de esos amores que se sobreponen á todo, que se sacrifican, que sólo ven el objeto amado: don Pedro veía la muerte en aquella mirada vaga, en aquella lánguida y triste sonrisa; su corazón se comprimió, adelantó hacia doña María, pero el exceso del dolor le cortó el paso, y necesitó arrimarse á un mueble para no caer. Luego aquel dolor se deshizo en lágrimas y llanto de una manera profunda, desgarradora, histérica.

Doña María oyó aquel llanto y adelantó hacia el rey, le miró, y no le reconoció.

El monge negro estaba á la puerta preparado á todo; ninguno de los dos personajes de esta terrible escena le veía.

—¡Quién eres tú que lloras!—dijo con voz dulce doña María asiendo las manos de don Pedro;—amas tú también, y te ves obligado á ocultar tu amor... ¿á llorarle?... yo te consolaré... y escucha... yo no he tenido quien me consuele... mi esposo... ¡oh! mi esposo me ha tratado con dureza... ha sido muy cruel conmigo... ha tenido celos... celos de mí... celos de su esposa... como si su esposa no hubiera sido capaz de morir antes que deshonrrarle... y he llorado... he llorado todas mis lágrimas... y nadie, nadie me ha consolado... pero yo te consolaré, sí, yo te consolaré... porque sé cuán desesperado es llorar sin que nadie recoja nuestras lágrimas.

—¡María! ¡María!—exclamó el rey con acento desesperado.

—¡Jesús! ¡Jesús mil veces!—exclamó doña María, á quien parecía haber vuelto á la razón el acento de don Pedro;—¿eres tú... tú... esposo mío?... ¿y yo? ¿dónde estoy yo? ¿qué es esto? no me acuerdo de nada... muero... muero... me siento morir...

Y cayó sin fuerzas en los brazos del rey.

—¡María! ¡María! ¡vuelve en tí!...—dijo el rey llevándola al diván;—soy yo... yo... que siempre te amo.

—¡Perdonadme!.. ¡perdonadme, señor!...—exclamó doña María: yo no he tenido la culpa...Dios... yo... te amo, Pedro... la muerte... me vuelve tu amor más intenso que nunca... ¡oh! he soñado... sí... sí... un sueño horrible... no, no podía ser... yo no amo... á nadie... á nadie... más... que á tí... á... tí... espo... so... mío... mis hi... jos... per... dón...

Doña María no habló más; cayó sobre el diván, sus ojos, fríos, mates, rodaron en sus órbitas, apretó con sus crispadas manos las manos del rey, lanzó un grito terrible de dolor, se estremeció en una convulsión horrorosa, y al fin se desplomó.

El rey, pálido, temblorose, con la mirada lúcida inmensa, sobrenatural, fija sobre la Padilla, permaneció un momento inmóvil, y luego cayó de rodillas exclamando de una manera terrible por lo solemne y desesperado.

—¡Muerta!

En aquella palabra se había exhalado toda la cólera, toda la amenaza, toda la insensatez, toda la pasión volcánica é inmensa que se revolvía en el alma del rey.

El golpe le había herido en medio del corazón y aquella palabra «¡Muerta!» había sido su grito de muerte.

Por algún tiempo permaneció de rodillas á los pies del cadáver arrojado sobre él; luego se retiró un tanto y contempló el rostro lívido de su esposa: inútil sería

que pretendiéramos hacer sentir á nuestros lectores la expresión suprema de agonía, de rabia, de desesperación del rey.

—¡Oh! ¡esto es imposible! ¡no: no! ¡esto no puede ser! ¡yo no quiero que sea! ¡no será! ¡María! ¡María! ¡vuelve en tí! ¡respóndeme! ¡yo no quiero que mueras! ¿quién se opone á mi voluntad?

—¡Dios! —exclamó el monge saliendo de entre los tapices de la puerta y adelantando.

—¡Dios! ¡Dios! —exclamó el rey con acento rugiente,—¿dónde está Dios?

Y alzó al cielo los puños cerrados y el rostro trémulo de cólera, en esa terrible é insensata blasfemia que brota de la desesperación de los séres enérgicos á la presencia de una desgracia suprema.

Luego midiendo con una sombría mirada al monge.

—¡Paso! ¡paso! —exclamó:—necesito beber sangre para calmar mi sed: ¡necesito exterminar, exterminar! ¡María! ¡María! ¡muerta María! ¡y aún hay á mi alrededor séres vivientes! y ese hombre... ese hombre que le ha matado ¡ese infame Men Rodríguez!

Y el rey rompió adelante, apartó violentamente al monge, y salió con la fuerza y el estruendo de una tempestad.

—¡Juan! ¡Juan! —gritó el monge negro.

Presentóse inmediatamente el ballestero.

—¡El rey está furioso! —exclamó el monge,—la muerte de doña María le ha vuelto loco.

—¡Muerta! ¡muerta! ¡poder de Dios!—exclamó Juan Diente:—y el rey... venid señor, venid: hay que temerlo todo: es necesario sujetarle, contenerle: sería capaz de incendiar á Sevilla.

—Y de matar á Men Rodríguez de Sanabria.

—¡Ah!—exclamó el ballestero, y salió corriendo desalado de la estancia mortuoria: el monge le siguió.

En aquel momento Leila se separó de la puerta secreta murmurando:

—¡Rey, rey don Pedro! ¡eres mío! con la muerte de tu hermano don Fadrique, te herí en la conciencia; con la de doña Blanca, en la honra; con la de doña María, te he herido en el corazón: ahora sólo me falta herirte en la cabeza.

. . . . . .

. . . . . .

—Juan, mi valiente Juan,—decía en aquellos momentos el rey á Juan Diente:—tráeme la cabeza de Men Rodríguez de Sanabria.

—¡No!—contestó con firmeza el ballestero.

—¿No? ¡infame, traidor!

—Esperad, señor; volved en vos, y si cuando vuestro dolor se haya calmado, cuando escucheis la voz de la razón me pedís la cabeza de Men Rodríguez, os la traeré.

. . . . . .

. . . . . .

Poco después, Alvar Yáñez conduciendo una ca a

de Leila, para el conde de Trastamara, cabalgaba hacia la frontera, acompañado de uno de los hermanos de Nuestra Señora de Recamador, armado hasta los dientes.

Aquella carta contenía lo siguiente:

«Ha llegado el momento de que rompais por los reinos de vuestro enemigo; aprovechad su dolor y su asombro por la muerte de su manceba. Yo os ayudaré, sublevando contra él á Sevilla. Sed rey, señor, y vengadme.—Doña Ana Téllez de Ulloa».

CAPITULO VI

Apuntes históricos que nosotros creemos indispensables y lo son para la mejor inteligencia de esta historia.

Sevilla se extremeció al saber la muerte de doña María de Padilla, que fué anunciada de una manera regia por las lenguas de bronce de la iglesia mayor de Santa María de la Sede, á las que contestaron las de las demás iglesias, conventos y cofradías.

En el extremecimiento de Sevilla había por parte de unos miedo, por la de otros un sentimiento profundo.

Los nobles, los clérigos, todos en fin, los que tenían que recelar, creyeron llegada la hora en que excitada la crueldad del rey, por la pérdida de la mujer á quienes todos sabían que amaba antes que asimismo, se desfrenase y exterminase é hiciese tanto que dejase atrás, y como en olvido, las atrocidades come-

tidas hasta entonces. Los menos cobardes se preparaban á evitar la cometida del rey al primer indicio, mientras que los más comprometidos ó tímidos, se ausentaban de Sevilla é iban á engrosar las fuerzas del rebelde conde de Trastamará.

Lo que entonces podía llamarse clase media, esto es, los mercaderes, los industriales, los tenderos *etcétera*, sentían al par que el pueblo, la muerte de doña María porque ella había sido siempre el paño de lágrimas del pobre, la madre del desdichado.

Esta muerte causó, pues, una profunda sensación en Sevilla, y aunque nadie acusaba de ella al rey, notábase que por ella había perdido sobre el popular de su corte, gran parte de su influencia.

El angel al tender sus alas y remontarse al cielo, se había llevado consigo el prestigio de la virtud, de la caridad y de la hermosura, que hasta entonces había servido de contraposición á la dureza, á la crueldad, á la ejecutiva justicia del rey.

La blanca figura de paz y consuelo había desaparecido y solo quedaba sobre el trono el fantasma rojo, siempre sediento de sangre.

Nada, pues, tiene de extraño que Sevilla se extremeciese á la muerte de doña María.

A sus exequias, en la que se desplegó una pompa más que regia, asistió todo el pueblo de Sevilla, y de veinte leguas á la redonda, á pesar de la peste que aun se ensañaba en la costa y el mejor panegírico de sus

virtudes fué la muchedumbre, que silenciosa, triste y desconsolada, siguió durante dos leguas fuera de Sevilla su cadáver, que Men Rodríguez de Sanabria, por un extraño capricho del rey y acompañado de Juan Diente y de doscientos ballesteros, además de la clerecía y de la servidumbre indispensables, llevaba á enterrar á Castilla la Vieja, al monasterio de Santa María de Astudillo, que ella á sus espensas había formado.

Entretanto el rey, asistido únicamente por el monge negro estaba apartado de la vista de todo el mundo, doblegado por el dolor, entregado á intérvalos al llanto y á la cólera.

Así pasaron algunos días, y como la reunión de las cortes se prorogase, muchos diputados pidieron licencia para volverse á sus casas.

En vista de esto, el rey reunió las córtes.

Presentóse á ellas rígidamente de luto, llevando junto á sí, asimismo enlutado en los brazos de un ricohombre, á su hijo don Alonso, de edad de dos años. Allí en presencia de los tres brazos del reino reunidos, es decir, de la nobleza, de la Iglesia y del estado llano, declaró que la difunta doña María de Padilla, había sido su legítima esposa, por haber contraído matrimonio clandestino con ella, antes de contraerlo con doña Blanca de Borbón, que ésta por lo tanto, no había podido ser su esposa legítima, que por esta razón, y no por otra, no había hecho vida con doña Blanca, y que

en fin, si había tenido secreto y escondido su matrimonio con doña María, había sido por temor de empeorar las turbulencias del reino; presentó después como prueba de su declaración, el testimonio de cuatro personas que eran Juan Fernández de Hinestrosa, su camarero mayor y de su consejo, don Diego García de Padilla, maestre de Calatrava, Alonso de Mayorga, canciller del sello privado y Juan Pérez de Orduña su capellán.

Los hijos de doña María de Padilla, fueron, pues, legitimados, y don Pedro, presentando entonces á las córtes su hijo el infante don Alonso, le declaró heredero de su corona, y le hizo jurar como tal por los tres brazos desnudos.

Por más que á muchos repugnase este juramento, pudo más el terror que inspiraba la cólera del rey que sus escrúpulos y el infante don Alonso, fué jurado heredero de don Pedro, en la forma y con la solemnidad acostumbradas.

Disolviéronse en seguida las córtes, y un mes después una numerosa comitiva de damas y caballeros fué al monasterio de Astudillo por el cuerpo de doña María de Padilla, y le trajo con el ceremonial acostumbrado en los funerales d las reinas á la capilla de los reyes de la iglesia mayor de Santa María de la Sede de Sevilla, y fué enterrada en ella definitivamente, predicando con esta ocasión y haciendo la apología de la conducta de don Pedro con doña María de Padilla el arzobispo de Toledo, primado de las Españas.

Una vez declarada reina doña María, reconocida como por tal por el reino, sepultada entre los reyes de Castilla, legitimados sus hijos por las córtes, y jurado por las mismas uno de ellos heredero de la corona, el rey se volvió furioso, irritado y decidido como nunca á la guerra.

Al despedir las córtes al rey había anunciado que iba á recurrir muy pronto á la adhesión de la nobleza y á la lealtad de su reino para una guerra decisiva: había llegado, pues, la hora de que aquella guerra se emprendiese. Las córtes, que veían amenazadas las fronteras por un azote devastador, concedieron un servicio de hombres y dinero, bastantes para un armamento general.

Don Pedro salió de Sevilla, hacia el Norte con un poderoso ejército, que debía engrosarse á su paso, y acampar entre las fronteras de Aragón y Navarra, por donde amenazaba la invasión de Duguesclin y de los bandidos aventureros que formaban la gran compañía, en cuyo número y esfuerzo, más que en sus partidarios, se fundaban las esperanzas de don Enrique.

El rey por su parte contaba con un numeroso ejército, con la alianza forzada del rey Carlos el Malo de Navarra, y con la de su primo el rey don Pedro IV de Aragón (robustecido, con el contrato de matrimonio celebrado por los dos monarcas entre el duque de Gerona, hijo primogénito del rey de Aragón y de doña Isabel, hija tercera de don Pedro y de doña María de

Padilla) y le obedecía ciegamente el reino, de que había arrojado á sus enemigos interiores.

Don Pedro, pues, sin avisar á su aliado Pedro IV, invadió el bajo Aragón con un formidable ejército de treinta mil peones, doce mil caballos y treinta y seis tiros gruesos de artillería: se apoderó sin disparar una ballesta de gran número de ciudades y castillos, y sólo se detuvo ante Calatayud, la única ciudad que se atrevió á resistirle á pesar de no tener un solo soldado que la defendiese.

El rey la cercó: en aquel cerco le acometió una nueva aflicción: aquel hijo á quien había hecho jurar su heredero, el infante don Alonso, en quien había reconcentrado su amor, murió víctima de la peste negra, que se cebaba en la ciudad sitiada y en el ejército sitiador.

Irritado el rey por este nuevo revés de la fortuna apretó el sitio, y la ciudad se rendió al fin, pero no sin haber pedido á su señor natural, el rey de Aragón, le dispensase del pleito homenaje para entregarse á un rey que á pesar de su alianza con el de Aragón trataba sus estados como país enemigo.

Esta conducta fué fatal para don Pedro.

Desde la muerte de doña María de Padilla, pareció perder la sagacidad y el tino que hasta entonces había demostrado en todas sus empresas: era un insensato: desoyendo el consejo de sus capitanes, se empeñaba en empresas descabelladas, y su falta de fe á los tratados

con el rey de Aragón fué una de ellas: él pretendía aterrar, unir por el pavor, no por la conveniencia mutua: Pedro IV, se aterró, es verdad, pero su terror no respondió á las esperanzas de don Pedro.

En vez de someterse el monarca aragonés, buscó su apoyo en los enemigos de don Pedro; envió secretamente emisarios al conde de Trastamara, y concluyó con él una alianza ofensiva y defensiva contra el rey de Castilla.

No era menos imprudente el rey con sus propios reinos que lo eran con los extraños: los oprimía con tributos; sacaba de las ciudades para llevarlas consigo las milicias que le hubieran defendido leal y bizarramente, en el caso inminente de una invasión, detrás de sus propios muros; pero que seguían violentamente sus banderas, porque dejaban abandonadas sus familias: esto ocasionaba las deserciones, falseaba el buen espíritu del ejército, llevando á él un gérmen de indisciplina, cuyos efectos debían sentirse muy pronto: y no bastaba esto: el rey furioso, sediento de exterminio, sólo necesitaba para entregarse á horribles y sangrientas ejecuciones, el más ligero síntoma de desafección en un solo noble: recorría las villas y ciudades de sus reinos, sacándolas oro y hombres, y dejando siempre sobre sus almenas algunas cabezas cortadas por sus ballesteros.

Nunca el rey se mostró más feroz: nunca su ferocidad fué tan inoportuna: cuando empezó la campaña,

contaba con un numeroso ejército: con la alianza de Aragón, Navarra, Portugal y Granada, es decir, con toda España, contra la invasión de la *gran compañía*: no había visto aún los estandartes de don Enrique, y ya sus aliados (excepto el rey de Granada que sostenía á sus órdenes un cuerpo de seiscientos ginetes) le habían abandonado; el descontento había cundido en su ejército; muchos de sus nobles habían ido á ofrecer sus espadas al Bastardo y la mayor parte de las poblaciones de Castilla, empobrecidas y cansadas estaban predispuestas á entregarse á merced del conquistador, apenas se presentaba entre ellos.

Parecía que un enemigo encarnizado aconsejaba al rey, y que el rey, fascinado, se apresuraba á poner en ejecución sus traideres consejos.

Leila, al contar con que la muerte de la Padilla enloquecería al rey don Pedro no se había engañado.

Añadíanse á esto las más extrañas vacilaciones: aquel mismo hombre tan audaz, tan arrojado, tan activo en sus anteriores campañas, cejaba ahora ante supersticiones incalificables, y sin embargo, era fuerte, más fuerte que nunca, y como si su propia fuerza no le bastaba, se le unió en alianza un auxiliar formidable; era este Eduardo príncipe de Gales, heredero del reino de Inglaterra y conocido por el sobrenombre de guerra, de *Príncipe Negro*. Los embajadores de don Pedro, que fueron á encontrarle en Burdeos, encontraron la más favorable acogida. Era bastante que la Francia

favoreciese á los enemigos de don Pedro, para que Inglaterra se apresurase á auxiliarle. Concluyóse, pues, en Burdeos un tratado de alianza entre Castilla é Inglaterra, por el cual los reyes de estos dos pueblos se aseguraban mútuamente la integridad de su territorio y declaraban, usando de una fórmula caballeresca de aquellos tiempos, que se hacían amigos y se unía contra todos los hombres del mundo (1).

Hecho esto, don Pedro, después de una inútil correría, se volvió á Sevilla, y en aquella ciudad otorgó su testamento. Este testamento que la índole de nuestro libro no nos permite insertar, es uno de los documentos más curiosos que nos quedan del rey don Pedro y que nuestros lectores pueden conocer en la crónica de Pero Pérez de Ayala en que se inserta íntegro.

En él se establece la sucesión de la corona, en los hijos de doña María de Padilla, y á falta de estos en otros hijos bastardos del rey habidos en varias mancebas: se ratifica la declaración del matrimonio clandestino con doña María de Padilla, y se hace la división de los tesoros del rey.

Llegó entretanto la primavera, y las gentes de don Enrique, avanzaron hacia la frontera castellana; un grupo de aventureros ingleses, al servicio de don Enrique, mandados por sir Hugo Calverly atravesó á Ber-

(1) Rimer-Ayala.

ja, guarnecida por tropas del rey, que al llegar los ingleses abandonaron precipitada y vergonzosamente la plaza. Después de este felicísimo triunfo se puso en movimiento don Enrique con todo su ejército, atravesó á Navarra, pasó el Ebro y rompió por la frontera de Castilla cerca de Alfaro. Sin detenerse á tomar esta plaza, defendida por el valiente Iñigo de Oresco, pasó adelante y marchó sobre Calahorra. Don Fernando de Tovar, obispo de Calahorra y algunos ricos-hombres á quienes el rey había encargado la defensa, abrieron sus puertas al Bastardo y se les entregaron pasándose á su partido.

Al recibir la noticia de esta traición, don Pedro supo que su rebelde hermano había proclamado públicamente sus pretensiones y había sido elegido rey de Castilla, por todos los desafectos que se habían dado cita en Calahorra. Don Enrique fué aclamado á la usanza de aquellos tiempos, y sus heraldos fueron a llevar esta nueva á todos los reyes sus aliados.

A esta noticia el furor del rey no conoció límites: marchó con todo su ejército en busca de don Enrique y llegó á Burgos.

Parecía inminente una batalla decisiva, los dos hermanos enemigos estaban marchando el uno contra el otro, y sin embargo, don Pedro se detuvo en Burgos mientras que don Enrique marchaba denodadamente hacia la antigua corte de los condes de Castilla.

Entonces empezaron á notarse los resultados del

excesivo rigor con que don Pedro acababa de tratar á sus pueblos, las villas y las ciudades colocadas en el camino del invasor no esperaban á que este les intimase la rendicion para entregarle sus llaves, y de todas partes acudían con ansia nobles y villanos á rendir pleito homenaje al usurpador. Solo una poblacion, Bribiesca, se mostró leal al rey y opuso resistencia, pero fué tomada en pocas horas.

Esta noticia llenó de confusión y de espanto á la corte de don Pedro. A pesar que los burgaleses estaban decididos á defender á su señor á todo trance, se conocía claro en la apatía del rey, que no aventuraría una batalla; encerrado en el alcázar se mostraba inaccesible á todos, y ni daba órdenes ni se cuidaba de alentar partidarios, todavía muy numerosos entre el pueblo; parecia que una extraña manía le dominaba y que no pensaba más que en satisfacer venganzas particulares. Pocos días antes de la aproximación del ejército de don Enrique, había hecho dar muerte por mano de sus maceros á Juan de Tovar, hermano del obispo de Calahorra que había entregado la ciudad al Bastardo, como si el hermano leal, hubiese sido responsable de los hechos del hermano traidor.

Entretanto don Enrique seguía adelantando rápidamente y al fin sus campeadores, se presentaron á la vista de la ciudad. Al mismo tiempo los burgaleses notaron un movimiento inusitado en el alcázar. Se ensillaban caballos y mulas y se cargaban apresurada-

mente las acémilas; seiscientos ginetes moros, guardia ordinaria del rey, con el Walí que les mandaba á la cabeza, estaban en forma de batalla delante de las puertas, y esto hizo cundir el rumor de que el rey se disponía á marchar.

Inmediatamente una diputación del vecindario se presentó en el alcázar, y pidió ver al rey. Don Pedro les recibió con muestras de turbación.

—¿Qué quereis?—les dijo.

—Queremos defenderos,—contestaron;—tenemos víveres y armas, y sangre que verter por vuestra señoría.

—Yo os agradezco vuestra fidelidad, amigos míos, —les respondió el rey con voz insegura,—pero es necesario que yo vaya á Sevilla, allí están mis hijos, allí están mis tesoros, y estoy perfectamente informado de que el Bastardo solo pretende distraerme con un sitio mientras la *compañía blanca* marcha sobre mi corte y se apodera de ella, de mis hijos y mis tesoros.

—Señor, señor,—le replicaron,—nosotros sabemos también que don Enrique apresta todas sus fuerzas contra Burgos, teneis un numeroso y valiente ejército, nosotros juramos defenderos hasta morir; esperad al traidor, destrozadle, acabad la guerra de una vez.

—Vuelvo á daros gracias por vuestros buenos y leales ofrecimientos,—dijo el rey con voz más firme,— pero estoy resuelto á partir y partiré.

Aquellos buenos plebeyos se arrojaron á sus piés y

con las lágrimas en los ojos le suplicaron que desistiese de su propósito.

—¡Partiré!—repitió con acento decidido el rey.

Entonces los magistrados de la ciudad que habian acompañado á la diputación le preguntaron respetuosamente qué habían de hacer, puesto que les dejaba, si les acometía el enemigo.

—Haced lo que mejor podais,—contestó el rey con impaciencia.

—¿Y cómo podremos nosotros defender la ciudad, —dijeron,—cuando vos señor, no creeis poder defenderla teniendo tantos y tan buenos caballeros? ¿Qué quereis que hagamos?

Don Pedro guardó silencio, mientras uno de sus escuderos acababa de enhebillarle el arnés.

—Si lo que Dios no quiera señor,—continuaron los magistrados;—nos fuese imposible resistir y nos entregásemos ¿nos tomareis á traición nuestra entrega? no, eso no puede ser: por ello os pedimos una dos y tres veces que nos levanteis el juramento y pleito homenaje que os hemos hecho.

—¡Sea!—dijo el rey.

En el mismo momento un escribano libró testimonio de que el rey levantaba á su buena ciudad de Burgos el juramento de fidelidad y pleito homenaje que aquella le había hecho, y como á seguida uno de los tesoreros de don Pedro, le preguntase qué haría del dinero que tenía en guarda en el castillo, el rey contestó secamente:

—Defended el castillo.

—Pero el castillo no puede defenderse, si toman la ciudad.

El rey no contestó, salió de la cámara rápidamente como huyendo de la diputación, bajó al patio, montó á caballo, le apretó los acicates y penetró rodeado de los ginetes granadinos, y seguido de su corte y de su ejército hacia Sevilla dejando abandonada á Burgos.

En el momento en que don Pedro salió de Burgos desalentado, los vecinos no esperaron á que don Enrique les intimara la rendición y le enviaron una diputación.

Don Enrique juró mantener las franquicias de Burgos y exceptuar á la ciudad de todo impuesto; inmediatamente Burgos abrió sus puertas y don Enrique entró en la ciudad en triunfo.

Al día siguiente se coronó con gran pompa en la iglesia del monasterio de las Huelgas, coronación que asistieron multitud de ricos-hombres y de diputaciones de las grande ciudades de Castilla, que el día anterior se llamaban vasallos del rey don Pedro.

La fuga inmotivada del rey don Pedro habia parecido una señal de impotencia y todos le volvían la espalda; era en fin, como había dicho el experimentado Duguesclin al saberla, la renuncia de don Pedro á su corona.

Don Enrique pagó á sus mercenarios con el oro del rey que se apresuraron á entregarle sus tesoreros, y

liberal con exceso, concedió á todo el que le pidió gracias y heredamientos en los reinos que aún tenía que conquistar.

Beltran Duguesclin recibió el condado de Trastamara, que le cedió don Enrique, al ser proclamado rey, con más el señorío de Molina con sus extensos dominios.

Sir Hugo de Calverly, el título de conde de Carrión con sus estados anejos, y al conde de Dania el marquesado de Villena, con todos los bienes que habían constituído el dote de doña Juana Manuel, esposa de don Enrique.

Don Tello, recuperó el señorío de Vizcaya que don Pedro había incorporado á la corona, y la investidura del señorío de Castañeda.

Don Pedro su hermano recibió la inmensa fortuna que fué de don Juan Alfonso de Alburquerque.

Castilla fué hecha girones; repartida, dividida en lotes antes de ser conquistada.

Las dignidades de duque, conde y marqués que hasta entonces solo se habían dado á los miembros de la familia real, se prodigaron dándose á ricos-hombres y aun á extranjeros.

Se repartieron ejecutorias y cartas de privilegio y excepción á todo plebeyo que tuvo valor para pedirla.

No parecía sino que el rey don Pedro había acrecentado el patrimonio de la corona, para que su enemi-

go tuviese bienes bastantes para comprar las traideras espadas que le servían.

A tal punto llegó la prodigalidad del nuevo rey, que fué por mucho tiempo proverbial en España, y se llamaron *mercedes enriqueñas* las gracias que se obtenían antes de merecerlas.

CAPÍTULO VII

—

En que parece que el diablo se cansa de proteger á Leila.

El rey se encaminó á Toledo y entró fugitivo en aquella ciudad en tanto que su enemigo se coronaba en Burgos.

Allí permaneció muy pocos días, pareciéndole extraño que no le persiguieran: aún se le temía, y esto hizo que se le conservase fiel gran parte de su ejército y aun que vinieran del reino de Valencia en su auxilio algunos miles de soldados: á pesar de esto las noticias de defecciones que recibía de todas partes, aumentaban su desaliento, y no creyendo buen lugar de defensa á Toledo, se replegó á Sevilla.

En vez de hacerse seguir por todas sus banderas las distribuyó imprudentemente en algunas ciudades de Castilla, llevando únicamente consigo, las mesna-

de algunos ricos-hombres andaluces, los ballesteros de su guarda y los ginetes auxiliares granadinos.

Poco tardaron en demostrarse los resultados de aquella imprudencia: los que había dejado atrás se apresuraron á someterse al invasor: Iñigo de Orosco, entregó á Guadalajara: el maestre de Santiago á Toledo, y don Diego García de Padilla, maestre de Calatrava, hermano de aquella misma á quien había declarado reina, no fué de los últimos en hacer traición á don Pedro, rindiendo pleito homenaje á don Enrique, Juan Fernández de Hinestrosa, y Pero Lope de Padilla, no tardaron en seguir su ejemplo, y cuando don Pedro entró en Sevilla, cuando buscó sus vasallos en medio de su desierto alcázar, sólo encontró junto á sí, á Men Rodríguez de Sanabria, á Juan Diente y al monge negro que hacía mucho tiempo que le seguía tan encubierto con su sombrío arnés, como lo había estado antes con su hábito y su capucha.

Los demás caballeros andaluces que aún seguían al rey no le inspiraban confianza: mirábalos con un sombrío recelo, y ellos por su parte se veían embarazados en su presencia.

Don Pedro se encontraba reducido al alcázar, y estaba encerrado en él con sus ballesteros, sus moros y su escaso número de hombres de armas, Men Rodríguez de Sanabria, cuya lealtad sin tacha se había visto obligado á reconocer el rey, tenía la alcaidía del alcázar, el maestre de Alcántara, Martín López, la del cas-

tillo de Triana, el Monge negro guardaba la torre del Oro, Mateos Ferrández su canciller, tenía en guarda á las infantas doña Beatriz, doña Constanza y doña Isabel, y una hija bastarda de don Enrique llamada Leonor de los Leones, á quien el rey guardaba cuidadosamente como en rehenes: Martín Yáñez su tesorero había ido á guardar sus tesoros á Carmona, llevando al mismo tiempo una terrible orden del rey de cuya ejecución le había encargado.

Esta orden era una nueva crueldad, inútil, incalificable: esta orden mandaba matar á los últimos hijos de doña Leonor de Guzmán, don Juan y don Pedro, el uno de edad de diez y nueve años y de catorce el otro. El rey se acordaba con recelo de que á esa edad ya era don Enrique un terrible jefe de partido.

Los dos desdichados fueron muertos en su prisión, pero no tan secretamente que no se supiese en Sevilla.

Estas crueldades incalificables hacían más daño al rey don Pedro, que los ataques más vigorosos de sus enemigos armados: horrorizábase el pueblo y como sino hubieran sido bastantes tantos asesinatos, una nueva y terrible ejecución vino á aterrar á los sevillanos.

Nos referimos á la ejecución de doña Urraca de Osorio: el único crímen de esta dama era la defección de su hijo don Alonso de Guzmán.

El suplicio de esta desdichada fué horroroso: con

ducida al mismo lugar que hoy se llama la Alameda Vieja, fué quemada viva.

Es tradición que saben todos los sevillanos, que como se hubiesen desarreglado las ropas de doña Urraca, en el punto en que los verdugos pusieron fuego á la hoguera, su doncella Leonor Dávalos, se arrojó á su señora para cubrir con su cuerpo su desnudez, y pereció con ella entre las llamas.

El sentimiento de horror que causó la muerte de esta desdichada y la que había alcanzado por su heroismo su doncella, fué profundo, y el pueblo, que ya se había mostrado hostil al rey don Pedro, que estaba afligido aún por la peste y por el hambre, que se veía invadido y vejado por el ejército musulman, con que Monjamet V había venido á pagar su deuda al rey don Pedro, empezó á dar claras señales de insurrección.

Y esta insurrección era motivada: los andaluces habían visto arrasados sus campos por aquellos musulmanes auxiliares, y habían oido exclamar más de una vez al rey en sus momentos de cólera, que si era víctima de la traición de sus vasallos, siempre podría contar con la ayuda de Mojanmet, que le era deudor de su corona.

No faltaba quien extendiera y comentara estas imprudentes palabras del rey. Leila gastaba su oro á tiempo, porque veía llegada su hora, y clérigos y judíos y gentes pagadas esprofeso propalaban por todas partes que don Pedro iba á entregar á los moros la An-

dalucía, que había prometido al rey de Granada renegar de la religión católica, y que nuevo don Julián iba á causar, por vengarse, la pérdida de España.

El populacho, hambriento, apestado, miserable, horrorizado por otra parte de las crueldades del rey don Pedro, dió oides á estos rumores absurdos y las calles y las plazas se poblaron de grupos tumultuarios.

Amaneció un día en que al asomarse al adarve del alcázar Men Rodríguez de Sanabria, percibió en las calles circunvecinas un rumor sordo, semejante al quejido del mar antes de la tormenta que iba creciendo y acercándose.

Muy pronto la plaza de armas del alcázar se vió invadida por una muchedumbre armada y furiosa y se escucharon los gritos de:

¡Castilla, por don Enrique! ¡abajo el renegado! ¡mueran los traidores!

Sobre aquellas turbas se veían escalas, antorchas encendidas, picas, lanzas, partesanas, todo género de armas y pertrechos de asalto: el alcázar estaba bloqueado, y á pesar de los disparos de los ballesteros que se ensangrentaban en la multitud, esta seguia adelante, se apretaba, se empujaba y empezaba á batir las puertas del alcázar.

—¿Qué quieren esos furiosos?—exclamaba el rey. Hvido de cólera,—¡quieren mi cabeza! ¡proclaman á bastardo! ¡pues bien, mis buenos ballesteros, dispara. sin compasión sobre ellos! ¡no llaman á las puert

del alcázar? pues bien, ¡abrid la peterna y que salgan mis lanzas!... ¡que salgan y que no quede uno vivo! ¡ah! ¡ah! ¿qué es aquello? ¡un escuadron, y sobre ese escuadrón el estandarte de los Tellez! ¡Ira de Dios! ¡á caballo, Sanabria, á caballo! mira: allí tenemos á esa infame mujer que hemos buscado en vano durante tanto tiempo. ¡Prendámosla, á fin de que podamos saciar nuestra venganza! ¡á caballo, Sanabria, á caballo, y á ellos!

En efecto, Leila, armada, á caballo, llevando á su lado el estandarte de su casa, había aparecido de repente al frente de los trescientos hermanos de Nuestra Señora de Recamador, á caballo y armados de punta en blanco, aquel escuadrón se encaminaba á la peterna, sufriendo las descargas de la ballestería del alcázar, y echando pie á tierra para forzar las puertas con sus hachas de armas.

Entretanto el rey corría furioso por el alcázar vacío, que retumbaba sonoro bajo sus pasos, y alentaba á su reducido número de defensores: no encontró ni uno solo de sus ricos-hombres, y Men Rodríguez de Sanabria y Juan Diente se negaban á abrir las puertas del alcázar para cargar á los rebeldes, protestando que era una temeridad oponerse con tan pocos medios de defensa á aquel torrente, que dentro de poco tiempo debía inundar el alcázar.

El rey en su furor se lanzó solo á la peterna seguido por algunos ballesteros que no se atrevieron á desobedecerle.

Men Rodríguez y Juan Diente se le pusieron por delante de rodillas, y le rogaron con las lágrimas en los ojos que, vista la imposibilidad de la defensa, se salvase.

—¡Qué me salve, traidores!—exclamó el rey transportado de furor:—¡es decir, que abandone mi ciudad real sin haberla incendiado, cuando se me subleva! ¡que los abandone mi alcázar, mis riquezas! ¡no! ¡no! ¿no se atreven á retar á su rey? pues bien, ¡su rey acepta su reto, y ¡ay de ellos si no me hieren en la cabeza! yo cortaré las suyas como si se tratase de un solo hombre. ¡Atrás! ¡atrás! ¡plaza al rey!

—¡No será!—gritó Juan Diente, arremetiendo á don Pedro y sujetándole con sus fuerzas de toro:—¡que nadie me impida salvar al rey! ¡Atrás, atrás todos! ¿no oís que ya rechina la poterna?

Y se lanzó en el interior del alcázar forcejeando con don Pedro, que lanzaba rujidos de rabia.

En aquel momento las puertas del alcázar cayeron hechas pedazos, y Leila y los hermanos de Nuestra Señora de Rocamador se lanzaron dentro, hacha en mano.

—¡Rendíos!—gritó Leila, al ver delante de los ballesteros y de los escasos hombres de armas, á Men Rodríguez de Sanabria.

—¡Que nos rindamos!—gritó Men Rodríguez, embistiendo á Leila;—¡que nos rindamos á tí, miserable, infame! ¡oh! ha llegado tu hora, mujer infernal! ¡estás

armada y rodeada de tu gente! ¡pues bien! ¡pide al diablo que te ayude!

Trabése un combate cuerpo á cuerpo al arma certa: por uno de esos accidentes tan comunes en este género de lucha, Men Rodríguez y Leila se encontraron aislados; los ballesteros y la gente de armas del rey cubrían la entrada del patio conteniendo á los invasores y Leila y Men Rodríguez se encontraban dentro.

Leila atacaba con un furor incansable, pero cuidando de no herir de muerte á Sanábria; el jóven, á pesar de su valor, de sus puños y de su destreza, se sentía dominado y cejaba: Leila era un demonio: su bravura, su fuerza, su serenidad, eran incomprensibles en una mujer; Men Rodríguez retrocedía, conociendo en Leila visibles intenciones de desarmarle: Men Rodríguez comprendió que nada conseguiría con la espada, y la arrojó lanzándose con los brazos abiertos á Leila.

—¡Oh! ¡oh! ¡quieres abrazarme, Sanabria!—exclamó Leila;—pues abracémonos; abracémonos; yo te probaré que mis brazos, que hubieran sido dulces para tu amor, son de acero para tu odio.

Y arrojando su espada, fué á cerrar con Men Rodríguez; pero en aquel momentro por una puerta inmediata apareció al frente de algunos hombres de armas un atlético caballero, mientras por otra avanzaba Juan Diente.

Los ballesteros y los hombres de armas del rey,

aunque disminuidos en el número, contenían aun á los invasores. Leila se vió perdida.

Juan Diente se precipitó sobre Men Rodríguez, y le apartó entregándole á algunos ballesteros, mientras el caballero atlético de la armadura negra, embestía con Leila.

La terrible joven se replegó á un ángulo, y empuñó su hacha de armas que llevaba pendiente de la cintura.

—Quiero que sepas quien te va á matar, infame,—exclamó el caballero encubierto alzándose la visera.

—¡El monge negro!—gritó palideciendo y aterrándose Leila.

—Sí; yo; Juan-sin-Alma,—gritó el caballero;—yo, el antiguo amigo de tu padre; que se ve obligado á castigar los crímenes de la hija.

Una fascinación poderosa se apoderó de Leila, que muda, aterrada, temerosa, cayó de rodillas delante de Juan-sin-Alma.

—¡Oh! ¡quién me hubiera dicho,—exclamó el monge;—cuando yo tenía sobre mis rodillas y besaba tus cabellos, doña Ana, que me había de ver precisado á exterminarte!

—¡Herid!—gritó la indomable joven: ¡herid! ¡y maldito seais vos, que aun así me aterrais y me impedís mi venganza!

Los defensores del alcázar empezaban á ceder: Juan-sin-Alma asió violentamente á Leila, que lanzó u

grito de terror: el Monge negro desnudó su puñal, cerró los ojos horrorizado por lo que iba á hacer, y descargó tres terribles puñaladas sobre el pecho de Leila, exclamando:

—¡Que se cumpla la justicia de Dios!

Leila cayó desplomada: el Monge negro la miró: estaba inerte, inmóvil.

—¡Oh!—exclamó Juan-sin-Alma:—no pensaba yo que me vería obligado á ser tu verdugo.

Y como los sublevados empezasen á inundar el patio, huyó por una puerta cercana y alcanzó á Juan Diente, que conducía á viva fuerza á Men Rodríguez á la torre del Oro, por el muro que la unía con el alcázar.

—¿Y esa mujer?—exclamó Sanabria, al ver á Juan-sin-Alma que se había calado de nuevo la visera.

—Esa víbora, humana está en este momento rindiendo cuenta á Dios de sus crímenes.

—¡Muerta!—exclamó Men Rodríguez.

—Sí, muerta;—contestó lúgubremente el Monge.

—¿Y la habeis cortado la cabeza, señor?—dijo Juan Diente.

—Yo no soy verdugo,—contestó Juan-sin-Alma severamente.

—¡Oh! pues sino la habeis cortado la cabeza, no habeis hecho nada: y aún sin cabeza creo que había de resucitar para darnos guerra esa maldita mujer.

—¿Está el rey á salvo?—dijo el Monge.

—Sí, sí señor,—contestó Juan Diente;—no me ha costado poco trabajo: el almirante don Gil Becanegra vega en este momento llevando consigo al rey, á sus hijas, y á la hija bastarda del Bastardo.

—¡Y mi esposa!—exclamó Men Rodríguez.

—Lo que importa, es salvarnos: una galera nos aguarda al pie de la torre del Oro. Después volveremos, conquistaremos á Castilla, y muerta esa mujer maldita y cortadas algunas cabezas de traidores, viviremos en paz.

Poco tiempo después una galera castellana conducía á su borde á Men Rodríguez de Sanadria, al Monge negro, á Mateos Ferrández, á Martín Yáñez y á Juan Diente. Por un milagro habían podido salvarse algunas arcas llenas de oro y pedrería, que estaban depositadas en la torre del Oro, y que eran por entonces todo lo que quedaba al rey.

El populacho le buscó inútilmente en el alcázar, y no encontrándole, se entregó al pillaje.

Pocos días después el condado de Trastamara, ya don Enrique el II, entraba triunfante en Sevilla, mientras el rey don Pedro, fugitivo, proscripto, acompañado sólo de Men Rodríguez de Sanabria, del Monge Negro y de Juan Diente, se dirigía á Burdeos á mendigar la ayuda de Eduardo, príncipe de Gales, para reconquistar su reino.

EPÍLOGO

Han pasado algunos años. Durante ellos una terrible guerra civil había devorado á Castilla. El príncipe Negro había cumplido leal y buenamente sus compromisos con el rey don Pedro: Duguesclin y su famosa compañía blanca habían sido vencidos en Nájera; don Enrique se había visto obligado á huir á su vez, y don Pedro volvió á ser rey de Castilla.

Pero todos sabemos la poca duración de su segundo reinado: las crueldades de don Pedro, siempre en aumento, le robaron la ayuda del príncipe Negro; sus reinos espantados empezaron de nuevo á sublevarse; don Enrique penetró otra vez en Castilla, y al fin después de algunas vicisitudes, le venció en Montiel y le encerró en su castillo.

Era la noche del 23 de Marzo de 1369.

Brillaba la luna en lo más alto del cielo, é iluminaba las blancas tiendas de un campamento en que reinaba una agitación extraña: á la derecha se alzaban la villa de Mentiel y su castillo, y en él se veían iluminaciones, se escuchaban gritos de triunfo y de alegría.

En medio del tumulto, consiguiente á una victoria decisiva, era muy extraño el estado de soledad y de abandono en que se encontraba una tienda situada al extremo del campamento de don Enrique, y aislada de las otras.

Aquella tienda pertenecía á un capitán de aventureros de la compañía blanca llamado Iben de Lakennet.

Entremos en aquella tienda, porque allí está el desenlace de nuestro libro.

Al escaso resplandor de la luna que iluminaba débilmente el interior, se veía un cadáver arrojado sobre un ensangrentado lecho de campaña: un rayo del astro de la noche, penetrando por la abertura de la tienda, iluminaba el lívido rostro del cadáver en el que se notaba una terrible expresión de odio, de rabia y de cólera que aun no había podido borrar la muerte: del cuello del cadáver brotaban aun algunas gotas de sangre, señal clara de que el asesinato acaba de someterse.

Aquel rostro, terrible aún, daba á conocer al rey don Pedro I de Castilla, el cruel; según unos, el justiciero, según otros.

Parecía que el horror aislaba aquella tienda, ma-

dita por un fratricidio, cobarde por una traición que será siempre una mancha roja en medio de la gloria del Cid francés, del Beltrán Duguesclin, caballero sin tacha, hasta la muerte del rey don Pedro.

A pesar de este horror de esta soledad, dos séres vivientes se acercaban en opuestas direcciones á la tienda del capitán Ibon. El uno de estos séres marchaba de una manera decidida; el otro se recataba, se encogía, se replegaba unas veces tras de una piedra, otras, tras de un matojo: después avizoraba, y sólo adelantaba cuando estaba seguro de no ser observado.

El primero de estos séres llegó por fin á la tienda, entró, se detuvo delante del cadáver del rey y llegó, se sentó en el suelo y se puso á contemplar á don Pedro.

El mismo rayo de luna que iluminaba el rostro del cadáver, iluminaba al de la persona que le observaba.

Era Leila.

Leila que había sobrevivido á las heridas del Monge Negro, como había temido Juan Diente, Leila en cuyo semblante, á pesar del odio que profesaba al rey don Pedro, no había alegría.

La causa de su expresión profunda, terrible, sin esperanza, nos la explicará ella misma si la escuchamos.

—¡Muerto! ¡muerto!—decía,—yo creía que después de haberte deshonrado, después de haberte despedazado el corazón, no me restaba más que matarte. Yo he hecho que Beltrán, el noble Beltrán faltase á su fé

de caballero y te entregase á tu enemigo; y... has muerto, has muerto, como un perro, bajo el puñal de tu hermano, y sin embargo, no me siento vengada; y no puedo vengarme más porque ya no existes..... si te pudiera volver á la vida, para hacerte probar cien veces la rabia del vencimiento... ¡oh! imposible... y yo, yo... te ofrezco una venganza completa sobre mí misma, con mi desesperación, con mi rabia... tu has descansado ya y yo padezco aún... y Sanabria, ese Sanabria, que te ha servido hasta la muerte, ese Sanabria, á quien tengo en mi poder, me desprecia... ¡oh! en vez de gozar mi venganza te envidio, rey, porque tú has dejado de sufrir y yo sufro todavía!

En aquel momento una sombra interceptó el rayo de la luna. Leila alzó el rostro y vió ante sí un hombre; quiso ponerse de pie; pero aquel hombre que había lanzado un grito de asombro al reconocerla, la sujetó, asiéndola del cuello con la fuerza de unas tenazas de hierro.

Aquel hombre era el ballestero de maza, Juan Diente.

—¡Oh!—exclamó apretando cada vez más el cuello de Leila,—ya decía yo que el valiente Juan de Villafranca, el monge negro, Juan-sin-Alma, como mejor quieras, no ha sabido matarte... pero yo, Juan Diente, el verdugo, el asesino, como tú dices, tengo más experiencia. Yo te juro que no escaparás de mis manos.

Y la tiró contra el cádaver.

—¡Mátame!—le dijo Leila,—estoy desesperada.

—¡Oh! ¡eh! sí, te mataré, porque... pprque solo el deseo de ver por última vez á mi pobre señor, á mi desdichado don Pedro, á quien he amado como si hubiera sido mi hijo, me ha traido aquí; necesitaba verle por la última vez; mojar mis manos en su sangre y decirle: Señor, señor, el infame Bastardo cree que con vuestra muerte está seguro... pero se engaña, porque aún vivimos tres vasallos vuestros que perecerán, ú os vengarán; vivimos Men Rodríguez de Sanabria, Juan de Villafranca y yo, Juan Diente... ¡eh! y es un buen presagio, señor, cuando vengo á juraros venganza, encontrar aquí á la infame; á la miserable que os ha rasgado el corazón, que ha ayudado con su oro y con sus artes al infame asesino, al vil bastardo. y voy á sacrificarla, señor á tu memoria... voy á verter su sangre sobre tu sangre; pero no; la sangre de esa infame no merece mezclarse á tu noble sangre, rey.

Y arrojándose sobre Leila la asió, sin que esta le opusiese resistencia.

Juan Diente gritó:

—¡Y no te defiendes!

—Quiero morir, mátame,—contestó Leila.

—¡Oh! si estuviéramos en otro lugar yo no te mataría... te atormentaría lentamente día por día, mes por mes, año por año...

—Mátame,—repitió Leila.

Juan Diente ciego de furor, la arrojó por tierra,

desnudó su ancho puñal, la asió por los cabellos y se inclinó sobre ella.

—Espera un momento,—le dijo Leila.

—¿Qué quieres?

—Toma esta sortija; averigua donde está preso Men Rodríguez de Sanabria, y por esta sortija te permitirán entrar en su prisión y salir con él.

Juan Diente tomó la sortija y se inclinó de nuevo sobre Leila.

—Espera, espera aún,—dijo la joven,—cuando salves á Men Rodríguez, dile que muero amándole.

—¡Oh! ¡maldita seas tú y tu amor!—exclamó Juan Diente, y sepultando su puñal en el hermosísimo cuello de Leila, la cortó la cabeza.

—¡Oh!—dijo,—¡de esta vez juro que no resucitarás!

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Cuando algunas horas adelante entraron en la tienda para cortar la cabeza á don Pedro y enviarla á Sevilla como una muestra indudable de la muerte de don Pedro encontraron el tronco decapitado de Leila y un pergamino en que estaban escritas estas palabras:

—¡Guarda fratricida, guarda! ¡él ha caido del trono herido por tu puñal y tú caerás como él!

Muerte de Leila.

Diz que en mucho tiempo no pudo olvidar don Enrique el II esta amenaza.

Men Rodríguez de Sanabria estuvo mucho tiempo preso, y desde la muerte del rey don Pedro abandona su nombre la historia.

FIN

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE

EL TOMO SEGUNDO

Capítulos.		Pág.
	LIBRO XIII.	
I.....	De cómo fué testigo de lo que no quisiera Maese Blas Corchuelo.....	3
II.....	De cómo Leila había sabido constituirse en señora de vasallos, sin haber necesitado para ello cédulas ni donaciones reales.....	23
III.....	Dos en una.....	33
IV.....	En que se ve que Leila, para conseguir sus fines no se paraba en barras.....	42
V.....	De cómo mal escarmentado Andrés Corchuelo, y siempre por amor á Beatriz, recibió á cierra ojos un nuevo encargo de Alvar Yañez.....	58
VI.....	Dios los cría y ellos se juntan.....	67
VII.....	De lo que hizo y vió maese Blas en casa de Leila.	89
VIII.....	De lo que hacía Leila mientras pasaban estas extrañas cosas en su casa.....	107
IX.....	De cómo Leila empezó á tener miedo.....	130

Capítulos. Págs.

LIBRO XIV.

I..... En que se demuestra la buena que tenían en aquel tiempo los vizcainos..... 143
II..... De cómo los vizcainos eligieron por su señor al rey de Castilla..... 169
III..... De cómo acabaron los asuntos del infante don Juan..... 169

LIBRO XV.

I..... De cómo Andrés Corchuelo encontró en Sevilla dos cosas que no esperaba..... 192
II..... El infante moro Abou l' Sayd..... 207
III..... De cómo encontró Pedro-el-Negro en el pecado la penitencia..... 221
IV..... En que aparece de nuevo Leila, incansable en su obra de venganza..... 233
V..... De la manera cruel que tuvo Leila de deshacerse de doña Aldonza..... 249
VI..... En que se sabe cómo y por qué había ido á Zaragoza Leila..... 259
VII..... Que no es otra cosa que un apéndice histórico... 269

LIBRO XVI.

I..... De cómo se encontraron Men Rodríguez y Andrés Corchuelo..... 287
II..... Que viene á ser por la relación que tiene con el anterior, su complemento..... 303
III..... De cómo doña Sol do Vargas hizo conspirador á Andrés Corchuelo..... 3[illegible]

LIBRO XVII.

I..... En que parecen la perdida Beatriz y su abuela doña Berta..... 3[illegible]

Capítulos.		Pág.
II.....	De cómo el rey buscó y dió esposa á Man Rodríguez contra su voluntad.....	427
III.....	¡Hermanos! ¡no más que hermanos!.....	439
	LIBRO XVIII.	
I.....	De la impresión que hicieron en Leila las dos cartas sucesivas del escribano Alvar Yáñez.....	459
II.....	La primera batalla de Nájera.....	471
	LIBRO XIX.	
I.....	En lo que se sabe lo que fué de Leila.....	489
II.....	De cómo el rey Bermejo de Granada, confiando demasiado en la generosidad castellana, fué á meterse en la boca del lobo.....	502
III.....	De cómo recibió el rey don Pedro en audiencia particular á don Simuel Leví, y en audiencia pública al rey Abou l' Sayd, el Bermejo de Granada.	518
IV.....	De la manera cómo se quitó de encima Leila á Juan Tenorio y de su misteriosa partida.....	531
V.....	De cómo Isabel supo la muerte de Pedro-el-Negro.	542
VI.....	De cómo el rey supo, con sorpresa, lo que nunca hubiera querido saber, y de cómo Isabel-la-Liebre hizo traición á Leila.....	550
VII.....	De cómo el rey se encontró en una de las más difíciles situaciones en que puede encontrarse un marido.....	567
VIII.....	El rey en la caza del lobo.....	578
	LIBRO XX	
I.....	De lo que esperaba Leila en Jerez.....	590
II.....	Fatalidades.....	605
III.....	En que se relata lo que aconteció á doña Blanca de Borbón en poder de Juan Pérez de Rebolledo..	628

Capítulos.		Pág.
IV.....	La agonía de doña Blanca.....	638
V.....	De cómo recibió el rey la noticia de que era viudo de su segunda mujer.....	651
	LIBRO XXI.	
I.....	De cómo entretanto Leila no se dormía en las pajas.	660
II.....	En que se ve que no todo era pedernal el corazón del rey don Pedro.....	670
III.....	En que se sabe en lo que vino á parar el rey Bermejo de Granada.....	684
IV.....	Leon y Pantera.....	704
	LIBRO XXII.	
I.....	Hambre, peste, etc.....	720
II.....	De la desgracia que por causa de Leila aconteció á don Simuel Leví.....	728
III.....	De cómo el rey dió un banquete que podía llamarse diplomático á Men Rodríguez y á su mujer, en la cámara de doña María de Padilla.....	735
IV.....	De lo que aconteció á Men Rodríguez en la villa de Carmona.....	765
	LIBRO XXIII.	
I.....	De lo que pasaba por doña María de Padilla.....	778
II.....	De qué manera aprovechó Leila la ausencia del rey don Pedro.....	788
III.....	De cómo el rey se alegró, y volvió á entristecerse, y se aterró al fin.....	802
IV.....	El hombre propone y Dios dispone.....	813
V.....	El golpe en el corazón.....	822
VI.....	Apuntes históricos que nosotros creemos indispensables y lo son para la mejor inteligencia de esta [illegible].....	834
VII.....	En que parece que el diablo se cansa de proteger á Leila.....	850
Epílogo.....		861

PLANTILLA

PARA LA COLOCACIÓN DE LAS LÁMINAS

DEL

TOMO SEGUNDO

Págs.

—¡Vizcaínos! ahí teneis al que pretendía ser vuestro señor. 181

—Teneis razón, caballero; para serviros, y adiós, que voy deprisa. 236

Juan Diente. 420

Muerte de Juan Tenorio. 585

Muerte de Leila. 866

FELIPE GONZALEZ ROJAS, EDITOR.—MADRID

PEDRO EL TEMERARIO

Y LA HEROINA ZEGRÍ

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

DE

DON FLORENCIO LUIS PARREÑO

PROSPECTO

Comprende la obra que hoy ofrecemos al público los dos reinados más célebres de la Edad Media: el de don Alonso X, llamado el *Sabio*, y el de su hijo don Sancho IV el *Bravo*. La lucha entre el padre y el hijo, las guerras entre cristianos y sarracenos, las intrigas, los amores, los hechos horribles, las fieras venganzas y todo lo grande y maravilloso de aquella época aparece sintetizado en la bella y arrogante figura de *Pedro el Temerario*, héroe de nuestro libro. Su amena lectura da á conocer los personajes más célebres de aquel tiempo, sus usos, sus costumbres, lo que eran y lo que valían, con toda la propiedad y exactitud posibles. Las tribus Zegríes, Abencerrajes, Aliatares y Abenamares, con otras muchas de las más principales entre los sectarios del

Corán; sus bellísimas mujeres, y cuanto de notable tenían, también aparecen en nuestro libro. Y en el conjunto de lances caballerescos, escenas amorosas, guerras, traiciones y sorpresas, se ve la época tal como fué, y va el lector por la senda del deleite al alcázar de la instrucción.

Las ediciones de esta obra desaparecen al concluir su publicación, y este es el mayor elogio que podemos hacer de *Pedro el Temerario y la Heroina Zegri*.

BASES DE LA PUBLICACION

Esta interesante obra formará dos tomos de regulares dimensiones, y se publicará por entregas de ocho páginas.

Nuestros suscritores recibirán en el trascurso de la publicación magníficas láminas al cromo. Cada lámina equivaldrá á dieciseis páginas de texto.

A pesar del lujo de esta obra, el precio de cada entrega será el de

UN CUARTILLO DE REAL EN TODA ESPAÑA

Se repatirá cada semana un cuaderno que contendrá cuatro entregas, ó sean treinta y dos páginas, siendo su precio el de

UN REAL

Los señores suscritores que deseen recibir más de un cuaderno semanal podrán hacérselo presente á los repartidores, para lo cual adelantaremos la impresión de la novela.

PUNTOS DE SUSCRICIÓN

...—Felipe González, San Rafael, 9, ó por los repartidores y ... casa de nuestros corresponsales y en las principales ... do el importe de doce cuadernos por lo ... mo ó sellos de franqueo.

Buenos-A... Lima, 80.

Montevideo.— ... Mori ... 157.

En América fijar... los se... s corresponsales.

LA ENTREGA PRIMERA SE DA GRATIS Á LOS SUSCRITORES DE MADRID

FELIPE GONZÁLEZ ROJAS, EDITOR.—MADRID

LOS INVENCIBLES,

EL

MONARCA Y LA HOGUERA

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

POR

D. FLORENCIO LUIS PARREÑO

PROSPECTO

Nada tan útil, necesario y conveniente á las sociedades modernas como el conocer la historia de su país, de sus héroes y de cuanto ofreció nuestra España de grande, elevado y generoso. Pero como la historia es por sí sola muy larga, monótona y cansada, resulta que únicamente el que tiene obligación de estudiarla, ó los muy aficionados á saber, la leen y aprenden cuando es evidente la necesidad que todos tenemos de conocerla. Por esta causa, nuestro predilecto autor Parreño la presenta con carácter de novela, para de este modo sustituir lo árido y pesado con la poesía y los encantos de una fábula que llevan deliciosamente al lector á la verdad histórica sin molestias ni cansancio.

Esto sucede con la obra que hoy tenemos el honor

de ofrecer al público. Entre mil bellezas que seducen y arroban, va el lector aprendiendo lo que eran y valían su nación, su pueblo y los héroes de la antigüedad.

No puede elogiarse el libro titulado *Los Invencibles, el Monarca y la Hoguera*; es superior en mérito á cuanto nosotros pudiéramos decir.

El público, que tanto gusta de las obras de este autor; nos dará la razón esta vez, como nos la dió siempre que le ofrecimos una obra de Parreño.

CONDICIONES DE LA PUBLICACION

Esta importante obra se repartirá á razon de un cuaderno semanal. Cada cuaderno contendrá 8 entregas, ó sean 64 páginas de gran tamaño, impresas con el mayor lujo y excelente papel, siendo el precio de cada entrega

UN CUARTILLO DE REAL EN TODA ESPAÑA

En el trascurso de la publicacion recibirán los señores suscritores excelentes láminas, cromo-litografiadas, que representarán los principales episodios de esta importantísima obra, sin que los señores suscritores tengan que desembolsar nada por ellas; únicamente el cuaderno que lleve cromo no contendrá más que seis pliegos, ó lo que es igual 48 páginas.

Del exacto cumplimiento de nuestros compromisos, responde el crédito de esta antigua empresa.

La entrega primera se halla de muestra en poder de todos nuestros corresponsales.

PUNTOS DE SUSCRICION

MADRID.—Felipe González, San Rafael, 9, ó por los repartidores y librerías.

PROVINCIAS.—En casa de nuestros corresponsales y en las princi[illegible] librerías, ó mandando el importe de doce cuadernos por lo mé[illegible] libranzas del Giro Mútuo ó sellos de franqueo.

[illegible] AIRES.—D. A. Rembado, Lima, 80.

[illegible].—D. Andrés Rius, Soriano, 157.

[illegible] Rossi y Vieitez, Cerrito, 361.

M[illegible] Chiquis, 11.

En A[illegible]CA [illegible] ñores corresponsales.

LA ENTREGA [illegible] LOS SUSCRITORES DE MADRI[illegible]

FELIPE GONZÁLEZ ROJAS, EDITOR.—MADRID.

EL SINO DE LOS HÉROES

NOVELA HISTÓRICA

POR

DON FLORENCIO LUIS PARREÑO

PROSPECTO

El reputado nombre de este autor y el interesante asunto que se desarrolla en el libro que hoy tenemos el gusto de ofrecer al mucho é ilustrado público que lee y estima las obras del señor Parreño, hacen innecesarios los elogios que otros emplean al ofrecer ciertos libros y al presentar algunos autores que viven poco tiempo en la memoria de los lectores. Por esta causa excusaremos frases y recomendaciones inútiles cuando el texto de la obra se recomienda por sí solo, como sucede en la que ahora anunciamos.

Diremos únicamente, como simple indicación, que esta novela histórica es del mismo género y autor que la titulada *La Inquisición y el Nuevo Mundo*, que ha resistido trece ediciones, y próximamente verá la luz pública la catorce. En ésta se [illegible] mismos lances

caballerescos que en aquélla, la misma poesía, idéntica forma, igual defensa á la virtud y castigo al vicio, con el asunto más importante, si cabe, y todo el cuadro histórico del reinado de Felipe III.

Entre sus muchas y excelentes novelas no tiene Parreño ninguna que exceda en mérito á EL SINO DE LOS HÉROES.

BASES DE LA PUBLICACIÓN

Esta interesante obra formará dos tomos de regulares dimensiones, y se publicará por entregas de ocho páginas.

Nuestros suscritores recibiran en el trascurso de la publicación magníficas láminas al cromo. Cada lámina equivaldrá á dieciséis páginas de texto.

A pesar del lujo de esta obra, el precio de cada cuaderno será el de

DOS REALES CADA UNO

Se repartirá cada semana un cuaderno.

Los señores suscritores que desen recibir más de un cuaderno semanal podrán hacérselo presente á los repartidores, para lo cual adelantaremos la impresión de la novela.

PUNTOS DE SUSCRICIÓN

MADRID.—Felipe González, San Rafael, 9, ó por los repartidores ó librerías.

PROVINCIAS.—En casa de nuestros corresponsales y en las principales librerías, ó mandando el importe de doce cuadernos por lo menos en libranzas del Giro Mutuo ó sellos de franqueo.

En AMÉRICA fijarán los precios los señores corresponsales.

LA ENTREGA PRIMERA SE DA GRATIS Á LOS SUSCRITORES DE MADRID

3 2044 036 363 98